

Alfredo Pavón

La narrativa breve en México (1810-1816)



Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales.

Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos
o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana
para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será
responsable por las acciones legales que genere e indemnizará
a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja
conforme a la legislación aplicable.

LA NARRATIVA BREVE EN MÉXICO
(1810-1816)

II

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Martín Gerardo Aguilar Sánchez

RECTOR

Arturo Aguilar Ye

SECRETARIO ACADÉMICO

Lizbeth Margarita Viveros Cancino

SECRETARIA DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Jaqueline del Carmen Jongitud Zamora

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Agustín del Moral Tejeda

DIRECTOR EDITORIAL

LA NARRATIVA BREVE EN MÉXICO
(1810-1816)

II

ALFREDO PAVÓN



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

Diseño de colección: Aída Pozos Villanueva

Ilustración de forros: "Jura la Muerte su inocencia ante la Verdad", grabado de López López para la edición de José Joaquín Fernández de Lizardi, "Ridentem dicere verum ¿quid vetat?", en *El Pensador Mexicano* (México, Oficina de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de noviembre de 1814), núm. 13, pp. 103-122.

Maquetación de forros: Enriqueta del Rosario López Andrade

Clasificación LC: PQ7201 P38 N3 2025

Clasif. Dewey: M863.1

Autor: Pavón, Alfredo, 1954-

Título: La narrativa breve en México (1810-1816) / Alfredo Pavón.

Edición: Primera edición.

Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 2025.

Descripción física: 2 volúmenes (1425 páginas) : ilustraciones ; 23 cm.

Serie: (Colección Biblioteca)

Nota: Bibliografía: páginas 1423-1425.

ISBN: 9789689735052 (Obra completa)

9789689735069 (Tomo I)

9789689735076 (Tomo II)

Materia: Cuentos mexicanos--Siglo XIX--Historia y crítica

DGBUV 2025/43

Primera edición, 6 de octubre de 2025

D.R. © Universidad Veracruzana

Dirección Editorial

Nogueira núm. 7, Centro, CP 91000

Xalapa, Veracruz, México

Tels. 228 818 59 80; 228 818 13 88

direccioneditorial@uv.mx

<https://www.uv.mx/editorial>

ISBN: 978-968-9735-05-2 (Obra completa)

ISBN: 978-968-9735-07-6 (Tomo II)

DOI: 10.25009/uv.9735076

AL FINAL, RECUENTO

SUEÑO FÚNEBRE

ANÓNIMO¹

LAS DEVORADORAS IDEAS DE MI HIPOCONDRÍA me quitaban el sueño y despedazaban mis entrañas con las más crueles sensaciones. Por más que me empeñaba en conciliar el sueño, no lo podía conseguir, pues los veladores cuidados estaban en torno de mi lecho y agitaban mi abatido espíritu. Padres, hermanos, amigos y otros amados objetos excitaban en mí vehementes afectos. Mas en medio de tal tumulto, vino el sueño, que alguna vez se digna suspender las penas de los desgraciados. Apenas me había entregado a su quietud cuando me hallé en el centro de un espacioso valle, cuyos horizontes estaban cubiertos de montañas altísimas. Y era tal su sosiego que parecía que el genio del silencio lo había escogido por su morada.

Nada se oía, sino el lento murmullo de un arroyuelo, que deslizándose sosegadamente convidaba al más dulce descanso. Mi espíritu, siempre agitado, sintió por esta vez una grata y melancólica inacción. Mis ojos veían y no querían ver sino espectros; mis oídos oían y no querían oír sino la voz de la eternidad; mis pies se afirmaban y sentía moverse debajo de ellos los restos de la humanidad, convertidos en polvo por el transcurso de los siglos. Mi imaginación acalorada me persuadía ver vagar en aquel retiro las sombras de cuantos habían existido, todas revueltas. Hombres y mujeres, ancianos y niños, nobles y plebeyos, poderosos y desvalidos, ciudadanos y guerreros, sabios e ignorantes, justos y malvados, todos estaban, sin distinción. ¡Ah, dije entonces,

1 Anónimo, "Sueño fúnebre", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 2 de noviembre de 1811), t. xv, núm. 2228, pp. 501-504. Se indica: "Z. E. A."

esta es la escena interesante para el hombre!, ¡este el libro en que siempre debía leer y ese el fin que siempre había de tener en la memoria!

Mi alma, absorta en tales reflexiones, se complacía en este gran cuadro cuando dirigí mis pasos por mecanismo y me entré en una sombría y espesa arboleda de cipreses y otros árboles. Entonces, sentí oprimirse mi corazón más y más, con una apacible melancolía. Parecíame que el viento que respiraba iba enlutando mi alma. Continuaba en esto mis pasos, cuando tropecé con un sencillo, pero hermoso túmulo. Al pajizo resplandor de la luna, pude observar algunos jeroglíficos sobre su lápida, que me eran del todo desconocidos. Inútilmente me empeñaba en comprenderlo, cuando, sin saber por donde había venido, vi a mi lado una sombra, que se asemejaba a la figura de un hombre, mas sin percibirle facciones, que con ronca y ahogada voz me dijo:

—A ti que gustas de la memoria de los muertos y que visitas los lugares donde descansan sus cenizas no es justo que se oculten sus secretos.

La visión me aterrorizó tanto que mis cabellos se erizaron de pavor; sentía helárseme la sangre y que mis rodillas temblaban fuertemente. En medio de mi turbación, oí que me decía:

—Bajo de esa lápida, hace muchos años que descansa, en eterno sueño, un célebre estatuario. Su cincel fue el honor del vasto continente de su patria. Con él, arrancó de las manos del olvido a los grandes héroes y sabios de su país, al noble ciudadano y a la joven hermosa. Él, que dio vida a los mármoles y bronce, ya no existe, mas él vivirá siempre en sus obras.

Esta narración me hizo deponer el miedo cuanto fue posible y oír con sumo interés sus noticias. ¡Cuán preciosas son las que se adquieren entre las ruinas de los panteones! La visión, que parece entendía mis deseos, me condujo a otro lugar, no menos espeso de árboles que el pasado. La misma tristeza lo habitaba y me parecía verla meciéndose perezosamente entre las hojas. La lobreguez que producían las espesas ramas indicaba muy bien el destino de aquel lugar. Los débiles rayos de la luna, que brillaban plácidamente en el cielo despejado, daban una ostentación magnífica y pavorosa a este encantado cementerio. Un aire

de agradable tristeza volaba libremente. Pensando en la belleza de la noche y en los difuntos, llegué al sepulcro donde descansaba un antiguo poeta. Y la visión que me acompañaba me hizo saber cómo al sonido de la lira de este hijo de las musas producía sus flores la primavera, sus frutos el otoño y sus nieves el invierno; traía a su voz las llamas de los volcanes, las olas embravecidas del mar; suspendía los huracanes denodados y los tiernos hechizos del amor eran llevados, según su deseo, a los humanos corazones.

Ostentábase enseguida el de un orador, cuya elocuencia había movido la guerra y la paz. El severo juez se ablandaba y la inflexible vara de la justicia era inclinada a la piedad. Con ella, su elocuencia, había interpretado los enigmáticos vaticinios de los dioses y hecho saber los preceptos de los reyes. Enseguida, estaba el de un guerrero. Al llegar a sus límites, sentí mudarse mi tranquilidad en una especie de impaciencia y me pareció ver levantarse un espectro con aire denodado y cubierto de marciales y gloriosas insignias. Figurábaseme que veía resplandecer sus militares atavíos y que con voz sostenida y varonil decía:

–He sido el exterminio de los enemigos de mi patria. Ellos me temían como al rayo los pusilánimes pastores; y la fuerza irresistible de mi lanza causaba los mismos efectos que un torrente impetuoso al desprenderse del escarpado monte, que arranca las añosas encinas, los enormes peñascos y los débiles arbustos. Fui coronado de cien victorias, mas me venció la muerte... pero no, muriendo por mi patria vencí a la misma muerte.

Reverencié a tan respetable sombra. Le deseé –lo que ya poseía– la paz de los elíseos y pasamos adelante, donde vi otros muchos sepulcros de hombres, ilustres por la virtud y por las ciencias. Entre ellos, vi el de un filósofo, el de un matemático y el de un célebre naturalista. Cerca de éstos, estaba el de un hombre verdaderamente sensible² y virtuoso. Y no pude

2 No como algunos que se jactan de esta virtud siendo unas víboras ponzoñosas que se esconden bajo las flores de una traidora amistad para destruir al incauto que se fía de su hipócrita lenguaje y de sus ridículas y fastidiosas gesticulaciones. A.

acercarme a él sin sentir en mi pecho los gratos movimientos de una celestial beneficencia; y los efluvios que salían de él, inspiraban virtud.

Me arranqué por fuerza de allí para continuar... ¿Pero qué hallé? ¡Hallé el polvo en que se han convertido los augustos soberanos de mi patria! ¡Héroes gloriosos!, ¡padres míos!, ¡padres de la patria!, ¡vosotros habéis muerto...! ¡La cruel átropos cortó el hilo precioso de vuestras vidas! ¡Sí...! ¡Pero ya os vemos renacer en el actual monarca, sí, en Fernando vii, el deseado, el virtuoso, el justo! ¿Podrán los tiranos, por más que se empeñen, borrar de nosotros su memoria? ¿La opresión y el despotismo mudarán nuestras justas inclinaciones? No seremos oprimidos, ni nuestra lealtad será corrompida. El valor y las armas impedirán lo primero y nuestro pundonor no consentirá lo segundo. Preferiremos el ser víctimas gloriosas de la patria, muriendo antes entre las bayonetas y ominosa artillería, a la esclavitud y a una vida ignominiosa y llena de trabajos. Morir por la patria, es el verdadero vivir...

La vehemencia de mis ideas patrióticas sacudió de mis ojos el sueño y me hallé en medio de la obscuridad, buscando ansiosamente oradores, guerreros, justos y soberanos. Pero nada palpaba. Entonces, exhalando un suspiro de lo íntimo del pecho, me decía a mí mismo: ¿por qué serán tan pasajeras las agradables ilusiones de un sueño y por qué las congojosas ideas de la hipocondría serán tan eternas? ¡Apacible, brillante aurora, disipa ya las tinieblas de la noche y anúnciame el deseado venturoso día de la tranquilidad, pues ya fallece mi espíritu con tan violentas sensaciones!

LA DEFENSA DE LAS FEAS Y SU SUPERIORIDAD ENTRE LAS BONITAS. DISCURSO JOCO-ACADÉMICO PRONUNCIADO POR EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA EN LA TERTULIA DE LAS CHUCURRACAS¹

ANÓNIMO²

SI EL HOMBRE DEBE COMPLACERSE NATURALMENTE en aquellas cosas que le suceden en pro, ya vengan por una casualidad imprevista o ya por una sucesión de cosas pensadas, ¿con cuánta razón, mis amadas pirraquillas, no deberé congratularme en la presente ocasión, que me toca en suerte el panegírico *inteligible* de las feas? No hay que torcer los fruncidos hociquitos, profesoras del gran cuño. Las feas son seguramente las únicas que favorecen mi sensibilidad, por quienes suspiro larga y difusamente, divinizándolas en mi acalorada imaginación y las que van a ser en este rato el objeto de mi gran cabeza.

Yo considero que de noventa y pico de madamiselas que me están escuchando ninguna se juzgará comprendida en el áureo número de

-
- 1 Se indica “Véase el número 25 de este periódico.” Anónimo, “Carta curiosa de la Pirraquilla”, en *El mentor mexicano. Periódico semanario sobre la ilustración popular en las ciencias económicas, literatura y arte* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 24 de junio de 1811), t. I, núm. 25, pp. 197-199. Nota agregada.
 - 2 Anónimo, “La defensa de las feas y su superioridad entre las bonitas. Discurso joco-académico pronunciado por el caballero de la triste figura en la tertulia de las chucurracas”, en *El mentor mexicano. Periódico semanario sobre la ilustración popular en las ciencias económicas, literatura y arte* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 4 de noviembre de 1811), t. I, núm. 42, pp. 333-340. Véase *La defensa de las feas y su superioridad entre las bonitas* (México: Oficina de Ontiveros, 1820), 8 pp. “Consuelo a las feas”, en *La semana literaria* (La Habana, Imp. de Torres, 1848), nueva serie, t. I, pp. 113-114. Cuevas Cervera atribuye este texto a Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera y Morales. Francisco Cuevas Cervera, “El nacimiento del cervantismo en Hispanoamérica: retazos de una historia de asimilación, hibridación y apropiación”, en Daniel Migueláñez y Aurelio Vargas Díaz-Toledo (Eds.), *De mi patria y de mí mismo salgo* (Alcalá: Editorial Universidad de Alcalá, 2022), pp. 83 y 107.

mis elogiadas, a pesar de que he visto al entrar en este museo ambiguo más de cuatro ojos lagañosos, la mitad y otro tanto apagados, algunas caras convertidas en arnero, tal cual nariz aplanada y no pocos mascarones y arrugas, disimuladas con albayde y nácar. Tampoco creo que las lindas se tendrán por agraviadas en las contraposiciones que intervengan en mi discurso, porque ellas llevan siempre consigo su elogio y nada de lo que yo diga para florecer mi estilo debe ser creído, aunque diga la purita verdad. Prestadme, pues, vuestra atención y no hay que arrugar esas cejitas encantadoras.

Aquí el orador tosió, escupió, tomó un polvo. Se extendió un susurro suave en el brillante auditorio. Con secretitos risueños, tronaron los abanicos, se exhalaban algunos suspiros. Y luego continuó, parando todos las orejas.

Si el atractivo de las mujeres consistiera precisamente en la hermosura del semblante, dice un autorcito a la telégrafo, se vería la mayor parte de ellas abandonada al desprecio universal, pues el número de las feas es el más crecido. Si este filosofillo hubiera consultado su sentir con las pirraquillas de nuestros tiempos, no hubiera encontrado un voto en pro, cuando ellas están persuadidas de lo contrario y bastante escudadas con el epíteto de *bello sexo*, que se las atribuye. Y a la verdad que a mí me dan tentaciones de convenir con ellas cuando observo lo que pasa entre los cortejos lebitines y de patilla doble. Días pasados se unió uno de éstos con una joven ciertamente linda y a los seis meses, ¡cosa rara!, ya le parecía mejor una recamarera tuerta y lagañosa, amén de una pata chueca y un despilfarro de tirador de imprenta. Pensión es esta, sin duda, de toda la naturaleza, que todas las cosas muda, pues con ansia se desean y con fastidio se gustan.

En efecto, señores, ¿queréis decirme cuál es la definición de la hermosura? ¿En qué consiste? ¿Cuáles son sus dimensiones? Es ciertamente una cosa muy equívoca y que hasta el día de hoy no se puede responder sino con opiniones meramente arbitrarias e insubistentes, apoyadas sólo en la diferencia de los gustos. Hubo un tiempo en que por dos ojos

azules se consumían más de cuatro cabecitas enrizadas, cuando hoy por una docena no hay quien exhale un suspiro galopado. Los ojos dormidos, las narices aguileñas, las bocas espaciosas y los labios belfos tuvieron su época dorada. Pasó ésta. Dominaron las chatas. Nada valen hoy las de ayer. Las de hoy no gustarán mañana. Y sucede con las hermosuras lo mismo que con las modas, que hoy son ridículas y mañana graciosas, cómodas y económicas, porque para todo encuentran razones sus partidarios.

Los hombres tienen por belleza lo que congenia con su fantasía y si se preguntase al que hace la rueda a una tuerca, y al que pierde el juicio por una roma, cada uno diría que su pirraquilla era una Venus, que era su ídolo y su micomicona. ¿Qué concluiremos de esto? ¿Que todas son feas o que todas son bonitas? Yo me hallaría perplejo para decidirme a uno u otro extremo si no se hubiera inventado la filosofía. Pero filosofemos aunque sea en cabeza ajena, como hacen los escritores del nuevo cuño. Veamos cómo determina la belleza un célebre humanista y de aquí conoceremos la fealdad por contraposición, por comparación o por lo que ustedes quisieren, pues a mí lo que me importa es elogiar a las feas bonitamente.

La belleza del rostro humano, dice Hugo Blair, es, sin duda, la más complicada. Ella comprende la belleza del color, que resulta de las delicadas sombras de la complexión, y la belleza de la figura, que nace de las líneas que forman las diferentes facciones del rostro. He aquí una idea de las bonitas que aun no puede determinar la afición del corazón humano, porque la mujer que reúne estas prendas es, por lo regular, orgullosa, tonta, pasteles u otros defectos que la constituyen una mera muñeca. Pero una pirraquilla que, aunque sea lagañosa y tuerca, sabe reunir las prendas de la insinuación y el atractivo interesará más seguramente que una bella esquiva y taciturna. Entended, mis amadas pirraquillas, que hablo de aquella jovialidad que de ninguna manera pueda contradecir con la modestia que debe caracterizar a vuestro sexo para hacerse apreciable y

justo entre los hombres sensatos. *In medio consistit virtus*.³ La demasiada rusticidad, así como el excesivo descaro, son los dos extremos que degradan a una señorita. En el medio consiste la virtud. La principal belleza, dice el mismo Blair, depende de una misteriosa impresión de las cualidades del ánimo, del buen juicio o buen genio, de la viveza, candor, benevolencia, sensibilidad y otras prendas amables. No es fácil resolver, porque en nuestra idea está conexas cierta conformación de facciones con ciertas calidades morales; y así llegamos a formar esta conexión por instinto o por experiencia, y a leer en el ánimo por lo que vemos en el semblante. Pero es hecho cierto y reconocido que lo que hermosea el rostro es su expresión o una imagen que concebimos de sus prendas morales.

Oíd, por vida nuestra, lo que dice otro autorcito de igual fama entre los literatos. Hay entre las que se tienen por feas bellezas que la vista no percibe. Jamás una unión duradera deja de estar fundada sobre un mérito cierto. No son las mujeres más hermosas las que inspiran las pasiones más fuertes. ¿Quién es capaz de conocer, al ver una mujer, todo el interés que puede inspirar en una conversación? ¿Se puede adivinar el juego, el arte, la sal de sus expresiones? ¡Cuántas gracias animadas no salen de sus ojos, que parecían fríos o distraídos! Así pues, una sonrisa inflama un corazón cuando a otro nada mueve. Esta diversidad de gustos hace que todas las mujeres hallen amantes y que la que parece más desgraciada no tenga muchas veces qué envidiar a la que recibe públicos aplausos, que no se sostienen siempre en un trato o en una conversación seguida. Allí desaparecen regularmente los engaños del arte; allí la hermosura feroz y soberbia no tiene las mismas perfecciones y la rival que desdeñaba recibe triunfos multiplicados, debidos a gracias que no dependen de la hermosura altiva y vana.

Si el amor, como decía Ninon de Lenclos, es la pieza en que los entreactos son más largos, ¿qué cosa más agradable que hallar en una pasión, que algunas veces envilece al hombre, esta amable y graciosa

3 “En el medio, está la virtud.” Nota agregada.

razón que le ilustra y le instruye, y convierte los placeres puros, que sólo pertenecen al alma?

Mas para que veáis que mi gran cabeza no está muy exhausta de testecillos y autoridades con que apoyar mi discurso, oíd todavía otros, que van a garantizar el elogio de mis clientulas.

El impío Voltaire, empeñado en envilecer al hombre y en igualarlo a las bestias, decía que el amor era puramente físico, esto es, que no hay amor entre personas de diferente sexo que no lleve precisamente al interés de los sentidos o del placer de la concupiscencia. Pero piensa el ladrón que todos son de su condición. Aquel malvado materialista no sabía amar seguramente sino apoyándose a su impiedad. Veamos lo que dice el Abate Nonote, aquel sabio impugnador de los filósofos impíos. Hay amor puro, así como lo hay concupiscible, y no siempre es el interés de los sentidos el que dirige sus movimientos apacibles. Unas mismas pasiones son bien diferentes en los hombres. El mismo objeto les puede agradar por diversos respectos: v. gr., a una mujer, a quien muchos se le aficionen, pueden unos amarla por su espíritu, otros por su virtud, otros por sus defectos, &c. ¿Luego se puede buscar en el alma alguna cosa más pura que el interés de nuestros sentidos? Así lo creo yo. Véase aquí en qué me fundo, continúa el autor. Veo cada día que un hombre rodeado de mujeres, a quienes nunca ha hablado, no siempre prefiere a la más bonita, aunque le parezca tal. ¿Por qué? Porque cada hermosura designa un carácter particular y nosotros preferimos el que se acomoda más al nuestro. Luego es el carácter quien nos determina. Luego es el alma lo que buscamos. No se me puede negar. Supuesto, pues, que todo cuanto se presenta a nuestros sentidos no nos agrada sino en cuanto es imagen de lo que se oculta a la vista, se infiere que amamos las cualidades sensibles, cuya imagen son; luego es verdad, a lo menos, que el alma es la que más nos mueve. El alma no es agradable a los sentidos, sino al espíritu; luego el interés del espíritu es el interés principal, y si el de los sentidos le es opuesto, se lo sacrificamos. Bastará para esto que se nos persuada que le es enteramente opuesto y que es un borrón para el alma. He aquí el amor

puro, explicado por este sabio defensor de la religión y de las costumbres de los católicos. El marqués de Vauvenargue apoya también este sentir cuando dice en su obra del *Conocimiento del espíritu humano* que en el amor se mezcla regularmente mucha simpatía, esto es, una inclinación, cuyo modo forman los sentidos, mas aunque formen el nudo, no siempre tienen ellos el interés principal, pues no es imposible que haya un amor exento de grosería.

Ya veis, pues, mis amadas chucurracas, que sólo aquellas personas que, semejantes a los animales, no conocen más placeres que los de los sentidos tendrán por cosa muy difícil el que entre sujetos de distinto sexo se suspire por otra causa que no sea el amor impuro. Pero confesad al mismo tiempo contra los partidarios de las bonitas que sólo a las feas es dado el inspirar estos dulces y apacibles sentimientos, bajo las leyes de una moderación discreta, y que a proporción de que crece la hermosura corporal es más peligrosa la adhesión de los sentidos. Luego las feas en todos tiempos serán las más amables para los justos apreciadores de la virtud y el mérito.

¿Pero qué diremos, chucurraquitas mías, si vosotras sabéis unir a la hermosura material la belleza del espíritu y las prendas todas de aquel atractivo virtuoso que os hace tan encantadoras? ¡Ay!, yo no puedo pensar en esto sin entusiasmarme en vuestro favor y sin dar motivo al desporrondingamiento de algunas cabecitas virigerentes que me escuchan.

Desengañemos, pues, de que por más que nos diga toda la caterva de filósofos y poetas del siglo de oro, del siglo de plata, del de cobre y del de plomo, por más que nos digan todas esas grandes cabezas, no es propiamente la belleza material de los cuerpos la que ha trastornado, y trastornará, a los profesores del amor faemigerente, conduciéndolos a tantas y a tan diversas escenas de risa y funestidad. No es esta, concluiremos con el gran Muratori, la que engolfa y mantiene al amante en el mar de aquel afecto, unas veces alegre, otras inquieto y triste. Del alma vienen disparadas las más fuertes y envenenadas saetas, es decir, aunque la hermosura corporal es bastante a interesar el corazón, para transportar el

alma y sacarle fuera de sí, para que pase a una obstinación inexorable, son necesarias otras salecillas, que sólo suelen concederse a las feas. El espíritu, el brío, la gracia, la buena disposición o gentileza, el hacer que asome a los ojos toda el alma, la melodía de la voz, las palabras melosas y lisonjeras, alguna lagrimita derramada con oportunidad y dulzura y aquella zalamería encantadora que produce el... no sé qué... son otras tantas ruedas maestras que sin necesidad de tener una gran belleza o hermosura corporal pueden hacer que giren a su alrededor las cabezas de muchos, que no se saben guardar cautelosos o no conocen al enemigo. Estos, estos son los principales enemigos que roban la quietud y el sosiego, que enflaquecen tal vez y disminuyen el juicio a quien tiene mucho y lo consumen todo al que tiene poco.

Es, pues, inconcuso, mis chucurraquillas, que por más que vuestros cuerpos estén formados con bella simetría, por más que tenga un colorido cambiante, vivo y hermoso, si os falta el espíritu, el donaire, la vivacidad de ingenio, la graciosidad, el garbo y sobre todo aquella encantadora moderación que os hace amar y respetar a un mismo tiempo no seréis más que unas estatuas ambulantes y no podréis prometeros muchos ni muy fervorosos adoradores. Mas al contrario, si aunque seáis tuertas, patichuecas y lagañosas reunís todas estas prendas del espíritu, seréis siempre superiores a las hermosas, atontadas y esquivas hijas del hielo. Por lo común, las menos hermosas, las feas del todo, son las que más procuran reunir aquellas prendas interesantes y por consiguiente serán las que más merezcan nuestros respetos y estimación, con preferencia a las bonitas. DIGE.

Un murmullo universal, mezclado con el ruido de los aleteantes abanicos, corrió por todas las filas del estrado. Los vivas y las aclamaciones medrosas de algunas pirraquillas lisiadas que conocían sus defectos corporales hacían el eco de los merecidos aplausos. Y el orador voló a sentarse junto a su pipinina, quien poseía la hermosura exterior y la belleza del espíritu.

FÁBULA. EL ZORRO Y EL TOPO¹

JOSÉ MARIANO RODRÍGUEZ DEL CASTILLO²

UN TOPO JACTANCIOSO,
ciego de alma y de cuerpo,³
a un zorro le decía,
con un tono burlesco:
–Créame usted, amiguito,
no hay topo más ingenuo.
Al que tiene una falta,
se la critico luego.
Aqueste es mi carácter,
que refrenar no puedo.
Lo que siento, lo digo,
y caiga el universo.
Ingenuamente le hablo.
Usted no es más que un necio,
tiene cara de simple,
se le conoce luego.
Mas el burlón del zorro
le respondía, risueño:

-
- 1 Sr. diarista, ha dado un charlatancillo en llamar simples y tontos a los sujetos cuyo lenguaje, aunque sencillo, no entiende. Contra este vicio es la siguiente fábula. Y aunque conozco que el criticarlo es darle lugar a que diga con las lagartijas de Iriarte “Valemos mucho, / por más que digan”, con todo, lo hago para mortificarle un poquito la vanidad. Véase Tomás de Iriarte, “El naturalista y las lagartijas”, en *Fábulas de Iriarte* (Madrid: Ed. “Saturnino Calleja”, 1920), p. 103. Nota agregada.
 - 2 Anónimo, “Fábula. El zorro y el topo”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 5 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2255, pp. 633-634. Se indica: “Mostaza.”
 - 3 Llámase, con propiedad, ciego de alma al necio. A.

–Amigo, se conoce
su singular talento.
Yo he pasado entre muchos
por un zorro de ingenio,
pero ya reflexiono
el que no valgo un bleto,
pues usted, que no mira,
me condena por ciego
y los que vista tienen
opinan muy diverso.

Idiotas presuntuosos,
que tratáis como a necios
a los hombres sensatos,
porque no podéis comprenderlos,
a vosotros os hablo,
a vosotros que viendo
una irónica risa
quedáis muy satisfechos.
Tened vergüenza un día
y callad a lo menos,
pues así más ocultos
serán vuestros defectos.

CUENTECITO

ANÓNIMO¹

EL CAJERO DE UNA TIENDA, CONFORME CAÍA un medio nuevo, decía:

–Este mediecito nuevo para mi mujer.

Caía otro viejo y decía:

–Este viejo, ¿para qué lo quiere el amo?

1 Anónimo, “Cuentecito”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 6 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2256, p. 640.

DÍALOGO ENTRE MINA Y UN GENERAL

ANÓNIMO¹

Gen. AGUR, PARTIDARIO, ¿ES YA MUY GRANDE LA GUERRILLA?

Min. Bienvenido, mi general: ya es de algunos miles.

Gen. ¿Y sabe v.m. gobernarlos?

Min. Pongo los medios para ello.

Gen. Pero hombre, ¿qué ha de saber v.m. para poder meterse a gobernar 4 o 50 hombres?

Min. General, v. e. habrá acaso oído lo que llevo hecho.

Gen. ¡Hecho...! ¡Hecho...! Casualidad... Pues vaya, a que ni siquiera sabe v.m. ¿qué cosa es táctica?

Min. Táctica es matar el mayor número de franceses que se pueda, con la menor pérdida posible.

Gen. ¡Bueno...! ¿En qué colegio militar ha estudiado v.m.?

Min. En los campos de Aragón, Navarra, Rioja y Alava.

Gen. Esa no es respuesta. Vaya, tráceme v.m. aquí un plan de batalla. Acaso no sabrá v.m. ni aun dibujar, ni entenderá de matemáticas.

Min. Pero he hecho ver que entiendo de matar franceses. Si fuera posible, haríamos una prueba. v. e. con 50 hombres y yo con otros 40 iríamos a combatir y veríamos quién... se entiende contra el enemigo.

Gen. ¡Qué se había de ver...! Algunos creen que matando franceses basta y que se puede ser militar sin estar bien instruido en la táctica.

Min. ¿Ha leído v. e. la historia?

1 Anónimo, "Diálogo entre Mina y un general", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 7 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2257, pp. 643-644. Se indica: "Conciso." Véase Anónimo, "Mina y un general", en *El conciso* (Cádiz, Imp. de Don Manuel Ximénez de Carreño, 8 de septiembre de 1811), núm. 8. "Mina y un general", en *Diario de Palma* (Mallorca, Imp. de Antonio Brusi, 31 de octubre de 1811), núm. 56, pp. 227-228.

Gen. ¿La de los doce pares...? Ya, pero todas aquellas acciones son fabulosas.

Min. Hablo de la historia de las naciones, en que se leen hazañas de hombres que las practicaron sin grandes teorías.

Gen. Es imposible ser buen práctico, sin ser buen teórico.

Min. La misma práctica da también, por necesidad, conocimientos teóricos. Sobre todo, mi general, ¿sabe v. E. lo que he hecho desde que emprendí esta carrera?

Gen. Lo sé, lo sé, pero al fin todo ello sin reglas ni táctica. Crea v.m. que por mi parte yo no le hubiera dado el grado de coronel.

Min. Mi general, el amor a mi patria, a mi religión y al rey, y no los honores, ni la ambición, me movieron a emprender esta carrera. Los mismos principios me gobiernan en el día. El enemigo me llamará acaso *el general Mina*, porque puede avergonzarse de llamarme sólo *el coronel Mina*, pero sea el que quiera el grado que yo tenga crea v. E. que Mina... será siempre el mismo Mina y su objeto... no las cruces ni los grados, sino la destrucción del enemigo, y aunque pese a la envidia.

FÁBULA. EL GATO Y LA PALOMA

ANÓNIMO¹

UN GATO VIEJO Y TAIMADO

y una paloma inocente
se juntaron en un prado
que corría fresco ambiente.

El gato que vio la suya
para meter uña y diente
quiso asegurar el lance
sin que el vuelo lo impidiese.

–Señora paloma –dijo–,
usted descanse y sosiegue,
que yo soy gato seguro,
honrado, fiel y prudente.

Conozco a usted algún tiempo
y la estimo ciertamente,
porque, sobre ser hermosa,
tiene una cola excelente.

Envanecida esta simple
dio una vuelta porque viese
su amigo el lindo plumaje.

Y el gatazo falsamente

1 Anónimo, “Fábula. El gato y la paloma”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 9 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2259, p. 649. Se indica: “Fa. T.” Véase “El gato y la paloma”, en *Diario de Valencia* (Valencia, Imp. del Diario, 9 de septiembre de 1793), t. XIII, núm. 71, p. 281. E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o polian-tea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1806), t. VIII, pp. 207-208. Francisco Aguilar Piñal, *Índice de las poesías publicadas en los periódicos españoles del siglo XVIII* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1981), p. 274.

la tiró también el guante,
que a ser menos diligente
la paloma en levantar
el vuelo allí mismo pierde
el aliento, por fiarse
de tan sospechosa gente.
Si algunas a la lisonja
tantos oídos no diesen,
el chasco de la paloma
no sería tan frecuente.

PÉRDIDAS CURIOSAS

ANÓNIMO¹

UNA JOVEN BIEN PARECIDA y educada a la moda perdió en un baile el pudor. Y yendo a buscarlo en otro dice que le robaron su integridad. Si alguno supiere procurarle la restitución, le dará una buena gala.

Un joven de buena familia perdió en un café su honor y por cubrir esta pérdida echó a rodar el de su familia y algunos otros. Desea comprar alguna otra cosa con que cubrir su falta.

Un letrado, buscando opinión para defender a un hacendado maligno —pero que pagaba bien—, perdió la que tenía de probidad y justicia. Si alguno quiere vender otra, o entregar la suya, sabrá gratificarle.

Un médico, que tenía muchas visitas, se acostumbró tanto a hablar que olvidó el leer. Y lastimado de los muchos que matan sus recetas, desea aprender de nuevo la lectura, para poder consultar los autores. Solicita un sujeto que le reemplace esta pérdida.

Un boticario, que tiene muchos catálogos de fórmulas y simples, colocó entre ellos, inadvertidamente, el de los mandamientos y ha perdido el quinto y séptimo. Si alguno los hubiere hallado, devuélvalos. Se gratificará.

Un escribano juntó casualmente su fe con la evangélica y se le han tras-papelado ambas. Si alguno tuviere proporción de habilitarlo, pagará bien.

Un comerciante ha perdido entre unas memorias de efectos la de sus robos y la de la restitución. Suplica al que las hubiere hallado las devuelva. Promete recompensa.

1 Anónimo, “Pérdidas curiosas”, en *El mentor mexicano. Periódico semanario sobre la ilustración popular en las ciencias económicas, literatura y arte* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 9 de diciembre de 1811), t. I, núm. 47, p. 380.

CUENTECITO

ANÓNIMO¹

UNO QUE NO SABÍA LEER había prestado un buen libro que por casualidad tenía. Y se lo vinieron a volver cuando estaba con unas visitas de cumplimiento. Quiso quedar bien y persuadir a los circunstantes que no carecía de esta habilidad. Cogió el libro –por contingencia, al revés– y empezó a hojearlo, haciendo que leía. Y uno de los de la visita le dijo:

–Cuidado, que ha tomado vm. el libro al revés.

Y él se paró muy enojado, diciendo:

–¿Ven vms?, por eso no quiero prestar mis libros, porque me los voltean al revés.

1 Anónimo, “Cuentecito”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 11 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2261, p. 660.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

LA EMPERATRIZ MADRE DE RUSIA, hallándose en medio de una gran sociedad con Caulincourt, sacó la conversación acerca de los españoles.

–Señor embajador, parece que los españoles dan mucho quehacer a vuestro emperador.

–¡Oh, señora, eso no durará más que unos meses! ¿Cree, VM., que podrán resistir a las inmensas fuerzas de la Francia? La suerte ya está echada.

–Pero ya van 80 meses de lucha.

–Eso hará que ya no haya más España.

–Pues yo estoy –le replicó la emperatriz–, yo estoy aprendiendo ahora el español.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 12 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2262, p. 664. Véase *El conciso* (Cádiz, Imp. de D. Manuel Ximénez Carreño, 16 de julio de 1811), núm. 16, p. 7.

FÁBULA

PEDRO CABEZAS¹

VARIOS NATURALISTAS
de la víbora enseñan
que ni las alas bastan
para escaparse de ella,
como que al pajarillo
que incauto se le acerca
lo atrae con el aliento
y hace segura presa.
Si sea o no cierto
que la víbora tenga
tal virtud atractiva,
es reñido problema.
Unos creen que la tiene,
porque así se los cuentan,
y otros, más reflexivos,
la atracción le niegan.
Y si vale mi voto
en aquesta materia,
suscribo a los primeros,
fundado en la experiencia,
pues miro cada día
viboronas tan diestras
que donde se descuida
un pájaro lo atrae y lo desuella.

1 Anónimo, "Fábula", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 14 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2264, p. 669. Se indica: "Paz de Escobar."

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

CARLOS, DUQUE DE CALABRIA, administraba diariamente justicia en Nápoles, asistido de sus consejeros y ministros. Temiendo que sus guardias impidiesen la entrada a los pobres, hizo colocar una campanilla en el mismo tribunal, cuyo cordón colgaba por de fuera. Un caballo viejo, abandonado de su amo, estregándose en el muro la hizo sonar.

—Que abran —dijo el príncipe— y haced entrar al que fuere.

—Es un caballo del señor Capecio —dijo el guarda al entrar.

Toda la asamblea largó la carcajada.

—¿Os reís? —dijo el príncipe—. Sabed que la exacta justicia extiende sus cuidados sobre los caballos. Que venga aquí Capecio.

—¿Qué caballo es ese que dejáis abandonado? —le preguntó el duque.

—¡Ah, señor! —contestó Capecio—, ha sido el caballo más valiente de su tiempo. Veinte campañas tengo hechas sobre él, pero se ha inutilizado y no he querido mantenerle ociosamente.

—¿El rey, mi padre, os ha recompensado?

—Sí, señor, confieso que estoy recompensado.

—¿Y no os dignáis alimentar ese generoso caballo que tanta parte ha tenido en vuestros servicios? Id ahora mismo y dadle un lugar en vuestra caballeriza, donde será tratado al igual de los otros; de lo contrario, os tendré por un desleal caballero y os retiraré mi gracia.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 15 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2265, p. 674. Se indica: "Traducido." Véase E. B. D. B. v. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1805), t. iv, pp. 214-216. Th. H. Barrau, *Livre de morale pratique ou choix de préceptes et de beaux exemples* (Paris: Librairie de L. Hachette et Cie, 1863), p. 246. *Libro de moral práctica o selecta colección de preceptos y bellos ejempllos*, trad. de Jesús González (León: Imp. de Manuel García Moyeda, 1876), pp. 227-228.

EJEMPLO DE INTEGRIDAD Y DESINTERÉS EN LOS PUESTOS PÚBLICOS

PLUTARCO¹

UNO DE LOS EJEMPLOS más brillantes que se encuentran en la historia antigua sobre el amor con que se deben mirar los intereses de la patria, con preferencia a los particulares, es el que nos presenta el justo Arístides en el tiempo que obtuvo la prefectura de su república. Siempre celoso del aumento de los fondos cívicos se irritaba con algunos de sus compañeros en el mando porque preferían su interés particular al común de los atenienses. Y este cuidado, que llevó al extremo de la escrupulosidad, le atrajo el odio de aquellas almas viles que sólo ven en los empleos el medio de enriquecerse. Así es que al concluir el año de la prefectura se concitaron contra él y trataron de deponerlo con oprobio, suponiéndole mal manejo en la distribución de los caudales públicos. Pero había hombres justos que le conocían a fondo y supieron contrarrestar a la calumnia, continuándole el empleo en el siguiente año.

En éste, trató de mudar de conducta, mostrándose más indulgente y fácil. Y de esta manera, halló el secreto de dar gusto a todos los que pillaban la república, porque ni les reprendía sus excesos, ni examinaba con exactitud sus cuentas, de modo que estos ladrones, viéndose en situación de poder hurtar a sus anchuras, no hallaban términos con que exaltar la conducta de Arístides, cuya pureza en este particular fue siempre inalterable.

Ellos mismos solicitaron después que se le continuase el empleo por otro año. Y como en el día de la elección se reuniesen todos los votos en

1 Anónimo, "Ejemplo de integridad y desinterés en los puestos públicos", en *El mentor mexicano. Periódico semanario sobre la ilustración popular en las ciencias económicas, literatura y arte* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de diciembre de 1811), t. I, núm. 48, pp. 381-382. Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de D. Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. II, pp. 79-80.

su favor, Arístides se levantó y reprendió a los atenienses fuertemente, diciéndoles:

–Cuando he administrado vuestra hacienda con toda la fidelidad y vigilancia de un hombre de bien, me habéis tratado con la mayor dureza e ignominia. Y hoy, porque la he abandonado a todos estos ladrones públicos, decís que soy un hombre admirable y el mejor de los ciudadanos. Sabed, pues, atenienses, que el honor que ahora me hacéis me avergüenza más que la sentencia que disteis contra mí el año pasado. Y veo con harto dolor que es aquí más glorioso el condescender con los malos que el administrar fielmente y conservar las rentas de la república.

El pueblo, todo conmovido, se concitó contra los malvados. Fueron depuestos. Y Arístides se consagró todo a su patria, dando un ejemplo de desinterés e integridad, en términos de que a su muerte no tuvo qué dejar a su familia, pues siempre vivió en la frugalidad más rigurosa, cuando se hallaban con más opulencia los caudales públicos.

EL RECUERDO DE ELINIO

JOSÉ MARIANO RODRÍGUEZ DEL CASTILLO¹

LLEGARON LOS CRUELES ANUNCIADORES del invierno; llegaron los helados cierzos, marchitando los árboles y flores. Los alegres pajarillos enmudecen. Huyen las madrugadoras y festivas golondrinas. El cielo se ostenta, al caer de la tarde, con los dilatados celajes. Los campos ya no visten un verde vivo, imagen de la esperanza, sino una triste amarillez, símbolo de la muerte. El año va a expirar muy presto y el aterido invierno va a envolver entre sus nieves las hermosas perspectivas de la primavera y los frutos del otoño. En fin, la naturaleza toda va a resentirse.

La brillante y apacible luna se levanta por el oriente al principiar la noche y sus rayos parece que infunden el silencio y la agradable melancolía en las humildes chozas y en los desiertos bosques. Ya no se oyen los cánticos de los zagales. Aves y brutos están entregados al sueño y sólo se percibe, de tarde en tarde, el ladrido del mastín vigilante. Ni aun la rana vocinglera se atreve a turbar esta muda y magnífica escena. En medio de ella, sale Elinio, acompañado solamente de sus reflexiones. Y va tan ocupado de ellas que camina sin saber cómo ni a dónde. Llega a la ribera del manso río que riega el pie de su cabaña. Éste le impide el paso y aun parece que le convida a que se siente en su orilla. Elinio lo hace y toma un exterior sosiego.

Enclavados sus ojos en el astro de la noche, medita sobre sus pasados infortunios, pero sin aquella precipitación y tumulto que causan las grandes desgracias en sus primeros golpes. Extiende la vista por la inmensurable bóveda del cielo; registra las estrellas; ve los lejanos hori-

1 Anónimo, "El recuerdo de Elinio", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2267, pp. 682-684. Se indica: "Tirsis."

zontes, que aparecen iluminados con un débil resplandor; observa atentamente las diversas formas de los árboles y la humilde ostentación de las cabañas. Y sus cabellos parece quieren erizarse por un suave horror. He aquí a Elinio, se decía a sí mismo, he aquí al hombre desgraciado. Y tomando la orla de su pobre vestido, parece que la enseñaba al cielo en ademán de enseñarle sus miserias, como si éste, acaso, las ignorara.

He aquí convertido en un aldeano aquel a quien la fortuna había prometido sus favores y aun le había concedido muchos de ellos. La ingrata y lisonjera corte había seducido mi corazón y ya no pensaba en el plantío de mi huerta, ni en saber cuáles eran los padres de aquel corderito manchado. Ya no hallaba tanto gusto en la ignorada paz de los zagales, mis compañeros, y sólo pensaba en hacerme un buen lugar entre los valientes escuadrones de Marte. ¡Qué error...! ¡Pero qué mucho, si para caer en él fueron necesarias todas las persuasiones de una Circe cortesana! Conocía, al principio, que no debía obedecer sus necias y ambiciosas pretensiones, mas ella llegó a tener tanto dominio sobre mí que me hacía ejecutar sus más injustos mandatos como cede un tierno infantito a la voluntad de su nodriza. Mi imbecilidad era tanta que me gobernaba con el débil soplo de su aliento. Y aún más que su amante era su esclavo.

¿Mas a qué fin examinar los diversos y rarísimos accidentes que se fueron encadenando hasta arrojarme al precipicio? Empeño temerario sería que yo los quisiese repasar ahora uno por uno, pero en compendio ¿qué es lo que ha sido de mí desde que abandoné mi rústica choza y fui a la corte? Salí del seno de mi familia tan sin malicia como una paloma. Fui a la corte y caí en las garras del milano, de las que he escapado muy mal herido, aunque con vida. ¡Gracias a los númenes tutelares de la inocente inexperiencia! Ellos, irritados de mi ciega simplicidad y confianza, me castigaron con los amargos pesares de aquellos infelices días. Me entregué al lobo, siendo simple cordero, y él ejerció en mí su saña; él cumplió con sus sanguinarias inclinaciones.

Y ahora, oh, Elinio, después de los serios escarmientos que has tenido, ¿alimentas por ventura alguna de tus fanáticas ideas? ¿El esplendor apa-

rente de la corte ocupa todavía tu corazón? Di, ¿no es mucho más dulce la tranquilidad ignorada de la aldea? Sí, sus horas se deslizan mansamente, como las aguas de este sosegado río; su quietud es más deliciosa que la cándida luz que la brillante luna esparcía sobre mi cabeza. Y antes creo que el nevado Amemeyolca² arrojará ríos de ardiente lava; antes las lagunas mexicanas alimentarán los corpulentos delfines; y antes los ricos montes de mi patria³ sólo producirán el pobre estaño que yo llegue a abandonar mi choza. Entre sus rústicas paredes, moran la paz y la alegría. ¿Qué mejores compañeros puedo apetecer?

Choza mía, tú eres testigo de mi arrepentimiento y lo serás de mi enmienda. Mis días se prolongarán –mi salud y mis años lo prometan– como las guías de la yedra que cubre tu alegre entrada. Yo la sembré, yo la vi de un palmo y yo no alcanzo ya a tocar sus extremidades, que suben hasta tu techo. Y cuando cargado de años, me siente a tu puerta para tomar el sol, yo me complaceré de haber cumplido mi promesa de nunca dejarte y bendeciré lleno de alegría tan feliz promesa. Tú no conocerás a otros por mis amigos que a los sensibles y veraces pastores. Con ellos, partiré las delicias de mi espíritu; a ellos llamaré mis hermanos sin recelo. Y ellos corresponderán a mi sincero cariño. Yo les acompañaré en sus pesares y en sus gozos y ellos harán otro tanto conmigo, hasta tener el consuelo de morir en sus brazos y que ellos cierren mis ojos para entrar en el reino de los muertos.

En tan lisonjeras ideas se entretenía el escarmentado Elinio. Se veía, con bastante complacencia, libre de las terribles borrascas de su pasada vida. Su corazón mantenía señales de las crueles heridas que había recibido y éstas le servían de un eterno recuerdo para ser prudente y para mirar sus antiguas desgracias, que ya había vencido, con aquella satisfacción con que el guerrero victorioso muestra las heridas que recibió en la

2 Llamado, comúnmente, Amecameca.

3 Guanajuato. A.

guerra. ¡Mil y mil veces dichoso el que posee el tesoro inestimable de la experiencia y se retira a disfrutarla en el seno de la inocente aldea!

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

EL JUSTICIA MAYOR DE UN LUGAR mandó, por medio de un bando, que de las diez de la noche en adelante nadie anduviera en la calle. Encontró después de dicha hora a un hombre, parado en la vuelta de una esquina. Y preguntándole ¿que por qué andaba fuera de la casa a aquella hora?, ¿que si no sabía el bando publicado?, respondió que sí.

—¿Pues por qué no obedece vm?

—Sí obedezco, pues luego que oí las diez, en este mismo sitio me he quedado parado, porque el bando mandó que de esta hora en adelante no se anduviera.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 24 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2274, p. 708.

DIÁLOGO CRÍTICO MORAL

ANÓNIMO¹

SR. DIARISTA, ESTABA YO ESCONDIDA como un ratón en cierta parte uno de los días anteriores y este escondrijo me proporcionó oír una conversación entre una buena anciana y una muy juiciosa paya recién llegada a México. Y después, sin pensarlo, se introdujo una descabellada currutaca. Es del tenor siguiente.

Paya. Buenos días tenga VM., mi señora. ¿Cómo le ha ido a VM., nanita? *Anciana.* Muy bien, hija. ¿Cómo te va?, ¿cómo te ha ido en estos días?, ¿y cómo has tardado tanto en volver a verme?

Paya. Muy bien me ha ido, a Dios gracias, pero no he podido volver más pronto por tener que pagar algunas visitas, porque es preciso corresponder a muchas señoras que me han hecho favor. Dios se los pague. Mas a la verdad, algunas he hecho con hartito doler de mi corazón. Pero si uno no lo hace, luego dicen ¿que qué se podía esperar de una *paya*, sin atención ni crianza? Y así, es preciso volver a todas las visitas.

Anciana. Dime, hija, ¿cómo te prueba México? ¿Estás contenta? Ahora que no estás entre insurgentes, te parecerá que estás en la gloria.

Paya. ¡Ay nanita!, en los primeros días de mi llegada me parecía haber llegado al paraíso, pero mientras más veo a México, me voy llenando de temor.

1 Anónimo, "Diálogo crítico moral", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 25 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2275, pp. 715-716. "Sigue el diálogo crítico moral comenzado ayer", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 26 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2276, pp. 718-719. "Sigue el diálogo crítico moral comenzado en el núm. 2275", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2277, pp. 722-724. "Concluye el diálogo crítico moral comenzado en el núm. 2275", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 28 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2278, pp. 725-727. Se indica: "Guadalupita la mexicana."

Anciana. ¡Qué dices, hija! ¿Pues qué ha habido, mi alma? ¿Hay, por ventura, alguna novedad? Yo no sé nada.

Paya. Nada, nanita, nada. Yo no he oído nada malo, a Dios gracias.

Anciana. ¿Pues de dónde nace ese temor, hija? No tienes, pues, que asustarte. ¿No vez, hija, como pelean nuestras tropas? ¡Ay hijitos de mi alma!, Dios os tenga siempre de su santa mano. ¿No ves todos los mexicanos de patriotas? ¿No ves que el señor virrey está velando día y noche sobre todos, dando siempre disposiciones muy acertadas? ¿Pues por qué has de temer? No temas, hija, que Dios lo remediará todo, y su santísima madre.

Paya. ¡Ay nanita!, no puedo sosegarme, porque Dios es justo y aborrece mucho el pecado. ¿No ve VM., mi señora, los escándalos que están dando por todo México esas que son el oprobio de nuestro sexo, esas a quienes llaman *currutacas*? Ellas van medio desnudas. Ni sé si usan camisa, ni enaguas. Los brazos los traen desnudos y muchas los pechos al aire. Los vestidos tan estrechos que apenas pueden dar paso; y tan transparentes que casi todas se están mirando. Y cuando están contra la luz —¡qué horror, señora!— las carnes están enseñando. En la calle, como el túnico es negro, no es tanto lo que se ve, pero en casa, ¡ay señora!, es horror, es un espanto. Sólo con haber perdido la vergüenza pueden haber llegado a tanto. Y aunque éstas fueran gentiles y que no temieran a Dios, ni de su divina majestad esperasen cosa alguna, sólo por propia conveniencia debían tapar sus carnes, a lo menos en tiempo de frío, para no sentirlo tanto. Pero ellas quieren irse al infierno, a costa de muchos trabajos. ¡Ay infelices!, con menos lo lograrán. Ellas quieren ser mártires del diablo y llevar tras sí muchas almas. Dios les abra los ojos, porque no se pierdan ellas ni pierdan a tantos. Esto es, mi señora, lo que me hace temblar, porque, aunque vemos que las tropas se portan tan bien, que no hay cómo mejorarlas, y que el señor virrey es un ángel que Dios nos ha mandado por alivio de nuestros terribles males, también sé, señora mía de mi alma, que cuando Dios quiere castigarnos no vale la prudencia, ni todo el poder humano.

Anciana. En eso que dices, hija, de esas currutacas puercas tienes mucha razón, pero no son muchas esas desdichadas. Y las que hay, según me han dicho, son casi todas *mujeres malas*, que las mantienen sus galanes. Y a estos infelices tal vez las cuadran así, para más provocarlos. Y ellas, como viven a su sueldo, para darles gusto harían moneda falsa. Y si hay alguna casada, créeme, hija, que será porque su marido no le hará caso, dejándola ya tal vez como abandonada. Y puede ser también que cada cual ande por su lado, pues bien sabes, hija, que los maridos jamás quieren que la suya sea mala, a no ser que sea un monstruo, y de éstos apenas uno se halla.

Paya. Yo no entiendo, nanita, cómo estas pueden ser tan malas, después de tantos sermones, misiones y procesiones santas y otras mil cosas buenas que ha habido en México en estos días pasados, porque, según me dicen, tiempo hace que los padres están siempre predicando.

Anciana. Es verdad, hija, lo que dices, pero, mi alma, estas nunca van a oírlos, y huyen de sermones, y mucho más de misiones, como de cosas malas. Y ojalá no fueran a misa ni aun los días de fiesta, por lo menos no escandalizarían a tantos. ¿Con qué devoción se puede oír la santa misa teniendo delante, o al lado, alguna de esas diablos? Yo, a Dios gracias, tengo a todos mis hijos casados. Ninguna de sus mujeres va así. Todas son muy estimadas de sus maridos. Pero a veces, hija mía, temo no los perviertan esas malvadas. Yo, como me ves, ya soy vieja. Y con todo, cuando las encuentro por la calle tengo que cerrar los ojos y procuro acelerar el paso.

Paya. ¡Ay nanita!, me dice VM. que estas ni oyen sermones, ni misiones. Pues estas no oyen la palabra de Dios. Y así, esas desdichadas ya no son hijas de Dios. Y con eso, son ya hijas del diablo.

Anciana. ¡Jesús, hija!, ¡qué dices! Cállate, por Dios, que yo no me atrevo a decir tanto.

Paya. No, nanita, no lo digo de mi cabeza. Se lo oí predicar a un padre. Y decía que Jesucristo así lo decía a los judíos: *El que es mío, oye mi voz, pero vosotros, que no la oís, no sois míos*. Y aun añadía el padre que Jesucristo les decía: *Vosotros sois del diablo, vuestro padre*. Y a la verdad,

señora, es menester no tener casi nada de cristiana la que no teme al oír aquellas palabras terribles: *Por eso vosotros no me oís, porque no sois míos*. Yo, desde niña, he sido aficionada a oír sermones, porque me llevaba mi madrecita, pero desde que oí estas palabras soy mucho más aficionada. Mi marido –¡ay señora!, ¡no me puedo acordar de él sin que me salten las lágrimas!–, mi marido iba conmigo. Él siempre procuraba mi bien: el del cuerpo, pero más el de mi alma. Él me quería mucho; él me estimaba. ¡Ay, hijito mío! Él murió con las armas en la mano; él acabó peleando contra los insurgentes, como buen español americano; él...

Anciana. Sosiégate, hijita, no llores. Por Dios, cállate. Él era hombre de bien, a las derechas; era buen cristiano. Él murió defendiendo la santa causa. Y así, no llores, hija, que, sin duda, está gozando de Dios. ¿Qué me dices tú, muchacha?

Paya. Señora, que ahí está su sobrinita, que viene a ver a su merced.

Anciana. Que entre. ¡Ay, hija!, ¡qué enfadada me tiene esta criatura! Ya verás: es una infeliz currutaca.

Currutaca. Buenos días, mi tía. ¿Cómo le va?, ¿cómo se siente VM?, ¿cómo lo pasa? Beso las manos de VM., señorita, para servir a VM.

Anciana. ¿Qué estás haciendo, sobrina?, ¿a dónde te lleva el aire?

Currutaca. Salí un rato, tía, que ya me cansaba de estar en casa. ¿Qué tiene esta niña, tía, que parece está llorando? Y VM. también, tía, ¡qué cara tan triste hace!

Anciana. Las cosas del día, sobrina, son las que nos están haciendo derramar lágrimas.

Currutaca. ¡Oh, qué bobera, tía!, por estarse congojando. Vamos las tres esta tarde a ver el ejercicio de los patriotas y verán cómo se revuelven, cómo andan, cómo corren, cómo avanzan. Verán cómo se divierten. Vamos, vamos esta tarde. ¿Qué dice VM., niña, vamos?

Paya. No, señora, no tengo ganas.

Currutaca. ¿Por qué, niña?

Paya. Cuando los insurgentes entraron en mi tierra, lo vi, señora. Y deseo morir antes que verlo otra vez. Mi marido, con otros muchos,

estaba contra ellos peleando. Por eso lo vi. Ellos vencieron, porque eran muchos, o porque el cielo así lo dispuso, pero, ¡Jesús!, ¡qué estragos, qué horrores, qué muertes! Me horrorizo al pensarlo. Pero el tiempo que estuvimos entre ellos, ¡qué insolencias las de aquella mala gente, qué insultos, qué amenazas! Las mujeres siempre estábamos encerradas; y todavía no estábamos seguras de aquellos lascivos brazos. Dejemos esto, señora, porque me confundo y me salgo de mí al acordarlo.

Currutaca. Pero, niña, ¿qué tiene que ver uno con otro? ¿No ve vm. que en México estamos bien seguras, con tantos soldados, patriotas, cañones y otras armas? No sea vm. miedosa. Vamos, vamos. Y vm. también, tía. Vamos, pues, esta tarde y nos divertiremos mucho.

Paya. Señorita, si vm. me da permiso, le diré a vm. lo que siento y lo que más me espanta.

Currutaca. Sí, niña, diga vm. lo que gustare, que yo en todo procuraré consolarla.

Paya. Bien sabe vm., mi señora, que la causa de esta insurrección son los pecados. Y mientras ellos no se quiten, no hay que pensar que la guerra se acabe. Esto los padres nos lo dicen en los confesionarios y nos lo repiten continuamente los predicadores.

Currutaca. A la verdad, niña, tiempo hace que no oigo ningún sermón, porque siempre estoy sumamente ocupada. Perdone vm., niña, que la interrumpo. Siga vm. lo que había empezado.

Paya. El difunto señor arzobispo nos lo decía en sus cartas pastorales. Nos decía bien claro que si queríamos paz y sosiego quitáramos los pecados. Los libros también lo dicen: que los pecados son causa de las guerras, de la ruina de los pueblos y ciudades; que ellos acaban con los reinos e imperios. Y en fin, los pecados son la causa de todos los males. ¿Cuál fue la causa del diluvio universal? El pecado. ¿Cuál fue la causa del incendio de Sodoma, Gomorra y demás ciudades nefandas? El pecado. ¿Cuál fue la causa de la ruina de Jerusalén y que no quedase piedra sobre piedra? El pecado.

Currutaca. Tiene vm. mucha razón, niña. vm. habla como una santa.

Paya. Pues dígame v.m., señorita, ¿en qué funda v.m. esa vana confianza de estar México seguro, cuando no se ven sino pecados? ¿Es México más fuerte que Jerusalén? ¿Está más bien amurallado? Era Jerusalén el pueblo de Dios. Y con todo, lo abandonó, por el pecado. Y lo mismo temo de México, si no nos enmendamos. Y las mujeres, señora, temo somos las más culpadas. Y v.m. misma no me negará que son sumamente provocativos y deshonestos estos trajes tan usados, pues van muchas mujeres medio desnudas, con ropajes tan insolentes y desvergonzados; con los pechos tan descubiertos que parecen todas chichiguas, y no como quiera, sino como las más sinvergüenzas y descocadas, con un aire más insolente, como la más...

Currutaca. Yo no me visto así para provocar a nadie; yo visto así porque es moda y porque me cuadra.

Paya. Pero, señora, primero es ver si la moda, si el gusto, es conforme a la santa ley cristiana; y si no lo es, es preciso del todo abandonarla, pena de ser para siempre condenada entre los demonios, en el infierno. Y que el vestir de muchas es escandaloso –aunque no lo hagan con fin depravado, sino sólo por su gusto o para seguir la moda– nadie puede negarlo. Y Jesucristo nos dice: *¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! ¡Mejor le estaría que le atasen en el cuello una piedra de molino y le arrojasen en la mar!* ¿Pues qué será, señora, de esas mujeres escandalosas que andan por las calles y plazas con tanto descoco, como si no fueran cristianas, mejor diré, como si fueran todas muy bien pagadas por el malvado, el tirano de la Europa, el ateísta Napoleón Bonaparte, para perder y arruinar del todo a todos los cristianos americanos? Y no me diga v.m., señora, que a las mexicanas sólo las ven los mexicanos, porque esto de las malditas modas corre como un rayo por todo el reino, para apestar en todas partes. Y lo más sensible a una alma cristiana es ver que así entran en los templos y que apenas pueden estar arrodilladas, por la estrechez del túnico, con aquellos tapacuellos que casi nada las cubre. A la verdad, yo me alegraría mucho que las echaran de las iglesias y que los muchachos

les dijese a gritos *Allá anda, allá, a la excomulgada*, porque tal vez así escarmentarían y enmendarían sus escándalos.

Currutaca. Pues bien, ¿qué somos aquí: payas o viejas? Somos muchachas. Y es preciso gozar de la juventud que Dios nos ha dado. Dejaremos estas modas y mudaremos de vida cuando ya seamos grandes.

Anciana. Sobrina, sobrina, tu modo de responder es de muy poca reflexión o de poco cristiana. Dime, criatura, dime, ¿tienes firmado de Dios algún papel de que llegarás tú a vieja? ¿Cuántas has visto tú morir en lo mejor de sus años? Si quieres, cuenta las doncellas. Y si quieres, numera las casadas, todas conocidas tuyas. Y murieron en lo mejor de sus festines, de sus divertimientos, de sus galas. Ellas no habían dejado sus gustos, ni sus pasos errados. Antes, éstos las dejaron a ellas. Y dejáronlas muy bien burladas. Se fueron al otro mundo y el cómo Dios lo sabe. Lo cierto es que los padres siempre predicán que regularmente los que viven mal, mal acaban. Y lo otro que dices, que te convertirás cuando seas grande —en caso que llegues—, ¡oh, y qué engañada vives, y qué bien te tiene agarrada el diablo! Dime, por vida tuya, ¿de cuántas viejas haces burla tú, y otras como tú, porque visten, hablan y hacen, o quieren hacer, como si fueran muchachas? Créeme, si quieres, sobrina, que la que de muchacha fue mala y escandalosa, mala será, será mala y mala, y rarísima será la que llegará a enmendarse. ¿Y te parece que es justo que la mujer cristiana pase los años de la juventud siendo escandalosa y mala y después, cuando ya no es buena para nada, habiendo perdido a infinitas almas, diga *Yo ya me vuelvo a Dios, yo ya quiero ser una santa*? ¡Ah, qué pocas, ah, qué pocas de estas se han salvado! No te pongas pues, sobrina, a tanta contingencia y a perder para siempre tu alma.

Currutaca. Pues bien, yo todavía soy muchacha. Y no vengán vds. a predicarme, que yo no gusto de sermones, ni tengo quien me mande. Y si vm., tía, lo ha de hacer así, jamás volveré a su casa.

Anciana. Cállate, desatenta. ¿Por ventura, no estoy yo en mi casa? ¿Te mandé llamar, acaso, o voy yo, por ventura, a tu casa? Ni iré jamás tampoco, mientras vistas tan descocada. Pero en mi casa, hablo y hablaré lo

que me pareciere justo y santo. A lo menos, sabrás que tu tía no aprueba, antes abomina y aborrece, todas tus iniquidades. Y mientras vistas tan desvergonzadamente, pues eres el oprobio, el deshonor, la ignominia de mi linaje, ni mereces el nombre de mexicana, ni mucho menos de cristiana. Mientras, digo, sigas así, no te nombres mi sobrina, ni pongas un pie en mi casa.

Currutaca. Ya me guardaré yo más de encontrarme con vds. que con un misionero de S. Fernando. Abur, abur.

Anciana. ¿Qué te parece, hija, de esta criatura desdichada? ¡Ay, qué lástima le tengo! Dios, por su bondad, la haga santa.

Paya. Sí, nanita, es digna de la mayor compasión, por su ceguera extremada. El diablo la tiene bien cogida. ¡Y qué dichosa será si se le escapa!

Anciana. No, no lo creas, hija mía. Es menester un gran milagro para que ella abra los ojos y deje de ser desdichada. Encomendémosla a Dios, pues ves que está muy necesitada.

Paya. Ya me voy, mi señora, porque parece que ya es tarde.

Anciana. Muy bien, hija, anda, pero te ruego que no te asustes tanto, porque, aunque esas malas mujeres son algunas, y ojalá no fueran tantas, las almas santas de México, créeme, hija, que son muchas y están continuamente rogando a Dios que no nos castigue como merecen nuestros pecados. Anda pues, hija mía, y no tardes tanto en volver, porque ya sabes que puedes disponer de toda esta tu casa. Y de mí, lo que gustares.

Paya. Dios se lo pague a vm., nanita. Que le vaya a vm. muy bien, madrecita.

Anciana. Adiós, hijita.

Yo, para que nada se me olvidara, cogí la pluma –o bien o mal cortada– y lo anoté, palabra por palabra. Ahí se lo remito a vm., por si gustare darlo en alguno de sus diarios, para que vea todo el mundo que las mexicanas aborrecemos las modas malas y que quisiéramos verlas desterradas de todo él. Es servidora de vm. *Guadalupita la mexicana.*

FÁBULA. EL CISNE Y EL CUERVO

ANTONIO SALGADO¹

AL ARENOSO MARGEN DE UNA FUENTE,
un albo cisne, cual la nieve pura,
cantaba y encantaba dulcemente.
Quiso imitar un cuervo su blancura,
empero lo hizo tan infelizmente
que atronó su graznido la llanura.
Tú eres el cisne, Canazul² divino,
y yo el cuervo infeliz que desatino.

1 Anónimo, “Fábula. El cisne y el cuervo”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2277, p. 722. Se indica: “Anto-salniogado.”

2 Véase Canazul en el anexo “Seudónimos, iniciales y anagramas de narradores mexicanos (1810-1816).” Nota agregada.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

DIJÉRONLE AL REY D. Alonso de Aragón que cierto cristiano nuevo, cuyo origen era hebreo, pedía quinientos ducados por una imagen de S. Juan Evangelista, que tenía en venta. Dijo:

–Ese hombre es más avariento que sus antepasados, pues ellos apreciaron en sólo treinta monedas la persona del hijo de Dios. Y quiere llevar tanta cantidad por sólo el retrato de un discípulo suyo.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2277, p. 724. Véase “Del Rey D. Alonso de Aragón”, en Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gazeta, 1764), p. 62. “Del Rey D. Alonso de Aragón”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres* (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), p. 54. “Del Rey D. Alonso de Aragón”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de cuentos, chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres, escogidos nuevamente de varias obras de esta clase* (Barcelona: Imp. de Antonio Sastres, 1807), t. I, pp. pp. 80-81.

RESPUESTA RIDÍCULA DE NECIA PREGUNTA

ANÓNIMO¹

HIZO UNA CORTA AUSENCIA de Madrid el conde de Bornos. Y el día que volvió, hallando casualmente al marqués de Pobar, le dijo:

—¿Qué es esto, Bornos, ya has venido?

—No, amigo, pero me aguardo por instantes.

1 Anónimo, “Respuesta ridícula de necia pregunta”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 28 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2278, p. 728. Véase Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gazeta, 1764), p. 136.

LA ESPOSA FIEL

ANÓNIMO¹

EN UN PUEBLO DE LOS CANTONES SUIZOS, vivía Teodoro, negociante muy opulento que acababa de casarse con una hermosa doncella, a quien adornaban la virtud y el talento, prendas que rara vez se ven juntas en un mismo sujeto. Vivían estos esposos gozando de la más dulce tranquilidad en los brazos del sosiego y de la abundancia. Camila tenía una pasión decidida por las bellas letras. Obsequiaba en su casa a todo hombre honesto, juicioso y literato con los que tenía su sociedad para cultivar las luces del espíritu. Entre éstos, ella hacía más aprecio de Eduardo, por su probidad, talento y erudición. Eduardo, a pesar de vivir algo retirado de Camila, frecuentaba bastante su casa y parecía ser el más íntimo de su esposo. A pesar de estas circunstancias, Teodoro empezó a sospechar y a no agradarle estas continuas visitas, no tan sólo de Eduardo, sino también de los demás literatos que formaban la tertulia de su esposa. Llenóse de celos, pero como no tenía causa temía anunciar a Camila su ridícula flaqueza. Ocultó esta pasión tanto que no pudo la sagacidad y talento de Camila penetrarlo. Muy al contrario, astuto y disimulado, aparentaba amar más a su esposa y hacía más confianza de ella, de manera que aun aquellos que conocen de cerca el corazón humano no pudieran haberse persuadido que bajo aquella apariencia había desconfianza tan fina.

Una noche el descuidado Roberto salía de la tertulia de Camila. Teodoro lo aguardó y, arrojándose sobre él, con una espada lo atraviesa. A las voces del herido, acudió gente. Y aunque demasiado tarde para

1 Anónimo, "La esposa fiel", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 29 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2279, pp. 730-732. Se indica: "Correo de las damas." Se indica: "Traducido."

remediar el daño, no lo fue para que declarase, antes de expirar, quién era el agresor.

Prendido Teodoro, formado el proceso y substanciada la causa, le sentenciaron a la pena capital, por haber recaído su asesinato en una infundada y falsa sospecha.

Señalado el día en que debía sacarse para el suplicio, su esposa pidió a los jueces se le permitiera hablarle. El delito de Teodoro y la infamia que había creído en su esposa no fueron causas para que ésta olvidase su amor y lo que únicamente sentía era la desconfianza que había hecho de ella.

—Vuestros imprudentes celos, querido esposo mío —le dijo—, son los que os conducen al patíbulo. Una sola expresión o una sola mirada hubiera bastado para destruir todas vuestras sospechas, aunque éstas fuesen las más deshonorosas para mí. Esa palabra, esa mirada sola, me hubiera denotado vuestro amor, porque quien no estima a su esposa no la ceta, y me hubiera sido sobradísima causa para que, al saber vuestros celos, desterrase de mí el objeto que pudiera causarlos. A pesar de estos justos sentimientos, aquí viene la misma que creíste infiel a salvaros, no a expensas de una vida, que hubiera dado mil veces por la vuestra, sino sacrificando su honor, que le es mucho más caro. Hay una ley que favorece al marido que cogiendo en adulterio a su mujer la mata a ella o a su cómplice. Ésta os salvará, acusándome de...

Confundido con estas razones, Teodoro lloraba como un niño. Y sollozando la decía:

—No, Camila, no, yo no te acusaré... Déjame morir... No me aflijas...

Ni las caricias de ésta, ni su llanto, ni la imagen afrentosa del suplicio, nada bastó para obligarle a que hiciera la acusación conforme se la proponía. Cansada de suplicarle, y traspasado su corazón a vista del fúnebre espectáculo que tenía delante, se retiró, determinada a acusarse ella misma. Pero como su deposición sola no era suficiente, se interesó con sus cuñados para que apoyasen su declaración.

Inmediatamente pusieron a Camila en la cárcel. Y a fuerza de ruegos, consiguieron de Teodoro, ya que no la acusase, al menos que no la desmintiese en la declaración que, en vista de la suya, irían a tomarle. Con efecto, así lo hizo. Y al momento fue puesto en libertad y declarada su mujer por infame, condenándola a una penitencia pública y encierro de un año.

A todo esto se expuso la inocente Camila por salvar la vida de su esposo. La penitencia que la impusieron fue raparle la cabeza y las cejas, no presentarse jamás en público, sino con cierto traje que publicaba su falta, siendo como una librea de su deshonor.

La fiel Camila sufrió por un año estas afrentas de un delito que no cometió. Cumplido el plazo, se retiró de la Suiza y se fue a vivir a Francia con su marido, a donde, actualmente, están establecidos, siendo el ejemplo del cariño, de la tranquilidad y de la confianza.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

SACARON EN UN LUGAR una procesión de penitencia. En una esquina, se añadió un hombre y comenzó a azotarse con la mayor fiereza, tanto que el cura y otros particulares lo fueron a contener, diciéndole que no se excediera, que menos de lo que hacía le sería aceptable² a Dios y a su madre santísima.

—¿Pues acaso yo me doy por agradar a Dios y a su madre santísima?

—¿Pues por qué se da vm?

—Porque ¿por qué ha de querer aquel que va allí darse más recio que yo?

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 31 de diciembre de 1811), t. xv, núm. 2281, p. 740.

2 En la edición del *Diario de México*, dice “acepto”, que cambiamos por “aceptable”, por adecuarse más al sentido textual. Nota agregada.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

PRESUMÍA MUCHO DE GALÁN un canónigo de la metrópoli de Sevilla. Fuele a calzar cierto zapatero. Y si sobre los zapatos más o menos ajustados, se enfureció de modo que con el mismo instrumento de su oficio mató al miserable. Quedó la pobre viuda con cuatro hijas y un hijo, aprendiz del padre, que era el mayor, de sólo catorce años. Querellóse al cabildo. Seguíase el pleito. Y por último paró en condenar al delincuente a que en un año no entrase en el coro. Creció el mancebo. Y oprimido de su miseria y desamparo, acaeció estar en las gradas de aquel magnífico templo, día del *corpus*, a tiempo que pasaba la procesión en que iba el agresor, con su sobrepelliz, entre los demás prebendados. Y arrebatando el filial amor los impulsos de la ira, se arrojó furioso y dándole muchas puñaladas le hizo fallecer.

Arrastráronle luego, con el estrépito que se da a entender. Y vencido en el enorme delito, que no podía negar. Y confesó luego, sin

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 2 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2282, pp. 7-8. Véase Melchor de Santa Cruz, *Floresta española de apotegmas o sentencias* (Bruselas: Casa de Huberto Anthonio Velpio, 1655), pp. 41-43. "Justa y discreta sentencia del Rey D. Pedro", en Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gazeta, 1764), pp. 6-8. "Justa y discreta sentencia del Rey D. Pedro", en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres* (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), pp. 7-8. "Justa y discreta sentencia del Rey D. Pedro", en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de cuentos, chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres, escogidos nuevamente de varias obras de esta clase* (Barcelona: Imp. de Antonio Sastres, 1807), t. I, pp. 15-17. E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1807), t. xiv, p. 140. "El zapatero y el rey", en *Cuentos del siglo de oro*, ed. de Félix Nava López y Eduardo Soriano Palomo (Madrid: Castalia, 2001), pp. 67-68. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo xvi* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), pp. 228-229.

otro descargo que el dolor de su agravio. Le condenaron a descuartizar el sucesivo día.

Hallábase en aquella ciudad el rey D. Pedro, que, informado del hecho, ordenó se le trajesen los autos. Y reconocidos, puso por decreto de su real mano: “Esta sentencia es injusta. Revócola. Y mando salga de la cárcel ese hombre, privándole de hacer zapatos por un año.”

CELOSOS DE LA HONRA Y DESENTENDIDOS DEL GASTO

ANÓNIMO¹

SR. EDITOR, NO HAY COSA más común que maridos de esta clase. El mío es tan completo en su línea que el tiempo que debía ocupar en proporcionarme los medios de subsistir sólo le emplea en celarme de la mañana a la noche, sin temer que el hambre, la desnudez y otras calamidades análogas a la miseria me hagan saltar las trancas, burlando su vigilancia. Quiero dar a vd. una idea de su persona.

Es un mocito de los de ahora, que aparentan mucho y nada son. Cualquiera que lo vea en la calle dirá que es un marqués. Tal me pareció a mí cuando me casé. Sombrero de primera; casaca de paño finísimo; camisa de olán, como lavada, almidonada y planchada en París; corbata correspondiente; chaleco y pantalón más blanco que el armiño; zapatos o medias botas con un lustre siempre brillante; caña de china, sortija de diamantes y reloj de cien pesos, con cadena y juguetillos de igual precio. Tal era el traje con que se presentaba a mis incautos ojos en el tiempo de su galanteo y tal el que usa aún.

Fuera de esto, me alucinó con un conjunto de bellas circunstancias, de que sólo tenía la apariencia, pero que, precisamente, debían haber sorprendido un ánimo tan sencillo como el mío, y mucho más cuando eran representadas por un hombre a quien nadie iguala en el arte de fingir y engañar, aun a las personas de más mundo que yo, pues soy una mujer joven, criada, como suele decirse, entre cuatro paredes,

1 Anónimo, "Celosos de la honra y desentendidos del gasto", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 3 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2283, pp. 11-12. "Concluye el papel comenzado ayer sobre los celosos de la honra y desentendidos del gasto", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 4 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2284, pp. 13-15. Se indica: "La afligida casada F. R. H."

sin tratos, pretensiones, pleitos, ni nada de cuanto enseña a abrir los ojos para no fiarse de las apariencias.

A no haber sido así, yo me hubiera informado de las circunstancias de mi hombre, como debe hacerlo toda mujer sensata antes de enlazarse con uno para siempre. Sin embargo, habiéndole yo preguntado cuáles eran sus proporciones, me respondió que, aunque era hijo de familia, tenía un buen destino y esperanzas de heredar.

Yo le creí, tanto por el aire de sinceridad con que me hablaba cuanto por la decencia de su traje, y porque no había quien me dijese lo contrario. Esto no obstante, yo llegué a desconfiar del destino que me dijo tenía porque siempre le veía en la calle, aun a las horas en que un hijo de familia debe estar ya recogido. Quise averiguar en qué consistía, pero mi madre, que estaba de su parte, me reprehendió esta curiosidad, diciéndome que no fuera *mentecata* y que me dejase de *boberías*, porque el muchacho *era un primor*. Lo mismo me decían mis amigas, que, apoyando el dictamen de mi madre, me aconsejaban que me casase y cerrase los ojos.

Así lo verifiqué cinco años hace, pero no tardé quince días en saber que no tenía más destino que estarse ameritando para obtener alguno; que las comodidades de su casa eran sólo *regulares*; y que su conducta se reducía a salir muy temprano, para no volver hasta las dos, estarse en su casa hasta las tres y volver a tomar el *tole* hasta las once de la noche o el día siguiente.

Yo me desconsolé, pero deseosa de no alterar la aparente tranquilidad que reinaba entre nosotros ocurrí a la prudencia, reconviniéndole con la dulzura y suavidad posible. Cuanto más se abandonaba él, tanto más amor le manifestaba yo, para obligarle. Le aconsejaba con cariño, le reconvenía con agrado y le trataba con la mayor ternura. Pero todo fue en vano. Y viendo que nada adelantaba, me quejé a sus padres, para que le hiciesen reconocer sus deberes.

Se enmendó alguna cosa por un poco de tiempo. Volvió a las andadas. Torné a reconvenirle. No hizo caso. Y yo me vi precisada a abando-

narle y refugiarme en casa de mis padres, donde subsistía, y subsisto, atendida a ellos y a algunos socorros que me enviaban, y aun envían, los suyos.

Para el colmo de mis males, se ha empeñado en habitar con nosotros. Ni yo ni mis padres hemos tenido valor para cerrarle la puerta. Semejante bondad le ha obligado a vivir recogido, pero este recogimiento es sólo para estarme martirizando continuamente con unos celos insufribles. Apenas me deja respirar. Todo el abandono con que anteriormente me miraba lo ha convertido en un celo intolerable. Yo no soy dueña de moverme, ni dar un paso en que él no halle qué reparar. Si me peino, me lavo o me visto, es porque tengo a quien parecerle bien. Si las amigas se dignan visitarme o convidarme a sus casas, dice que no quiere que me visiten, ni que yo vaya a visitar, porque todas son mis terceras y no estoy en tiempo de tener amigas. No puedo ir a misa sin él. Cuando está enfermo, me quedo sin oírla, pues me prohíbe salir con mis hermanos o parientes, pensando que estoy mancomunada con ellos. Todos los que visitan mi casa le son sospechosos. El mozo por mozo, el anciano por anciano y el casado por casado, todos me aman, a todos amo. Y con nadie puedo hablar. Me está absolutamente prohibido salir a la ventana.

¿Y es esta, sr. editor, es esta la vida feliz de los casados? ¿Habrá quién se atreva a casarse, con el riesgo de dar con un hombre como éste? Bueno, santo es el matrimonio si se vive como Dios manda, ¡pero así! ¡Ah! Esta es una vida odiosa y desesperada.

Estoy casada, tengo un marido al lado y no me atrevo a pedirle un real para fruta, porque no lo tiene, ni sabe trabajar para ganarlo. Si su padre le da alguna cosa para que atienda a nuestras necesidades, todo lo deja no sé dónde. De suerte que yo sólo tengo marido para sufrir, con sus celos, un infierno perpetuo y para que se diga que soy casada.

Esto supuesto, dígame vd., señor editor, ¿a qué se expondrá este hombre cuando, después de hallarme ya yo con una multitud de inocentes apetitos, que en vano deseo satisfacer, y careciendo de otras cosas más necesarias que ellos, pierda la paciencia y me desespere de ver que sólo invierte en celarme el tiempo que debía emplear en buscar con que mantenerme?

Yo soy todavía joven y no muy mal parecida. Por consiguiente, ya podrá vd. considerar cuán fácil me sería encontrar lo que él no me proporciona. Y aunque yo no lo haga, por el respeto que me tengo a mí misma, y el rigor con que me he propuesto llenar los deberes de mi estado, ¿no habrá muchas mujeres que en semejantes casos procedan de otra manera? Sé muy bien que la mala conducta de mi marido no me autoriza para relajar la mía, pero los héroes no siempre son héroes, ni siempre los santos han sido santos. Y yo confieso a vd., con ingenuidad, que no siempre confío ya de mí misma, porque este marido que Dios me dio es capaz de hacer prevaricar a toda la corte celestial.

Algunos me aplicarán aquello de *antes que te cases, mira lo que haces*, pero lo cierto es que ya me casé, sin saber lo que hacía y con quien no debía, porque nací frágil y porque no me dieron una educación tan selecta como es necesaria para saber escoger un buen marido. Si los secretos de Dios son incomprensibles y si estaba ya decretado mi matrimonio con este caballerito, para que yo padeciese, ¿quién quita que estén también reservados en el libro de su destino los malos ratos que yo le podré dar si él no se enmienda? Yo me alegraré de lo contrario. Pero pasado un calvo por la tienda de un barbero, y preguntándole: “Señor maestro, ¿me podrá nacer el pelo?”

—No lo sé —le contestó—, pero de mala traza lo veo.

Dispense vd. esta jocosidad, que es propia del buen humor que las necedades y disgustos de mi marido no han podido destruir todavía, y sírvase publicar esta carta, a fin de que mis conciudadanas y compañeras abran los ojos y aprendan a examinar, cuidadosa y escrupulosamente, el carácter y las circunstancias de los que hayan de ser sus maridos, para que no lloren después, viéndose reducidas al estado miserable y peligroso en que se halla su más atenta y segura servidora, Q. S. M. B. *La afligida casada* F. R. H.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

HABLANDO EN CIERTA OCASIÓN el conde de Bornos con la duquesa de Medina-Coeli de las insignes mujeres que celebra la fama, dijo el conde:

–Desengañémonos, que la de más saber sabe sólo gobernar doce gallinas y un gallo.

–No diga ese disparate –respondió la duquesa, enardecida–, que hay matronas que pueden dar leyes al mundo.

–Claro está –respondió Bornos– que esto no se entiende con las que son como v. E., que las de tal clase podrán gobernar, sin duda, veinticuatro gallinas y dos gallos.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 9 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2289, p. 36. Véase “Es picante, útil sólo para un festejo, pues celebra innumerables heroínas la fama y todas las divinas y humanas letras”, en Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Oficina de Lorenzo Francisco Mojados, 1743), pp. 134-135. “Es picante, útil sólo para un festejo, pues celebra innumerables heroínas la fama y todas las divinas y humanas letras”, en *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gazeta, 1764), pp. 134-135. “Es picante, útil sólo para un festejo, pues celebra innumerables heroínas la fama y todas las divinas y humanas letras”, en *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: 1770), pp. 134-135. “Exceso de rendimiento, galantemente motejada”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres* (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), pp. 105-106. “Del conde de Bornos”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de cuentos, chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres, escogidos nuevamente de varias obras de esta clase* (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), t. I, p. 161.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

LLEGÓ PAULO EMILIO A LA POSESIÓN DEL EJÉRCITO de que nuevamente le habían dado el mando. Y queriendo muchos de los oficiales –que esto es usual– introducirse a dar consejos sobre la conducta de las tropas, les dijo:

–Señores, sosegad los discursos, afilad las armas y prevenid las fuerzas para el combate, que lo demás está a mi cuidado.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 13 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2293, p. 52. Véase Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gazeta, 1764), p. 263. *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: 1770), p. 263.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

CULPÁNDOLE A FILOXENES que introdujese siempre en sus comedias malas las mujeres, cuando Sófocles las pintaba buenas, respondió:

—Porque ese filósofo las supone como deben ser y yo como son.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2296, p. 64. Véase “De Filoxenes”, en Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gazeta, 1764), p. 235. “De Filoxenes”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres* (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), p. 162. “De Filoxenes”, *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de cuentos, chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres, escogidos nuevamente de varias obras de esta clase* (Barcelona: Imp. de Antonio Sastres, 1807), t. II, p. 36.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

ENRIQUE IV, viendo que su sastre le traía un libro de algunos reglamentos o máximas estadistas que había compuesto, dijo a uno de sus cortesanos:

—Que me llamen luego a mi chanciller, que me corte un vestido, pues mi sastre quiere hacer ordenanzas.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 18 de enero de 1812), t. XVI, núm. 2298, p. 72. Véase “De Enrique IV”, en Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gazeta, 1764), p. 70. “De Enrique IV”, en *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: 1770), p. 70. “De Enrique IV”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres* (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), p. 60. “De Enrique IV”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de cuentos, chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres, escogidos nuevamente de varias obras de esta clase* (Barcelona: Imp. de Antonio Sastres, 1807), t. I, pp. 88-89.

IDEA DEL AMOR

ANÓNIMO¹

ROBERTO, TÚ, QUE PRETENDES ser víctima del amor, tú amas a Carlota. Ven, enséñame las heridas de tu corazón. Son tan profundas como las mías. Aprobaré las llamas en que ardes. Ven, te repito, ven. Aprende del amante de Francisca qué cosa es amor.

Alimentarse de lágrimas, considerar una simple risa como el mayor de los favores, suspirar años enteros a los pies de una hermosura, arrojarse, implorar, gemir y adorar. He aquí, en pocas palabras, las condiciones a que te debes someter... ¿Y no son estas penas otros tantos placeres? Sí, Roberto, yo lo sé, yo los he experimentado...

Implora por una mirada, resérvala para ti y alégrate al obtenerla. No olvides jamás aquel respeto religioso, aquel temor interior que siente el esclavo cuando se acerca a su señor. No arriesgues una sola palabra que pueda ofender los delicados oídos de una virgen. Contéplala como un cristal que se empaña al más ligero accidente.

Confía aun cuando parezca desvanecido todo motivo de esperanza, aunque todos conspiren contra ti, aunque Carlota ocupe el más alto puesto y tú el más inferior del estado. Espera siempre, Roberto, porque sin esta esperanza yo no creo que tú has sentido el verdadero amor: es mentira. Si tu alegría, ¡oh Roberto!, no se convierte en amargo dolor al considerar la más ligera duda, la más leve sospecha, y no experimentas los tormentos de los celos, créeme, no estás enamorado: es mentira.

1 Anónimo, "Idea del amor", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 21 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2301, p. 84. "Finaliza la Idea del amor", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 22 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2302, pp. 85-86. Se indica: "F. F. G. (*Correo de las damas*).". Véase "Idea del amor por la Señora Barbauld", en *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 1 de septiembre de 1787), núm. 27, pp. 209-210.

Si ausente de Carlota no buscas la negra soledad; si tu imaginación no te presenta las puras delicias de himeneo; si engañado por una dulce ilusión no miras hasta en los troncos y peñas la imagen de tu bien, tu amor no es más que una palabra: es mentira.

Si tu alma es susceptible de impresiones que no sean las más tiernas; si cuidados que no sean amorosos te ocupan alguna vez, puedes estar seguro que jamás conociste el despotismo del amor: sus voluntades son absolutas, su imperio exclusivo y su cetro cae en el momento que no es tirano.

Si te ha sucedido todo esto, ven donde estoy yo... ven, Roberto. Seré tu compañero en tan deliciosas penas.

FÁBULA. LOS ZORROS

JUAN MARÍA LACUNZA¹

CON ZORRA JOVEN,
un zorro viejo
casó, deseoso
del himeneo,
que en él los años
nunca pudieron
de las pasiones
templar el fuego.
Por el contrario,
de ardores lleno
en la coyunda
busca el remedio.
La tierna esposa,
linda en extremo,
se unió al caduco
zorro indiscreto
porque a la sombra
del casamiento
pudiese libre,
con menos riesgo,
pelar la pava
con sus cortejos
y al pobre novio,

1 Anónimo, “Fábula. Los zorros”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 22 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2302, p. 85. Se indica: “Batilo.”

que siempre enfermo
se estaba en cama,
ponerle cuernos.
Este es el mundo
y así anda ello.
Cuántos y cuántas,
al leer el cuento,
dirán ¿qué diablos
nos habla esto?

FÁBULA. EL PIOJO Y LAS HORMIGAS¹

JUAN MARÍA LACUNZA²

HALLÓSE AL PASO
de unas hormigas
cierto embustero
piojo arbitrista,
para venderles
mil chucherías,
bajo unos nombres
que significan
alguna cosa.

-
- 1 Al final de la fábula, Lacunza agrega este comentario: “Paréceme excusado prevenir que, en la generalidad de la fábula anterior, no se comprenden algunos de los impresos a que se contrae, aunque a la verdad son muy pocos. Soy justo y sincero, sr. editor, y no tengo embarazo en confesar que el papel de D. J. F. de L., ‘Hacen las cosas tan claras que hasta los ciegos las ven’, publicado recientemente, es uno de los menos malos de este autor. Y aún estoy por decir que, quitando uno que otro escrupulillo, es bueno en su clase. Esta mi ingenuidad es tanto más sincera cuanto que el citado D. J. F. de L. publicó días pasados, en mi contra, el papel ‘Quien llama al toro que sufra la cornada’, cuya contestación mandé a vd. oportunamente y ha tenido la bondad de empezar a publicar en su *Diario*, núm. 2302.” Véase Anónimo, “Fábula. Los zorros”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 22 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2302, p. 85. Se indica: “Batilo.” Véase iniciales D. J. F. de L. en el anexo “Seudónimos, iniciales y anagramas de narradores mexicanos (1810-1816)”. José Joaquín Fernández de Lizardi, *Quien llama al toro que sufra la cornada* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1811). “Quien llama al toro que sufra la cornada”, en *Obras X – Folletos (1811-1820)*, recop., ed. y notas de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, pres de María Rosa Palazón Mayoral (México: UNAM, 1981), pp. 31-43. *Hacen las cosas tan claras que hasta los ciegos las ven* (México: Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1812), pp. 1-4. “Hacen las cosas tan claras que hasta los ciegos las ven”, en *Obras I. Poesías y fábulas*, investigación, recop. y ed. de Jacobo Chencinsky y Luis Mario Schneider, est. prel. de Jacobo Chencinsky (México: UNAM, 1963), pp. 209-211. Nota agregada.
- 2 Anónimo, “Fábula. El piojo y las hormigas”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 31 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2311, p. 121. Se indica: “Batilo.”

Las simplecillas
para comprarlas
se precipitan,
porque lo nuevo
entre las mismas
siempre acalora
su fantasía.
A poco rato,
con ignominia,
notan que es todo
superchería,
pues sólo encuentran
la perspectiva.
Paja y sandeces,
tal vez mal dichas.
Se dan al diablo,
lloran la intriga,
reconociendo
que sacrifican
sus intereses
a la codicia
del piojo astuto.
Éste, egoísta,
se burla de ellos.
Y como se hinchan
sus talegones,
de nada cuida.
¡Cuántos impresos
hoy se publican,
que al vulgo halagan
con fruslerías,
mas que en el fondo

son sacaliñas
y nuestra patria
desacreditan!

FÁBULA. CUPIDO ARANDO Y LOS HOMBRES

MARIANO BARAZÁBAL¹

VIENDO AL TIERNO CUPIDO DEDICADO
en el duro trabajo de la esteva,
le fueron a ayudar mil hijos de Eva,
pidiendo en altas voces el arado.
—Si queréis trabajar —el niño alado
les dijo astuto—, vamos a la prueba.
Pero es que faltan bueyes. Quien se atreva
a suplir su lugar será premiado.
Aunque todos quedaron como mudos,
unos al cabo la cerviz ponían.
Y luego les nacían cuernos agudos.
Otros, metiendo el hombro, resistían.
Y a éstos les dijo Amor que no podrían
medrar sin resolverse a ser cor—. ²

1 Anónimo, “Fábula. Cupido arando y los hombres”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 7 de febrero de 1812), t. xvi, núm. 2318, p. 149. Se indica: “El Aplicado.”

2 Nudos como este son difíciles de desatar. No he podido concluir esta fabulita por falta de consonante. Hágalo el piadoso lector. A.

LOS MUEBLES DE MI CASITA

JOSÉ IGNACIO PAZ¹

SR. DIARISTA, SI LOS HOMBRES más liberales en dar gracias no han pasado de mil, yo, siendo un pobrete, doy a vd. doble cantidad de esta moneda por la parte que tuvo en que se me restituyese la habitación que, sin motivo, se me había quitado, cuya agradable noticia se sirvió vd. comunicarme por nota en su periódico núm. 2297.² Ya vivo en ella, para que vd. mande, y la estoy habilitando de algunos mueblecitos que, aunque de poco valor, porque mis facultades no permiten otra cosa, trato de que sean aseados y algo curiosos. En los ratos desocupados, iré dando a vd. razón de ellos, para que, con la ingenuidad que le es propia, me diga si son o no de alguna utilidad.³

Lo primero que me deparó la contingencia fue media docena de estampas irónicas, de a media vara, que compré muy baratas. Les he mandado echar marcos y vidrios y han quedado tan bonitas que las coloqué en la asistencia para que cuando vengan a mi casa las vean y estudien. Se las explicaré a vd., una por una, si no con la exactitud que corresponde, a lo menos en los términos que las he comprendido.

PRIMERA ESTAMPA: *LA COFRADÍA DEL SILENCIO*

Sala decente, con mesa redonda en medio y sillas al contorno, que ocupan, indistintamente, la ilustración, la ignorancia, la urbanidad, la gro-

-
- 1 Anónimo, "Los muebles de mi casita", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 13 de febrero de 1812). t. xvi, núm. 2324, pp. 175-178. Se indica: "El Tocayo de Clarita."
 - 2 Anónimo, "No es mucha cosa: es un cuento, a manera de carambola", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de enero de 1812), t. xvi, núm. 2297, p. 65. Se indica: "El Tocayo de Clarita." Nota agregada.
 - 3 Dígalo el público ilustrado, justo apreciador del mérito. D.

sería, la discreción, la imprudencia, el valor, la cobardía, la verdad, la mentira, la moderación, el atrevimiento, el sosiego, la inquietud, el silencio, el ruido, la ocupación y la ociosidad.

Todas estas imágenes, en diversas aptitudes, ofrecen a los sensatos muchas y muy útiles reflexiones, cuyo cimiento debe ser –supongo yo– el influjo que tiene la educación sobre nuestras acciones, pues si es buena, el hombre sigue los rectos caminos del honor o los busca cuando se ve extraviado; y si es mala, después de hacerlo aborrecible a sus semejantes, lo prostituye y conduce rápidamente a su perdición absoluta.

En semejantes lugares, donde se reúnen hombres de todas clases, se advierte una monstruosa miscelánea de obras, palabras y pensamientos, que dan la más perfecta idea del carácter, principios y circunstancias de los sujetos. Al momentáneo placer que se experimenta con una instructiva conversación o crítica juiciosa, sigue el disgusto que causa la necesidad, con su intolerable algarabía. Y se ve, con dolor, que su partido es el más pujante, porque son incontables sus secuaces.

SEGUNDA ESTAMPA: *LA NOVEDAD*

Perspectiva agradable de paseo. Y entre sus árboles, repartidos varios grupos de hombres. Unos están con papeles en las manos, aparentando que los leen, y son ciegos; hay otros enmascarados, y cada uno con su trompeta en la boca, en acción de tocarla; otros bailando al ruidoso compás de pitos y panderos, entregados a todos los transportes o arrebatos del placer, diestramente expresados en sus semblantes; y otros pensativos y llorosos, infundiendo tristeza y desaliento.

Parece que esta estampa da idea del origen de muchas novedades y ocurrencias, tanto alegres como funestas, que pasan por positivas, y se indica que las adulteran y propagan personas desconocidas, siendo el resultado de ellas la extremosa impresión que causan en los ánimos de los fáciles creyentes.

TERCERA ESTAMPA: *LA LIBERALIDAD*

Figura aislada, con grillos, desnuda, flaca, pálida y huesuda. Tiene ojos en muchas partes de su cuerpo y sobre las espaldas un peñasco enorme. Está apoyada de un árbol, cuya áspera corteza le sirve de sustento.

¡Ricos avaros!, este es vuestro retrato. Vosotros cargáis solos el peso de vuestros tesoros. Jamás dais un paso para hacer un beneficio. Vivís sumidos en la miseria y desconfiáis de vuestra misma sombra.

CUARTA ESTAMPA: *LA SENSIBILIDAD*

Vista de calle. Persuade ser de noche. A la puerta de una de sus casas, está llamando un hombre.

Es algo obscura la invención, pero no debe extrañarse, por la hora, bien que, sobre poco más o menos, puede inferirse que la casa sea de algún médico de aquellos que jamás dejan la cama por salir a socorrer, como lo tienen de obligación, a los enfermos que con grave necesidad los llaman ejecutivamente. Cuanto éstos tienen de reprehensibles, son apreciables los pocos que observan diversa conducta. La humanidad, afligida, deja el prolongado lastimero ¡ay! que le atranca su dolor y los bendice agradecida.

QUINTA ESTAMPA: *EL PATRIOTISMO*

Bosque espeso y algo obscuro. Dentro de él, hay cavadores que están abriendo profundos hoyos, en que sepultan porción de cajones y botijas. Estos son los ricos egoístas, que, sordos y duros a los clamores de la patria, ven con indiferencia sus males y en lugar de auxiliarla para que siga y acabe la grande obra de su libertad ponen todo su empeño en ocultar los tesoros que ella misma les ha franqueado y de los que ahora les pide una pequeña parte, con calidad de reintegro. ¡Hombres ingratos y mezquinos!, vosotros no sois hijos de tan ilustre madre, ni merecéis estar entre los que legítimamente lo son y lo han acreditado con las repetidas costosas pruebas de su generosidad.

SEXTA ESTAMPA: *LA VIGILANCIA*

Rica almoneda abierta, custodiada por seis hombres dormidos. Quien haya visto a los guardas o serenos de esta capital a la medianoche, o poco más, no debe dudar que la mayor parte de ellos ha costeado la apertura de esta lámina.

Están explicadas las estampas, aunque muy superficialmente. Espere vd., sr. diarista, como le he ofrecido, la noticia de los demás muebles y mande cuanto guste a su afectísimo servidor, Q. B. S. M. *El Tocayo de Clarita.*

FÁBULA. EL MONO PRESUMIDO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

CIERTO HONRADO CABALLERO,
por salir breve de casa,
imprudente se le pasa
dejar abierto el ropero.
Tenía un mono. El majadero
tuvo entonces la osadía
de vestirse cual solía
su señor. Y así adornado,
se paseaba por el prado
y arrogante se engreía.
Como este mono,
mil autores pretenden
lucir con robos.

1 Anónimo, “Fábula. El mono presumido”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 28 de febrero de 1812), t. xvi, núm. 2339, p. 235. Se indica: “Batilo.”

ANÉCDOTA. MODELO PARA HACER JUSTIFICACIONES

ANÓNIMO¹

EL AGÁ RUBADHEL, POR UNA DE LAS EXTRAVAGANCIAS tan comunes en los ministros ignorantes y despóticos, fue nombrado por el gran visir para gobernar la provincia de Habnaja. El diwán extrañó este nombramiento porque no encontraba otras cualidades en Rubadhel que las de un cortesano intrépido, petulante, embrollón, y que había servido con bajeza y adulación al general ruso que mandaba el corto ejército reunido con las tropas otomanas, para que éste le certificase, con el nombre de servicios hechos a la corona, sus vergonzosas condescendencias. Llegó a Habnaja el nuevo bajá, haciendo al principio mil cortesías y ofreciendo extrañas y benéficas reformas. Nada le parecía bueno. Todo exigía el tacto delicado de su mano. Mas todo era acompañado de un aire tan chocante que parecía revestido de los mismos atributos que su favorecedor el gran visir. Efectivamente, empezaron de golpe tales reformas en bien y utilidad del bajá que toda la provincia reconoció altamente el buen tacto de Rubadhel. Con diferentes pretextos, quitaba y ponía empleados para facilitarse los medios de poder dejar eternas memorias de su gran tino y discernimiento en manejar los intereses de la corona y en proteger las propiedades de los ciudadanos. Así se expresaba en términos rimbombantes, pero la provincia cada día odiaba más a un bajá que unía a su insaciable codicia la mala fe y el semblante de un hombre acostumbrado a perpetrar cualquier delito, como redundase en su provecho. Instruido de que nadie le amaba, se quita la máscara de una vez: atropella, embiste y rabia. Clama la infeliz

1 Anónimo, "Anécdota. Modelo para hacer justificaciones", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 2 de marzo de 1812), t. xvi, núm. 2342, pp. 248-249. Se indica: "*Diario de la Habana*."

provincia, pero clama en vano. Por fin, llegan los gritos dolorosos hasta el diwán. Rubadhel es llamado para que vuelva a ocupar el empleo de agá. El gozo, la alegría rebosa en los corazones de los tristes moradores de Habnajak. Y todos bendicen el momento en que vieron partir al odioso y detestable Rubadhel. El exbajá se embarca, arrojando rayos por sus ojos, y con voces terribles y amenazadoras ofrece vengarse a su satisfacción, pues juzgaba volver a concluir el tiempo de su despótico gobierno.

Llega Rubadhel a Constantinopla. Emplea el dinero que sacó de sus robos y manejos, conocidos por los habnajaderos. Se vale de su gran amigo Vilvinak y casi consigue volver triunfante a saciar su venganza en los infelices oprimidos. Como el diwán se hallaba impuesto del odio inextinguible que le profesaba Habnajak, se resiste a confirmar su nuevo nombramiento, pero Rubadhel escribe a las principales personas de esta provincia la noticia de su vuelta y recomienda a sus poquísimos amigos y dignos compañeros suyos asegurasen que saldría el bajá dentro de dos meses de Constantinopla. Habnajak se conmueve, sus vecinos tiemblan, se miran unos a otros, todos entre dientes murmuran del gran visir y se ven en el caso de contestar políticamente que se regocijan de besar el azote que los ha de desollar, pues, obligados a responder a sus cartas no podían decir otra cosa a un bárbaro vengativo, a quien esperaban por momentos. El intrigante y odioso Rubadhel recoge las contestaciones; las presenta al diwán como pruebas convincentes del amor que le profesaban los habnajaderos y quiere asegurar su triunfo con cartas dictadas unas por la urbanidad y buena educación y las más por temor. Pero el diwán, instruido o, más bien, convencido de lo contrario, por personas buenas y de opinión, se negó a confirmar un nombramiento que hubiera llorado amargamente la fidelísima Habnajak y que hubiera atraído las consecuencias más lastimosas y funestas, desconceptuando al mismo tiempo la respetable autoridad otomana.

FÁBULA

ANASTASIO MARÍA DE OCHOA Y ACUÑA¹

EN EL FELIZ CUMPLEAÑOS DE SU VIDA,
el águila imperial formó un concierto,
convocando a las aves melodiosas
para solemnizar este festejo.
Juntáronse los cisnes, los canarios,
ruiseñores, calandrias y jilgueros.
Y leyendo el papel convocatorio,
no faltó, por desgracia, el ronco cuervo.
La fiesta era de campo y en un bosque
donde Amaltéa derramó su cuerno.
Y para oír el trinar de los cantores,
natura difundió mudo silencio.
El águila observó cierto fastidio
en sus músicos suaves. Y en efecto,
estaban disgustados. ¿Por qué causa?
Bien clara está: porque graznaba el cuervo.
La reina, conociendo su disgusto,
díjoles: –Admitid al compañero,
que si vos hacéis triple, él hace bajo.
Y así sale mejor el coro vuestro.
La fábula está clara, sí señores.
Para el fin que la busco, viene a pelo:

1 Anónimo, “Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 9 de marzo de 1812), t. xvi, núm. 2349, p. 275. Se indica: “Antimio.”

el águila ¿quién es? Nuestro diarista.

¿Las aves? Los árcades. ¿Quién el cuervo?²

2 Para nuestro oído, ciertamente, no es voz de cuervo la del árcade Antimio. D.

FÁBULA. EL BUEY, EL NOVILLO Y LA TERNERA, O SEA, LA TAUROMAQUIA¹

MARIANO BARAZÁBAL²

EN LO QUE NO ESTÁ ESCRITO,
se lee que, padre cauto,
a una vaquilla hermosa
guardaba un buey anciano.
Entre varios novillos
que su corral o establo
visitaban, iba uno
muy vivo y muy lozano.
Tan raro y tan maduro,
aunque toro muchacho,
que ya enseñar pudiera
la ciencia del arado.
A ninguno embestía,
iba pronto al trabajo
y, halagado por todos,
de nadie era toreado.
Con esto, era querido
no sólo ya de su amo,
que de mil labradores
estaba codiciado.
—¡Qué novillo tan útil!

1 Ceñida a los estrechos límites del periódico, único mecenas en el reino de los pobres aficionados a la bella literatura. A.

2 Anónimo, “Fábula. El buey, el novillo y la ternera, o sea, la tauromaquia”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de marzo de 1812), t. xvi, núm. 2357, pp. 307-308. Se indica: “El Aplicado.”

–clamaban admirados
 al ver el recto surco
 que labraba en el campo.
 Mas tales circunstancias
 sólo al buey no prendaron,
 que se mostró, por su hija,
 celoso y desconfiado.
 Sañudo, lo miraba
 a la hembrita rodeando
 y, cruel, lo despedía
 con el bramido ingrato.
 Rugióle un día el torete:
 –Sr. d. buey, ¡me espanto
 que usted, injusto, me haga
 tal deshonor y agravio!
Becerrinulia, su hija,
 es hermosa. ¿Y acaso
 soy, entre los novillos,
 el más ínfimo y malo?
 A usted aun no le consta
 si la amo o si no la amo,
 pues al corral no vengo,
 sino de cuando en cuando.
 Jamás a ella me arrimo.
 Pero en fin, dado caso,
 ¿sería yo para esposo
 el menos apreciado?
 ¿Yo, que para ser útil
 no espero la honda, el lazo,
 la pica, ni el azote,
 ni creo seré matado?
 ¿Yo, que temer no debo

el carecer del pasto,
 y no pelillo simple,
 pues sé ganar el grano?
 ¿Yo...? Mas, en fin, ireme,
 pero sí aconsejando
 a vd. que para yerno
 no elija un toro manco.
 Hería *Becerrinulia*
 el suelo y con el rabo
 parece que decía:
 “¡No te ausentes, amado!”
 Mas el buey, inflexible,
 le negó, cabizbajo,
 con imprudente celo
 tan razonable estado.
 Abrid, padres, los ojos,
 que ni obsta a ser honrados
 dejar que hagan las hijas
 un cómodo contrato,
 ni es ley, sino un absurdo,
 ¡y del mayor tamaño!,
 casarlas a disgusto
 o estorbarlas amando.
 Y en fin, creed, a lo menos,
 que, comúnmente hablando,
 no hay mujer infelice
 con un marido *sabio*.

GENEROSIDAD, HEROÍSMO

JOSÉ MARIANO RODRÍGUEZ DEL CASTILLO¹

EN MEDIO DE LOS LÚGUBRES CALABOZOS donde me ha aprisionado la más vil calumnia, osa mi débil voz celebrar con todo el entusiasmo de mi alma la acción generosa de un enemigo, pues cuando esperaba en mi extremo conflicto que viniesen mis parientes, mis amigos o a lo menos aquellos a quienes había protegido con mis escasos haberes, quedándome acaso sin lo necesario a la vida, por socorrerlos; cuando esperaba a tales sujetos como por obligación a que me consolaran en mi deplorable suerte, veo con el mayor sentimiento que todos me abandonan. Mis noches eran desveladas y llenas de ensueños; los días, casi interminables por su duración, se me pasaban sin tener con quien hablar y por todas partes estaba cercado de la soledad y la melancolía. Semejante a un funesto búho, que ha hecho su habitación en una lóbrega cueva en donde el sol nunca penetra con sus rayos y en cuyo circuito nunca sopla el apacible céfiro, ni derrama su cuerno la pródiga Amaltea, sólo me ocupaba en meditar con el sublime Young y con el desgraciado Cadalso. Ya pensaba en aquel último y terrible día en que los astros todos desquiciados de sus ejes rodaran sin concierto por la vasta concavidad del espacio; en el trastorno y ruina de la naturaleza y en la residencia que ha de tomar el juez inexorable y todopoderoso. Entonces se presentaban a mi conciencia mis horribles crímenes, como otros tantos acreedores que pedían con vivas instancias mi castigo; osaba levantar mis súplicas al Dios que es

1 Anónimo, "Generosidad, heroísmo", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 5 de abril de 1812), t. xvi, núm. 2376, pp. 384-386. Se indica: "J. M. R. C." El mismo texto se publicó como Anónimo, "Generosidad y heroísmo", en *Diario de México* (México, 24 de julio de 1810), t. xiii, núm. 1756, pp. 94-96. Véase Alfredo Pavón, *La narrativa breve en México (1805-1810)* (Xalapa: Universidad Veracruzana, 2020), t. ii, pp. 1425-1427.

llevado sobre la voz de los truenos y sobre las llamas del rayo y mi rostro caía de vergüenza y arrepentimiento sobre mi pecho. Otras veces, variando de principios, no variaba de ideas, pues todas conspiraban contra mi tranquilidad. ¿Es posible, me decía a mí mismo, que he de ser tan odioso que cuando sacrifico mi voluntad, mis haberes, todo mi cariño y cuanto de mí depende por complacer a mis amigos, siempre se hayan de recibir mis obsequios como un efecto de simplicidad o cuando más como una precisa obligación? ¿Y esto practican los que llamo mis amigos? ¿Y aquellos a quienes naturaleza me unió con estrechos vínculos no sólo me abandonan, sino que aun me desprecian...? La imaginación falta para calcular tanta ingratitud. Mas ¡oh providencia augusta, que plantas en medio de los desiertos y ardientes arenales algún copado arbolillo, bajo cuya deliciosa y fresca sombra se acoge el fatigado caminante!, ¿así has esparcido, aunque a muy largas distancias de la vida, unos inesperados consuelos? ¿Quién pensaría que cuando todo el universo me abandonaba uno de mis enemigos, el más acérrimo, había de ser el que, venciendo las mayores dificultades, se me presentara, estrechándome entre sus brazos, inundándome con sus lágrimas y prodigándome no sólo sus riquezas, sino los carísimos nombres de hermano y de amigo, acompañándolos con los más dulces consuelos? ¡Oh condición del corazón humano! ¿Yo, que pocos momentos antes había no sólo despreciado, sino aun tenazmente aborrecido la amistad de los hombres, ya siento una fuerza irresistible a la gratitud y al amor más vehemente que hasta allí había experimentado? Quería que mi corazón se ensanchase más y más, para agradecer aquella *generosidad*, aquel *heroísmo* reservado solamente a las almas semejantes a la divinidad, como la de mi verdadero amigo, de aquel que me aborrecía en la opulencia y me buscaba en el infortunio. ¡Ah!, si no fuera por no ofender su modestia, haría patente al orbe entero su ilustre nombre. ¡Vosotras, almas verdaderamente sensibles, a quienes no domina un genio hipócrita, más terrible que la guerra y que la peste, a vosotras os ruego que contempléis, con el más vivo entusiasmo, el abrazo del amigo, recibido en el mayor abatimiento! Esparcid en voces de fuego

a las almas heladas con la ingratitud y el egoísmo las lecciones de la magnanimidad. Enseñadles el camino de la verdadera gloria y aconsejadles que cuando, por su depravado genio se sintieren entorpecidas para imitar tan alta virtud, que recurran a mi antiguo enemigo, a quien conocerá todo el universo por sus singulares obras, que yo les aseguro que con sola su vista llegarán a ser dignos de la sociedad de los verdaderos hombres.

FÁBULA. EL ÁGUILA Y OTRAS AVES

MARIANO BARAZÁBAL¹

EN UN AMENO PENSIL,
se pusieron a tratar
varias aves de la caza,
a la sombra de un moral.
–Yo domino a la serpiente
–expuso el águila real–
y a un cuadrúpedo destrozo
cuando la gana me da.
–Señora, yo, con licencia
de vuestra real majestad
–dijo el zopilote–, triunfo
del ganado caballar.
Verdad es que le acometo
muchas veces por detrás
y que aguardo a que se muera,
porque... me duele matar.
–¡Oh! –dijo el quebrantahuesos–,
yo no dejo en la heredad
sabandija viva o muerta,
como la llegue a pillar.
–Bien –dijo el chichicuilote–,
yo, cuando hay necesidad,
donde se para la mosca

1 Anónimo, “Fábula. El águila y otras aves”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de abril de 1812), t. xvi, núm. 2381, pp. 403-404. Se indica: “El Aplicado Anfriso.”

alargo mi pico y ¡zas!
 Todas las aves dijeron
 su modo de rapiñar,
 ponderándose cada una
 cazadora sin igual.
 No estaba lejos de allí
 un machucho gavilán,
 que sin despegar su pico
 estaba oyendo hablar.
 Violo el águila. Y sabiendo
 su astuta rapacidad,
 le dijo: –Ven por aquí,
 acércate, capitán.
 Siempre estuve persuadida
 de que en esto de cazar
 no eres tú, aunque pequeñuelo,
 la menor habilidad.
 –Gran señora –respondió él–,
 me honra vuestra majestad.
 No soy más de un pobrecillo
aplicado, y nada más.
 Verdad es que hago elección
 sólo de lo substancial,
 como son pollos, pichones
 y otras presas de este *jaes*.
 Pudiera cazar cotorras,
 gallaretas y algo más,
 garzas tiernitas y viejas,
 que hasta con la cría se dan.
 Tal vez buscando al milano
 o poniéndose en lugar
 donde las pille, que hoy día

la liebre a los galgos va.

–Pero... Ya lo entiendo, sí

–dijo el águila–. Tendrán

tus presas mi aprobación.

Ocurre a mi ganso real.

Árcades y compañeros,

con Horacio, el gavilán

nos predica la *substancia*

en *instruir* y *deleitar*.

Por lo menos, no imitéis

al *zopilote*² y dejad

a ingenios *chichicuילות*

las *moscas*...³ No digo más.

2 Quiero decir que nos abstengamos de roer por detrás las ajenas producciones o de autores que han fallecido, o que están ausentes, y que jamás destripemos obras muertas a la sana moral.

3 Tales deben juzgarse ciertas obrillas o palabrillas sueltas, que no merecen la pena de criticarlas. Estas notas son no para el público ilustrado, a que pertenecen mis discretos compañeros, sino... pero ya lo explicaré por otra fabulita.

FÁBULA. LOS DOS GALLOS Y EL CERDO

MARIANO BARAZÁBAL¹

UN GALLO INGLÉS QUE CANTABA

bien claro y con energía
después del canto gruñía
cual un cerdo que allí estaba.

Otro gallo lo escuchaba
y le dijo: —¿Cómo así?
¿Gruñes acaso por mí?
—No —le respondió el inglés—,
al señor de cuatro pies
comento el *quiquiriquí*.

Pone notas un autor
a su poema claro y mondo
por los de pico redondo...

1 Anónimo, “Fábula. Los dos gallos y el cerdo”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 13 de abril de 1812), t. xvi, núm. 2384, p. 415. Se indica: “El Aplicado Anfriso.”

FÁBULA. EL TORERO Y EL TORO

ANÓNIMO¹

“QUIEN LLAMA AL TORO ESQUIVO
debe sufrir paciente la cornada.”
Pues bien, de un toro vivo
alcanzóle a un torero una quemada,
mas sin embargo de esto decía el chulo:
–¡Maldito sea tu cuerno, toro mulo!
–¿Te sabe a mal mi cuerno, camarada?
–le dijo riendo el toro–,
pues trae tu banderilla colorada
y sal de la barrera. No me azoro,
que te tengo de hacer cariños tiernos,
porque no los maldigas con mis cuernos.
No son los cuernos malos,
especialmente cuernos de maridos,
pues, en sus intervalos,
ellos son a los dientes parecidos,
que duelen al salir, pero son bellos,
no estorban y después *comen* con ellos...

*Tenga para su regalo
esta sentencia un autor.*²

Provocar, siempre fue malo.
Formar luego queja, peor,

1 Anónimo, “Fábula. El torero y el toro”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 1 de mayo de 1812), t. xvi, núm. 2402, pp. 487-488.

2 Perdónese el centón, Iriarte, ¿eh...? Véase Tomás de Iriarte, “El oso, la mona y el cerdo”, en *Fábulas literarias* (Madrid: Ed. Saturnino Calleja, 1920), pp. 9-10. Nota agregada.

pues se hace el hombre acreedor
a la befa que señalo.

DIALOGO ENTRE UNO DE LOS EDITORES Y UN AMIGO

ANÓNIMO¹

AMIGO. ¿A QUÉ DEBE ASPIRAR una doncella desde que entra en la pubertad?

Editor. A casarse.

Ami. ¿Y cuáles son los medios de que debe servirse para conseguirlo?

Edit. El recogimiento, la aplicación a las tareas propias de su sexo y a la lectura de aquellos libros que ilustren su entendimiento y la enseñen a ser prudente, buena esposa y tierna madre; vestir con aseo y honestidad; hablar con modestia y manejarse en todo con aquella agradable circunspección que tanto las recomienda a los ojos de los hombres juiciosos, al mismo tiempo que contiene la pluma, la lengua y las manos de los jóvenes atrevidos; y rozarse, en fin, poco, o nada si es posible, con las esclavas o criadas libres, cuya baja educación, ruines ideas y trato grosero no pueden dejar de corromper los sentimientos honestos y delicados que deben adornar a una señorita.

Ami. Pero ¿cómo es posible que dejen de rozarse con las criadas?

Edit. Mandando y haciéndose obedecer, sin entrar en conversación con ellas, pues además de que con esto no dará lugar a que se acostumbren a tratarla con demasiada confianza, perdiéndola tal vez el respeto, desobediéndola y volviéndose pesadas y respondonas, no se expondrá a ir participando insensiblemente del bajo modo de pensar, propio de una alma acostumbrada a la servidumbre. Las primeras que echan a perder el fruto de muchos años de una excelente educación, frustrando todo el celo de

1 Anónimo, "Educación. Diálogo entre uno de los editores y un amigo", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 4 de mayo de 1812), t. xvi, núm. 2405, pp. 500-501. "Concluye el diálogo comenzado ayer", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 5 de mayo de 1812), t. xvi, núm. 2406, pp. 503-505. Se indica: "Correo de las damas."

los padres, son las criadas, a quienes yo miro como las principales corruptoras de las familias.

Ami. Me parece muy bien el juicio de vd., pero supongamos, ahora, una niña adornada de todas las cualidades que vd. exige; supongamos también que, habiendo ya llegado a los 24 años sin haber dado lugar a la menor nota, se halla sin casar, o porque no entran visitas en su casa, o porque ella no visita, o porque a pesar de las novenas que hizo a S. Antonio no dio la casualidad de dar con un hombre a propósito, que la rogase y la pidiese, como es costumbre, ¿qué partido le parece a vd. deberá tomar?

Edit. Sufrir con paciencia los impulsos inocentes de la naturaleza oprimida. Ocurrir al ayuno, a la penitencia de los excesos que puede cometer, &c. &c., porque todo lo demás sería, según los ascéticos, un pecado mortal, *y antes morir que pecar.*

Ami. Pero si esta joven no ha hecho, ni quiere hacer, voto de castidad; si anida en su corazón los santos deseos de una vida conyugal; si ésta se la dificulta; y si por no encontrar un medio entre el goce y las ansias, se siente disgustada de su existencia, enferma, agitada y aburrida de comer para sólo vivir y de vivir para sólo coser y esperar, ¿qué hará esta infeliz?, ¿qué hará si su desgracia no la permite la fruición de aquellos placeres que la concede el derecho natural y a que no se opone el divino? ¿No es regular que agote todos los recursos que puede sugerirla el vivo y ardiente deseo del estado a que aspira y debe aspirar?

Edit. Sí.

Ami. ¿Y cuáles serán los más decentes?

Edit. Los que no se opongan a lo que nosotros llamamos honestidad, modestia, recato, circunspección, pudor, &c.

Ami. Pero suponga vd. que habiéndose conducido como vd. quiere, por el espacio de doce o catorce años, esto es, desde los doce a los veinticuatro o veintiséis, nada ha adelantado, ¿deberá continuar con el mismo recogimiento?

Edit. En este caso, creo se debe tomar ya alguna mayor libertad para concurrir con más frecuencia a los paseos, las tertulias, los bailes y demás

parajes públicos, donde, sin dar mala nota de su persona, tenga más ocasiones de tratar con las gentes.

Ami. Todavía me parece poco seguro ese recurso, si ella no toma otros arbitrios. La mayor parte de los hombres no saben apreciar la modestia, ni la circunspección en el hablar. Ellos se inclinan y aproximan más a las *coquetas*, es decir, a esta clase de muchachas que, sin ser débiles ni fáciles, poseen el arte de vencer los ánimos, cautivar los corazones y arrastrar las voluntades de los hombres, inspirándoles un amor tan ciego que, cuando abren los ojos, ya se hallan casados. De esta observación, que es exactísima, he inferido yo que la *coquetería* es un medio más seguro que la circunspección para encontrar marido.

Edit. No lo crea vd. La coquetería es más propia para adquirirse un gran número de amantes efímeros que un esposo. Los que aspiran a merecer el amor de una muchacha de esta clase es para darla un destino menos honesto que el de mujer propia. Pero los que tratan de establecerse seriamente sólo buscan una señorita o muchacha juiciosa, honesta y recatada.

Ami. Eso es no conocer el mundo. Si vd. lo conociera, sabría que algunas de nuestras doncellonas han vivido con un recogimiento tan riguroso que no dejan de reprehenderse, aunque inútilmente, a sí mismas; y que, por el contrario, las que han sido coquetas han hallado más fácilmente con quien casarse. La causa de esto es que estas tales, como tienen, según he dicho, el arte de atraer, provocar y tener siempre inquietos y agitados a muchos amantes a un tiempo, fijan los ojos en el que juzgan más apasionado; y éste, engreído con la preferencia que se le da, se envanece, cae en el lazo y se halla casado de la noche a la mañana.

Edit. Bien puede ser así, pero yo no apruebo la coquetería. Conozco cuán útil sería al estado y a la moral que fuesen más frecuentes y menos retardados los matrimonios, especialmente en América, donde duran tan poco en la mujer los encantos de la hermosura. Yo considero este sacramento como la fuente más pura y abundante de la población, el orden, la industria y las virtudes sociales. Y estoy persuadido de que ellos serían menos temibles y, por lo mismo, más frecuentes si se celebrasen bajo un

pie menos riguroso en su esencia y efectos. Conozco, por el contrario, los males inmensos que resultan a la sociedad con la disminución de estos lazos preciosos, que forman los nudos de la sangre. Separados a su arbitrio los hombres y las mujeres, no habría padres ni hermanos conocidos; los hijos crecerían sin educación moral ni civil; las mujeres se verían abandonadas a cada paso; los hombres serían menos industriosos y arreglados. Y este trastorno bastaría para echar a rodar el más sólido fundamento de la sociedad y las virtudes cívicas y morales. Por lo mismo, entre todo cuanto puede escribirse, nada interesaría tanto al cielo y a la tierra como *una instrucción* sabia y discreta, en que aprendiesen las señoritas a ganarse la estimación y el amor de los hombres, en términos de obligarles a casarse, así como los cadetes, los estudiantes y demás aprenden en las suyas a obtener los empleos análogos a su carrera. Las mujeres, que sólo deben aspirar a casarse cuanto más pronto, tanto por haber nacido para esto cuanto por no verse expuestas a los males y peligros consiguientes al celibatismo, deberían estudiar seriamente el arte de agradar, que no consiste en los adornos, ni en un excesivo recogimiento. Mucho diría en el particular, mas es tarde. Quizá no será la última vez que hablemos sobre esta materia tan interesante y tan llena de abusos y malas inteligencias. A Dios.

A UN AMIGO

JOSÉ MARIANO RODRÍGUEZ DEL CASTILLO¹

SILVIO, EL TORRENTE IMPETUOSO de mis infortunios me obliga a tomar el débil lenitivo de quejarme con quien siente mis males y con quien disculpará los yerros de mis escritos, dictados no por el arte, sino por el dolor, la tristeza y la desesperación que rasga mis entrañas, las que tengo tan llenas de rabia, cual si estuvieran mordidas de víboras ponzoñosas. ¡Ay, Silvio!, la explicación de los mortales y continuos golpes con que el destino me ha postrado no es dada al labio mío, ni a ninguno de los hombres. Mis infortunios exceden a los que puede figurarse la imaginación más viva de un corazón agraviado y vengativo.

¿Es posible, me digo muchas veces, que estando en el principio de la primavera de mi vida he de verme encerrado en esta lúgubre y miserable mansión, olvidado no sólo de mis conocidos y amigos, sino aun de los más cercanos parientes? ¿Han de llamarme y tratarme como al más facineroso, no siéndolo? ¿De qué me aprovecha mi inocencia si no la puedo meter dentro del corazón a mis jueces, para que la conozcan y castiguen a mis crueles impostores? ¿De qué sirve que la naturaleza me haya dotado de un genio tan sensible si he de carecer de objetos en quienes emplear mis cariños? ¿Qué me importa la belleza de la primavera, sus vistosas flores, sus embalsamados vientecillos, el murmullo apacible de los arroyuelos que sesgan los pedregosos valles? ¿Gustaré las mágicas escenas con que se ostenta el rico otoño? ¿Veré los dorados frutos que doblegan las ramas de los árboles? Inútilmente, buscaré en el helado invierno los refrigerantes rayos del sol, que a mí sólo son negados. Se obscurecerán

1 Anónimo, "A un amigo", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 8 de mayo de 1812), t. xvi, núm. 2409, pp. 515-517. Se indica: "J. M. R. C."

en lóbrega noche mis floridos días, destinados, ¡oh dolor!, a los encantos de una vida social. ¡Silvio!, Silvio mío, créeme: cuando repaso tales cosas en mi fantasía, me enfurezco como león herido; mis miembros se sacuden como tiembla la tierra alrededor del Vesubio cuando rebrama en los senos de la tierra, vomitando ríos de ardiente lava, que, precipitados en el mar, forman violentos torbellinos; me revuelvo como serpiente a quien clavan con un dardo; retuerzo mis brazos, los muerdo furiosamente, meso mis cabellos, caigo en una especie de entorpecimiento, que casi me faltan los sentidos, y creo morirme. A este terrible combate, sucede un caliente y abundante llanto. Gimo ronca y lentamente, como suele el ave de la noche. Paréceme entonces que los lejanos ecos de los montes responden por compasión a mis lamentos; llamo con vehemente entusiasmo a la muerte y deseo que los sepulcros se abran y me escondan entre sus horrores. Otras veces querría girar con la velocidad de un rayo, cortando las vidas de mis enemigos, cual suele la hoz talar fértiles espigas. Mas ya basta, Silvio. Tu genio dulce y amable; tu genio, a quien no ha trastornado el turbión de los más acervos pesares e ingratitudes, no puede menos que estremecerse oyendo mis razones, dictadas por el furor y el delirio. Nunca los veladores cuidados alteren tu tranquilidad y siempre poseas los sencillos y puros placeres que se le niegan a tu infeliz amigo, que, en medio de sus angustias, siempre te tiene presente. Vive feliz, ¡oh dulce amigo!, ya que la suerte favorable te ríe; goza en el seno de tu amable y virtuosa familia lo que a mí, desdichado, no es posible. Y cuando tu corazón sensible y lleno de bondad te me presente, da un sólo suspiro a la memoria de nuestra antigua amistad, de aquella que nos unió casi desde la cuna, que era en nuestra adolescencia como un báculo común en que nos sosteníamos y que en el estado presente es el único bien que posee sobre la tierra.

ANÉCDOTA DIGNA DE IMITACIÓN

FRANCISCO MARIANO NIPHO¹

EL HOMBRE ES MUY CIERTO que, en todas partes, es uno mismo. Y a veces, más le regula la ridiculez que la dicha que puede ocasionarle la virtud. Luis XIV de Francia no pudo hacer valer sus sabias resoluciones y providencias contra la relajación del fausto, aun gobernadas por el espíritu todo de la ley y del beneficio común. Enrique IV de Francia entendió muy de otro modo el manejo de los hombres en cuanto a la regularidad de sus costumbres y supresión de excesos. Fulminó varios decretos contra el uso excesivo de la plata y oro en los vestidos, pero a todo el influjo de la ley se oponía el denso vapor de la vanidad. Viendo el rey desobedidos sus decretos, mudó de mandato de este modo: “Prohibimos expresamente a todos nuestros vasallos, de cualquier calidad o condición que sean, en todos nuestros dominios, que ninguno gaste plata ni oro en sus vestidos, de cualquier modo y bajo cualquier pretexto, exceptuando sólo las mujeres públicas ramera, juglares, comediantes o comediantas, de quienes no nos tomamos el cuidado ni el interés de honrarlos, celando sobre su conducta o desenfreno.” Esto sólo bastó para que, en el término de un mes, corrigiera todo exceso, sofocando la vanidad y fausto.

1 Anónimo, “Anécdota digna de imitación”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 12 de mayo de 1812), t. xvi, núm. 2413, pp. 532-533. Véase nota a pie de página de Marciano de la Giga, *Estafeta de Londres* (Madrid: Imp. de D. Gabriel Ramírez, 1762), pp. 206-207. Marciano de la Giga es pseudónimo de Francisco Mariano Nipho.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

LOS TRAIADORES ENCUENTRAN, por lo común, el castigo en su mismo crimen. Y a veces, la emulación y la virtud consiguen lo que sería muy difícil alcanzar por la fuerza de las armas. Ejemplo de uno y otro vamos a ver en la siguiente anécdota, sacada de la traducción francesa que de las vidas de varones ilustres de Plutarco hizo Mr. Dacier.

Los habitantes de Phaleres, confiados en la bondad de sus fortificaciones y trincheras, hacían tan poco caso del sitio puesto a su ciudad por Camilo, tribuno del pueblo romano, que todos, excepto los que guardaban las murallas, transitaban desarmados en la ciudad y sus hijos asistían a la escuela a su ordinario y salían fuera de la ciudad a pasearse y ejercitarse, bajo la inmediata inspección de su maestro, porque los phalerinos, a ejemplo de los griegos, daban un maestro común a sus hijos, con la mira de acostumbrarlos desde la infancia a vivir y educarse juntos. Ese maestro, pues, que aguardaba ocasión oportuna para servirse de estos niños y hacer traición a sus conciudadanos, los conducía diariamente fuera de los muros, al principio a muy poca distancia, volviéndolos después a la ciudad y acostumbrándolos así, poco a poco, a alejarse cada vez más y no temer, como si no hubiera peligro. En fin, un día que los tuvo todos unidos se presentó a la avanzada de los romanos, les entregó sus discípulos y pidió ser conducido a la presencia de Camilo, lo que desde luego se ejecutó.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 18 de mayo de 1812), t. xvi, núm. 2419, pp. 555-557. Se indica: "*Vida de Camilo*, tom. 2". Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz Romanillos (Madrid: Imp. Real, 1830), t. I, pp. 278-280.

Apenas estuvo en presencia del general, le dijo que él era el maestro de la escuela de Phaleres; que prefería el placer de agradarle a todos los deberes de su empleo; y que le entregaba la ciudad, puesto que ponía en sus manos a sus hijos.

No bien lo oyó Camilo, conoció todo el horror de esta acción. Y volviéndose a los que le rodeaban, les habló así:

—¡Qué cruel azote es el de la guerra y cuánta causa es de acciones malas e injustas! Sin embargo, no deja de haber en ella ciertas reglas y leyes para los hombres de honor. Y es necesario no ser tan avaro de la victoria que no se deba evitar el bochorno de tener que deberla a medios impíos y vergonzosos, porque el buen general debe confiar sobre su virtud propia y de ningún modo en la maldad y perfidia de otros.

Al mismo tiempo, mandó se rasgasen los vestidos a este hombre malvado, se le atasen las manos atrás y que se diese a sus discípulos látigos y correas para que recondujesen a este traidor a su ciudad, azotándole sin intermisión.

Entretanto en² Phaleres, habiendo echado de ver la traición de su maestro de escuela, estaba toda la ciudad llena de duelo y tristeza por tan gran pérdida. Los principales, tanto hombres como mujeres, corrían furiosos, sin saber lo que se hacían, a las murallas y las puertas de la ciudad. En medio de esta confusión y multitud desordenada, de repente vieron venir a sus hijos, que reconducían a su maestro desnudo, ligado, azotándole y apellidando a Camilo su dios, su salvador y su padre. Este espectáculo llenó de admiración no sólo a los padres de estos niños, sino también a todos los ciudadanos en general e hizo nacer en todos sus corazones un violento deseo de ceder a la justicia de Camilo, tanto que juntaron inmediatamente su consejo y le enviaron diputados para rendirse a él ellos y su ciudad.

2 En el original “los de”. Se opta por “en” porque se ajusta más al sentido de lo narrado. Nota agregada.

Camilo mandó a Roma estos mismos diputados, los que habiendo sido introducidos al senado dijeron “que los romanos, prefiriendo la justicia a la victoria, les habían enseñado a preferir su derrota a su libertad, y que ellos, al mismo tiempo que se creían no ser inferiores a los romanos en el poder, se reconocían, sin embargo, vencidos y sobrepujados por su virtud.” El senado los volvió a Camilo, para que obrase como mejor le pareciese. Éste no exigió de los phalerinos más que algunas sumas, hizo alianza con todos los taliscos y se volvió a Roma.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

EL FILÓSOFO ANAXÁGORAS, viéndose abandonado en su vejez por Pericles, que lleno de graves negocios del gobierno no siempre tenía tiempo de pensar en él, se acostó, cubriéndose la cabeza con su manto, señas de desesperación y resuelto a dejarse morir de hambre. Habiéndolo sabido Pericles, por casualidad, corrió a su casa y, lleno de consternación, empleó las más ardientes súplicas para hacerle desistir de tan violenta resolución, diciéndole que no tanto lloraba a él como a sí mismo, pues era tan infeliz que perdía un amigo tan prudente, tan fiel y tan capaz de darle buenos consejos en las exigentes necesidades de la república. El filósofo entonces, descubriendo un poco su cabeza, le dijo:

—Pericles, los que tienen necesidad de la luz de una lámpara deben también cuidar de conservarla, cebándola oportunamente con aceite.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 30 de mayo de 1812), t. xvi, núm. 2431, pp. 605-606. Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de D. Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. II, pp. 338-339. Jean-Baptiste Blanchard, *Escuela de costumbres o reflexiones morales e históricas sobre las máximas de la sabiduría*, trad. de D. Vicente Valor (Valladolid: Imp. de J. de la Cuesta y Compañía, 1852), t. I, p. 154.

LA MUELA DE ORO. ANÉCDOTA

BERNARD LE BOVIER DE FONTENELLE¹

EN 1593, HABIENDO CORRIDO LA VOZ de que en Silesia se le habían caído los dientes a un niño de siete años y salídole una muela de oro, Horstius, catedrático de medicina en la Universidad de Helmstad, escribió, en 1595, la historia de esta muela y pretendió que en parte era natural y en parte milagrosa y que había sido enviada del cielo para consolar a los cristianos, afligidos por los turcos. ¿Qué consuelo ni qué conexión tendría esta muela con los cristianos ni con los turcos? En el mismo año, para que a esta muela de oro no le faltasen historiadores, escribió otra Rolando. Dos años después, Ingolsterus, otro sabio, escribió contra el dictamen de Rolando. Y éste publicó inmediatamente una hermosa y docta réplica. Otro hombre grande, llamado Libavio, reúne cuanto se había escrito de tal muela y añade su opinión particular. Sólo faltaba a tan preciosas obras la realidad de la muela de oro. Examinóla un platero y halló que era una hoja de oro, aplicada a la muela con mucha destreza. Pero se comenzó por escribir libros y luego se consultó al platero.

1 Anónimo, “La muela de oro. Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 1 de junio de 1812), 1 de junio de 1812, t. xvi, núm. 2433, p. 614. Se indica: “Rasgos de Fontenele.” Véase Bernard le Bovier de Fontenelle, *Histoire des oracles* (Paris: Imp. de Michel Brunet, 1713), pp. 32-34.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

EN EL EJÉRCITO DE ANTÍGONO, había un soldado de un admirable valor, pero también de muy débil complexión y enfermizo. Habiéndole preguntado el rey la causa de su mal color, le confesó, sin reboso, que lo causaba un mal secreto que le afligía continuamente. El monarca mandó a sus mejores médicos se encargasen de su curación y que para conseguirlo no se perdonase medio alguno. De facto, el soldado, en breve tiempo, curó perfectamente, pero no fue ya tan ansioso de los peligros y tan determinado en los combates. Antígono, sorprendido de esta mudanza, se afligió y le reanimó, mas el soldado le contestó sin titubear:

—Señor, antes, lleno de males y llevando una penosa existencia, me era indiferente morir, y aún lo deseaba, mas ahora, que estoy perfectamente sano, me es muy apreciable la vida.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 5 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2437, p. 630. Véase Jean François de La Croix, *Diccionario manual de hechos y dichos memorables de la historia antigua*, trad. de Don Bernardo María de Calzada (Madrid: Imp. Real, 1794), t. II, p. 156. Mauricio Alberni, *Consuelo para los enfermos o recopilación de lo más florido para ayudar a bien morir* (Madrid: Imp. de R. Labajos, 1865), p. 31.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

ENTRANDO UN PALACIEGO en el gabinete de Dionisio, tirano de Siracusa, queriendo burlarse de él, sacudió su capa, como para hacerle ver que no llevaba oculta ninguna arma. Pero Dionisio hizo recaer la burla sobre él mismo, diciéndole:

—Amigo mío, sacude más bien tu capa cuando salgas.

Dándole a entender con esto que le creía muy capaz de robarse alguna cosa.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 8 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2440, p. 642. Véase Plutarco, *Las vidas paralelas de Plutarco*, trad. Antonio Ranz Romanillos (Madrid: Imp. Central de Víctor Saiz, 1879), t. II, p. 113.

FÁBULA. LA VIEJA, LA NEGRITA Y EL TUNANTE

MARIANO BARAZÁBAL¹

Así como de EsoPO
las musas castellanas
mil fábulas tomaron,
que veo versificadas,
yo he de poner en metro
agudezas indianas
que andan por esos mundos,
y algunas muy saladas.
Una pobre negrita,
con la vieja de su ama,
esperando la misa
en una iglesia estaba.
Asimismo, un tunante,
sentado en una banca.
Y éste oyó que una pluma
se le salió a la anciana.
Pero ésta, presumida,
un coscorrón le larga
a la negrita pobre
y de puerca la trata,
lo que viendo el tunante
y ocurriéndole gana
también de otra plumilla

1 Anónimo, "Fábula. La vieja, la negrita y el tunante", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2442, p. 647. Se indica: "El Aplicado."

usó de esta chulada.
Soltóla, pues, y al punto
muy serio se levanta
y ¡saz! a la negrita
su coscorrón le casca.
—¿Qué es esto? ¡Qué llanezas!
—dijo la vieja airada—.
¡Miren qué atrevimiento!
Váyase noramala...
—Señora, usted perdone
—le respondió él, con gracia—,
pensé que a la negrita
los que se peen le daban,
pues usted, ahora poco,
soltó su ventoseada
y le pegó su cuesco
a la pobre muchacha...
No fue poca la risa
de la gente cercana.
Pero ¡cuántos se peen de otra manera
y hacen lo que la vieja con la esclava!

ANÉCDOTA

FRANÇOIS-MARIE AROUET DE VOLTAIRE¹

EL CÉSAR DABA SU MESA a los generales suecos prisioneros. Y brindando un día a la salud de sus maestros en el arte de la guerra, el conde de Rinschild, uno de los más ilustres de aquellos prisioneros, le preguntó ¿quiénes eran aquellos a quienes daba tan precioso título?

—Vosotros —dijo—, señores generales.

—Pues, señor —replicó el conde—, VM. es bien ingrato en haber tratado tan mal a sus maestros.

El César, para reparar en alguna manera esta gloriosa ingratitud, hizo dar inmediatamente una espada a cada uno y los trató después como hubiera podido hacerlo su soberano, habiéndole sacado victorioso.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 12 de junio de 1812), t. XVI, núm. 2444, p. 658. Se indica: “Rasgos de Fontenele.” Véase François-Marie Arouet de Voltaire, *Historia de Carlos XII, rey de Suecia*, trad. de Leonardo de Uria y Orueta (Madrid: Imp. de Aznar, 1794), t. I, pp. 249-250.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

ADMIRADOS MUCHOS ROMANOS de que a Catón no se le hubiesen erigido estatuas, cuando otros muchos, sin mérito alguno, disfrutaban esta recompensa, les dijo Catón:

—Más agradable me es que se pregunte ¿por qué no se le han erigido estatuas a Catón? que no ¿por qué se le ha hecho este honor?

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 14 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2446, p. 666. Véase *Los Anales de la virtud: para uso y utilidad de los jóvenes... de la condesa de Genlis. Parte III*, trad. de Bernardo María de Calzada (Madrid: Imp. Real, 1792), t. II, p. 33. Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. II, p. 126. Manuel del Palacio y Luis Rivera, *Museo cómico o tesoro de los chistes* (Madrid: Librería de Miguel Guijarro, Editor, 1863), t. I, p. 473.

LAS MULAS HABLADORAS. FÁBULA

FRANCISCO PALACIOS¹

DOS MULAS DE SIMÓN

llegaron a su casa

a la una de la noche,

de trabajar cansadas.

El cochero las quita,

lleno de furia y rabia,

la silla y guarniciones

y las mete a la cuadra.

Entran y luego la una

se echa desesperada,

sin hacer caso alguno

de cena ni de nada.

Llega la otra al pesebre

y al ver tanta cebada

dice a su compañera:

—Niña, no seas pesada,

¿qué tienes que no cenas?

—Alabo la cachaza

—le responde furiosa.

1 Anónimo, “Las mulas habladoras. Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2448, pp. 671-672. Se indica: “F. Cioslapa.”

Come y traga, insensata,
ínterin yo lamento
mi suerte desgraciada.
Dime, ¿eres insensible?
Luego que alumbró el alba
al coche nos uncieron
y, al son de espuela y cuarta,
en la calle del sapo
con presteza nos plantan.
A las once del día,
violenta y asustada
viene una señorita
y al coche se embanasta.
Sin dilación, tras ella
viene su camarada,
brujuleando las calles,
y con presteza rara
en el coche se mete.
Luego, al cochero llaman
y a La Viga, le dicen.
Oprime nuestra espalda
al punto este tirano
y vamos a una casa,
que, si mal no me acuerdo,
de nana Rosa llaman.
Ésta debe de ser,
según mi perspicacia,
la casa de retiro,
pues aquí nuestra carga
entró y hasta las cinco
no les vimos la cara.
Mucho se detuvieron,

pero sería la causa
cumplir de aquel retiro
todas las circunstancias.
De aquí, para el paseo
volamos sin tardanza.
Dimos dos o tres vueltas
y en la pila nos paran.
Las diez, las once, y ellos
dentro del coche estaban.
No es extraño, hacía fresco
y el calor apuraba.
A las doce, partimos
a dejar a madama.
También al caballero
dejamos en su casa.
Y muertas de hambre y sed,
llegamos a esta estancia.
¿Y quieres que así cene?
—Calla, mula taimada
—la otra le dice seria—.
Quita créditos, calla.
Den gracias a la suerte
los que gobiernan casas,
amantes y maridos,
de que esta sea fábula,
porque si verdad fuera,
y esto tú platicaras,
a cuántos a la frente
salieran tus palabras.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

HABIENDO LOS ROMANOS NOMBRADO tres embajadores para enviar al rey de Bithinia, de los cuales uno era gotoso, otro tenía la cabeza horadada por haber sido trepanado y el tercero pasaba por loco, Catón, mofándose de esta bella elección, dijo que Roma enviaba una embajada que no tenía ni pies, ni cabeza, ni sentidos.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2448, p. 674. Véase Manuel Palacios y Luis Rivera, *Museo cómico o Tesoro de los chistes* (Madrid: Librería de Miguel Guijarro, Editor, 1864), t. II, pp. 523-524. Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de D. Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. II, p. 115.

CARTA A UN AMIGO

FRANCISCO PALACIOS¹

QUERIDO AMIGO, RECIBÍ TU CARTA con las mayores expresiones de júbilo, mas luego que vi su contenido la tristeza sobrecogió mi corazón de tal manera que creí exhalar el último suspiro. ¡Ay amigo!, si me hubieras noticiado en este día las cosas más terribles y trágicas, nada conmovería tanto a mi verdadera amistad como leer en tu carta que indispensables circunstancias te han obligado a rendirle feudo a Cupido. No puedo contener el llanto al considerarte en tan lamentable situación. Ya se me representa tu imagen, blanco infelice de las flechas de ese vendado Dios; ya te advierto pisar atrevido el templo de las pasiones, ofreciéndole a amor, en holocausto, tu voluntad rendida, convencido tu entendimiento y eterna tu memoria por lograr el afecto de esa deidad mentida que se ha representado en tu ofuscada fantasía; ya admiro que el que era señor de sí mismo, que el que tenía avasalladas sus pasiones a las leyes de la razón eterna, rompiendo éstas, y olvidándose de sí propio, no duda ofrecer, en inmundos altares, religión, honor, esposa, bienes, hijos y todo, que todo es nada como se consiga lo que ansiosamente se anhela. ¿Qué es esto, Delio² amigo? ¿No eres tú, por ventura, aquel que en otro tiempo se jactaba gozoso de vivir libre de la jurisdicción del Dios niño? ¿Se han borrado acaso de tu alma grande aquellas generosas ideas en las que constituías tu felicidad verdadera? ¿No te afligirá eternamente la imagen de una esposa ofendida? Los ecos lastimosos de su llanto ¿no ascenderán hasta el empíreo, clamando una justa venganza contra tu infame proceder?

1 Anónimo, "Carta a un amigo", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2451, pp. 683-685. Se indica: "Cioslapa."

2 Véase Delio en el anexo "Seudónimos, iniciales y anagramas de narradores mexicanos (1810-1816)". Nota agregada.

Tus inocentes hijos ¿no serán otros tantos testigos que, a la presencia del Dios de las venganzas, te delaten reo de crímenes tan vergonzosos? Sí, Delio mío, acabarás tu vida entre mortales ansias, dejando a la posteridad una memoria infelice y un recuerdo lúgubre de tu vida fanática y viciosa. Sacude, pues, ese oneroso yugo, que sólo impone amor a aquellas viles almas que, sin conocimiento, se arrojan ciegas al proceloso mar de su inconstancia. Despierta de ese mortal letargo que quiere entorpecer los sentidos. Cuando está la planta tierna y delicada, entonces el oficioso y diestro labrador, si la advierte inclinada a una u otra parte, con muy fáciles medios, por su diligencia practicados, la obliga a seguir el recto camino de sus semejantes. Tierna planta es tu pasión, amigo mío. Muy fáciles medios te proponen tu no vulgar capacidad. La declinación lamentable de tu corazón te la da a conocer esa seductora belleza, pues ahora es el precioso tiempo en que con facilidad puedes dirigirlo a su natural propensión. Ahoga en su cuna las venenosas hidras de tus pensamientos. No abrigues en tu pecho al amor, cual pequeño gusano, pues, aunque ahora te parezcan suaves y deliciosas sus mociones, al calor de tu consentimiento engendrarás una venenosa serpiente, que, despedazándote las entrañas, te conducirá furiosa hasta el último precipicio. Reflexione... Mas ¿para qué me canso, si tú mismo, en tiempo más dichoso, iluminaste mi alma con la indeficiente luz de la verdad, destruyendo su brillo las tinieblas de un afecto impuro en que sepultada yacía? Creo firmemente que un instante sólo de reflexión contigo mismo será bastante a romper esa coyunda infame con que trata ligarte el perverso hijo de la voluptuosa Acidalia. Ínterin, yo dirijo mis incesantes votos al Eterno, me postro sumiso en el santuario y, regándolo con mi copioso llanto, alcanzo del Padre de las luces dirija un destello de su gracia a tu sensible corazón, para que, libre ya de los errores que te oprimen, tenga la satisfacción de estrecharte en sus brazos tu querido *Cioslapa*.

[ANÉCDOTA]

PLUTARCO¹

SR. EDITOR, SIENDO UNO DE LOS PRINCIPALES objetos del *Diario* presentar al público acciones grandes que imitar, no creo omitiré vd. la inserción de la siguiente anécdota, tomada de la vida de Alexandro el grande, traducida en francés por Mr. Dacier, en su célebre obra *Vies de hommes illustres de Plutarque*.

Al momento de sentarse a comer Alexandro, vinieron a noticiarle que entre los muchos prisioneros de la última acción estaban la madre y la mujer de Darío,² con sus dos hijas, doncellas aún, las que habiendo reconocido entre los despojos el carro y el arco de este desgraciado príncipe explicaron su justo dolor, hiriéndose el pecho, y con gemidos espantosos, juzgándole muerto.

Alexandro, al oírlo, permaneció algún tiempo sin hablar, más penetrado de la triste situación de sus ilustres prisioneras que sensible a su felicidad. Rompiendo, en fin, el silencio, ordenó a Leonato fuese a decirles que Darío aún vivía y a asegurarlas no temiesen nada de la parte de Alexandro; que sólo combatía por la gloria de reinar; que serían tratadas como reinas; y que recibirían de él tanto como pudieran esperar del mismo Darío en el estado más floreciente de su fortuna.

1 Anónimo, "[Anécdota]", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2451, pp. 685-686. "Finaliza la anécdota comenzada ayer", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 20 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2452, pp. 687-690. Se indica: "Mr. Dacier, tom. ix. Vie. Alex." Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. iii, pp. 195-196 y 204-206. Al final de la anécdota, se agrega: "Si acomodare esta traducción, sr. diarista, no será la última que le remita su afectísimo amigo, Q. s. m. b., Batilo."

2 Éste, derrotado, había podido escapar precipitadamente, dejando abandonado su arco y su carro. A.

Si estas palabras parecieron consoladoras y dulces a las princesas, los efectos las sobrepujaron, porque fueron servidas con tanto respeto que, exceptuando su cautiverio, no tenían motivo de echar de ver su infortunio. Experimentando en su desgracia la humanidad, generosidad y política que jamás hubieran osado esperar, Alexandro les permitió enterrar los persas muertos en el combate al estilo de su país, concediéndoles tomar de los despojos, los hábitos y ornamentos que les pareciesen y fuesen necesarios para la pompa de sus funerales. Les dio para su servicio tantos domésticos como tenían antes. Nada disminuyó de los honores a que estaban acostumbradas, ni del estado de sus casas, señalándoles pensiones mucho mayores de las que disfrutaban en el tiempo de su mejor fortuna.

Pero el favor más grande, más agradable y más real que ellas recibieron de él fue que, siendo cautivas y habiendo vivido siempre con mucha virtud y decoro, no oyeron nunca ni la más mínima palabra deshonesta, ni tuvieron jamás motivo de sospechar y temer la menor cosa que fuese contra su honor. Tuvieron el consuelo de estar en el campo de Alexandro no como en un campo enemigo, mas sí como en un templo santo o lugar sagrado destinado a ser el asilo de las vírgenes, vivir retiradas sin ser vistas de nadie y sin que ninguno tuviese el atrevimiento de osar acercarse a sus habitaciones.

Dícese, sin embargo, que la mujer de Darío era la más bella princesa del mundo, así como él el príncipe más hermoso, del talle más airoso y elegante, y que las princesas sus hijas se les parecían. Mas Alexandro, considerando, sin duda, que era más digno de su majestad real vencerse a sí mismo que a sus enemigos, no se dejó seducir por sus atractivos. Mas su continencia era tan grande entonces que jamás se versó con mujer alguna antes de casarse, sino es con Barcina, que, habiendo quedado viuda de Memnon, fue hecha prisionera en Damasco. Como era muy bella, muy versada en la literatura griega, de costumbres puras y políticas, y a más de muy ilustre nacimiento, siendo hija de Actabazo, de sangre real, Alexandro se unió a ella, sugerido de Permanion, que, como

dice Aristóbulo, le representó no debía perder la ocasión de obtener el agrado de una señora tan completa, y en quien la hermosura era lo menos de sus perfecciones. Mas con respecto a las demás cautivas, Alexandro, mirándolas tan bellas y de talles tan majestuosos, se contentaba con decir, chanceando, que las persianas eran el mal de los ojos. Y oponiendo a su encanto y a su bella gracia, la belleza de la continencia y la virtud, pasaba junto a ellas como pudiera hacerlo sin conmoción delante de estatuas inanimadas.

Mientras Alexandro pasaba así su tiempo en Fenicia, le escribió Darío una muy larga carta y le envió muchos de sus amigos para suplicarle quisiese recibir diez mil talentos por el rescate de sus prisioneros y ofrecerle una de sus hijas en matrimonio, llevando en dote las tierras y señoríos que estaban entre el Helesponto y el Eufrates, con la condición de admitir su amistad y hacer liga común, ofensiva y defensiva. Alexandro comunicó esta proposición a sus amigos en pleno consejo. Permanion habló el primero y dijo:

–Por mí, si fuera Alexandro, aceptaría la oferta.

–Y yo también –contestó secamente Alexandro–, si fuera Permanion.

Y al mismo tiempo, contestó a Darío que si se resolvía a rendirse a él desde luego recibiría todo género de bienes, si no, que inmediatamente se pondría en marcha para combatirlo.

Levantó, en efecto, su campo. Mas apenas se había puesto en camino, fue advertido por un eunuco que la mujer de Darío acababa de expirar, al dar a luz un hijo. Alexandro suspendió, al momento, su marcha. Y retornando al pabellón de Sisigambis, dio todas las señales del más vivo dolor, como habiendo perdido la ocasión más bella de mostrar su humanidad y clemencia. Hizo a la reina magníficos funerales, no perdonando gasto ni distinción alguna. Entretanto, uno de los eunucos que guardaban la habitación, y que había sido hecho prisionero con la reina, nombrado Tirco, huyó del campo y a toda brida fue a noticiar a Darío la muerte de su mujer.

Al escuchar Darío tan sensible noticia, dándose una palmada en la frente y derramando torrentes de lágrimas, exclamó:

—¡Oh, desgraciado destino el de los persas! ¿Es posible que Estatira, mujer y hermana del rey, no sólo haya sido hecha prisionera durante su vida, sino también que después de su muerte sea privada de los honores y exequias debidas a su rango?

—Por lo que toca a las exequias, señor —dijo oportunamente el eunuco—, a los demás honores y, en una palabra, a todo lo que era debido a una tan gran reina, no tenéis motivo de acusar el destino de los persas, porque mientras vivió mi señora Estatira, ni ella, ni la reina, vuestra madre, ni las princesas y príncipe, vuestros hijos, han carecido de los honores que gozaban en su más grande fortuna, exceptuando el disfrutar de la luz de vuestros ojos, que nuestro señor el grande Orosmade³ hará brillar aún con más claridad sobre los que restan. Ni después de su fallecimiento ha sido vuestra esposa privada de ninguna de las distinciones que deben decorar los funerales de una tan gran reina. Aun ha sido llorada de sus mismos enemigos, porque Alexandro es tan generoso en la victoria como terrible en los combates.

Darío, al oír este discurso, la turbación que vertió en su alma y el amor de que estaba poseído le llenaron el espíritu de sospechas bien extrañas. Conduce silencioso al eunuco a lo más retirado de su tienda. Y allí le dice:

—Si tú no te has vuelto macedonio, como la fortuna de los persas, y si reconoces aún en Darío a tu rey y señor, dime, por el respeto que debes a esa brillante luz de Mithras⁴ que nos alumbra, y a esta mano que te da tu rey, dime, repito, si cuando lamento la desgraciada muerte de Estatira no lloro el menor de sus males; si no los he sufrido más terribles durante su vida; si no hubiera sido menos infeliz con más honor; y si no me hubiera estado mejor haberlas con un enemigo más cruel y bárbaro, porque, en efecto, ¿qué decente familiaridad y qué comercio honrado

3 Así llamaban los persas al Dios que era el principio del bien, como Arimanius, al que reconocían por principio del mal. Al primero, lo fingían hijo de la luz más pura, y al segundo, de las tinieblas. T. F.

4 Bajo este nombre, adoraban los persas al sol. T. F.

habrá podido obligar a este joven príncipe a tributar tan señalados honores a la mujer de su enemigo?

No bien había acabado de hablar el rey, cuando Tirco, arrojándose a sus pies, le conjuró de mudar de lenguaje, de no hacer esta ofensa a la virtud de Alexandro, de no deshonorar con tales sospechas a la reina, difunta ya, y de no privarse él mismo de la más grande consolación que podía tener en sus desgracias, dejando de persuadirse haber sido vencido por un hombre muy superior a la naturaleza humana, que más debía admirar en Alexandro las pruebas que de su continencia había dado a los persianos que su indecible valor. Y con juramentos y execraciones horribles, le confirmó lo mismo que había dicho antes, haciéndole a continuación el detalle de la honradez, templanza y magnanimidad de Alexandro.

Entonces, Darío, volviendo al salón donde había dejado a sus amigos, levantando los ojos al cielo, dirigió a los dioses la súplica siguiente: “Deidades que presidís al nacimiento de los hombres y que tenéis, así, a los monarcas como sus imperios bajo vuestra inmediata protección, hacedme la gracia de que después de haber restablecido la fortuna de los persas la transmita a mis descendientes con el mismo brillo que la he recibido, a fin de que, vencido de mis enemigos, pueda mostrarme reconocido a los favores con que Alexandro me ha prevenido en mi infelicidad, con respecto a las personas que en este mundo me son más apreciables. O si ha llegado el tiempo ordenado por el destino en que, por la venganza y cólera de los dioses, o por la inestabilidad de las cosas humanas, sea arruinada la dominación de los persas, haced, oh dioses, que sólo Alexandro ocupe el trono de Ciro.”⁵

Si acomodare esta traducción, sr. diarista, no será la última que le remita su afectísimo amigo, Q. S. M. B., Batilo.

3 Así era llamado, generalmente, el trono de los persas, ya por las grandes cualidades de este príncipe, ya porque él era mirado como el fundador de este vasto imperio, por sus grandes conquistas. Por esto, dijo Horacio: *Redditum Cyri solio Phraatem*. T. F. “Fraates regresó al trono de Ciro.” Nota agregada.

FÁBULA 2ª. EL NEGRO Y SU AMO¹

MARIANO BARAZÁBAL²

PARA IR VERSIFICANDO
del país las bufonadas,
referiré de un negro
tres donosas patrañas.
Sea, pues, hoy la primera
que el tal era del agua
acérrimo enemigo
y no de buey su panza.
Así que a las botellas
de su amo visitaba,
ya, pues, fuesen de tinto,
jerez, blanco o peralta.
Y a fe que nunca, nunca,
dejó por poca gana
ninguna *malvasía*
que bien no la vaciara.
Chilló la faltriquera
del amo, que en la danza,
si no gran pecadora,
ya delinquía por flaca.
Y a su clamor doliente,

1 Respecto de la del número 2442. Véase Anónimo, “Fábula. La vieja, la negrita y el tunante”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2442, p. 647. Se indica: “El Aplicado.” Nota agregada.

2 Anónimo, “Fábula 2ª. El negro y su amo”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 22 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2454, pp. 695-696. Se indica: “El Aplicado.”

la que con puerta franca
despensa fue del vino
cedió a la llave ingrata.
Teníala siempre el amo
y sólo la confiaba
al negrito en las horas
precisas de la vianda.
Y como dicha pieza
del comedor estaba
tabique sólo en medio,
no había lugar de trampa.
Mas el tunante negro,
que nunca se enredaba,
en aquel breve instante
conseguía su tragada.
El amo, sospechoso,
le dijo al negro: –Tata,
cántame alguna cosa
cuando por vino vayas.
Con esto, a Fraciquia
arbitrio no quedaba.
Pero él, para tenerlo,
se dio toda esa maña.
Cantó una vez el tango;
otra imitó la gaita;
y ya después, tan sólo
el responso cantaba.
Decíale su amo: –Negro,
¿por qué responso cantas?
–Señó, porque no guena
cantá la cocha mala.
Siguió con su responso,

mas como en él se calla
después del *Pater noster*,
allí era la mamada.
Limpiábase la jeta
y con devota cara
seguía: –ene no sin luca...
Y lo demás que falta.
Pero tardóse un día
de modo en la callada
que su amo, de puntillas,
lo sorprendió en la maula.
–¡Ha, perro negro –dijo–,
maldita sea tu casta!
¡Yo, yo las tentaciones
te quitaré a patadas...!
–Su mecé no me ha richo
–le dijo el negro– nara
de que yo no la bebe,
sino sólo la canta...
Debió quedar corrido
el amo, pues quien manda
con miras encubiertas
no puede reclamarlas.
Lo último es que a este negro
hipócrita, canalla,
imitan muchos blancos,
que por conviene cantan
su responso y después del *Pater noster*...
Pero *peor es meneallo*. Musa, basta.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

ACOSADO DEL HAMBRE, un triste arriero se subió sobre un naranjo para satisfacer su necesidad con la fruta de este árbol. Apenas se encuentra arriba, ve venir hacia aquel punto a un hombre dándose palmadas en la frente y con pasos acelerados. Sobrecogido de espanto, creyendo que iba a ser aprehendido *in fraganti* por el dueño de la estancia, se queda inmóvil con una naranja en la mano. Llega el hombre al pie del árbol, se arroja, levanta las manos al cielo y con ojos llorosos exclama:

—¡Dios mío!, pues todo lo puedes, hazme bachiller y escritor. Yo quiero hacer este papel en La Habana. Concédeme esta gracia, pues si no, me muero.

El arriero, que era un isleño socarrón, libre ya del susto, empezó a reírse. Se envuelve en su frazada, se encoge lo más que puede y con voz dulce y reposada le dice:

—Tiéndete boca arriba, cierra los ojos y abre la boca.

El hombre se sorprende, mira a todas partes y como no divisa una persona humana en toda la estancia salta de alegría y cree en su delirio: Dios le hablaba...

—Obedezco, señor... —gritó.

Y tendiéndose sobre la yerba, apretó cuanto pudo los ojos y abrió más boca que un asno rebuznando.

El isleño baja del árbol. Y echándole dos gajos de naranja en la boca, le dijo:

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 24 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2450, p. 706. Se indica: "*Diario de la Habana*."

–Traga y serás escritor sin segundo –corriendo después como un gamo a alcanzar sus caballos.

Nuestro hombre tragó con gran devoción la *sabiduría*, creyéndose desde aquel momento un gran bachiller y un gran escritor. ¡Qué obras publicará este bachiller! Ello dirá.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

UN OFICIAL ROMANO, llamado Pomponio, hombre de reputación, fue herido, preso y presentado a Mitridates, quien, viéndole en tan mal estado, le dijo:

–Si te hago curar tus heridas, ¿serás mi amigo?

A lo que Pomponio respondió, sin titubear:

–Seré vuestro amigo, si hacéis la paz con los romanos. De lo contrario, seré vuestro enemigo mientras viva.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2459, p. 718. Véase Madame Genlis, *Los anales de la virtud, para uso y utilidad de los jóvenes de ambos sexos*, trad. de Bernardo María Calzada (Madrid: Imp. Real, 1792), t. II, parte III, p. 43. Jean-Baptiste Blanchard, *Escuela de costumbres o reflexiones morales e históricas sobre las máximas de la sabiduría*, trad. de Ignacio García Malo (Madrid: Imp. de la viuda e hijo de Marón, 1797), t. IV, p. 132. *L'École des mœurs ou réflexions morales et historiques sur les maximes de la sagesse* (Lyon: Bruyset aîné & Compagnie, 1798), t. II, p. 331. Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de D. Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. II, p. 389.

AL SUEÑO

ANÓNIMO¹

VEN, DULCE SUEÑO, VEN. Desciende del trono majestuoso de la noche. Apresura tu paso tardo y silencioso. Ven, vierte el pomo de tu bálsamo agradable en el espíritu del infeliz Andrenio. Te llamo a mi socorro. Oye mis tristes voces.

Perdona si no acierto los nombres con que debo llamarte, ni a pronunciar tus favores y maravillas. ¿Quién podrá decir lo que eres y lo que haces? Tú eres un misterio, un enigma, un encanto. ¿Cuál es tu ser, tu cuerpo, tu extensión?

Tu existes. No te ven nuestros ojos, ni te tocan nuestras manos. Vemos el esplendor de la luz. Sentimos las impresiones del aire. No tocamos sus cuerpos fugitivos. Tú eres más fluido y sutil que la luz y el aire. Llegas a nosotros y, sin verte ni sentirte, te apoderas de todo nuestro ser.

Apenas te acercas a nosotros, anuncias tu venida, rociando nuestras frentes con el licor precioso de tu copa. Un peso agradable va apagando la luz de los ojos; corre por las venas una languidez apacible; y una embriaguez tranquila se difunde por todo nuestro cuerpo. Te presentas y empiezan tus prodigios. Arrebatas el débil resto de nuestro vigor y de nuestro sentimiento. Abates todos nuestros miembros, destierras el alma y nos reduces a un puro tronco.

1 Anónimo, "Al sueño", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 28 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2460, p. 722. "Al sueño. Núm. 2460", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 29 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2461, pp. 724-725. "Al sueño. Núm. 2460", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 30 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2462, pp. 728-730. Véase "Invocación al sueño", en *Telégrafo mercantil, rural, político económico e historiógrafo del Río de la Plata* (Buenos Aires, Real Imp. de Niños Expósitos, 12 de septiembre de 1801), t. 2, núm. 13, pp. 91-94. *La semana literaria* (La Habana, Imp. de Torres, 1848), nueva serie, t. I, pp. 161-164.

Mal digo. Entonces es cuando el placer nos ocupa. Sí, en la misma cesación del sentimiento fijas el gusto que nos causa tu compañía.

¡Oh, sueño!, explícame este acento. ¿Cómo sentimos tu dulzura cuando nos subtraes las facultades sensitivas? ¿En qué parte, en qué punto de nuestro cuerpo se forman tus deliciosas impresiones? El cuerpo y sus miembros yacen insensibles. El alma y sus potencias están sin ejercicio.

¡Físicos orgullosos, que en la embriaguez de vuestras ilusiones pretendéis conocer los misterios de la naturaleza, hablad! Explicadnos los secretos del sueño. Decidnos ¿en dónde deposita nuestra razón y nuestra inteligencia? ¿Dónde encarcela nuestra alma y sus facultades? ¿Las destierra acaso a alguna isla encantada? ¿Vagan por el éter? ¿Vuelan a los astros? ¿Se hunden en un caos profundo?

Si permanecen en nuestro mismo cuerpo, ¿cuáles son las ligaduras con que las rinde y aprisiona? ¿Con qué cadenas sujeta la fuerza de nuestros brazos y nos impide el movimiento? Discurrid, filósofos engreídos.

Yo os dejo en vuestros delirios y abrumado al peso de mi ignorancia sólo me dirijo a invocar al sueño.

Sí, yo te invoco regenerador infatigable de la especie humana. Tú, es cierto, suspendes el curso de la vida, mientras te poseemos, pero lejos de causarnos inquietud nos transportas a un plácido reposo.

Entretanto, tú trabajas en silencio las obras benéficas de nuestra restauración. La disipación y la pérdida de nuestra propia substancia la repone en una noche tu mano laboriosa. Te ausentas de nosotros, dejando renovadas las fuerzas de nuestra alma y los resortes de nuestros miembros.

Vuelve a su choza el labrador sudoso y fatigado. Se entrega a tus dulzuras. Refuerzas la elasticidad de sus nervios. Nace la aurora y torna a la campaña con nueva fortaleza y alegría.

¡Oh, médico amable de la humanidad!, ¡cuánto la alivias en el torrente de dolores que la inundan! El miserable enfermo, que lucha por el día con las angustias y el desconsuelo, espera ansioso las sombras de la noche para que con tu venida sientan alivio su dolor y sus males. ¡Cómo te busca! ¡Cómo te solicita! Despide el ruido; convoca el silencio; se envuelve en

la obscuridad; te espera inmóvil. Tardas. Te brinda con narcóticos y tiente, en fin, todos los medios de atraerte. ¡Qué desconsuelo si no llegas!

¡Cuántas veces serían inútiles los remedios de la medicina si tú no concurrieras con ellos al alivio! Y cuántas no has obrado la restauración de la salud sin más socorro que tu virtud incomprensible.

Tu cetro postra a tus plantas las coronas de los reyes y ellos no subsisten sin partir contigo su limitado imperio. Déjasles el día y en la noche dominas sobre ellos y los demás mortales. Todos enmudecen en tu presencia, se anonadan y te reconocen monarca universal de la tierra.

Tú eres, en efecto, el rey supremo de la noche. Los entes que viven te rinden su vida. Los pones a todos a un nivel. Desaparece delante de ti el poder de los reyes y la opulencia de los grandes se confunde con la miseria de los infelices. De todos te burlas cuando quieres. ¡Qué es un rey dormido! ¡Qué es un pastor! Acaso tendrás, entonces, al primero reducido a la fortuna trabajosa del segundo y a éste exaltado al trono brillante del primero.

Agita su cerebro el conquistador orgulloso, con ideas bien combinadas de sangre y destrucción. Llegas tú, sueño pacífico. Y en el mayor placer de aquella fantasía, lo reduces todo a nada. Vuela al asalto, llevando consigo la mortandad y la ruina. Y al acercarse la fama a ceñir en sus sienes el laurel de la victoria, se convierte en un verdugo horrible, que carga sus pies con las cadenas del cautiverio.

Se fatiga un día entero el sabio melancólico, buscando la resolución de un problema intrincado. La encuentra dormido. Va a publicar su triunfo. Le abandonas. Cae el velo de sus ojos y vuelve a hallarse en el abismo obscuro de sus meditaciones.

¿Quién podrá decir, oh, sueño encantador, tus juegos, tus caprichos y tus ideas? Tú nos presentas mil escenas variadas. Nos multiplicas las obras de la naturaleza y del arte. Las engrandesces y las apocas. Transformas sus colores, sus semblantes, sus movimientos, sus calidades. Crías nuevos entes. Y formas combinaciones asombrosas. Tu teatro es inmenso y tus representaciones infinitas.

FÁBULA 3ª. SIGUEN EL NEGRITO Y SU AMO

MARIANO BARAZÁBAL¹

YA DIJE CÓMO EL NEGRO ERA MAÑOSO,
pero decir me falta
que su amo era mezquino y de buen diente.
No es cosa muy extraña.
Es de saber que una gallina entera
el amo se soplaba,
sin dejar más bocado al pobre negro
que la osamenta rasa.
Y teniendo contadas las gallinas,
el triste renegaba,
guisando, sin probar, para un hambriento
y mísero: dos mañas.
No pudo más con su apetito el negro
y una pierna le taja
a la gallina. Su amo, que lo advierte,
incómodo reclama.
Mas el negro le dice, a media lengua:
—Señor amo, la casta
de estas gallinas es sólo una pierna.
—¡Qué! Vete, noramala.
—Lo verá su mecé, que no la miento.

1 Anónimo, “Fábula 3ª. Siguen el negrito y su amo”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 30 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2462, pp. 727-728. Se indica: “El Aplicado”. Véase Melchor de Santa Cruz, *Floresta española de apotegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas de algunos españoles* (Bruselas: Casa de Huberto Anthonio Velpio, 1655), pp. 68-69. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo xvi* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), p. 230.

—Pues sí, quiero mirarlas...
El negrito atisbó cuando, durmiendo,
esconden una pata.
Llama a su amo. Éste va y con el pañuelo
a las cojas espanta.
Y rompen a dos pies. Mas luego luego,
el vivo negro exclama:
—¡Oh!, posi su mecé le hiciera ansina
a la gallina asada,
sacara la ota pé. Con lo que su amo
soltó la carcajada.
Cuando es injusto el cargo que se forma,
cualquier descargo basta.
Y si es el hambre causa de la culpa,
quitar, ¡quitar la causa!

FÁBULA. EL GRILLO CRÍTICO

JOSÉ MARIANO RODRÍGUEZ DEL CASTILLO¹

UNA NOCHE CHILLANDO

un importuno grillo
entendí murmuraba
de los comunes vicios.

Para él, el elefante,
la paloma, el perico,
el caballo, la zorra,
el jilguero y pardillo,
los animales todos,
ya terrestres, ya alígeros,
y también los del agua,
de lástima eran dignos.

Un grillo mozalbete,
no pudiendo sufrirlo,
le dice: –Señor D. Mono,
tengo bien entendido
que a todos satiriza,
pero nunca a sí mismo.

¡A cuántos que critican,
teniendo en sí delitos,
decírseles se puede
lo que al grillo se dijo!

1 Anónimo, "Fábula. El grillo crítico", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 4 de julio de 1812), t. XVII, núm. 2466, p. 13. Se indica: "J. M. R. C."

DORILA ABANDONADA

ANÓNIMO¹

RETIRADA EN UN CUARTO OSCURO, sentada en una silla y recostada sobre un brazo, apoyada en la orilla de un catre, estaba la hermosa y desgraciada Dorila, sin atreverse a salir de allí, por no ver el ceño de unos padres justamente enojados, cuyas solas miradas la confundían y despedazaban más y más su corazón. De cuando en cuando, aplicaba a sus hermosos, aunque tristes, ojos un pañuelo que tenía en una mano. Yo la vi con los cabellos descompuestos, la frente triste y abatida, los ojos bajos y llorosos, confusa y pensativa, lanzando, de tiempo en tiempo, algunos suspiros, entrecortados con sollozos, que indicaban las angustias de su oprimido y angustiado pecho. De repente, empezó a sollozar y suspirar sin interrupción, soltándose en un llanto tan abundante, amargo y corrosivo, que escoriaba sus lagrimales, surcaba sus mejillas, humedecía hasta el mismo suelo y era capaz de quebrantar las peñas. ¡Ah!, yo no he visto, ni espero ver, un cuadro más patético e interesante. Su profunda melancolía y el dulce abatimiento de sus miembros daban a su natural hermosura un realce inexplicable. Si en aquel momento me hubiese pedido la vida, yo la hubiera sacrificado en su servicio.

Yo la estaba observando con un vivo interés, cuando, al cabo de un pequeño desahogo, ¿es posible –decía ella– es posible ingrato Leandro que, después de haberme yo rendido a las vivas y repetidas instancias con que venciste mi primera repugnancia, me hayas abandonado en la mejor ocasión? ¿Es posible que, después de haberme despojado de la única prenda que podía recomendarme a los ojos de otro hombre, menos falso que tú,

1 Anónimo, “Dorila abandonada”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 8 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2470, pp. 29-32. Se indica: “*Correo de las damas*.”

me dejes ahora perecer en manos del pesar consiguiente a tanta pérdida? Después de haber seducido mi inocencia, después de haberse apoderado de mi ánimo y de este corazón tierno y sencillo, privándome del honor, de la inapreciable estimación de mis padres, de la paz, el sosiego y los placeres puros e inocentes de que antes disfrutaba, ¿cómo has tenido valor para abandonarme ahora a los torcedores morales, a los dardos envenenados de la maledicencia y a las sensibles reconvenciones de unos padres honrados, que, considerándome como la causa de su imaginada deshonra, me tratan, y con razón, de hija ingrata, fácil, infame y desnaturalizada?

¡Ah!, ¿no eras tú el que me jurabas una constancia y fidelidad eterna? ¿No eras tú el que derramabas a mis pies un llanto capaz de mover el corazón más duro, y a que no podía resistirse la sensibilidad del mío? ¡Traidor! Tú llorabas entonces para hacerme gemir ahora. Llorabas como el cocodrilo para apoderarte de tu presa y lo conseguiste. Llorabas por la pena de no ver coronada tu infamia. Llorabas y suspirabas con el pérfido deseo de sacrificarme a tu concupiscencia. ¡Cruel! ¿No podías ser dichoso sino a costa de mi felicidad? ¿Para que tú fueses un instante feliz debía yo ser eternamente desgraciada? ¿Me harás beber toda la vida en una copa de hiel por haberte proporcionado un dulce momento de placer? ¿Te permití yo libar en mis labios aquel que tú llamabas el más delicioso néctar para que me hicieses apurar, como Júpiter a Pandora, la copa de las desdichas? ¿Te habré yo complacido para que me atormentases después? ¿Consentirás que yo padezca tantos y tan verdaderos males por haber satisfecho tus caprichos? ¿Habré yo llenado los deseos de tu corazón para que colmaras el mío de amargura?

¡Ingrato!, ¡pérfido!, ¡vil Leandro! ¡Es este el premio que merece la que se ha sacrificado por ti? ¿Es esta la recompensa que reservabas a mis tiernos halagos? ¿Así premias, con el abandono y el desprecio, la adhesión y los cariños que yo te prodigaba? ¿Será posible que mientras yo gimo por ti te estés acaso deleitando entre los brazos de...? ¡Justo Dios!, ¿cómo permites esto? ¿Por qué me haces expiar tan crudamente un acceso de ternura? ¿Por qué no iluminas los talentos de los hombres para que no

confundan la debilidad con el crimen? ¿Por qué consientes que la reputación de una débil mujer se pierda más fácilmente que la del hombre, cuyo juicio está más fortificado por la educación y la naturaleza? Leandro me sedujo, Leandro me engañó. Leandro es un pérfido y nada ha perdido. Pero yo, que soy una joven incauta, seducida y engañada por él, ¿por qué he de ser tratada y mirada con tanto desprecio? Si el hombre no es de mejor condición que la mujer, ¿por qué ha de sentir menos que ella los efectos de los extravíos de su amor? Para que el hombre pierda su estimación es preciso que cometa crímenes bajos y vergonzosos. Y a la mujer, a la débil mujer le basta incurrir en el más leve descuido para ser infame y despreciada. ¡Oh!, esto no es justo, no. Sin más delito que el de haberme dejado engañar por un hombre que hubiera seducido a la misma inocencia, yo me veo sumergida en el abismo del oprobio, la miseria y la desesperación. Y mientras tanto que yo gimo triste y desconsolada, el vil Leandro, este falso y detestable Leandro, estará disfrutando actualmente los halagos de...

Así se quejaba Dorila, que al querer pronunciar el nombre de su rival se enfureció en términos de no poder articular una palabra. Y sobreviniendo en un acceso de cólera y desesperación, iba a abrir una ventana para arrojarla por ella, cuando, penetrando yo sus intenciones, entré, la abracé por detrás y logré contenerla.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

...PÚSOSE EN MARCHA ALEXANDRO, en persecución de Darío, con ánimo de combatirle otra vez.² Pero habiendo sabido que Beso se había apoderado de su persona, despidió sus tesalónicos, enviándolos a su país, después de haberles dado dos mil talentos de gratificación, a más de su paga ordinaria. En esta persecución, que fue larga y penosa, pues en once días anduvo a caballo tres mil trescientos estadios,³ la mayor parte de sus caballeros se fatigaron tanto que no podían ya seguirle, sufriendo más de la total escasez de agua que de un viaje tan largo y precipitado.

En el camino, encontró Alexandro algunos macedonios, que conducían sobre mulas algunos cueros de cabra llenos de agua. Estos macedonios, habiendo visto a su príncipe medio muerto del extremo calor y de la sed ardiente que le consumía, siendo puntualmente la hora del medio-

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 9 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2471, pp. 33-35. Se indica: "Mr. Dacier, tom. 9, vie de Alex. Batilo." Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de D. Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. iii, pp. 218-220.

2 Véase el número 2451. A. Anónimo, "[Anécdota]", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2451, pp. 685-686. "Finaliza la anécdota comenzada ayer", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 20 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2452, pp. 687-690. Se indica: "Mr. Dacier, t. ix, vit. Alex". Al final de la anécdota, se informa: "Si acomodare esta traducción, sr. diarista, no será la última que le remita su afectísimo amigo, Q. s. m. b., Batilo." Nota agregada.

3 Es decir, 412, 500 pasos, que, a razón de veinticinco estadios o 3625 pasos por legua, hacen 132 leguas o cerca de ellas. Según esta cuenta, Alexandro había hecho caminar a su caballería más de 12 leguas por día. Es, pues, cosa no oída que la caballería pueda hacer tan largas jornadas, sobre todo once días consecutivos, y en un país árido. Si se cuenta a cuatro millas por legua, que es la medida más corriente, serán entonces 103 leguas, lo que aún es demasiado, porque sale a razón de cerca de nueve y media leguas por día. Un pequeño cuerpo de caballería ha podido hacer una marcha admirable en un día o dos, mas once días consecutivos dudo se haya visto nunca. T. F.

día, llenaron prontamente un casquete de agua y corrieron a presentársela. Alexandro se informó inmediatamente a dónde y a quién conducían esta agua. Respondieron:

—La llevamos a nuestros hijos. Pero, señor, no os inquietéis. Con tal que viváis, tendremos otros muchos, si perdemos éstos.

A estas palabras, Alexandro tomó el casquete. Y mirando alrededor de sí, vio a todos sus caballeros, que, inclinada la cabeza y puestos sus ojos avarientos sobre el agua, le devoraban con sus miradas, viendo lo cual Alexandro volvió el agua a los que se la habían presentado, dándoles gracias, mas sin beber una sola gota.

—No hay bastante para todas mis gentes —les dijo—. Y si yo bebo solo, los demás serán más alterados y morirán de languidez y desfallecimiento.

Viendo sus caballeros esta magnanimidad y templanza, le conjuraron de llevarles por donde quisiera, con entera confianza, sin tenerles consideración alguna. Y picando al mismo tiempo sus caballos, decían que no estaban cansados, que no tenían sed y que no se creían hombres mortales mientras tuviesen tal rey.

Esta afección y buena voluntad eran iguales en todos. Sin embargo, sólo sesenta pudieron seguirle y llegarse con él al campo enemigo. Allí, atropellando montones de oro y plata que estaban sembrados en el suelo, y pasando a través de innumerables cerros, llenos de mujeres y niños, que huían sin saber dónde, desbocados los caballos, sin cochero que los condujese, se arrojaban a toda brida sobre los escuadrones más avanzados, no dudando encontrar en ellos a Darío. En fin, después de haberlo buscado inútilmente, se le encontró por casualidad en un lugar extraviado, todo el cuerpo traspasado de dardos, acostado en su carro y ya muy pronto a expirar. Mas antes de morir, tuvo fuerza aún para pedir le diesen de beber. Y después de haber bebido agua fresca, que le llevó un macedonio llamado Polistrato:

—Mi amigo —le dijo—, mira aquí el colmo de mis infelicidades, pues habiendo recibido de ti esta consolación no me quedó árbitro para serte agradecido. Mas Alexandro te dará la recompensa y los dioses se la darán

a él, por la dulzura, humanidad y generosidad de que ha usado con mi madre, mi mujer y mis hijos.⁴ Tócale la mano, así como toco yo la tuya, y llévale de mi parte este sólo *gage*, como el único que puedo darle de mi amor y reconocimiento.

Al acabar este discurso, dio la mano a Polistrato y expiró. Alejandro llega en este momento y, por las muestras más sensibles de dolor, hace ver cuánto se penetra de su infelicidad. Se desnuda de su cota de armas, la arroja sobre este desventurado príncipe y le envuelve en ella.

Algún tiempo después, habiendo caído Beso entre sus manos, he aquí el suplicio con que le castigó. Hizo doblar por fuerza algunos árboles, uno hacia el otro. Ató a cada uno de ellos uno de los miembros del cuerpo de ese parricida y, dejándoles después la libertad de volverse a su estado natural, se enderezaron con tal violencia que cada uno arrancó el miembro que estaba atado a él y le despedazaron de este modo. Mas antes, Alejandro, después de haber embalsamado el cuerpo de Darío y adornado el ataúd con real magnificencia, lo remitió a su madre Sisigambis, para que ella lo sepultase, según la costumbre de su nación, en el sepulcro de sus mayores. Y recibió en el número de sus amigos a su hermano Oxatres.

4 Véase el número citado. A. Anónimo, “[Anécdota]”, en *Diario de México* Trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2451, pp. 685-686. “Finaliza la anécdota comenzada ayer”, en *Diario de México* Trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 20 de junio de 1812), t. xvi, núm. 2452, pp. 687-690. Nota agregada.

FÁBULA 4ª. CONCLUYEN EL NEGRO Y SU AMO

MARIANO BARAZÁBAL¹

MEZQUINO AL AMO PINTÉ
en la fábula pasada;
y muy arbitrista, al negro.
Veamos, pues, en lo que paran.
Regañó una vez el amo
por no sé qué zarandaja
que se manducó el negrito
y dijo en la regañada:
—¿Por qué no piden las cosas?
¡Valga el diablo la canalla!
¡Pídanlas, yo las daré!
¡Y no me quemen el alma!
Calló Fraciquia la trompa
y ya no se comió nada.
Pero al cabo de algún tiempo,
se le ofreció esta campaña.
Trajeron a su buen amo
una piña regalada,
muy hermosa y bien cubierta,
y mandó que se guardara.
Mas el negro, a los tres días,
fue muy de manos cruzadas
y dijo a su amo: —Señó,

1 Anónimo, "Fábula 4ª. Concluyen el negro y su amo", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2472, pp. 37-38. Se indica: "El Aplicado."

ya Fraciquia no aguanta:
reme su mecé la piña.
–¿Para qué? –Poque me cuara
y me la quiero comé.
–Un cuerno para ti, ¡ay gracia!
–Po no rijo su mecé,
¡vaga el riabo la canalla!,
¿poqué no piren la cosa?
–¡Vete de aquí noramala!
–Ajutame té mi cuenta,
hora hora mimo me marcha.
No la quero amo francés,
que se futa en su palabra.
Y no pudo conseguir
el amo que se aquietara
el negro, que no era esclavo
y se fue luego de casa.
En esto paró el negrito,
y en esto mil blancos paran,
pues vale más perecer
que no sufrir a un pirata.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

ANTES DE SALIR A CAMPAÑA, Alexandro quiso examinar el estado doméstico de sus amigos. Y hallándolo en mal término, a uno dio un bello terreno, a otro una villa, a este la renta de un estado, a aquel los derechos de un puerto, &c. Habiendo así repartido todo su haber con tantas liberalidades, le dijo Perdicas:

—Señor, ¿qué reserváis para vos?

Respondióle Alexandro:

—La esperanza.

—Pues bien —volvió a decir Perdicas—, nosotros partiremos vuestra esperanza, puesto que tenemos parte en vuestros trabajos.

Diciendo esto, refutó generosamente el don que el rey le había asignado.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2472, p. 40. Se indica: “Mr. Dacier.” Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. iii, p. 188.

FÁBULA. LOS CUATRO GATOS Y EL PANADERO

MARIANO BARAZÁBAL¹

DE CUATRO GATOS SE HIZO UN PANADERO,
para extinguir de casa los ratones,
que jamás le comían un pan entero.
Pero si antes echaba maldiciones
por una u otra torta agujereada,
se pegaba después de mojicones
pues la gatuna ronda, insolentada,
despedazaba tortas a porfía
y el panadero vio su cuenta errada.
Así del mundo en la panadería
—hablando de animales con zapatos—
son muchos los ratones, a fe mía,
pero hacen más perjuicio *cuatro gatos*.

1 Anónimo, “Fábula. Los cuatro gatos y el panadero”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 11 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2473, p. 41. Se indica: “El Aplicado.”

FÁBULA. EL TONTO DE LA MEDIA LECHE

MARIANO BARAZÁBAL¹

PREGUNTÓ CÓMO SE HACÍA
la media leche, Crisanto.
Leche y agua: tanto y tanto.
—¡Oh!, ya yo me lo sabía.
Mas con tal sabiduría,
un real de leche compró,
otro real de agua y llenó
una gran tina de baño.
Y ya se ve, para un año
media leche fabricó.
¿Para un año? ¡Pequeñez!
¡Cuántos por igual talento
fabrican en un momento
media leche para diez!

1 Anónimo, “Fábula. El tonto de la media leche”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2479, p. 65. Se indica: “El Aplicado.”

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

...FIGURÁBASE DARÍO que la detención de Alexandro en la Sicilia era efecto de temor, mas era sólo causada de una grande enfermedad, que según unos era provenida de sus grandes trabajos y fatigas y al parecer de otros ocasionada de haberse bañado en el Cidne, cuyas aguas son frías como el hielo. Ninguno de sus médicos osaba emprender su curación porque, persuadidos a que el mal era más fuerte que todos los remedios, temían la confusión y el resentimiento de los macedonios si tenían la desgracia de no curarlo.² Mas Philipo, su primer médico, viendo que el rey estaba en grande peligro, y confiándose en la singular amistad con que este príncipe le favorecía, y, por otro lado, haciendo reflexión que era vergonzoso y se resentía de ingratitud refutar por socorrer a tan buen amo en su extremo peligro exponerse a cualquier riesgo, haciendo la experiencia de los últimos remedios y en socorrerle hasta el último instante de su vida, al acaso de perderse y perecer con él, emprendió aplicarle una medicina que haría pronto y feliz efecto. Exhortóle, pues, a esperar con paciencia, porque eran necesarios tres días para preparar la medicina y a tomarla con confianza cuando estuviese puesta, lo que no le costó trabajo per-

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2479, pp. 65-67. Se indica: "Mr. Dacier, vie Alex, tom. 9. Batilo." Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. iii, pp. 192-193.

2 He aquí una infeliz consideración, que aun en el día retiene comúnmente a los médicos y les impide socorrer a los enfermos, que son de grande consecuencia y sobre quienes el público tiene fijos los ojos, como si el deber y la caridad misma no les obligase a tomar todos los medios que su arte les inspira, sin respeto por ellos mismos. Hipócrates de ningún modo hubiera aprobado esta cobarde y cruel timidez. Filipo, con su acción, enseña a los demás médicos lo que deben hacer en todas ocasiones. T. F.

suadir a este príncipe, impaciente por restablecerse y ponerse a la cabeza de su ejército.

En el entretanto, recibió una carta de Permanion, en que le advertía no confiase su salud a Philipo porque, ganado y corrompido por los grandes presentes de Darío y por la promesa que éste le había hecho de darle a su hija en matrimonio, había ofrecido emponzoñarle. Alexandro, después de leída esta carta, sin comunicarlo a ninguno de sus amigos, le puso bajo su cabecera.

Cumplido el término, Philipo entró en la cámara del príncipe, acompañado de los demás médicos, llevando la medicina en una gran copa. Alexandro saca la carta de debajo de su cabecera, la da a leer a Philipo y, al mismo tiempo, toma la copa, la apura sin titubear y sin dar a conocer la menor sospecha, ni la más ligera inquietud. Era un espectáculo admirable, y tan interesante como el desenlace de una tragedia, ver por un lado a Alexandro beber su medicina y del otro a Philipo leer la carta, mirándose ambos mutuamente, mas con un aire muy distinto. El rey, con un semblante alegre y franco, manifestaba a su médico la amistad con que le honraba y la confianza que tenía en él. Y el médico, clamando contra tan atroz calumnia, tan pronto invocaba a los dioses por testigos, levantando las manos al cielo, tan pronto arrojándose sobre el lecho de su señor, conjurándole de tener buenas esperanzas y abandonarse en todo a sus cuidados.

El remedio, habiendo inmediatamente tomado fuerza, abatió de tal modo las del enfermo que perdió el habla, cayendo en una debilidad tan grande que casi estaba sin pulso ni sentido. Mas fue tan pronta y eficazmente socorrido por su médico que recobró, poco a poco, sus fuerzas, tanto que en tres días estuvo ya en estado de hacerse ver de sus macedonios, cuyas inquietudes no cesaron hasta haberlo visto con sus propios ojos.

FÁBULA. LOS DOS CERDOS

MARIANO BARAZÁBAL¹

IBAN A UN TRIGAL VECINO
dos cerdos, algo distantes,
y se puso el que llegó antes,
ya se ve, ¡como un cochino!
El segundo quiso hacer
en el trigal otro tanto,
mas el lleno, con espanto,
lo comenzó a reprehender.
—¡Ola! Y al ponerte tú
—dijo el ayuno— tamaño,
¿no era delito hacer daño?,
¡orador de Belcebú...!
Así prohíben muchos hombres,
con descaro y con olvido,
la escala por do han subido.
¡Quién pudiera citar nombres!

1 Anónimo, "Fábula. Los dos cerdos", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2481, p. 73. Se indica: "El Aplicado."

[PILATOS]

ANÓNIMO¹

ECCE-HOMO, DIJO PILATOS
cuando sacó a la ventana
a Jesucristo ante el pueblo,
por ver si su odio cesaba.
¡Oh, príncipe de la paz!,
si por vuestro bien os saca
al balcón un vil Pilatos,
después ¿por qué os desampara?
¿Por qué a la muerte os condena
o al olvido? ¡Ah!, ya se palpa,
porque es de aquellos que dicen
viva quien vence o quien gana.
Aprenda todo hombre en esto
a no estimar ni a la fama,
si depende ésta de necios
que al caído nunca levantan.

1 Anónimo, "[Pilatos]", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 24 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2486, p. 93. Se indica: "J. T. G." El título original, más bien un informe del editor, era este: "Para estímulo de la juventud y honor de esta nación, publicamos la siguiente pieza, parto original de una niña de 12 años."

FÁBULA. EL MÉDICO DOLIENTE

MARIANO BARAZÁBAL¹

VA DE FÁBULA O DE CUENTO

y sea un médico el asunto
que en el duelo de un difunto
iba loco de contento.

Y observando, ya se ve,
que muchos en su alegría
reparaban, les decía:

—¡Señores, yo lo curé!

Como este necio doctor,
hay bárbaros que hacen gala
de una obra mil veces mala.

¡Lo que puede el propio amor!

Algo más: ¡a tanto llegan,
que por mérito lo alegan...!

1 Anónimo, “Fábula. El médico doliente”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 25 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2487, p. 97. Se indica: “El Aplicado.”

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

UNA POSADERA DE MEGAZA, habiendo sabido que el general de los griegos –Filomeno, que acostumbraba vestir sencillamente y era feo– debía arribar aquella noche a su posada, se afanaba por prepararle una buena cena. Su marido, por casualidad, se hallaba fuera de casa. Arribó Filomeno en este instante, cubierto de una mala capa. La huésped, que le creyó alguno de sus domésticos o forrajero que venía a preparar su alojamiento, le pide le ayudase en la cocina. En el instante, Filomeno, sin ceremonia, arrojó su capa y se ocupó en cebar el fuego con leña. Estando en esto, llega el marido. Y dirigiéndose al general, le dice admirado y respetuoso:

–Señor, ¿qué es lo que hacéis?

–Nada más –le respondió Filomeno en su lengua dórica– que pagar la pena de mi mala figura.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2489, p. 108. Se indica: “Les vies des hommes illustres, tom. II, traducida por M. Dacier. Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. II, pp. 142-143.

ANÉCDOTA VERDADERA

JOAQUÍN CONDE¹

UN JESUITA MUY SABIO, habiendo enloquecido, dio en la rara manía de que era cardenal y quería que todos le diesen por fuerza el tratamiento de eminencia. Si así se le cumplía, respondía a todo género de preguntas y aun a las consultas más arduas en que lo empeñaban. Y de lo contrario, se incomodaba mucho. Quísole su rector persuadir que prescindiera de tales ideas, tratándolo con muy buen modo, mas él, sin dejarlo seguir en su persuasiva, le hizo este silogismo:

—O soy loco o no lo soy. Si lo primero, no se me quiera convencer con razones. Y si lo segundo, déseme el tratamiento que justamente reclamo.

Con lo que quedándose el rector bastante confuso y sorprendido, desistió de su intento.

1 Anónimo, “Anécdota verdadera”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 28 de julio de 1812), t. xvii, núm. 2490, p. 112. Se indica: “El curioso.”

[FÁBULA. EL APRENDIZ DE HERRERO]

ANÓNIMO¹

BURLÁBASE UNA PERSONA
de un torpe aprendiz de herrero,
que se limaba las manos
al limar un rudo fierro.
El aprendiz se disculpa
diciendo: –Otro tanto vemos
aun en buenos oradores
reprehendiendo extraños yerros,
pues tocados de los mismos,
cuando predicán contra ellos
se muerden a sí más que a otros
y ofenden su ministerio.

1 Anónimo, “[Fábula. El aprendiz de herrero]”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 2 de agosto de 1812), t. xvii, núm. 2495, p. 129. El título original es “La niña de 12 años, Doña J. T. G., natural de México, le dedica esta fábula a su bienhechor el Sr. Arcedeano de Puebla”.

FÁBULA

JOSÉ RUIZ COSTA¹

UN ZORRO NO SE ATREVÍA
a entrar en un gallinero,
porque los gallos que había
peleaban. Y chocarrero:
–Lidien más y más –decía–,
que yo entraré luego y... ¡cuero!

1 Anónimo, “Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 3 de agosto de 1812), t. XVII, núm. 2495, p. 133. Se indica: “R. C.”

FÁBULA. EL LEPROSO Y EL PASAJERO

MARIANO BARAZÁBAL¹

ESPANTÓLE LAS MOSCAS, COMEDIDO,
a un leproso infeliz un pasajero.
Y el mísero exclamó, con un ay fiero:
—¡Desdichado de mí, que me has perdido!
Las moscas que volaron ya han comido.
Ya habían saciado su ímpetu primero.
Mas hora vendrán otras, considero
hambrientas, a picar mi cuerpo herido.
¿Qué dijera el leproso desdichado
si viera que a un mal sátrapa en el foro
lo suele relevar otro malvado?
¡Infelice del pueblo sin decoro,
que ha sido, como España, gobernado
por infames idólatras del oro!²

1 Anónimo, “Fábula. El leproso y el pasajero”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 4 de agosto de 1812), t. xvii, núm. 2497, p. 137. Se indica: “Anfriso.”

2 Vaya esta dulcesita breva a la tierna memoria de los Esquilachis, Godois, Brancifortes, Urquijos, Campo Alanges, Azanzas, Morlas, Mazarredos, Vc., Vc., Vc.

FÁBULA

JOSÉ RUIZ COSTA¹

PRISIONERO SE HALLABA
un canario pulido.
Aunque en dorada cárcel
lloraba el pobrecito
su libertad perdida,
sin servirle de alivio
de su ama enamorada
las fiestas y los mimos.
En vano le repite
que en aquel dulce nido
está libre del fiero
gavilán enemigo.
Le fastidia el azúcar,
le cansa el organillo
destinado a enseñarle,
émulo de sus trinos.
Las olorosas flores,
romeros y tomillos
con que su jaula adorna
por verle divertido,
sirven sólo de cebo
a su corazoncito
para tener del campo

1 Anónimo, "Fábula", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de agosto de 1812), t. XVII, núm. 2509, pp. 185-186. Se indica: "R. C."

deseos aún más vivos.
 En su lengua decía
 el simple pajarillo:
 —¡Qué aprovechan adornos
 a un infeliz cautivo!
 La libertad deseo,
 la realidad suspiro,
 no apariencias que sirven
 para dorar los grillos.
 Cuando así discurría,
 trájole un bizcochillo
 su cariñosa dueña,
 mas por fatal olvido
 de la prisión la puerta
 deja sin el pestillo.
 Apenas la vio ausente
 el pájaro atrevido,
 cuando sin acordarse
 de los tiernos cariños
 ni regalos de su ama,
 ni de sus beneficios,
 sin despedirse vuela
 por los aires muy listo,
 muy gozoso de verse
 dueño de su albedrío.
 Sobre un tejado forma
 proyectos, los más lindos.
 Cuenta vivir dichoso,
 lleno de regocijo,
 mas cuenta sin un gato,
 que le acecha escondido
 y con sus uñas crueles

dio fin a sus delirios.
Desconfiemos siempre
del gustoso atractivo
con que suele una falsa
libertad seducirnos.
La sujeción prudente,
lejos de hacer perjuicio,
al hombre le liberta
de riesgos infinitos.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

UN ASNO QUE PASTURABA UN HERMOSO PRADO encontró con un ciervo y mofándole con insolencia le dijo:

–Muchos te han puesto, pobre marido.

A lo que el ciervo, sin indignarse, respondió:

–Si no tuviera a menos ensangrentar mis armas en un animal tan estólido, yo te daría el castigo que mereces, pero te desprecio por quien eres, pues el olmo no puede dar peras.

Con lo que le dejó corrido y avergonzado. El cuento es breve. No sé si será compendioso.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de agosto de 1812), t. xvii, núm. 2512, p. 200. Véase Juan Nosip y Vargas, *El curioso entretenido. Entretenimiento VII* (Cádiz, Imp. Nueva de D. Luis de Luque y Leiva, 1780), p. 345.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

LA CIUDAD DE NISA, sitiada por Alexandro, resolvió enviarle embajadores para proponerle una composición honrosa. Habiendo llegado a su presencia, se admiraron de verlo armado enteramente, mas creció su sorpresa cuando, habiendo pedido a sus gentes un almohadón, presentándoselo al más anciano de ellos, llamado Acuphio, le dijo se sentase y propusiese su embajada. Acuphio, admirando tanta civilidad y humanidad, le preguntó “¿Qué quería hiciesen los de Nisa para procurarse su amistad?”

–Quiero –respondió Alexandro– que te elijan por su soberano y que me envíes, en rehenes de su fidelidad, cien hombres de los más honrados.

–Pero señor –replicó Acuphio, sonriéndose–, los gobernaré mejor si os mandan los más malvados, en vez de remitiros lo más honrados.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 20 de agosto de 1812), t. xvii, núm. 2513, p. 203. Se indica: “Mr. Dacier, t. 9. L.” Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. iii, p. 233. La L es inicial de Juan María Lacunza, traductor de Plutarco, partiendo de *Les vies des hommes illustres* de Dacier.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

HABIÉNDOSELE CONFIADO A POMPEYO la intendencia de los trigos, envió por todas partes sus lugartenientes y amigos. Y él mismo fue en persona a Sicilia, Cerdeña y África, donde acopió cantidad de él. En el instante que iba a embarcarse, se levantó un viento tan impetuoso que los pilotos dificultaban hacerse a la vela, mas Pompeyo, arrojándose el primero en su nave, mandó levar las anclas y gritó:

—Es necesario que yo parta y no lo es el que yo viva.²

La fortuna favoreció este atrevimiento y buena voluntad. Llegó felizmente a Roma, abasteció de trigo todos sus contornos y cubrió la mar de bajeles, de suerte que lo superfluo de esta abundancia se repartió por todas partes, bastó para abastecer todos los pueblos vecinos y fue como un arroyo que, manando de una fuente fecunda e inagotable, por todas partes lleva el socorro de sus aguas.

-
- 1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 22 de agosto de 1812), t. xvii, núm. 2515, p. 212. Se indica: "Mr. Dacier, t. 8. L." Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz de Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 18479, t. iii, p. 142. La L es inicial de Juan María Lacunza, traductor de Plutarco, partiendo de *Les vies des hommes illustres* de Dacier.
 - 2 He visto, desgraciadamente, críticas difíciles y delicadas que han querido condenar este buen dicho de Pompeyo y encontrar en él una fuente de contradicción, porque él no podía partir sin vivir. Pero a más de que las expresiones que dicta la pasión no deben examinarse con tanto rigor y precisión, es cierto que ésta está llena de fuerza y de sentido. Entre dos necesidades, la una de conservar nuestra vida y la otra de ocurrir a donde el deber o negocios de gravedad e indispensables nos llaman, es necesario no balancear y sacrificar el primero al otro, porque no es tan necesario vivir como hacer nuestro deber. Esta reflexión debe tener lugar en todas ocasiones en que seamos instados por la obligación o alguna cosa precisa y de honor, aun cuando sea acompañada con la consideración de estar amenazada nuestra vida de un grande peligro. T. F.

FÁBULA. EL LORO Y EL MONO. SONETO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

UN ERUDITO MONO, ¡GRAN PEDANTE!,
de los sabios del cuño de hoy en día,
con pomposas promesas divertía
a un loro pobretón, buen estudiante.
Entre otras ciencias, se aplicó bastante
el lorito a la dulce poesía,
quien cuando una obra publicar quería
auxilios le pidiera al petulante.
El mono apenas lo escuchó, orgulloso,
no sólo los dineros le ha negado,
sino le habló de vd., ceremonioso,
cuando antes tú por tú le había tratado.
¡Cuántos hombres miramos protectores,
como el mono del loro...! ¡Aduladores!

1 Anónimo, "Fábula. El loro y el mono. Soneto", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 30 de agosto de 1812), t. xvii, núm. 2523, p. 241. Se indica: "Batilo."

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

HABIENDO MUERTO REPENTINAMENTE Talio Máximo el último día de su consulado, César nombró cónsul a Caninio Rebilo para un sólo día. Y con ocasión de que todo el pueblo se apresuraba para ir a casa del nuevo cónsul, felicitarle y acompañarle por hacerle honor hasta el senado, según costumbre, Cicerón decía, chanceándose:

—Démonos prisa, no sea que este hombre salga de empleo antes que le hayamos hecho nuestro cumplimiento.²

-
- 1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 30 de agosto de 1812), t. xvii, núm. 2523, p. 244. Se indica: "Mr. Dacier, t. 9. L." La L es inicial de Juan María Lacunza, traductor de Plutarco, partiendo de *Les vies des hommes illustres* de Dacier. Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. iii, p. 298.
 - 2 Las invectivas de Cicerón sobre este asunto no quedaron aquí. Unas veces decía tenemos un cónsul bien vigilante, pues en todo el tiempo de su consulado no ha cerrado el ojo; otras, tenemos un cónsul de una extraña severidad y tan gran censor que bajo su consulado nadie ha comido, cenado, ni dormido; otras ocasiones, Caninio ha dado ocasión a que se pregunte ¿quiénes han sido sus compañeros cónsules cuando él lo ha sido? T. F.

LOS VIEJOS CASADOS

MANUEL MARTÍNEZ DE NAVARRETE¹

UNA VIEJA DE OCHENTA
y un viejo de cien años,
para aumentar el mundo,
sus bodas concertaron.
Como dos armazones
de fragmentos humanos,
se presentan aquellos
novios apolillados.
A las nupciales fiestas,
como era de contado,
vino el dios Himeneo
con su cirio en la mano.
Vino la madre Venus,
sus toallas preparando.
Y su hijo también vino
y sus arpones trajo.
Cercáronse del lecho,
cuando ya se acostaron,
aquellos esqueletos
en forma de casados.

1 Anónimo, "Los viejos casados", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 31 de agosto de 1812), t. xvii, núm. 2524, p. 245. Se indica: "R. c." En realidad, el texto pertenece a José Manuel Martínez de Navarrete. Véase "Los viejos casados", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui-Calle de Santo Domingo/Imp. de Juan Bautista Arizpe-Primera calle de la Monterilla, 1 de octubre de 1807), t. vii, núm. 732, pp. 121-122. Se indica: "J. m. n." *Entretenimientos poéticos* (México: Imp. de Valdés, 1823), t. ii, pp. 195-197.

Y al verlos tan endeble,
tan viejos, tan cascados,
unos a otros se miran
los dioses soberanos.
Apartáronse al punto,
Himeneo cabizbajo,
avergonzada Venus
y Cupido llorando.
El caso es fabuloso,
mas si verdad hablamos,
¿cuántos viejos y viejas
habremos retratado?

FÁBULA. EL ZORRILLO Y LA MONA

JUAN MARÍA LACUNZA¹

A UNA MONA VISITABA
un zorrillo marrullero,
petardista, lisonjero.
También de rico preciaba.
Nuestra mona, que se empleaba
en hacer dulces sabrosos,
bien cubiertos, olorosos,
al zorrillo proponía
le comprase una sandía
que había entre otros primorosos.
El zorrillo, que tunante
era y nada caballero,
ofreció muy buen dinero
por la sandía. E intrigante,
que le esperase, no obstante,
a la mona le pedía.
Entretanto, la sandía
—que a unos muchos los tentaron,
no por eso la compraron—
se pasaba y revenía.
Yo conozco algún zorrillo
a quien sienta el cuentecillo
y a las madres que entretienen.

1 Anónimo, "Fábula. El zorrillo y la mona", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 1 de septiembre de 1812), t. xvii, núm. 2524, p. 245. Se indica: "Batilo."

¿Y sus hijas...? Se revienen.
Convenir también podría
a autorcillos de hoy en día,
que mil libros nos ofrecen.
¿Pero escriben...? Ni parecen.

FÁBULA. EL PRESUMIDO DE LOS ZAPATOS

FELIPE DE LA VEGA¹

CIERTO JOVEN PRESUMIDO,
de hacienda más que mediana,
cada día, por la mañana,
mudaba nuevo vestido,
pero estaba persuadido
que su lujo degradaba
si el zapato se rozaba.
Y así, por tenerlos buenos,
cada dos horas, lo menos,
zapatos nuevos mudaba.
Mil damas miro
que, más que aquél zapatos,
mudan marido.

1 Anónimo, “Fábula. El presumido de los zapatos”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 4 de septiembre de 1812), t. xvii, núm. 2525, p. 249. Se indica: “Fileno.”

FÁBULA. LA MULA TROTONA

FELIPE DE LA VEGA¹

UNA MULA MUY TROTONA,
que pasaba mala vida
siempre al carretón uncida,
triste, cuarteada y flacona,
a otra mula regalona
preguntó ¿en qué consistía
que ella nada padecía?
Y la otra le respondió:
—Si fuera trotona, yo,
como tú, padecería.
¡Cuántas muchachas
que andan en malos pasos
tienen mil ansias!

1 Anónimo, “Fábula. La mula trotona”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 7 de septiembre de 1812), t. xvii, núm. 2531, p. 273. Se indica: “Fileno.”

FÁBULA

ANÓNIMO¹

UNA ARAÑA BRINCABA
del hambre que tenía
y aunque moscas veía
devorarlas rehusaba,
porque sus negras patas
se parecían a las de aquestas ratas.
Cuando ve un hormiguero,
aunque bien habitado
muy poco pertrechado
su arruinado granero,
y con déspota intento
allí planta su red de paso lento.
Con horrorosa saña,
picó a las hormiguitas
que vio mas chiquititas,
nuestra maldita araña.
Mejor hubiera estado
que en tantas moscas se hubiera saciado.

1 Anónimo, "Fábula", en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de septiembre de 1812), t. xvii, núm. 2535, p. 289. Se indica: "s. e. de b. c."

ANÉCDOTA

JEAN-PIERRE CLARIS DE FLORIAN¹

LA LIMOSNA ES UNO DE LOS PRINCIPALES PRECEPTOS de la religión de los mahometanos y está recomendada en muchas parábolas de su Alcorán. Y entre otras, vaya ésta, por ejemplo. El juez supremo, en el día último, ceñirá al cuello del que no haya dado limosna una espantosa serpiente, cuyo dardo estará continuamente picando la mano avara que no se abrió para socorrer a los pobres.

¹ Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 11 de septiembre de 1812), t. xvii, núm. 2536, p. 295. Véase Jean-Pierre Claris de Florian, *Gonzalve de Cordoue ou Grenade reconquise* (Paris: Imp. de Didot L’ainé, 1791), t. I, p. 254. *Gonzalo de Córdoba o la conquista de Granada*, trad. de Juan López de Peñalver (Madrid: Imp. Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1804), t. III, p. 318.

CUENTECILLO PASAJERO

AGUSTÍN ZOQUIPA¹

SR. DIARISTA, ESTA ES LA PRIMERA VEZ que meto mi cuchara en su cazuela de vd. –en su periódico, quise decir–, porque me tentó Barrabás al ver la porción de sopeadores que se han soltado sobre el gran plato de la libertad de imprenta. Pero como no tengo caudal propio de pensamientos útiles que dar a luz, hago uso de los ajenos, sin meterme a examinar su valor, pues, a más de que no lo entiendo, a otro toca este trabajo. Atienda vd. un rato, que le voy a referir un cuentecillo que ahora cosa de siete años oí a un poblano.

Cierto hombre pobre, de buena conducta y con mucha familia, pasaba las mayores angustias para sustentarla, porque, habiendo perdido inculpalemente el único recurso con que contaba, no le quedó otro que empeñar prendas. Y agotadas éstas, empezó a embestir a sus amigos y conocidos con préstamos. Pero no habiéndoles pagado en ninguno de los plazos que les puso, lo buscaban seguido, aunque sin fruto, porque no lo hallaban ni seguido ni de cuando en cuando.

Una noche en que la suerte le proporcionó en el juego un mediano socorro fue a su casa menos tarde de lo que solía. Y entregando a su mujer la mayor parte de la cantidad ganada, le dijo:

1 Anónimo, “Cuentecillo pasajero”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 26 de octubre de 1812), t. xvii, núm. 2582, pp. 493-496. Se indica: “D. Agustín Zoquipa (alias el Lic. Confite).”

—Hija mía, toma eso para que te mantengas un poco de tiempo, mientras salgo a mudar temperamento y buscar la vida en algún pueblo, con el ejercicio que Dios me depare, pues aquí, sobre no tener arbitrio, ya no puedo andar por las calles, ni de día ni de noche, sin peligro de tropezar con mis acreedores. Y así, amada esposa, si no ando por las azoteas, no sé cómo pueda salir a diligenciarte el sustento.

No hubo remedio. Nuestro perseguido madrugó más que el alba y sobre sus robustos pies, sin elección de camino, anduvo ocho leguas por el primero que se le presentó. En una ranchería, pasó la noche. Y siguiendo su viaje al amanecer, llegó a un pueblo a tiempo que estaban llamando a misa. Entró a la iglesia y quedó gustosamente sorprendido al ver que quien la decía era un su antiguo concoleja y amigo, cura entonces de aquel lugar.

Al mediodía, se encaminó a su casa y lo halló sentado a la mesa, dando principio a la más apetecida y saludable ocupación.

—¡Amigo! ¡Amigo! —exclamaron a un tiempo.

Y dándose un estrecho abrazo, se sentó nuestro peregrino y yantó asombrosamente en la amable compañía del buen cura, su amigo. Contó a éste sus trabajos y la causa de haberse separado de su familia. Se compadeció bastante. Y no teniendo en lo pronto mejor destino que darle, le confirió el de notario, que se hallaba vacante. Y para que entrase al ejercicio de sus funciones, como estaba la ropa del nuevo empleado algo trabajada, y por lo mismo poco decente, lo habilitó de capa, sombrero, chaqueta, calzones, medias, todo negro, como que eran piezas del uso del cura.

A poco tiempo, hubo allí unas fiestas públicas, en las que, como en todas las que se hacen en los pueblos, la primera y principal diversión era el juego de monte. El cura y el subdelegado, según la costumbre que rige en tales casos, por una moderada gratificación, que diariamente les daban los dueños de las partidas, tenían las dos mejores en sus respectivas casas. Nuestro notario, que sabía más que bien el busilis se ingenió de manera que, por un exacto balance que hizo de sus nuevos intereses, halló que le sobraban más de dos mil pesos, después de pagadas todas sus

deudas. Renunció el notariato, arregló sus cosas, dio muchas gracias al cura, le entregó el dinero con que se hallaba, reservándose solamente el muy preciso para su regreso, que verificó a caballo. Se despidió haciendo mil protestas de reconocimiento a su benefactor, recogió de éste una libranza de la cantidad que le entregó, emprendió el viaje a su casa lleno de consuelo y tuvo el imponderable de abrazar a su mujer e hijos.

Salió a otro día a cobrar la libranza y disponer luego luego el pago a sus acreedores. Y lo primero que encontró fue a un camarada que preguntándole ¿dónde había estado?, y sorprendido de verlo vestido de negro, le preguntó igualmente ¿que por quién traía luto?, le contestó:

—¡Hermano mío!, he estado en el pueblo tal, sirviendo de notario. Y traigo luto por la necesidad.

—¡Por la necesidad! —replicó el otro—. ¿Pues qué, ya se murió esa hija de puta?

Sin duda que la señora necesidad tenía aburrido al camarada de nuestro exnotario, ¿pero será él sólo el que viva quejoso de esta tirana? Si la necesidad no está sujeta a las leyes, ¿habrá quién con razón se escandalice de sus estragos? Ella es extremosa en sus efectos. Es verdad que a algunos hace útiles e industriosos, pero también lo es que a millares de hombres convierte en asesinos, ladrones, fulleros, perdidos, &c. ¡Maldita necesidad!, ¡quién pudiera hacerte desaparecer de la tierra! Tú tienes la culpa de que haya malos jueces, malos jefes, malos abogados, malos escribanos, malos alguaciles, malos patriotas, malos clérigos, malos hombres, malas mujeres, malos matrimonios, malos hijos y mala educación. ¿Es cierto esto, sr. diarista? ¿Pues cómo no se trabaja incesantemente en exterminar a esa necesidad, fuente de todos los males?, dije. Y también digo que soy atento, seguro, servidor de vd. Q. B. S. M., D. Agustín Zoquipa, alias el Lic. Confite.

FABULILLA

JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ DE NAVARRETE¹

UN MOSQUILLO IMPERTINENTE

picar a un zorro quería,
pero éste se defendía
y lo burlaba altamente.
Sin usar voz diferente,
se disfraza en el vestido.
El zorro lo ha conocido
y le dice con ultraje:
—¿Qué importa mudas de traje,
si no mudas de zumbido?

1 Anónimo, "Fabulilla", en *Diario de México* (México, Imp. de D. Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 27 de octubre de 1812), t. xvii, núm. 2583, p. 497. Se indica: "F. M. N." Véase "El mosquito", en *Entretenimientos poéticos* (México: Imp. de Valdés, 1823), t. ii, p. 188. *El repertorio americano* (Londres: Librería de Bossange, Barthés y Lowell, abril de 1827), t. iii, p. 28. *América poética. Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo* (Valparaíso: Imp. del Mercurio, 1846), pp. 608-609.

DIÁLOGO EN EL CAFÉ

ANÓNIMO¹

—¡QUÉ!, SI NO HAY ORDEN NI GOBIERNO —decía D. Silvestre Oropesa—, ni habrá jamás arreglo ni concierto, todo va a la *diabla*.

—¿Pues qué hay de nuevo? —le dice D. Justo Prudencio.

—¡Qué ha de haber! El gobierno me debe treinta y seis mil reales y dice que ahora no hay con qué pagarlos. ¿Qué le parece a vd., eh? ¡Así van las cosas! Amigo, esto va a dar un estallido.

—Pero hombre, es cierto que se debe pagar, pero no creo que se acabe el mundo porque retarden en dar treinta y seis mil reales a quien no va a perecer. Vd. que tiene tanto dinero...

—¿Y qué le hace que le tenga? Le he ganado honradamente.

—Lo creo.

—Y amigo, cada uno quiere lo suyo.

—Cierto.

—A ninguno le gusta desembolsar y no cobrar.

—Así es.

—Y aunque no lo necesite, yo no pido más que lo que es mío.

—Es justo.

—Pues bien, y si es justo ¿por qué...? Vamos, si no hay gobierno. ¡Todo está perdido!

—Eso es otra cosa, amigo mío: que porque a vd. se le deban treinta y seis mil reales diga vd. que todo está perdido y desacredite al gobierno, es insoportable. Semejante proposición sólo la diría un enemigo de la

1 Anónimo, "Diálogo en el café", en *Diario de México* (México, Imp. de D. Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 27 de octubre de 1812), t. xvii, núm. 2583, pp. 499-500. Se indica: "Tomado del *Conciso*." Véase "Diálogo en el café de...", en *El conciso* (Cádiz, Oficina de Don Nicolás Gómez de Requena, 17 de abril de 1811), núm. 17, pp. 3-4.

patria o un ignorante. El egoísmo nos hace perder fácilmente la razón y cada uno cree ver ya un nuevo diluvio en tocando a sus propios intereses. ¡Vd., que tiene cuarenta mil pesos, se atreve a hablar de esa manera!

—¿Y por qué no?

—Porque esos treinta y seis mil reales que vd. no cobra están sirviendo para que vd. conserve los otros trescientos noventa y ocho mil.

—Es que ya he dado a la patria mil reales.

—Pues es vd. un miserable. Más ha dado mi vecino, el Sr. Juan, el maestro zapatero, con dar treinta pesos. ¡Sr. Oropesa!, si hubiera muchos como vd., no se hubiera sostenido seis meses esta terrible lucha. Y más de cuatro que hablaban lo mismo que vd. ahora están bien desengañados y arrepentidos. Pregunte vd., si no, a los ricotes de... ¡Cuántos de ellos no conservan ni una pequeña parte de sus haberes, que querían tener íntegros, viendo perecer la nación! Sr. D. Silvestre Oropesa, ya que no nos mueve la situación de nuestra heroica y tierna madre *Patria*, escarmentemos a lo menos en cabeza ajena.

ANÉCDOTA INGLESA

ANÓNIMO¹

VISITANDO SU DIÓCESIS EL OBISPO DE N..., encontró a un pobre cura y le preguntó ¿a dónde iba?

—A Farnhan —respondió el cura.

—Pues en ese caso —prosiguió el obispo—, hágame vd. el gusto de entrar en tal posada y decir que me preparen una comida decente.

—¿Comerá v. s. i. solo?

—Sí, señor.

El buen eclesiástico era hombre hábil y de buen humor. Y creyendo que esta comisión excitaba su travesura, le dijo al posadero que dispusiese una mesa abundante para doce personas del clero, presididas del obispo.

No se admiró poco este prelado a su llegada cuando vio los preparativos, pero fue mayor su sorpresa cuando los examinó pormenor. Enfadóse en extremo y llamando al posadero le reprendió, diciendo:

—¿Cómo ha podido usted creer que una sola persona necesitase tal profusión?

—Señor, me habían dicho que vendrían lo menos doce personas, a saber, el obispo de...

—Ese soy yo.

—El deán de Salisburi.

—Yo lo soy efectivamente.

1 Anónimo, "Anécdota inglesa", en *Diario de México* (México, Imp. de D. Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 27 de octubre de 1812), t. xvii, núm. 2583, p. 500. Se indica: "Pirron." Véase D. J. A. F. X., *Nueva floresta española. Miscelánea instructiva, curiosa y agradable* (Barcelona: Imp. de M. Sauri y Compañía, 1829), pp. 24-25. Felipe Ropavejero, *Géneros de varias tiendas u otro novísimo cajón de sastre* (Barcelona: Imp. de Oliveres y Monmany, 1835), pp. 4-5. *La semana literaria o compañero de las damas* (La Habana, Imp. de M. Soler, 1847), t. I, pp. 25-26.

–El prebendado de Winchester.

–También lo soy.

–El vicario de...

–Soy el mismo.

–El director de...

–Yo lo soy también.

Aquí el prelado, que penetró la bufonada, le dijo:

–Traiga vd. la comida, que conozco a los demás convidados.

SANO INTELLECTUI, PAULUM SCIRE DECET. ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

ABOGABA EL ELOCUENTÍSIMO DEMÓSTENES en defensa de un hombre que estaban para condenar a muerte. Y al esforzar su oración con autorizados textos del *derecho*, que poseyó y maestreó, hizo reparo que los jueces se divertían hablando entre sí, y apartándose del principal asunto. Encadenó un cuento, conciliando la atención. Es el caso, señores, digno de reflexión. Y acaeció así.

Alquiló un aldeano a un pasajero un asno. Salieron a la jornada juntos, el dueño a pie y el otro en el jumento. Era en el estío y hora de mediodía. Fatigaba el sol. Bajóse aquél a pie, acogiendo a la sombra del jumento.

–Eso no –dijo el alquilador–, que yo el jumento alquilé, no la sombra.

He aquí armado el pleito entre las partes, y que van al tribunal con su querella.

Estaban divertidos y silenciosos los ministros, curiosos de saber la sentencia de tal pleito. Y el diestro orador, dando un golpe a la cátedra, exclamó enardecido:

1 Anónimo, “Sano intellectui, paulum scire decet. Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 10 de noviembre de 1812), t. xvii, núm. 2597, p. 558. Véase “Convence Demésthenes al senado”, en Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gaceta, 1764), pp. 213-214. Joseph Manuel Martín, *Tertulia de la aldea y miscelánea curiosa de sucesos notables, aventuras divertidas y chistes graciosos para entretenerse las noches del invierno y del verano* (Madrid: Imp. de D. Manuel Martín, 1782), t. I, pp. 211-212. E. Barriobero y Herrán, *Anecdotario forense. La sonrisa de Themis* (Madrid: Mundo Latino. Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1929), pp. 120-121.

—¡Oh, senado supremo, que el despreciable litigio de un asno os merezca atención y no la importancia de la vida de un hombre!

De que reconvenidos, o afrentados, enmendaron el yerro. Y Demóstenes consiguió libertar al que defendía.

LAS DOS ESCENAS

ANÓNIMO¹

—NO HAY REMEDIO; ES PRECISO TOME VM. este asunto a su cargo y que lo evacué a satisfacción.

—He dicho a VM. que no me atrevo a hacerlo; conozco la injusticia de la causa y yo no soy de aquellos jueces que con todo apechugan.

—Pero ya ve VM. que es asunto del Ecxmo. Sr. D...

—Lo sé, lo sé.

—Y que no puede uno menos de ser condescendiente con tales señores.

—Yo jamás lo seré con la injusticia.

—Estas son palabrotas. S. E. sabrá corresponder como quien es.

—No lo dudo.

—No dejará de mostrar agradecimiento.

—Esa clase de agradecimientos deshonran al que lo recibe no menos que al que lo da.

—Además, que ya sabe vd. el daño que puede hacerle.

—El hombre justo nada teme.

—Puede quitar a vd. el empleo.

—No me quitará la satisfacción de mi conciencia.

—Con que al fin vd. no quiere.

—No, sr.

—Cuidado que no le pese a vd. luego.

—Jamás me pesará el no haber obrado mal.

1 Anónimo, "Las dos escenas", en *Diario de México* (México, Imp. de D. Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 18 de noviembre de 1812), t. xvii, núm. 2605, p. 590. "Concluyen las dos escenas", en *Diario de México, político, económico, literario y mercantil* (México, Imp. de D. Mariano Ontiveros, 19 de noviembre de 1812), t. xvii, núm. 2606, p. 594. Se indica: "Concisos." Véase *El conciso* (Cádiz, Imp. de Don Manuel Ximénez Carreño, 20 de diciembre de 1811), núm. 20, pp. 2-4.

—¡Oh, Sr. D. Canuto, cuánto me alegro hallar a vd. en casa!

—¿Qué hay de nuevo?

—Un asunto que no es para echarse en saco roto. Su bondad de vd., su actividad, el talento que le acompaña y el arte que vd. tiene para sacar a las gentes de apuros, me traen con este negocio de su señoría el Sr. D. Telésforo Porfuerza.

—A ver, a ver...

—¿Qué tal? La cosa es un poco...

—Pues ahí está el caso. Y por eso, acudo yo a vd., porque sé el hombre que es vd.

—La verdad, Sr. Bullebulle, aquí para entre los dos, la justicia no está de parte del Sr. Porfuerza.

—¿Y qué... quiere vd. que su señoría quede mal? Acordémonos que es primo del hermano del tío de la cuñada del sobrino de un amigo íntimo del ministro... Y además muy querido de otros que pueden mucho.

—¡Ola!

—Y que la cosa en saliendo bien... Ya me entiende vd.

—¿Eso hay, eh?

—Y sobre todo, nunca es bueno ganarse enemigos.

—No hay duda en eso.

—Y con estos señores, es preciso siempre mucha tecla.

—Sí, sí es preciso hacer que siempre tengan razón.

—Eso digo yo.

—Pero crea vd. que el asunto es muy enredoso.

—Pues en eso, está el talento. Cuente vd. lo menos con un ascenso en su carrera.

—¿Pues qué tanto se interesa en esto?

—¡Toma, si se interesa! Va en ello el honor de su señoría. ¿Y si perdemos a estos otros dos infelices...?

—Si quedan perdidos, paciencia. Lo primero es lo primero: es preciso sacar el asunto adelante, sea como quiera; que quede bien su señoría; y a los de más allá se los haya.

—Pues bien, en buenas manos está el pandero. Vuelva vd. el lunes.

—Bien. Agur, Sr. D. Canuto.

—Agur, Sr. Bullebulle.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

UN CABALLERO INGLÉS, que aspiraba a ser nombrado diputado en el parlamento, entró con el semblante humilde en la tienda de un zapatero, quien le preguntó, con tono de enfadado, ¿qué buscaba?

—Que me haga vd. un pequeño servicio —contestó el caballero—. Sólo me falta un voto para mi elección. Así, suplico a vd. me dé el suyo.

—Muy bien. Si a eso aspira vd. —respondió el zapatero, presentándole un banco—. Tome vd. asiento. Conversaremos y veremos qué hombre es vd... Beberá vd. cerveza, ¿es verdad...? Aquí hay un jarro empuzado. Lo acabaremos en compañía. Vaya, tome vd. mi vaso. Beba vd. a mi salud. Yo beberé igualmente a la de vd.

—¿Cómo..., si no tiene? —respondió el caballero.

Al mismo tiempo, bebe haciendo algunos gestos.

—Vd. fumará, porque yo fumo —prosiguió el artesano.

—¿Y qué...? Como vd. quiera —repuso el candidato, devorando ya su rabia.

Con aire socarrón, encendió su pipa en la de su nuevo camarada. Y cate vd. a los dos en tren de politicar a su gusto. Por último, el protector, no contento con haber hecho pasar a su protegido por toda suerte de humillaciones, le despidió con dureza.

—Salga, salga vd., sobre la marcha, de mi casa y no cuente con mi sufragio. Me respeto muy demasiado para darlo a un hombre que se da a respetar tan poco y procura elevarse por tantas bajezas.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de D. Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 21 de noviembre de 1812), t. xvii, núm. 2608, pp. 601-602. Se indica: "*Diario de la Habana*. Véase "Anécdota inglesa", en D. J. D. L., *Rasgos históricos de magnanimidad, valor y nobleza* (Nueva York, Imp. de Don Juan de la Granja, 1835), pp. 91-92.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

PRESENTADO EN SU INFANCIA, Pico de la Mirandola adula a un duque ignorante y presumido. Admirado éste del prodigioso y adelantado entendimiento de aquél, dijo a los concurrentes:

–Los que tienen en la infancia raros talentos suelen carecer de ellos cuando son hombres.

A que respondió vivamente Pico:

–¡Grandes serían los de v. E. en la escuela!

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 19 de diciembre de 1812), t. I, núm. 1, p. 4. Véase Juan Pérez de Moya, *Varia historia de santas e ilustres mujeres en todo género de virtudes* (Madrid: Imp. de Francisco Sánchez, 1583), p. 308. Juan de Timoneda y Juan Aragonés, *El sobremesa – Cuentos y El libro de los enxemplos*, ed. de la Biblioteca La verdadera ciencia española (Barcelona: Dirección y Administración, 1885), p. 17. Antonio Paz y Meliá, *Sales españolas o agudezas de ingenio* (Madrid: Estudio Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1802), vol. 2, p. 43. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo XVI* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), pp. 338 y 276.

IDILIO. EL RETORNO

ANÓNIMO¹

SALVE, HABITACIÓN DE LA PAZ. Tranquila morada del sueño y de la inocencia, salve. Cuando ciego en la edad en que el rubio bozo empieza a brillar en la cara y la razón es esclava del brío te abandoné con ingratitude, corrí las cortes del mundo y sólo hallé vicios que no conocía y maldades que no imaginaba. Ya vuelvo a tu seno, hermoso campo. Montañas venturosas que arrojáis la abundancia y el placer en torno vuestro ya vuelvo a gozar del aire puro que respiráis. Vuestros profundos barrancos, donde brota por las aberturas de las peñas el colorado madroño y sobre cuyas laderas deja caer el castaño los dorados erizos, volverán a escuchar los tonos dulces de mi flauta y a repetir los himnos de mi voz. Acompañad mi canto. Arroyuelos que bajáis esmaltando la verdosa espalda de las colinas, acompañad mi canto. Yo pintaré vuestra graciosa belleza, ora cuajados en el diciembre relumbréis a lo largo del valle como festones de plata, ora sueltos y bulliciosos en el estío saltéis de guija en guija salpicando de menudo aljófara las flores de vuestras márgenes. Acompañadme también blandos y apacibles céfiros y yo cantaré vuestro vuelo juguetón y aliento embalsamado. ¿Qué cosa más halagüeña que recibir vuestro soplo suave cuando el ardor de mediodía enciende los campos? Vosotros llenáis el aire de olores deliciosos sacudiendo con vuestras alas las yerbas de aromas. Y si enredados en los bosques mecéis las ramas de los árboles y os columpiáis en los cogollos, el ininterrumpido susurro de las hojas que va corriendo hasta perderse

1 Anónimo, "Idilio. El retorno", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 20 de diciembre de 1812), t. I, núm. 1, pp. 6-8.

y el inquieto revolar de las leves hojillas que forman mil hermosos cambiantes a los rayos de luz embebecen los sentidos y estampan en el corazón la imagen de la tranquilidad y la dulzura. Ni calléis tampoco al escuchar mi acento,avecillas encantadoras. Delicado ruiseñor, festiva y armoniosa calandria, mirlo suave y caprichoso, acompañad mis himnos inocentes. Ved aquí que la naturaleza ha dicho *Feliz el que viva en mi seno y quiera disfrutar mis dones*. ¡Y han brotado de su seno todos los placeres y todos los encantos! ¡En mal hora quisiera yo abandonarte, campo amado! Yo me conocí el precio de tus atractivos hasta que me hallé en el semillero de las inquietudes y de las angustias. Guardad vuestra opulencia ciudades sumptuosas. ¿De qué sirve que vuestros palacios estén cuajados de plata y oro, si vuestros campos nadan en sangre y el hierro y el fuego del avariento conquistador tala a vuestra vista los bosques y mieses y os envía dentro el luto y la orfandad? ¡Necios hombres! ¡Viviérades humildes en medio de la naturaleza y no habría avaros que os envidiasen ni guerreros que derramaran vuestra sangre! Bendígate Dios pajiza choza mía. Tú encierras, para mi regalo, leche recién ordeñada, tortas que guardan aún el calor del fuego y frutas con las gotas del rocío, vino que alegra el corazón y blandos vellones donde siempre sueño venturas. Tu contorno me ofrece rosas y celindas que crecen entre el toronjil y mastranzo y mil arroyos purísimos me brindan sus frescas aguas para templar el calor estivo. No tienes perlas ni diamantes, pero el guerrero, inexorable desde lo alto de los montes por donde marcha a sorprender la opulenta corte, tenderá su vista sobre ti con desprecio y te dejará la paz y la felicidad que no conoce ni puede disfrutar el ambicioso, siendo tu pobreza un muro inexpugnable que defiende el mayor tesoro, al paso que los fortísimos baluartes vienen al suelo a costa de sangre y muertes, cebándose la avaricia del vencedor en baja escoria, que no bastaron a defender espesas murallas. ¡Oh, campo!, no haga el cielo que yo vuelva a abandonarte y pueda

expirar bajo el tranquilo sauce o empinado chopo, donde grabe alguna mano piadosa: *Seate blanda la tierra en que yaces*. Abdom.

Blanda te sea al derramarla encima. Rioja.²

2 Véase Andrés Fernanda de Andrada, *Epístola moral a Fabio y otros escritos*, ed., est. y notas de Dámaso Alonso, dispuesto para la imprenta por Carlos Clavería, con un estudio de Juan F. Alcina y Francisco Rico y bibliografía comentada por Ignacio García Aguilar y Xavier Tubau (Madrid: Real Academia Española, 2014), p. 5. Nota agregada.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

QUEJÁNDOSE A LEÓN X UN CARDENAL de que el célebre Miguel Ángel lo había retratado en una de las figuras de su Infierno, le respondió el Papa:

—Amigo, si os hubiese colocado en el Purgatorio podría hacer algo por vos, mas en el Infierno *nulla est redemptio*.²

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 22 de diciembre de 1812), t. I, núm. 3, p. 12. Véase “De summos pontífices”, en Melchor de Santa Cruz, *Floresta española de apotegmas o sentencias* (Bruselas: Casa de Huberto Anthonio Velpio, 1655), p. 2. *Miscelánea instructiva, curiosa y agradable* (Alcalá, Oficina de la Real Universidad, 1796), t. II, p. 383. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo XVI* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), p. 227.

2 “No hay redención”. Nota agregada.

ANÉCDOTA. LA MADRE GENEROSA

ANÓNIMO¹

TERESA, DAMA ILUSTRE DE FLORENCIA, habiendo perdido a su esposo, quedó con dos hijos que, por su edad, ya poseían una herencia considerable y se abandonaban sin freno a todos los excesos del libertinaje. En vano, recurría su madre para corregirles a la razón, a los ruegos y a las lágrimas. Entregados a las más peligrosas compañías, nada podía distraerles. El mayor permanecía en Florencia y el segundo, deseoso de ver el mundo, recorría la Italia. Afligida, esta madre lloraba una tarde, hallándose sola en su casa, los desórdenes de sus hijos, cuando oye, de repente, el estrépito con que se abre la puerta y ve a sus pies a un hombre desconocido, pálido, desaforado y temblando, y en sus manos una espada desnuda y ensangrentada.

—¡Ah, señora —exclama de rodillas—, tened piedad de un infeliz! Roma es mi patria y hace muy poco tiempo que me hallo en Florencia. Acabados ciertos asuntos de comercio, me retiraba a la posada para disponer mi viaje cuando, a lo lejos de aquí, al pasar un hombre que no conozco me atropella con el codo. Quéjome de su brutalidad y sólo me responde con amenazas y embistiéndome con la espada en la mano. Póngome en defensa, batallamos con vigor, pero una herida mortal derriba a mi adversario. Los cielos son testigos de que yo he cometido este delito contra toda mi voluntad. En medio del sobresalto y horror que me rodea, huyo sin saber a dónde podré esconderme. Favorézcame ud., permitiéndome que su casa

1 Anónimo, "Anécdota. La madre generosa", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 24 de diciembre de 1812), t. I, núm. 5, pp. 18-20. Véase *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* (Madrid, D. Antonio Espinosa, 6 de septiembre de 1790), núm. 249, pp. 14-17.

sea mi asilo hasta que me liberte la obscura noche y me facilite los medios de poderme escapar.

Al oír esto, a Teresa la sobrecoge el horror. Mil ideas funestas ocupan su imaginación, pero a pesar de todo vence la humanidad e introduce al joven en su gabinete, cuya puerta cierra.

Las sospechas de esta madre desgraciada eran sobradamente fundadas. Pasados algunos instantes, oye un nuevo ruido y se acerca temblando hasta la puerta de su cuarto... ¡Pero qué espectáculo...! Unos hombres le traían a su hijo moribundo, despidiendo borbotones de sangre de una herida que había recibido en el pecho. Arroja Teresa un grito de aquellos que indican la mayor pena y dolor. Y su hijo entre sollozos...

—Ved madre —le dice— en mí un ejemplo del justo castigo del cielo. ¡Sirva a lo menos mi muerte de lección a mi imprudente hermano! Si está preso mi contrario, ¡oh, madre!, defendedle, que es inocente, pues yo fui el agresor.

Estos fueron los últimos ecos de su voz.

Enajenada la madre del dolor, cae sobre el cadáver ensangrentado. Créenla todos difunta, pero a fuerza de socorros recobra el uso de sus sentidos. Aquí fue el mayor exceso de su dolor...

—¡Mi hijo!, quiero verle —exclama—, quiero abrazarle segunda vez. Traiganme a mi hijo. En dónde, ¿en dónde está...? A estos tristes clamores, sucede un horroroso silencio y en sus mejillas se ven correr las lágrimas del dolor.

Fácil es representarse la desesperación y la inquietud del extranjero, que, desde el gabinete en que estaba encerrado, oía todo el ruido y el horror de esta escena terrible. Si, por una parte, la pena de haber causado la desgracia de una madre tan respetable le hacía desear haber sido la víctima de la espada de su hijo, por otra, el temor de ser descubierto doblaba sus sobresaltos.

En esta mortal inquietud, pasó una gran parte de la noche, pero al fin todo se calmó. La misma Teresa, volviendo en sí del profundo abati-

miento en que la había sumergido esta horrible catástrofe, fue a buscar en su gabinete al asesino de su hijo.

—El cielo —la dice el infeliz encerrado, arrojándose a sus pies—, el cielo es testigo de que yo daría toda mi sangre...

—Levántese ud. —responde Teresa—. Por ud. soy yo la madre más desgraciada, pero conozco vuestra inocencia. Mi hijo me ha recomendado vuestra defensa y yo cumpliré la promesa que le he hecho. Una silla de posta, que hallará ud. a la puerta con uno de mis criados, os conducirá a las fronteras. En esta bolsa, se halla el dinero necesario. Marchad y el cielo os dé la paz que me habéis privado.

El excesivo dolor y la generosidad de esta adorable madre enternecieron hasta las lágrimas al joven romano...

—No —exclamaba—, jamás me perdonaré a mí mismo el haber sido causa de su desgracia...

Dirigió mil plegarias y promesas al cielo, bañó con su llanto las manos de su bienhechora y partió con la firme resolución de no omitir medio alguno de probarla su pesar y su reconocimiento, lo que le proporcionó, muy en breve, una feliz casualidad.

Saliendo de Viterbo, vio a un hombre que, atacado por dos malvados, evitaba todos sus golpes con la defensa más vigorosa. Pero ya le faltaba resistencia cuando nuestro viajante se arroja de su coche, corre con rapidez a su socorro y precisa a los cobardes agresores a que se escapen precipitados. Halla herido al infeliz. Le conduce a Viterbo. Y como sus heridas eran leves, fue muy pronta su curación.

Estando para separarse los dos extranjeros, y habiéndose prometido una eterna amistad, sabe el joven romano que ha salvado la vida del segundo hijo de Teresa. En una palabra, este era el hermano de aquel a quien por desgracia había muerto en Florencia.

—¡Ah! —le dice, abrazándole—, ¡cuántas gracias doy al cielo! Ya he podido, en parte, reconocer el buen oficio que me hizo vuestra respetable madre. Siempre estará grabado en mi corazón. Id a verla con prontitud. Vuestra presencia la es muy necesaria, porque día y noche suspira por

vos. Decidle que el romano a quien salvó la vida ha tenido la felicidad de defender la vuestra y que siempre estará pronto para sacrificarse por ella y por su hijo.

Apenas había vuelto a su patria, cuando supo el florentino, de su madre, todo lo que había acaecido en su ausencia. ¡Cuán cruel le pareció deber la vida a un asesino de su hermano! Entre el sobresalto y la confusión de sus ideas, no sabía qué partido escoger. Pero sin embargo, cuando estuvo convencido de la inocencia de su generoso defensor, se desvanecieron todos los proyectos de venganza y ocuparon su lugar sentimientos más humanos. Vertió por la muerte de su hermano lágrimas, pero al mismo tiempo solicitó y obtuvo la gracia del joven romano.

Los dos ejemplos terribles que tenía a la vista hicieron en su ánimo la más viva impresión. Conoció, al fin, a qué peligros exponen los errores de una imprudente juventud. Avergonzado de sus desarreglos, corrigió sus costumbres, fue prudente, vivió feliz y tranquilo. Correspondió a la ternura de una madre que le adoraba. En una palabra, fue el consuelo de su vejez.

DE LA ALEGORÍA

ANÓNIMO¹

UNO DE LOS MÁS DECOROSOS RECURSOS del estilo, cuando un hombre se ve en la necesidad de hablar o escribir de un vicio chocante, o de un personaje que haya tenido alguna debilidad, es la alegoría. Ciertamente es que para ella se necesita mucha imaginación y muy buen sentido. Los orientales, cuyas costumbres ostentosas los han acostumbrado a hablar con cierta altisonancia propia de ellas, y el uso del Alcorán enseñándolos a explicarse con misterio, son muy felices en las alegorías, hasta en los lances más imprevistos y complicados. Véase para muestra el siguiente litigio, &c.

Un sultán vio desde su terrado a una mujer muy hermosa, y tanto que se enamoró de ella. Quiriendo éste manifestarle por sí mismo cuán prendado había quedado de su hermosura, encargó a su marido Feirouz que

1 Anónimo, “De la alegoría”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de diciembre de 1812), t. I, núm. 6, pp. 21-23. Véase “Anécdota oriental de un pleito que fue defendido por una y otra parte y sentenciado bajo el velo de la alegoría. Melanges de literatura oriental. Tomo I, folio 8”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 3 de enero de 1809), t. X, núm. 1191, pp. 11-12. Denis Dominique Carddome: *Mélanges de littérature orientale, traduits de différens manuscrits turcs, arabes et persans de la Bibliothèque du Roi* (Paris: Hérisant les fils, 1770), vol. 1, pp. 8-16. *Encyclopedia metódica. Diccionario de gramática y literatura* (Madrid: Imp. Antonio de Sancha, 1788), t. I, p. 237. “Alegoría”, en *Almacén pintoresco o El Instructor* (Cádiz, Imp. de la viuda e hijo de Bosch, 1 de agosto de 1834), núm. 3, pp. 69-70. “Enxenplo de la mujer en cómo apartó al ynfante en el palacio e cómo, por lo que ella le dixo, oluidó lo que le castigara su maestro”, en *Versiones castellanas del Sendebâr*, ed. y pról. de Ángel González Palencia (Madrid/Granada: Imp. de la Viuda de E. Maestre, 1946), pp. 5-18. “Cuento 1: Leo”, en *Sendebâr o Libro de los engaños*. Ed. digital de Rafael Herrera Guillén para la Biblioteca Saavedra Fajardo, pp. 14-16. “La huella del león”, en *Cuentos de la edad media*, ed. de José Antonio Pinel Martínez (Madrid: Castalia, 1999), pp. 39-41. “Rasgo histórico”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 21 de julio de 1787), t. I, núm. 79, pp. 337-338.

fuese prontamente a poner en ejecución una orden que le dio. Luego que marchó, halló modo el sultán de penetrar secretamente, por medio de un eunuco, hasta el cuarto de la hermosa Chemsennissa, nombre que significa *Sol de mujeres*. Viendo la señora entrar al sultán, y adivinando sus intenciones, le dijo:

—El león creería envilecerse si comiera las sobras del lobo y el rey de los animales se desdénia saciar su sed en el arroyo que ensucia el perro con su impura lengua. Primera alegoría.

Comprendió el sultán que no tenía que esperar cosa alguna de ella. Y así se retiró confuso. Y en su turbación, dejó olvidada una de sus chinelas.

Como Feirouz había salido de su casa con tanta precipitación, se le olvidó la orden que le había entregado por escrito el sultán. Volvió a tomarla y entró en su casa un instante después de haber salido el príncipe, cuya chinela conoció, con lo cual sus celos vinieron a ser en extremo grandes, pero los disimuló por temor del sultán y resolvió repudiar a Chemsennissa. En efecto, la obligó, bajo un loable pretexto, a que fuese a pasar unos días en casa de su padre. Y la dio cien piezas de oro. Ella obedeció gustosa, pero viendo que se habían pasado muchos días, sin haber parecido Feirouz, maravillada de esto, dio parte a sus hermanos del cuidado en que estaba. Fueron a estar con el visir para preguntarle el motivo de no haber parecido, ni visto a su mujer, pero él, sin darse por entendido en cosa alguna, respondió que habiendo pagado a Chemsennissa la dote en que se habían convenido cuando la tomó por mujer no tenía que pedirle otra cosa. Mas ellos pusieron la demanda en tela de justicia.

Era uso y costumbre que asistiese el sultán a todas las causas y sentencias, para contener con su presencia a los cadis. Los hermanos de Chemsennissa hablaron de esta manera.

—Señor, nosotros teníamos arrendado a Feirouz un jardín tan agradable y delicioso que aquel sitio era un paraíso terrenal. Nosotros se lo entregamos cercado de muy altas paredes y plantado de hermosísimos árboles, adornados de flores y cargados de frutos. Ahora pretende volvernos

este jardín despojado de todo lo que le hacía tan deleitable y ameno cuando nosotros le introdujimos en él. Segunda alegoría.

Habiendo ordenado el cadi que Feirouz expusiese pormenor sus razones, dijo éste.

—Con bastante sentimiento, y aun contra mi voluntad, renuncié al goce de un sitio que tanto amaba, pero paseándome un día por una calle de árboles de ese jardín percibí la huella de un león. Apoderóse el terror de mi corazón y estimé por mejor ceder el jardín a este animal terrible que exponerme a su furor. Tercera alegoría.

El sultán, que entendió muy bien la expresión del enigma, se adelantó al cadi y dijo a Feirouz:

—Entra en tu jardín. Feirouz, no tienes que temer nada. Es verdad que el león puso allí el pie, pero no pudo tocar ningún fruto y se salió lleno de vergüenza y confusión. Es cierto que no hubo jamás jardín más hermoso, pero también lo es que no hubo ninguno más bien guardado, ni que esté más al abrigo de las inclemencias del tiempo. Cuarta alegoría.

Volvió Feirouz a tomar a su Chemsennissa, a la cual amó más tiernamente después que supo la difícil prueba a que había estado expuesta su virtud, sin rendirse.

ANÉCDOTA CURIOSA ENTRE FEDERICO II, REY DE PRUSIA, Y UNO DE SUS SOLDADOS

ANÓNIMO¹

EN UNA DE LAS VISITAS QUE EL REY DE PRUSIA hizo de incógnito a sus soldados, sucedió que una tarde encontró a uno que parecía había bebido algo más de lo regular. Llegóse a él con bastante familiaridad, le preguntó en tono de conversación cómo, con tan corta paga, se hallaba en disposición de tener francachelas tan copiosas.

—Créame ud., camarada —añadió—, yo tengo la misma paga que ud. y con todo esto nada puedo ahorrar para la taberna. Y dígame ud., ¿cómo lo hace?

—Me parece que ud. es un gran demonio —respondió el soldado, apretándole la mano—. ¿Y por qué se lo tengo que ocultar? Hoy, por ejemplo, he hecho una expresión a un antiguo camarada. ¿No sería muy duro que, de cuando en cuando, no pudiera un hombre echar cuatro brindis en compañía de un amigo? Como la paga nunca lo permite, he recurrido hoy a mi antiguo expediente.

—¿Qué expediente? —preguntó el rey.

—Bueno... —respondió el soldado—. Empeño algunos de mis efectos, de que sé no necesitaré en algunos días, y después, con un poco de abstinencia, se adquiere con qué recobrarlos. Esta mañana recurrí a la

1 Anónimo, "Anécdota curiosa entre Federico II, rey de Prusia, y uno de sus soldados", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 28 de diciembre de 1812), t. I, núm. 10, pp. 38-39. Véase "Anécdota curiosa entre Federico II, rey de Prusia, ya difunto, y uno de sus soldados", en *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 26 de julio de 1787), núm. 11, pp. 79-80. "Federico II y uno de sus soldados", en *Semanario pintoresco español* (Madrid, Oficinas y estudio tipográfico del *Semanario pintoresco español* y *La Ilustración*, 17 de agosto de 1851), núm. 33, p. 264.

hoja de mi sable. Yo sé que no tendremos revista antes de una semana, por lo que no la necesitaré.

Federico le tomó bien las señas y después le dio gracias y se despidió de él. El día siguiente dio orden a sus tropas, sin que nadie lo pensase, para que se juntasen. Pasó dicho monarca revista y encontró a su camarada de la tarde anterior e hízole salir de las filas con el soldado que estaba a su derecha. Mandóles se despojasen.

—Ahora —dijo al que quería sorprender—, saca tu sable y corta la cabeza a este miserable.

Quiérese excusar. Suplica al rey no le mande gemir toda su vida por haber muerto a un hombre de bien, con quien sirve hace quince años, pero el rey queda inflexible.

—Pues bien, señor —dijo el soldado—, supuesto que nada mueve a VM. quiero rogar a Dios haga un milagro por mí, convirtiendo mi sable en un pedazo de madera.

Pronunció estas palabras con la más afectada devoción y fingió la mayor sorpresa cuando, habiendo sacado su sable, vio sus deseos cumplidos. El monarca admiró su destreza y no contento con sólo perdonarle le dio una recompensa.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

CUANDO COMENZÓ A ECLIPSARSE el poder del caballero Walpole, los obispos fueron los que, entre todos sus amigos, le abandonaron primero. Teniendo que proponer dicho ministro a la Cámara de los Lores un punto de administración, cuyo suceso pendía principalmente del voto de los prelados, se estrechó con el arzobispo de Yorck, su antiguo y celoso partidario, para que pusiese toda su acción e influencia para con dichos prelados, a fin de que votaran a su favor. El arzobispo pensó un breve rato y le dijo:

—Amigo, no hay más que un modo de conseguir lo que ud. desea. Yo prometo ponerlo en práctica. Nada inquiete a ud. sobre el particular y cuente con sus votos como si ya se los hubiesen dado.

Retiróse el ministro lleno de gozo. Y el arzobispo, habiéndose puesto en cama, mandó atar el picaporte de su casa y que se tendiese paja cerca de las paredes de su posada, habiendo rogado a su médico que hiciese comprender a las gentes que su vida se hallaba en el mayor peligro. No tardó mucho en divulgarse la noticia de su pretendida muerte y todos los prelados, animados del deseo de sucederle, fueron cortejando nuevamente el favor de dicho ministro, cuyo proyecto pasó sin dificultad alguna en la cámara según lo había provisto el buen arzobispo, quien se levantó de su indisposición fingida inmediatamente que supo el éxito de su estratagema y fue a reírse con Walpole a expensas de sus ambiciosos hermanos.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 31 de diciembre de 1812), t. I, núm. 12, p. 47. Véase *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 13 de agosto de 1787), núm. 19, pp. 141-142.

INVOCACIÓN AL SER SUPREMO EN EL DÍA PRIMERO DE ESTE AÑO

ANÓNIMO¹

¡SALVE, SUPREMO JEHOVÁ! ¡Magnífico Rey del Universo, salve! Una palabra de tu boca produjo la inmensa creación y otra palabra será bastante a destruirla. ¿Se atreverá la voz de un átomo al que llena con su espíritu los espacios infinitos y rige los orbes a su arbitrio? Pero tú dijiste en mi mente no hay término y cuanto existe está delante de mis ojos. ¡Oh, Dios! Mis ecos no se perderán en el vacío de las esferas, como los del cabritillo extraviado en el desierto, porque tú eres Padre universal y el amor se produjo en tu seno. Si eres terrible cuando vagas en el estrépito del trueno y confundes al pertinaz con el rayo abrasador, en el iris de mil colores apareces amable como la paz y envuelto en el favonio vivificante derramas la dulzura de tu ser en el humilde que te adora. ¡Salve una y mil veces, potente Señor de lo criado! ¡Salve sin fin! Al mirar hoy a tu pueblo, que gime en tu justa venganza y a quien ha turbado tu cólera, desarma tu furor y no esté estampado en tu rostro celestial el ceño tremendo que puede aniquilar al mundo. ¿Por qué quisiste abandonarnos a nuestro consejo...? Mas, ¡ay!, que el necio huyó de ti y tus bondades lo ensoberbecieron y osó desconocer su nada. Entonces corraste los aires sobre nubes de fuego y te precedieron, rugiendo, los aquilones, como anuncios de tu ira. Mandaste al infierno que abortara monstruos, enemigos del hombre, y la tierra se cubrió de luto y los males llovieron sobre ella. Un ángel de muerte sacudió su flamante espada volando por sobre el suelo y al apartar de él tu vista omnipotente se obs-

1 Anónimo, "Invocación al Ser Supremo en el día primero de este año", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de enero de 1813), t. I, núm. 13, pp. 49-51.

curecieron los astros del firmamento; el mar bramó, descubriendo las arenas de su centro; y los hombres fueron entregados a la confusión de sus pasiones. ¡Ay!, ya se ha renovado veinticuatro veces sobre nuestras cabezas el astro de la noche desde que tú, oh Padre, pronunciaste la palabra tremenda que señaló el fin de tu sufrimiento. ¿Hasta cuándo no harás la reconciliación con tu pueblo? Ve, Señor, que la muerte ha desolado sus tribus, el fuego ha quemado sus campos y el furor de la concupiscencia se ha entrado en el alma de los hombres. Dirige ya tu sople benéfico sobre nosotros y se apagará la llama infernal que nos devora, porque así como el año se renueva en un día consagrado a ti como hombre salvador se remueve la vida de los que te acatan velado entre los Tronos y Querubines. Y si será, oh fuente de misericordia, que tú eres fuerte y justiciero, ¿pero te negaste al llanto del afligido? He que tus augustos sacrificadores unen su frente al polvo del suelo dentro del templo sacrosanto y sus bóvedas retumban con el coro lamentable de un pueblo humillado. El turíbulo quema los aromas de la tierra ante el ara divina donde bajas con toda tu gloria y el pontífice sagrado te muestra a la grey compungida como la infalible señal de la piedad y del perdón. Oye, oh Padre, los votos de tus hijos, recibe sus lágrimas amargas y derrama sobre ellos una mirada de amor, que hará estremecer los abismos y alegrará los cielos y la tierra. ¡Pueblos del mundo!, alabad al Dios de Sabhót, con quien la esperanza no es vana y cuya misericordia es inagotable. Sobre alígeros Serafines, desciende ya a la tierra. No lo precede la tempestad, ni los huracanes le rodean para servir a su cólera. Nubes de gloria y esplendor forman su trono y el sol es la alfombra de sus pies, no tan luciente como el rostro del Eterno. Recibió la aflicción del hombre y va a poner término a su castigo. No brilla en la diestra el rayo vengador, ni su boca despidе anatema justiciero. La paz risueña y celestial viene asentada en su frente y respira el sople de la vida... ¡Mortales!, la virtud sólo nos pide, la virtud que es recompensa de sí misma. Oh gentes por quien se irritó el Señor de los Cielos, bendigámosle en su templanza y no burlemos su alta piedad. La discordia bajará precipitada hasta el profundo

como sierra que se derrumbara desde las nubes y la caridad vendrá entre nosotros y nos cubrirá con su resplandor. Porque el más poderoso que los reyes y más grande que el universo quiere mostrarnos su inefable piedad en tan sagrado día, si aprovechamos su misericordia. Y se han abierto los cielos y está delante de nosotros con la majestuosa risa de su beneficencia... ¡Salve, oh Ser de los seres! ¡Quién te osará! ¡Tú, que secas el mar y en su seno sepultas los ejércitos...! ¡Salve! Y satisface en este día misterioso la confianza de tu pueblo.

ANÉCDOTA CHINA

ANÓNIMO¹

OBSERVÓSE EN PEKÍN, por los años de 1784, que buscaban los ancianos a fin de que fuesen objeto de la beneficencia del Príncipe y Emperador Kim Long, que lo era también.

La orden que los grandes y mandarines habían recibido del Emperador se reducía a que verificasen el número de sus vasallos a quienes el cielo –estas son sus expresiones– había concedido más larga vida que la que regularmente tiene el hombre, en cuya consecuencia, según los estados que remitieron a s. m., se hallaron con familias cuyos jefes acariciaban su generación, siendo cuatro de ellos más que centenarios. El Emperador envió magníficos regalos a cada uno de ellos y compuso versos en honor de los cuatro centenarios; les escribió de su puño; alojólos con pompa y magnificencia; y les prometió que delante de su puerta había de levantar una pirámide para transmitir sus nombres a la posteridad. Finalmente, para celebrar el año 50 de su reinado con una fiesta digna del cuidado particular que sin cesar le ocupaba en favor de los ancianos, quiso juntar tres mil en su palacio, darles un festín, cuyos honores hiciese él mismo, los grandes de su corte y toda su familia. A pesar de las razones de estado que excluían de esta fiesta a los misioneros europeos, mandó que los que no estuviesen distantes de su persona y que tuviesen 60 o más años de edad fuesen igualmente admitidos al convite. Halláronse cinco, a saber, Mr. Amiot y Mr. Bourgeois, franceses, Mr. Spinhta, portugués y presidente

1 Anónimo, “Anécdota china”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 2 de enero de 1813), t. I, núm. 14, pp. 53-56. Se indica: “Kim Long.” Véase *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 10 de septiembre de 1787), núm. 31, pp. 237-241.

del tribunal de Astronomía, el P. José, carmelita, antiguo gran vicario de Knanchin, y el P. Eusebio, de la orden de San Francisco.

El día señalado para la ceremonia fue el 14 de febrero de 1785. A cada uno de los ancianos se le remitió una esquila, que contenía su nombre, su ciudad, su estado y el lugar y estandarte bajo del cual debía colocarse en el primer patio del palacio imperial. Efectivamente, todos concurrieron a las dos de la mañana. Y habiéndoseles llamado a todos por su nombre, fueron introducidos en un patio que estaba delante del cuarto del Emperador. A la hora del convite, es decir, a las nueve de la mañana, se presentó el Emperador, para colocarse bajo el pórtico. Y de ese modo, se halló a la cabeza de sus convidados, formando dos líneas paralelas a los lados de la galería, con esta diferencia: que colocado su trono sobre una eminencia de dos pies de elevación tenía la satisfacción de ver a todos sus convidados y de que, igualmente, le viesen sus hijos, nietos y bisnietos, que se hallaban en estado de poder asistir a la ceremonia; le acompañaron, siendo los que le servían príncipes de sangre y grandes y mandarines los que asistían a los ancianos. Inmediatamente que se sentó, mandó a todos que tomasen asiento. Y lo ejecutaron sobre tapices que se habían tendido en el suelo poco antes de su llegada. Comenzó la música y se cubrieron las mesas con tantos platos como podían contener. El plato de honor era un cuarto de carnero de Tartaria, coronado de varias especies de viandas. Y siempre que se daba de beber al Emperador, los mandarines lo ejecutaban con los ancianos, a fin de que tuviesen la satisfacción de beber al mismo tiempo que s. m. Adviértese que la comida del Emperador no fue distinta de la de los ancianos.

Todo el tiempo que duró el festín, los hijos, nietos y bisnietos del Emperador fueron recorriendo las mesas, para ver si faltaba algo, habiéndose notado que el mayor de los príncipes desempeñó con singular afecto este empleo, pues hizo el honor a los señores Amiot y Bourgeois de pararse delante de su mesa y de animarlos a que comiesen y bebiesen.

Inmediatamente que acabó de comer el Emperador, se oyó un sonido de tambor y dejó de tocar la música. Los mandarines quitaron los bra-

serillos y platos de cada mesa, diciendo a los convidados que s. m. quería que cada uno se llevase consigo la copa en que había bebido; que deseaba pudiesen todos servirse de ella largo tiempo; y que les acordase todo lo que acababa de suceder. Al segundo golpe de tambor, cada uno se colocó en su asiento, con la cara vuelta hacia el Emperador. Y al tercero, se presentaron doce comediantes, con una máscara por delante y otras a las espaldas, siendo los vestidos de la misma forma, de manera que nunca parecía que volvían las espaldas al Emperador ni a la asamblea. La una de las mascarillas representaba el rostro de un anciano y la otra el de un joven. Después de haber saludado al Emperador y a toda la asamblea, comenzaron a representar. Su declamación, su canto, sus gestos y sus evoluciones hicieron creer a Mr. Amiot que ejecutaron una especie de baile que representaba las diferentes edades de la vida y la revolución de los años. Habiéndose retirado los cómicos, tomaron sus asientos los músicos y cantaron un himno en honor de Tien, para darle gracias del beneficio de aquel día.

Después de este canto, volvió el Emperador a entrar en su cuarto y los convidados desfilaron en un patio inmediato, en donde les dijeron que aguardasen hasta tanto que se les llamase para recibir los regalos que s. m. les destinaba. Para precaver el robo de parte de los eunucos y de los oficiales inferiores, se escribió sobre un papel amarillo y sellado el nombre de cada uno de los gratificados y la lista de lo que habían de recibir. Tres días necesitaron para hacer esta distribución. Y los regalos consistieron en pequeñas bolsas bordadas de oro y plata, varias piezas de seda, en un *jouhy* –centro emblemático de una madera odorífera y de una escultura adornada de pequeñas figuras de piedra preciosa–, en un bastón de cedro, con el puño de un dragón, muy parecido a un báculo episcopal, y, finalmente, en la señal distintiva del orden imperial de la edad avanzada, que es de plata dorada, del peso de una onza, siendo su lazo un cordón de seda amarilla, con su nudo. A estos regalos, añadió el Emperador el don de una pieza en verso, que él mismo había compuesto

en memoria de la augusta ceremonia del festín de los ancianos, a la que acababa de presidir.

Traducida al castellano, este es su sentido.

A los verdaderos ancianos, convidados al festín solemne para alegrarse conmigo, en memoria de lo que en otro tiempo hizo mi augusto abuelo en semejante ocasión.

Los beneficios del cielo son tantos que me sería imposible numerarlos. Y el que hoy disfruto, al ver reunidos en un mismo lugar tantos ancianos, es para mí el mayor. Mis ideas por sí mismas me conducen a los tiempos pasados y acuerdan aquella edad feliz en que mis cabellos, único ornamento de mi cabeza, me cubrían las sienes. Todo era entonces sin consecuencia, cuando me aproveché del privilegio inestimable de sentarme a los pies de mi augusto abuelo, que ocupaba su trono. Todo lo veía, todo lo oía. Y de todo lo que sucedía a mis rededores fui testigo. ¡Ah!, ¡cuántos años han pasado desde entonces!

De todos los espectáculos que llenaron mi vista en aquella edad en que todo me hacía la más viva impresión, ninguno fue más delicioso para mí que la fiesta, para siempre memorable, que acuerdo en este día. Sí, es indecible el placer y contento con que renuevo su preciosa memoria. Un sentimiento de respeto y de ternura se apoderó de mi corazón cuando vi que los príncipes y grandes entraban en la gran sala del festín, que tomaban los asientos al lado de sus amos, que les servían y que, a su ejemplo, se hacía lo mismo con los demás ancianos. Los manjares del príncipe fueron los de los patriarcas, a quienes se sirvieron en un mismo tiempo y con igual esplendidez. Cada uno comía y bebía sin ceremonia. Los convidados eran iguales en todo y formaban una asamblea de amigos que, juntamente, se alegraban por un motivo de placer y de contento. En sus mejillas, brillaba la fresca rosa y de sus ojos partían las centellas de la alegre juventud.

He aquí que, por un favor especial del cielo, disfruto ahora del mismo espectáculo, sin que pueda mi corazón expresar la grata sensación que le deleita. Nuestros descendientes, sin duda, se penetrarán de los más tiernos sentimientos de veneración cuando lean en la historia que dos emperadores de mi augusta familia, el abuelo y el nieto, celebraron el uno el 60 y el otro el 50 años de sus respectivos reinados, alegrándose en un convite con la nación entera, representada por lo mejor y más respectable, que, sin duda, son los ancianos. *Kim Long*.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

EL FAMOSO AUTOR DE LAS *NOCHES* era eclesiástico y buen tocador de flauta. Hallábase un día embarcado en un falucho con algunas señoras que acompañaba a Wauxhall. Y se puso a tocar dichos instrumentos. Pero habiéndole seguido una lancha, en que se hallaban algunos oficiales jóvenes, desarmó la flauta y se la puso en la faltriquera.

—¿Por qué deja usted de tocar? —le dijo uno de ellos.

—Por la misma razón —respondió Young— que había comenzado.

—¿Pero cuál es esta razón?

—Porque me dio la gana.

—Ea, arme ud. su flauta y siga ud. tocando. Y si no, le arrojo en el Támesis.

Viendo el Dr. que la querella intimidaba a las mujeres con quienes se hallaba, cedió a las circunstancias y tocó perfectamente y de muy buena gana durante la travesía. Apenas hubo llegado al Wauxhall, que no perdió de vista al agresor; y habiéndole hallado a la tarde, paseando solo en el valle, se fue a él y le dijo con mucha seriedad y firmeza:

—Amigo, por no intimidar a la compañía de ud. y a la mía cedí a su impertinencia, pero para que ud. sepa que debajo de un uniforme negro puede hallarse también el valor de los militares, suplico a ud. vaya mañana por la mañana a Hyde Park, a las diez. No necesitamos de tercero. Entre nosotros está la disputa y es inútil que la presencié otros. Allí, si ud. gusta, tiraremos de las espadas.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 6 de enero de 1813), t. I, núm. 18, pp. 70-71. *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 21 de enero de 1788), núm. 87, pp. 793-794.

Aceptó el oficial el desafío. Y habiéndose hallado ambos en el lugar indicado, saca el oficial la espada y se pone en ademán de quererse batir. Pero Young saca de repente una pistola y se la pone en la garganta.

—¿Pues que ha venido ud. aquí para asesinarme? —exclamó el militar.

—No —respondió con serenidad el Dr.—, pero sírvase usted de envainar su espada y de bailar un *minuet*. Y si no, muere ud.

Resistióse no poco el oficial, que, intimidado por la flema y gravedad del Dr., obedeció. Habiendo bailado el *minuet*:

—Amigo —le dijo Young—, ud. me obligó ayer a tocar la flauta por fuerza; hoy le he hecho yo bailar a ud. Si no se contenta con esto, dáréle a ud. la satisfacción que quiera.

Dióle un abrazo el oficial, pidióle perdón y le suplicó quisiese ser su amigo, desde cuyo tiempo reinó entre ellos una amistad que sólo acabó con la muerte de Young.

IDILIO. LA VIRTUD

ANÓNIMO¹

EL SOL ESTABA EN LO MÁS ALTO de su carrera y el Cán abrasaba los campos cuando el enamorado Tirso, dejando sus vacas al abrigo de un bosque de álamos negros y al cuidado de los celosos mastines, se encaminó por la rivera del frondoso Dauro a pensar en sus amores. La fatal tristeza se había apoderado de su alma y derramado en su corazón amargos sentimientos. Amaba con ardor, pero ve aquí que, a impulso de su melancolía, miraba el fruto del amor como un manantial de afanes y congojas. Sin pensar en las delicias de un padre rodeado de amorosos hijos, se abrumaba con la idea de los cuidados que cuestan y los pesares que pueden acarrear. ¡Funesto efecto del tiempo que habitó las cortes del mundo y palpó sus vicios y gimio entre sus miserias!

La profunda calma de los bosques, sólo interrumpida de cuando en cuando por el vuelo pasajero de algún cefirillo, el lento correr del río en los remansos inmediatos, el lejano arrullo de la tórtola triste, todo adulaba su abatimiento y aumentaba la opresión de su pecho.

Descaminado en sus pasos como en su pensamiento, se halló entre un bosque de sauces y álamos blancos, cerrado a los rayos del sol y embalsamado con el aroma de los sándalos y toronjiles. Una senda esmaltada de blanca manzanilla y entoldada por mil traviesas parrizas que se cruzaban a un lado y otro de los arboles atravesaba aquel sitio admirable, donde cantaban, confundidos, el jilguero, el mirlo y el ruiseñor, y volaban, mezclados, el hermoso verdón, el francolín y la paloma. Por allá se enca-

1 Anónimo, "Idilio. La virtud", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 14 de enero de 1813), t. I, núm. 26, pp. 102-103. "Concluye el 'Idilio' empezado ayer", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 15 de enero de 1813), t. I, núm. 27, pp. 105-108.

minó el desconsolado amante cuando a poca distancia, en que roto el bosque presentaba un espacio desembarazado, cuajado de flores y rodeado en torno de corpulentos nogales, manzanos y limoneros, vagaba un niño recogiendo, con afán, los capullos más olorosos y las yerbas más fragantes. La edad era la de la inocencia amable. El pelillo, ensortijado y libre sobre la frente y cuello, era rubio como el oro y sus carnes, de color de nácar, se descubrían en el pecho y brazos, al descuido de una tuniquilla de pieles, que formaba todas sus galas. Unos ojos apacibles y serenos, sobre una boca risueña y agraciada, tenían un atractivo encantador. Y el cuidadoso esmero con que recogía las plantas hacía saltar a sus mejillas un color más hermoso que el de las rosas que cortaba. La llegada del forastero llamó la atención de la preciosa criatura y su vista y ejercicio pararon al amante, que, movido de tan candorosa belleza, no pudo menos que llegar y acariciarle con ternura. El inocente recibió aquella demostración con timidez, pero sin susto ni recelo, que las almas puras no temen jamás, porque no conocen la mala fe. Tirso le besó dos y tres veces y le habló así.

Tirso. ¿Eres, buen niño, hijo de algún pastor que tiene su cabaña dentro de este bosque?

Niño. Mi padre vive en aquella choza tan verde y duerme ahora.

Tirso. ¿Y para qué guardas tantas florecillas?

Niño. No las guardo, que las llevo para echarlas alrededor de mi padre y entonces duerma mejor con el olor que sueltan.

Tirso. Bendito seas, niño mío. ¿Y tienes madre?

Niño. Sí, tengo. Y otro hermano y otra hermana. ¿Quieres verlos?

Tirso. Sí, cándida criatura. Llévame y dime tu nombre.

Niño. Me llamo Silvio, y mi hermano Floro, y mi hermana Lidia. A mi padre, le dicen Licias el dichoso; a mi madre, la buena Delia.

Alegre el muchacho, y complaciéndose en su relación, alargaba la manecilla al forastero, para guiarle. Y con efecto, lo condujo al fin de la pradera, donde estaba la tranquila habitación de su conductor. Pero el espectá-

culo más tierno se ofreció a los ojos del amante. Licias estaba a la puerta de la choza, recostado sobre un lecho de yerbas aromáticas y su cabeza descansaba en el regazo de su esposa, cuyas manos, enlazadas con las de Licias, gozaban ambos de un pacífico y agradable sueño.² El pequeñuelo Floro, aunque mayor que Silvio, vagaba en torno de los tranquilos padres, ahuyentando suavemente, con un manojillo de gallomba, los insectos que podían inquietarlos en su reposo. La candorosa Lidia, que apenas quería entrar en la juventud, estaba sentada cerca de los esposos, cantando a media voz canciones inocentes y adornando un cestillo de manzanas con flores y yerbas. Tenía enlazado su hermoso cabello con lirios y azucenas y prendida sobre el corazón una rosa campesina. El descuidado y sencillo traje descubría formas bellísimas. Y el color de su rostro, mejillas y labios competía con el de las flores que la adornaban. Silvio se adelantó algunos pasos, con alegría, a anunciar la venida del forastero. Y cogiendo una hermosa manzana del regazo de su hermana, corrió a dársela a Tirso, que la recibió enternecido. Sin embargo, su presencia alteró un tanto aquella escena encantadora, porque la ruborosa niña, turbada a la vista del extraño pastor, recogió su fruta y sus flores, encendida como la amapola. Licias despertó a este tiempo y en sus ojos manifestó la tranquilidad de su alma. Tenía como cuarenta años y su color trigueño era más efecto de la libre impresión del sol y del aire que obra de la naturaleza. Los dos niños se arrojaron al punto a sus brazos, colmándole de besos, y Lidia le presentó su cestilla a medio componer. El dichoso padre se vio cubierto de las flores y yerbas que ya había esparcido el gracioso Silvio. Y correspondiendo a las caricias de sus tiernos hijos, saludó a su nueva compañía. Y aquí la plática que tuvieron.

Tirso. Sereno Licias, tú eres, sin duda, el más feliz de los pastores. Y yo pido al cielo que mi suerte sea igual a la tuya.

2 El sentido de este párrafo es muy confuso. Quizá debería leerse como “Y su cabeza descansaba en el regazo de su esposa, cuyas manos estaban enlazadas con las de Licias. Gozaban ambos de un pacífico y agradable sueño”. Nota agregada.

Licias. Mis hatos, joven zagal, no son numerosos, ni mis vacas consumen el pasto de dilatadas dehesas, pero mi ventura es superior a la del más rico mayoral del Dauro. En este corto recinto, está toda mi felicidad. ¿Ves el nogal que se levanta al otro lado de aquel arroyuelo, y bajo cuya fresca sombra triscan unos mamoncillos? Allí nació mi dicha. Y sus hojas no la han visto interrumpida en el espacio de veinte años. A su pie se encendió mi corazón por la vez primera, a la vista de la que aquí ves, recostada sobre ese césped y entregada a un sueño delicioso, que se repite con la misma tranquilidad todos los días, cuando el sol divide los cielos y hace ladrar la canícula. Ve allí también, al lado de su tronco, dos álamos blancos que planté con mis manos el día que mi Delia me juró su amor eterno. Ellos se mantienen tan lozanos como nuestro camino y han brotado por el pie preciosos renuevos. También mi Delia me ha dado pimpollos delicados. He, mis dulces hijos, fruto del amor más entrañable. Yo soy su ídolo. Desde que el alba platea los cogollos de nuestros árboles hasta que se esconde el sol por detrás de la colina me hacen bendecir millares de veces el momento en que mi Delia quiso entregarme su corazón... Pero tú, vaquerizo, escuchas lo que poco puede importarte y yo me olvido de ti. ¿Eres hoy, por fortuna, mi huésped o habitas alguna cabaña inmediata?

Tirso. No muy lejos duerme mi hato, mas heme perdido en el bosque. Y eso fue causa de allegarme a tu mansión. ¡Virtuoso Licias!, ¡cuánto espero sacar de este dichoso extravío! Yo permaneceré contigo hasta que los árboles tiendan su sombra por el suelo y se agolpen los gorrones al cogollo de los limoneros, porque el sol habrá entonces mitigado su fuerza. Entretanto, feliz pastor, sigue y cuéntame tu vida y tus amores. Yo también amo y mi corazón está dudoso, como ternero cuando ha perdido la senda del redil.

Licias. Mi vida, zagal amigo, es tan igual como los días y las noches y no me acuerdo que me haya acontecido ningún suceso extraordinario. Cuando el blando bozo llegó a sombrear mi barba, perdí mis dulces padres. Quedé abandonado a la providencia, que me socorrió. Pero mi corazón no hallaba paz. Cuando el granizo maltrataba mis frutales o el frío mataba mis

ovejas, nadie me consolaba, nadie tendía su mano para favorecerme. Entonces volví los ojos al tiempo en que vivían los que me dieron el ser y me enternecía al considerar que en la mayor desgracia hallaba mi padre una esposa que le aliviase y unos hijos que la sintiesen. Padre mío, dije entonces, yo buscaré una zagala virtuosa y yo tendré hijos que me alivien, porque yo te alivié a ti cuando vivías. Busqué amores y hallé a mi Delia. Desde entonces, huyó la tristeza de mi alma. Crecieron mis hatos, se reprodujeron mis árboles y mi vida es un manantial de dulzura. ¿Qué importa que el sudor bañe mi frente y el sol abraze mi rostro al podar mi viña o mis frutales si en recompensa encuentro mullido mi lecho y esta porción de genios bienhechores dispuestos a calmar mi fatiga, a refrenar mis miembros y a perder el suyo por mi reposo? Mis vacas suelen despeñarse por las laderas y el lobo arrebatarme los cabritos, a pesar de los celosos perros, pero mi Delia enjuga mi llanto y mis hijos disipan mi pesar. Cuando yo me siento entre sus brazos, no hay penas que aflijan mi corazón. Creo que todos los hombres serán lo mismo que yo, porque la virtud es una y su camino invariable.

Tirso. Dichoso mil veces, pastor afortunado, el día que me ha traído a tu cabaña. Tú has disipado una nube horrible que cubría mi corazón. Yo te imitaré, buen Licias. Nada es comparable al amor virtuoso. Y sus delicias son superiores a las desgracias de la muerte. ¡Ya!, ¡ya no vacila mi alma! Mañana, antes que el sol salga a enrojecer nuestros cerros, estará Tirso a la puerta de tu cabaña, con un cordero blanco como la nieve, cubierto de rosas y azucenas, en señal de mi fe. El coro de las vírgenes entonará mañana himnos a nuestro himeneo. Y plantaré en el sitio más hermoso del bosque dos álamos blancos, como los plantó Licias. Y tú, zagal venturoso, a Dios. Él aumente tus dichas y te premie la paz que has dado a mi pecho. Yo vendré con mi tierna esposa a visitarte como a un Dios. Y cuando entre ella y mis tiernos hijos goce las delicias que tú me has hecho conocer, los traeré ante ti, si existes, y si no les mostraré tu santa choza, diciéndoles *Aquí vivió el autor de mi felicidad.*

FÁBULA. EL CABALLO Y EL ASNO

JEAN DE LA FONTAINE¹

MENESTER ES SOCORRERSE
unos a otros en el mundo,
porque si cae tu vecino
ya no estás tú muy seguro.
A un caballo acompañaba
un asno bastante bruto.
Aquél llevaba tan sólo
sus arneses, pero el burro
iba tan cargado que,
falto de aliento, no pudo
más con la carga y se echó.
Rogó al caballo que alguno
de sus fardos le llevase,
para salir del apuro,
porque si no moriría
muy brevemente. –Discurro
–le añadió– que te incomoda
bien poco y me alivias mucho.
Dio el caballo dos corcovos
sin hacer caso del burro,
hasta que este miserable
quedó sobre el campo duro,

1 Anónimo, “Fábula. El caballo y el asno”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 26 de febrero de 1813), t. I, núm. 69, pp. 273-274. Se indica: “Lafontaine.” Véase “Fábula xxviii. El caballo y el asno”, en Jean de La Fontaine, *Fábulas morales escogidas*, en verso castellano y “Al que lea” por Don Bernardo María de Calzada (Madrid: Imp. Real, 1787), t. I, pp. 295-296.

de fatiga y ansia muerto.
Entonces el amo tuvo
que poner toda la carga
que llevaba antes el burro
sobre el caballo orgulloso.
Y *aínda mais* la piel del rucio.

SENTENCIA

ANÓNIMO¹

LOS BENEFICIOS SE ESCRIBEN SOBRE LA ARENA. El más ligero viento los borra. Las injurias se graban sobre el bronce. Es difícil destruir la impresión que nos hacen.

1 Anónimo, "Sentencia", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 6 de abril de 1813), t. I, núm. 108, p. 432. Véase Lucas Fernández de Piedrahita, *Historia general de las conquistas del nuevo reyno de Granada* (Amberes: Imp. de Juan Bautista Verdussen, 1688), p. 455.

SENTENCIA

ANÓNIMO¹

LA VIDA DEL HOMBRE NO ES BASTANTE LARGA para el estudio de las ciencias. Debe comenzar al salir de la cuna y acabar al entrar en el sepulcro.

1 Anónimo, “Sentencia”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 8 de abril de 1813), t. I, núm. 109, p. 440.

SENTENCIA

ANÓNIMO¹

EL MEJOR AMIGO ES EL QUE NOS INSPIRA odio al vicio y amor a la virtud.

1 Anónimo, "Sentencia", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 12 de abril de 1813), t. I, núm. 113, p. 456.

CURACIÓN EXTRAORDINARIA DE UN POETA

ANÓNIMO¹

UN POETA, LLENO DE LA IDEA DE QUE ERA uno de los mejores, pasaba toda la noche en componer versos que después nadie quería oír, aunque a todos los quería leer. Cayó en una profunda melancolía y llamó un médico. Éste, que conoció el origen de su mal, le dejó hacer una pesada relación y al fin le dijo:

—Amigo, eso no es nada. ¿Tenéis alguna composición que no haya leído nadie?

—Sí, señor, tengo ahí una preciosa oda, que algunos ignorantes no han querido oír.

—Pues bien, yo sí gusto de oír versos. Lea ud.

El alumno de las musas recitó su larga composición con un tono pedante. Y al concluirla, le elogió altamente el doctor. Suplicó que la volviese a leer porque tenía mucho fuego y gracia. Y el enfermo, más animado, la leyó con más gracia.

—¡Bravo, bravo! —dijo el médico—. Otra vez, me gusta mucho. No he visto cosa más sublime en los días de mi vida.

Volvió a leer con todas sus fuerzas y violencia de pulmones. Y al concluir, repitió el médico sus elogios y se despidió, dejando muy aliviado al poeta.

1 Anónimo, "Curación extraordinaria de un poeta", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 15 de abril de 1813), t. I, núm. 116, pp. 467-468. Véase *El no sé qué, por no sé quién*, "Al lector", trad. y ed. de Román Hernández (Madrid, Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, segunda parte.

LA CASACA Y EL GORRO DE DORMIR. FÁBULA

ANÓNIMO¹

LA CASACA Y EL GORRO DE CIERTO JOVEN presumido se encontraron casualmente juntos sobre la cama. Y oí que tuvieron la conversación siguiente.

La casaca. Salud, amigo gorro, ¿cómo estamos?

El gorro. Yo, amigo, como siempre, no encuentro variación en mi existencia.

Cas. A mí me pasa lo mismo. El joven a cuya vanidad sirvo es, sin duda, el más dichoso de todos. Es alegre y vivo; goza de la mayor abundancia y de la más próspera fortuna; tiene un gran tren, soberbios equipajes, arrogantes caballos, vestidos costosos, y de la moda más nueva y graciosa. Y ahora que fue el Jueves Santo se puso como un adonis. Su rostro, siempre risueño, está manifestando una imagen de la felicidad. Nada perturba su alegría. Se levanta tan contento de la mesa cuando ha perdido como cuando ha ganado. El amor guarda para otros sus espinas y le presenta sólo sus fragantes flores. Es amado de las señoritas más hermosas; olvida antes que le olviden; no se fija en ninguna y las quiere a todas.

El nuevo orador iba a entrar en un largo discurso, pero fue interrumpido en estos términos.

Gorro. Sí, parece que un benéfico genio hermosea todos los días de la vida del amo a quien servimos. ¡Ah!, que por la noche es la escena bien

1 Anónimo, "La casaca y el gorro de dormir. Fábula", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 17 de abril de 1813), t. I, núm. 118, pp. 475-476. Véase *El no sé qué, por no sé quién*, "Al lector", trad. y ed. de Román Hernández (Madrid: Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, primera parte, pp. 61-63. "Apólogo. El vestido y la almohada", en E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1805), t. VII, pp. 291-292.

diferente. No duerme con sosiego, se vuelve y revuelve a un lado y otro, suspira, se queja, se siente agitado de los pensamientos más tristes. Tan pronto me levanta como me baja, me muda a un lado y otro. Y dándome terribles sacudidas, me tiene en un continuo movimiento. Cuando después de un eterno suspirar, de mucho tiempo de continuas pretensiones, llega a lograr el amor que desea, esta suave pasión sólo le inspira una falsa y pasajera embriaguez. Si la suerte de un ruinoso juego enriquece con su oro a un jugador más afortunado que él, disimula y se alegra en la mesa, por política, pero cuando vuelve a su casa, jura, maldice y se desespera. Tú no ves estas cosas porque luego que llega se desembaraza de ti, para no ensuciar tus bordados. Yo sólo soy el confidente de estos pesares secretos que le acosan y devoran. Si quieres conocer el corazón de un actor, mírale fuera del teatro.

GORDAS, FLACAS Y OBESAS

ANÓNIMO¹

SR. D., LE VA A HABLAR A UD. nada menos que una cuchurraquilla que trata de poner medio en los extremos que desfiguran el atractivo de las gracias de nuestro sexo. ¿Que ha parado ud. las orejas, chulo mío? ¿Le sorprende a ud. mi exordio de poner medio en el extremo de nuestras gracias? Ya se ve, si aún no me explico. Yo también me sorprendería con semejante asperges si otra me lo dirigiera, mucho más cuando dicen malas lenguas que nosotras las mujeres somos todas extremos. Oiga ud., pues, y ejercite, por un momento, su paciencia caballeresca y escuche mi relación.

Ha de estar ud. para bien saber y bien contar que yo tengo una hermanita tan linda como yo, que no soy de las muy malotas. Pero hace muy pocos años que ambas tocábamos en dos diferentes extremos, que disminuían en cierta manera nuestro actual brillante atractivo. Tal era el que mi hermanita era tan en extremo flaca que podía equivocarse con los esqueletos y yo tan extremosamente gorda que llegué a temer que me rifasen los padres Antoninos en el mes de enero. Nuestras pesadumbres eran recíprocas con este motivo. Y serían también irremediables si la fortuna no nos hubiese proporcionado la amistad de un joven médico que se empeñó gloriosamente en reducirnos a un medio que yo desearía se comunicase entre mis compañeras, para interesar sus atractivos, que es el único caudal que nos ha dado la naturaleza, así como al toro los cuernos, &c. Tenga ud. presente aquella cierta anacreóntica que tanto nos honra. Pero basta de circunloquios y oiga ud. la memoria que nos dejó

1 Anónimo, "Gordas, flacas y obesas", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 21 de abril de 1813), t. I, núm. 122, pp. 489-491. "Concluye la materia sobre 'Gordas, flacas y obesas'", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 22 de abril de 1813), t. I, núm. 123, pp. 493-494. Se indica: "Juana Roldán, María de los Goznes."

nuestro médico, y que, si ud. gusta, la insertará en su *Diario*, para los efectos que convengan, pues su eficacia es tal que mi flaquéisima hermana se halla, en el día, muy preciosamente contorneada y yo he disminuido aquella obesidad que tanto mortificaba mi amor propio y tal cual... Pero vamos al caso y copiemos nuestra preciosa receta razonada.

La gordura, que guarda una justa relación con las demás partes del cuerpo, es el estado más perfecto de la constitución física, que resulta del equilibrio de todas las funciones y del juego de todos los órganos. Este estado es esencial a la hermosura: da al rostro una plenitud moderada; al cutis, flexibilidad, frescura y hermoso colorido; a las facciones, gracia y finura; y a todas las formas, contornos blandos y acabados.

Pero esta exacta proporción puede perderse de dos maneras diferentes: o por defecto o por exceso. En el primer caso, es la flaqueza; y en el segundo, la pesada y maciza obesidad. Y estos dos extremos perjudican a la belleza. La flaqueza suele ser un enemigo del bello sexo porque deseca, arruga y marchita la piel, la priva de su color y destruye sus formas graciosas. Se puede atribuir este defecto a dos causas generales: a la insuficiencia de los alimentos o a un vicio particular en la digestión. La primera causa es fácil de corregir; la segunda pide un examen más circunstanciado porque el defecto de asimilación de las sustancias alimenticias puede depender de muchas causas particulares, que es importante conocer para acudir con los remedios convenientes.

Las causas particulares de la flaqueza son un aire demasiado caliente o demasiado seco; alimentos mal elegidos: acres, salados o cargados de especia; aguas malsanas; el uso inmoderado del vino, de los licores, del café y de los aromas; un ejercicio violento o continuo; vigiliass prolongadas; el abuso de los placeres; la abundancia de ciertas excreciones; el trabajo continuo y las grandes agitaciones de espíritu; las pasiones vivas, como el amor, la envidia, los celos, la cólera, &c.; las pasiones tristes, como el dolor, el tedio, &c.

Para recobrar la gordura, es menester atacar las causas que la impiden por otras contrarias. Se recurrirá a mejor elección de alimentos, prefiriendo los que suministran más mucílago, como la leche, los huevos, las pastas, el arroz, las carnes de animales tiernos, las carnes poco cocidas, el chocolate sin canela, el azúcar, la miel, &c. Se hará uso de bebidas suaves: la cerveza, sidra, &c. Se hará un ejercicio moderado; se evitará el pasar las noches enteras en bailes o en el juego; se velará poco. En fin, se evitarán todos los excesos, sean los que fueren. Pero todas estas precauciones serán inútiles si el alma está agitada de alguna pasión viva; si está atormentada por largos y violentos pesares; y sobre todo, si está devorada por el gusano roedor de una conciencia agitada por los remordimientos.

El arte ofrece, además, muchos medios para recobrar la gordura. Uno de los más eficaces es el uso de los baños, administrados en el modo siguiente. Se pone la persona en el baño, en el cual permanecerá cerca de una hora. Al cabo de este tiempo, saldrá de él y se dará friegas, para comunicar al cutis el tono que le falta. Después se volverá al baño y tomará un ligero desayuno. De este modo, se hace la asimilación de una manera más perfecta: el estómago desempeña mejor sus funciones y la piel, recobrando tono, recibe más jugos nutritivos, por el movimiento del centro a la circunferencia, y adquiere aquel estado externo que tanto contribuye a la hermosura. Este régimen, continuado por algún tiempo, hace recobrar carnes y acaba de mejorar o perfeccionar los contornos.

La obesidad, acaso más que la flaqueza, es perjudicial a la hermosura y también a la salud, tan poco favorable al ejercicio de las funciones de la inteligencia como al de los órganos corporales. En efecto, en las personas obesas la respiración es oprimida, las dolencias son más frecuentes y peligrosas y la vida es más corta. Finalmente, la obesidad entorpece las funciones del entendimiento, porque, siendo más débiles las sensaciones, el entendimiento procede con más lentitud, lo cual resulta en el carácter del individuo. Así, la obesidad es enemiga de todas las perfecciones físicas y morales, mucho más que la flaqueza, que suele ser compatible con ellas.

Las causas particulares de la obesidad son alimentos muy jugosos, bebidas muy nutritivas, los vinos tintos, la cerveza, la sidra, &c.; la falta de ejercicio, el sueño prolongado, la supresión de ciertas excreciones, la demasiada serenidad y la indiferencia para las pasiones vivas. Pero una vez conocidas estas causas, es muy fácil corregirlas por sus contrarias. Se disminuirá, poco a poco, la cantidad de alimentos; se hará uso de los manjares salados, de las especias, de legumbres ligeras, de licores espirituosos, de bebidas acídulas o sudoríficas; se acortará el sueño; se aumentará el ejercicio; y se paseará con frecuencia, para dar más actividad a la transpiración. Tal es el método con que puede corregirse la obesidad, como ha sucedido conmigo, y cuyo sistema opuesto ha practicado mi hermana, hallándonos en el día en un medio regular y proporcionado. Y siempre afectas de u. s. s. Juana Roldán, María de los Goznes.

CARTA A UN AMIGO RECIÉN CASADO SOBRE LA CONDUCTA QUE DEBE OBSERVAR CON SU MUJER

ANÓNIMO¹

AMIGO N., CON LA NOTICIA que me das de la elección de tu nuevo estado me pides que, francamente, apruebe o repruebe tu resolución y que te dé algunos consejos para dirigirte con tu esposa, cuyas cualidades me expresas.

El cariño que me tienes te impide conocer mi pequeñez y tu modestia no te deja ver cuánto mejor que yo puedes tú hacer lo mismo que ruegas. Esta no es una de aquellas salvas que suele hacer el orgullo enmascarado. Tú sabes mi carácter por la parte de franqueza. Y para que acabes de conocerlo, por la de docilidad, quiero complacerte en los particulares que me pides, pero bajo de la precisa circunstancia de que en todo aquello que encuentres o defecto o poca oportunidad me lo adviertas en contestación a ésta.

Apruebo absolutamente la elección que has hecho y te doy mil enhorabuenas. Aquellos célibes que vaguean por la sociedad, y que con cumplidas circunstancias para deliberar sobre cualquier estado no lo ejecutan, parecen seres aislados y como a tales se les ha tratado en algunas legislaciones. A la verdad que no sé cómo entenderán los vínculos y relaciones que tienen con la sociedad. Quizá nos estremeceríamos si nos fuese dado el echar una ojeada sobre el interior de las familias y calcular los males de que son causa. Hay quien los hace reos de tantos homicidios

1 Anónimo, "Carta a un amigo recién casado sobre la conducta que debe observar con su mujer", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 22 de abril de 1813), t. I, núm. 123, pp. 494-496. "Continúa la carta de consejo al amigo recién casado", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 23 de abril de 1813), t. I, núm. 124, pp. 497-499. "Concluye la carta del consejo al amigo recién casado", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 24 de abril de 1813), t. I, núm. 125, pp. 501-504. Se indica: "J. F. de O."

cuantos racionales dejan de producirse por su proceder. No diré yo tanto, pero sí que es una especie de crueldad hacia la patria que les cupo y un punible esfuerzo en dejar vanos los fines de la naturaleza.

He querido añadir esto para que veas que no es un capricho el que me mueve a aprobar tu determinación. Ésta tendrá, sin duda, un éxito muy feliz si usas con tu mujer de aquellas consideraciones que se tributan al sexo antes del matrimonio. Demasiado le afligen los males físicos y harto desgraciado es por su descuidada educación para que no procuremos otra cosa sino recompensarlo con nuestra dulzura y atenciones de lo que la naturaleza y la preocupación le hacen sufrir. Yo conozco que tu alma a veces no estará para descender a ciertas frivolidades, que serán precisas para complacerlas, pero además de que aun en esto tendrás poco que vencerte, porque hace mucho tiempo que aprendiste a acomodarte a los diferentes caracteres que tratabas, el de tu mujer, que según me dices es poco vulgar, te librárá de mortificación. Sobre todo, este dilema me parece oportuno: o la mujer propia tiene pequeñas ideas o grandes. Si pequeñas, con bagatelas se la complace: un vestido, un perro fino, un tocador a su gusto, un ruiseñor en jaula primorosa y otras cosas de esta entidad hacen todas sus delicias, la satisfacen y, por consecuencia, es muy chico el sacrificio que se necesita. Si sus ideas son vastas, como yo conozco alguna, bien que en escaso número, en el hecho de satisfacerlas se halla un nuevo y delicado placer, porque, a la verdad, cuando se reúnen, para halagarnos, el amor y el talento no puede apetecer más un mortal.

En cuanto a la horrorosa enfermedad de los celos, no te debía dictar medicina, porque no te juzgo enfermo, ni es de creer que jamás adolezcas. Mas si contra toda mi esperanza y cálculo te vieses alguna vez atacado de ella y necesitases sostener la natural debilidad para no rendirte, acuérdate solamente de aquella reflexión muy antigua y sabida, pero no por eso mala, de que las mujeres aman mucho su opinión, llevando esto hasta el extremo. Trabajarán, sufrirán y harán mil sacrificios por no perderla. Los celos echan abajo este coloso lisonjero. Nada, pues, arriesgan ya en ejecutar aquello mismo de que se las sospecha.

Por más amable que sea tu mujer y por más encantos que ahora halles en ella, te será útil hurtar muchos ratos a su trato. Ya conocerás que esto va encaminado a evitar los efectos de la sociedad, que son el fastidio y la subsiguiente ansia de nuevos objetos. El amor virtuoso más firme se ha rendido muchas veces en la cruel y continua batalla que le hace la posesión. Ésta va minando, casi insensiblemente, aquella firmeza de diamante, aquellos transportes y aquel no vivir, tan decantados en la boca de los amantes como fugaces en el corazón de los que poseen. Así, pues, ninguna precaución es excesiva contra la sociedad. Y cuando oigas que después del amor quedará la amistad y que de ésta renacerá el amor, puedes burlarte muy bien, pues esto no es más que un gracioso juego de voces, siendo muy probable que quien las pronuncia no pudiera aun explicar lo que es amistad.

Trabaja mucho en inspirar desde ahora a tu esposa buenos principios de la educación física que debe dar a los hijos que tuvieres y resérvate tú la moral. Es preciso que las madres tengan nociones de esta clase para el manejo de sus hijos, porque nadie los ha de tener más próximos que ellas. Si quieres que en el estado de pubertad no aparezcan como tiernas rosas, prontas a marchitarse con el más ligero soplo de viento, es menester que la obra de endurecer el cuerpo se haya cimentado desde la infancia. Sobre esto, nada más debo decirte, pues tú conoces bien la historia de los egipcios, la de los griegos y la de los romanos, y sabes su esmero en este punto y sus progresos, así como en el oprobio de los últimos, cuando se descuidaron en esta parte, esencialísima, de sus antiguos conatos.

Apoyado también en los conocimientos que tienes de la física, es menester que desarraigues de tu mujer mil preocupaciones vulgares. Hazla que no tema al viento y que se persuada a que si muchas veces nos daña quizá es porque desde que nacimos se han esforzado en probarnos que es nuestro asesino. Hazla ver que la lluvia no es un mal, ni que el sol, aun por los caniculares, merece que le huyamos. Si lo hacemos, se le debe a la afeminación y laxitud con que nos criaron, pero una buena costumbre en contrario, introducida por grados y con método prudente, desvanecería

nuestras aprensiones y lo remediaría todo. Por último, para sacar de ella seguro partido haz la reflexión de que ignorando, como en efecto ignoramos, las diferentes situaciones a que es posible nos reduzca la vicisitud del tiempo, en alguna de ellas nos será utilísima, o acaso nos libertará de morir, esta dureza de nuestra máquina.

Prohíbela rigurosamente el uso de la cotilla y no se nombre en tu casa, sin horror, a las nodrizas. No la permitas que haga mucho uso del coche, porque este invento, de lujo muy perjudicial, sin duda, a la sociedad, mirado por la moral, no lo es poco mirado por la física como capaz de entorpecer a cuantos se encajonan en él con frecuencia.

En las explicaciones que la hagas de tu amor, nunca olvides tu carácter y cree que si abandonas absolutamente la circunspección –bien que la uses mezclada de afabilidad, dulzura o halagos, según las circunstancias– quizá te será muy sensible cuando tengas que ejercer las funciones de jefe de aquella pequeña república, que tal es una familia. Puede que se mire esto como un rasgo de excesiva severidad, pero me atreveré a decir que ninguna situación debe haber en el hombre en que de tal modo se anonade y degrade que sirva alguna vez de dato incontestable para citarse en contraposición de ciertas épocas en que le sea necesario revestirse de seriedad y circunspección. El amor lleno de placer, y como triunfante, cita, con oprobio de la razón, a un héroe abrasando a una ciudad sólo por dar gusto a una mujer, a otro hilando, a otro abandonando vergonzosamente el campo de batalla –y con él, la corona de laurel que mil veces mereció por igual complacencia al sexo. Tales ejemplares, si pueden servirnos de convencernos más y más de la debilidad humana, no son para imitados.

Si tu mujer tiene alma capaz de concebir grandes cosas y de tener altas ideas, te labrarás tu propia felicidad en inspirárselas. ¿Qué placeres no hay en la sociedad de una persona que vive exenta de las pequeñeces que casi confunden al hombre con el bruto? Si tú la haces conocer que es tan limitado este planeta que habitamos que de ningún modo puede figurar en el universo, pues no se halla cómoda distribución de 60 leguas, entre 538, 6360501 de ellas, de que consta esta grande obra, ¿no mirará

como la mayor bajeza y poquedad de espíritu los afanes de Alejandro y César para conseguir una parte de él, y aun cuando fuera la dominación universal, no obstante de haberse juzgado a estos dos hombres como ejemplares de almas grandes? Ves si quieres descendiendo. Al reflexionar que la naturaleza, por este flujo y reflujo continuo, da vida y hace expirar un ser racional en cada minuto, segundo, o lo que es lo mismo 3 600 en cada hora, y que el total de los del globo asciende a 1019. 7000 000, sin las tierras desconocidas, ¿se estremecerá, suspirará, ni la darán los accidentes de socorro de que abunda su sexo porque perezca un individuo que se llama su primo o su hermano? Al ser instruida por ti de que los reyes y altos personajes que refieren las historias –pero vaya el conde de Bussi, porque hizo colección de ilustres desgraciados– han pasado rápidamente del extremo de su mayor opulencia al de prisión, calumnia, oprobio y miseria, ¿no verá como un accidente y como un fósforo las brillantes carrozas, el aparato magnífico, el lujo que destruye tanto como deslumbra y hasta las ricas posesiones del emperador del Asia? ¿Será posible que tenga ambición, codicia, rencor y otras mil pasiones bajas cuando tú la elevas a las sublimes consideraciones del espíritu y de la materia, de lo nada y despreciable que es este pedazo de tierra animada llamado hombre, a quien destruye un cabello esparcido en el agua que iba a saciar su sed? Un vil seductor, abusando del título de amante y pretendiendo rendirla, ¿encontrará cabida en su corazón cuando en éste se hallen los sentimientos de honor y de rectitud que se inspiran por un alma que pesa, en justa balanza, los placeres del espíritu y los de los sentidos? ¿Los oírá siquiera? ¿No permanecerá distraída al oír su lenguaje criminal, como otro Arquímedes a la vista del soldado romano, y si le habla, no será en un idioma capaz de confundirlo y de hacerlo huir, único recurso del delincuente convicto? He aquí, pues, las ventajas que, con otras muchas que omito, por ser demasiado larga esta carta, sacaría de poner en práctica lo que te aconsejo. Dispón, entretanto, de tu fino amigo J. F. de O.

ALEGORÍA DE NONOTE SOBRE LOS QUE PREDICAN LA FALSA FILOSOFÍA

CLAUDIO ADRIANO NONOTE¹

HACIA LOS CUARENTA Y OCHO GRADOS de latitud septentrional, se ha descubierto nuevamente una nación de salvajes, más feroz y más temible que lo han sido nunca los caribes. Les llaman *cacovacos*. No usan flechas ni mazas. Traen el pelo puesto con arte. Por el oro y la plata que reluce en sus vestidos de mil colores, parecen unas hermosas flores o unos pájaros del más rico plumaje. Al parecer, no cuidan de otra cosa que de engalanarse, de perfumarse y de agradar. Luego que se les ve, se siente una inclinación secreta que lleva hacia ellos. Las caricias que hacen son el primer lazo que tienden.

Todas sus armas consisten en el veneno que ocultan debajo de sus lenguas. A cada palabra que pronuncian, y siempre en un tono dulce y el más risueño, cuela dicho veneno, corre y se extiende mucho. Con el auxilio de la magia, que cultivan con mucho cuidado, tienen el arte de lanzarlo a cualquier distancia que sea. Como son tan cobardes como malignos, no acometen rostro a rostro sino a aquellos a quienes saben que no tienen que temer. Lo más regular es que arrojen el veneno por detrás.

De los infelices a quienes alcanza, unos mueren de repente y otros conservan la vida, pero sus llagas son incurables y nunca se cierran, porque todo el arte de la medicina no alcanza a ellas, fuera de que, muchas veces, se las supone naturales. Todos los contagiados se hacen objetos de

1 Anónimo, "Alegoría de Nonote sobre los que predicán la falsa filosofía", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de abril de 1813), t. I, núm. 126, pp. 505-508. Véase Claudio Adriano Nonote, *Diccionario anti-filosófico o comentario y correctivo del Diccionario filosófico de Voltaire y de otros libros que han salido a luz en estos últimos tiempos contra el cristianismo*, trad. de D. A. O. D. Z. B. (Madrid: Imp. de Don Benito Cano, 1793), t. I, pp. 108-111.

horror y de desprecio y más frecuentemente de escarnio, lo que no es menos cruel. Todo el mundo huye de ellos. Sus mejores amigos se sonrojan de conocerlos y de defenderlos.

Los cacovacos no respetan enlace alguno de sociedad, de parentesco, de amistad, ni aun de amor. A todos tratan con la misma perfidia. Solamente se observa en ellos un placer algo más vivo en derramar su ponzoña sobre aquellos cuya amistad y beneficios han disfrutado. No obstante, en este caso cuidan de confeccionarla con el jugo de algunas flores, pues, sin embargo de su crueldad, nunca pierden de vista su idea de agradar, de divertir y de seducir.

A primera vista, parecen los más sociables de todos los hombres. Los buscan y quieren ser buscados. Mas todo cuanto hacen no es sino con el fin de ejercer su malignidad, lo cual no lo pueden lograr en aquellos que tienen la dicha de que no los conozcan. Cuando vieres que afectan más donaire, más alegría y más vivacidad, entonces te debes fiar menos de ellos, porque, regularmente, es este el momento que escogen para arrojar su veneno. Te entregas a la alegría que te inspiran y estás todo espantado de la abundancia de ponzoña que se ha insinuado en tus orejas y que te ha transmitido al cerebro las ideas más siniestras y más crueles. ¡Desdichados de aquellos que se complacen de verlos y oírlos! Por precauciones que tomen, por protestaciones que los cacovacos les hagan de no hacerles mal, no bien éstos vuelven la espalda cuando los otros experimentan su rabia.

No obstante, estos bárbaros, por bárbaros que sean, se temen mutuamente y no se acometen unos a otros. Mas cuando encuentran a alguno que no está iniciado en los misterios de su magia, le persiguen con toda crueldad. Finalmente, porque detestan toda virtud no admiten alguna sobre la tierra y afectan creer que todos los hombres son perversos. Basta que uno sea modesto, honesto y benéfico para que sirva de blanco a sus tiros.

Exhortamos a todos los que hubieren de viajar hacia aquellas regiones que se fortalezcan de buenas armas ofensivas, pues se ha observado que estos salvajes las temen mucho. Al verlas, solamente cesan de reír y

de hacer reír, lo cual es una señal cierta de que se ven forzados a represar su veneno. Éste refluye entonces sobre ellos y con tanta violencia que perecieran bien pronto si no se escapasen inmediatamente en busca de objetos sobre quienes puedan descargarlo. Esta es su única ocupación: se les ve correr de aquí para allá y rodar sin cesar con esta mira.

Los hombres más bárbaros que se hayan descubierto hasta ahora no carecen de algunas cualidades morales. Los insectos más molestos y los reptiles más venenosos tienen ciertas propiedades útiles. No sucede así en los cacovacos: toda su substancia no es sino veneno y corrupción. El manantial es inagotable y fluye siempre. Son acaso los únicos entes de la naturaleza que hagan el mal precisamente por gusto de hacer mal.

Se han recibido avisos seguros de que algunos de estos monstruos han venido a Europa. Se han dedicado a fingir los buenos modales de la gente culta, para introducirse y disfrazarse mejor, y se les encuentra en los concursos más agradables. Quieren, principalmente, hallarse entre mujeres y afectan que las aman, pero ellas son contra quienes especialmente exhalan su ponzoña. Sería difícil fijar indicios ciertos para reconocerlos. Aconsejamos solamente que se desconfíe de personas que se bufonean de todo: se descubrirá, tarde o temprano, que son cacovacos.

TESTAMENTO SINGULAR

ANÓNIMO¹

UN PARTICULAR DE PARÍS, gran novelista, escuchaba todos los días, en un café, a un abate muy furioso, enemigo de los ingleses. Este hombre le agradaba mucho, por sus vehementes y fogosas relaciones. Tenía siempre en la boca esta fórmula:

—Es menester levantar 300 hombres; es menester embarcar 300 hombres; el apoderarse de Londres no costará tal vez más que 300 hombres. Y esto es una bagatela.

Cayó enfermo el hombre particular y pensó, desde luego, en su querido abate, a quien ya no podía oír. Y se acuerda que le había prometido la próxima destrucción de los ingleses sólo con los 300 hombres. Y para demostrarle su reconocimiento —pues este buen hombre aborrecía a los ingleses, sin saber por qué— le dejó un legado y puso así en la cláusula: *Dejo mil doscientas pesetas de renta al abate treinta mil hombres. No le conozco por otro nombre, pero es un excelente ciudadano, que me ha asegurado, en Luxembourg, que los ingleses serán bien pronto destruidos.* Bajo la deposición de muchos testigos, que aseguraron que este era el sobre-nombre del dicho abate y que en efecto lo conocían por el abate treinta mil hombres, que frecuentaba Luxembourg y que siempre se había mostrado celoso antagonista de los ingleses, se le entregó el legado.

1 Anónimo, “Testamento singular”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de abril de 1813), t. I, núm. 126, p. 508. Véase *El no sé qué, por no sé quién*, “Al lector”, trad. y ed. de Román Hernández (Madrid: Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, primera parte, pp. 93-94.

LA HENRIQUETA. ANÉCDOTA INGLESA

ANÓNIMO¹

LA HERMOSURA DE HENRIQUETA era igual a su fortuna, pues nada podía faltarle al lado de su padre, que era un rico negociante de la Ciudad de Corke, en Inglaterra. Muchos amantes suspiraban por ella, pero sólo uno había podido agradaarla. Este era un joven que hacía algunos meses había fijado su residencia en aquel pueblo. Su atención y sus modales anunciaban un nacimiento distinguido. Gastaba como un hombre poderoso. Su nombre era Delfort. Sus rivales envidiaban su dicha y se admiraban de que difiriese su himeneo. Delfort quería, siendo no más que amante de Henriqueta, gozar los derechos de esposos y se lisonjeaba lograrlo. Se valía de diferentes pretextos para dilatar su unión y empleaba todos los medios posibles para seducirla. La severa virtud de Henriqueta se oponía a todas sus empresas. Ciego por su pasión, se valió, por último, de la violencia: la robó de casa de sus padres y la condujo a un pueblo vecino, donde se dio a conocer por el hijo de Shelton. Y debió, por último, a la fuerza su criminal dicha. Henriqueta pudo escaparse de su lado. Las personas que su padre había enviado en su busca la hallaron en el camino, la socorrieron y la condujeron a su casa. Su padre supo al instante, por su hija, su desgracia y su deshonor e hizo conducir a una prisión al malvado Delfort.

Henriqueta pedía el castigo del culpado y se apoyaba con la ley. Delfort conoció entonces su crimen y experimentó los agudos remordimientos de su conciencia. Aguardaba la sentencia de su muerte, pues las leyes inglesas la aplican en pena de la violencia. Sin embargo, suplicó a los jueces le permitiesen hablar a la persona a quien había ultrajado. Hen-

1 Anónimo, "La Henriqueta. Anécdota inglesa", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 26 de abril de 1813), t. I, núm. 127, pp. 510-512. Véase "Así va el mundo. Cuento", en *El no sé qué, por no sé quién*, "Al lector", trad. y ed. de Román Hernández (Madrid, Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, parte primera, pp. 71-74.

riqueta convino, a ruego de algunas personas, y se presentó en la sala de la Audiencia, donde estaba junto casi todo el pueblo.

—Ya ves a qué estado me veo reducido —la dijo Delfort—. Merezco la muerte. Y aunque vuestra piedad quisiese salvarme la vida, tal vez no podría lograrse ya. Pero si convenís en casaros conmigo, mi sentencia mudará de semblante. Henriqueta le miró, entonces, llena de indignación y le dijo:

—Confieso que en otro tiempo ha dependido de vos sólo el ser dueño de mi mano y de mi corazón, pero yo debo dar este ejemplo a mi sexo. Es verdad que la muerte que vais a sufrir no me volverá el honor que he perdido, pero servirá, por lo menos, para aterrar a los malvados que piensen en imitarlos.

Todos aplaudieron esta respuesta. Los jueces la admiraron. Henriqueta recobró toda su estimación y no hubo ninguno de sus amantes que no mirase, desde entonces, su mano como la felicidad más lisonjera. A este tiempo, se vio entrar en la sala un anciano, que hacía esfuerzos para atravesar por entre la muchedumbre y que, mirando todo desfavorido a los jueces y al reo, se dio a conocer por el Lord Shelton. Instruido del malvado intento de su hijo y del peligro a que se hallaba expuesto, venía a ver si podía obtener su gracia, satisfaciendo a los que había ultrajado. El espectáculo que se presentaba entonces a sus ojos le llenó de espanto. Su dolor y su ancianidad interesaban a su favor. Todos se compadecían de él y querían poder aliviar su pena. Le instruyeron de lo que acababa de pasar y le dijeron que el perdón de su hijo dependía de Henriqueta. Se echó a sus pies y la pidió, llorando, que no le causase un dolor tan amargo que abreviaría pronto el curso de sus días. Estas palabras enternecieron a Henriqueta. Sus lágrimas se mezclaron con las del anciano. No pudo resistirse a un padre que pedía la vida de su hijo.

—¡Cuán elocuente es la naturaleza! —dijo Henriqueta—. Me vence, cedo a su poder. Ojalá vuestro hijo vuelva en sí y siga la virtud de que le dais tan noble ejemplo. Delfort es mi esposo —dijo a los jueces—. Perdonadle su crimen, pues ya no hay quien pida contra él.

Los jueces le absolvieron gozosos. Henriqueta se unió al instante a Delfort con los lazos de himeneo y éste no cesó de amarla, de detestar sus errores y de repararlos.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

SEVILLA 30 DE AGOSTO. TÍMIDOS Y LLENOS DE CONFUSIÓN, los infidentes, al oír que se acercaban nuestras tropas, procuraban ampararse de los enemigos, a cuyos cuarteles y puntos fortificados acudían precipitadamente con aquellas alhajas más preciosas que tenían. Una pobre mujer, que advirtió aquellas carreras desatinadas, preguntó a un curro de la Macarena, que iba casi a su lado, cuál era la causa de tan extraña novedad. Y éste le contestó con mucha flemma:

—¡Señora, qué quiere ud. que sea esto! Una cosa de que jamás nos habían hablao los preicaores: que tendríamos dos días de juicio. ¿No ve ud. cómo los malos se separan de los buenos? Pues yo no he estudiao, pero las cosas que están tan a la vista...

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 27 de abril de 1813), t. I, núm. 128, p. 516.

ANÉCDOTA DE CARLOMAGNO SOBRE EL LUJO

ANÓNIMO¹

LA CONQUISTA DE ITALIA por los franceses, en tiempo de Carlomagno, produjo en esta nación el gusto a los vestidos de seda, guarnecidos de las ricas pieles que los venecianos traían de Levante. Viendo un día Carlomagno a todos sus cortesanos vestidos de este modo, les propuso una cacería y montó al instante a caballo, estando lloviendo y nevando, cubierto,² según su costumbre, de una piel de carnero muy fuerte, atada con desaliño a las espaldas, la cual volvía hacia donde venía el aire o la lluvia. Los cortesanos no se atrevieron a negarse a seguirle. Sus magníficas pieles y sus frágiles sedas se rompieron entre las zarzas y la maleza y se mojaron y mancharon con la nieve. Vinieron de caza muertos de frío. Y al instante, quisieron retirarse para repararse y mudar de ropa, pero el rey no lo permitió.

–Enjuguémonos –dijo, acercándose a la lumbre y convidándoles a hacer lo mismo.

A medida que el fuego iba secando los vestidos, encogía y arrugaba las pieles y las dejaba inservibles. El rey hacía como que no lo advertía, pero se divertía en verlos tan estropeados. Al despedirlos, les dijo:

–Mañana haremos la misma cacería, y con los mismos vestidos.

Al día siguiente, se presentaron en palacio, según la orden del rey, siendo el objeto de la risa de toda la corte con sus rotos y estropeados vestidos, que se caían a pedazos. El rey les dijo, después de haberse mofado muy bien de ellos:

1 Anónimo, “Anécdota de Carlomagno sobre el lujo”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 3 de mayo de 1813), t. I, núm. 134, pp. 539-540. Véase *El no sé qué, por no sé quién*, “Al lector”, trad. y ed. de Román Hernández (Madrid: Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, primera parte, pp. 42-43.

2 Se incluye la palabra “cubierto” porque corresponde más al sentido de la oración. Nota agregada.

—Sois unos locos, pues no advertís la diferencia que hay entre vuestro lujo y mi sencillez. Mi vestido me cubre y defiende. Si se gasta, lo que no sucede sino después de mucho tiempo, me cuesta muy poco el comprar otro. El vuestro sólo os sirve de adorno y no de comodidad; el más ligero accidente lo destruye; se gasta muy pronto; y cuesta grandes tesoros.

SENTENCIA

ANÓNIMO¹

LA PRUDENCIA SIN EL VALOR es inútil y el valor que no está guiado por la prudencia es furor.

1 Anónimo, "Sentencia", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 3 de mayo de 1813), t. I, núm. 134, p. 540. Véase D. R. C., *Tesoro de la sabiduría de todos los siglos y países* (Madrid: 1858), p. 193.

[ANÉCDOTA]

JOSÉ CADALSO¹

SEÑOR DIARISTA, CUANDO CARLOS II se aproximaba al colmo de sus días, Luis XIV, que nada más deseaba que colocar en el trono hispano a su nieto Felipe, dio orden a todos los comandantes de buques franceses de que siempre que arribasen a algún puerto de la península procurasen, por todos los medios posibles, el conformarse a las costumbres españolas. Esta medida política, tan adecuada para facilitar el éxito deseado por Luis, dio ocasión a un suceso gracioso y singular.

Arribó a Cartagena una corta escuadra francesa y su comandante destacó un oficial para que cumplimentase, de su parte, al gobernador de la plaza. Mandóle que, antes de desembarcar, observase si en los españoles había alguna particularidad que pudiera imitarse por los oficiales franceses y que se la noticiase inmediatamente, antes de saltar en tierra. Acércase al muelle el oficial a las dos de la tarde, tiempo el más caluroso de una siesta de julio. Miró qué gentes acudían al desembarcadero, mas el rigor de la estación había despoblado el muelle y sólo había en él un religioso, grave, con anteojos puestos, y no lejos de él un anciano, también con su par de anteojos. El oficial francés, nada apto para hacer especulaciones morales sobre las costumbres de los pueblos, creyó que todo vasallo del rey de España, de cualquiera estado, edad y condición, estaba obligado, por alguna ley hecha en cortes o por alguna pragmática sanción, en fuerza

1 Anónimo, "[Anécdota]", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 6 de mayo de 1813), t. I, núm. 137, pp. 551-552. Se indica: "J. M. Norlet." Escrito como carta, el texto original carece de título. Véase José Cadalso, "Carta 63 del mismo al mismo", en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 23 de mayo de 1789), t. V, núm. 261, pp. 2907-2908. "Carta LX. Del mismo, al mismo", en *Cartas marruecas* (Barcelona: Imp. de Piferrer, 1796), pp. 140-143. "Carta 60. Del mismo al mismo", en *Cartas marruecas*, ed. de Juan José Amate Blanco (Barcelona: Plaza & Janes, 1984), pp. 188-190.

de ley, a llevar de día y de noche su par de anteojos, y esto por lo menos. Volvió a bordo a noticiar a su comandante lo que había observado.

No es, señor diarista, mi pluma suficiente par dar una idea adecuada del apuro de toda la oficialidad para hallar tantos pares de anteojos cuantas eran las narices. Mas de él salieron pronto porque quiso la casualidad que un comerciante pasajero llevase unas cuantas docenas de anteojos. Y de contado, se pusieron los suyos el comandante, su segundo, los oficiales y demás de la tripulación que desembarcó. A la noticia de haber llegado una escuadra francesa, acudió infinita gente al desembarcadero, cuya sorpresa no fue compatible con cosa de este mundo cuando desembarcaron los franceses, mozos por la mayor parte, galanes, primorosos, mas cargados de tan importunos muebles. Los soldados de las galeras del puerto habían acudido con el pueblo. Mas como esta gente es la más desalmada, no pudieron contener la risa. Los franceses, picados de las burlas, se hicieron con los de las galeras de palabras. Éstos seguían en sus risas. Y al fin, vino a parar en un alboroto. Éste hubiera seguido si la prudencia del gobernador de la plaza y del comandante de la escuadra no lo hubiera contenido en sus principios.

Quietos ya los ánimos, se celebró entonces el caso por todos, con lo que concluye, señor diarista, su apasionado J. M. Norlet.

ANÉCDOTA SOBRE LA BENEFICENCIA

ANÓNIMO¹

PASEÁNDOSE EL EMPERADOR DE AUSTRIA, hijo de la benéfica María Teresa, solo por las calles de Viena, vestido de particular, encontró una joven desconsolada y llorosa, que llevaba bajo el brazo un atado o paquete.

—¿Qué tenéis? —la dijo cariñosamente—, ¿a dónde vais?, ¿podré yo aliviar la pena que os aflige?

—Llevo aquí ropas de mi desdichada madre —respondió la joven al príncipe, a quien no conocía—. Voy a venderlas.

Y añadió con una voz lastimosa:

—Este es nuestro último auxilio. ¡Ah!, si mi padre, que derramó tantas veces la sangre por la patria, viviese ahora, o si hubiese conseguido el premio debido a sus méritos, VMD. no me vería en este estado.

—Si el emperador —le respondió el monarca— hubiera sabido vuestros trabajos, los hubiera consolado. Debíais haberle presentado un memorial y hablado a alguno que le hubiese noticiado vuestra necesidad.

—Ya lo he hecho —replicó ella—, pero inútilmente. El sujeto a quien me dirigí me ha dicho que no había podido conseguir jamás cosa alguna.

—No os han dicho la verdad —contestó el príncipe, disimulando el dolor que le causaba semejante relación—. Yo os puedo asegurar que nada le habrán dicho de vuestra situación. Él es muy amante de la justicia y no deja perecer de esa suerte la viuda y la hija de un oficial que lo ha servido bien. Haced un memorial y llevádmele mañana a palacio, a tal hora

1 Anónimo, “Anécdota sobre la beneficencia”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 9 de mayo de 1813), t. I, núm. 140, pp. 562-564. Véase “Rasgo de justicia”, en *El padre de familia. Lecturas morales, instructivas y agradables para los niños que concurren a las clases de instrucción primaria*, comp. y “Razón de este librito a los padres, maestros, discípulos y demás personas que quieran hacer uso de él” de D. Joaquín Roca y Cornet (Barcelona: Imp. de J. Tauló, 1845), pp. 159-162.

y tal lugar. Si todo cuanto me habéis dicho es verdad, yo haré que habléis al emperador y, seguramente, os hará justicia.

Aquella joven, enjugando sus lágrimas, daba mil gracias al desconocido, cuando añadió éste:

—Y así, en tanto, no vendáis esos muebles de vuestra madre. ¿Cuánto juzgáis que valdrán?

—Seis ducados.

—Pues permitidme que yo os preste doce hasta tanto que veamos el éxito de mi solicitud.

Maravillada de este suceso, corre a su casa, entrega a su madre los doce ducados y el paquete y le cuenta las esperanzas que le acaba de dar un señor desconocido. Ella lo pudo pintar tan bien que sus parientes, que la escuchaban, conocieron que era el emperador. Desconsolada por haber hablado tan libremente, no podía resolverse a ir al día siguiente a palacio. Sus parientes la pudieron conducir y, en fin, llegó allá toda temblando de ver a su soberano en su bienhechor y se desmaya. Entretanto, el príncipe, que la había preguntado el día antes el nombre de su padre y el regimiento en que había servido, se había informado y sabido que era cierto lo que ella le dijo. Luego que volvió en sí, el emperador la hizo entrar en su gabinete, acompañada de sus parientes, y la dijo:

—Ved aquí, señorita, un despacho para que vuestra señora madre goce una pensión igual a la renta que tuvo vuestro padre, cuya mitad vendrá a vos si acaso tenéis la desgracia de perderla. Yo siento no haber sabido antes vuestra situación, para haberla socorrido.

Desde este tiempo, señaló el emperador un día fijo cada semana en que da audiencia a todos.

El hecho que sigue caracteriza igualmente el alma benéfica y compasiva de este virtuoso príncipe.

Un chico de tres años, poco más o menos, se paró delante de su coche, en Viena, y le dijo:

—Señor, nunca he pedido limosna, pero mi madre se está muriendo. Y para que la vea el médico es necesario un florín. Y no lo tenemos.

—¡Ah!, si vmd. me diera un florín, yo podría hacer que mi madre sanase. Y seríamos muy felices.

Habiéndole preguntado el soberano por el nombre y casa de la enferma, el chico le satisfizo. Y echándose a sus pies, le dijo que aquella era la primera y que sería la última vez que mendigase.

Dióle el emperador un florín y el chico escapó, sin pensar en hacer expresión alguna de reconocimiento.

El emperador, después, se emboza en su capa y, acompañado de uno de los de su comitiva, se entró en la casa de la enferma, la cual, teniéndole por médico, le hace relación de la enfermedad y le señala el tintero y papel de su hijo, suplicándole le pusiese una receta adecuada a su situación. El emperador escribió la receta, consoló a la pobre afligida y se retira. Apenas había salido, cuando el niño entra con su florín y un médico. La madre, admirada, le dijo que había tenido la visita de otro doctor, el cual le había dejado una receta, que mostró. El médico leyó la supuesta receta. Y habiendo conocido la firma del príncipe, explicó el enigma. Era, pues, una asignación de 50 ducados, del bolsillo secreto de este generoso príncipe, que pone su gloria en socorrer la humanidad afligida.

SENTENCIA

ANÓNIMO¹

EL SABIO CONOCE AL IGNORANTE porque en algún tiempo está cubierto de las tinieblas de la ignorancia. Pero éste no puede conocer al sabio porque nunca ha sido ilustrado por la luz de la sabiduría.

1 Anónimo, "Sentencia", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 11 de mayo de 1813), t. I, núm. 142, p. 572. Véase Al-Mubassir ibn Fâtik, *Bocados de oro* (Toledo: Pedro Hagembach, 1502), p. xxvii.

CUENTO. VALE MÁS PRECAVER LOS DELITOS QUE CASTIGARLOS

ANÓNIMO¹

UN POBRE MENTECATO fue amenazado por el criado de un señorón de que le había de matar y colgar su cabeza en el garabato. Aterrorizado con esta idea, se quejó al amo y éste le contestó:

–No tengas cuidado, que si él te matare, yo le mandaré ahorcar.

–Ah, señor –respondió el mentecato, muy alborotado–, es mejor que lo ahorques antes que me mate.

1 Anónimo, “Cuento. Vale más precaver los delitos que castigarlos”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 13 de mayo de 1813), t. I, núm. 144, p. 579. Véase Melchor de Santa Cruz, *Floresta española de apotegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas de algunos españoles* (Bruselas: Casa de Huberto Antonio Velpio, 1655), pp. 204-205. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo XVI* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), p. 235.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

LEOPOLDO, DUQUE DE LORRAINE, quiso hacer bien a un pobre y honrado hidalgo que, a pesar de sus miserias, jamás le había pedido cosa alguna. Este príncipe jugaba un día con él a los cientos y perdía tanto que el pobre hidalgo le dijo:

–Señor, jugáis muy desgraciadamente. Es mejor que lo dejemos.

Y respondió Leopoldo:

–Nunca me ha servido mejor la fortuna, pero yo quisiera conocerlo solo.

Este gran príncipe había encontrado el único medio de hacerse feliz, que consiste en hacer bien. Casi toda su vida está llena de estas acciones, tal que uno de sus ministros llegó a decirle que sus vasallos le arruinaban. Pero él respondió, lleno de una dulce satisfacción:

–Tanto que mejor, amigo: yo seré más rico cuando ellos sean más dichosos –sentencia digna de grabarse en bronce y repetirla constantemente a los que gobiernan los estados.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 16 de mayo de 1813), t. I, núm. 147, p. 591. Véase Jean-Baptiste Blanchard, *L'École des mœurs ou réflexions morales et historiques sur les maximes de la sagesse* (Paris: Lebigre Frères, Libraires, 1837), t. I, p. 122. *Escuela de costumbres o reflexiones morales e históricas sobre las máximas de la sabiduría*, trad. de Ignacio García Malo (Madrid: Imp. de la viuda e hijo de Marín, 1797), t. II, p. 161. *Escuela de costumbres o máximas razonadas de filosofía moral*, trad. de Vicente Valor (Valladolid: Imp. de D. J. de la Cuesta y Compañía, 1852), t. I, pp. 167-168. *Colección de buenos ejemplos sacados de autores antiguos y modernos para instrucción y recreo de la juventud* (Gerona: Imp. de F. Dorca, sucesor de J. Grases, 1861), p. 14.

SENTENCIAS

ANÓNIMO¹

LA CIENCIA MÁS DIFÍCIL ES EL CONOCIMIENTO de nosotros mismos.

La desgracia no es más que una para el que la sufre con constancia, pero es doble para el que la recibe con impaciencia.

1 Anónimo, "Sentencias", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 16 de mayo de 1813), t. I, núm. 147, p. 592.

LAS LETANÍAS CAMPESTRES. IDILIO

FRANÇOIS-AUGUSTE-RENÉ DE CHATEAUBRIAND¹

YA LAS HORAS RISUEÑAS PARA LA CABAÑA se deslizan hacia nosotros, amable Myrtilo, y el toque alegre de las campanas del templo hace a nuestros comarcanos abandonar su rústico trabajo. El viñador desciende por los sinuosos bosques de la colina, el labrador atraviesa alborozado sus verdes sementeras, el leñador sale de los montes sombríos, las madres cierran sus rústicas cabañas y toman de la mano a sus pequeños hijos y las jóvenes pastoras dejan los husos, las corderas y las fuentes para venir a celebrar la pomposa festividad de los campos. Todos se juntan ya en el silencioso cementerio del templo y pisan con planta reverente el grato verdor que cubre los sepulcros de sus abuelos.

Ya estamos todos juntos, representando el vivo cuadro de los antiguos patriarcas cuando juntaban sus familias para ofrecer la víctima sagrada al Dios propicio de los campos y de la naturaleza.

Pero el párroco llega y le acompaña el clero del lugar vecino, que es la matriz. Y viene con destino de acompañar la ceremonia. Ese anciano respetable es nuestro *cura*, nombre venerable para nosotros, con el que el digno pastor ha confundido el suyo propio, y que más que el ministro del templo indica el padre laborioso del rebaño. Ya sale de su presbiterio, construido sobre la morada de los difuntos, y en donde, constituido como una guardia avanzada a las fronteras de la vida, está para recibir a todos los que entran y salen de este reino de dolores.

1 Anónimo, “Las letanías campestres. Idilio”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 24 de mayo de 1813), t. I, núm. 155, pp. 622-624. Véase “De las rogativas”, en François-Auguste-René de Chateaubriand, *Genio del cristianismo o bellezas poéticas y morales de la religión cristiana*, trad. de D[on] T[orcuato] T[orio] de la R[iva] (Madrid: Imp. de la hija de Ibarra, 1806), t. iv, pp. 35-37.

Ay, amable Myrtilo, convierte tus ojos a esa respetable mansión del ser eterno escondido y deja a tu espíritu que penetre los abismos de su sabiduría, de su bondad y de su amor. Pero no, no profundices sus inescrutables secretos. Adórale en silencio e invócale en tu corazón. Mira, unos álamos elevados, una parra alrededor de su ventana y algunas palomas campesinas componen toda la herencia de nuestro cura, de ese rey de los sacrificios. Es apóstol del Evangelio, pues, vestido de ese sencillo sobrepelliz, junta sus ovejas delante de la gran puerta del templo campestre y les explica la ceremonia con un sencillo y humilde discurso. Él es bellísimo, sin duda, pues nos hace derramar lágrimas de ternura. “Hijos míos, mis amados hijos”, repite por momentos, cuando nos anuncia las gracias y las bondades del salvador de los hombres. Y he aquí todo el secreto del Crisóstomo campestre.

Ha cesado la exhortación y ya el rebaño fiel, presidido de su pastor y del clero que le acompaña en sus cánticos sagrados, desfila por las praderas, en reuniones ordenadas, cantando *Vosotros saldréis con placer y seréis recibidos con alegría. Saltarán las colinas y os oirán con gozo*. El estandarte de los santos y la antigua bandera de los tiempos caballerescos abren el camino, conducidos por un anciano. Y todos le siguen, llenos de un espíritu sagrado. Ya se entran por los caminos sombríos, saltan las barreras formadas con un solo tronco de árbol. Caminan a lo largo de una hilera de espinos, donde susurra la abeja y silban las calandrias y gorriones. Todos los árboles muestran la esperanza de sus frutos y la naturaleza es toda un ramillete de flores. Los montes, los valles, los ríos y las rocas oyen alternativamente los himnos de los labradores, que siguen por las escarpas manchadas de los varios colores con que la mano del Creador ha hermoseado toda la campiña. Admirados de estos cánticos, los huéspedes de los campos salen de los nuevos sembrados y se paran a alguna distancia, a ver pasar la pompa aldeana.

En esta fiesta, son invocados los ángeles, primero que los santos, como los genios benéficos que están expresamente encargados de presidir a las mieses, a las fuentes, a los rocíos, a las flores y a los frutos de la tierra.

Vuelve, en fin, a entrar la procesión en la iglesia campestre y cada uno se vuelve a su trabajo, pues no ha querido la religión que el día en que se piden a Dios los bienes de la tierra lo fuese también de ociosidad. ¡Con qué esperanzas tan lisonjeras entran la reja en los surcos después de haber implorado al que dirige los astros y guarda en los tesoros de su poder los vientos del mediodía y las templadas lluvias!

RASGO DE AMISTAD FRATERNAL

ANÓNIMO¹

EL HIJO DE UN RICO COMERCIANTE DE LONDRES se entregó en su juventud a los mayores excesos, despreciando los consejos de su padre, a quien, al fin, irritó hasta el último punto. Este anciano, ya para terminar la carrera de sus días, arregló su testamento y, por cláusula expresa, desheredó a su hijo, bajo cuya disposición murió.

Dorval, instruido de la muerte de su padre, hizo las más serias reflexiones y, conociendo sus extravíos, lloró amargamente su suerte. La disposición de su padre no le arrancó la menor expresión injuriosa, sino que, respetándola, dijo solamente estas palabras: *Yo lo merezco*. Esta moderación llegó a oídos de su hermano, Genneval, quien, encantado del arrepentimiento de Dorval, salió en su busca y, abrazándole, le dijo las siguientes memorables palabras:

—Querido hermano, nuestro padre es verdad que me instituyó en su testamento por su legatario universal, pero él desheredó a un hijo extraviado, no a un hijo bueno, como eres ahora. Yo te restituyo la parte que justamente te corresponde.

1 Anónimo, “Rasgo de amistad fraternal”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 24 de mayo de 1813), t. I, núm. 155, p. 624. Véase “Trait d’amitié fraternelle”, en *La morale en action ou élite de faits memorables et d’anecdotes instructives* (París: Louis Duprat-Duverger, 1811), pp. 144-145. *Anecdotes morales e instructives* (Tourney: Imp. de J. Casterman, 1825), pp. 11-12. “Le bon frère”, en N. Wanstrocht, *Recueil choisi de traits historiques et de contes moraux*, pref. de Alfred House (Nueva York: W. B. Gilley, E. Bliss, Collins & Co/Collins & Hannay and G. & C. & H. Carvill, 1829), pp. 62-63. “Genneval et Dorval”, en M. Lebon, *Lectures morales ou nouvelle morale en action* (París: Garnier Frères, Libraires-Éditeurs, 1903), pp. 44-45.

ARTÍCULOS QUE PUEDEN SERVIR DE FE DE ERRATAS AL *DICCIONARIO RAZONADO. MANUAL*

ANÓNIMO¹

ALMA. EL PRINCIPIO DE LA VIDA. Significa también lo mismo que persona. V. gr., cuando decimos: ¿Compra alguno el Censor general? Y se nos contesta: *Ni un alma acude a los puestos a comprarle*. Otras veces equivale a valor, magnanimidad, etc. V. gr., ¿Qué alma tan grande la del célebre caudillo Mina! Otras veces es conciencia. V. gr., ¿Qué pícaros son los enemigos de la libertad de su patria! *Esas gentes no tienen alma*. También equivale a necesidad, como cuando decimos el autor del *Diccionario razonado. Manual* debe ser algún alma de cántaro. Y a simpleza o mentecatez. V. gr., *El Censor padre es un pobre hombre; es un Juan de buen alma*.

Aritmética política es aquella ciencia de que se valen los buenos gobiernos para ajustarnos las cuentas a los que vivimos en una sociedad. Usando bien de ella, se evita que sean más los zánganos que las abejas y se consigue que todos trabajemos como es debido para ganar el sustento con el sudor de nuestros cuerpos. No es decible la tirria que tienen a esta ciencia utilísima los holgazanes. Contra ella claman, chillan y... ¡Ya se ve! ¡No es extraño! ¿No han de clamar? ¿No han de chillar? Por fuerza...

Apocalipsis. Aquel libro canónico que escribió S. Juan Evangelista, refiriendo las revelaciones misteriosas que tuvo. Yo no concibo que aquel Apolion, de que habla, pueda ser Napoleón Bonaparte, el corzo, pues Apolion

1 Anónimo, "Artículos que pueden servir de fe de erratas al *Diccionario razonado. Manual*", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de mayo de 1813), t. I, núm. 156, pp. 627-628. Se indica: "Conciso." Véase *El conciso* (Cádiz, Imp. de Don Manuel Ximénez Carreño, 7 de julio de 1812), núm. 7, pp. 2-3.

significa Ángel exterminador y Bonaparte, aunque es *exterminador*, de ninguna manera es ángel, sino un bicho dañino y maldito, si los hay.

Biblia. Llámense así los libros canónicos del viejo y nuevo testamento. Los gerundios y los serviles abusan, sacrílega y escandalosamente, infinitas veces, de las divinas máximas y doctrinas que contienen, causando los mayores daños a la fe y a la única y verdadera religión de Jesucristo, que todos los españoles profesamos.

Bonaparte (Napoleón). Es el Nabucodonosor, el Ciro, el Alejandro. En una palabra, el tirano de nuestra era. Enemigo de las ideas liberales y justas, de la independencia y libertad de los pueblos, déspota por naturaleza y por política y...

Celibato. ¡Gran vida! Vivir sin mujer, sin chiquillos, sin suegros, sin cuñados, sin familia. ¡Gran vida! Gozar de cuantas comodidades se pueda, sin tomar a su cargo la propagación de la especie humana. Y más que el mundo se acabe, que no se acabará ninguna cosa buena. ¡Gran vida! Esa es la vida que estoy pasando yo, mientras encuentro una muchacha virtuosa y rica con quien casarme, para pasar luego otra más conforme a las miras del Creador y más útil a la sociedad.

EL QUE MALAS MAÑAS HA TARDE O NUNCA LAS PERDERÁ

ANÓNIMO¹

SE ENCIERRA EN EL DÍA, EN LA CORTE DE CÁDIZ, un cierto número de personas pertenecientes a la célebre secta de *Pretendientes*, que tan numerosa era en España, por mal de nuestros pecados. Esta familia, que sin cuidar mucho ni poco de contraer verdaderos méritos, no perdía ocasión de ingerirse, adular, intrigar, sobornar y hacer toda suerte de humillaciones, hasta servir, en caso de necesidad, de *al...te*, si a tal precio esperaban obtener algún empleo o colocación. Esta honrada y *visible familia*, repetimos, ha estado como agachada durante una temporada en que veían, por una parte, que era tiempo en que mayores atenciones impedían que sus importunaciones fuesen escuchadas y, por otra parte, que se trataba de suprimir empleos y destinos. Pero ellos, que han visto la hora de haberse de proveer las plazas de las nuevas secretarías establecidas por la Constitución, acordándose de sus *mañas antiguas*, beben los vientos, encajan memoriales, hacen la rueda y... Así, ¡ ojo alerta!, señores dispensadores de las gracias, pues tal vez, tal vez, podríais ser sorprendidos. Y además, conviene no olvidar que suele acontecer que el hombre de verdadero mérito quiere más ser buscado o pretendido que *pretendiente*.

1 Anónimo, "El que malas mañas ha tarde o nunca las perderá", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 29 de mayo de 1813), t. I, núm. 160, pp. 643-644. Se indica: "Conciso." Véase *El conciso* (Cádiz, Imp. de Don Manuel Ximénez Carreño, 19 de junio de 1812), núm. 19, pp. 5-6.

CALABAZAS

ANÓNIMO¹

PUES SEÑOR, COMO DIGO DE MI CUENTO, fue el tío Antón Perulero, buen hombre y buen cristiano, a dar un paseo por los alrededores de su lugar. Y llegó bien cansado y bien molido a dar con su persona en un hermosísimo melonar.

—¡Loado sea Dios! —exclamó el tío Perulero a presencia de tantos melones—. ¡Qué grandes, qué buenos parecen! ¡Ah, melonero! —prosiguió diciendo—, si queréis venderme toda esta hacienda, y si nos ajustamos chico con grande, de todos salís en este mismo momento.

—Vaya en paz —contestó el guarda del melonar, y tanto más cuando se concluyó el ajuste. Y paz y gloria.

Conducidos los melones en varios carros a la casa del tío Perulero, se agolparon en derredor del montón que formaban los hijazos de aquél, sus nietecitos, las muchachas, las viejas de la casa, los rabadanes y pastores y ainda los demás que la novedad del carguío atrajo, por lo que pudiera pegárseles.

—Muchachos —dijo el tío Perulero—, a ellos y punto sea el postrero.

Dicho y hecho: abalanzáronse a la presa, empezó un destripamiento general de melones... Pero, ¡oh desgracia!, cala el Tiñoso uno y se halla con que sale *calabaza*. Prueba otro Catacaldos y ...*calabaza*. Le asesta el tío Pajuela a otro una rústica navaja y ¡...*calabaza*...!

—¡Demonio, qué es esto! —exclama despavorido el tío Perulero.

1 Anónimo, "Calabazas", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 3 de julio de 1813), t. II, núm. 3, p. 3. Se indica: "Aurora política mallorquina." Véase *Abeja española* (Cádiz, Imp. Patriótica, 25 de octubre de 1812), núm. 44, pp. 202-204. *Aurora política mallorquina* (Mallorca, Imp. de Miguel Domingo, 3 de enero de 1813), pp. 11-12.

Y como cuidadoso y cogitabundo, echa la vista a un melón odorífero, rollizo y de gran peso –que según los prácticos son señales infalibles de bondad–, tras, le hinca desaforadamente el cuchillo, saca tajada y ...no hubo remedio: se halló con que era ...*calabaza*.

Semejante ocurrencia le desespera, manda tocar a degüello, como si dijéramos, a que indistintamente se fuese echando mano de los melones para ver si se encontraba alguno que sirviese para saciar el apetito de los circunstantes.

–Pues señor, parte aquí: *calabaza*; parte allá: *calabaza*; toma de acullá: *calabaza*. Y para ahorrar de palabras, lo cierto del caso es que, entre tantos que parecían melones, no se encontró uno que no fuese *calabaza*.

Esto que he contado
parece una chanza,
pero amigos míos,
esto es lo que pasa.

EL PADRE MORIBUNDO Y SUS HIJOS. FÁBULA

ANÓNIMO¹

UN BUEN PADRE, Y ADEMÁS
hombre de mucha experiencia,
tocaba ya en el extremo
de sus horas postrimeras.
Enjugaba de sus hijos
las tristes lágrimas tiernas
y amaba entrañablemente
a los dos que le rodean.
Sin embargo, ya tenía
un proyecto en la cabeza.
Despide al mayor y hace
al hijo menor su arenga.
—Ya estamos solos —le dice—.
Toma esta llave secreta
y recibe por tu mano
toda mi oculta riqueza.
Responde atónito el joven:
—Padre, ¿que acción es aquesta?
¡Yo a mi hermano tal perjuicio!
Me lo impide la conciencia.
—¡Ah! —replica el moribundo—,
no digas palabra y lleva.

1 Anónimo, “El padre moribundo y sus hijos. Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 4 de agosto de 1813), t. II, núm. 35, pp. 3-4. Véase “El padre moribundo y sus dos hijos”, en E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1806), t. VIII, pp. pp. 314-315.

Y de cuál será la suerte
de tu hermano, nada temas.
Es tonto y será feliz.
Pero tú, lleno de ciencia,
si ahora no te protejo,
morirás en la miseria.

HOSPITALIDAD

ANÓNIMO¹

UN ÁRABE LLAMADO TALEB MATÓ al honrado padre del sensible emir Alcázar. Buscaba éste con indecible empeño al pérfido agresor, para tomar condigna venganza de la injuria, cuando un día, en que salía de su casa a continuar sus pesquisas, vio entrar a un incógnito, que sumisamente le pidió hospedaje, concediéndoselo al punto, dándole juntamente las más expresivas muestras de cariño y voluntad. Salió el emir a la mañana siguiente, recorrió todo el pueblo por ver si descubría al objeto de su indignación, mas no habiéndolo encontrado, volvió a su casa lleno de la más profunda melancolía. Le pregunta el extranjero la causa de su tristeza y él, después de reiteradas muchas instancias, le responde:

– Busco, sin poder hallarlo, a Taleb, homicida de mi virtuoso padre.

– ¡Ah! –exclamó el incógnito–, cesa ya de buscarlo: yo soy ese que solicitas.

– ¡Tú, Taleb! –le dice entonces el emir–. ¿Es posible...? Pero eres mi huésped. Toma este bolsillo, huye de mi casa, apártate de mi presencia, que yo veré después lo que he de hacer.

¡Hombre generoso!, recibe si no un adecuado elogio de tu rara virtud, a lo menos los justos tributos de la admiración de J. M. Norlet.

1 Anónimo, "Hospitalidad", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 15 de agosto de 1813), t. II, núm. 44, pp. 3-4. Se indica: "J. M. Norlet." Véase "Rasgo de virtud", en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Oficina de Hilario Santos Alonso, 9 de junio de 1787), núm. 67, pp. 282-283.

ANÉCDOTA MORAL

ANÓNIMO¹

VENID A VER CÓMO PROCEDEN LOS ESPÍRITUS rectos y tranquilos, los que sólo acuden al santuario de la justicia para acrisolar su derecho y pedir, por medios justos, lo que juzgan que les corresponde. Litigando tres eclesiásticos en cierto tribunal de España sobre la pertenencia de una capellanía de alguna consideración, se convinieron en vivir y mantenerse juntos durante el pleito y que todos los gastos y costas los hubiese de satisfacer el que lo ganase. Cada uno expuso sencillamente su derecho y el vencedor cumplió con lo pactado.

Este hecho nos prueba que para seguir un litigio y pedir en justicia lo que creemos se nos debe no es necesario romper los vínculos de la paz y la amistad, que conservan el orden social. Y el siguiente convence que el hombre de bien lejos de alterarse por verse privado de lo que creía suyo, y poseía con buena fe, se alegra de no retener lo que ha llegado a saber que es ajeno. El marqués actual de Villaverde, viviendo en Córdoba en situación deplorable, por falta de bienes, se puso un día a jugar con el conde de Hornachuelos. Y habiéndole ganado mil pesos fuertes, le dijo:

1 Anónimo, "Anécdota moral", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 21 de agosto de 1813), t. II, núm. 52, p. 4. Véase *La escuela de la felicidad*, trad. de Diego Rulavit y Laur [Jacobo de Villaurrutia López de Osorio] (Madrid: 1786). *Economía de la vida humana*, con el aumento de *La escuela de la felicidad* (Nueva York: Casa de Lanuza, Mendía y C., 1828), pp. 27-29. *Rasgos históricos de magnanimidad, valor y nobleza. Anécdotas, sentencias y ejemplos raros de virtud; dichos notables, cuentos fábulas y ocurrencias graciosas, en prosa y en verso*, recopil. de D. J. D. L. G. (Nueva York: Imp. de Don Juan de la Granja, 1835), pp. 86-87. *El museo mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas* (México, Imp. de Ignacio Cumplido, 1837), t. II, p. 495. *El museo mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas* (México, Imp. de Ignacio Cumplido, 1844), t. III, p. 253. Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, pról. de Rafael Gutiérrez Girardot, comp. y cronol. de Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot (Venezuela: Biblioteca Aya-cucho, 1989), p. 185.

–Conde, con este dinero te voy a poner pleito al marquesado de Villaverde, que me pertenece.

A lo que respondió el conde:

–Me alegraré que lo ganes. Y en prueba del gusto que tendré en ello, te prometo estrenar aquel día un coche magnífico, con libreas y todo lo demás correspondiente, sacarte al paseo conmigo, darte una gran comida, refresco y baile y ponerte coche para tu uso.

Seguido el pleito, lo perdió el conde. Y cumplió todo lo prometido, pagándole además, sin condenación alguna, las costas que se le habían originado.

RASGO DE GENEROSIDAD

ANÓNIMO¹

EL SIGUIENTE PUEDE MIRARSE como el colmo de cuanto son capaces de inspirar de sublime la generosidad, la grandeza de alma y la religión.

Una princesa de Polonia, que vino a París, se vio obligada a sangrarse. Se llamó a un cirujano muy conocido y tuvo éste la desgracia de cortar la arteria. La gangrena no tardó en infectar la parte y ganó rápidamente el brazo, que fue preciso cortárselo.

Esta cruel operación precipitó los días de la princesa y no se la pudo ocultar que no había esperanza de salvarla. Dos días antes de su muerte, hizo insertar en su testamento la siguiente cláusula.

Persuadida del perjuicio que mi accidente ocasionará al infeliz cirujano que es causa de mi muerte, le lego, sobre mis bienes, la suma de doscientos ducados de renta vitalicia y le perdono de todo mi corazón su yerro. Deseo que con esto se recompense del descrédito que le causará mi catástrofe.

1 Anónimo, "Rasgo de generosidad", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 23 de agosto de 1813), t. II, núm. 54, p. 4. Véase Pierre Blanchard, *Modèles des jeunes personnes ou traits remarquables, actions vertueuses, exemples de bonnes conduite* (Paris: P. Blanchard et Compie, 1811), pp. 93-94. *Modèles des jeunes personnes ou traits remarquables, actions vertueuses, exemples de bonnes conduite* (París: 1812), pp. 86-87. *Almanaque de la filosofía, o sea, diccionario de los pensamientos más selectos de Séneca, Cicerón y demás filósofos antiguos y modernos* (Valencia: Imp. de Gimeno, 1830), pp. 149-150.

PERDONAR LAS INJURIAS. ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

ALGUNOS PARTIDARIOS DE LA ANARQUÍA en Estocolmo llegaron a poner de su parte a un joven en quien hallaron espíritu y mérito. Y abusando de su miseria, le obligaron, a precio de dinero, a componer muchas sátiras contra el rey. Estos libelos cayeron en manos del príncipe, que los leyó. Y habiendo sido descubierto el autor, se lo hizo presentar. Puede juzgarse fácilmente la inquietud de éste cuando pareció a los pies del trono.

—Amigo mío —le dijo el rey—, escribís de lo mejor, pero os falta una cosa esencial: que es pan. Yo os hago mi bibliotecario. Continúa cultivando vuestros talentos. Os perdono lo que habéis escrito y lo que pudiereis escribir contra vuestro rey en lo sucesivo.

1 Anónimo, “Perdonar las injurias. Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 24 de agosto de 1813), t. II, núm. 55, p. 4. Véase Jean-Baptiste Blanchard, *L'École des mœurs ou réflexions morales et historiques sur les maximes de la sagesse* (Paris: Lebigre Frères, Libraires, 1837), t. I, p. 179. *Escuela de costumbres o reflexiones morales e históricas sobre las máximas de la sabiduría*, trad. de Ignacio García Malo (Madrid: Imp. de la viuda e hijo de Marín, 1797), t. II, pp. 265-266. *Escuela de costumbres o máximas razonadas de filosofía moral*, trad. de Vicente Valor (Valladolid: Imp. de D. J. de la Cuesta y Compañía, 1852), t. II, p. 28.

FÁBULAS LITERARIAS. INTRODUCCIÓN. FÁBULA PRIMERA. LA ZORRA Y EL CONEJO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

EN LAS PUERTAS DE SUS CUEVAS,
estaban el sol tomando
una zorra y un conejo,
que de esta suerte se hablaron.
—Oiga ud., compadre mío
—dijo aquélla, murmurando—,
confiese que es muy inútil
y se toma mil trabajos.
Para buscar la comida,
suele ud. subir muy alto
y se complace royendo
los frutos más elevados.
¿Para qué, pues, tanta pena?
¿No fuera más acertado
roer del árbol el tronco,
que es, sin duda, más descanso?
A más de eso, en su persona
tiene ud. defectos varios:
angostos, agudos dientes,
bigotes muy prolongados.
Vaya, amigo, no se engría,
que si bien es ud. blanco,

1 Anónimo, "Fábulas literarias. Introducción. Fábula primera. La zorra y el conejo", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 26 de agosto de 1813), t. II, núm. 57, pp. 3-4. Se indica: "Batilo."

tiene también defectillos,
que no pueden lisonjearlo.
El conejillo, sonriendo,
así responde a sus cargos,
que aunque joven es astuto
y de experiencia dotado:
—Es verdad que subir suelo
a los árboles más altos
y roer su fruto, no el tronco,
mas yo sé bien lo que me hago,
porque si éste yo royera,
con el tiempo vendría abajo
y me quedara en ayunas
sin aquéllos y sin árbol.
Por lo que hace a las faltillas
que ud. me imputa de grado,
procuraría corregirlas
si ud. fuese juez más apto,
mas no siéndolo, tan sólo
mi deprecio se ha granjeado,
que es ud. muy envidioso
y de carácter muy falso.
Así yo cuando censuro
los defectos literarios
a ellos sólo me dirijo.
Sus autores dejo salvos
y estoy pronto, en cualquier tiempo,
a corregir mis desbarros,
cuando un sabio los reprende;
cuando un necio, a depreciarlo.

FÁBULA SEGUNDA. EL HERRERO Y EL CARPINTERO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

UN HERRERO TIZNADO,
sucio y mal puesto,
echa en cara estas faltas
a un carpintero.
Lo mismo algunos
ajenos vicios notan,
sin ver los suyos.

1 Anónimo, "Fábula segunda. El herrero y el carpintero", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 29 de agosto de 1813), t. II, núm. 60, p. 4. Se indica: "Batilo."

EN EL FALLECIMIENTO DE GANICIA. CANTO DE MUERTE

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES¹

¿QUIÉN ES AQUEL MONSTRUO que con fatal presura va segando la brillante flor de la humanidad para asolar al universo? La espada de la guerra arma su diestra detestable y de su horrenda boca veo salir raudales venenosos, que todo lo inficionan y consumen. ¡Ah!, tú eres, muerte inexorable, tú, que has arrebatado con mano cruel el objeto más precioso a que el cielo había unido mi corazón en el colmo de sus gracias inmortales. Tu segur levantada perdonó al delincuente y malvado asesino que el cielo maldice y la sociedad detesta y la dejaste caer sobre la vida de mi angelical *Ganicia*, de aquella joven madre a cuya sombra crecían los pequeños renuevos de nuestra existencia y ternura, que algún día habían de llevar sus virtudes al seno de la sociedad. Tan ciega como cruel, hiciste que mi propio pecho fuese el altar de tan terrible sacrificio... ¡Ay...!, tú sabías que mi vida estaba unida a la suya y con todo... Pero yo cerré sus ojos... La religión santa reanimó mi espíritu desfallecido en el momento más terrible de mi vida... Su voz augusta resonaba por todo aquel recinto y el ministro santo, que la profería como su enviado, consagró mis angustias para ofrecerlas como expiación al Señor de su vida. ¡Religión santa, religión consoladora!, tú presidiste en nuestra dulce unión, santificando los lazos de la naturaleza, y tú viniste a disolverlos, consagrandos los últimos suspiros de la virtuosa *Ganicia*. Cuando la amargura de la tribulación se apodera de mi alma, tú me trasfieres a aquel momento en que el Juez Eterno ha de romper las piedras de los sepulcros y veo a la

1 Anónimo, "En el fallecimiento de Ganicia. Canto de muerte", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de septiembre de 1813), t. II, núm. 63, pp. 1-3. Se indica: "Quebrara."

joven madre romper el suyo, presentándose a su creador con todos los rasgos de la inmortalidad. Sus miradas serenas y majestuosas y el aire todo de su continente están expresando la felicidad del justo y su primer éxtasis cuando entra en una nueva vida de placeres inmortales. La muerte pierde para mí toda su fuerza en este momento y no me es ya un objeto fúnebre. Los rayos de la esperanza iluminan el sepulcro de mi *Ganicia*. Su eternidad comienza y yo la oigo proferir estas palabras: Entro en la claridad de los inmortales; voy a unirme a mi Creador.

La luz de esta verdad consoladora disipa de mi corazón las sombras de los sepulcros; destruye el imperio del tiempo e imprime en mi alma la imagen más agradable... ¿Pero qué naturaleza es la mía...? ¿Vuelven las lágrimas a inundar mis cansados ojos? ¡Cruel memoria...! Cuantos objetos la rodeaban me recuerdan su amabilidad y sus virtudes, aquellas virtudes puras que santificaron nuestra unión y que... ¿Pero ya no existe...! ¿Delirio...? Fantasía humana, ¡qué cruel eres para un corazón sensible que...! ¿Pero...! ¿Ha hecho la muerte otra cosa que mudar la escena de su vida...? ¿Que trasladarla del país de la tribulación a la mansión de los placeres inmortales...? Mas la hora suena, interrumpiendo el lúgubre silencio de la noche... ¿Las tres...! Cuarenta veces he oído esta misma hora, inundado en la más amarga aflicción, pero un vislumbre de esperanza me consolaba. Ya no existe y se disipó como humo. ¡Ah!, ese metal sonoro: el centinela de la noche con su grito monótono, el eco de sus compañeros y el canto de la ave nocturna están indicando el rápido paso de las horas y los momentos que se deslizan al abismo de la eternidad, arrasando las generaciones a aquel abismo que me recibirá en su seno muy en breve y que volverá a unir nuestras almas inseparablemente... ¡Dios eterno, única luz y vida de los mortales!, inunda el alma de mi *Ganicia* en la quietud y gloria de los justos y guía, al mismo tiempo, mis pasos por las sendas de su santa ley, hasta el término en que pueda yo unir mi voz con la suya, para entonar el himno de gloria ante tu augusto trono, donde se acatan todos los coros celestiales.

FÁBULA TERCERA. EL LOBO Y EL PERRO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

ENTRE SÍ DECÍA UN GRAN PERRO:

–Soy valiente y belicoso,
invencible, victorioso,
¿en la selva a quién no aterro?
En esto, baja del cerro
un fiero lobo bramando.
Velo el perro y, contemplando
de su vientre las cavernas,
con el rabo entre las piernas
da a correr, pero ladrando.
Conozco varios
que en disputas concluidas
siguen ladrando.

1 Anónimo, “Fábula tercera. El lobo y el perro”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 4 de septiembre de 1813), t. II, núm. 65, p. 4. Se indica: “Batilo.”

LA NOCHE. DECLAMACIÓN DE UN PECADOR

ANÓNIMO¹

LA NOCHE LLEGA. MI ALMA RECUERDA las acciones del día. ¡Qué horror! Una culpa sigue en pos de otra y otra. Mi entendimiento no ha discutiendo sino en maldades, que fríamente he ejecutado. Mis ojos se inclinaron a la maldad y mis manos la asieron. Todos mis movimientos se dirigieron a la iniquidad y yo les comunicaba gustoso el impulso con los objetos que me rodearon. Y mis obras y mis palabras respiraron la desvergüenza y la inmoralidad... ¡Qué espectáculo tan terrible para mi corazón agitado! El dolor y la congoja se pintan en mi rostro y la confusión y el pavor me siguen a todas partes.

¡Ay de mí, desgraciado! ¿Cómo cometí tanto crimen? ¿No fui yo el que con la luz del día despreció la dichosa paz de su espíritu? Y ¿lo ignoro? Y ¿me atreveré a negarlo? ¿No son estos los pies que veloces corrieron sin freno buscando el vicio y esta la lengua que articuló tan pérfidas palabras?

Pues ¿cómo no lloro en triste y horrorosa soledad mis pasados yerros? ¿Cómo no me sepulto vivo con aquellos cuyo nombre ya no existe? ¿Cómo, sin remordimiento, he pasado tantos días, que manché con mis indignas costumbres?

Pero, ¡ha!, los placeres mundanos me llaman aún con voz dulce y sabrosa y mi corazón se resiste a abandonarlos. ¡Qué!, ¿dejaré eternamente las diversiones, las compañías y los gustos que en otro tiempo abracé ansioso y sediento de más y más, cual si en ellos estuviera mi felicidad? ¿Podré mirarlos con indiferencia? ¿Seré insensible a su atractivo?

1 Anónimo, "La noche. Declamación de un pecador", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 13 de septiembre de 1813), t. II, núm. 75, pp. 2-3. Se indica: "El Califa. Nesar."

¿Mudaré tanto mis sentimientos que no encuentre resistencia para amar la virtud? ¿Caminaré sin obstáculos terribles por la senda estrecha de ésta y despreciaré las delicias que, como sombra al cuerpo, van siempre pegadas a mi lado? ¡Oh confusión! ¡Oh dolor...! ¡Oh...!

Cielos santos, virtud divina, favorecedme, amparadme. Yo me hallo sumergido en un inmenso caos de amargura y de congoja y sólo vosotros podréis sacarme de él. Sí, sólo vosotros. ¿Pero os seguiré? ¿Tendré fuerzas...? ¡Ah, comunicádmelas, soy muy débil...!

FÁBULA CUARTA. EL APRENDIZ DE CARPINTERO Y EL MARCHANTE

JUAN MARÍA LACUNZA¹

SIN CONCLUIR UNA MESA REDONDA,
por su muerte, dejó un carpintero.
Empero la tienda subsiste,
pues la viuda, con un muchachuelo,
que fue su aprendiz, se hacen cargo
del giro, herramientas y efectos.
Y la casa, como antes, se mira,
sin sufrir el menor detrimento.
En tanto, se llega un marchante,
pidiendo que le hagan, y presto,
también una mesa redonda,
que le ha de sacar de un empeño.
El nuevo oficial se prepara
a la empresa tajando maderos.
Acepilla, taladra, acomoda,
ajusta y empalma mañero,
mas mirando que suda y se afana
sin fruto, cual simple indiscreto,
la mesa que el maestro dejara
se propone tomar por modelo.
Pero ésta, como antes dijimos,
no estaba concluida. Por eso,

1 Anónimo, "Fábula cuarta. El aprendiz de carpintero y el marchante", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 13 de septiembre de 1813), t. II, núm. 75, pp. 3-4. Se indica: "Batilo."

queriendo imitarla, le salen
sus lados o *agudos* o rectos.
Juzgando acabada la obra,
ufano la entrega a su dueño,
quien, lleno de rabia, le dice:
–¿Es esto redondo, gran necio?
A que él, sin turbarse, responde:
–No sé qué es redondo. Yo entrego
mi mesa igual a otra que hizo
mi maestro. Mirad que era bueno.
Hay como este aprendiz escritores
que sostienen e imitan los yerros
del autor que en sus obras mezquinas
han querido tomar por ejemplo.

DIÁLOGO ENTRE UN CURA Y UN LABRADOR

ANÓNIMO¹

LABRADOR. ¡VÁLGAME DIOS, SEÑOR!, ¡qué descontento estoy! ¡Tengo una pesadumbre tan grande!

Cura. ¿Por qué, hombre? ¿Te ha sucedido alguna desgracia?

Labr. No, señor, pero dicen que se ha quitado la inquisición y eso no me gusta.

Cura. ¿Pues qué entiendes tú de esas cosas? ¿Qué encuentras en eso de malo?

Labr. No sé cómo me hace ud. semejantes preguntas. Yo no entiendo teologías, pero soy cristiano, y no es menester más para conocer que la inquisición hace mucha falta y que sin ella irán muy mal las cosas de Dios, porque hay muchos hombres perversos que lo echarán a perder todo y se acabará la religión, volviéndonos herejes. Y entonces seremos como los franceses, que ya ve ud. que roban y matan y no respetan cosa ninguna.

Cura. Vuelvo a decir que no lo entiendes. Tú tendrías razón si habiéndose quitado la inquisición hubiesen de quedar sin corrección y castigo los judíos, los herejes y los que yerran contra nuestra santa fe, pero no hay nada de eso.

Labr. ¡Toma si hay! Pues si se quita el tribunal que castiga esos delitos, ¿qué más quiere ud?

Cura. ¡Hombre!, que no es eso; que siempre queda un tribunal contra los malos.

1 Anónimo, "Diálogo entre un cura y un labrador", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 15 de septiembre de 1813), t. II, núm. 77, pp. 1-3. Se indica: "Age." Véase *Abeja española* (Cádiz, Imp. Patriótica, 16 de marzo de 1813), núm. 186, pp. 125-129.

Labr. Confieso que no lo entiendo. Yo no sabía que quedaba ese tribunal. Pero aunque quede, no será tan bueno como la inquisición.

Cura. ¿Y por qué no? Si queda un tribunal más digno de la confianza de los fieles, ¿no será mejor?

Labr. Sí, señor.

Cura. Y si el tribunal que queda es más sabio, más íntegro y más santo, ¿no deberán tener más confianza en él los fieles?

Labr. Sí, señor, pero me tiene ud. pasmado. Yo quisiera que ud. acabara de explicarse.

Cura. Yo te lo explicaré, pero sigue respondiéndome. ¿Quién te parece a ti que será más sabio: un inquisidor o el señor obispo?

Labr. Eso es claro: el señor obispo, porque siempre he oído que para estos cargos siempre se buscan las personas más doctas y de mayor experiencia.

Cura. ¿Quién te parece a ti que será más íntegro, más imparcial y más incorruptible: un inquisidor o el señor obispo?

Labr. También estoy en eso por el señor obispo, porque los que llegan a esta dignidad son hombres sin vicios y bien probados en la práctica de las virtudes.

Cura. ¿Y quién te parece a ti más santo y más digno de un respeto religioso: un inquisidor o el señor obispo?

Labr. Convengo en que el señor obispo, porque, aunque los inquisidores también sean respectables, como que son sacerdotes, los obispos son más que los presbíteros. Y me acuerdo de haber leído un libro que los llamaba *príncipes de la iglesia*.

Cura. Pues ya estamos conformes, porque el tribunal de la fe queda a cargo de los obispos y tú mismo has confesado que no hay motivo para temer que ejerzan este ministerio menos bien que los inquisidores.

Labr. Yo no sabía eso. ¿Conque los señores obispos han de castigar ahora a los herejes?

Cura. Sí, eso es lo que han mandado las cortes.

Labr. Pues me parece muy bien. Y yo comprendo otra cosa: y es que como los obispos visitan sus obispados y tienen los curas que conocen

bien a sus feligreses, podrán informarse con facilidad y saber todo lo que pasa, para acudir pronto con el remedio, como pastores y padres de almas cuando convenga la suavidad y como jueces severos cuando sea necesario el rigor. Siendo así, ya estoy contento.

Cura. Me alegro. Y con eso, verás que en estas materias es menester informarse bien y presumir siempre que cuando las cortes mandan una cosa tienen razones poderosas para mandarla.

ANÉCDOTA GRACIOSA

ANÓNIMO¹

MR. PELLISON QUEDÓ HORROROSO DE RESULTAS de unas viruelas que le acometieron. Pasaba un día por la plaza principal de París, cuando, de repente, lo tomó de la mano una hermosa dama, que a sus naturales atractivos unía el descoco más raro y extraordinario. Llevóse él de ligero y creyó que aquella joven lo amaba, no pasándole siquiera por la imaginación que intentase burlarse de él. Se iba dando actualmente repetidos parabienes por una aventura tan feliz a su parecer, como no esperada, cuando ella lo hizo entrar a una casa vecina, a cuyo dueño lo presentó, diciéndole:

—Ni más ni menos que éste.

Y se salió.

Aturdido y confuso, Pellison preguntó al hombre qué era aquello. Cedió él a las instancias que le hizo y le declaró que era pintor y que aquella señora le había encargado hiciese un cuadro de San Miguel, prometiendo traerle un modelo para el diablo que debía ir a sus pies y que con las palabras que oyó le había significado que él era el escogido para serlo.

¡Hombres incautos...!, no os fieis de las mujeres. Cuando éstas se os muestran más finas y expresivas, entonces, puntualmente, sois el asunto y objeto de sus sátiras y burlas. Estad alerta y seréis victoriosos. Así lo ha experimentado vuestro servidor.

1 Anónimo, "Anécdota graciosa", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 15 de septiembre de 1813), t. II, núm. 77, pp. 3-4. Se indica: "J. m. Norlet." Véase "Anécdota graciosa", en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 26 de septiembre de 1789), t. V, núm. 297, pp. 2387-2388.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

LOS FRANCESES SE CUIDAN POCO DE APRENDER los idiomas extranjeros, persuadidos que es tan universal la suya que en todas partes los entienden. Mas aunque así sea respecto de los negocios públicos y diplomáticos, en ninguna parte el pueblo habla otro idioma que aquel que le es propio. Esta creencia ha dado lugar a varias ocurrencias graciosas, siéndolo en extremo la siguiente.

Un joven parisiense, yendo a Amsterdam, movido de la hermosura de una de las casas de campo que están a la orilla del canal, se volvió a un holandés que se hallaba a su lado en la barca y le dijo:

—Señor, me hace ud. el favor de decirme ¿de quién es aquella casa?

El holandés le respondió en su lengua: *Ik kan niet verstan*, que quiere decir *Yo no entiendo a ud.* El joven francés, sin dudar siquiera que el otro le hubiese comprendido, tomó la respuesta del holandés por el nombre del dueño y dijo:

—¿Conque es de Mr. Kaniferstan? Pues yo aseguro que ese señor debe estar muy contento y muy gozoso con tal posesión. La casa es primorosa y el jardín parece delicioso. Yo no he visto cosa mejor. Un amigo mío tiene una muy semejante junto al río, de la parte de Choisi, pero me parece que yo preferiría ésta.

Y añadió algunas otras proposiciones del mismo género, que el holandés no entendió y a que no replicó nada. Habiendo arribado a Amsterdam, vio sobre la muralla una pulida dama, a quien un caballero daba

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 17 de septiembre de 1813), t. II, núm. 79, pp. 2-4. Véase *Crítica de París y aventuras del infeliz Damon en la misma capital*, trad. de D. Manuel Antonio del Campo y Rivas (Madrid: Imp. Real, 1788), pp. 72-75.

el brazo. Preguntó a uno que pasaba quién era aquella hermosa persona. Éste le respondió lo mismo: *Ik kan niet verstan*.

—¿Cómo, señor —dijo él—, esta es la mujer de Mr. Kaniferstan, de quien hemos visto la casa a la rivera del canal? Por cierto que es digna de ser envidiada la fortuna de este señor. ¡Que pueda poseer al mismo tiempo una casa tan bella y una compañía tan amable...!

A pocos pasos, oyó los clarines de la ciudad que tocaban una sonata a la puerta de un hombre que había ganado una gran suma en la lotería de Holanda. Nuestro viajero quiso informarse del nombre de este feliz mortal. Se le respondió también *Ik kan niet verstan*.

—¡Oh!, por mi vida —dijo él—, esta es ya demasiada fortuna. ¿Mr. Kaniferstan, dueño de una casa tan bella, marido de una mujer tan bonita, gana también una cantidad tan considerable a la lotería? Es menester confesar que hay hombres dichosísimos en este mundo.

Por último, él encontró un entierro y preguntó ¿qué sujeto era el que llevaban a la sepultura? *Ik kan niet verstan*, le respondió aquel a quien hizo la pregunta.

—¡Ah, *mon Dieu*! —exclamó él entonces—, ¿ese es el pobre Mr. Kaniferstan, que tenía una casa tan bella, una mujer tan bonita y que acababa de ganar la gran cantidad en la lotería? Él debe de haber muerto con mucho sentimiento y contra toda su voluntad. Yo bien pensaba que su felicidad era demasiado cumplida para ser tan duradera.

Y continuó en ir a buscar su posada, haciendo varias reflexiones sobre la fragilidad de las cosas humanas.

ANÉCDOTA

MODEST ANDREEVÍCH KORFF¹

HALLÁNDOSE LA PRINCESA DE BRUNSWICK, después de disuelto su matrimonio con el príncipe real de Prusia, desterrada en Stettin, encargó esta señora a León de Francia una tela exquisita y se la hizo conducir a Stettin. Como las estofas extranjeras pagaban derechos inmensos, el administrador de la aduana de esta ciudad tuvo la impertinencia de detener la estofa. Indignada, la princesa envió a decir al administrador que ella pagaría los derechos con tal que él mismo le llevase la tela. Obedeció, pero apenas entró en casa de la princesa, cuando ella le arrebató la estofa, le dio dos bofetadas y le echó de su cuarto. Reventando este hombre de orgullo, como acostumbran sus semejantes, se retiró colérico y formalizó un larguísimo proceso verbal, que presentó a Federico II, en el cual se quejaba amargamente de haber sido deshonrado cumpliendo con las obligaciones de su empleo.

Federico dio la decisión de esta manera:

—La pérdida del derecho de impuestos será de mi cuenta. La princesa se quedará con la estofa. Las bofetadas serán del que las recibió. Y en cuanto al imaginado deshonor, relevo de él al que se queja, porque la aplicación de una hermosa mano no ha podido deshonrar la cara de un administrador de aduanas.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 21 de septiembre de 1813), t. II, núm. 83, pp. 3-4. Véase Modest Andreevich Korff, *Historias de Alemania, Prusia y Austria: desde los tiempos más remotos hasta 1840*, trad. de Juan Cortada (Barcelona: Imp. de A. Brusi, 1845), t. 17 de la colección El mundo. Historia de todos los pueblos, p. 578.

FÁBULA QUINTA. EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES

JUAN MARÍA LACUNZA¹

DE UNA TERTULIA, CONCURRENTES ERAN
algunos animales eruditos,
conociendo también, como nosotros,
que el talento se aumenta en su ejercicio.
Entre todos, brillaba el elefante,
quien, por su alto saber, era el más digno
de todos los demás. Y con respeto,
era en silencio, cuando hablaba, oído.
Sucedió una ocasión que en un refresco
tomó este sabio demasiado vino
–lo que no es singular, pues que no ha mucho
que en México y en hembra lo hemos visto–.
Cargado, pues, con el licor de Baco,
a la junta no falta, antes prolijo
–como todo borracho– les arenga,
llenando su oración de desatinos.
Sin embargo, los otros concurrentes

1 Anónimo, “Fábula quinta. El elefante y otros animales”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de octubre de 1813), t. II, núm. 93, p. 4. Se indica: “Batilo.”

le escuchan asombrados y sumisos,
que su reputación bien asentada
no les deja dudar de cuanto ha dicho.
Así también entre nosotros vemos
que el autor que afamarse ha conseguido

le miran como oráculo y maestro,
aunque vierta después dos mil delirios.

COSA VIEJA QUE PARECE NUEVA. ENIGMA

FRANCISCO PALACIOS¹

EN EL PUEBLO DE SAN AGUSTÍN DE LAS CUEVAS, se ha aparecido un joven venido del oriente, llamado *Oilagle*, de complexión cálida. Tiene la barba larga. Es adusto. Su traje es antiguo, pero hermoso. Y lo que más le hermosea a este joven es la esclavina, que se compone de varios colores. Es muy cortés y a todo el que le quiere dar la mano le hace una cortesía circular, agachando la cabeza cuando empieza y alzándola violenta cuando acaba. A primera vista, a todo hombre agrada, menos a las mujeres, porque quiere manifestarse con ellas tan expresivo que corre tras ellas precipitadamente y las agarra del pelo.

Trae consigo un par de puñales y ha hecho muchas muertes, en pendencias justas. Por él, se han perdido y ganado muchos hombres. Tiene un canto muy triste, pues un pecador lo oyó tres ocasiones y se convirtió.

Parece ser astrólogo, porque siempre está en una continua observación, principalmente cuando come. A él, no le agradan las viandas calientes. Él profesa todas las virtudes, menos la castidad.

Temo, señor editor, si viene a esta capital, sea su nombre proclamado. Y en su obsequio, pienso, tirarán mucha plata.

1 Anónimo, "Cosa vieja que parece nueva. Enigma", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 6 de octubre de 1813), t. II, núm. 98, pp. 3-4. Se indica: "Quidam."

FÁBULA

ANÓNIMO¹

UNA ZORRA ASTUTA Y MALICIOSA,
agraviada de un león, a quien temía,
lazos le prevenía muy engañosa,
pero el león, que sus trazas conocía,
hizo que el lazo que tendió, insidiosa,
fuese el castigo de su alevosía.
No imites a la zorra, pues con esto
evitarás tener un fin funesto.

1 Anónimo, "Fábula", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 7 de octubre de 1813), t. II, núm. 99, p. 4. Se indica: "R. J. M." Véase "La zorra insurgente", en *Guía de forasteros. Estanquillo literario para el año de 1813* (México, Instituto Nacional de Bellas Artes/sep, 15 de marzo de 1985), año II, vol. II, núm. 12, p. 4. Lleva esta nota de encabezado: "La siguiente fábula anónima apareció en el *Diario de México* el 17 de septiembre de 1813."

FÁBULA SEXTA. LOS CANGREJOS

JUAN MARÍA LACUNZA¹

PRESENCIANDO CIERTO DÍA
una junta de cangrejos,
escuché a uno de los viejos
que a los otros les decía:
–Aunque nos sirve bastante
nuestro modo de andar vario,
ya de un lado, ya al contrario,
hacia atrás o hacia delante,
mucho siempre me ha chocado,
cual defecto grande y feo.
Por lo menos, yo no veo
que se nos haya imitado.
Es verdad que la natura
de este modo lo ha dispuesto,
pero, amigos, ¿qué con esto?
¿En sus leyes no es segura?
Lo contrario la experiencia
nos demuestra cada rato.
Y tal vez he visto gato
de un ratón en concurrencia
y algún toro que valiente,
habiendo libre nacido,
vil después ha sometido

1 Anónimo, “Fábula sexta. Los cangrejos”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 12 de octubre de 1813), t. II, núm. 104, pp. 3-4. Se indica: “Batilo.”

al yugo su altiva frente.
 Ejemplares más de ciento
 pudiera, al cabo, citaros,
 mas no quiero fastidiaros.
 Alto, pues, vamos al cuento.
 He pensado abandonemos
 las antiguas propensiones
 y, sin variar direcciones,
 sólo al frente caminemos.
 De hablar aún no había concluido
 el Néstor Cangrejo, cuando
 todo el cangrejuno bando
 el consejo ya ha admitido.
 Saliendo de la asamblea,
 al frente todos marchaban.
 Dificultades hallaban,
 mas siguieron en su idea,
 hasta que una vez llegados
 a la altura de una roca
 por seguir la empresa loca
 mueren muchos, derrocados.
 En la furiosa caída,
 uno solo de la muerte
 se escapó, que amiga suerte
 le conservara la vida.
 Éste, lleno de amargura
 y por el golpe estropeado,
 exclamó: –Muy bien empleado
 nos está, por la locura.
 Reniego de la simpleza
 del cangrejo que ha querido
 alterar lo establecido

por sabia naturaleza.

Y yo también de escritores
de carácter presumido,
que habiendo necios nacido
juzgan ser buenos autores.

Mas tendrán el desengaño
cuando miren sus escritos
por el buen gusto prescritos,
convirtiéndose en su daño.

CONVERSIÓN EXTRAORDINARIA

ANÓNIMO¹

LA COSTUMBRE QUE HE TENIDO DE PASAR los domingos y días de fiesta en diversiones ha sido el medio de que se valió el buen Pastor para enviar a mi alma uno de aquellos auxilios que obran, milagrosamente, mudanzas admirables. Quiero referir lo que me sucedió, aunque no sea más que por traer a mi memoria aquellos felices momentos que, sin sentirlo, me sacaron del hondo abismo en que unas pasiones desenfrenadas me tenían sumergido.

El día 3 del corriente octubre, que fue domingo, tenía dispuesto con otros compañeros de mis desórdenes un almuerzo, a que todos concurríamos a escote. Me dormí más de lo acostumbrado, pues, debiendo hallarme en el paraje convenido para las siete y media de la mañana no salí de casa hasta las ocho. Con un paso bien ligero caminaba, cuando, al improviso, oigo que llaman a misa en una iglesia inmediata. Era de aquellas en que se hacen los ejercicios de desagravios, aunque yo no lo sabía entonces. Pero no sé qué fue que oír la campana y detener el paso fue todo uno. Bueno sería oír esta misa, pues en todo este año no he pisado una iglesia... Pero me aguardan los amigos... Acaso el padre despachará pronto... Y si saben casualmente en qué me detuve, ¡oh!, qué burla se me espera... Pero ¿quién se los dirá? Ellos no hay que temer se encuentren aquí... ¿A ver? En cuanto alcanza mi vista, no hay nadie que me conozca. Yo entro, dije. Y entré en la iglesia.

Llevóme la atención su adorno, que no era de aquellos en que resalta la pompa, sino la más esmerada limpieza. Ardía un competente número

1 Anónimo, "Conversión extraordinaria", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 15 de octubre de 1813), t. II, núm. 107, pp. 1-4. Se indica: "J. J. A."

de luces y en el altar estaba un cuadro representando la cena del Señor. Pero lo que me causó una emoción inexplicable fue la modestia y silencio profundo de todos los concurrentes. Únicamente yo era el que levantaba los ojos del suelo para registrar aquel espectáculo. Todos los demás los tenían o fijos en él o enteramente cerrados. Cuando comenzaba a reflexionar sobre lo que veía, salió la misa, que cantó, según supe después, el que era director de los desagravios.

Arrodilléme sin advertirlo. Descubrieron al Santísimo Sacramento, a cuya presencia, inflamadas aquellas almas puras, comenzaron a sollozar en silencio, notando yo el esfuerzo que cada uno hacía para contenerse, por no perturbar a los demás. Un canto devoto, acompañado del órgano solamente, hacía para mí un bello contraste con los suspiros y lágrimas de cuantos ofrecían, por las manos del sacerdote, la víctima de propiciación.

¡Qué diferencia, me decía a mí mismo, qué diferencia de este espectáculo al que yo iba a asistir! No hay remedio: esto de religión algo más es que una quimera. ¿Qué quiere decir si no el horror que me causa la vista de mis desórdenes? Ese Dios a quien rinden homenaje estas almas puras está realmente aquí, porque sólo la presencia de este ser soberano podría causar en mí los movimientos que siento. Criado desde que nací en el libertinaje, no es la preocupación quien los produce. Por primera vez en mi vida, experimento un terror, una vergüenza de hallarme tan delincuente a la presencia del que todo lo ve y en compañía de todos estos que le adoran en espíritu y en verdad.

En estas y otras infinitas reflexiones, que me es imposible referir, pasé todo el tiempo del sacrificio hasta la comunión. El sacerdote, después de comulgarse a sí, tomó en sus manos el pan de vida y descendió del altar para dividirlo entre los circunstantes. Habíame yo situado, sin advertirlo, junto a la mesa misma del comulgatorio. El sacerdote, con los ministros, se dirige hacia mí, por hallarme en el primer lugar. Yo, que me veo tan cerca del Santo de los santos, siendo el más abominable de los pecadores, siento erizárseme el pelo, palpitarme el corazón. Y sin ser en mi

mano, doy un profundo suspiro y me aparto de aquel convite, a que no debe asistir, sino quien se halle adornado de todas las virtudes.

Todo aquel afortunado pueblo fue acercándose a la sagrada mesa, regándola con sus lágrimas, y resonando en las altas bóvedas de la casa del Señor los tiernos suspiros de aquellos devotos fieles.

Desde un rincón, lo observaba yo todo. Unos se quedaban con los brazos cruzados ante el pecho, cerrando los ojos, tan inmóviles que parecían carecer de sentidos. Otros hechos dos fuentes de lágrimas, que, corriendo por sus mejillas regaban el suelo, dejaban conocer, por sus mal reprimidos suspiros, el fuego que ardía en su corazón. Algunos solían proferir tal cual palabra suelta. Otros, creyendo hallar en los conceptos ajenos más energía para expresar sus sentimientos, se valían de algún devoto libro, cuya lectura era frecuentemente interrumpida por las lágrimas que cegaban sus ojos y los suspiros que embargaban su voz.

¡Gran Dios, exclamé yo, no pudiendo ya resistir más tiempo a tal espectáculo, Dios verdadero!, ¿qué sensaciones son estas que experimento?, ¿qué habla tan poderosamente atractiva es la que oigo en lo más secreto de mi corazón? Burládome he de todas estas cosas, tratándolas de preocupaciones, de pasatiempos únicamente a propósito para entretener al vulgo ignorante, y he aquí que estas mismas son hoy el argumento que ha echado por tierra todos los sofismas que, para apoyar mi corrompida conducta, fabricó mi débil corazón. Deseaba yo que nada hubiese cierto, sino sólo los dictámenes de mis desenfrenadas pasiones, para poder tener la tranquilidad que siempre busqué en vano. Mas hoy todo se ha trocado: la religión, que dimanada de vos os tiene por término de su culto, presentándose a mis ojos con todo su aparato me pone en la necesidad de conocer cuánta diferencia hay del impío que la zahiere al humilde fiel que la practica. Conozco esta diferencia. Y este conocimiento producirá en mí la desesperación al mirar que soy tan al revés de lo que debo ser, si no hicieseis nacer en mi alma una consoladora esperanza que me anuncia mil bienes. Yo lo espero, aunque me hallo sumergido en el cieno de mis vicios, porque de aquí me va a sacar

vuestra misericordiosa diestra. Yo quiero salir ya que vos queréis sacarme. Esto es hecho. Me arrojo en vuestros brazos, ¡oh, Dios mío! Recibidme y no me dejéis jamás salir de vuestro amoroso regazo.

TEATRO

ANÓNIMO¹

SEÑOR DIARISTA, MUY SEÑOR MÍO, con el auxilio de la taquigrafía pude escribir, en un café, el adjunto diálogo que oí. Y pasó entre D. Justo y D. Celestino.

D. Justo. Con que, amigo, ¿el viernes fue ud. al coliseo?

D. Celestino. Sí, señor.

D. Jus. ¿Y qué le pareció a ud. la ópera de la *Travesura*?

D. Celes. Así, así.

D. Jus. ¿Cómo así, así?

D. Celes. Muy bien, pues aunque me divertí, no dejé de notar algunos defectos en su argumento, como, v. gr., aquella bobería con que *Cerberti* olvidaba a cada instante las facciones del rostro y el tono de la voz de *Floriván*, a muy poco tiempo de haberle hablado y reconocido con despacio, mucho más cuando el carácter del primero es perspicaz, agudo y malicioso, y tanto que tiene habilidad para descubrir la intriga del segundo cuando quiere pasar por el tratante *Castrofani*. Aquella maravillosa ocurrencia de la cinta, la imprudencia de los viejos *Cerberti* y *Francisco* de ponerse a leer el billete en la calle, en voz tan alta que lo oyó todo *Floriván*, a quien debemos suponer retirado; aquella cachaza de los mismos viejos y aquella distracción con que no volvieron la vista a la claraboya hasta tanto que, muy a su gusto, escribió el edecán la respuesta; aquella contingencia de la palmada; aquella increíble simpleza del aldeano *Lucas* en creer que por la casualidad de oír su nombre en boca del pintor *Cerberti* éste y su criado

1 Anónimo, "Teatro", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de noviembre de 1813), t. II, núm. 124, pp. 1-4. Se indica: "Lenesardop."

Francisco eran los dueños de las cartas que traía, no convenciéndolo las instancias de *Floriván*, a quien había visto, primero, dádole las cartas y dinero, y teníendolo por el legítimo pintor; aquella locura y descoco increíble con que una niña recogida se atreve a manifestar la esquila de su amante, al que tenía el respeto de padre, y más en el acto en que debía ser sobrecogida del pudor, convencida de su liviandad; la paz de un viejo vivo, violento, amén de enamorado y celoso, como el tutor, para estar oyendo leer el billete de *Floriván* por boca de su pupila pretensa; aquel aire portaleño, por no decir lúbrico, con que befa la doncella *Armantina* a su lugarteniente de padre y se explica en favor de su amante con el mayor descoco; &c. Vea ud., amigo D. Justo, cómo la dicha pieza no carece de defectos harto visibles. Por éstos, dije a usted que me pareció así, así.

D. Jus. Los defectos están muy bien observados, a mi entender, pero es menester que nos acordemos que el melodrama u ópera no está ceñida a las escrupulosas reglas de la comedia o tragedia, sino que en ella todo debe ser maravilloso. Y con tal que sorprenda y arrebate el ánimo del espectador, poco importa que sea inverosímil, aunque yo tengo para mí que sería célebre la ópera en cuanto fuera más engañoso y verosímil el argumento de la fábula, pues en este caso sería más persuasivo. Pero dejando esto aparte, yo no pregunto a ud. qué le pareció la ópera en cuanto su argumento, sino en cuanto su desempeño en la música y representación.

D. Celes. ¡Oh, amigo!, hubiera ud. dicho eso y nos hubiéramos excusado de tanto hablar. En cuanto a su música –aunque no soy profesor de ella–, me pareció de lo mejor concertada y arreglados sus tonos y modulaciones a los afectos que representaban los actores. En cuanto a éstos, debo decir a ud. que, a mi juicio, hicieron cuanto cabe y no parece sino que se revisitaron del espíritu del autor de la pieza, desempeñando con el mayor aire el carácter que a cada uno tocaba. La señora *Dolores Munguía* expresó, finalmente, la última resolución de una mujer enamorada y decidida. Sr. *Castillo* manifestó, con propiedad, el genio militar y la fuerza de una pasión verdadera, que no se acobarda al ver frustradas sus primeras ideas. Sr. *Rocamora* pintó bien al natural la malicia de un vejete custodio de una

hermosura interesante. Sr. *Cortés* desempeñó su papel de barba con el acierto que siempre –pues a este actor no se le puede hacer mejor elogio en el particular. Sr. *Maya* retrató un criado vivo e intrigante con el mayor primor. Nada diré del sr. Rafael *Santa Cruz*, quien representó un aldeano bobo con la mayor naturalidad. Y hasta sr. *Estrada*, en lo poco que habló y accionó, lo hizo muy bien. Y si a lo dicho agregamos la unidad y destreza de las voces, juntas con la suave armonía de la música, entonces es menester confesar que dio la función todo el lleno al buen gusto. Los aplausos que ha merecido esta pieza en lo general la recomiendan y a sus actores, de un modo sobresaliente y extraordinario. Este es el juicio que he formado respecto a su orquesta y representación.

D. Jus. Me parece igual al que ha debido la tal ópera al público ilustrado. Pero quisiera saber ¿por qué cuando ud. elogia el mérito de los actores, pormenor, se olvida del eje principal sobre que ha rodado esta máquina?

D. Celes. Dígame ud. cuál es ese eje, porque yo no entiendo lo que quiere decirme.

D. Jus. Hablo del pobre del maestro *Campuzano*.

D. Celes. Ni sé quién es tal hombre en el mundo.

D. Jus. Bien lo creo y no me admiro que sólo la ignorancia debilite el mérito de muchos en el mundo, que no se premian ni aun con el aura popular, porque no se conocen ni a ellos ni su trabajo.

D. Celes. Sírvase ud. decirme, pues, quién es ese *Campuzano* y en qué consiste su mérito, porque yo ni lo vi representar, ni leí su nombre en el extracto que se imprimió de la ópera.

D. Jus. Pues amigo, D. *Eduardo Campuzano* es el maestro segundo de escoleta; es el que ensayó la pieza y quien, dirigiendo su música con la destreza que vimos, hizo quedar lucidamente, con sus aprovechadas fatigas, a todos los que ud. ha hablado. Pero estos pobres hombres jamás suenan. Nadie los aplaude, porque nadie o muy pocos saben graduar su mérito, y acaso porque ignoran la clase de trabajo y tarea en que se ocupan, siendo así que todos los aciertos con que los actores y cantatrices

lisonjean al público, en este ramo, son derivados de la habilidad del maestro de escoleta, a quien toca dirigir esta o la otra función.

D. Celes. Confieso, ingenuamente, que hasta hoy ignoraba yo esta precisa economía del teatro. Yo iba a la comedia y creía que los cómicos, guiados de la luz natural, representaban este o aquel carácter con más o menos propiedad, pero ahora que oigo a ud. es menester persuadirse a que el maestro de escoleta debe tener una instrucción no común, y más en los presentes días en que está el bello gusto tan refinado. Es menester prodigarle los elogios, confesando que en toda ópera es el resorte que mueve todas las demás piezas de esa agradable máquina.

D. Jus. Yo deseara que el público quedara en esta inteligencia y que se alabara en el mismo algún maestro de escoleta, para que fuera estímulo a los demás de su clase y se empeñara más y más en servir, con piezas escogidas y bien ensayadas, a nuestra México.

En este estado quedó la conversación cuando salí del café, señor diarista.

FÁBULA SÉPTIMA. LOS MONOS

JUAN MARÍA LACUNZA¹

A LA MARGEN DE UN RÍO MUY CAUDALOSO,
llegaron, entre fiestas y entre mimos,
una porción de monos e intentaron
atravesar sus aguas, atrevidos.
Tanto más se resuelven que el torrente
de aquellos era al parecer tranquilo,
mas cuyo curso blando y engañoso
oculta maliciosos remolinos.
En efecto, se lanzan a las aguas,
sobremanera alegres y festivos,
y nadan hasta el medio de su cauce,
sin hallar novedad en el camino.
Pero a poco, encontraron con la muerte,
en el centro de un grande torbellino,
que, infelices, los sorbe, sin que puedan
ayudarles sus gestos ni sus gritos.
Después de mil angustias y trabajos,
uno solo escapara del peligro,
que, envueltas en las aguas que tragara,
estas palabras memorables dijo:
—Mi susto y el morir de mis hermanos
es, sin duda, también justo castigo,
por haber intentado atravesarlo

1 Anónimo, "Fábula séptima. Los monos", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 2 de noviembre de 1813), t. II, núm. 125, p. 4. Se indica: "Batilo."

sin antes ver lo que ocultaba el río.

¿Y menester será que aplique el cuento?

Me persuado que no. Los autorcillos

que emprenden, sin examen, cualquier obra

retratados en él están al vivo.

FÁBULA OCTAVA. EL GUSANO PRESUNTUOSO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

ENTRÓSE DE RONDÓN UN GUSANILLO
en casa de unas hormigas laboriosas,
que trabajando siempre, nunca ociosas,
si no es en el invierno, con sencillo
método su morada fabricaron
y con instinto natural formaron
distintas divisiones,
para en ellas guardar las provisiones
que, con inmenso afán, en el estío
lograron acopiar, pues bien sabían
que en un sólo montón se podrirían
e inútiles les fueran cuando el frío
o la terrible helada
les impide salir de su morada.
Todo esto contemplaba
el huésped y de envidia se llenaba.
También miró el gusano
otros varios, distintos, aposentos,
propios para dormir y otros intentos,
que, con trabajo insano,
fabrican las hormigas providentes,

1 Anónimo, "Fábula octava. El gusano presuntuoso", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 3 de noviembre de 1813), t. II, núm. 126, pp. 3-4. Aunque no se indica autoría, se trata de la octava fábula de una serie iniciada por Juan María Lacunza con "Fábulas literarias. Introducción. Fábula primera. La zorra y el conejo", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 26 de agosto de 1813), t. II, núm. 57, pp. 3-4.

con envidia y rubor de aquellas gentes
que tomaran en todas sus fatigas
la industria y provisión de las hormigas.
El bicho impertinente,
soberbio y presuntuoso,
imitarlas queriendo, diligente,
se torna presuroso
hacia su cueva inmunda,
ni de mucha extensión, ni muy profunda,
y empieza la faena, pero a poco
se cansa y vuelve loco,
no estando acostumbrado,
como ellas, al trabajo continuado.
En fin, con mil trabajos,
infinitas fatigas y desvelos,
levanta algunos suelos,
pero unos quedan altos, otros bajos.
También fabrica estancias,
mas sin luz, proporciones ni distancias.
Y en ellas, amontona
cuanto su muladar le proporciona,
creyendo, el majadero,
que en las artes no tiene compañero.
También se engaña quien se juzga poeta
y a las reglas del arte no sujeta
o bien su verso o prosa,
debiendo haberlo en una y otra cosa.
Un mostruo, en consonante
o sin ellos, hará si ha descuidado
los preceptos y leyes que le han dado
profesores bastantes

de un arte que adoptaron
muchos y pocos con honor cursaron.

[LA VERGONZOSA]¹

ANÓNIMO²

SEÑOR PENSADOR,

no diga ud. que soy molesta, pero soy una pobre mujer y no tengo de quién valerme ni a quién quejarme de una mano que me ha sucedido, de los diablos, y puede sucederle a muchos. Es el caso.

El otro día tuve una riña con una prójima –que lo es muy de mi marido–, pues porque ha de saber ud. que soy un poco celosilla, y no soy muy fea, pero hay en México tantas mujercillas tan así, como diré, que se le meten a un hombre por los ojos... Una de éstas es la mi enemiga, o yo de ella –que es problemático, como dicen los estudiantes, decidir quién aborrecerá con más encono: la mujer propia a la dama o la dama a la mujer propia–, y por fortuna yo le dí unos arañazos. Ella se quejó con mi marido, porque estas pu... puercas iba a decir, no vaya ud. a pensar que otra cosa, porque yo soy muy bien hablada y tuve unos padres que no los merecí. Ojalá si como me dejaron buena crianza, me hubieran dejado buen dote, quizá me casara yo con otro que me quisiera más, porque yo no sé qué tiene el dinero que hace amable a la persona que lo tiene. Por fin, como iba diciendo... pero no se me enoje ud. por este estilo sancho-panzuno, que no tengo otro. Ya voy a abreviar el cuento y sacar a ud. de

1 Anónimo, “[La vergonzosa]”, en *El pensador mexicano* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 4 de noviembre de 1813), t. II, núm. 10, pp. 88-91. Véase Fernández de Lizardi, *Obras. III - Periódicos*. El Pensador Mexicano, pp. 213-216.

2 Se trata de un remitido. Estas son las palabras preliminares de Fernández de Lizardi: “Yo siento el haber de dar gusto a algunas personas que me importunan a ratos lo bastante para que diga lo que ellas o no saben, o no quieren, o no pueden decir, de modo que pretenden que sea yo por ahora el órgano de la opinión común. ¡Pobrecitos! Bien quisiera darles gusto en cuanto desean; pero no todo se puede en todos tiempos. Sin embargo, algunas cosillas no dejaré de decir para que se remedien, pues de su publicación no se puede seguir otro perjuicio que la enmienda. Nos estrenaremos, pues, con el siguiente comunicado.” Nota agregada.

dudas. Decía, pues, que arañé a la mujer. Se quejó ésta con mi marido. Y este perrazo me dio mi desconocida, haciéndome dos agravios. Ocurrí a un señor juez. Y fui con mi túnico de misa y mi mantilla de velo, porque no vaya ud. a pensar que soy muy *rascuacha*, como las del *rodeo*... Fui, digo, a ver al juez llena de cólera y ciega de ella le dije el huevo y quien lo puso. El juez hizo al instante llamar a mi dichoso marido. Éste, luego que llegó y oyó de boca del juez todos los cargos que yo le hacía, él, tan colérico como yo estaba, comenzó a decir:

—Sí, señor, es cierto que he tenido la fragilidad que dice esta señora, que es mi esposa. Pero al mismo tiempo que ud. la ve vestida con decencia y que puede decir si yo la falto a los alimentos ni a nada de lo necesario, así a ella como a mis hijos, ella, señor, es una floja, puerca y para nada buena. Si ud. viera mi casa a las diez del día. Es una vergüenza: toda llena de basura y porquerías de los muchachos, de modo que temo me entre a visitar algún amigo decente, porque las criadas no hacen caso de nada, con el mal ejemplo de su ama, que se levanta a las once o doce del día, toda mechuda y desaliñada, que no la quisiera la madre que la parió. A más de esto, tengo tres niños que parecen hijos de un cochero: todo el día están con los mocos colgando, mezclados con chocolate, en camisa toda chorreada, enmarañados y rascándose sin cesar, llenos de granos, porque jamás la señora los baña ni los espulga, ni tiene de ellos más cuidado que si fueran perros. ¿Qué tal será la comida y a qué hora? Como que a la cocinera no hay quién la dirija ni reprenda, hace lo que quiere, de suerte que a la una, que voy a comer, voy a sufrir un rato de martirio, porque unas veces está el caldo sin sal, otras la carne cruda, otras el guisado sin sazón, o con pelos, o moscas, o cosa igual. Ello es que jamás como ni ceno a gusto, ni lo tengo ni lo puedo tener en mi casa con este diablo de mujer tan sucia, pues lo es tanto que padece almorranas, con la venia de ud., y unos flatos horribles, de manera que hasta de la cama me destierra. Estos son, señor juez, los motivos que me han obligado a buscar abrigo en otra parte. Conozco que es malo, pero muchos maridos fueran más honrados si las mujeres fueran más prudentes, más limpias y más cumplidas.

Acabó mi marido su oración, que a mí me pareció responso. Entretanto estuve yo cabizbaja. Así que vi que no hablaba, iba a descargarme de tanta mentira, alcé la cabeza y la vista... pero ¡cuál fue mi vergüenza al ver que la sala del juez estaba casi llena de gente y las mujeres riéndose alegremente a mi costa, por la pintura que había hecho el bribón de mi marido! Yo no tuve aliento de responder a nada, más bien confundida por aquellos *testigos de asistencia* que de las soflamas de mi acusador. El juez no sé qué me dijo, ni cómo salí de allí. Lo cierto es que, aunque me hubiera sobrado la razón, yo no hubiera acatado a aclararla. Y vea ud., señor Pensador de mi alma, una cosa muy mal hecha por los señores jueces: que tienen la maldita costumbre de hacer de sus estrados y salas tribunales de audiencias y de estar chacoteando con las visitas, a costa de los litigantes o chismeantes. ¿Cuántas veces no sucederá que un pícaro locuaz sorprenda y calle a un hombre de bien o a una mujer honrada porque éste o ésta no tengan, como yo, valor para redargüirle, acosados de la vergüenza, lo que puede ser muy frecuente en las personas decentes de mi sexo? Y aquí un bonito modo de hacer una *alcaldada*, pues si el juez no es muy vivo, aunque sea muy letrado, se llevará de la vulgar idea de que *quien calla, otorga*, y el inocente vergonzoso saldrá peor librado que el pícaro hablador. Muchas más inconsecuencias, y acaso irremediables, pueden originarse de esta poca circunspección de los jueces. Diga ud., señor Pensador, por los huesos de su madre, que o no reciban querellas en sus casas, o tengan un cuarto, o una vivienda separada, y que en ella no haya *testigo de asistencia*, pues no actúan por *receptía*.

Diga ud. que los jueces deben tener la seriedad de los areópagos de Atenas, y diga ud. cuanto se le venga a la cabeza, que nada será ocioso, con tal que se dirija a destruir este abuso insoportable en algunos jueces y perjudicial a todos los querellantes. Lo único en que mi marido no mintió fue en lo de las almorranas y los flatos. Pero él tiene la culpa de que yo esté enferma. Pero ¿cómo lo había yo de decir delante de aquellas gentes curiosas? Por más que sabía que de decirlo se corroboraba mi justicia y se disculpaban los cargos que me hacía mi marido, me ocupó la

vergüenza, porque la explicación era peor que la enfermedad. De este modo, mi marido hace lo que quiere conmigo y yo ya tengo miedo de volver a verme en otra media naranja.

Con que, señor Pensador, por vida de ud., que no deje de hacer cuanto pueda por esta infeliz Q. B. S. M. *La vergonzosa*.

Córrase traslado de la queja de esta parte al tribunal de la Verdad y Razón, por no haber en éste autoridad para reprender a los señores jueces. *El Pensador*. Decreto expedido por ss. AA. ss. *La Verdad y la Razón*.

México, 4 de octubre de 1813

FÁBULA NONA. EL PATO ATREVIDO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

A ORILLAS DE SU LAGUNA,
un pato se divertía,
viendo casi entre las nubes
la ligera golondrina.
Era el tal muy envidioso.
De contado, no podía
soportar le haga ventaja
en volar ave más chica.
—¿Y por qué no he de igualarla?
Nuestras alas son las mismas.
Es verdad que soy más grande.
¿Ventaja esto no sería?
—así dice. Y orgulloso,
se levanta de su orilla.
Pero a poco de su vuelo
el infeliz se fatiga.
Si acaso baja los ojos,
la tierra cercana mira;
levantándolos, apenas
a su contrario divisa.
Agitado y sin esfuerzo,
sus alas ya no podían
sostenerle y en un curso

1 Anónimo, "Fábula nona. El pato atrevido", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 13 de noviembre de 1813), t. II, núm. 136, pp. 3-4. Se indica: "Batilo."

tan desusado vacila.
Ya arrepentido, quisiera
abandonar su porfía,
pero al dejarla, por poco
también le deja la vida,
o sofocado del aire
de región desconocida,
o estrellado en los troncones
que su laguna circuían.
A los poetas que porque hacen
un verso tal cual un día
subir quieren hasta el *poema*,
viene bien la fabulita,
como en general a todos
los que, llenos de osadía,
acometen obras grandes,
a cuyo peso claudican.

VISIÓN POÉTICA

LOUIS-SÉBASTIEN MERCIER¹

¿QUIÉN ES ESE COLOSO QUE SE DESCUBRE a través de las estrellas? ¿Qué gigante formidable es ese que sujeta al mundo todo y lo oprime bajo su cetro de hierro? ¡Ah!, sus horribles manos son de bronce; sus brazos son dos columnas de fuego; sus pies son la basa de los volcanes; su corazón es de acero y sus ojos de plomo. Lanza un grito y el mundo se estremece, amenazado de su ruina.

A la señal de esta voz, se abren los sepulcros, pero no para vomitar muertos, sino para tragarse a los vivos. Un cometa extiende su larga cauda de fuego alrededor de su cabeza y, al instante, los enormes pinos y los frondosos olmos no ofrecen más que ramas ennegrecidas y hojas secas. El sol, arrancado de su esfera, se apaga; las estrellas se caen; los globos del firmamento no tienen más que un curso errante y vagabundo; extiéndese el trastorno hasta los confines del universo; la muerte, con tenebrosas alas, vuela por los inmensos aires; los huesos de los hombres se emblanquecieron; los cuerpos celestes no presentan más que una piedra dura y calcinada. La fantasma levanta su cabeza sobre las nubes. Quiero leer el nombre de este terrible. Está grabado en su frente y no se pueden borrar sus caracteres. Me acerco temblando. Bajo la cabeza y leo: *Destrucción*.

1 Anónimo, "Visión poética", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 16 de noviembre de 1813), t. II, núm. 139, p. 4. Véase "Vision poétique", en Louis-Sébastien Mercier, *Mon Bonnet de nuit* (Lausanne: Jean-Pierre Heubach et Compagnie, 1788), t. III, pp. 46-47. *Mi gorro de dormir* (Madrid: Imp. de la viuda e hijo de Marín, 1795), pp. 102-104.

FÁBULA DÉCIMA. LOS VIENTOS

JUAN MARÍA LACUNZA¹

LA TARDE ESTABA SERENA,
soplaba el céfiro blando,
soledad quieta vivía
en los silenciosos prados,
cuando he aquí que, de repente,
parecen vientos contrarios
y, cual tienen de costumbre,
entre sí luego chocaron.
Sobre quién sopla más recio,
su disputa se ha versado,
que esta es la lid favorita
de siempre que se juntaron.
Brama el aquilón soberbio
contra el formidable austro;
el poniente tumultoso
contra el altivo sosano.
Llegan, en fin, otros vientos,
como era justo, a auxiliarlos:
el vendaval contra el boreas
y otros entre sí, encontrados.
Mas ninguno victorioso,
enronquecidos, cansados,
sin averiguar lo cierto,

1 Anónimo, "Fábula décima. Los vientos", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 19 de noviembre de 1813), t. II, núm. 142, pp. 3-4. Se indica: "Batilo."

a sus grutas se tornaron.
Levantáronse, a su choque,
torbellinos prolongados,
do entre el polvo y las aristas
las hojas iban volando.
Al huir, todo se aquieta.
Vuelven a callar los campos,
la tarde se torna alegre,
recobra el céfiro el mando.
Casi siempre así acontece
con muchos de nuestros sabios:
todos la verdad profesan
y todos la van buscando,
mas después de muchos gritos,
sin acierto y fatigados,
sin ella suelen volverse
y en más confusión acaso.

EL AMOR FRATERNAL. RASGO SENSIBLE

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES¹

COMO ME ACOMODO MÁS A TRATAR con los muertos que con los vivos, me tienen por misántropo los que no me conocen a fondo. Amo la sociedad, amo a los hombres. Y en cualquiera de ellos, sea quien fuere, no veo más que a un hermano. Sin embargo, como mi alma sólo se alimenta con la verdad ninguna más útil que la que nos presenta la contemplación de lo que seremos. Los vivos, agitados siempre con el secreto fuego de sus pasiones, exaltadas en muchos de ellos y tal vez llevadas al extremo de la criminalidad, forman para mí un contraste fastidioso, ya de indignación, por las injusticias y violencias, ya de compasión, por la fragilidad y la ignorancia. He aquí por lo que huyo del comercio frecuente con los vivos y sólo los trato cuando puedo ser útil a sus necesidades sociales o me lo exigen las leyes de la naturaleza. Por lo demás, prefiero la contemplación de mi último fin, para prevenir las vicisitudes humanas.

Llevado de esta inclinación, me separé de una familia con quien pasaba unos días de campo, en un pueblo de las inmediaciones, y me conduje al cementerio.

Era la víspera de la conmemoración de los difuntos, cuya gran solemnidad había atraído a los vecinos a aquel lugar, llevados de sus religiosas costumbres, para implorar la luz eterna a los manes de sus allegados. Lo primero que me encontré fue a una joven, a quien pregunté por el objeto de sus votos. Y me contestó que lloraba a un hijo pequeñuelo.²

1 Anónimo, "El amor fraternal. Rasgo sensible", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 22 de noviembre de 1813), t. II, núm. 175, pp. 1-3. Se indica: "Quebrara."

2 Es costumbre entre los indios ofrecer sus votos el día de Todos Santos, por las almas de sus párvulos, para continuar al día siguiente el sufragio de los adultos.

—¡A un hijo pequeñuelo...! Lloráis a un ángel —la repuse—. ¿No veis que la fe de sus padres y la investidura de la gracia bautismal le ha colocado en el coro de los espíritus celestiales?

—¡Ah, señor! —me dijo sollozando—, mi hijo está en la gloria, lo creo firmemente, ¡pero bien podía estar aún con su madre! ¡Era muy tierno...! ¡Oh, naturaleza!, tu voz augusta resonó en mi corazón y me hiciste sentir todo el peso de tu poder. Otro objeto, para mí muy amado, recorre las moradas celestiales, porque las virtudes adornaron su alma, pero aún podía estar con su esposo. ¡Era muy joven!

Repasé los demás altares que había formado la inocencia entre las hierbas del cementerio. Recorrí aquellas escenas de la naturaleza consagradas por la religión y en todas admiré su imperio augusto. Al extremo del cementerio, me llamó la atención un joven pastorcillo que encendía sus teas con los ojos humedecidos en el silencioso llanto de su corazón.

—¿A quién lloras, amiguito? —le pregunté con dulzura.

—Lloro a mi hermanito —me contestó—. Era mi única compañía en los collados solitarios, donde cuidábamos del rebaño paternal. En nuestras amarguras y trabajos, nos consolábamos mutuamente y juntos cantábamos el himno al Ser eterno, que nos enseñaron nuestros padres. ¡Ah!, éstos también han fallecido. Estoy aislado. Y los campos florecientes son, para mí, como un desierto estéril. No tengo más amparo que un tío anciano. ¡Si Pascualico viviera...!, me sería la vida más soportable sin mis padres, pero ¡ya no existe! Estas luces que arden ante mis ojos han de consumirse al fin. Así fue su vida: una luz que alegraba mis ojos, pero que ya se ha disipado.

El joven echó a llorar y yo enmudecí, uniendo mis lágrimas a las suyas y abrazándole con ardor. Levantó, luego, los ojos al cielo. Y yo le acompañé precipitadamente para ver, como él, a la que me acompañaba en los valles solitarios, a la que me consolaba en mis amarguras y a la que cantaba conmigo el himno del Ser eterno. Sí, la fe de aquel jovencito le hizo ver a su Pascualito. Y yo vi también a mi Ganicia. Ella también me

miró. Pero yo, como mortal, no pude sostener la sublimidad de sus miradas. Mi alma quería volar hacia ella y... ¡qué débil soy...!

Al despedirme del pastorcillo, le daba unas moneditas, que rehusó recibir, porque sólo apreciaba la memoria de su hermano. Yo las eché, sin que lo viera, en su sombrero, que había dejado a poca distancia. Y nuestras almas, templadas por un propio tono, aunque era distinto el objeto que las pulsaba, se separaron con violencia. Él era un pobre pastor, cuyo traje humilde le hubiera hecho despreciable a los ojos del fanatismo, pero la vestidura de su sensibilidad le hizo, para mí, más precioso que toda la opulencia de los potentados.

Jóvenes zagalas, que tanto amasteis a mi Ganicia, prodigándola vuestra cariñosa atención y ternura hasta más allá del sepulcro; vosotras, que tenéis un corazón tan virtuoso y sensible como el suyo y que mezclasteis vuestras lágrimas con las mías, alrededor de su lecho de muerte, escuchadme: si algún día vais a vuestra casa campestre de san Agustín de las Cuevas, y al transitar por el cementerio, o al pasar por los sinuosos y floridos bosques que guían a las fuentes, viereis a un indizuelo de ojos negros y vivos, con el pelo caído hacia la frente, un lunar rojo en el carrillo izquierdo, su algodón de nácar y blanco y su manta salpicada de azul, decid: *He allí al amor fraternal*. No lleva aljaba de oro, ni alas como Cupido, pero lleva el precioso don de la naturaleza, que fomenta las virtudes suaves: es sensible.

EL PÁJARO

ANÓNIMO¹

SEÑOR DIARISTA, YO SOY MÁS POBRE que Aman, pero en mi fantasía tengo un tesoro, con que me juzgo más feliz que el más adinerado del mundo. ¿Quiero ser poderoso? Imagino que lo soy y lo soy. ¿Me desvela alguna ingrata belleza? Imagino que me corresponde y he aquí un amante feliz. Al fin, no hay delicia que no sea ideal en esta vida transeúnte. Ande yo caliente y ríase la gente. Porque esto de querer uno la suerte del otro, por dichosa que parezca, es una bobería que miro con desprecio, cuando otros tal vez se empeñan en unos deseos que más sirven para su inquietud que para su satisfacción, porque, al fin, el mundo anda quién sabe cómo, bien que esto no es de ahora. Mi abuela decía lo mismo, citando a sus tatarabuelos como instruidos de tiempo inmemorial. ¿Sabe ud. lo que yo quisiera ser de todas las cosas del mundo? Pues, señor mío, quisiera ser pájaro y... pero vaya que el corazón del hombre siempre ha de ser ambicioso. No quiero ser zopilote, ni golondrina, sino lo menos, lo menos, aguilucho o ave del paraíso. ¿Porque quién es el que no quiere lo mejor? Con este cuajito, me divierto más que un niño inocente con su montera y caballito de san Juan, porque ¿qué otra cosa son los hombres, sino unos muchachos grandes...?

De que yo considero que mis vistosas plumas me dan un vestido perpetuo y que jamás ha de variar de moda, sin tener que lidiar con sastres y barberos, que son mi tentación; de que contemplo que mi alimento se reduce a frutas deliciosas, sazonadas por la naturaleza, sin necesitar de cocineras antuerpias y sin sujeción a la carestía y robos de los mercachifles y resgatones, me hallo en una gloria superior a la que pueden pro-

1 Anónimo, "El pájaro", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de noviembre de 1813), t. II, núm. 148, pp. 1-3.

porcionar las riquezas más cacareadas. Me elevo por esos aires transparentes, recorro el mundo sobre mis alas, veo desde lo alto el majestuoso cuadro de la naturaleza sembrado de verdes praderías, matizadas de árboles frondosos, de cerros elevados, de ríos que reverberan con los rayos del astro luminoso y adornado con las cabañas del pastor humilde que cultiva sus sementeras y cuida de sus ganados al lado de su inocente consorte. Vuelvo la vista hacia los horizontes desde aquel asiento que se juzga a la naturaleza toda y miro, a distancia de aquella magnífica perspectiva, varios grupos de casas y templos oscurecidos por una nube densa de las exhalaciones de sus habitantes. Vuelo hacia allá y me pongo sobre la torre más elevada para percibir los objetos con distinción y observo una multitud de hombres y mujeres diversamente vestidas, y que transitan por las calles, pasando unos junto a otros sin hablarse una palabra; otros manifestando la variedad de los objetos que dominan su imaginación; y otros solazándose a lo natural, sin darles cosa por lo que es ni por lo que será. Por todas partes, rueda una multitud de coches, en que son arrastrados los poderosos, atropellando al miserable. Un sordo murmullo se levanta por los aires, en que sobresale el grito de los traficantes que anuncian sus mercaderías. Todo es confusión. Yo aparto mis ojos y, con raudo vuelo, torno otra vez a las inocentes escenas de la naturaleza, cantándola himnos con mil variados gorjeos de mi sonoro pico. Recorro después las islas, atravieso los mares, vuelvo al valle floreciente. Y si llega la noche, me acojo a un asilo seguro, sin necesitar de otro abrigo que el de mis plumas. Vuelve a asomar la aurora y continuo mi viaje, extendiendo mis vistosas alas para engolfarme en los rayos del astro luminoso. Voy a explorar los reinos y... ¡Pero qué oigo! Un tiro. ¿Si será el cazador que persigue mi inocente vida...? Otro... Se multiplican. ¿Qué nube es aquella que sube de la superficie de la tierra? Es humo... ¡Qué estruendo tan horroroso...! Es el del cañón, que vomita muertes y desastre... Esfuerzo el vuelo... ¡Ay!, dos ejércitos ordenados se matan sin misericordia... ¡Cómo caen los cadáveres!, ¡qué alaridos tan penetrantes...! El dolor y la rabia confunden sus terribles voces y la naturaleza toda se estremece... ¡El

hombre contra el hombre! ¿Y por qué? Por un capricho, por una locura...
¡Oh!, ¡quién fuera pájaro!

SOBERBIA DE ALEXANDRO

LOUIS-SÉBASTIEN MERCIER¹

ESTASICRATES ERA UN FAMOSO ESTATUARIO que llegó a presentarse a Alexandro. Estaba vestido como Hércules: le cubría una piel de león y se apoyaba sobre una pesada clava. Estuvo algún rato pensativo y dijo después, en voz alta:

—Señor, todo el mundo está lleno de vuestras hazañas. Es el templo de vuestra gloria. Cada boca repite vuestro nombre. Cada país tiene los ojos fijos en vos. Necesitáis de una estatua de una dimensión extraordinaria, que corresponda a esta inmensidad de grandeza y de poder.

—No la haré al nivel de los demás hombres pues que vos marcháis por medio de ellos al igual de un Dios. La más alta montaña de la Grecia será la cantera de donde saldrá vuestra augusta cabeza. Cortaré el monte Athos, situado en los confines de la Thesalia. Le daré la forma humana. Tendréis un pie en el mar y otro en la tierra. De la mano izquierda saldrá un río y en la derecha sostendréis una populosa ciudad. Un majestuoso bosque parecerán a lo lejos vuestros flotantes cabellos. Y cuando el sol salga, parecerá que sois vos el que le lanzáis desde las puertas de la aurora hacia la bóveda celeste. El tiempo, ayudado de los siglos, no podrá minar este monumento, el cual será, por decirlo así, una columna del mundo, y la cual, resistiendo al ímpetu de los elementos, subsistirá tanto como él. ¿Quién sabe si en los tiempos venideros los mortales, llenos de temor y respeto, viendo los pasos de vuestras conquistas, señalados aun

1 Anónimo, "Soberbia de Alexandro", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de noviembre de 1813), t. II, núm. 148, pp. 3-4. Véase Louis-Sébastien Mercier, "Stasicrate", en *Mon Bonnet de nuit* (Lausanne: Jean-Pierre Heubach et Comp., 1785), t. II, pp. 252-254. "Estasicrates", en *Mi gorro de dormir* (Madrid: Imp. de la viuda e hijo de Marín, 1795), pp. 168-171. *Almacén pintoresco o el instructor* (Cádiz, Imp. de D. Domingo Feros, 15 de abril de 1835), pp. 314-315.

en el universo, se imaginarán que vuestra estatua ha igualado a vuestro prodigioso valor y que este soberbio coloso es sólo el fiel retrato del conquistador de la Grecia, de la Persia y de la India? Entonces, el feliz cincel del estatuario se aplaudirá de haber ejecutado lo que admiraba la débil idea de mis rivales.

Alexandro se sonrió de oír esta proposición y respondió:

–Estasicrates, ¡qué idea tan mezquina!

El feroz estatuario se alejó de allí, confundido con semejante respuesta.

FÁBULA UNDÉCIMA. EL ZÁNGANO Y LA ZORRA

JUAN MARÍA LACUNZA¹

UN ZÁNGANO IMPRUDENTE, QUE OFICIOSO
se quiso aparentar en cierto día,
sin embargo que el necio en sí veía
natural propensión a estar ocioso,
recorre las praderas, presuntuoso.
Y cercando los árboles venía
—ya se para en aquel, ya se desvía,
pero siempre con ruido fastidioso—,
cuando la zorra, que a su cueva obscura
el rumor llegar oye, algo asustada,
poniéndose en la puerta ver procura
quién la bulla ocasiona. La taimada,
viendo al zángano, dice: —¡Qué locura!,
¿tanto ruidoso, sin hacer nada?
A cuántos yo dijera,
con la zorra parlera
al héroe de la fábula cantada,
¿tanto ruidoso, sin hacer nada?

1 Anónimo, “Fábula undécima. El zángano y la zorra”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de noviembre de 1813), t. II, núm. 148, p. 4. Se indica: “Batilo.”

FÁBULA DUODÉCIMA. LA ARAÑA Y LA MOSCA

JUAN MARÍA LACUNZA¹

ENTRE UNOS LIBROS

que descuidara
cierto erudito,
la diestra araña
su fina tela
dejó empezada,
sacando el hilo
de sus entrañas.
Cuando una mosca,
que se jactaba
de muy perita
en ciencias varias,
aún no concluida
viendo la trama,
quiso, indiscreta,
perfeccionarla,
sin ver los riesgos
que la amenazan,
pues no se sufren
moscas y arañas:
naturaleza
las crío contrarias.
No bien lo piensa

1 Anónimo, "Fábula duodécima. La araña y la mosca", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 27 de noviembre de 1813), t. II, núm. 150, p. 4. Se indica: "Batilo."

la mosca fatua,
con gran denuedo
la tela asalta,
que a quien acosa
la sed de fama
todo es posible,
nada le espanta.
De lejos viendo
la pronta araña
tamaño insulto,
se sobresalta,
mas cuando mira
que no la ultraja
sino una mosca,
luego se lanza
sobre ella y, harta
de darle caza,
riendo se burla
de su arrogancia.
La ve rabiando
batir las alas;
contra los hilos,
tirar patadas.
Por fin, la fuerza
la desampara,
ya no se mueve,
vigor le falta
y allí perece,
¡pobre cuitada!,
motivo siendo
de su jactancia.
Los que presumen

de letras varias,
y enmendar quieren
de otros la plana,
miren primero
si acaso basta
su pluma y fuerzas
para enmendarla,
pues de otro modo
con ellos habla
la mosca presa,
la fuerte araña.

FÁBULA DECIMOTERCERA. LOS MONOS ENGALANADOS

JUAN MARÍA LACUNZA¹

DOS MONOS, CAMARADAS

de furia, pantalón, botas herradas,
pretendiendo pasar entre su gente
por vestidos de moda y propiamente
se fueron a un trapero
–los hay en el Parián– porque les diera
un traje que en Tetuán los distinguiera
de la caterva mona.
El hábil embustero,
concienzuda persona,
que atrasados mil géneros tenía,
de diversos colores y finura,
en tono de verdad les asegura
que ninguno podría
complacerlos como él. Les da un pedazo
de terciopelo negro, otro retazo
de color carmesí, otra coleta,
un geme, nada más, muselineta,
de casimir un poco,
ocho varas de manta, una de coco,

1 Anónimo, “Fábula decimotercera. Los monos engalanados”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de diciembre de 1813), t. II, núm. 154, pp. 3-4. Se indica: “Batilo.”

de cinta rivetón quince pulgadas
y de lustres unas diez, aunque algo ajadas.
Así, cual le acomoda,
abastece a los monos, mis señores,
con distintos guiñapos y colores,
y que era nueva moda
el vestir de este modo, les decía,
a fe de caballero: ¡felonía!
—bien que la época actual un caballero
no desdeña robar ni ser ratero.
Los monos, finalmente,
apenas vieron hechos sus vestidos
tornaron a la patria, envanecidos,
en donde, neciamente,
el nuevo traje algunos admiraron,
pues los héroes ni un trapo se dejaron,
de aquellos que compraran,
que sobre sí reunidos no llevaran.
Algunos, sin embargo,
de entre los micos que se hicieron cargo
de que todo aquello era fruslería,
les desprecian y mofan a porfía.
Otro poeta la fábula dijera
de algún pisaverdillo calavera.
Mas yo mandarla quiero
a la oreja de aquel que, porque estuvo
acaso alguna vez y se entretuvo
en casa de un librero,
do aprendiera nombrar la teología,
gramática, retórica, poesía,
con otras ciencias varias
que o bien útiles son o necesarias,

se juzga, mentecato,
humanista y profundo literato.

FÁBULA DECIMOCUARTA. EL LEÓN Y OTROS ANIMALES

JUAN MARÍA LACUNZA¹

ALGUNOS ANIMALES,
que a una huerta vinieron,
una pera podrida
hallaron en el suelo.
Siendo todos amigos
de las disputas, ¡necios!,
al punto la trabaron
sobre tan vil objeto.
Quien de san Juan la llama,
quien bergamota, injerto
de ambas otro la dice,
que era, en sembrar, muy diestro.
Aquel gamboa la juzga,
este parda... Acabemos:
le dan distintos nombres,
pero todos diversos.
Era tanta la grita,
contradicción y fuego
de aquellos disputantes
que retumbaba el huerto.
Cuando de pronto miran
un león, que iba saliendo

1 Anónimo, "Fábula decimocuarta. El león y otros animales", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 3 de diciembre de 1813), t. II, núm. 156, pp. 3-4. Se indica: "Batilo."

del inmediato bosque,
con majestuoso ceño,
que, guiado por la bulla
de sus vasallos, fiero
hacia allí caminaba
para poner remedio.
Los disputantes huyen
a su terrible aspecto.
Uno se rompe el juicio
contra su compañero
al fugar: ¡desgraciado!;
otro, ni más ni menos,
contra la peña viva,
do estaba su agujero;
aquel se ahoga en el lago;
este, infeliz, huyendo
por entre unos zarzales,
allí dejó el pellejo.
En fin, el más dichoso
y en el correr más diestro
se ve, sin verter sangre,
de contusiones lleno.
El león llegó, entre tanto,
a la palestra. Y viendo
que a la pasada zambra
seguía el mayor silencio,
retorna a su caverna,
con paso circunspecto,
pero sus reales plantas,
vigentes en el puesto,
las ven los animales
y, llenos de escarmiento,

jamás, en los contornos,
a disputar volvieron.
No así algunos autores,
que, demasiado tercos,
a las disputas vuelven,
de que otra vez huyeron,
destruidas sus razones
de algún sabio discreto
que, sin más que mostrarse,
los obligó al silencio.

FÁBULA DECIMOQUINTA. EL TORDO Y OTRAS AVES

JUAN MARÍA LACUNZA¹

PASEÁBANSE UNA MAÑANA
de la alegre primavera
mil pintadas avecillas,
recorriendo las praderas
—el cenizontle melodioso,
la calandria vocinglera,
el único chupamirto
y la torcacita bella;
el pintado papagayo,
la cotorrita parlera,
el canario altisonante,
la paloma que azulea,
con otras mil avecillas,
el trino y color diversas—,
la delicia de los prados,
el encanto de las selvas,
cuando el negrísimo tordo,
con increíble soberbia,
se les junta, temerario,
haciendo corro con ellas.
Desde entonces, presuntuoso,
sus virtudes exagera,
pues que no se desdeñaron

1 Anónimo, “Fábula decimoquinta. El tordo y otras aves”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 7 de diciembre de 1813), t. II, núm. 160, pp. 3-4. Se indica: “Batilo.”

de admitirle entre sí aquellas
que solamente le sufren
porque su negra presencia
y su canto fastidioso
dé más realce a su belleza.
Muchos se tienen por sabios
y literatos de cuenta
cuando se imprimen sus obras
en el *Diario* o la *Gaceta*,²
sin ver que los editores,
así de aquél como de ésta,
las publican por bondadosos
y por sombra de obras buenas.

2 Ahora es cuando la *Gaceta* se reduce, en general, a sólo partes militares. Antes era, así como el *Diario*, susceptible de todo género de literatura.

FÁBULA DECIMOSEXTA. EL LEÓN TULLIDO Y EL MONO¹

JUAN MARÍA LACUNZA²

VINO A VER A UN LEÓN TULLIDO

cierto mono estrafalario

–no había, en todo el vecindario,

charlatán más presumido.

En la gruta del monarca,

diversas pieles había

de las reses que ofrecía

su majestad a la parca.

Unas eran de becerro,

multitud fueron de oveja,

tres con plumas de corneja,

dos nomás eran de perro.

El león aún no contestaba

a los saludos del mono

cuando ya éste, en *sabio* tono,

su parola así empezaba.

–Estas pieles, señor mío...

–Muchas gracias. Color raro

de torito. No me paro,

porque estoy tu... –Para el frío,

esta de oveja, ¡qué lana!

1 Y última, por ahora, pues si la miel llega a fastidiar, tomando con exceso, ¿qué serán mis fabulillas, que nada tienen de dulces, antes sí mucho amargo para ciertas personas?

2 Anónimo, “Fábula decimosexta. El león tullido y el mono”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 22 de diciembre de 1813), t. II, núm. 175, pp. 3-4. Se indica: “Batilo.”

dulce abrigo. –La visita
de ud. Es a... –¡La maldita
corneja!, de buena gana
yo la viera... –Mono o diablo
usted viene... –El perro este
¡furiosas garras! –La peste
te confunda: ¿no te hablo?
–Si vieran los curtidores
tantas pieles. –¡Oh...!, callemos.
Es un loco. –Sí, parlemos
de otros asuntos mejores.
En efecto, los trataron,
más hablaba cada uno
por su lado y de importuno
uno al otro se juzgaron,
si bien el león generoso
tuvo al cabo la paciencia
de sufrir la impertinencia
del monillo, silencioso,
quien, calculando de necio
al león su amigo, le deja
y *tarareando* se aleja,
mirándole con desprecio.
El que tiene librería,
y se viere importunado
por algún *mono* infatuado
con la erudición del día,
y viere que en el momento
a tachar libros se pone,
sin contestarle pregone
que le viene bien el cuento.

EL ASNO FILÓSOFO

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES¹

SI NO HAY VIRTUD, POR HUMILDE QUE SEA, que no contribuya al adorno del alma y a la felicidad del hombre, yo soy de sentir que la paciencia es la que las acrisola a todas y les da un realce superior al que lleva cada una de por sí. Bien se deja conocer, cuando así me explico, que hablo de las virtudes naturales, dejando a las otras, que nos elevan a la divinidad, en su respetable clase de teologales.

No hay duda, la paciencia es la única que puede hacernos tolerables las amarguras que siempre acompañan nuestros pasos en el tránsito de nuestros días. Yo quisiera tener entre mis amigos uno que me enseñara, materialmente, esta virtud preciosa, esto es, que, con su ejemplo, me acostumbrara a sufrir con serenidad los repetidos golpes del destino inexorable, porque, si he de decir la verdad, por más que leo a Séneca y a Epícteto, y a otros filósofos consoladores, yo no adelanto nada en esta virtud. Y cuando voy a la práctica de sus preceptos, me hallo exhausto de paciencia. ¿Qué haré pues? ¿Ocurriré a mis amigos...? Iré a Eugenio. ¡Grande amigo! Posee todas las virtudes. Es completo hombre de bien. ¡Hola!, pero ¿por qué le encuentro con un semblante tan sañudo...? No, su alma no está bastante serena...

—¿Qué te ha sucedido, Eugenio?

—¡Qué me ha sucedido! La orden que acabo de recibir de mis jefes para marchar a la campaña. Puntualmente, tenía que concluir un asunto

1 Anónimo, "El asno filósofo", en *Diario de México* (México, Imp. Juan Bautista Arizpe-Calle de la Monterilla, 5 de enero de 1814), t. III, núm. 5, pp. 1-3. Se indica: "Quebrara." Véase Anónimo, "Salutación a Sancho Panza o rasgo moral sobre la paciencia", en *El mentor mexicano. Periódico semanario sobre la ilustración popular en las ciencias económicas, literatura y arte* (México, Imp. de Arizpe, 12 de agosto de 1811), t. I, núm. 31, pp. 242-245.

que me interesaba y para cuyo desempeño necesitaba dos días. Y marche usted, ahora, luego luego. ¡Por vía de sanes...! Esto no es tolerable.

Este militar prefiere su interés a sus obligaciones y eso le impacienta, dije a mi coletito. No, le falta mucho para ser hombre de bien, a pesar de sus virtudes privadas. Tampoco será mi maestro. Voy con Arnesto, que parece ser más moderado. ¡Pero él riñe con el criado...!

—¿Qué cosa te tiene tan de mal humor, Arnesto?

—Este bribón, que a fuerza quiere que le pague su salario, mirando que para ello tengo que hacer un sacrificio. Ocho días ha que no vendo un real y... ¡Vaya!, ahí tengo dinero. Pero mis gastos personales...

¡Cáspita!, este también prefiere su comodidad a su obligación. El criado es un pobre y también tiene sus gastos personales. ¿Pues por qué se impacienta Arnesto cuando le cobran...? ¡Vaya, es incapaz de enseñar la virtud que busco...! Celia parece más paciente. Voy a visitarla.

—Querida Celia, sólo tú puedes darme unas lecciones prácticas que solicito. Tus virtudes son bastantes conocidas.

—Déjame, hombre, que estoy que no me sufro a mí misma. Tengo que recibir hoy unas visitas de cumplimiento y el maldito sastre no me ha traído el vestido que le mandé hacer con anticipación. ¡Qué artesanos tenemos en México, tan embusteros! No he tomado en mi vida cólera igual.

Yo permanecí un instante en compañía de Celia y vi que, por puntos, aumentaba su impaciencia por la bagatela de un vestido. Ya perdía mis esperanzas de encontrar un maestro de paciencia, pero ¡qué casualidad! Al salir de la habitación de Celia, vi que un arriero llegaba con un borrico cargado de comestibles para la provisión. El pobre borrico resistía la entrada de una casa, sin duda desconocida para él, y el bárbaro conductor descargaba sobre él muy fuertes garrotazos. Mas el humilde pollino no hacía más que agachar la cabeza; y si encontraba alguna hierba la comía como si estuviese en banquete.

Esto es hecho, dije a mi conciencia. Ya encontré el maestro que buscaba. Y me arrojé al arriero para quitarle el palo y dar un abrazo al paciente filósofo.

—¡Oh, tú —le dije—, símbolo de la paciencia y emblema de la paz, de ti aprenderé a sufrir los más terribles males de la vida y dentro de breve seré yo el maestro de Eugenio, de Arnesto y de la bella, pero impaciente, Celia! Yo, lo mismo que tú, amable borrico, estoy también sujeto al invisible garrote del destino cuando voy por las sendas de la vida. Él baja hasta mi cabeza y me hiere, muchas veces cuando menos lo espero, ya frustrando mis más lisonjeras esperanzas, ya arrancando de mi corazón los objetos que me son más preciosos, ya haciéndome sentir la ingratitud de mis amigos y ya rodeando mi lecho de amarguras y dolores. ¡Qué vara tan terrible, mi querido borrico! Es peor que la que descargó sobre tus pacientes costillas ese rollizo arriero. Pero tú ¿qué hiciste? Él descargaba su furor, tú lo sufrías, encogías el lomo y buscabas la verde hierba. ¡Ah!, ¿podré yo hacer lo mismo? Sí, cruel destino, descarga sobre mí todo tu furor, multiplica los dolores de mi inocente pecho, aumenta los quebrantos de mi alma adolorida, que yo... yo encogeré mis hombros, buscaré la verde hierba y... ¿pero en dónde? ¿Puedo yo disfrutar de aquellos placeres inocentes con que me embriagaba en el seno de mi Ganicia? Yo no olvidaré jamás que cuando el destino descargaba sobre mí su invisible vara yo me consolaba con ella y sus miradas compasivas me eran más dulces que al asno la verde hierba. ¡Pero ahora...! ¡Ah!, ¡quién fuera borrico!

FÁBULA. EL CABALLO

JOSÉ MANUEL VALDÉS¹

IBA UN CABALLO PRECIANDO

de activo y sin embarazo,

pues con su jinete andaba

juntamente estercolando.

Esto pasa –fo– en las gentes

gravadas de varios cargos,

que hacen mucho a la verdad,

pero mal y por mal cabo.

1 Anónimo, “Fábula. El caballo”, en *Diario de México* (México, Imp. Juan Bautista Arizpe-Calle de la Monterilla, 5 de enero de 1814), t. III, núm. 5, p. 4. Se indica: “Br. J. v.”

FÁBULA. EL LORO HUIDO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

LOGRÓ DE SU JAULA ESCAPARSE,
no sé cómo, una vez un lorito.
Y vuelto a la selva y sus gentes,
entre ellas andaba, y sus gritos.
El tiempo que estuvo en poblado,
en fuerza de oír repetirlo,
aunque mal, aprendió de memoria,
con la salve, también el bendito.
Pero siempre que estaban de bulla
sus hermanos, buscaba motivo
para hacerles callar y embocarles
todo aquello que hubiese aprendido.
Le escuchaban algunos, pasmados,
envidiando su charla y su juicio,
mas otros le ven con desprecio,
no pudiendo sufrir que continuo
interrumpa, importuno, su gresca.
Entre éstos, un sabio le dijo
—que había sido, como él, prisionero
y del hierro también era huido—:
—O muda el lenguaje, insensato,
o al tiempo acomoda su estilo,
que es un necio quien, venga o no venga

1 Anónimo, "Fábula. El loro huido", en *Diario de México* (México, Imp. Juan Bautista Arizpe-Calle de la Monterilla, 8 de enero de 1814), t. III, núm. 8, p. 4. Se indica: "Batilo."

al caso, se vende erudito.
A muchos les cuadra el consejo,
mas yo en especial lo dirijo
al poeta que todo interrumpe
por sólo decir un versito.

FÁBULA. EL RAPOSO AFORTUNADO

ANÓNIMO¹

DIJO EL RAPOSO, UN DÍA,
que era nulo el reinado del monarca
y que sólo a la fuerza le debía
el puesto que ocupaba;
que el pueblo, mal su grado, obedecía
los bárbaros absurdos que mandaba;
y que el bruto científico y sensato
odiaba sabiamente al mentecato.
Sus decretos y leyes,
ociosos e ilegítimas, que es cierto
que para empresas tales
no le dieron poder los animales.
Que era un bribón, un necio,
digno de burla y risa y menosprecio;
y en fin, que si pudiera
cascárelo un moquete en la mollera.
No bien cesó el raposo cuando el reino
del león virtuoso se conmueve:
—¡Infame!, ¡vil! —exclaman—,
¡traidor!, ¡indigno!, ¡pérfido y aleve!
—le buscan y le llaman.

1 Anónimo, "Fábula. El raposo afortunado", en *Diario de México* (México, Imp. Juan Bautista Arizpe-Calle de la Monterilla, 15 de enero de 1814), t. III, núm. 15, pp. 2-3. Se indica: "Redactor general de Cádiz." Véase *Suplemento al Redactor General* (Cádiz, Imp. del Estado mayor general, 16 de julio de 1813), núm. 762, p. 3098. "El raposo afortunado. Fábula 47", en *Diario mercantil de Cádiz* (Cádiz, Imp. de A. F. Figueroa, 9 de septiembre de 1813), núm. 318, pp. 1040-1042.

Y en medio de mil muertes, le encarcelan,
con que pagar quisieron su osadía.
Le juzga un tribunal y le condena.
Apela el delincuente
y el nuevo tribunal que vio su pena
le salva, declarándole inocente.
Uno era el hecho y el atroz delito,
uno el voto común: no importa un pito.
El término feliz del raro asunto
fue que el raposo libertase al punto.
Enmudeció el león, pero su pueblo,
que, merced a la ley
hablara de contino, así discurre:
—Si los conatos del benigno rey
tienden a nuestro bien, si aquellos vicios
de grandeza y favor con que la cuna
injusta colmó al bruto de fortuna,
se derogan y premian sacrificios,
y virtudes y letras y heroísmo;
si con rígida mano
se ataca al atrevido fanatismo,
que insulta sin reboso al soberano;
y en fin, si al despotismo,
que antes triunfara, se sujeta al freno,
¿quién amará al león...? Le amará el bueno.
Pero ¿acaso pudieran los nutridos
con los cortados males obedientes
al gobierno vivir agradecidos?
Pues entonces ¿a qué más? Del reo, uno
el crimen era, y claro y vidente,
y las sentencias, dos, y opuestas ambas.
¿Y en dónde el yerro que el imperio siente?

¿En dónde la ignorancia y la malicia...?

—¡Ah, necios! —dijo un grillo—, muchas veces

mirad sólo a los jueces

y no atended a culpas ni a justicia.

Aquellos que al raposo condenaron

rectos eran y simples animales.

¿Y los que le salvaron? Pavos reales.

MÁXIMAS Y SENTENCIAS DE DIVERSOS AUTORES, ANTIGUOS Y MODERNOS

ANÓNIMO¹

LA DIGNIDAD DEL HOMBRE CONSISTE en el pensar bien. Procuremos, pues, pensar bien, que este es el fundamento de la moral. Pascal.

Infeliz de ti si desprecias el testimonio de tu conciencia. Séneca.

Serás justo si tuvieres una vida en que no quepa reprehensión. Epícteto.

Si hemos de ser verdaderos amigos, me has de amar a mí, no a mis cosas, no a mis riquezas, no a mi fortuna. Cicerón.

No hay hombre más necesitado que el avariento. Horacio.

¿Quién es rico? El que no desea cosa ninguna. Ausonio.

Nunca es uno más justo y religioso que en las adversidades. Lucrecio.

La fortuna da a muchos demasiado, pero a ninguno lo bastante. Marcial.

En los infortunios, no nos hemos de confundir ni abatir; antes les hemos de hacer cara con esfuerzo. Virgilio.

1 Anónimo, “Máximas y sentencias de diversos autores antiguos y modernos”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 23 de enero de 1814), t. III, núm. 23, pp. 3-4.

De los beneficios, se deben acordar los que los reciben y olvidarse de ellos los que los hacen. Séneca.

A ninguno se alaba con mayor sinceridad y franqueza que al humilde. Séneca.

La virtud generalmente nos agrada y hace que amemos a los que la profesan. Cicerón.

CRÍTICA

ANÓNIMO¹

TE AGRAVIASTE PORQUE QUISIERON ACERTAR tu edad y te aumentaron dos años a los que realmente tienes. Me escribes sufocada, solicitas mis advertencias y crees que mi amistad no te las negará. ¿Por qué no te vales de otros amigos, más capaces? ¿Tú quieres interrumpir la tranquilidad que ahora gozo, separado de ese bullicio? No, Francisca, no comprometas mi pluma: déjame en paz. Mi espíritu, en este momento adolorido por la ingratitud de un hombre a quien pedí un pequeño favor, y teniendo obligaciones de concedérmelo, se ha negado, no halla aquel desahogo preciso para contestaciones de esta naturaleza. A pesar de todo, yo tengo obligación de hacerlo y nada debe detenerme. No extrañes mi severidad. Tú conoces muy bien mi carácter y lo aprecias cuando hablo con el lenguaje precioso de la sinceridad.

Ridícula es la locura de ciertas mujeres que quieren pasar en el mundo por más jóvenes o, por mejor decir, por menos viejas de lo que son efectivamente, unas procurando disfrazar las señales que la edad imprime diariamente en sus cuerpos, para que no aparezcan, otras pregonando una edad que pasaron y todas afectando ciertas acciones que son peculiares de la juventud, en cuyo número quieren entrar de por fuerza. Yo quisiera que éstas me dijeran ¿qué utilidades sacan de afectar el ser jóvenes cuando ya no lo son? ¿Cada época de la vida no tiene sus diferentes atractivos y estimables recomendaciones? Nadie me negará que las de la

1 Anónimo, "Crítica", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 24 de enero de 1814), t. III, núm. 24, pp. 1-4. Se indica: "G." Para la anécdota sobre Cicerón y la señora de edad que afirma ser más joven, véase *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 3 de mayo de 1788), t. III, núm. 160, p. 905. *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 14 de noviembre de 1789), t. VI, núm. 310, p. 2495.

juventud no son propias, sino a la juventud, y que en una edad madura no se halla *el yo no sé qué* que encanta y agrada, generalmente, y es como el alma de las sensaciones que causa. Y que esto no se puede hallar en la mujer ya hecha. Y también que en los entretenimientos y diversiones de las jóvenes se halla algo de soso e insípido para aquellas que han pasado ya por este periodo de la vida. Y así, hay muy pocas a quienes les sean agradables.

La naturaleza de los gustos en la juventud tiene tan justa proporción con aquella edad que en cualquiera otra ya no son los mismos, porque, por más que se sienta la misma inclinación y los mismos deseos, todo lo que se ejecuta es como forzado, sin nacer de sí mismo, ni hay originalidad. Encogidas, el semblante grave y serio, porque el tiempo lo imprime en el rostro, así como se va adelantando en la carrera de la vida, y se van grabando las señales de la reflexión, que no compaginan con la frivolidad, con los juegos y las risas.

¿Pues para qué contrahacerse? Me dirán para disculparse que si no es sensible pasar en el mundo por viejo antes de serlo en realidad. La palabra *viejo* dicen los que la conocen que es sumamente áspera y desagradable al oído. Y así, un viejo, una vieja y, mucho peor, una vieja doncella son los nombres de más chocante significación que se pueden proferir. Y sólo las palabras *pobre* y *fea* pueden competir con ella, pues no está en nuestras manos el quitar que, con el tiempo, lleguemos a ser viejos y también ser imposible permanecer siempre jóvenes. Debemos contentarnos con gozar, en cada estación de la vida, de las particulares prerrogativas que le son anexas. Además que no contemplo sea tan fatal, como quieren ponderarlo, el que una pase por vieja, siéndolo. Este es un orden que guarda la naturaleza: de que la vejez siga a la juventud. Y aun es un grande favor que se nos concede y que, anhelando todos, parécenos contradecirnos, despreciando este mismo don de la mano del que todo lo puede.

¿No es la juventud la flor y la vejez el fruto? Lo uno es hermoso y lo otro provechoso. Y dirigiéndose todos nuestros fines al provecho, ¿cómo lo tenemos por tan malo? Además que siéndonos tan apreciable al vivir,

que todos lo deseamos con ansia y que no todos lo logramos, ¿por qué aquel que lo consigue aborrece lo mismo que solicita? ¿Por qué esa contradicción? Luego, es una locura querer parecer de menor edad que la que se tiene.

Me replicarán aún que, siendo uno de los atractivos más grandes los pocos años, cada cual quiere durar el mayor tiempo que pueda en aquella edad tan apetecida, particularmente las que poseen grande fortuna. ¿Qué importa que una mujer de cincuenta años quiera pasar por una de treinta, otra de setenta por una de cuarenta, si tienen tantas señales evidentes de que es mentira lo que dicen o quieren disfrazar? Las canas, las arrugas, los achaques, el eco de la voz, todo, todo le está descubriendo lo que ella quiere ocultar. Es inútil quitarse la edad, pues, aunque uno lo afirme, jamás lo creen. Pero no sólo no le creen bajo su palabra, sino que, como en todo, se añade algo: la que dice tiene cuarenta y tiene cincuenta, le sacan la cuenta de tal forma que le ponen sesenta, de suerte que, con lo mismo que quiso enmendar su edad, se la aumentó. Y por añadidura, burlarse de ella con indirectas, que hieren, en sumo grado, al amor propio.

Es verdad que en todos tiempos ha reinado esta manía en las mujeres, pero también lo es que están expuestas a la irrisión de las gentes. Del tiempo de Cicerón, se cuenta que una señora, que se quitaba una buena porción de años, estando comiendo con él y otros muchos, uno que estaba al lado del orador le dijo en voz baja:

—¿Habéis creído lo que ha dicho de su edad esa señora?

—¡No lo tengo de creer! —le replicó Cicerón—. ¡Si hace más de diez años que le oigo decir lo mismo!

Delante de otra señora, muy entendida, se ofreció hablar de edades. Y creyendo un sobrino suyo que una mujer de su talento estaría libre de estas preocupaciones, le dijo:

—A mí me parece que yo acertaría la edad de ud. por el tiempo que hace que salí a servir al rey y el...

Pero atajándole, le replicó:

—Es muy fastidiosa la conversación de las edades en todas ocasiones, pero en particular delante de las mujeres y mucho más de aquellas que se estiman o a las que se les debe algún respeto.

Y desde aquel día cayó totalmente de su gracia.

No hay duda que la experiencia me ha hecho conocer que a nadie le gusta que le acierten la edad, así mujeres como hombres, pero en estas primeras labra mucho más, por ser su principal locura la juventud.

Me acuerdo de un amigo mío que jamás decía su edad, pues si le preguntaban respondía:

—¿Qué edad le parece a ud. que represento?

Unos le decían cincuenta.

—Pues esa misma es la que tengo.

Otros le decían que no podía pasar de cuarenta y cinco. Y él aseguraba de la misma suerte que aquella misma era la que tenía. Para conciliar estas diferencias, decía:

—Señores, nadie debe tener más edad que la que representa, pues, aunque uno tenga más o menos, cada cual permanece en su concepto y creen que uno tiene razones para no decir la verdad. Y pues jamás lo han de creer, aunque lo digo, lo mejor es contentarse con que cada cual lo juzgue por los que representa.

Estos son los consejos que te doy sobre la materia, los mismos que encontré en un tomo viejo, sin título, al momento de escribirte. Reserva mi carta de la mayor parte de tus amigas pues, de lo contrario, estoy expuesto a que me hagan la guerra de los gatos.

FÁBULA. EL PAISANO Y EL MASTÍN

ANÓNIMO¹

EN EL FÉRTIL PAÍS EN QUE EL NILO, rey de los ríos, extiende la abundancia con sus aguas, un paisano criaba a su hijo con un cuidado verdaderamente paternal. Era el único heredero que le quedaba de su esposa, a quien todo el tiempo de su vida había amado con la mayor ternura. Sobreviénele un negocio urgente y se ve obligado a dejar su rústica cabaña.

Este tierno padre no tuvo necesidad de ninguna canción para excitar el sueño de su hijo. Ya dormía él en su cuna. Cerca de ella, estaba acostado un mastín, a cuya fidelidad confiaba este hombre la guarda de su casa.

Acabado su negocio, se apresura a volver a ver su querido hijo. Levanta el picaporte, única cerradura de su choza. El mastín le sale a recibir, meneando la cola. Su modo de ladrar, sus halagos, sus caricias dan a entender una alegría extraordinaria. Se mete entre las piernas de su amo, le lame y le acaricia sin cesar. Pero ¡cuál fue la sorpresa de este hombre cuando vio a su perro todo cubierto de sangre! ¡Su espantosa boca, que destilaba aún algunas gotas, daba a entender que acababa de matar a alguien! Sobresaltado, el padre mira a todas partes y no ve a su hijo. Sólo halla la cuna, que estaba volcada.

Se llena de espanto y desesperación, mira con ojos airados por la choza, cada objeto le confirma la desgraciada suerte de su hijo y le hace creer que el perro le ha muerto. Abandonase, entonces, al furor, se arranca

1 Anónimo, "Fábula. El paisano y el mastín", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 27 de enero de 1814), t. III, núm. 27, pp. 3-4. Véase "El paisano y el mastín. Fábula", en *El no sé qué, por no sé quién*, "Al lector", trad. y ed. de Román Hernández (Madrid: Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, parte primera, pp. 80-81. "Enxemplo del quinto pryuado, e del perro, e de la culebra, e del niño", en *Versiones castellanas del Sendebar*, ed. y pról. de Ángel González Palencia (Madrid/Granada: c. s. i. c., 1946), pp. 12-13. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo XVI* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), pp. 141-142.

los pelos, jura derribar de un hachazo la cabeza del inocente perro, a quien creía culpable. Y al instante, mata cruelmente al desgraciado animal. Luego corre hacia la cuna, la levanta, creyendo hallar en ella el sangriento cadáver de su hijo. ¡Pero cuál fue su admiración al hallarle aún dormido y sin lesión alguna! Encuentra cerca de él una monstruosa serpiente, que acababa de ser despedazada y que aún palpitaba. Entonces conoció, aunque tarde, que su fiel mastín, a quien había quitado inhumanamente la vida, había muerto la serpiente por defender al hijo de su amo.

Juzguemos a todos y no los condenemos sin oírlos.

LEGISLACIÓN. DIÁLOGO ENTRE JUSTINIANO Y SOLÓN SOBRE EL CARÁCTER QUE DEBEN LLEVAR LAS LEYES PARA HACER FELICES A LOS PUEBLOS Y NACIONES

FRANÇOIS SALIGNAC DE LA MOTA FENELÓN¹

JUSTINIANO. NINGUNA COSA PUEDE DARSE igual a la majestad de las leyes romanas. Yo sé muy bien que tú, oh Solón, lograste una reputación muy distinguida entre los griegos, entre los cuales fuiste calificado por un gran legislador, pero yo te aseguro que si hubieras vivido en mi tiempo se hubiera obscurecido sobremanera esa tu grande fama y reputación.

Solón. Y ¿qué motivo tienes para decir eso? ¿Pues qué es posible que se me hubiera menospreciado en tu país?

Just. Y mucho que sí, porque los romanos siempre han excedido y aventajado a los griegos en cuanto al número de las leyes, que han aumentado notablemente. Lo mismo digo de su perfección.

Sol. Pues ¿dime en qué han superado los romanos a nosotros los griegos y qué es lo que han aumentado a las leyes, añadiéndoles perfección?

Just. Me parece que no puedes ignorar que nosotros los romanos tenemos una infinidad de leyes maravillosas, que se han instituido en diversos tiempos. Yo me prometo llevar, en todos tiempos y en todos los siglos, la gloria y satisfacción de haber compilado en mi código todo este gran

1 Anónimo, "Legislación. Diálogo entre Justiniano y Solón sobre el carácter que deben llevar las leyes para hacer felices a los pueblos y naciones", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 30 de enero de 1814), t. III, núm. 30, pp. 1-4. "Acaba el diálogo sobre el carácter que deben llevar las leyes", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 31 de enero de 1814), t. III, núm. 31, pp. 1-3. Véase François Salignac de la Mota Fenelón, *Diálogo de los muertos, antiguos y modernos*, trad. de D. Miguel Joseph Fernández (Madrid: Imp. de Don Antonio Muñoz del Valle, 1759), t. I, pp. 64-70.

cuerpo de leyes, colocándolas con el orden debido y correspondiente a la importancia de ellas.

Sol. Yo he oído decir a Cicerón, aquí abajo, que las leyes de las doce tablas eran las más perfectas que vieron jamás los romanos. Pero tú debes permitirme que observe, de paso, que estas leyes fueron de Grecia a Roma y que principalmente procedieron de Lacedemonia.

Just. Vendrán de donde quieras, pero lo cierto es que ellas eran demasíadamente sencillas y aun simples en extremo, breves, cortas y limitadas para entrar en paralelo con nuestras leyes, las cuales lo previeron y previeron todo, lo decidieron todo y en ellas está todo con un singular orden e infinita individualidad, cosa muy importante para su inteligencia y observancia.

Sol. Pues amigo querido, esas circunstancias que te inspiran a ti el elogio de tus leyes son para mí un defecto, y defecto de primer orden. Yo estoy persuadido de que para que las leyes sean buenas y útiles a un pueblo deben ser, precisamente, claras, sencillas, breves y proporcionadas a todos los individuos, que deben oírlas, entenderlas y retenerlas en la memoria, si es posible. Deben ser tales que puedan fácilmente amarlas, gustar de ellas, seguirlas y practicarlas a toda hora y aun a cada instante.

Just. Todo eso está muy bueno, pero es también manifiesto que unas leyes sencillas, cortas y breves, no ejercitan suficientemente la ciencia e ingenio de los jurisconsultos, pues no profundizan lo bastante las excelentes cuestiones del foro.²

Sol. ¡Hola! Pues yo estaba en la justa inteligencia de que las leyes se habían instituido puntualmente para evitar esas cuestiones espinosas y difíciles. Creía también que su único objeto era conservar en un pueblo las buenas costumbres, la economía, el orden, la paz y la tranquilidad pública.

2 Este error ha llegado, por desgracia, hasta nuestros días, sin que falten aun jurisconsultos preocupados que fundan su saber en los comentarios de las leyes y en las cuestiones nugatorias, que sólo sirven para enredar los asuntos particulares y complicar los negocios públicos que interesan la felicidad general de un Estado. La constitución española se separa enteramente de este funesto carácter, pero aún tiene que luchar con algunos endriagos leguleyos.

Pero ahora me enseñas tú, con sobrada extrañeza, que sirven para excitar los entendimientos sutiles y suministrar motivos y aun tal vez incentivos para pleitear.

Just. Bien notorio es en el mundo que Roma ha producido doctos y sabios jurisconsultos, bajo mi arrogante sistema, y que Esparta sólo tenía soldados incultos, ignorantes y rústicos, bajo tus principios extraños.

Sol. Como quiera que sea, yo siempre he de creer que buenas leyes son las que facilitan que no se necesite de jurisconsultos y que todos los ignorantes o rústicos viven en paz y quietud con el asilo y defensa de aquellas leyes sencillas, cortas, breves y claras, sin verse reducidos a consultar a unos vanos sofistas sobre el sentido de diversos textos y también en orden al modo de conciliarlos entre sí.

Just. Por eso, para acordarlo todo, hice yo mi compilación o código.

Sol. No comprendo cómo pueda ser eso que afirmas, porque Triboniano me decía ayer que fue él quien la hizo.

Just. Es verdad, pero la hizo de mi orden y por mis decretos, pues un emperador manda y no hace por sí una obra de tal naturaleza y entidad.

Sol. En todo, fuisteis extraño. Pues yo, que también reiné en el mundo, creo que la principal función y oficio de quien gobierna a los pueblos debe ser el darles leyes que a un mismo tiempo arreglen al rey y a los vasallos, para hacerles buenos y fieles juntamente. El empleo de mandar ejércitos y conseguir victorias es nada en comparación de la gloria de un legislador.

Pero volviendo a nuestro Triboniano, éste no hizo más que una compilación de leyes de diversos tiempos, que frecuentemente han variado. Y jamás habéis tenido un verdadero cuerpo de leyes, hechas juntamente con un mismo designio e intento, de modo que fuesen aptas e idóneas para formar y rectificar las costumbres y el total gobierno de una nación. Pues esa es una recolección de leyes especiales para decidir sobre las recíprocas pretensiones de las personas particulares, pero los griegos tienen la gloria de ser los únicos que hicieron e instituyeron leyes fundamentales para gobernar y dirigir a un pueblo sobre principios filosóficos, como también para arreglar toda su política y todo su gobierno.

En cuanto a la multitud de vuestras leyes, que tanto me exageráis, esa misma es la que me hace creer que no las habéis tenido buenas o que no habéis sabido conservarlas en su sencillez ni en su entereza. Lo cierto es que para gobernar bien a un pueblo no son menester muchos jueces y bastan pocas leyes. Demás de esto, son raros los hombres capaces de ser jueces y la multitud de éstos lo corrompe todo.³ La de las leyes no es menos perniciosa. Pues siendo grande su multitud, ya no se entienden ni se conservan. Así es que desde el mismo punto que hay tantas y tan rigurosas se acostumbran los súbditos a respetarlas sólo en apariencia, como por cumplimiento, y violarlas con especiosos pretextos.⁴ La vanidad hace que se obre con fausto, mas la avaricia y las otras pasiones son causa de que se menosprecien. De modo que se juega con ellas por la sutileza de los sofísticos que las explican e interpretan como les acomoda para ganar más dinero. De ahí proviene la trampa, que es un monstruo horrible, más idóneo para devorar al género humano.

Hablemos con ingenuidad. Yo siempre juzgo de las causas por sus efectos. Por consiguiente, yo no calificaré jamás por buenas las leyes de un Estado donde se prolongan y multiplican los pleitos y litigios entre partes, por las diversas aplicaciones de la ley y por las sutiles interpretaciones de los patronos y otros leguleyos ignorantes y sofistas. Para mí, sólo serán buenas las leyes sencillas, cortas y breves, que evitan todas las cuestiones y diferencias de intereses. Por esta razón, no quería yo que hubiese disposiciones por testamentos, ni adopciones, ni desheredaciones, substituciones, préstamos, ventas, ni cambios. Tampoco quería yo más que una limitadísima extensión de tierra en cada familia, como también que esta hacienda fuese inajenable y que el magistrado la dividiese y partiese igualmente entre los hijos conforme a la ley, después de

3 Y ainda mais lo echan a perder todo, pleitos y haciendas, pues siempre se verifica el gana pierde entre los maromeros del código, enseñados por el Vinio, el Pichardo, Gómez, Carlebal, Olavide, Sala, &c., &c., &c., &c., &c., &c., &c.,

4 No hay quien no experimente este fatal efecto de la multitud de leyes y del excesivo número de leguleyos. Ojalá y no lo hubiéramos experimentado tan inmediatamente en nuestros infelices días.

la muerte del padre de éstos. Que cuando las familias llegaran a multiplicarse demasiado, a proporción de la extensión de las tierras, enviaría yo una parte del pueblo a hacer una colonia o nueva población en alguna isla desierta.

Por medio de esta regla breve, corta y sencilla, no necesitaría yo de vuestros fárragos y hojarascas de leyes, no pensando ya más que en arreglar y rectificar las costumbres, educar la juventud, habituándola a la sobriedad, al trabajo, a la paciencia, al menosprecio de la flojedad y desidiosa delicadeza, al valeroso ánimo contra los dolores y contra la misma muerte. Yo no tengo duda que esto sería más seguro y mejor que sutilizar sobre los contrarios o las tutelas.

Just. Sin embargo de eso, es constante que de ahí se seguiría y ocasionaría que unas leyes tan secas y estériles trastornarían todo lo que hay de más ingenioso en la jurisprudencia.

Sol. Eso no me convence ni me hace fuerza alguna, porque yo más quiero leyes sencillas, duras, y aun silvestres y rústicas, que un imperioso arte que sólo sirve para turbar la quietud de los hombres y corromper lo substancial de las costumbres. Lo cierto es que jamás se vieron tantas leyes como en vuestro tiempo y nunca se vio vuestro imperio tan flojo y desidioso, tan afeminado, tan envilecido, ni tan indigno del nombre de los antiguos romanos, que antes se asemejaban a los espartanos. Tú mismo no fuiste más que un tramposo y un arruinador de las buenas leyes, un hombre vano en todo. Vuestro Triboniano fue un hombre perverso, doble y disoluto. Procopio os quitó la máscara y os descubrió, para que todos os conociesen. Y volviendo a las leyes, éstas sólo son leyes en cuanto fácilmente se conciben, son creídas, amadas, seguidas y puestas en práctica; ni son buenas, sino en cuanto su práctica y ejecución hace buenos y felices a los pueblos. Vosotros a nadie hicisteis bueno ni feliz con vuestra fastuosa y pomposa compilación. De donde infero que merece ser quemada. Yo conozco que te apesadumbra y entristeces por lo que te digo, pero esto proviene de que la majestad imperial juzga que es superior a la verdad. Mas su sombra no es ya otra cosa que una sombra

a quien impunemente se dice la verdad. Sin embargo, ya me retiro, para que pueda aplacarse y pacificarse tu cólera encendida.

FÁBULA. EL JINETE Y EL CABALLO

JOSÉ MANUEL VALDÉS¹

DÁBALE MIL REFRENADAS
un colegial a un caballo,
de modo que no podía
asentar su sobrepaso.
Entonces, el animal
de aquel hombre importunado
dio con él, zas, en el suelo,
a los corcovos y saltos.
Sabed padres de familia,
principalmente los payos,
no se gobierna a los hijos
a estirones y cuartazos.

1 Anónimo, "Fábula. El jinete y el caballo", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 1 de febrero de 1814), t. III, núm. 32, p. 3. Se indica: "Br. j. v."

EL GATO

ANÓNIMO¹

UN INGLÉS, LLAMADO WHITTINGTON, oyendo, a la edad de catorce años o quince años, tocar las vísperas de su parroquia, se le puso en la cabeza que las campanas decían claramente que algún día sería corregidor de Londres. Como era un hombre de clase baja y sin ninguna fortuna, no había motivo para pensar que las campanas dijese verdad. Sin embargo, él se empeñó en que no saliesen embusteras. Y para procurar que se cumpliera la profecía, resolvió buscar su fortuna en el mar. Se hizo marinero siguiendo esta idea.

Hubiera hecho al caso una maletilla para hacer su viaje más lucrativo, pero no había ninguno que viniese a ofrecérsela y sólo halló uno que le ofreció un gato.

—Dámelo —dijo—, él hará mi fortuna.

Se hicieron al mar, sopló el viento y sopló demasiado. En fin, hubo una tempestad que rompió el navío contra una isla, cuyos habitantes dijeron a los del equipaje que no podían recibirlos, porque una espantosa multitud de ratones que infestaba la isla había comido el trigo estando verde.

Whittington se aprovechó de esta ocasión para alabar su gato. Le emplazaron y, en efecto, hizo gran destrozo en los ratones. ¿Pero qué podría un gato solo contra los ratones de una isla tan ratera? Sin embargo, los isleños se lo compraron, se lo pagaron bien y le hicieron prometer que traería otros y se los pagarían bien. Cumplió su palabra y sacó tanta ganancia que llegó a ser un comerciante rico. Hizo una figura muy bri-

1 Anónimo, "El gato", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 2 de febrero de 1814), t. III, núm. 33, p. 4. Véase *El no sé qué, por no sé quién*, "Al lector", trad. y ed. de Román Hernández (Madrid: Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, parte primera, pp. 91-92.

llante en Londres. Y habiendo muerto el corregidor, le eligieron a él en su lugar.

MÁXIMAS DE DIVERSOS AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS

ANÓNIMO¹

TODOS PRESUMEN SER GENTE de razón y todos la desechan. Mallebranche.

La ambición nos obliga a ser mentirosos y a tener más alegre el semblante que el corazón. Salustio.

No sólo no se debe obrar mal, sino que se debe evitar el ser tenido por malo. Pítaco.

Agradan más las empresas dirigidas a la razón que las puramente felices por casualidad. Tácito.

Con la esperanza, nos figuramos fácil lo que en realidad es dificultoso. Guicciardino.

El sabio no se entristece por lo que no tiene y vive contento con lo que posee. Epícteto.

El tiempo nos hace mejores, más prudentes y más constantes. Tito Livio.

Basta acordarse de lo que es el hombre para llevar la desgracia con tranquilidad. Séneca.

1 Anónimo, "Máximas de diversos autores antiguos y modernos", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 5 de febrero de 1814), t. III, núm. 36, pp. 3-4.

Muchos serían sabios si no presumiesen que lo son. Séneca.

Los amigos huyen cuando se experimentan. Séneca.

Sucede a menudo el arrepentirse de haber hablado, pero no así de haber callado. Xenócrates.

Pocas observaciones necesita el que habla poco. Plutarco.

Se disculpan aquellos vicios de que uno se reconoce más fácilmente. Séneca.

La fortuna no es bastante rica y por eso para vestir a uno tiene que desnudar a otro. Demóstenes.

Es necesario que algunos sean desgraciados para que otros sean afortunados. Y así, cae uno cuando otro se eleva. Demóstenes.

Los desgraciados mueven a compasión y los afortunados a odio, porque el odio nace de la envidia y la compasión de la desgracia. Tácito.

CARTA DE B. F. A J. A. SOBRE LOS CASAMIENTOS TEMPRANOS

BENJAMÍN FRANKLIN¹

DESEAS, AMADO JUAN, QUE TE DIGA MI OPINIÓN sobre los que se casan muchachos, para responder a cuantos censuran tu matrimonio. Acuérdate que cuando me consultaste sobre esto te dije que ni de un lado que ni de otro hallaba inconveniente en la juventud. Y a la verdad, en las casas que trato he conocido que los que se casan jóvenes son regularmente más felices, porque su carácter es más dócil, como que los hábitos no están en ellos tan arraigados; se acostumbran más fácilmente el uno al otro y evitan, de este modo, muchas alteraciones y disgustos. Si a la juventud le falta la prudencia necesaria para el gobierno doméstico, no dejará de haber parientes o amigos de edad madura que remedien este defecto. Y también se hace antes el hombre a una vida tranquila y arreglada. El que se casa muchacho tal vez precavé muy felizmente ocasiones, tratos y amistades perjudiciales a su salud, y a su reputación, y acaso a una y a otra.

Algunos se pueden hallar en circunstancias en que dicte la prudencia diferir el matrimonio, pero, en general, cuando tenemos una naturaleza muy a propósito para este estado es de creer que no se engañe ésta cuando nos lo hace desear.

Los matrimonios tardíos tienen un inconveniente más que los otros y es que a los padres no les queda bastante vida para atender a la educa-

1 Anónimo, "Carta de B. F. a J. A. sobre los casamientos tempranos", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 10 de febrero de 1814), t. III, núm. 41, pp. 1-2. Véase *Semanario de Agricultura y Artes: dirigido a los párrocos* (Madrid, Imp. de Villalpando, 30 de junio de 1803), t. XIII, núm. 339, pp. 405-406. En nota a pie de página, se indica "Carta de B. Franklin a Juan Alleyne. Extracto..." *The Gentleman's Magazine* (London, Imp. D. Henry & R. Cave, 1789), t. LI, pp. 384-385. "To John Alleyne on Early Marriage", en *Works of Benjamin Franklin*, notes and a life of the author by Jared Spark: (Boston: Charles Tappan, Publisher, 1844), vol. VII, pp. 413-415.

ción de sus hijos. *Hijo tardano, huérfano temprano*, dice un proverbio español. Triste reflexión para los que se hallan en el caso de tener esta desgracia.

Nosotros los americanos nos casamos regularmente en la mañana de la vida. Nuestros hijos se crían y se establecen en el mundo a mediodía. Y concluidos en esta parte nuestros quehaceres, nos queda después del mediodía una tarde de placer agradable, como la que goza ahora nuestro amigo.

Casándonos temprano, logramos la dicha de tener más hijos. Y como cada madre cría los suyos según el uso de por acá, tan conforme a la naturaleza, conservamos más de ellos. Por eso, en estos países se aumenta la población con más rapidez que en Europa.

En resolución, yo celebro mucho que te hayas casado y te doy la enhorabuena con el mayor afecto. Te hallas en el camino de ser un ciudadano útil y libre de aquel perpetuo celibato en que, contra el voto de la naturaleza, se quedan muchos hombres sólo por haber diferido largo tiempo el tomar estado. Luego vuelven los ojos atrás, ven que ya es tarde y acaban de pasar toda la vida en una situación en que parece siempre que el hombre vale mucho menos. Un tomo descabalado nunca vale tanto como cuando es parte de una obra completa. ¿Qué caso se hace jamás de la mitad separada de unas tijeras? Nunca sirve bien para nada.

Ofrece a tu esposa mis respetos y deseos de que sea feliz. Yo estoy viejo y pesado, que si no lo haría en persona. Me contentaré con hacer algún uso del privilegio que tienen los ancianos de dar buenos consejos a sus amigos mozos. Trata a tu mujer con respeto y no sólo conseguirás el suyo, sino también el de cuantos presencian tu conducta. Nunca uses con ella de expresiones de poco aprecio, ni aun en chanza, porque las chanzas de esta clase suelen acabar en disensiones muy graves.

Dedícate con cuidado a tu profesión y serás sabio; sé laborioso y económico y llegarás a ser rico; sé frugal y templado y conservarás tu salud; sé siempre virtuoso y serás feliz.

ANÉCDOTA VERDADERA

ANÓNIMO¹

UN HOMBRE LLAMADO JACOBO EJERCÍA una profesión humilde. Tenía mujer y cuatro hijos. Apenas podía dar su trabajo para mantener esta desgraciada familia. Sin embargo de su miseria, gozaba de una tranquila felicidad. Su corazón se llenaba de gozo cuando los veía cantar a su lado, alegres y contentos. Dedicaba a su ingrato trabajo las noches y los días. Parece que la fortuna es un genio malvado que se complace en perseguir a las almas virtuosas y herirlas con los golpes más sensibles. Jacobo, a pesar de su cuidado, de su aplicación y de su constancia en combatir su triste suerte, se llegó a ver reducido a las más terribles miserias. Su mujer y sus hijos experimentaron la mayor necesidad. Ya no había con qué alimentarse. Los cercaron los horrores del hambre. Jacobo mezcló sus lágrimas con las de su familia al contemplar su horrorosa situación. Olvidaba sus propios trabajos por pensar en los de su familia. Imploró el socorro de sus vecinos. Es inútil decir que la mayor parte se desdénaron de mirarle. Pidió limosna todo anegado en lágrimas. Nadie le escuchó ni se conmovió por sus gemidos.

En este estado de desesperación y abatimiento, halla un compañero suyo, cuasi tan infeliz como él. Éste se mueve a compasión de su dolor y le pregunta la causa.

—Soy el hombre más desgraciado. Mi mujer y mis hijos no han comido desde ayer al mediodía y... no sé dónde voy... perecen.

1 Anónimo, "Anécdota verdadera", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 10 de febrero de 1814), t. III, núm. 41, pp. 3-4. Véase "Anécdota verdadera", en E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1804), t. I, pp. 285-288. "Extremos a que obliga la miseria. Anécdota verdadera", en *Biblioteca de literatura, moral, ciencias y artes* (Zaragoza, Imp. de José Val, 1840), t. I, pp. 74-76.

—Amigo —le dice el otro—, toma dos cuartos. Este es todo mi caudal. Si quieres ganar algún dinero, yo te daré un modo.

—Todo lo haré, como no sea en contra del honor y de la religión.

—Yo sé de un discípulo de cirugía que aprende a sangrar. Si te resuelves a ponerte en sus manos, te valdrá algún dinero.

Jacobo va volando a casa del aprendiz. Le sangra y le paga. Sabe de otro discípulo. Presenta el brazo. Le hacen nueva sangría y tiene doble paga. Este hombre, tan digno de lástima como de respeto, corre precipitadamente a su casa, a socorrer a su extenuada familia. Le ven el color pálido, desfigurado. Se sienta. Advierten que sale sangre de sus brazos.

—¡Esposo!, ¡padre!, ¿qué tenéis? ¿Os habéis dejado sangrar?

—Esposa querida, amados hijos —les dijo con un profundo suspiro y abrazándolos estrechamente—, ha sido... ha sido para libertaros de la muerte, para daros de comer.

Estos infelices le bañan en lágrimas, le abrazan. ¡Hombres inhumanos! ¡Corazones insensibles! ¡Qué espectáculo!

¡Ojalá esta virtuosa acción pueda hacer revivir la caridad en el corazón de muchos, donde está como apagada! ¡Ojalá sea una voz que se insinue siempre en los endurecidos oídos de muchos de esos ricos inhumanos que, en tanto que ellos rebosan de las cosas más costosas y superfluas, dejan a sus semejantes, a familias enteras, morir de necesidad! Es necesario repetir siempre estas terribles verdades y no cesar de clamar contra los corazones duros e insensibles, contra aquellos que sólo piensan en el lujo y en los placeres. He visto diferentes gentes, he tratado a los grandes y los pequeños, he recorrido todos los estados, todas las clases, todas las condiciones. Todo lo he examinado. He hallado muchos corazones insensibles a la miseria; pocos verdaderamente caritativos. Pocas veces he oído decir si tuviera tantos bienes los emplearía en socorrer a los pobres, a los infelices. He visto bastantes arruinarse por sostener un lujo excesivo; otros sólo cuidadosos de atesorar inmensas sumas; muchos ocupados en hacer su fortuna o en aumentarla. Tal vez antes de morir conoceré corazones benéficos, semejantes al de Jacobo. Éste, sin duda,

es el único, el mejor de los espectáculos de que uno puede gozar. Dudo que, por patético que sea, me enterezca tanto como me admire.

MÁXIMAS DE DIVERSOS AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS

ANÓNIMO¹

DAMOS MAYOR PRUEBA DE NUESTRA IGNORANCIA cuando presumimos saberlo todo. Paterculo.

No hay mayor prueba de sabiduría que tenerse a sí mismo por menos docto y prudente que los demás. Plinio.

Es necesario ser bueno, pero no simple; sagaz, pero no falso. Sócrates.

Examina, considera mucho: todas las preocupaciones proceden de la precipitación. Malebranche.

La virtud es hija del tiempo. Laercio.

Es cosa muy abominable dejar lo honesto por lo útil. Cicerón.

No es tanto lo que nos atormenta la pobreza como el deseo de tener. Epícteto.

No desees riquezas y no sentirás el ser pobre. Epícteto.

Un gran retórico molesta a un hombre áspero y de mal humor. Horacio.

1 Anónimo, "Máximas de diversos autores antiguos y modernos", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 14 de febrero de 1814), t. III, núm. 45, pp. 2-3.

El hombre libre es el sabio, el cual es superior a sí mismo y se burla de la miseria y de la muerte. Horacio.

Nada teme el justo y aún el cielo vería caer sin espanto. Horacio.

Un día que vivas has vivido bastante; siempre hay el mismo sol, la misma luna: todos los días son semejantes al de hoy. Montaigne.

En el trato con los hombres, procuramos más comunicar nuestros conocimientos que adquirir otros nuevos. Montaigne.

Se atormentan más los hombres con las opiniones de las cosas que con las cosas mismas. Montaigne.

La ambición y la curiosidad son el azote de nuestra alma. Montaigne.

Es fácil hablar de un arte, pero difícil el hablar de él con arte. Quintiliano.

Somos tan ciegos que ignoramos cuándo es tiempo de alegrarnos y cuándo de entristecernos; y las más veces no tenemos sino alegrías y tristezas falsas. Montesquieu.

EJEMPLO DE LAS TRES GOTAS

ANÓNIMO¹

JESSON EMIR AL OMRACH, UNO DE LOS PRIMEROS empleados en la corte de Delhi, se internó, cazando, en un bosque inmediato, hasta que, cansado, se sentó y durmió a la sombra de un plátano. Al despertar, vio cerca de sí a un anciano, a quien preguntó si tenía algún refresco. Respondió que sí y le trajo una copa llena de agua fresca y pura. Tomóla el emir. Y al acercarla a sus labios, dijo el anciano:

—Espera.

Y sacando un pomo, echó tres gotas de él en el agua, añadiendo:

—La copa sólo contiene la bebida, pero en este pomo llevo el elíxir de la salud. Te has debilitado en un ejercicio violento y necesitas recuperar las fuerzas.

—¿Cómo debilitado? —replicó el emir—. Al contrario, yo hago ejercicio para mantener mis fuerzas, en lugar de perderlas con él.

—La fatiga gasta las fuerzas —dijo el viejo— y el reposo las conserva. Los persas dicen que el ejercicio perjudica cuando no es necesario. Los turcos que mejor es ir a caballo que a pie; estar sentado que de pie; echado que sentado; y muerto que vivo. Los franguis que han venido por acá llevan muy distinta opinión. Siempre están en movimiento y miran esto como necesario a la salud. La intemperancia hace acaso útil el ejercicio. Y aumentándose éste, es menester aumentar el alimento. Pero el destino que indica tu vestido no me parece que requiere este régimen forzado.

1 Anónimo, "Ejemplo de las tres gotas", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 25 de febrero de 1814), t. III, núm. 56, pp. 1-4. Véase *Semanario de agricultura y artes dirigido a los párrocos* (Madrid, Imp. de Villalpando, 3 de marzo de 1803), t. XIII, núm. 322, pp. 139-142.

Poco satisfecho el emir de estas máximas, le iba a responder, cuando se interpuso un aldeano, que pidió al viejo algún remedio para recobrar su salud.

—¿Y por qué no acudes —le dijo— al médico, que es el que dispone de la salud de los hombres? Yo no puedo nada sin la asistencia de arriba. Sin embargo, aquí tienes un remedio eficaz, si no te falta la protección del cielo. Toma este pomo, echa tres gotas de lo que contiene en una copa de agua pura y guarda una dieta rigurosa por espacio de veinticuatro horas. Acuérdate bien: tres gotas solamente.

No bien se había ido este enfermo cuando llegó otro, a quien dio el mismo remedio. Y el emir se despidió con el deseo de saber de qué se compondría aquel elíxir que curaba todos los males.

El emir servía la copa al emperador Shah Jehan, que bebía bastante vino. Y a cada vez le dejaba algo en la copa, la cual tomaba el emir, oraba al profeta y bebía lo que quedaba. Pero aunque al soberano no le hacía daño el vino, a su copero se le subía a la cabeza, porque siempre tenía que beber más de lo que podía. Así es que perdió la salud, se le encendió la cara, se le hincharon las piernas y visiblemente se iba enflaqueciendo. De nada sirvieron los remedios más exquisitos que le prescribieron los médicos de la corte. El enfermo iba de mal en peor hasta que acordándose del viejo que había visto en el monte se hizo llevar a él en una litera, porque ya no podía ir a caballo, y le dijo:

—Vengo a ponerme en tus manos.

—Pues bien —respondió el anciano—, toma las tres gotas en un vaso de agua pura y no tomes nada más hasta mañana.

—Eso no puede ser —dijo el emir—, porque me precisa beber lo que deja mi amo cuando me presenta la copa de honor.

—En tal caso, morirás —añadió el viejo—, porque la más leve sustancia extraña que se junte con este remedio le convierte en un veneno sutil.

Supo el emperador esta condición y permitió al emir que se ausentase de la corte por seis meses. En este tiempo, tomaba todos los días el remedio de las tres gotas. Recobró su buen color, sus fuerzas y apetito.

—Y con todo eso —dijo el anciano—, continúa algunas semanas más y el ángel de la salud hará en ti su morada y arrojará de ella al ángel de la muerte.

Excitó mucho la curiosidad del emir la sencillez y eficacia del remedio. Y al despedirse del viejo, le dijo éste:

—Ya has visto los efectos admirables del elixir. Si no quieres perderlos, debes abstenerte todavía mucho tiempo de la copa del emperador.

Cuando el emir se presentó al emperador, exclamó éste:

—¿Qué prodigio es el que veo! ¿Quién es el sabio que dispone del tesoro de la salud? Llévadle un vestido y decidle que le quiero ver y premiar. Entretanto, bebió el soberano. Pero el emir sólo tocaba la copa con sus labios, sin beber nada, para no perder la vida. Lo advirtió el príncipe e, indignado por el desaire, le mandó apartar y que jamás bebiese, sino agua.

Luego trajeron a su presencia al anciano, vestido con las ropas que le había enviado, y le dijo:

—Acércate y dime ¿cómo has llegado a poseer el elixir de la vida, que tanto tiempo han buscado, en vano, los sabios del Oriente?

—Tu esclavo no posee ningún elixir.

—¿Es un talismán?

—No, señor.

—¿Cuál es tu secreto? Dilo.

—Toda la virtud del remedio consiste en el secreto. Si lo descubro, pierde su eficacia.

—Tu resistencia a decirlo aumenta mi curiosidad. Dí en el momento qué remedio es ese.

—Pues así lo quieres, oh señor, voy a satisfacer tu deseo. Había yo observado desde mi juventud que la imaginación tiene un poder ilimitado sobre el hombre; que sólo ella es la que puede embellecer y desfigurar; que muda de forma a los objetos; y que nos domina y modifica como quiere, una vez que llegue a excitarse con viveza. Cuando fui entrando en edad, descubrí que la intemperancia era el origen de la mayor parte de nuestros males y que sólo ella nos acercará a las enfermedades y nos

apresura la muerte. La experiencia nos da una prueba convincente de esta verdad pues una antigua costumbre y el instinto que nos arrastra al placer se reúnen para mantener una ilusión fatal. Las obras de la naturaleza son buenas. Cuando contrariamos sus leyes, traemos sobre nosotros las dolencias. Pero ella tiende de continuo a adquirir su equilibrio y a volvernos la salud. Los remedios que auxilian esta tendencia natural son los que únicamente hay útiles. ¿Pero qué seguridad tenemos de que un remedio auxilie efectivamente la tendencia de la naturaleza?

Como aunque a veces quieran los emperadores instruirse, no suelen tener paciencia para recibir la instrucción, sucedió que Shan Jehan, impaciente con el largo preámbulo del anciano, le interrumpió, diciendo:

—Yo quiero saber el secreto de las tres gotas y no te pregunto más.

—Señor, he comenzado por explicar los efectos de la imaginación.

—Las tres gotas, te digo, viejo hablador. Y guarda para ti esas historias.

—Yo iba a confesaros, señor, que no poseo secreto alguno, ni talismán, pero pues mis palabras no os son agradables, callaré.

—No, habla.

—Cuando viene a mí un enfermo, considero que procede su mal de que ha sacado a la naturaleza de su asiento y equilibrio. Si yo conociera los medios de volverla a poner en él, me valdría de ellos, pero como los ignoro, procedo de suerte que no contrarie su tendencia al restablecimiento. Como la intemperancia es la causa más probable del mal, la dieta deberá ser más verosímilmente la que lo corrija. Pero este medio es demasiado sencillo y no causa efecto alguno sobre la imaginación, a la que es necesario dar pábulo. Y este es el destino de las tres gotas misteriosas que yo doy, las cuales no son sino de agua común y deben su virtud a la fe con que las toman los dolientes. Todo mi saber se reduce a apartar lo que pueda impedir la acción de la naturaleza y a persuadir al doliente que se está curando.

—¿Cómo? ¿Y no es más que eso? —dijo el emperador.

—No es más, señor. Pero pues mi secreto estaba tan acreditado, es necesario confesar que merecía aprecio. Ahora que ya no es un secreto, tampoco es un remedio.

FÁBULA. EL PERICO HABLADOR Y EL GAVILÁN

ANÓNIMO¹

HUBO, ANTAÑO, UN PERIQUILLO,
endiablado charlatán,
que, sin saber lo que hablaba,
nunca dejaba de hablar.
Como todos los pericos,
era charlatán tenaz,
sin que una palabra sola
respondiera en su lugar.
Si una cosa le pedían,
otra hablaba el animal,
con despropósitos necios,
siempre a cual más garrafal.
Su mérito consistía
en no entender y charlar,
para divertir a tontos,
a propósito no más.
Aunque no viniera al caso,
con bulla y voz magistral
esta palabra, *victoria*,
repetía sin cesar.
Charlando, pues, cierto día
vino, acaso, un gavián
y, afianzando al bufonzuelo,

1 Anónimo, "Fábula. El perico hablador y el gavián", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 4 de marzo de 1814), t. III, núm. 63, pp. 3-4. Se indica: "Patricio Vero."

echó ligero a volar.
Monsieur perico, aturdido,
 viéndose perdido ya,
 sin saber lo que se hacía
 ¡Victoria! empezó a gritar.
 Y aunque estaba entre las uñas
 del triunfante gavilán,
 ¡Victoria! iba repitiendo.
 Y todo era *victorear*.
 Cuando miro al Pensador
 charlar contra *Nugagá*,²
 el gavilán se me acuerda
 y el perico charlatán.

2 Anónimo, *Palos al Pensador Mexicano o reflexiones sobre el pensamiento extraordinario del 26 de enero de 1814* (México, Imp. de Mariano Josef de Zúñiga y Ontiveros, 1814). Se indica: "Nugagá." Véase José Joaquín Fernández de Lizardi, "Escudo de defensa contra los palos del señor Nugagá", en *El pensador mexicano* (México, Imp. de Doña María de Jauregui, 24 de febrero de 1814), núm. 6, pp. 43-50. *Obras. iv. Periódicos*. Alacena de Frioleras/Cajoncitos de la Alacena/Las Sombras de Heráclito y Demócrito/El Conductor Eléctrico, adver. de María del Carmen Millán, recop., ed., notas y pres. de María Rosa Palazón (México: UNAM, 1970), pp. 409-417. Nota agregada.

FABULA. LOS DOS MUCHACHOS

ANÓNIMO¹

EN LA ESCUELA, HABÍA
entre otros muchachos
uno presumido
de valiente y guapo.
Era jactancioso,
orgullosa y vano,
audaz, insolente
y desvergonzado.
Provocaba a todos
con mofa y descaro,
llamándolos *necios*,
botarates y *asnos*.
Hasta que un chicuelo,
asaz hostigado
de tantos insultos,
quiso refrenarlo.
—Ven acá —le dijo—,
pobre mentecato,
dime ¿en qué te fundas
para ser osado?
Veamos si mantienes
a fuerza de brazos
lo que con la lengua

1 Anónimo, “Fábula. Los dos muchachos”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 6 de marzo de 1814), t. III, núm. 65, pp. 3-4. Se indica: “Patricio Vero.”

vas vociferando
 –dijo. Y al instante,
 con denuedo y garbo
 al guapo, valiente,
 soltó buenos *palos*.²
 El valentoncillo,
 que se vio *apaleado*,
 escapando el cuerpo
 corrió como un ganso.
 Y luego que estuvo
 un poco apartado,
 con estas palabras
 comenzó a insultarlo:
 –Eres un *cobarde*,
 un *tonto*, un menguado,
quijote ignorante,
botarate y sandio.
 Ni *tú*, ni *trescientos*,
 valen un ochavo.
Como no arrebatan,
para todos basto.
 Así cacareaba,
 avivando el paso,
 porque el otro, mientras,
 le enseñaba el palo.
 Y por más que quiso
 reñir mano a mano,
 el guapo escapaba,
huyendo y hablando.

2 Puede ser referencia a Anónimo, *Palos al Pensador Mexicano o reflexiones sobre el pensamiento extraordinario del 26 de enero de 1814* (México: Imp. de D. Mariano Josef de Zúñiga y Ontiveros, 1814). Se indica: “Nugagá.” Nota agregada.

El del palo, entonces,
dijo, ya parado:
–Si *zafas el cuerpo*,
en vano me canso.
Triunfar piensan muchos,
como tú, insensatos,
porque *charlan y huyen*
el bulto a los palos.
Si el Pensador viere
lo de los muchachos,
en el guapo temo
que halle su retrato.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

UN PARTICULAR, RECIÉN LLEGADO A LA HABANA del Cabo de Buena Esperanza, refiere un hecho singular que le acaeció cerca de Constancia y es del tenor siguiente.

Un trompeta holandés había pasado divertido una noche en una boda de una aldea, en la que bebieron todos a satisfacción. Y nuestro músico holandés no se había descuidado. Llegó la hora de retirarse y fue preciso que todos se fuesen a la ciudad. La circunstancia de ser de noche, junto con la borrachera del trompeta, fue causa de que éste se extraviase. Quedó dormido en el camino, con su instrumento al lado. Un tigre de un bosque inmediato, habiéndole oído desde lejos, se vino hacia el monte. Despertóle este ataque repentino. Y reconociendo el peligro en que se hallaba, tuvo la presencia de espíritu de agarrar su trompeta y de entonarla con toda su mayor fuerza. El animal, asombrado, dejó la presa en el momento y echó a huir hacia el bosque. El músico, que se vio libre del peligro en que creía morir, se volvió a su casa, dando gracias a la providencia de haberle presentado un medio casi milagroso para evitar la muerte.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 11 de marzo de 1814), t. III, núm. 70, p. 3. Véase *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 19 de julio de 1787), núm. 8, pp. 55-56.

RASGO DE BENEFICENCIA

ANÓNIMO¹

EN EL RIGOR DEL INVIERNO DE 1785, JORGE III, rey de la Gran Bretaña, sin atender al tiempo que hacía y no teniendo jamás mayor gusto que el de hacer bien, se paseaba solo, a pie, y se consolaba a sí mismo con las fatigas del gobierno. A esta sazón, encontró a dos niños, de los cuales el mayor no parecía tener más de ocho años, quienes, sin saber que hablaban con el rey, se arrojaron a sus pies, sobre la nieve, y tendiendo sus pequeñas manos, le suplicaban les diese una limosna.

—Por corta que sea —decían ellos—, porque nos morimos de hambre. Tenemos muchísima hambre y nada tenemos que comer.

Más hubieran ellos dicho, pero las lágrimas y los sollozos les cortaban la palabra.

Movido el rey de compasión y de horror, les dijo, con la mayor afección, que se levantasen. E inmediatamente que les hubo inspirado, con su trato humanísimo y cariñoso, algún valor para que le instruyesen con mayor extensión, añadieron que su madre había muerto cuatro años hacía y aun no estaba enterrada; que su padre, a quien temían también perder, estaba tendido a su lado, sobre un montón de paja, enfermo y privado de todo; y que, finalmente, no tenían ni dinero, ni alimento, ni fuego en su casa. Esta narración llena de dolor, hecha con toda la pura ingenuidad de la niñez, tenía más fuerza de la que necesitaba para mover a compasión al monarca, quien la única duda que tenía consistía en saber si, a pesar de la sencillez con que le habían referido la historia, sería o no

1 Anónimo, “Rasgo de beneficencia”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 14 de marzo de 1814), t. III, núm. 73, pp. 2-4. Véase *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 2 de agosto de 1787), núm. 14, pp. 101-102.

prudente creerla. Pero la humanidad le venció. Mandó a los niños que le condujesen a su albergue y les siguió hasta ver su miserable choza, en donde halló, como le habían prevenido, a la deplorable madre difunta, que, visiblemente, había perecido por falta de todo lo necesario para la vida, y al padre en disposición de expirar también. Pero con brazo débil, aún rodeaba a la pobre compañera de sus males, como para decirle que le escuchase. Conoció el rey que las lágrimas se apuraban en salir por sus ojos y no creyó derogar o perder algo de su grandeza con dar un libre curso a su sentimiento.

Habiendo el rey dejado todo el dinero que traía sobre sí, se volvió, sin tardar, al palacio de Windsor; declaró lo que había visto a la reina, confesándole, ingenuamente, cuánto lo había sentido. Despachó en el momento un posta, con abundancia de provisiones, de vestidos, de carbón y de todos aquellos socorros que podrían servir de pronto alivio a dicha desgraciada familia. Siempre que se representaba este cuadro de una miseria que jamás creyó pudiese existir en sus estados, gemía y sollozaba, manifestando el mayor dolor.

Vivificado y casi resucitado el anciano por los beneficios de su soberano, cobró en muy poco de tiempo la salud. Y el rey, celoso de hacer felices a los niños, como habían salvado la vida de su padre, concluyó la obra meritoria, que tan felizmente había comenzado, dando órdenes precisas para que hasta la pubertad fuesen vestidos, educados y sostenidos a sus expensas, con la esperanza de que obtendrían unos buenos empleos, siempre que por su conducta fueran acreedores.

LA COQUETILLA ILUSTRADA

ANÓNIMO¹

La coquetilla ilustrada al lic. D. Juan
Nazario Peimbert. Salud.²

Cuando ni la doctrina
saben las damas,
dizque quiere que aprendan
ciencias exactas.
¿Niñas y ciencia?
¡Ojalá ser mujeres
muchas supieran!

SUPONGO, SR. LIC., QUE UD. NO HABLA CONMIGO, ni con otra multitud de señoritas del día, en su convite académico. Yo, por lo menos, no me doy por citada, ni cuente con mi asistencia. Mi complexión, mis achaques, mi distribución de tiempo, en todas las horas del día y de la noche, mi conducta a la *dernier* y mis ocupaciones no me dan un momento de desahogo. Ya quisiera me permitieran más lugar a lo preciso y no buscar atenciones de supererogación. Apenas oigo las diez o las once de la mañana, cuando, con toda violencia, dejo la cama, por salir al estrado a tomar el de Caracas al lado de mi D. Preciso, que siempre me espera con impaciencia. Allí acabo de vestirme, poco más o menos, puesta según el talante de nuestra última conversación de paz, enojitos, celos o lo que quedó pendiente. Seguimos o concluimos este único importante punto

1 Anónimo, "La coquetilla ilustrada", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 17 de marzo de 1814), t. III, núm. 76, pp. 1-4. Se indica: "La ilustrada coquetilla."

2 Se indica: "(Véase el suplemento al número 69)." Nota agregada.

y luego lo tomamos entre mano o entre lengua el lance de Doña Elvira con D. Perpetuo, el disimulo de D. Prudencio, la inadvertencia de D. Cándido, las expresiones de Doña Esperanza y otras especies de no menor interés. Recordamos el baile, el teatro, la tertulia, el coloquio, la ópera, los toros; si el valse estuvo en regla; si la contrandanza se erró; si el campestre; si las voleras. Llega en esto la hora de comer.

—D. Preciso, ud. que ya me sabe el modo un plato. Aquella prese-sita. Me daña el *plus*. Una gota del de pasto. Sin dulce, el café de siesta. A reposar un poco. Cuide ud. que aun las moscas susurren quedo. Ya apunta la jaqueca.

Las cinco: al paseo, al teatro, al baile. Completar la noche con un tresillo o, mientras cenamos, un *muz*, mano a mano. A cenar. La una y cuarto. Adiós, hasta mañana. ¿Y así quiere ud., Sr. D. Nazario, que me sobre tiempo para su academia? Yo lo robaría con gusto, si no hubiera ud. señalado la hora de la prima noche. Pero puntualmente, esa es la más ocupada para mí. ¿Qué piensa ud. que yo prefiera la academia al único rato que puedo aprovechar de mis asuntos con D. Oportuno? Entonces es cuando se realizan los tratados de paz o se hacen las capitulaciones de rendición, porque o salimos de casa a alguna diversión, y en ella nos divertimos, o porque está con su histérica mamá, se mete a su recámara y yo, por no parecer impolítica, le sigo, dando corte a mi D. Anterior. ¿Y así quiere ud. que me suscriba a su academia, Sr. D. Juan?

Si después de todo me animara a asistir a ella, sería cuando me creyera ud. instruida en la economía y mecanismo doméstico de criadas, recámara, aseo y otras menudencias. Pero a la verdad, en esto me hace ud. muy poco favor. Una señorita fina de educación y del día ¿se ha de ocupar en esas bagatelas? Si mamá, que es la ama de casa, sabe tanto de ella como si fuera huésped, ¿yo, que soy hija de familia, que tengo otros cuidados, propios de mi edad, a quien todo se lo han de dar a medida de su gusto, cometeré la bajeza de saber si los domésticos y la familia anda pies arriba o pies abajo? Lo que yo he visto con mis hermanas, las chiquillas, es que mientras lo son, y hasta que van llegando a proporción de llevar una

conversación –pues, de las nuestras– en el estrado, andan a manga por hombro. Y cuando más, una criada vieja se encarga de medio vestirlas y que peor coman. Y en esto de la doctrina cristiana, alguna vez llegan a saber la mitad sí y la mitad no. Conmigo, por lo menos, tengo noticia que no se hizo otra cosa. Así mi madre me lo decía y así mi abuela me lo contaba cuando me hablaba de educación. ¿Y quiere ud., Sr. Licenciado, que vaya a su academia?

Por otra parte, las ciencias que allí piensa ud. enseñarnos son la lógica, álgebra, aritmética, gramática, castellanas, escribir, cuentas. Y si sobrara hueco, dibujo, música y no sé qué más. Pues sepa ud., amiguito, que en todas tengo una tintura más que regular. A una ojeada y continua hojeada, formo unos silogismos en *dari*, que se quedan pasmados mis adláteres y pretendientes. Saco unas consecuencias en *feria*, que pocas veces faltan. Hago unos problemas que no dejan qué dudar. Aquello de X dos, X cuatro y aun X muchos, es para mí juego de niños. Como atolondrados, no saben a cuál quedarse, por tunos que sean. A cada cual distribuyo, según su mérito, el premio que merece y ninguno queda quejoso. Es verdad que nunca me he querido calentar la cabeza con saber si las partes de la oración son ocho o cuarenta, pero me explico con una propiedad y oportunidad, la más viva que ud. quiera imaginar. Me entienden y yo entiendo. Y en mi aprecio, distingo muy bien el nombre del pronombre, el verbo del participio. Y siempre venimos a parar en conjunción. Escribo tal cual y hago unas cuentas, por difíciles que sean, muy alegres, aunque muchas veces me salen erradas. Dibujo con tal perfección que aunque el original no esté presente no hay quien no lo conozca al escucharme. ¿Para qué, pues, quiere ud. que vaya a su academia, Sr. Director *in fieri*?³

Yo padezco no sé qué accidente, que no me permite permanecer largo rato en quietud y mucho menos aplicar a ciencias abstractas mis potencias intelectuales. Horas enteras me estoy en un baile, saltando y brincando, y me quedo tan serena como si estuviera durmiendo. Pero a

3 “en ira”. Nota agregada.

pesar de esta agilidad, no soy capaz de rezar tres Ave Marías de rodillas sin que la palpitación me ahogue. Cuando leo con tesón, luego me cae fluxión en los ojos y me deja ciega por muchos días. Ahora poco, me puse a divertir con alguna cosita de Eloísa. Y si mi D. Continuo no me quita de las manos estos papeluchos, me da el patatús. Conque, en conciencia, Sr. Maestro, yo no debo ir a la academia.

Mucho menos comprendida en el convite de ella me considero supuesta la prevención de que las académicas vayan y permanezcan solas, esto es, que no concurran más que mujeres. Si fuera o pudiera acompañarme D. Preciso, vaya, sería tolerable y, tal vez, podría conducir al aprovechamiento, porque recíprocamente nos daríamos lecciones, nos corregiríamos los yerros y, sin quitar el dedo del renglón, gustosos en esta emulación adelantariamos con extremo. Cuando así no fuera, supliría la lengua la falta de un valsito de dos o tres horas. Y con estas trabas, ¿quiere ud. que vayan académicas de mi clase?

Por tanto, pues, Sr. Caballero, o reforma ud. el reglamento que nos ha presentado, y acomódelo a las ideas de las señoritas del día, o, de insistir en las suyas, téngame por excusada, con otras muchachas de mi carácter y seso. No cuente ud. con nosotras, pero sí con que es su apasionada y servidora, que S. M. B., LA ILUSTRADA COQUETILLA.

ANÉCDOTAS

ANÓNIMO¹

HALLÁBASE UN AVARO MUY EMBARAZADO por no saber dónde esconder su tesoro para que no se lo robasen. Después de haber dado tortura a su imaginación, hizo un agujero en la pared de una iglesia, escondió en él su dinero y luego lo tapó muy bien. Pero no obstante, le quedó la sospecha de que si algún ladrón veía aquel hueco recién tapado podría volverlo a abrir y creyó que para no despertar la curiosidad sería bueno poner encima esta inscripción: “Hic jacet Christus.”² Púsola en efecto, pero cabalmente aquello mismo sugirió a un ladrón el pensamiento de averiguar lo que era. Así lo verificó, llevándose el tesoro, quitando la inscripción, volviendo a tapar el agujero y substituyendo esta otra: “Surrexit, non est hic, ecce locus ubi posuerunt eum.”³ A la verdad que la expresión que profanó este avaro era justísima en un sentido, porque su tesoro era para él una divinidad.

Hablábase entre varios político-curiosos de las elecciones de Cádiz.

—¿Cómo es —dijo uno— que a estas elecciones han concurrido a dar su voto dos secretarios del despacho y no se han visto grandes ni antiguos magistrados?

—Eso es —dijo otro— porque los ministros van entrando en nuestra insurrección y a los otros se les hace muy cuesta arriba.

1 Anónimo, “Anécdotas”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 18 de abril de 1814), t. III, núm. 108, pp. 2-3. Se indica: “*Diario de Madrid*.” Véase la primera anécdota en *Nueva floresta o colección de chistes, agudezas, pasajes graciosos, chanzas ligeras y singulares rasgos históricos para recreo del espíritu y adorno del entendimiento*, recop. de Don Bernardo María de Calzada (Madrid: Imp. de González, 1790), pp. 62-63.

2 “Aquí yace Cristo”. Nota agregada.

3 “No resucitó aquí; he aquí el lugar donde lo pusieron”. Nota agregada.

–Lo que se les hará –replicó un tercero– será muy cuesta abajo.
Y se fue repitiendo abajo... bajo... ajo... jo... o...

FÁBULA. LA COCINERA Y LA GALOPINA

ANÓNIMO¹

LA COCINERA
queriendo un día
hacer de huevos
una tortilla,
en el instante,
la galopina
una paleta
coge, rolliza,
tres huevos quiebra
en la vasija
y a batir luego
comienza, activa.
Cuanto más bate,
con mayor prisa,
aquellos huevos
más y más se hinchan.
Ella, admirada,
dijo a la tía:
–Mire, señora,
¡qué maravilla!
¡Ay, cómo se alzan!
Qué, ¿no se admira?
Mire cuál crecen

1 Anónimo, “Fábula. La cocinera y la galopina”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 18 de abril de 1814), t. III, núm. 108, pp. 3-4. Se indica: “Patricio Vero.”

con la paliza.
Tanto han crecido
que juraría
que hay tres docenas
en la vasija.
—¡Cállate, tonta,
inadvertida
—la cocinera
dijo con risa—,
qué tres docenas,
ni qué pamplina!
¡Crecer los huevos!
¡Qué tontería!
¡Lo que es ser tontos!
Pues qué, ¿no miras
que esa bambolla
toda es mentira?
Con sus porrazos,
la paletilla
de aire los llena
y eso los infla.
—Pues si eso es todo
—dijo la chica—,
y no es sustancia
lo que se mira
por cierto, entonces,
la pompa altiva,
cuya grandeza
en viento estriba.
Cuántos y cuántas,
por más que digan,
como los huevos

de viento se hinchan.
¿No es cosa cierta,
señor diarista
—no hay que olvidarse
de la paliza—,²
que al Pensador,
por más que grita,
viene de molde
la fabulilla?

2 Probablemente se alude a Anónimo, “Fábula. Los dos muchachos”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 6 de marzo de 1814), t. III, núm. 65, pp. 3-4. Se indica: “Patricio Vero.” Nota agregada.

EL CASAMIENTO SINGULAR

ANÓNIMO¹

UN HOMBRE DE CIERTA EDAD se casó del modo más singular.

Un día que estaba en una sociedad muy numerosa, en donde se hallaban muchas señoritas solteras, pidió un sombrero. Puso en él muchos billetes blancos y uno negro y dijo:

—Éste será el que gane.

En vano, le preguntaron qué precio fijaba en esta especie de lotería y cuál era el objeto de aquel juego. Sacaron las damas. Salió, en fin, el billete negro. Entonces dijo el hombre:

—Señoras, ved aquí mi mujer.

Ella convino en aquel casamiento, que, después de hacerla dueña de una fortuna considerable, la unía con un hombre conocido de todos por honrado y virtuoso. Algunos días después se celebró un himeneo y los dos esposos fueron felices toda su vida.

1 Anónimo, "El casamiento singular", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 20 de mayo de 1814), t. III, núm. 140, p. 3. Véase *El no sé qué, por no sé quién*, "Al lector", trad. y ed. de Román Hernández (Madrid: Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, parte primera, pp. 28-29.

DIÁLOGO. CONFERENCIA ENTRE UN ÁRBOL VIEJO Y UN MOZO RECIÉN PLANTADO EN EL PASEO DE LA ALAMEDA

ANÓNIMO¹

VIEJO. BIENVENIDO SEAS, VERDE PIMPOLLO, bello honor de la campiña en donde Ceres, gustosa, te sustenta. Dime, arbolito, ¿qué pretendes con estar haciendo alarde de tu lozanía en esta alameda?

Mozo. Extraño tu pregunta. ¿Qué puedo pretender con mis verdores si no atraerme las atenciones de todo el público, que, principalmente el de esta capital, precia de buen gusto y finca su deleite en la lozanía de las plantas?

Vie. Bueno está tu pensamiento, pero dime ¿qué más te prometes en esta estancia?

Moz. Muchas cosas. Situado como estoy a orillas de esta zanja, sin faltarme el riego vivificador, aseguraré mis raíces en el centro de la tierra, creceré rápidamente, conservaré y aumentaré el caudal de mis hojas, engrosaré mi tronco, fortificaré mis ramas y, adornado de los más frescos verdores, seré el objeto de las atenciones, me atraeré las voluntades, gozaré de muchas satisfacciones, porque convidando con mi sombra y frescura al caloroso pasajero me honraré con su compañía y también tomaré lecciones de una sana moral cuando algunos sabios sensatos tomen reposo junto a mí, para alivio de sus literarias fatigas.

Vie. ¡Oh, qué bien se echa de ver, en tus pocos años, la falta de experiencia! Te lisonjean fantásticos proyectos y es menester que te hagas cargo, por menos, de los obstáculos que te lo frustran.

1 Anónimo, "Diálogo. Conferencia entre un árbol viejo y un mozo recién plantado en el paseo de la alameda", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 25 de mayo de 1814), t. III, núm. 145, pp. 1-3.

Moz. ¿Pues cuáles son esos obstáculos que pueden frustrar mis ideas?

Vie. Escucha. ¿Ves aquel sauz, desmembradas sus ramas? ¿Ves aquel fresno, despojado de su cáscara; a aquel otro, desnudo de sus hojas; y ves, en fin, a los más de los pobladores de esta alameda qué macilentos, qué tristes, y algunos dando las últimas boqueadas y próximos a su ruina? ¿Ves tantos lugares vacíos en cada uno de estos prados? Pues en ellos fallecieron muchos de mis compañeros. ¡Cuántas veces les vi aplicar el duro hierro y, a pesar de su resistencia, quedar triunfante el hacha que los perseguía, temiendo yo, por momentos, correr igual fortuna.

Moz. Merezca tu ancianidad el crédito que repugna la razón, pues no me puedo persuadir que en un pueblo tan culto como el de México falte el buen gusto en los vegetales. Esto, sin duda, tiene algún misterio.

Vie. Sí, lo tiene, y yo te lo diré. Como quiera que el exemo. ayuntamiento de esta capital, a cuyo cargo está el cuidado de esta alameda, tiene que servirse de criados mercenarios o de contratistas codiciosos,² quienes no han procurado otra cosa más que saciar su ambición. Y no contentos con el pingüe de su misma contrata, han omitido el cuidado que debieran tener de nosotros, desentendiéndose de nuestra subsistencia, por ahorrar el gasto que les causaba. Y como estaban poseídos de la avaricia, nos destrozaban diariamente para surtir de leña los hornos y de carbón a gran parte del vecindario. ¿Pensarás que en esto paraba todo? Pues no es así. Como no les satisfacía otra cosa que no fuera tener, se impusieron gabelas a los vendedores, pensión a los aguadores y contribución a los negociantes, de donde resultaba que éstos, aunque nos hicieran algún perjuicio, ni se les reprehendía, ni castigaba, porque ya habían pagado. De aquí vino el destruir la cerca que nos resguardaba, aniquilar las puertas que nos favorecían y arrancar, por mera ociosidad, nuestras ramas y retoños, ya por resarcir el daño de la contribución o ya por berrinche de

2 ¡Qué caro cuestan estas contratas, pues, no obstante las escrituras que otorgan, no cumplen con las condiciones que estipulan! Y cuando se les hace el justo cargo, forman litigios y quieren probar, con mal fundadas razones, el cumplimiento de su obligación. ¡Oh, cuánto hay que decir!

lo que pagaron injustamente. Y como tanto el contratista como sus subalternos tenían que cumplimentar diariamente a Birjan, no había quién cuidase de nosotros.

Moz. Absorto estoy de oír maldades tan grandes. No lo creyera yo de gente racional y cristiana.

Vie. Aún falta más. Con motivo de este deterioro que ha sufrido esta alameda, ya no la visitan con frecuencia aquellas gentes honradas y cristianas que hallaban aquí el honesto recreo que apetecían. Sólo la gente prostituida y viciosa la acompañan. Aquí verás seducir a la incauta doncella, ofender al marido honrado. Aquí se fraguan traiciones, se murmura al prójimo, se proyectan engaños y, en una palabra, de día se cometen toda clase de crímenes y de noche todo género de pecados, pues, como tienen la entrada franca, los malévolos hallan en las tinieblas un lugar a propósito para cometer sus delitos. ¡Cuántas veces hemos sido testigos de los raptos, estupros, adulterios, homicidios, robos y otras mil infamias, sin poderlo remediar!

Moz. ¿Pues el ayuntamiento y la justicia no aplican el remedio?

Vie. Unos por otros no cortan el mal.

Moz. Pues discurramos algún medio que lo facilite.

Vie. Sólo que el sr. diarista diga alguna cosa que mueva los ánimos.

Moz. Pues se lo suplicaremos.

Vie. Así lo haremos, con la prontitud que demanda el asunto.

CARTA DE LOS ÁRBOLES DE LA ALAMEDA

ANÓNIMO¹

SEÑOR DIARISTA, MUCHOS DÍAS HACE que estamos sufriendo el abandono más sensible que jamás habíamos experimentado. Lloramos nuestra suerte desgraciada y con silenciosas voces clamamos por el remedio, a vista de la ruina que se nos prepara. Tal vez manifestamos nuestras ramas caídas y macilentas a causa de las muchas heridas que sufrimos en nuestros troncos.

La primavera, esta nueva vida de las plantas, parece que, escaseando a nosotros su influencia vivificadora, apenas nos concede ver los primeros pámpanos de nuestras hojas. Y cuando nos prometemos vestirnos de gala, con tan lisonjeros anuncios, ya el pasajero imprudente, ya el celador descuidado y ya el peón perezoso nos causan el estrago de que adolecemos: los primeros despojándonos de la cáscara que nos escuda y conserva el jugo que nos nutre, el segundo desentendiéndose del cuidado que se le está encomendado de nosotros y el tercero omitiendo los riegos oportunos que, acaso, se le ordenan. Y todos podando, mejor diremos, arrancando nuestras ramas, ya para leña y ya para bastones. ¿Podremos dejar de quejarnos a vista de tantos males que resentimos? En esta alameda, que en otro tiempo gozamos los abriles más floridos, que en nuestros verdores y lozanías hallaba alivio el ánimo melancólico, descansó el estudioso letrado y gusto todo el común de las gentes; en esta

1 Anónimo, "Carta de los árboles de la alameda", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 26 de mayo de 1814), t. III, núm. 146, pp. 1-2. Se indica: "Los árboles de la alameda." En el título, se señala "Véase el *Diario de ayer*." Cfr. "Diálogo. Conferencia entre un árbol viejo y un mozo recién plantado en el paseo de la alameda", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 25 de mayo de 1814), t. III, núm. 145, pp. 1-3. *Guía de forasteros* (México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1985), vol. II, núm. 17-32, p. 9.

alameda, que anteriormente se presentaban las escenas más festivas, como que se reputaba por un paseo de los de primera clase, ya se deja ver con el aspecto de un campo desierto, de un lugar rústico y, lo que es más, de una Sodoma, donde se cometen, a nuestra vista, toda clase de obscenidades.

Si el autor de la naturaleza nos hubiera concedido poder hacer uso de nuestras ramas, como los hombres de sus manos, sin duda que todos los días presentaríamos al mundo, castigados, los excesos que aquí se cometen, en las personas de los delincuentes, pero ya que se nos es negado este beneficio —quizá porque abusaríamos de él, como los hombres—, a lo menos se nos concede que con nuestros semblantes tristes clamemos por el remedio.

Por lo tanto, señor diarista, diga ud. de nuestra parte al excemo. ayuntamiento constitucional que se duela de nosotros, que no nos vea con tanta indiferencia y que, si acaso tiene otras atenciones de mayor gravedad, encargue a su comisionado nuestra subsistencia, que trate de componer nuestra cerca y puertas que nos resguardan, que vea lo ejecutivo que es el remedio, que no se desentienda de las obligaciones de su comisión, que estreche y apure a los subalternos a quienes ha encomendado nuestro cuidado, que los multe cuando falten a sus deberes y que lo mismo haga con los que nos maltratan, que de este modo, y con los troncos de nuestros compañeros, que yacen secos, hechos viles despojos del descuido, podrá reparar, en algún modo, nuestra cerca, que tanto lo necesita. En fin, señor diarista, dígame ud. a este señor comisionado y al excemo. ayuntamiento cuanto nosotros pudiéramos decirles y sea necesario, que quizá oyendo nuestros clamores y los del público se pondrá el remedio. Y el beneficio que nos resulte lo disfrutará también el común de las gentes. Y nosotros quedaremos agradecidos, como corresponde.

BARRIGAS PÚBLICAS

ANÓNIMO¹

SEÑOR DIARISTA, VAYA ALGO DE BUCÓLICA o de economía castrense. Soy militar, soltero y algo escaso de reales cuando no estoy en campaña. De consiguiente, todo se me va en pensar cómo estiro el prest para que me alcance a los indispensables gastos de una regular subsistencia. Para comer y cenar, tengo que echarme de huésped en la casa de algunos amigos, que de esta clase tengo muy pocos, porque son tan pelados o más que yo. Cuando no voy a casa de dichos amigos, me meto a una fonda y largo allí mis cuatro o cinco reales. Y tal cual se mantienen las fuerzas para las fatigas. Esta vida me ha hecho observar una injusticia en los fonderos, que no puedo menos que reclamar por medio de su periódico de ud., para que, ya que no sirva de enmienda a esos bichos, sepan otros pobres como yo con la que pierden, no les den gato por liebre y estén bien servidas las barrigas públicas.

Es el caso que en la fonda de la Profesa, que llaman de Mr. Gorje o Mr. Gorgojo –porque tales son estos bichos que roban la substancia al prójimo, como los gorgojos lo hacen con el trigo–, por una comida corriente de sopa, puchero y un mal guisado y un poco de conserva de tripas de calabazo, con más agua que azúcar, le soplan a ud. cinco reales, que, irremisiblemente, cobra un negro que sirve allí, que más parece retrato de Asmodeo que hombre, cuando en la fonda del Refugio, por solos cuatro reales le dan a ud. dos sopas, un buen puchero, dos guisados, su asado con ensalada, su postre y su regular dulce. ¿En qué consiste esta diferencia? ¿Cuál de estos dos fonderos roba? Si es el tal Gorgojo, sépanlo todos, para

1 Anónimo, “Barrigas públicas”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 30 de junio de 1814), t. III, núm. 181, pp. 1-2. Se indica: “Tripa.”

que nadie se la pegue; y sepan todos que lo mismo sucede en la fonda de Bilbao y otras donde la contradicción la soplan a un pobre una peseta por este plato, esté bien o mal guisado, y aunque sea de tordo o de borrico, o de cuervo o de gato, perro, &c., &c., &c.

De los cafés no hablo, porque ya dijo bastante el Duende en no sé qué diario. Pero no hay enmienda. Si esos señores regidores que cuidan de la salud pública se tomaran el trabajo de cumplir con su obligación, atenderían a estos ramos, aunque concurren las mismas circunstancias que en las frutas y carnes, de cuya bondad, peso y medida deben cuidar, haciendo que se uniformen los precios, con la mayor comodidad posible, porque si no yo robo, tú robas, aquel roba, nosotros robamos, vosotros robáis, aquellos roban y a mí, a ti, a aquel, a nosotros, a vosotros y a aquellos se los llevará el diablo, como tres y dos son cinco, sin que de allí nos puedan sacar las oncitas que dejamos en esta vida a fuerza de chupar al prójimo de un modo tan traicionero, como es tirándole a la barriga indefensa e incapaz de pelear cuando está vacía.

Publique ud. esto si quiere y si no vaya ud. y pague sus dos pesetas y media por los guisados de Gorgojo. Y allá se las avenga. Agur y mandar al militar.

[EL CAMELLO Y LA LOBA]

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ¹

CRITICABA DE UNA LOBA

un camello la figura

y ella dijo: –Es cosa dura,

¡y que no tengo corcova!

¡Oh, si las oyeran, señores

que se precian de perfectos!

Nos murmuran defectos,

cuando los tienen mayores.

1 Anónimo, “[El camello y la loba]”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 14 de julio de 1814), t. iv, núm. 14, p. 3. Está inserto en un texto mayor: Anónimo, “Alazure a Pachita Precisa”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 14 de julio de 1814), t. iv, núm. 14, pp. 1-3. Se indica: “Alazure.”

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

CIERTO SUJETO PRESENTÓ, POCOS AÑOS HA, en una casa de forma, a un caballero de ciudad, que tenía todas las prendas necesarias para parecer con distinción en el gran mundo, pero que era, por desgracia, corto en extremo. El introductor entra primero. El provincial le sigue. Y al primer paso que da en la habitación, la timidez le turba, el aspecto de una brillante tertulia le desconcierta, mete con torpeza su pie entre el tapiz y el suelo, siente un obstáculo, forcejea por adelantar, se lleva el tapiz consigo, trastorna todas las sillas que le detienen y llega a la señora de la casa con el tapiz al cuello, en guisa de corbata. Al saludarla, tropieza y cae sobre ella, se levanta, se disculpa. Los lacayos reparan al punto este desorden. Ofrécenle una silla, no la toma y se sienta en otra, sobre la guitarra de la señora, que la abre por medio. Pónese de pie, todo espantado. Se deja caer en otra y aplasta la perilla. Se llena de confusión y no halla otro partido que el de escaparse sin decir nada.

Huyendo con esta precipitación, da con el codo al ayudante de cámara, le hace caer de la mano la salvilla del chocolate que iba a servir a la compañía, romper todas las jícaras y verter el chocolate sobre los vestidos de las señoras de la tertulia.

El amigo sale en pos de él para procurar volverle y poner las cosas en orden, pero su hombre desapareció y va corriendo todavía. La vergüenza de esta aventura embaraza al introductor el volver a entrar él mismo y le obliga a renunciar para siempre a una casa en la cual tuvo la

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 14 de julio de 1814), t. III, núm. 14, pp. 3-4. Se indica: "*Diario de la Habana*." Véase *Crítica de París y aventuras del infeliz Damon en la misma capital*, trad. de D. Manuel Antonio del Campo y Rivas (Madrid: Imp. Real, 1788), pp. 108-110.

desgracia de presentar a este amigo destructor, que, en un abrir y cerrar de ojos, causó tantos estragos cuantos pudiera haber hecho una tropa enemiga que hubiese entrado allí a discreción.

ALBARDAS DEL PUEBLO

ANÓNIMO¹

—¡JESÚS, QUÉ GENTÍO! —LLEGÓ UNO DICIENDO—. ¿No ven uds. qué bullicio y qué confusión? ¿Y qué me dicen uds. de aquel tablado? ¡Vaya, no parece sino que lo han puesto para tentar a uno! Estaba por tomar carrera de aquí, encaramarme sobre él y decir cuatro verdades al pueblo. No hay remedio: allá voy.

—Téngase ud. —le dijeron, agarrándole por el brazo.

—¿Cómo que tenerme? No hay remedio.

Y en esto, escúrrase de entre las manos de todos, corre y de un salto medio se encarama y, por fin, pónese de pie sobre el tablado.

—¡Dios ponga tiento en tu mano! —le dijimos, pero él, desentendiéndose de todo y levantando la voz, empezó.

—Con ud. quiero habérmelas, señor pueblo; con ud., sin quien no puede haber nación ninguna, porque, a lo menos, es ud. las tres cuartas partes de cada una. Así es que la fuerza reside en ud. y por lo tanto es quien lleva y debe llevar las cargas.

—Ahora bien, yo quiero hacer a ud. la importante observación de que toda carga supone una albarda, pues jamás habrá ud. visto echar cargas en pelo, sino que siempre, y por precisión, entre el cargado y la carga una albarda. Así resulta, por forzosa consecuencia, que todos los pueblos del mundo han tenido, tienen y tendrán su correspondiente albarda. Cuando oiga ud. hablar de monarquía, aristocracia, democracia, no haga ud. caso, porque esas son unas palabras griegas que, en substancia,

1 Anónimo, "Albaldas del pueblo", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 23 de julio de 1814), t. iv, núm. 23, pp. 1-4. Se indica: "El amigo de las leyes." Véase *Abeja española* (Cádiz, Imp. Patriótica, 4 de noviembre de 1812), núm. 54, p. 40. *Abeja española* (Cádiz, Imp. Patriótica, 5 de noviembre de 1812), núm. 55, pp. 43-48.

significan lo mismo que si en castellano se dijera albardón, albarda maragata, aparejo redondo. Y no crea ud. que esto sólo sucede acá, en España, sino en todas las naciones del mundo que existen y han existido, sin más diferencia que lo que acá llamamos albarda en cada nación tiene después su nombre diferente. Si alguno llegase a proponer a ud. que sacuda la albarda, no haga tal, porque todo lo que lograría sería dar cuatro carreras en pelo por esas calles y pegar media docena de respingos. El mismo que ayudase a ud. a quitarse la albarda, u otro más atrevido, le echaría otra más pesada. Vuelva ud. la cabeza hacia su vecino el francés y verá, en comprobación, que, de resultas de las carreras y respingos que dio el año de 1793, un hombrecillo, que no llega a los siete palmos, le tiene echada una que la coge hasta el pescuezo y encaballado en él lo tiene con la cara contra el suelo hasta sabe Dios cuándo.

—Ud., señor pueblo, me ha de ser juicioso y moderado, pero nada de ignorante. Así, debe ud. ponerse en el pie de llevar su albarda con serenidad. Pero en lo que debe haber su más y su menos, ha de ser en que nadie se monte en ella sin cuenta y razón, sobre lo cual voy a dar a ud. unos cuantos consejos.

—En ancas, no me permita ud. a nadie. Ya se acordará ud. de aquel a quien silbó, según dicen, en la plazuela de Antón Martín, porque se presentó con hábito negro y blanco y con una cruz encarnada. Con los de esta clase, sean del color que fueren, descalzos y calzados, con capucha o con cogulla, gente toda que ha llevado ud. en ancas, nada de eso. Brinco y salto, respingo y a ello. Y vayan todos al suelo. Y al caer, un par de coces, por si acaso les queda aún gana de volver a las andadas.

—Hay otros señores respetables, vestidos todos de negro, y aun algunos de morado, a los cuales debe ud. dar un lugar escogido en su albarda, pero ¡cuidado!, ha de examinar ud. con atención si llevan escondido bajo sus ropajes, no digo espuelas, sino unos agudísimos acicates de plata, y aun de acero, con que le abrieran a ud. los ijares. Pero si tal hubiese, brinco y salto, respingo y a ello, hasta ponerlos en el suelo. Y dígales ud.,

luego, que cuando se presenten como Jesucristo andaba entre sus discípulos entonces los llevará ud. con las orejas gachas.

—Cuando se le presenten a ud. unos señores gordos, gordos, puede decirles que anden a pie, a su lado, para que así desgasten sus humores, y que de cuando en cuando echen una mano a la albarda, para ayudar a llevar la carga. Si acaso se presentasen unos señores pequeñitos, que con el título de nobles, hidalgos u otro equivalente tengan pretensiones a encaramarse, méталos ud. a todos, al instante, debajo de la albarda, para que ayuden, como cada hijo de vecino, a llevarla.

—Pero en lo que no hay remedio, aunque es una pesada carga, es en llevar en la parte delantera de la albarda una porción de personas de varias clases y vestimentas, unos con reverendos pelucones, otros atusados y otros con espada, porque al fin éstos, bien o mal, son los que han de dirigir a ud. hacia cualquier parte que vaya. Sin embargo, ud. no se me descuide nunca, fijando constantemente su atención en que todos estos de que estamos hablando no se reúnan con los negros, morados y los gordos de que hablamos antes. Luego que ud. advierta algo, brinco y salto, respingo y a ello. Si a pesar de esto se reúnen y se ligan fuertemente, y ve ud. que empiezan a salir las espuelas, los acicates, los látigos, las manoplas, entonces todo está perdido. Pero queda un excelente remedio: échese ud. con la carga y volviéndose luego panza arriba aplastarlos.

—Finalmente, la comitiva viene y yo debo desocupar inmediatamente este tablado. Tenía mis ciertos reparillos, por respeto a ud., en contar un cuento, pero acordándome que en aquella esquina le contaron a ud. muchos en tono apostólico, allá en tiempo de los padres carmelitas, voy a contar el mío, encaje o no encaje.

—Érase que se era un tonto, en cierto pueblo, a quien todo el mundo hacía muchas fiestas, porque era muy servicial. No había vecino que todos los años no sembrase cuatro o seis puñados de habas, por lo menos, para el gasto de su casa, porque luego que estaban en sazón el tonto las cogía por un zoquetillo de pan que le daban. Hízose costumbre, de tal modo que ya todos mandaban con imperio coger habas al tonto. Pero tanto

llegaron a enfadarle que un día se fue a la iglesia, tocó las campanas a consejo y luego que vio juntos a todos los vecinos les dijo: “Señores, el que siembre habas de aquí en adelante que cuente con cogerlas, porque el tonto no las coge ya a nadie.”

Aplique ud. el cuento, señor pueblo, y diga ud. a todos, por su parte, el que quiera honras, que las gane; el que quiera pan, que lo sude.

Y VA DE CUENTO, ¡PERO QUÉ CUENTO!

CARLOS BERAMENDI¹

¿QUIERES QUE TE CUENTE, FABIO,
el suceso de ayer? Estame atento,
que es singular el cuento.
–¡Que se quema mi casa!
–gritaba una infeliz, despavorida.
Vecinos, ¡que se abrasa!
¡Venid, por vuestra vida,
amparad, socorred una afligida!
Los vecinos llegaron, movidos de su ruego.
Y por fin, atajaron
los progresos del fuego.
Y bien, ¿qué creerás sucedió luego?
La *bendita* mujer se fue a la cama,
durmió largo y tendido.
Y entre tanto, la llama
del fuego que quedaba aún escondido
creciendo ¡sepultóla en su descuido...!
Fabio, no hay que dormir, *que es justo vele aquel a quien le duele.*

1 Anónimo, “Y va de cuento, ¡pero qué cuento”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 3 de agosto de 1814), t. iv, núm. 34, p. 4. Véase *El conciso* (Cádiz, Imp. de D. Manuel Ximénez Carreño, 4 de julio de 1813), núm. 4, p. 3. Se indica: “C. B. Filalbo Egeino.” Es seudónimo de Carlos Beramendi. Cfr. Alberto Andrés Aguirre, *Carlos Beramendi en Aragón y Cataluña (1792-1793), un viaje en el filo de la modernidad* (Alicante: Universidad de Alicante, 2016), p. 72.

ANÉCDOTA. DE BENEDICTO XIV

ANÓNIMO¹

EL ARZOBISPO DE LEOPOL HABLABA con el Papa sobre los vampiros.

—Sin duda que la gran libertad de la Polonia es la que os da derecho de pasearos después de muertos. Os confieso que entre nosotros los muertos son tan quietos como silenciosos. Y no tendríamos necesidad de esbirros si nouviéramos que temer más que a ellos. La emperatriz de Hungría os habrá desengañado sobre los vampiros. Mr. Wanswieten, su médico, tanto más digno de crédito cuanto es más instruido, nos dice que el color encarnado de algunos cadáveres no tiene más causa que una especie de tierra que los hincha y pone encarnados.

1 Anónimo, “Anécdota. De Benedicto xiv”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 16 de agosto de 1814), t. iv, núm. 47, pp. 2-3. Véase *El no sé qué, por no sé quién*, “Al lector”, trad. y ed. de Román Hernández (Madrid: Imp. de Ramón Ruiz, 1793), t. I, parte primera, p. 83.

CARTA DE UN OFICIAL RETIRADO A UN JOVEN QUE ENTRÓ DE CADETE

ANÓNIMO¹

QUERIDO MÍO, TU CARTA ME ASEGURA tu llegada al regimiento que has elegido. Y pues que estás ya, como deseabas, preciso es que oigas el acento de un amigo tuyo, que, congratulándose en ello, sólo aspira a que te hagas digno de tu nacimiento y crianza, único medio de lograr una feliz suerte. Y para esto, permítame que, como experimentado, te insinúe algo de lo mucho que conviene saber en el estado en que te hallas.

En todos los de la vida, se necesita, como base principal, practicar la virtud, para adquirir verdadera estimación. Pero colocado el hombre en el puesto donde mil argos le observan y le miran a todos momentos, es preciso que sea virtuoso por hábito, para no ser baldonado alguna vez. En la milicia, tú lo observarás, se ama de tal modo el buen porte y acrisolada conducta que el menor defecto es una negra mancha; el menor desliz o una leve fragilidad, un exceso irreparable. Y digan lo que quieran los que piensan que los que sirven al rey y a la patria obran muy libremente, yo podré probar que no se encuentra profesión ninguna en que hagan menos papel los licenciosos, los hipócritas y creadores de apa-

1 Anónimo, "Carta de un oficial retirado a un joven que entró de cadete", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 7 de septiembre de 1814), t. iv, núm. 69, pp. 1-4. "Acaba la carta del oficial retirado", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 8 de septiembre de 1814), t. iv, núm. 70, pp. 1-3. Se indica: "B. B." Véase "[Carta]", en *Diario de Madrid* (Madrid, Imp. del Diario, 10 de junio de 1802), núm. 161, pp. 643-644. "Continúa la carta de ayer", en *Diario de Madrid* (Madrid, Imp. del Diario, 11 de junio de 1802), núm. 162, pp. 647-648. "Continúa la carta de ayer", en *Diario de Madrid* (Madrid, Imp. del Diario, 12 de junio de 1802), núm. 163, pp. 651-652. "Concluye la carta de ayer", en *Diario de Madrid* (Madrid, Imp. del Diario, 13 de junio de 1802), núm. 164, pp. 655-656. E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1806), t. viii, pp. 316-326.

riencias que en la militar. Tales sujetos se descubren cuando menos lo piensan. Y todo su edificio viene a tierra, por estar fundado sobre arena.

Por lo mismo, nada puede importar tanto a un militar como el abrigar en su seno el germen de todas las virtudes. Ellas le proporcionarán la estimación general, le harán aplicado, atento a sus obligaciones, amable para sus compañeros, respetuoso con sus superiores y estimable a sus inferiores. Tú eres joven y sin experiencia del mundo; por lo tanto, no creo que esté demás que inculque particularmente sobre tu modo de manejarte en él. Sabes, pues, que no hay hombre que no se halle rodeado de pasiones viciosas. Quien las sufre más fuertes, quien las experimenta más tibias, quien las padece respecto a un objeto, quien respecto a muchos, pero el mal no está en esto: nuestra naturaleza corrompida es la causa de estos efectos y la madre de tales hijos. Sin embargo, nosotros podemos, indudablemente, poner diques a semejantes torrentes. Me dirás: ¿Y cómo? Reflexionando sobre nuestras pasiones, temiendo sus fatales consecuencias, reprimiéndolas en sus principios. En una palabra, no dejándonos arrastrar de ellas. He aquí el gran dictamen de la sana filosofía.

Es verdad, querido amigo, que el reprimir estas pasiones es más obra de lo que parece y empresa de alguna consideración, pero ¿quién será el hombre, que desee lo mejor, que no procure ensayarse en lograrlo? ¿Sabes quién no lo intenta? El que por costumbre huye de todo aquello que lo sujeta a la razón. El vicioso por carácter, el que lo es por hábito o, finalmente, el ocioso o incapaz de ocupar el tiempo –cosa tan preciosa– en indagar lo que es, para qué ha sido creado y cuál ha de ser su fin. El ocio sólo es principio fecundo y el manantial más inagotable de todo género de excesos. El hombre que llega a dejarse dominar de esta pereza es justamente comparable a aquellas heredades que jamás se cultivan; que incapaces de dar buenos frutos producen, con abundancia, yerbas dañosas. Luego, tú puedes, con mucha comodidad, qué digo comodidad, puedes con lucro huir de todo ocio y hacerte digno no sólo de tus jefes, pero del aprecio de todos los que te traten. Enterándote bien de mis consejos, yo salgo garante de sus saludables efectos, como los practiques debidamente.

Tus más inmediatos jefes es creíble que no dejarán de hacer y de poner todos los medios para que quedes enterado de las obligaciones esenciales de tu nueva profesión. Las academias, encargadas a oficiales de talento, instrucción y conducta, no dejan qué desear, cuando hay aplicación y deseo de aprender. Pero con todo, no basta: en estos principios, casi no te enseña más que lo necesario para saber obedecer. Y es preciso que tus talentos se adornen para cuando llegues a mandar y un cierto método que contribuya a que sea por el camino más breve el arribar al término deseado.

Nadie como un militar, particularmente en tiempos pacíficos, puede cultivar las delicias de la buena lectura. No te propongo que el objeto principal de tus tareas sean aquellos estudios abstractos, contemplativos, metafísicos, ni aquellos embrollados con hipótesis y sistemas llenos de hollín, llenos de opiniones, llenos de incertidumbres, y en los que los errores se suceden unos a otros, sin que sus profesores puedan fijar sus talentos, ni descubrir, más que de cuando en cuando, alguna indubitante, aunque costosa, verdad. Estas tareas están destinadas para otra clase. Y un militar parecería, acaso, salir de su esfera si se abismase en semejantes contemplaciones. Pero la aritmética, el álgebra, la geometría, la fortificación, la geografía, la mecánica, la hidrostática, la náutica, la historia, alguna clase de elocuencia, las bellas letras, algunos idiomas, como el francés e inglés, en particular, &c. Mira, querido mío, ¡qué campo tan inmenso para desviar la ociosidad!, ¡mira qué arbitrios para hacer un papel brillante y adelantar! No seas tú de aquellos oficiales adocenados que se contentan con lo preciso para salir del día, sin abrir jamás un libro. Y si acaso llevan alguno a la guardia, es de novelas o comedias. El oficial que aspira a ser útil a la patria necesita de muchos conocimientos. No es, como muchos creen, oficio de haraganes. Es el más vasto de todos, pues encierra lo político con lo militar.

Estos conocimientos no se adquieren sino a fuerza de aplicación y del trato con los hombres sabios en la carrera. Sin estos requisitos, ¿qué puede esperarse de un militar? Luego se quejan algunos de sus atrasos,

de que otros más modernos les han adelantado. Cuentan los años de servicio material que han hecho como una prueba de la razón que les asiste. No olvidan haber estado en tantas campañas, donde jamás han vuelto la espalda al enemigo, &c. Pero los muchos años de servicio solamente los puede tener el simple soldado, sin haber salido de su clase. El valor es de todo hombre. Y se debe suponer en todo militar, mientras no haya dado pruebas de lo contrario. Saber obedecer también tiene su ciencia. Pero en el oficial, no sólo han de concurrir esas precisas circunstancias, sino las de saber mandar, ser un buen táctico, aprovecharse de una ocasión que no podía haber previsto su jefe, saber, con pocos, defenderse de muchos, y aun vencerlos, por sus maniobras, estratagemas, &c. Y esto, sin haber leído mucho no se logra.

Además del específico que mi amistad te ha propuesto para que en tu nueva profesión prograses, como te deseo, has de vivir continuamente en atalaya contra toda clase de enemigos, que, clandestina e insensiblemente, puedan asaltar el campo de tu espíritu. Has de añadir a lo dicho más arriba el ser sumamente adicto a cuanto se te ordene por los superiores: obedecerles ciegamente, sin interpretación alguna; presentarse ante ellos con frecuencia y con aquellos rasgos que hace amable la sociedad de los hombres. Tus jefes son quienes, en la balanza de su mejor juicio, han de valorar el mérito de tus acciones. Tu interés debe ser el buen justiprecio de éstas. Pero si son malas, ¿con qué derecho te podrás quejar de su severa censura y con qué título querrás ser preferido a otro que desempeñó sus deberes con exactitud y honor?

Ten especial cuidado con la idea que teijas y formas de la palabra de honor. Advierte que nada es honroso más que lo que es inocente y justo. Y sábetelo que nada es bajo más que lo que sea criminal. Las falsas nociones del honor son los corruptores más grandes de la naturaleza humana. Ellas hacen agravios cuando les acomoda y dan equivocadas ideas de lo que es bueno y laudable.

Cuidado con el orgullo, amigo mío, cuidado con esta hinchazón de corazón, que tanto envilece al que la posee. Es necesario distinguir lo

que es no decaer de aquel estado en que la providencia lo ha colocado con la soberbia que quiere avasallar sin distinción. No hay afecto de ánimo tan mezclado en la humana naturaleza y tan labrado en nuestra propia constitución como el orgullo. Esta es una pasión que deja verse bajo mil disfraces y a quien una multitud de síntomas diferencian totalmente. Por lo mismo, tanto más cuidado se necesita con este afecto. Y si te he de hablar francamente, basta saber que el orgullo que hoy hizo insultar altamente a un inferior es el mismo que mañana obliga a humillarse servilmente delante de un superior, por los fines particulares de engrandecerse y aumentar su soberbia. ¡Qué bajeza!

A los militares, gente viva y desembarazada, les parece que entra en la marcialidad cierta desenvoltura y libertad, que choca regularmente a todo hombre sensato. Creen, asimismo, que la incontinencia y el juego deben ser las delicias de la juventud. Y bajo estos principios, ¡qué fatales consecuencias no se han seguido siempre! El amor ilícito es perjudicial al alma y el cuerpo. Y todos los días se ven los funestos efectos de esta pasión antimoral de la incontinencia. Las figuras con que los antiguos poetas y mitológicos la dibujan son las más instructivas y ayudarían mucho a tenerte en centinela contra ellas si las meditaras. La incontinencia, casi siempre guiada por su propia impetuosidad, es causa del adulterio, del incesto, del homicidio, de la traición y de todos aquellos horribles daños que pueden producirse por un hombre ciego y resuelto a saciar su apetito desordenado, sin prever sus resultados. Mira si debes retraerte de caer en semejantes desvaríos.

El vicio del juego también corrompe los mejores principios de la moralidad y, semejante al mar, en un momento traga a un hombre. El jugador sólo mira a ganar, sin perdonar medio alguno, y a la ruina de sus compañeros en el vicio. Se deja llevar de la desesperación, si pierde, y se transporta de insolencia cuando gana. Y al cabo, inflamado por la avaricia, se expone a aniquilar los medios de su subsistencia sobre una sola carta. Se hace tramposo, petardista. Y aun, muchos han llegado a hacer mayores bajezas para adquirir con qué poder continuar su vicio,

con pretexto de quererse desquitar. Huye, pues, de un manantial perenne de fatalidades. Reflexiona en lo que llevo dicho, que no es exagerado, y bien pronto te hallarás prevenido contra este vicio.

Para no caer en faltas tan feas y perjudiciales, evita las malas compañías. Si a mi cargo estuviese la educación de algunos jóvenes, este sería mi principal conato. Demasiados defectos propios tenemos que corregir para que no los aumentemos con el mal ejemplo. Harto seductoras son nuestras pasiones para que en las de los otros busquemos maestros de nuestra perdición. Además, la opinión pública siempre está prevenida contra el amigo o compañero de un vicioso. Una breve estancia con gente de esta clase, un sólo paso, un instante de conversación sólo, basta para perder la reputación y ser censurado. Huye, pues, de amigos de este jaez, si no quieres que, insensiblemente, llegues a ser como ellos.

Recibe, pues, como la expresión más fina de mi amistad, y como el deseo mayor de tu fidelidad, estos breves consejos, nacidos de propia experiencia, y quiera *el que todo lo puede hacer* que, guiado por la razón, no llegues a pasar, para ser bueno, por los crueles remordimientos que acarrea siempre el separarse del camino de la virtud. Adiós.

LA AMISTAD. FÁBULA MORAL

ANÓNIMO¹

UN RICO NEGOCIANTE TENÍA UN HIJO ÚNICO, a quien amaba con la mayor ternura. Procuró darle la mejor educación que le era posible y no omitió nada de cuanto podía contribuir a formarle el corazón y el espíritu. Estando cerca de acabar su educación, resolvió enviarle a que viajase.

—Hijo mío —le dijo un día—, sabe que la cosa de que más necesitamos en esta vida es de un verdadero amigo. La prodigalidad nos suele privar de nuestras riquezas, un revés de fortuna hace caer los más poderosos en la adversidad, pero sólo la muerte puede quitarnos un amigo. Es una ventaja y un bien éste del que ningún poder humano puede privarnos. Sólo con que halles en todo el curso de tu vida un amigo verdadero, habrás hallado el mayor y el más grande de todos los bienes. Quería, hijo mío, que viajases y vieses el mundo. Lo viajes nos procuran la verdadera experiencia: cuanto más se ve a los hombres, tanto más sabe uno vivir con ellos. El mundo es un gran libro, que instruye a los que saben leer en él; es un espejo fiel que nos presenta todos los objetos cuyo conocimiento puede instruirnos. Anda, hijo mío, y piensa en tus viajes, sobre todo en adquirir un verdadero amigo. Para ello, sacrifica, si es forzoso, todas tus riquezas.

1 Anónimo, “La amistad. Fábula moral”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 22 de octubre de 1814), t. iv, núm. 114, pp. 2-3. “Acaba la fábula moral sobre la amistad”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 23 de octubre de 1814), t. iv, núm. 115, pp. 1-3. Véase “La verdadera amistad. Cuento árabe”, en *Memorial literario. Biblioteca periódica de ciencias y artes* (Madrid, Imp. de los Señores García, 30 de noviembre de 1805), t. iv, núm. xxxiii, pp. 280-285.

Después de estos consejos, el negociante se despidió de su hijo y éste fue a un país no muy distante del que acababa de dejar. Permaneció en él muy poco tiempo y volvió a su patria.

—No te aguardaba tan pronto —le respondió su padre, admirado de verle.

—Me habías mandado —le respondió su hijo— buscar un amigo y os traigo cincuenta, que son el modelo de la verdadera amistad.

—Hijo mío —replicó el comerciante—, no prodigues un nombre tan digno de veneración. ¿No te acuerdas del dicho de un poeta? No alabes a tu amigo hasta haberle experimentado. Es cosa rara: todos los que pretenden este título sólo tienen la máscara de tales. Se parecen a las nubes de verano, que los más ligeros rayos del sol las deshacen. Obran con aquellos de quienes se lisonjean amigos como los bebedores con un vaso lleno de vino, que lo abrazan tiernamente mientras contiene aún el licor que aman y lo arrojan al instante que queda vacío. Temo mucho, hijo mío, que esos amigos, de quienes estás tan contento, no se parezcan a estas almas bajas que acabo de pintarte.

—Padre, respondió el joven—, vuestra desconfianza es injusta. Los que yo miro como a mis amigos me verán en la adversidad, sin que su corazón los desmienta.

—He vivido setenta años —respondió el comerciante—, he experimentado a la fortuna favorable y contraria, he tratado muchos hombres y apenas, en tanto tiempo, he podido adquirir un amigo. ¿Cómo a tu edad, y en tan poco tiempo, puedes haber adquirido cincuenta? Aprende de mí a conocer los hombres.

Diciendo esto, el comerciante degolló un carnero, lo metió en un saco y tiñó con la sangre de este animal los vestidos de su hijo. Dispuesto ya todo para el intento que premeditaba, dilató el ponerlo en ejecución para la noche. Tomó el saco en donde estaba el carnero, mandó a su hijo que se lo echase al hombro y, después de haberle instruido en el papel que debía hacer, salieron los dos juntos.

El joven llamó a la puerta de uno de los cincuenta amigos. Éste abrió prontamente y le preguntó el motivo de su venida.

—En las desgracias —le dijo el hijo del mercader—, se experimentan los amigos. Muchas veces te he hablado de la antigua enemistad que reinaba entre mi familia y la de un señor de la corte. Nos hemos hallado casualmente en un paraje solitario, hemos tirado al instante de las espadas, deseosos los dos de venganza, y yo le he dejado caer a mis pies, donde, al instante, ha expirado. Temiendo el que la justicia me persiguiese, he metido el cadáver en este saco que ves. Te pido que lo escondas en tu casa hasta que se olvide este suceso.

—Mi casa es tan pequeña —le respondió su amigo— que apenas cabemos en ella los vivos que la habitamos. ¿Dónde quieres que yo pueda colocar el muerto? Nadie ignora el odio que os teníais el difunto y tú. Adivinarán bien pronto que eres el autor de su muerte. Harán pesquisas. Y como nuestra amistad es tan pública, comenzarán por mi casa. De nada te serviría, entonces, el que yo te acompañe la desgracia. El sólo favor que puedo hacerte será guardarte el secreto.

El hijo del mercader hizo nuevas instancias, pero inútilmente. Desesperado, por último, de poder persuadir a este ingrato, fue a buscar sucesivamente a los demás, a quienes con tanta ligereza había llamado sus amigos, y experimentó igual trato.

—Conoce, en fin, hijo mío —le dijo el padre—, cuán poco se puede uno fiar en los hombres. ¿Qué se ha hecho el celo de aquellos de los que hacías un elogio tan pomposo? Todos te han abandonado en la desgracia. Son unas paredes pintadas, unas nubes sin lluvia, unos árboles que no dan fruto. Quiero hacerte ver la diferencia que hay entre el único amigo que yo tengo y los tuyos.

Mientras iban hablando así, llegaron a la puerta de aquel que había pintado a su hijo como el modelo de la perfecta amistad y le contó la desgracia que les acababa de suceder.

—¡Oh, día feliz —dijo este hombre—, que me presenta la ocasión de mostrar mi amistad! Me haces justicia en fiarte de mí. Mi casa es bastante

grande para esconder mil cuerpos muertos. Pero aun cuando tuviera que exponerme a un gran peligro, lo haría con gusto, sólo por librarte de él. Vete con tu hijo a mis estrados, allí vivirás tranquilo y sin ser conocido de nadie.

El comerciante dio gracias a su amigo por sus ofertas generosas y le dijo que lo que acababa de contar sólo era una ficción para enseñar de este modo a su hijo a distinguir los falsos amigos de los verdaderos.

[EL PERRO AVENTURERO]

ANÓNIMO¹

CAMINABA UN CAN SOBERBIO,
que abandonó a su señor,

-
- 1 Anónimo, “[El perro aventurero]”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 24 de octubre de 1814), t. iv, núm. 116, pp. 1-2. El título original es “Remitido”. Léase el inicio: “Señor diarista, suplico a ud. se sirva continuarme el favor de dar a luz mis cortas producciones, por si a alguno le sirven de algún provecho. Por esta vez, van dos: una muy breve, en contestación a los versos del *Payo Patriota*, que salieron en el diario de 18 del presente, y la otra, aunque no es mía, es de un amigo que se ha servido hacer un análisis de la primera de 11 y 12 de dicho mes.

Queda de usted, con la más fina voluntad su afectísimo.

Señor don el Payo Patriota, quedo de lo más agradecido por los favores que ud. me hace en su trova, que la quiero interpretar a bien y a mi favor, pues está en mi mano o enojarme o no por las cosas, según el lado por donde las miro. Si como estamos tan llenos de cuidados, estuviéramos más placenteros, armaríamos con este motivo unas justas literarias, que a algunos divirtieran al leer los diarios después del café o chocolate, pero ya ve ud. cuán abatido está todo buen humor.

Por fortuna, antes de ver la contestación de ud. recibí de un corresponsal la carta adjunta, que me parece preocupó, como adivinando todo cuanto en mi primer papel pudiera ser reparable. Y así, sírvase ud. tenerla por suya. Por lo demás, como quiera que debo ser cortés y responder en la misma lengua que soy preguntado, también yo, de camino, que fui a comprar unos cachivaches para casa, al pasar por la Plaza de la Estatua ecuestre dí con un muso, que me pareció al caso, y llamándole e invocándole a mi favor, porque las musas se han huido con tanto ruido de cañonazos y borucas por los cerros, le confesé mi deseo de hablar en verso y que el apólogo fuera útil. Y satisfaciendo como pudo, después de mil gestos y convulsiones, me dio la siguiente fabulilla, como parto de los montes.”

Después de la fábula, puede leerse: “Sírvase ud., mi amigo, de divertirse con mis buenos deseos y de tener por seguro que, dirigiendo la tal fabulilla a los sediciosos por reducir, espero me ayudará ud., pues se firma compañero, a que produzca algún buen efecto. Y mande lo que fuere de su agrado a su afectísimo paisano.” Véase Anónimo, “Papel remitido”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 18 de octubre de 1814), t. iv, núm. 110, pp. 3-4. Se indica: “El Payo Patriota”. “Papel remitido”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 11 de octubre de 1814), t. iv, núm. 103, pp. 1-2. “Acaba el papel remitido”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 12 de octubre de 1814), t. iv, núm. 104, pp. 1-4. Se indica: “El Patriota Español.”

por montes, selvas y riscos,
buscando vida mejor.
Nada hallaba allí de gusto,
nada cómodo allí vio.
Y como no era conejo,
tampoco en seis días comió.
Un trozo de carne momia,
que, por último, encontró,
era su único alimento,
sin agua, que nunca halló.
Con esto, le dio tal rabia
que entre mil ayes murió.
Y en su testamento, dicen,
que esta cláusula mandó.
Item más: que en mí escarmienten
los ingratos como yo.

EL CRIMEN

JEAN-FRANÇOIS DE SAINT-LAMBERT¹

TRES HABITANTES DE BALK, CAMINADO JUNTOS, encontraron un tesoro. Le partieron entre los tres y continuaron su camino, hablando del uso que habían de hacer de sus riquezas. Los víveres que habían sacado para el camino se les acabaron. Y habiendo convenido en que uno de ellos fuese a la ciudad a buscarlos, el más pequeño se encargó de esa comisión. Habiendo partido, razonaba en el camino consigo mismo de este modo:

—Yo soy rico con la parte de tesoro que me ha tocado, pero lo sería mucho más si hubiera estado solo cuando lo encontramos... Estos dos hombres me han quitado mis riquezas... ¿No podría yo volver a adquirirlas...? Me sería muy fácil. No tendría que hacer otra cosa que emponzoñar los víveres que voy a comprar. Diré que he comido en la ciudad, mis compañeros comerán sin desconfianza y morirán. Ahora no tengo más que la tercera parte y entonces lo tendré todo.

Entre tanto, los otros dos discurrían así.

—¡Qué mal hemos hecho en admitir por compañero de nuestro viaje a este joven! Nos hemos visto en la necesidad de partir el tesoro con él.

1 Anónimo, "El crimen", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 25 de octubre de 1814), t. iv, núm. 117, p. 4. Véase Jean-François de Saint-Lambert, *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki*, ed. y trad. de Francisco de Tóxar (Salamanca: Imp. del Editor, 1796), pp. 100-102. *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki. Segunda edición, aumentada con El Sélico, novela africana*, ed. y trad. de Francisco de Tóxar (Salamanca: Imp. del Editor, 1803), pp. 108-111. Esteban Paluzie y Cantalozella, *Guía de la virtud* (Valencia: Imp. del mismo Profesor, 1839), pp. 77-78. "La codicia castigada", en *Antología del cuento español del siglo XVIII*, ed. de Marieta Cantos Casenave (Madrid: Cátedra, 2005), pp. 203-204. "Fábula. La codicia castigada", en E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1805), t. vii, pp. 132-134.

Su parte podría aumentar la nuestra y entonces seríamos verdaderamente ricos. Pero a bien que él va a volver y nosotros tenemos buenos puñales.

Con efecto, el joven volvió de la ciudad con los víveres. Sus compañeros le asesinaron. Comieron después. Murieron envenenados. Y ninguno de los tres gozó el tesoro.

LA ESPERANZA. HE AQUÍ LO QUE DIJO AISHER EN LOS DÍAS DE SU VEJEZ

JEAN-FRANÇOIS DE SAINT-LAMBERT¹

EL CIELO HA BENDECIDO EL CURSO DE MIS AÑOS. Si mi país se ha hecho la preza de los hijos de Omar y yo he cesado de tener una patria, retirado en la Persia, he procurado ser útil a los hombres, inspirándoles las verdades y los sentimientos que conducen siempre a la felicidad. El rey de los reyes me ha colmado de sus gracias y mi esposa y mis hijos han gozado de mis riquezas y de mi corazón. El tiempo, que ha encorvado mis riñones y surcado mi semblante, no me quitó jamás la dulce memoria de mi vida pasada, pero me ocultaba la venidera. Sentí que perdía la esperanza.

La pérdida de la esperanza es el tormento de la vejez.

La primavera restituía a los contornos de Schiras los perfumes, la armonía y los colores. Yo fui a la campiña y las deliciosas sensaciones que me daban todas las bellezas y todas las variaciones de la naturaleza rejuvenecían mi corazón. Me paseaba frecuentemente hacia una quinta situada al borde de un lago coronado de bosques y collados, cuyo país me encantó. Y compré la quinta.

No tardé mucho en ocuparme de las producciones de estos campos y de los jardines que habían recreado mi vista. Allí hice plantar árboles

1 Anónimo, "La esperanza. He aquí lo que dijo Aisher en los días de su vejez", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 28 de octubre de 1814), t. iv, núm. 120, pp. 3-4. Véase Jean-François de Saint-Lambert, *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales* y El abenaki, ed. y trad. de Francisco de Tójar (Salamanca: Imp. del Editor, 1796), pp. 91-96. *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales* y El abenaki. Segunda edición, aumentada con El Sélico, novela africana, ed. y trad. de Francisco de Tójar (Salamanca: Imp. del Editor, 1803), pp. 99-104. "La esperanza. Fábula oriental", en *Antología del cuento español del siglo xviii*, ed. de Marieta Cantos Casenave (Madrid: Cátedra, 2005), pp. 229-230.

que, en poco tiempo, debían darme frutos sabrosos; aquí hice sembrar granos que me rendirían ciento por uno de los que confiaba a la tierra para semilla. Al pie de este collado, vi florecer una viña que me prometía vinos dignos de la boca del rey de los reyes. Y en el terreno más cerca de mi casa, crecían legumbres para la mesa, que eran sucedidas de otras legumbres.

El Dios del cielo no añadía un día a la cadena de mis días, ni reemplazaba una estación por otra estación, sin hacerme gozar de algunos bienes y sin prometerme otros nuevos. Yo volví a hallar la esperanza; yo encontré esta fuente de los pensamientos, esta alma de la vida, este embeleso de todas las edades. A los pies de mis árboles, en mis alamedas, la encuentro aún todos los días. Estos frutos, que cojo, me dicen que no me ha engañado y estas flores, que me presenta, que no me engañará tampoco en adelante.

¡Oh, juventud!, vivid en el seno de las ciudades opulentas, que son la morada de la instrucción y los placeres; gozad en ellas de las delicias de vuestra edad, pero instruidos con los hombres en el arte de ser útiles un día.

Vosotros, que llegáis a la edad madura, aumentad los ejércitos, habitaad los fuertes y las cortes, ocupad los tribunales, volad sobre los mares, servid y defended la patria que os hace gozar de sus bienes.

Y vosotros, que con paso tardo llegáis ya al fin de vuestra carrera, oh, ancianos, habitad en el campo. Allí, en un reposo interrumpido por dulces ocupaciones, gozaréis de lo pasado, sentiréis el agrado de la vida presente y las ilusiones de la esperanza os recrearán hasta el mismo día en que el tiempo os abra las puertas del sepulcro.

LA LIMOSNA

ANÓNIMO¹

LOS RICOS, HIJO MÍO, SON, POR DECIRLO ASÍ, los tesoreros de los que están en la indigencia. Tus bienes, en lugar de disminuirse por tus liberalidades, no harán más que aumentarse. Por el contrario, los del hombre duro y avariento se disiparán como un humo ligero que se lleva el viento; se quedará admirado de verse con las manos vacías. Dios, que te ha hecho nacer en el seno de la opulencia, podía haberte colocado en el de la pobreza. Ten, pues, humanidad y dulzura con los que están en necesidad; que no se te escape de la boca, cuando les hables, ninguna palabra desagradable. Abre tus puertas a los pobres. Esta acción es muy grata a los ojos de Dios. No basta sólo, hijo mío, con dar; es menester saber escoger el objeto de tus dones. La viuda y el huérfano deben ocupar el primer lugar. Enjuga las lágrimas que la muerte de un padre o de un marido hace derramar. O, por mejor decir, que hallen en ti lo que han perdido. Muévate el corazón la suerte de los que están oprimidos por las enfermedades. Dulcifica, con tu generoso cuidado, su triste situación. Es la cosa más halagüeña el ser la causa de la serenidad y de la abundancia. ¿No es imitar, en cierto modo, al Todopoderoso?

Ten cuidado, hijo mío, en que una vana ostentación no emponzoñe tus dones. Pierden todo su mérito si los publicas. Sólo Dios debe saberlos. Dulcifica, con tu modo de dar, la vergüenza que naturalmente se tiene en recibir. ¿Cuántas gentes prefieren el vivir en la miseria al abatirse a pedir? Otros, nacidos en la opulencia y habiendo llegado a ser el juguete de la fortuna, sufren en secreto sus miserias y perecen ocultando

1 Anónimo, "La limosna", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 1 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 124, pp. 3-4.

sus desgracias. Esfuérzate por descubrirlos y agota la fuente de sus lágrimas. No olvides estas palabras de un antiguo: “Haciendo bien a los otros, te lo harás a ti mismo.” ¿No vale más disponer así de tus riquezas que disiparlas en el lujo y en la molicie o en los banquetes suntuosos con viles aduladores que te alaban por delante y te despedazan por detrás?

RIDENTEM DICERE VERUM ¿QUID VETAT?

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI¹

BREVE SUMARIA Y CAUSA FORMADA A LA MUERTE Y AL DIABLO
POR LA VERDAD Y ANTE ESCRIBANO PÚBLICO

En una de estas divertidas –aunque debían ser tristes– noches de finados, me pareció, entre sueños, que salía a pasearme por los parajes acostumbrados para distraerme de mis particulares pesadumbres con los diversos objetos que en ellos se presentan. Bastante embelesado iba yo cuando, entre la esquina del Parián y la Plaza de Armas, sentí que se movía el terreno que pisaba. Sorprendíme, como era regular, pero cuando acabé de trastornarme fue cuando frente de mí se abrió la tierra y de la oscura grieta salió, ¡quién lo creerá!, una hermosa mujer, rica, aunque muy honestamente vestida.

No acababa yo de santiguarme, ni de creer el fenómeno que veía, cuando la hermosa ninfa se acercó a mí y, con un tono de voz muy agradable, me dijo:

–No te asustes. ¿Me conoces?

Yo, entonces, la vi el rostro con intención y la dije:

–Señora, me parece haber otras veces tenido la felicidad de veros, pero en la presente no me acuerdo de vuestro nombre.

Ella, sonriéndose, me dijo:

1 José Joaquín Fernández de Lizardi, “*Ridentem dicere verum ¿quid vetat?*”, en *El Pensador Mexicano* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de noviembre de 1814), núm. 13, pp. 103-122. *Obras. III - Periódicos*. El Pensador Mexicano, adver. de María del Carmen Millán, pres. de Jacobo Chencinsky, recop., ed. y notas de María Rosa Palazón y Jacobo Chencinsky (México: UNAM, 1968), pp. 463-475. *El Pensador Mexicano*, est. prel., sel. y notas de Agustín Yáñez (México: UNAM, 1962), pp. 45-64.

–Pues yo soy la Verdad, a quien has visto muchas ocasiones y has defendido en tus escritos. Es cierto que me has visto con los ojos del entendimiento, pero ahora me ves con los del cuerpo.

–Este –dije yo– es un favor sobrenatural.

–No mucho –dijo–, ¿pues qué tú piensas que los mortales no me ven con sus ojos cada rato? Te engañas: la Verdad es señora, pero muy familiar con todo el mundo. Yo bien deseo que todos me vean, me conozcan, me traten y me amen. Para esto, me hago demasiado visible, mas por desgracia tus semejantes se tapan los oídos por no oírme y cierran los ojos por no verme.

–Así es, señora –dije yo–, pero ya que habéis tenido la bondad de dejaros tratar de mí con esta llaneza, permitidme os haga unas cuantas preguntas, con cuya duda batalla mi imaginación actualmente.

–Di lo que quieras –me contestó–, que serás satisfecho con franqueza.

–Pues habréis de dispensarme –proseguí–, porque tengo de haceros más preguntas que un catecismo. Decidme ¿qué significa haber salido de la tierra? Si es para darme a entender aquello que se lee en las divinas letras de que *la verdad nació de la tierra*, para significar que, no habiendo en el cielo mentira, la verdad reconoce su centro en la tierra, donde es peculiarmente necesaria. Si es para esto, repito, ¿no fuera mejor expresar la misma alegoría saliendo de algún palacio o de algún edificio suntoso, de tantos que hay en esta ciudad, y no de la misma tierra grosera, a modo de tuza o lagartija?

–Así parece –me respondió–, pero has de saber que soy tan desgraciada que no hallo albergue seguro donde alojarme entre los mortales, pues, aunque todos dicen que me aman, ninguno me quiere por su casa. Y así, por no sufrir muchos desaires, tengo a mejor habitar en el oscuro centro de la tierra.

–Decidme –continué–, ya que por demasiado puntillosa preferís tan grosero alojamiento, ¿por qué no salisteis junto algún convento de recoletos o capuchinas, cuyos sitios son seguramente los asilos de la verdad, y no de este lugar, que, por tantos títulos, merece el epíteto *de menti-*

dero? Porque bien sabéis, señora, que en los portales y Parián concurre, los más días, una multitud de hombres poco ocupados, con el inocente objeto, según dicen, de pasar el rato, en cuyo tiempo miente cada uno a proporción de su genio y de la materia que trata. A más de esto, tienen muy bien merecido estos lugares el sobrenombre *de mentideros*, cuando menos por ser los más públicos de comercio, porque es innegable que, por desgracia, en este giro se miente *a solis ortu, usque ad occasum*,² y no parece sino que los mostradores son unas fortísimas murallas que os defienden la entrada y la salida de las tiendas, pues tratan de ver cómo se engañan en los ajustes. Y aunque en las tiendas los compradores llevan la peor parte, en lo que no es tienda no van mejorados los que venden, pues también se valen de su necesidad los que les compran, ofreciéndoles cuatro por lo que conocen que, en su precio ínfimo, vale doce. Y aunque esto es gravoso y una especie de hurto, nadie hace alto en ello; antes, se vanaglorian de haber hecho una famosa compra. Por esto digo, señora, que me admiro hayáis escogido para manifestaros a mi vista un lugar tan indecente para vos como éste. Y deseara saber el motivo.

—Pues sábetelo —me dijo— que he elegido este lugar por la misma razón de lo mucho que en él se miente, porque donde abundan las mentiras, abundan, asimismo, las verdades.

—Perdonad, señora —la dije—, pero parece paradoja.

—No es sino realidad —me respondió—. ¿No adviertes que el que miente conoce que miente? Pues este conocimiento incluye una verdad. Y mira tú cómo yo no falto, a lo menos, del pensamiento del mentiroso.

—Es así, señora —proseguí—, pero ¿por qué dicen que sois amarga?

—Yo —me dijo— no amargo, sino a los que no me tragan, de modo que estos necios aseguran que amargo sin gustar de mí. Pero creo que el daño no está en la vianda, sino en sus estragados paladares. Por eso, jamás oírás decir que amargo a los hombres de bien, porque éstos me han tomado diferente sabor.

2 “desde la salida del sol hasta el ocaso”. Nota agregada.

—¿Y por qué os presentáis vestida —dije—, cuando todos dicen que la verdad ha de ser desnuda? Y aún en esa confianza, escribí días pasados un papelucho titulado *La verdad pelada*.³

—Hijo —me respondió—, la verdad ha de estar desnuda de hipocresía, del temor servil, de la rastrera adulación, del engaño, &c., pero ha de estar vestida y adornada de la prudencia, del celo, del bien público, de la moderación y, sobre todo, de una santa libertad, con la que, sin zaherir a las personas, ataque al vicio cara a cara.

—Y decidme, señora —proseguí—, ¿por qué habéis salido esta noche? ¿Qué progresos pensáis hacer en unos ratos que todos dedican al paseo y la diversión?

—Yo bien sé que poco he de conseguir —me respondió—, pero mi amante natural no me permite separarme un punto de los hombres, por más que éstos se desdeñen de mí con la mayor ingratitud. De modo que aunque quieren desasirse de mí y hacer que no me conocen es imposible, porque me introduzco hasta sus corazones y allí les grito lo que ellos no sufrirían de sus mejores amigos. Y mis gritos son con tal energía que no pueden acallarlos ni dejar de confesar, con el espíritu, que tengo razón en mis severas reprehensiones. A más de esto, tengo la gracia de bilocarme, esto es, de estar a un mismo tiempo en diferentes partes, de suerte que ahora mismo estoy en las cabezas y en los corazones de infinitos de los que ves pasar, instruyendo a unos y reprendiendo a otros sus miserables extravíos. Pero el principal objeto de mi pública venida a estos lugares es porque sé que no han de faltar de ellos un par de facinerosos, de quienes vosotros los mortales os quejáis sin cesar, y vengo a haceros justicia, aprehendiendo y juzgando a estos pícaros que tanto os enfadan y molestan.

—¿Y quiénes son, señora? —le pregunté.

—Ven, veráslos —me dijo.

3 José Joaquín Fernández de Lizardi, *La verdad pelada* (México: Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, s/f), 8 pp. Véase *Obras. I. Poesías y fábulas*, invest., recop. y ed. de Jacobo Chencinsky y Luis Mario Schneider, est. prel. de Jacobo Chencinsky (México: UNAM, 1963), pp. 123-128. Nota agregada.

Y tomándome de la mano, me llevó por hacia donde ponen el cartel de las comedias. Y abajo del pilar, me mostró un feo demonio, sentado, como dicen, en cuclillas, abrazándose las rodillas con ambas manos y cabizbajo, a guisa de dormilón o pensativo. Quedé sofocado con tan inesperada visión. Y procurando desasirme de la Verdad, la dije:

—Señora, dejadme, os ruego, que mi débil espíritu no puede sufrir la horrorosa presencia de este vestiglo.

—No temas —me dijo—, que mientras yo no falte de tu lado todo el infierno es poco para perjudicarte en lo más mínimo.

Diciendo esto, me llevó a la plaza y vi, ¡qué horror!, un descarnado esqueleto que, con una afilada guadaña, andaba con la mayor velocidad por entre toda la gente, apunzando a unos, amenazando a otros, huyendo de algunos y burlándose con todos. Y en estas vueltas y revueltas, cuando yo menos pensaba, la vi tan cerca de mí que la punta de su arma, que blandió sobre mi cabeza, tocó mis narices. Del mismo susto, alcé la cara y vi que dirigió hacia mí su fiero aspecto, con tan extraño ademán que no pude menos sino venir al suelo, a los pies de la Verdad, a modo de toro desjarretado. El espectro pasó de largo y la Verdad, poniéndome una mano sobre el corazón, me alentó lo bastante para ponerme en pie y decirla:

—Señora, por Dios os suplico me dejéis, porque yo no tengo valor para ver otro fantasma como los que he visto.

—Necio —me dijo—, ese es el carácter de tus ingratos semejantes: desechar a la Verdad en los preciosos momentos en que se digna visitarlos para su más sólida instrucción. Pero en fuerza de mi cariño y de mi obligación, no ha de ser así, por ahora. A tu pesar, has de asistir a mi lado esta noche. Y cuidado como insistas en separarte de mí porque te abandonaré para siempre y te entregaré a los mismos monstruos que tanto temes.

Enmudecí con tan severa reprehensión. Y habiendo salido de la plaza, me dijo:

—Ten buen ánimo, que se acerca ya el instante de la prisión de estos famosos reos.

—¡Ay, señora —le dije con un tono de voz tan balbuciente que manifestaba, de a legua, mi temor—, hacedme la merced de soltarme, que yo os juro no perderos de vista en toda la noche, pero no me llevéis de ronda porque os aseguro que no tengo valor para coger un perro de la cola, cuanto menos para ser corchete de tan semejantes espantajos!

—Pues bien está —me dijo—. No te apartes de mí, que para prehenderlos me voy a acompañar de aquel que viene allí.

—¿De quién? —la dije—, ¿de aquel hombre vestido de negro?

—Sí, de ése —me respondió.

—Pues eso me admira más que haber visto al Diablo y a la Muerte.

—¿Y por qué? —me replicó.

—¿Por qué, señora? —dije yo—, porque ese es escribano y me parece cosa tan peregrina el ver a la Verdad junta con un escribano que la tengo por más rara que ver al Diablo y a la Muerte en el portal o en la plaza.

—Pues no la tengas —me contestó—, porque, aunque dicen que verdad y escribano importan contradicción, es un error, pues hay escribanos hombres de bien, con los que yo me asocio porque me honran. Y tal es éste.

Dicho esto, me soltó. Y en un momento, se juntó con el Escribano; y entre ambos, atraparon a los dos avechuchos, que, muy fruncidos de hocicos a la vista de la Verdad, se dieron por presos y se dejaron conducir al portal de las casas de cabildo. Pero al pasar por la esquina del Parián, sucedió que el Escribano, embarazadas sus dos manos con los reos, no pudo alzarse la camba del capote, que se le cayó, la pisó y fue a dar contra una mesita de dulces. Muertos, calaveras, carneros, muñecos y toda gente de alfeñique fue a tierra, mal de su grado y del de la pobre dulcera, que se daba a Barrabás, maldiciendo su destino, y sin conocer entre la turba multa al autor de semejante fechoría. Recogía la infeliz las reliquias de su malhadada hacienda a toda prisa, porque ya venía una tropa de muchachos para ahorrarla del trabajo. Y entre sus lágrimas y quejas decía:

—Malhaya el demonio. Sólo el diablo es capaz de haberme hecho semejante perjuicio...

Fueron su camino los jueces y los reos y yo a una vista. Entráronse en uno de los oficios de la Diputación, que no sé con qué motivo estaba solo, abierto y con luz. Sentáronse *pro tribunali*⁴ la Verdad y el Escribano. Yo me puse detrás de la silla de éste. La Muerte se quedó aparte en un rincón. Y el Diablo en pie, junto de la mesa, a quien dijo el Escribano:

—Muy bien te conozco, buena maula, pero es preciso que pongas la cruz para recibirte juramento.

—Eso sí no haré yo, aunque me ahorquen —respondió el Diablo—, porque desde un chasco muy pesado que me pasó en un monte con una cruz he quedado tan escarmentado y medroso de ella que no soy capaz de sufrir su presencia, cuanto menos de hacer su figura. Y así, si ud. quiere, yo juraré decir verdad bajo mi palabra de honor, pero pensar en que ponga cruz es pedir peras al olmo.

—Muy bien —dijo el Escribano—, aquí está su señoría la Verdad, mi señora, que no te dejará mentir.

Y diciendo esto, dobló su papel y comenzó a escribir lo siguiente:

AUTO CALEZA DE PROCESO, DECLARACIÓN Y CONFESIÓN CON CARGO AL DEMONIO

En la ciudad de México, a 2 de noviembre de 1814 años, hizo la señora Verdad comparecer a un espectro, a quien en su persona le recibí juramento, bajo su palabra de honor, so la cual ofreció decir verdad en lo que supiere y fuere preguntado. Y siéndolo sobre su nombre, patria, padres y estado, dijo llamarse *Asmodeo*, ser natural del reino de los cielos, no tener padres y ser de estado doncello.

Preguntado cuál es su ejercicio, dijo que tentar a los hombres y a las mujeres.

Preguntado que qué estaba haciendo en el portal cuando fue preso, dijo que estaba descansando.

4 “para el tribunal.” Nota agregada.

Reconvenido ¿cómo tiene la osadía de mentir ante su señoría la Verdad, asegurando ser célibe o doncello, como él se explica, cuando todo el mundo sabe que tiene sus comercios impuros con el sexo femenino, y aun en muchas ciudades de la Europa han desterrado, azotado y también quemado por este crimen a algunas pobres mujeres, a quienes ha seducido, y que se han conocido con el nombre de *brujas*?, dijo que todas esas son patrañas, que deben únicamente su origen a unas cabezas desconcertadas y a la ignorancia de los siglos en que han pasado por realidades los delirios.

Se le hace cargo ¿cómo, con la mayor desvergüenza, se pretende disculpar, faltando a la religión del juramento que ha prestado bajo su palabra de honor, a la diablesca, negando el delito de que se le acusa, cuando se sabe que para perpetrarlo se ha puesto en figura de cabrón y ha llevado en volandas a las dichas brujas a las cuevas y soterráneos?, dijo que, en virtud de su misma palabra, jura y rejura que es falso de toda falsedad el cargo que se le hace, porque él es una substancia espiritual incapaz de tener contactos físicos con el cuerpo.

Reconvenido ¿cómo, si es según expresa, hay hasta tratados escritos por algunos teólogos sobre los *íncubos* y *súcubos*, cuyos términos muy bien entiende, y la depravada malicia que se arguye de su significación?, dijo que este cargo es hermano carnal del antecedente, para el que reproduce las mismas respuestas.

Reconvenido ¿cómo tiene valor de negar este delito, cuando todos saben no sólo que ha tenido los referidos comercios indecentes, sino que de ellos ha tenido sucesión, pues se asegura que tiene un hijo, y por más señas, que es tuerto, pues tanto quiso hacer con él que hasta que le sacó un ojo, lo que ciertamente es otro crimen?, dijo que esa es otra mentira grosera, hija de un vulgo necio, cuyas viejas divierten a los niños con estos cuentos, llenando sus cabezas de semejantes frivolidades y simplezas, con las que los acostumbran a creer todo lo que suena a maravilloso, haciéndose después estos mismos niños, con tan mala educación, unos idiotas que, a pie juntillas, defienden estos prodigios, con los demás

embustes de espantos, ruidos, muertos aparecidos, duendes traviesos, brujas de lumbre, luces significativas de dinero enterrado, prodigios en docenas y otra barahúnda de chismes con que, sin ser mejores cristianos, son los mayores supersticiosos que difaman su misma religión, añadiendo el exponente que si, como se dice, él fuera padre de familias, no permitiría a sus hijos el conversar con las viejas criadas de su casa, ni con ninguna persona cuya instrucción no fuera conocida; y que esto lo dice para que se vea que él nunca ha tenido hijos ni botijos, ni padre, ni madre, ni perrito que le ladre; ni menos ha sacado a nadie los ojos, porque no es tecolote; y antes deseara abrírselos cuanto antes a los muchachos, en ciertas materias, para que le fueran útiles *ab ineunte aetate*⁵ o desde sus primeros días, bien que tiene el consuelo de que no le faltan bastantes sustitutos que le ayudan en esta diligencia y desempeñan con garbo lo que a él se le dificulta.

Reconvenido ¿por qué es tan perjudicial a los hombres que todos se quejan de su perfidia?, dijo que él lo que hace, algunas veces, es inducirlos al mal, pero jamás los fuerza, y que aun esto lo hace con superior permiso y para su mayor bien, pero ellos no saben o no quieren aprovecharse.

Reconvenido ¿cómo quiere disminuir su crimen diciendo que *algunas veces* tienta o induce a los hombres al mal cuando es notorio y de pública voz y fama que es por antonomasia, el declarante, el *hijo de la iniquidad*, y él mismo ha dicho que su profesión es ser tentador?, dijo que no lo puede negar, pero lo que dice es que él es un pobre diablo y que son más los testimonios y calumnias que le levantan los hombres que lo que él hace, pues ellos se tientan de tal modo que no le dejan qué hacer; que es verdad que de todo le hacen cargo los mortales y le echan la culpa, pero que en su conciencia jura que no tiene parte en la mitad de los males que les acontecen ni de los pecados que cometen. Pero tiempos hace han dado en imputarle cuantas desgracias sufren y en acusarlo de los delitos que cometen, como si él pudiera forzarles la voluntad para nada. Que en

5 “desde temprana edad.” Nota agregada.

prueba de esto se acuerde el presente Escribano que no ha un cuarto de hora que tiró la mesita de la dulcera y ésta le echó la culpa al declarante, sin meterse en más averiguación; que, en vista de esto, se compadezca del declarante la Verdad, pues puede asegurar que los hombres son el diablo y el que declara es un angelito, aunque algo patudo.

Se le hace cargo ¿cómo se está perjurando tan criminalmente, pues, cuando da a entender que no tienta mucho a los hombres y que éstos son los que se tientan o se provocan al mal por la mayor parte, y sin la concurrencia del exponente, no se acuerda que ha dicho que estaba descansando cuando fue preso, pues seguramente, siendo su oficio tentar y estando descansando, prueba cuánto habría trabajado, sólo en la noche, y cuántos perjuicios habría inferido, cuando le fue preciso tomar reposo de tan ímproba fatiga?, dijo que aunque estaba descansando no era de trabajar, sino de buscar qué hacer, pues se cansó de corretear la ciudad de arriba abajo y no halló gente desocupada, pues todos estaban provocándose al mal a porfía; que corrido de ver que los hombres le habían quitado el oficio, se vino al portal, se mezcló entre la concurrencia en solicitud de trabajo, pero que fue en vano, porque vio, con el mayor espanto, que aquí, en estos portales y plazas, no solamente tientan los mortales a las mortales, sino que las abrazan y pellizcan, a cuyo atrevimiento no llega la maldad del que responde.

Preguntado ¿si tiene alguna cosa más que decir, añadir o quitar para su defensa?, dijo que no y que lo que ha dicho es la verdad, bajo el juramento que ha prestado, en que se afirmó y ratificó.

Leída que le fue esta su declaración, expresó ser de siete mil años de edad, pocos más o menos, y lo firmó con su señoría, de que doy fe.

La Verdad. –Asmodeo. –Ante mí, El Escribano.

DECLARACIÓN DE LA MUERTE

En el mismo acto, hizo su señoría comparecer por ante mí a un esqueleto, a quien en su persona se le recibió juramento, que hizo por Dios

nuestro Señor y la señal de la santa cruz, so cuyo cargo ofreció decir verdad en lo que supiere y fuere preguntado. Y siéndolo sobre su nombre, patria, padres, estado y demás generales del derecho, dijo llamarse la *Muerte* y, según autores, ser hija del pecado y la concupiscencia, engendrada en el paraíso y nacida en este valle de lágrimas, siendo su primer partero, que le ayudó a salir a luz, el fratricida Caín; que no tiene sexo, edad, condición ni estado determinado, pues tan breve es hombre como mujer, niña o adulto, noble o plebeya, casada, viuda, doncella, &c., &c.

Reconvenida ¿cómo luego luego entra mintiendo y perjurándose con desvergüenza, pues asegura una quimera como es no tener sexo ni estado determinado?, dijo que es verdad lo que ha dicho, porque el estado del muerto es el de la Muerte.

Se le hace cargo ¿cómo, tan sin temor de Dios ni en justicia, ha quebrantado infinitas veces el quinto precepto del decálogo, infringiendo tantos homicidios a los humanos?, dijo que aunque es cierto que ha matado a muchos, pero que no ha quebrantado el quinto precepto, pues está autorizada para ello por el Supremo Legislador, como lo prueba el documento que, debidamente, presenta en una tira útil de papel. Diciendo esto, sacó de un canuto de hoja de lata un papel, en que estaban escritas estas palabras: “Establecido está que los hombres mueran una vez. *San Pablo a los hebreos*, 9, 27.”

Se le hace cargo ¿por qué es tan horrible a los mortales que sólo al ver su aspecto no queda uno a vida?, dijo que no es tan bravo el león como lo pintan, pues si para los malos es *pésima*, para los buenos es *preciosa*, y que esto es tan cierto que, para su prueba, se remite a las sagradas letras, donde largamente se contiene; y así que si es mala para algunos, ellos tienen la culpa, pues si su conducta fuera buena, también ella lo sería.

Reconvenida ¿que aunque diga bien en lo moral, en lo físico no puede disculparse de ser malquista para todo el mundo?, dijo que eso lo causa la ignorancia de los hombres, que se juzgan eternos o inmortales, por una parte, y, por otra, están tan engreídos con la vida, como si ésta fuera una guirnalda tejida de legítimas felicidades y no una cadena continua

de sinsabores y desgracias, sin acordarse que, en expresión del santo Job, *el hombre ha nacido para vivir muy poco tiempo y éste lleno de muchas miserias*; y así que si los mortales quieren que la que declara les sea menos temible y fastidiosa es menester que se acuerden que el paso es inevitable, que adviertan que la vida no es en sí misma tan halagüeña como se la figuran y que según un sabio inglés:

...No hay otra arte
mejor para aliviar el excesivo
temor con que a la muerte contemplamos
que rebajar el precio en que estimamos
la vida...

Young, *Noches*, 5

Reconvenida ¿cómo pretende disculparse atribuyendo el temor de la muerte al apego de los placeres de la vida cuando es público y notorio que es tan horrorosa que hasta los más timoratos y arreglados la han recibido con susto y sobresalto?, dijo que el temor de los buenos no se dirige a la Muerte en cuanto a privación de la vida, sino en cuanto a que es la conductora a la eternidad, cuando, por el contrario, los impíos, que o no creen o no temen la eternidad, son los que más se precipitan a la muerte; y así vemos que si muchos justos la han recibido con temor, muchos más impíos la han abrazado con ansia, quitándose ellos mismos la vida en el momento que se les ha representado que no la pueden disfrutar con placeres.

Reconvenida ¿cómo insiste en disculparse tan tenazmente cuando todos los hombres dicen que es terrible, que es fiera, que es cruel, que es inexorable y que la temen como al mayor de todos los males temporales?, dijo que, con excepción de pocos, o son unos brutos o mienten todos los que lo dicen, porque...

Aquí se enfureció el Escribano y aliñándose la golilla la dijo:

—Esqueleto malcriado, explíquese otra vez, con más consideración del linaje humano. ¿Cómo es eso de que todos mienten? Sepa decir que *se engañan*, *se equivocan* o, cuando más, que *faltan a la verdad* y no *mienten* a secas, groserona. Bien que yo lo borraré y lo pondré como debe estar.

Engallotóse la Muerte. Todo el costillar y osamenta le temblaba de la cólera. Sus desiertas quijadas rascaban unas con otras. Y con una ronca y desapacible voz, encarándose al curial, le dijo:

—Oiga ud., señor Escriba, ¿sabe ud. su obligación? ¿Sabe que le está prohibido interpretar ni componer el estilo de las declaraciones de los reos, sino que debe poner *hh* o *rr* como ellos las digan, sin meterse en más dibujos? ¿Sabe que no debe maltratar a ningún reo y más delante del juez de la causa? ¿Sabe, por último, que, después de convencido su entendimiento con la solidez de un descargo, no debe estar machaca que machaca con el pobre reo, hasta sacarlo por fuerza perjuró y delincuente, prevaleándose de su sencillez y de su miedo, enredándolo con sofismas, engañándolo con falsas promesas de su protección y amedrentándolo con amenazas de separos, horcas, destierros, azotes y demás? Sin duda que lo ignora, pues si no ¿cómo, con tal orgullo, había de querer enmendarme la palabrada? A más de esto, sépase que es un ignorante él y cuantos creen que esta palabra, *mente*, tiene equivalente, ni que son sus sinónimos las que ha dicho de *se engaña*, *falta a la verdad* o *se equivoca*, pues el *mentir* es faltar a la verdad *con malicia* —que es lo que echo en cara a los hombres— y *engañarse* o *equivocarse* es faltar a la verdad por *ignorancia*. Lo primero arguye culpa y lo segundo no. Con que vea, ahora, cuán sabihondo es, pues no entiende el verdadero espíritu de su idioma. ¿Y así quiere componer mi dialecto? ¿Y así me reprehende y me tacha de grosera? Si esto hace conmigo, que sé donde tengo la cara, ¿qué hará con un pobre indio o una miserable mujer que no saben quién a Dios quiere seguir? Y si esto hace el que se tiene por escribano, hombre de bien, ¿qué harán tantos escribanillos y receptorcillos habilitados, cuya ciencia consiste en leer, y mal, la *Cartilla de escribanos* y el *Febrero*, si acaso, y en cavilosear, enredar y chupar al miserable reo? ¿Qué harán éstos cuya conducta rela-

jada y cuya alma ya entregada a Satanás lo menos que respetan es la libertad ni la vida del infeliz que cae en sus manos, así como el desarraigado pajarillo en las garras del carnicero gavilán? ¿Y qué harán...?

—Basta —dijo la Verdad—, que tanto el Escribano como el reo me han faltado demasiado al respeto. La Muerte se ha excedido en el tono, pero se ha explicado a mi gusto. Adelante.

Preguntada ¿cómo o por qué dice que son brutos o mentirosos los hombres que aseguran temerla?, dijo que si verdaderamente la consideran como el mayor de todos los males temporales son aún más que brutos, pues éstos procuran, en cuanto está de su parte, la conservación de su individuo, cuando, por el contrario, los hombres de que habla parece que buscan la muerte con la mayor ansia, ya destruyendo su salud con los excesos de la gula, ya abreviando sus años en los lupanares, ya pereciendo en sus riñas particulares, ya congregándose en tropas para destruirse mutuamente, a son de caja y clarín,⁶ y ya inventando tácticas para matarse más aprisa, según arte, como si no sobraran fiebres, apoplejías, insultos, pulmonías, anasarcas, diarreas, tenesmos, disenterías, viruelas, sarampiones, garrotillos, asma, pleuresías, cólicos, misereres, ascitis, ictericias, vómitos y demás agudas y crónicas enfermedades que todos los días atacan su vida. Muchas veces parece que la muerte huye de los hombres y éstos corren tras ella como si fuera el mayor de los bienes. Perecen en las riñas, en las astas de un toro, en los suplicios y en otros peligros a que se exponen y luego gritan los vulgares *que ya estaba de Dios, que era su signo, que se llegó su raya*, y otras majaderías, que, a no disculparlas la ignorancia, serían unas descaradas blasfemias contra la sabia providencia y acreedoras del más riguroso castigo, porque decir que *estaba de Dios* que este provocativo muriera de una puñalada, aquel criminal en la horca, el otro bárbaro atravesado de una fiera, &c., es decir que estaba así determinado por Dios de decreto absoluto, irrevocable,

6 Aquí no condena la Muerte las guerras justas, ni menos las tácticas militares, pero reprocha sus efectos, pues éstos, sean como fueren, siempre son funestísimos a la humanidad.

como dicen los teólogos, lo que sería una herejía terrible, pues era decir que Dios era un ser injusto y tirano, pues creaba hombres predestinados a las desgracias y se complacía en hacerlos sufrir los males a que los destinaba. Así pues, deben saber los necios que así se explican que Dios no cría a nadie para que perezca de esta o aquella manera desgraciada, por más que sepa cuál ha de ser su fin. Una cosa es que Dios, desde la eternidad, sepa que Pedro ha de cometer tal delito y otra el que quiera que lo cometa; una cosa es permisión y otra volición. Dios le ha concedido a Pedro su libre albedrío. Sabe que ha de usar mal de él y ha de tener un fin desastrado. Lo sabe, lo permite, pero no lo quiere, no lo desea, no lo tiene así absolutamente determinado. Ni menos está obligado a embarazarlo, pues deja obrar las causas naturales, según las leyes que les estableció al principio. E interrumpir estas leyes es un milagro que pretenderlo sin necesidad es tentar a Dios. Para que Pedro se libre de este o aquel peligro le ha dado la luz de la razón. Si él se desentiende de ella y busca el peligro, perecerá en él, como está escrito.

Reconvenida ¿que a qué fin ha hablado tanto, haciendo de la teóloga, sin necesidad?, dijo que para que se vea que los hombres, que tanto dicen temen a la muerte, son unos necios cuando se arrojan a buscarla anticipadamente y luego blasfeman de la providencia, echándola en cara el mal que ellos se buscan; que todos los años cuesta infinitas vidas esta ignorancia, pues con la confianza de que *si está de Dios, moriré en esta ocasión, en este peligro, &c., si no, no*, como suelen decir, se precipitan a la muerte temerariamente y luego le hacen cargo a la exponente de muchas vidas que ha cortado en agraz, siendo así que la llaman y la buscan tantos fuera de tiempo, y quienes, seguramente, vivirían más años si no fueran tan locos y desalmados. Que esto dice para probar que, si conocen cuál es la muerte y sus serias consecuencias, son unos necios en correr tras ella por la posta, cuando tendrá buen cuidado de irles apagando a todos, uno por uno, la vela de la vida, sin que ellos se apuren en buscarla, añadiendo que son unos embusteros los que dicen que la temen, que es fiera, horrible, cruel, &c., pues lo que se teme y se considera cruel y abominable no se busca, antes se huye.

Reconvenida, por último, ¿por qué es tan traidora que todos los años quita la vida de repente a infinitas personas?, dijo que es otra calumnia, pues a nadie mata de repente, pues la naturaleza casi siempre avisa por dentro que hay algún mal grave que, con disimulo y sordamente, va minando la salud y que tal vez hará la explosión cuando menos se piense; y que en lo moral no hay cosa que más se meta por los ojos que la verdad de la muerte.

Reconvenida ¿cómo quiere negar sus traiciones cuando, nada menos que por el evangelio, consta que es una traidora y que *vendrá como un ladrón cuando menos se espere?*, dijo que es verdad, pero que también por el mismo evangelio se da el remedio, diciendo: *Velad, estad prevenidos*. Y así, si se observara el evangelio, ella no podría sorprender a nadie de repente, de que se deduce que, si algunas veces acomete sin que la esperen, la culpa no está en ella, sino en los mortales que la debían esperar. *Velad* –dice San Marcos, 13, 36–, *velad, no sea que cuando venga de repente os halle durmiendo*.

Preguntada ¿si tiene algo más que añadir o quitar en su defensa?, dijo que no y que lo que lleva dicho es la verdad, en cargo del juramento que hecho tiene, en que se afirmó y ratificó. Leída que le fue esta su declaración, expresó ser de siete mil años de edad y la firmó con su señoría, de que doy fe.

La Verdad. –La Muerte. –El Escribano.

AUTO DE SENTENCIA

Habiendo visto que, por las declaraciones antecedentes, resultan criminales los hombres e indemnizados la Muerte y el Demonio de los cargos que se les imputan, fallamos que debíamos mandar y mandamos: que sacándose testimonio de este expediente, se les corra traslado a los mortales, para que en el término de treinta días, contados desde el de la fecha, comparezcan en este nuestro juzgado, a contestar con las partes, y no lo verificando, sean llamados a edictos y pregones dentro del último perentorio plazo de treinta días, en los que se admitirán sus descargos y se oirán

en justicia, lo que si no cumplieren se darán por bastantes los estrados y se sentenciarán sin más oídos, como si en sus personas fuere, a que en lo sucesivo no sean osados a desacreditar con imposturas ni calumnias al Demonio ni a la Muerte, antes sí, ellos sean tenidos por unos falsarios e impostores públicos, a quienes en lo sucesivo no se les dé crédito para nada.

México, noviembre 2 de 1814

La Verdad. –Por mandado de su señoría, *El Escribano.*

Inmediatamente, desapareció todo el tren y yo me hallé en mi cama, bastante molido y maltratado con tan semejante pesadilla. No obstante, me propuse hacer las veces del Escribano y correr el traslado que mandó la Verdad, para que obre los efectos que haya lugar.

PELIGROS QUE TRAEN LOS PLACERES

ANÓNIMO¹

EN LAS MISCELÁNEAS DE LITERATURA ORIENTAL de Mr. de Cardone, se halla el pasaje siguiente.

Un dervís, célebre por su vida ejemplar y virtuosa, entró en casa de un confitero. El dueño de la tienda, deseoso de obsequiarle, le ofreció un vaso de miel, pero apenas lo destapó cuando cayó sobre él una nube de moscas. El confitero tomó un abanico para espantarlas. Las moscas que estaban en el borde del vaso huyeron fácilmente, pero las que habían sido más golosas y se habían metido en medio del vaso quedaron pegadas a la miel y no pudieron huir.

El dervís, abismado en una profunda meditación, contemplaba este espectáculo con la mayor atención. Pero habiendo vuelto en sí, dejó escapar algunos suspiros. El confitero le preguntó la causa. El dervís dijo:

—Este vaso es el mundo y las moscas los hombres. Las que se han mantenido en los bordes del vaso se parecen a los sabios, que ponen límites a sus deseos, no corren como unos locos detrás de los placeres y se contentan con sólo gustarlos por encima. Las moscas que se han precipitado en medio del vaso representan a los que, soltando las riendas a

1 Anónimo, “Peligros que traen los placeres”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 3 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 126, p. 4. Véase *Mélanges de littérature orientale*, trad. de Denis-Dominique Cardonne (Paris: Hérissant le fils, 1770), t. II, pp. 129-131. El último párrafo no se incluyó en la edición del *Diario de México*: “Cuando el ángel de la muerte, recorriendo en su veloz vuelo la superficie de la tierra, agite sus alas, los hombres que se quedaron en el borde del vaso de ese mundo retomarán fácilmente su esfuerzo y volarán con alas ligeras hacia la patria celestial; pero aquellos que, esclavos de sus pasiones, cayeron en el vaso envenenado de los placeres, se hundirán más y más y se precipitarán en los abismos.”

sus desarregladas inclinaciones, se abandonan sin moderación alguna a toda suerte de placeres.

AL TIEMPO

ANÓNIMO¹

¡OH, TÚ, SOLÍCITO DESCUBRIDOR DE CUANTAS COSAS se ocultan!, ¿qué haces con tu movimiento de continua duración? En verdad, eres un presuroso curso hacia la muerte, en que a nadie le es permitido el pararse en la carrera. Un seguido veloz vuelo, sin que note el descuidado lo mucho que pierde en él; una rueda tan ligera que pasma su velocidad; un profundo, caudaloso río, de precipitada corriente; un breve e irreparable bien, aun de la más prolija o larga vida; un devorador terrible, que, junto con la envidiosa antigüedad, todo lo acaba; un sabio, tan entendido que todo nos lo descubre. En fin, una dádiva tan preciosa que el perderla es un delito y la mayor insolencia. Pues si eres tú una alhaja de valor tan exquisito que, según decía Séneca a su Lucilo, nos la concedió naturaleza para aprovecharnos de ella, ¡qué yerro no ha de ser el robarte y el perderte! ¡A cuántos no ves llorar sus infortunios porque no consideraron que aquel instante feliz que les estabas prometiendo era el crítico momento en que había de empezar su dicha! ¡Cuántos, perdidos por ese mundo, se lamentan de su suerte porque no supieron apreciar los instantes que tú les estabas concediendo para beneficio suyo! Mira cómo, derramando lágrimas, llenando el aire de quejas, entristeciendo a los mármoles, cubriendo de horror las peñas y destilando el corazón por los ojos, o despidiéndole en suspiros por la boca, se lamentan, se consumen, se aniquilan, porque, fiados como necios en el evento de las cosas, presumieron que tu repetida sucesión siempre sería propicia. A buen seguro, quisieran volver atrás o revolver, si pudieran, la continuada serie de tus días, para pensar más despa-

1 Anónimo, "Al tiempo", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 5 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 128, pp. 1-3. Se indica: "El Amante de la Verdad."

cio lo precioso de tus horas y para no hacerse insensibles a los golpes que tu concertada máquina está dando a los mortales. ¡Ah!, entonces sí que apenas se hallarían descontentos. Entonces ya no sería tan crecido el número de los miserables. Entonces serían más los aplicados. Y en una palabra, entonces se vería claramente lo mucho que se perdió. ¿Y acaso podrán quejarse de ti? ¿Podrán llamarte cruel, impío, riguroso, esquivo? No, por cierto. Tú eres cierta medida, que mides cuanto es mensurable, y un número y movimiento que todo lo ajusta y cuenta. Pues ¿a quién no has concedido, aun a vueltas de tus rigores, instantes bastantemente felices para lograr su exaltación? ¿Quién podrá decir de ti que en jamás te manifestaste benéfico a todo hombre? Ea, quejándose de sí mismos los mortales, si acaso, insensiblemente, perdieron las ocasiones. Lloren ellos solos su desgracia de no haberse aprovechado de lo que tú les ofrecías. Sírvalos de tormento la memoria de haber perdido un instante, que pudo hacerles muy felices. Consúmales la tristeza por no haber apreciado a tiempo tus influjos. Laméntense de su propia necedad, porque llegaron a creer que tras de una ocasión buena ha de seguir otra mejor. Desesperen, suspiren, lloren, clamen...

Pero poco a poco, oh, tiempo preciosísimo. No así pretenda yo desanimar los alentados esfuerzos del humano corazón. ¿Acaso un filósofo no dijo que eras tú una momentánea sucesión, fundada en el fin de lo que fue y en el principio de lo que ha de venir? Ea, pues, descúbrase esa esperanza cuerda, fundada sobre el principio y la razón, pues tal vez, si no te despreciamos, desde ahora en adelante nos depararás un buen camino, que nos saque a un feliz puerto. ¿Para qué tanta congoja si todavía puede suceder que aquello mismo que perdimos lo volvamos a ganar? El seguirte con constancia; el acomodarse a tus momentos; el aprovecharse de tus influjos; el no perder las proporciones es el más fino equilibrio que debe guardar el hombre mientras dure su vida, para no quejarse nunca de que te perdió insensiblemente. Ajenas son para el hombre todas las cosas del mundo. Solamente de ti es de quien puede decir, con verdad y con razón, que eres suyo. ¿Suyo? Luego, pende de su mano el no perderte. Luego, ha

de aprovecharse de las bellas ocasiones. Luego, aún puede ser feliz por ti el que sin ti vino a ser tan desgraciado.

GENEROSIDAD DE UN ESCLAVO

ANÓNIMO¹

REINANDO EN NÁPOLES EL AUGUSTO ABUELO de nuestro católico monarca, los esclavos de una galera cristiana que estaba en el puerto formaron una conjuración y escogieron para ejecutarla el día en que se celebraba una fiesta muy grande. Dada pues la señal, rompen sus cadenas, matan a los pocos oficiales y soldados que habían quedado en la galera, cortan los cables y se hacen a la vela.

Hacía entonces la guardia un cadete napolitano, de sólo diez años de edad. Uno de aquellos esclavos va hacia él con el puñal en la mano, hace como que se lo clava en el pecho y, al instante, lo arroja al mar, tirándose él detrás, para ayudarlo a nadar y conducirlo a tierra. De que lo hubo ejecutado, le dijo, bañado en lágrimas:

—Aunque soy vuestro esclavo o, por mejor decir, el de vuestro padre, el cual me ha tratado con humanidad todo el tiempo que ha sido mi amo, pudiera haber ganado mi libertad, pero era a costa de vuestra vida. Y he querido más permanecer en la esclavitud. Si no hubiera fingido que os mataba, lo hubieran ejecutado mis compañeros. Y hubiera tenido el dolor de veros morir sin poderos liberrar.

El benéfico soberano supo esta acción y la recompensó. Mandó dar libertad al esclavo y dejó a su elección el permanecer en Nápoles, con una buena pensión, o volver a su patria, con una cantidad considerable. Escogió lo último.

1 Anónimo, “Generosidad de un esclavo”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 6 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 129, p. 4. Véase “Fidelidad de los esclavos. Anécdota romana”, en *Noches divertidas: miscelánea curiosa, útil y agradable* (Madrid: Imp. de la calle de Capellanes, 1803), t. iii, pp. 162-165.

LA INOCENCIA

JEAN-FRANÇOIS DE SAINT-LAMBERT¹

EL JOVEN HIRMAN, PERSEGUIDO INJUSTAMENTE por el tirano de Edessa y condenado por jueces bárbaros a los tormentos más crueles, los sufría sin que se le escapase un sólo gemido. Su rostro se encendía y, consecutivamente, se ponía pálido, sin perder nada de su serenidad; sus ojos se apagaban poco a poco, sin haber manifestado cólera, sin verter lágrimas. Un momento antes de expirar, volvió su vista tranquila a los jueces, la levantó hacia el cielo y exclamó:

—¡Gran Dios!, yo te doy las gracias. Siento dolores, pero no remordimientos.

1 Anónimo, "La inocencia", en *Diario de México* (México, 8 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 131, p. 4. Véase Jean-François de Saint-Lambert, *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki*, ed. y trad. de Francisco de Tóxar (Salamanca: Imp. del Editor, 1796), pp. 105-106. *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki. Segunda edición, aumentada con El Sélico, novela africana*, ed. y trad. de Francisco de Tóxar (Salamanca: Imp. del Editor, 1803), pp. 114-115. *A New Spanish Reader, Consisting of Passages from the Most Approved Authors in Prose and Verse*, sel. y vocabulario de Mariano Velázquez de la Cadena (Nueva York/Filadelfia: D. Appleton & Co/Geo S. Appleton, 1849), pp. 136-137.

LA MENTIRA

ANÓNIMO¹

NO TE ABANDONES, HIJO MÍO, decía Nabi Efendi, a la mentira, al engaño y a sus ocultos rodeos. Es propio de las almas débiles y bajas. Más vale dar en el extremo contrario y pasar por un hombre sencillo. El embuste y el engaño son unos vicios despreciables que precipitan en la desgracia a los que los tienen. La mentira reside en los labios del malvado y su boca sólo se abre para engañar. Siembra la enemistad por todas partes y enciende el fuego de la discordia, pero bien pronto es castigado. Se hace el objeto del odio público y ninguna de sus empresas tiene buen fin. Como es el enemigo de todo el mundo, todos se apresuran a desbaratar sus proyectos. Sus días están emponzoñados con las aflicciones y muere, al último, deshonorado. No ignoras el proverbio que dice que “el malvado cae tarde o temprano en los lazos que arma a los demás”.

La mentira, el engaño y la calumnia son tres monstruos escapados del infierno para asolar la tierra. Los bienes, la vida, el honor del prójimo son unos depósitos sagrados que nos ha confiado el Todopoderoso. Es un sacrilegio horrible el atreverse a tocarlos.

1 Anónimo, “La mentira”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 9 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 132, p. 4.

RESPUESTA AGUDA DE UN AMO A SUS CRIADOS. CUENTO

ANÓNIMO¹

QUEJÁRONSE A UN GRAN SEÑOR LOS PAJES de su casa, diciéndole que el mayordomo –que a la sazón estaba delante–, por aumentar su bolsillo a poca costa, no les daba a cenar todas las noches sino rábanos y queso.

–Esta es una desvergüenza –replicó con gran enojo el amo, volviéndose hacia el mayordomo–. Y así, de hoy en adelante haced que se les dé una noche queso y otra rábanos.

Con lo cual los despachó tan contentos como ratón en boca de gato.

1 Anónimo, “Respuesta aguda de un amo a sus criados. Cuento”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 13 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 136, p. 4. Véase Melchor de Santa Cruz, *Floresta española de apotegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas de algunos españoles* (Bruselas: Casa de Huberto Anthonio Velpio, 1655), p. 281. *Lícito recreo casero o colección de varios juegos, conocidos comúnmente con el nombre de juegos de prendas. Entretenimiento para pasar divertidas las noches de invierno y aumentar la diversión en las casas de campo* (Madrid: Imp. de Antonio Sastres, 1807). *Lícito recreo casero o juegos de prendas* (Madrid: Imp. de Álvarez, 1816), p. 109. *Segunda parte del recreo casero o colección de cincuenta cuentos y dichos graciosos* (Madrid: Imp. de Álvarez, 1816), p. 109. “De motejar de escaso”, en Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo xvi* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), p. 239.

EL HOMBRE VERÍDICO

JEAN-FRANÇOIS DE SAINT-LAMBERT¹

UN REY HABÍA CONDENADO A MUERTE a uno de sus esclavos. Éste, perdidas sus esperanzas, nada intentaba ya para conseguir su perdón y desahogaba su cólera profiriendo las más atroces injurias contra la persona del rey.

—¿Qué dice? —preguntó el príncipe a su favorito.

—Señor —le respondió éste—, dice que las recompensas de la otra vida están reservadas para los príncipes que perdonan. Y por tanto, implora vuestra gracia.

—Yo le concedo el perdón —dijo el rey.

Un palaciego, enemigo del ministro, y que había oído los discursos del esclavo, dijo de allí a algún tiempo al príncipe:

—Señor, vuestro ministro os ha engañado: aquel esclavo desgraciado profería las más horrendas imprecaciones contra vuestra real persona.

—Entonces —le respondió el buen rey—, la mentira con que se ha procurado engañarme es humana y tu verdad es cruel.

Y después, dirigiendo su palabra hacia su ministro le dijo:

—Oh, amigo mío, tú me dirás siempre la verdad.

1 Anónimo, "El hombre verídico", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 16 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 139, p. 4. Véase "Fábula oriental", en *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 7 de julio de 1787), núm. 3, p. 22. Jean-François de Saint-Lambert, *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki*, ed. y trad. de Francisco de Tóxar (Salamanca: Imp. del Editor, 1796), pp. 108-109. *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki. Segunda edición, aumentada con El Sélico, novela africana*, ed. y trad. de Francisco de Tóxar (Salamanca: Imp. del Editor, 1803), pp. 116-118.

EL SUEÑO

JEAN-FRANÇOIS DE SAINT-LAMBERT¹

YO ME RETIRABA UN DÍA A MI CASA con la imaginación llena de observaciones tristes. Y después de haber hecho la sátira de todos los estados, de todas las condiciones y de mí mismo, caí en un sueño profundo y tuve un ensueño. Créime transportado a una soledad. Y lejos de los defectos que me habían irritado, me paseaba con una alegría tranquila en el bosque que defiende mi cabaña de los vientos de Arabia, ocultándome bajo sus sombras de las locuras de los hombres.

El sol se elevaba sobre el horizonte, sus rayos doraban la verdura interpuesta entre él y entre mí y transparentaban el emparrado. Escuchaba los cánticos de una multitud de pajarillos, cuyos acentos oía con atención, y observaba su diversidad, así como la de sus formas, sus vuelos y sus plumajes. El ruiseñor, la mirla, el cuervo, el jilguero, el grajo, la alondra, la águila, la tortolilla, cantaban, silbaban, graznaban, gritaban, arrullaban, saltaban, volteaban, volaban o se cernían.

El cielo me dio, de repente, la inteligencia de sus diferentes lenguajes. Oí que el águila se burlaba de la vista del búho; la tortolilla hablaba malísimamente de las costumbres del gavilán, el cual despreciaba su debilidad; la mirla se mofaba del grito del águila; el grajo y la urraca murmuraban y reprehendían al cuervo su triste figura y decían del pardal que tenía el aire ordinario.

1 Anónimo, "El sueño", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 20 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 143, pp. 2-4. Véase Jean-François de Saint-Lambert, *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki*, ed. y trad. de Francisco de Tózar (Salamanca: Imp. del Editor, 1796), pp. 84-90. *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki. Segunda edición, aumentada con El Sélico, novela africana*, ed. y trad. de Francisco de Tózar (Salamanca: Imp. del Editor, 1803), pp. 93-99.

Vi bajar del cielo una figura muy extraordinaria. Y era un joven cuyo cuerpo tenía el color de la nieve, nevada de hojas rosas, de grandes alas azules, cuyos extremos eran dorados; sus cabellos eran negros como el ébano; sus ojos del color de sus cabellos, y tan penetrantes que el hipócrita no hubiera podido sostener sus miradas. Se asentó sobre un plátano que descollaba sobre los cedros del bosque y llamó por sus nombres a las diferentes especies de aves, que yo vi humillarse alrededor de él, sobre las ramas de los cedros. Él les impuso silencio y les dijo:

—Escuchad lo que tengo que revelaros, de parte del gran Ser: todas vosotras sois de una naturaleza, pero sois diferentes en cualidades, porque estáis destinadas a funciones diferentes. La águila ha nacido para la guerra y su grito, expresión de la fuerza, no puede tener armonía. El búho no hubiera sorprendido en las tinieblas a los insectos y reptiles, de que debía limpiar la tierra, si sus ojos hubieran podido sostener el resplandor del sol. Para dar al ruiseñor y al jilguero su voz dulce y ligera, ha sido menester darles órganos delicados. La tortolilla, nacida para el amor, se mantiene bajo de las sombras, donde nada puede interrumpir el placer de amar. ¿Cómo podían aumentar este placer el pico y las garras del gavilán? Quedaos lo que sois, sin resentimiento y sin orgullo; ceded de diferente modo a los impulsos de la naturaleza; y observad en vosotras especies diferentes, pero no defectos.

Yo vi, a estas palabras, dispersarse las aves en el bosque y elevarse el genio a los cielos, echándome a mí una mirada llena de expresión. Yo desperté y me dije:

—¿Me sucederá, todavía, exigir en el cadí la dulzura del cortesano; en el imán, la franqueza del soldado; en el mercader, el desinterés del sabio; en el sabio, la actividad del ambicioso? ¡Yo soy a quien tú has venido a instruir, celestial genio! Tus lecciones estarán siempre grabadas en mi corazón y mis labios las repetirán a los hombres.

¡Oh, hermanos míos, todos nosotros partimos juntos para viajar, los unos al norte y los otros al mediodía, sin que nos sean menester los mis-

mos vestidos, ni las mismas provisiones! Nosotros vivimos en una familia, cuyo autor nos ha dado bienes de diferente naturaleza.

EL BUEN MINISTRO. CUENTO

JEAN-FRANÇOIS DE SAINT-LAMBERT¹

EL PODEROSO AARON RASCHILD COMENZABA A SOSPECHAR que su visir Giafar no merecía la confianza con que le había honrado. Las mujeres de Aaron, los habitantes de Bagdad, los cortesanos, los derviches, censuraban, con amargura, la conducta del visir.

El califa amaba a Giafar y no quiso condenarle sólo por los simples clamores de la ciudad y de la corte. Determinó visitar su imperio y vio, por todas partes, la tierra bien cultivada, risueñas las campiñas, opulentas las aldeas, las artes útiles honradas y la juventud alegre. Visitó sus plazas de armas y sus puertos de mar y vio numerosos bajeles que amenazaban las costas de Asia y África; guerreros disciplinados y contentos que juntaban sus votos con los marineros y aldeanos. Y todos exclamaban:

—¡Gran Dios!, bendecid a vuestros fieles prolongando los días de Aaron Raschild y de su visir Giafar. Ellos mantienen en el imperio la paz, la justicia y la abundancia. Vos manifestáis, gran Dios, vuestro amor hacia los que os sirven dándoles un califa como Aaron y un visir como Giafar.

1 Anónimo, “El buen ministro. Cuento”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 21 de noviembre de 1814), t. iv, núm. 144, pp. 3-4. Véase “El buen ministro”, en Jean-François de Saint-Lambert, *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki*, ed. y trad. de Francisco de Tózar (Salamanca: Imp. del Editor, 1796), pp. 115-117. *Colección de cuentos morales, que contiene el Zimeo, novela americana, las fábulas orientales y El abenaki. Segunda edición, aumentada con El Sélico, novela africana*, ed. y trad. de Francisco de Tózar (Salamanca: Imp. del Editor, 1803), pp. 108-111, pp. 124-126. *Miscelánea. Periódico crítico y literario* (Tlalpam, Imp. de Gobierno, dirigida por Juan Matute y González, abril de 1830), t. ii, núm. 8, pp. 101-102. José María Heredia, *Miscelánea. Periódico crítico y literario*, ed., est. prel., notas e índice analítico de Alejandro González, con la colaboración de Margarita Báez Jiménez (México: UNAM, 2007), p. 182.

El califa, penetrado de estas aclamaciones, entra en una mezquita, se pone de rodillas, exclama:

—¡Poderoso Alá, yo te doy las gracias porque me has dado un ministerio de quien murmuran mis cortesanos y mis pueblos hablan bien!

ANÉCDOTA ORIENTAL

ANÓNIMO¹

BAHALUL, LLAMADO AL MEGUN, ESTO ES, EL LOCO, no porque lo fuese, sino por la viveza de su ingenio, mereció, por su buen humor y por sus agudas respuestas, la confianza del califa Haroun al Raschild, y tanto que no se ofendía de nada que le dijese. Un día le mandó formar el catálogo de locos que había en Bagdad. Y Bahalul le respondió:

—Eso no es muy fácil. Mándame formar el de todos los sabios y seréis servido con más prontitud.

Uno que quería burlarse de él vino a decirle que el califa le había dado el título de señor de los lobos, osos, zorras y monos del imperio. Bahalul le contestó inmediatamente:

—Rendidme homenaje, porque eres ya vasallo mío.

Este mismo príncipe le dijo un día:

—Bahalul, ¿por qué no te casas? Tendrás una compañera que te ame y te cuide y no vivirás triste y solitario como las fieras en los bosques. Yo te estimo y, para probártelo, quiero darte una esposa rica, agraciada, y que te procurará todas las delicias de la vida.

Bahalul no pudo resistirse a este favor, consintió en casarse, celebróse la boda. Pero la noche de novios, apenas entró en la cama cuando se levantó, fingiendo un gran susto, y salió huyendo de la ciudad. Contáronse al califa, quien mandó que inmediatamente le buscasen. Con efecto, no tardaron mucho en encontrarle. Y trayéndole a la presencia del príncipe,

1 Anónimo, "Anécdota oriental", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 22 de diciembre de 1814), t. iv, núm. 175, pp. 3-4. Véase *Efemérides de España* (Madrid, Oficina de Don Pedro María Caballero, 11 de junio de 1805), t. 5, núm. xix, pp. 262-263.

le reprehendió éste agriamente y le mandó que dijese el motivo de tan extraña fuga.

—Señor —respondió Bahalul—, ¿no me habías prometido que me darías una esposa que me proporcionase todas las delicias de la vida? Pues sabed que apenas me vi a su lado cuando me pareció que oía en su vientre un gran ruido. Escuché con atención y distinguí muchas y diferentes voces. Unas me pedían vestidos, camisas, turbantes, chinelas; otras gritaban porque les diese pan, carne y arroz. Distinguí perfectamente que unos reían y otros lloraban y disputaban entre sí, de suerte que este ruido me espantó y no hallé más recurso que la fuga, pues temí que, en vez de encontrar en el matrimonio el descanso que me habíais prometido, llegaría a ser más loco que lo que soy si me viese padre de tan numerosa familia.

PARECE EPIGRAMA

ANÓNIMO¹

DON FEDERICO TENÍA
una muy graciosa mona,
a quien más que a su persona
regalaba y atendía.
Sucedió, pues, cierto día
que de su casa salió
y como volviese halló...
no sé qué... El diantre sería.
Ella pateaba, reñía,
gritaba infame, bribona...
Quizá no tendría razón,
aunque hay mujeres que son
pues así, como la mona.

1 Anónimo, "Parece epigrama", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 17 de enero de 1815), t. V, núm. 17, p. 4. Se indica: "Arneto."

A LO QUE PARECE EPIGRAMA DEL DIARIO DE 17 DEL PRESENTE ENERO,¹ OTRO QUE SE LE PARECE

ANÓNIMO²

TUVO LA LINDA MENCIA
un mono prieto y pelón,
a quien, con tierna pasión,
acariciaba y servía.
Sucedióle cierto día
que una visita entró
y al buen mono encontró
haciendo a Inés mil monadas...
Grita, llora y da patadas,
lo llama Herodes, Pilatos,
y lo araña cual cien gatos...
Tal vez sería ilusión,
pero hay mil hombres que son,
más que los monos, ingratos.

1 Anónimo, "Parece epigrama", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 17 de enero de 1815), t. V, núm. 17, p. 4. Nota agregada.

2 Anónimo, "A lo que parece epigrama, del diario de 17 del presente enero, otro que se le parece", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 28 de enero de 1815), t. V, núm. 28, pp. 3-4. Se indica: "La Prima de Mencia."

APÓLOGO

ANÓNIMO¹

HUÍA PRECIPITADA UNA ZORRA, sin saber dónde meterse y ocultarse. Admirado uno de la ceguedad y miedo de aquel animal, le preguntó la causa, diciendo:

—¿Por qué esta huida tan violenta? ¿Has cometido algún delito de quien temes el castigo?

—Ninguno —respondió la zorra—. Mi conciencia está tranquila. De nada me acusa. Pero acabo de oír decir a unos cazadores que necesitaban de un dromedario para servirse de él. Y lo andan buscando con suma diligencia. Y ya ves...

—Pero tú ¿qué tienes que ver con un dromedario?

—¡Ay! —exclamó la zorra—, los hombres de bien siempre tienen contrarios. Si a alguno le da la idea de mostrarme a los cazadores y decir ved ahí al dromedario, me perseguirían, sería cogida y encadenada, sin que nadie se tome la pena de averiguar la verdad.

1 Anónimo, "Apólogo", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 5 de febrero de 1815), t. V, núm. 36, p. 3. Véase *Efemérides de España* (Madrid, Oficina de Don Pedro María Caballero, 10 de mayo de 1805), t. 5, núm. X, p. 136.

ANÉCDOTAS RELATIVAS A BONAPARTE

ANÓNIMO¹

DESEABA ÉSTE QUE LA INGLATERRA TOMASE bajo su protección a la isla de Elba, colocando en ella su bandera, pero se le negó.

Cuando Barthier le comunicó el decreto del senado, pidió su exmajestad, y le sirvieron al momento, una tasa de veneno. Pero apenas la aplicó a los labios, cuando la volvió a largar diciendo que le amargaba mucho.

Aquella misma noche puso un cinto de pistolas a la cabecera de la cama, mas al día siguiente se encontraron en lugar bien distante, donde no pudiesen darle cuidado si le acometía la tentación. (¿Cuando ha sacrificado con serenidad tantos millones de hombres, le faltó valor para sacrificarse a sí mismo!)

Pasando por Lion, compró una biblia de Sacy y pidió una colección de los folletos, edictos, proclamas representaciones, actos de rectificación y demás documentos que se han escrito para destronarle. Los habitantes le acompañaron hasta fuera de los muros, clamando incesantemente:

—Viva el rey.

(¿Y no murió de abatimiento y confusión el tirano corso?)

1 Anónimo, “Anécdotas relativas a Bonaparte”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 6 de febrero de 1815), t. V, núm. 37, pp. 2-3. Véase *Telegrafo portuguez* (Lisboa, Impressio Regia, 22 de mayo de 1814), núm. 41, p. 512.

CUENTO

CIPRIANO LOPE GONZÁLEZ¹

SEÑOR DIARISTA, AHÍ LE REMITO A UD. ESE CUENTO. De las manos de un erudito, saldría con el título de fábula literaria, pero esto sólo bastaba para que dejaran de leerla los que no se picasen de tales. Y yo quisiera que hasta las viejas de los barrios bajos tengan la curiosidad de saberle, pues ya se sabe que las consejas y cuentos son entretenimiento propio suyo. Sí que ellas no pasan de la corteza, pero el que supiere sacar el jugo aprovéchese de su sustancia. Y vaya de cuento.

Érase una avutarda... aquella de quien cuenta Iriarte² que empolló qué sé yo cuántos huevos de otras aves. Y después de haber gastado su calor natural, vinieron con sus manos lavadas sus legítimos padres y, llevándose sus hijos cada uno, me la dejaron lucida. Como digo de mi cuento, esta avutarda —u otra que tal, que de esto no estoy muy seguro—, ansiosa de hacer un papel muy distinguido en la república de las aves, formó un proyecto que no dejó de sorprender a algunos, por la singularidad. Suponía que vistiendo sus crías de las plumas de las aves más famosas, por el vuelo, por el cántico y por la hermosura, habían de reunir todos estos primores, que ha repartido entre muchas la naturaleza. No la contentaban las del propio país; era menester salir a buscarlas a los países extraños. Se creía que en Grecia e Italia se criaban las más singulares del

1 Anónimo, "Cuento", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 11 de febrero de 1815), t. V, núm. 42, pp. 2-4. Se indica: "C. L. G." Véase "Cuento" de Cipriano Lope González, en *Diario de Madrid* (Madrid: Imp. del Diario, 1 de agosto de 1799), núm. 213, pp. 953-954.

2 Tomás de Iriarte, *Fábulas literarias* (Segovia: Imp. y Litografía de D. Eduardo Baeza, 1855), p. 22. Nota agregada.

mundo. Y aun entre éstas había algunas superiores, que las mantenían algunos príncipes en sus casas.

¿Qué hizo? Se fue metiendo por ellas y fue desplumando a las más de las aves. A un cisne, que mantenía un príncipe llamado Homero, le quitó 4 o 6 plumas de las alas; y otras tantas a otro del príncipe Virgilio. De dos garzas de los príncipes Píndaro y Horacio, sacó una buena porción, cuidando siempre de guardar la simetría, pues tanta había de haber para un lado de las unas como de las otras para el opuesto, aunque en algunas se vio muy apurado, porque si en las casas de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides había unos solitarios que cantaban con primor, en la de Séneca se halló con uno muy vulgar, pues de uno que había tenido Ovidio solamente había quedado una pluma. Más sagaz anduvo con unos alcotanes que volaban en casa de Juvenal y Persio, tomando de ellos los picos, que también quería que aprendieran a hacer sangre sus hijos. Ello es que no dejó famosa por el vuelo, por la hermosura o por el cántico de quien no tomara alguna cosa, cuidando siempre que simetrizaran las griegas con las latinas. ¡Infeliz generación que no tiene entre los suyos cosa que la merezca las atenciones!

Cuando tuvo perfeccionada a su modo la obra, que parecía, con más propiedad que lo dijo Calderón, flor de pluma o ramillete con alas, quedó cual otro Pigmalión enamorado de su hechura. Aquella hermosa variedad la suspendía. Pero veamos su vuelo. Mucho se fatigó en adiestrarlos, pero en vano. Jamás pudo conseguir se levantaran del suelo.

—¿Qué es esto? —decía—. Yo he procurado observar puntualmente la correspondencia. Las medidas corresponden exactamente.

Pero no advertía la notable diferencia del peso y contextura. Pero para una jaula, ¿qué importa que no vuelen? Ellas son hermosas. Si juntan el cántico, serán la admiración de toda la Europa. Escuchemos. ¿Qué piadas tan dulces aquellas de ruiseñor? Con la particularidad de ser unas a la italiana y otras a la greca. Aquellas otras son de calandria. ¿Aquella? De solitario. No echó menos las del cisne porque sabe que este animalito no canta, sino cuando está para expirar, como entonces no se

convierta en asno rucio, como lo vio Luciano, si damos crédito a Saavedra. De todas las aves, se le habían pegado piadas, pero lo más singular es que de ninguna tantas como de la cotorra, sin haber tomado de ella ni una pluma. Como quiera, mi avutarda quedó tan pagada que no se detuvo en exponer sus hijos al público, los que no dejaron de llevarse las atenciones de aquellos que tenían el entendimiento en los ojos y oídos, pero los que le tenían en su lugar quisieron más un ruiseñor, un canario u otra avecilla de un cántico seguido y armonioso que no unos avechuchos sin vuelo, cuyo cántico sólo se reducía a piadas.

Este cuento no necesita de explicación y el que haga aplicaciones con su pan se las coma. Iriart. Fáb. I. B. S. M. de ud. C. L. G.

PARÁBOLA

FRANCISCO GREGORIO DE SALAS¹

PASTABAN EN DOS HEREDADES INMEDIATAS UNA OVEJA y un cerdo. La primera sólo comía la yerba que hallaba nacida sobre la tierra. Pero el segundo, no contento con ella, hozaba, según su instinto, y se comía después las raíces, quedándose al fin sin tener que comer nada. Y viendo que a la oveja nunca le faltaba yerba, se quejaba de su desgracia y le preguntaba ¿en qué podría consistir la desigualdad de sus fortunas? Y la precavida oveja le dijo:

—Esto consiste en que yo, haciendo una vida frugal, me contento con comer sólo la yerba que dan de sí las raíces, pero tú comiendo inconsideradamente uno y otro te has quedado sin réditos y capital. Y así, aconsejo a todos que sigan, prudentes, mi conducta y huyan, escarmentados, de la tuya.

1 Anónimo, "Parábola", en *Diario de México* (México, Imp. de d. José María Benavente, 13 de febrero de 1815), t. V, núm. 44, p. 2. Se indica: "S". Véase Francisco Gregorio de Salas, *Parábolas morales, políticas literarias y de otras varias clases* (Madrid: Imp. de Villalpando, 1803), p. 108.

[CUENTO]

JUAN HUARTE DE SAN JUAN¹

SEÑOR EDITOR, YO SOY UN HIDALGO DE ALDEA, en donde sobra el tiempo para todo, mayormente en invierno. Con este motivo, me he entretenido en formar el cuento que acompaño, el que, si ud. le considera digno de la luz pública, estimaré le inserte en su *Diario*, aunque sea por vía de p. d., y que no se detenga. De ud., &c. J. R. A.

En cierto lugar de Francia
–pues no era sino de España–,
cuentan que un loco había
de manía muy extraña:
ya se figuraba duque,
ya poderoso monarca,
ya general celebrado,
ya cardenal y ya papa.
Feliz, si puede llamarse
a quien el juicio le falta,
con lisonjeras ideas
su vida alegre pasaba.

1 Anónimo, “[Cuento]”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 18 de febrero de 1815), t. V, núm. 49, pp. 2-4. Se indica: “J. R. A.” El original es “Artículo comunicado.” Véase Juan Huarte de san Juan, *Examen de ingenios para las ciencias* (Alcalá: Imp. de Antonio Vázquez, 1640), pp. 75-76. *Diario de Madrid* (Madrid, Imp. Del Diario, 6 de enero de 1799), núm. 6, pp. 21-23. *Examen de ingenios para las ciencias*, ed. de Ildefonso Martínez y Fernández (Madrid: Imp. de D. Ramón Campuzano, 1846), p. 71. Baltazar Gracián, *El criticón*, ed. crítica y comentada de M. Romera-Navarro (Philadelphia: University of Pennsylvania, 1939), t. II, p. 377. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo XVI* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), p. 327. *El cuento español en los siglos de oro. II. El siglo XVII* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), p. 204.

Hoy un ministro nombraba,
dos cardenales mañana,
aquí un baile disponía,
allí una gran batalla,
tras la cual Marte, risueño,
siempre le ofrecía la palma.
Jamás la melancolía
en su pecho tuvo entrada.
Ni envidioso ni envidiado,
en una tranquila calma
ledos sus días corrían,
cuando por no sé qué rara
casualidad –ni me importa–
llegó a hospedarse en su casa
un alumno de esculapio,
de grande instrucción y fama.
Entregóse del enfermo
y a curarlo se prepara.
Observa, medita, ordena
mil remedios. Y por fin,
a fuerza de arte y maña,
restituye a nuestro loco
el buen juicio que le falta.
Que éste quedaría contento
ninguno, creo, dudara,
pero fue muy al revés,
pues, según el caso extracta
un autor que del suceso
tiene noticias exactas,
a su sabio bienhechor
hizo la siguiente salva:
–No le doy gracias, amigo,

por su destreza extremada,
 que si el juicio he recobrado
 el antiguo humor me falta.
 Sin duda, era una locura
 el figurarme monarca,
 pero yo tal me creía
 y esto a mi dicha bastaba.
 Ahora, gracias al buen juicio
 –envuelto en mi mala capa–,
 veo soy un pobre diablo
 y esta reflexión me mata.
 Y por fin, para vivir
 en una fortuna escasa,
 con juicio prefiero yo
 una gran dicha soñada.
 Muchos culparán acaso
 ingratitud tan extraña,
 mas yo conozco un pedante
 que de ser sabio se jacta
 y a fuerza de creerse tal
 alegre su vida pasa,
 que si de tal manía
 algún doctor le sanara
 del loco de nuestro cuento
 le repitiera la salva.
 Porque al cabo, por más que este sea un cuento,
 siempre será verdad, y verdad fuerte,
 que nadie está contento con su suerte,
 pero todos lo están con su talento.

PARÁBOLA

FRANCISCO GREGORIO DE SALAS¹

JACTÁBASE UN PAVORREAL de la magnificencia y hermosura de su larga cola y abundancia de sus plumas, compadeciéndose de una paloma silvestre. Pero ésta le dijo:

–Yo estoy contenta con mi suerte, pues la naturaleza me ha dado en mi corta cola y alas lo suficiente para buscar mi sustento y mi defensa.

Estando en esto, llegó un perro de caza y la paloma, tomando el alto y rápido vuelo que acostumbra, se vio al instante libre de todo riesgo, pero el pavo, cuyo vuelo es corto, rastrero y pesado, fue alcanzado a poco rato por el perro. Viendo esto la paloma desde lo alto, le dijo:

–Amigo, no envidio tu larga cola ni pintadas plumas.

Y el pavo, lleno de dolor, exclamaba:

–¡Oh, quién tuviera sólo lo suficiente, como la paloma!, pues a mí y a muchos veo que lo que nos sobra las más veces nos estorba y nos daña.

1 Anónimo, “Parábola”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 20 de febrero de 1815), t. V, núm. 51, p. 2. Véase Francisco Gregorio de Salas, *Parábolas morales, políticas literarias y de otras varias clases* (Madrid: Imp. de Villalpando, 1803), pp. 108-109.

DISCURSO CONTRA EL DINERO

ANÓNIMO¹

TODOS DEBEN DE SABER QUIÉN ES EL SUJETO a quien se confía la amistad antes de ejecutarlo, esto es, saber sus calidades, para deducir de ellas el bien o el mal que puede resultarles. Muchos o todos, por precisión o por apego, nos hemos hecho amigos del dinero, de tal forma que andamos tras él aleteando con tanta fatiga como la mosca cuando se halla liada por la araña en su red. Yo veo, señor dinero, que andamos tras ud. como aturcidos. El que no logra tener a ud. en su compañía anda, corre, marcha, vuelve, reniega, desespera y no puede dejar su manía hasta que le encuentra. Entonces viene alegre, baila, brinca y no hay pena que le acometa. Las cosas son buenas según sirven o pueden servir; son indiferentes mientras no causan bien ni mal; y son malas o perjudiciales mientras causan o pueden causar mal. Esto supuesto, dígame ud., si gusta, señor dinero, ¿qué calidades tiene ud. para tales efectos? ¿Qué favores ud. nos dispensa? ¿Quién es ud. para nosotros? Ah, señor, dinero, ¡que llegó el tiempo de que, a lo menos, entre yo en cuentas con ud!

DINERO. Por ahora alego éstas.

1.º Soy un género que me acomodo al cambio con todos los demás géneros; soy el móvil principal del comercio entre los hombres.

2.º Por mi poco peso, o gravedad, y poco volumen, comparado con el de la mayor parte de los géneros necesarios a la vida humana, facilito una cómoda conducción en compañía del hombre, para que tenga por mí todo lo necesario. Así, el caminante, el arriero, el comerciante, todos

1 Anónimo, “Discurso contra el dinero”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 21 de febrero de 1815), t. V, núm. 52, pp. 1-3. Se indica: “F. M. E.”

llevándome en su compañía, cuentan de seguro con todo lo que necesiten y no lleven. Y así me estiman los hombres más que a las otras cosas o géneros.

3.º Soy de una duración como perpetua e incorruptible para el hombre. Duro siglos sin disminución o menoscabo. No pierdo en calidad ni por viejo ni por nuevo. Siempre soy oro, plata. Conmigo no se atreve la polilla ni otro algún avechucho que me destruya, por lo que me creo *de un poder y valor siempre firme y uno mismo*. Así, estas calidades son suficientes para que, con ansia, me busquen los hombres. No digo más.

CONTEXTO. Pues ud. acabó. Llegó mi vez y digo:

1.º Concedo es ud., en el día, un género que se acomoda al cambio con cualquiera otro género y, por tanto, móvil principal del comercio entre los hombres. Y pregunto ¿es ud. el único género que puede ejercer esta función? ¿No habrá creado el Poderoso otro ente que pueda tener ese oficio, con igual o mayor bien a los hombres? Pues mientras ud. no sea único, déjese ud. más afable y no tan caro.

2.º Concedo que, por el poco peso, o gravedad, y poco volumen, comparado con el de los demás géneros, sirve de buen compañero al hombre, para que con su cambio remedie las demás necesidades, pero pregunto ¿sirve ud. sólo para remediar las necesidades justas y nunca las injustas o perjudiciales al hombre? Si así es, Dios sea bendito, pero sospecho que se contenta ud. con referir algunas calidades y efectos físicos y calla algunos morales. Mas pasemos adelante, de buena fe.

3.º Concedo: sois de una duración como perpetua para el hombre; concedo: vuestra constancia en calidad, que resiste a la polilla, &c., pero en cuanto a que sois *de un poder y valor siempre firme y uno mismo*, a espacio que tenemos que hablar algo en poco tiempo. Ayer vuestra merced me facilitaba la arroba de tal género con 5 duros y hoy, para lograr la arroba del mismo género, tengo que aletear hasta adquirir y llevar 10 duros. ¿Dónde está vuestro poder y valor firme? Ud. me quiere alucinar contra la misma experiencia, ¿cómo no me hacen hoy los 5 duros la buena obra

que ayer y no que hoy sólo me facilitan la media arroba? Será justo que hoy estime a ud. según lo que me vale, y no más, esto es, la mitad que ayer. Repito: ¿dónde está vuestro valor firme? ¡Ah, señor dinero, no me respondéis! Pues yo me respondo y tomad la respuesta para vuestro desengaño.

El no ser firme o uno mismo vuestro valor depende de que ayer acá ha disminuido la cantidad del género en cuestión una mitad y el amo vendedor que se mira árbitro ha dado hoy doble estimación a su género. No me introduzco en averiguar si pudiéndolo vender ayer, sin pérdida, como es creíble respecto su primer costo, por los 5 duros la arroba, puede pedir hoy doble por lo que costó menos que la mitad de lo que hoy lleva, que este punto no es del asunto entre ud. y yo. Sí lo saco a la colada porque conozcáis, señor dinero, que la mayor o menor estimación que os dan los hombres proviene de la abundancia o escasez de los géneros. Hoy os lisonjeáis de ver a los hombres andar afanados en pos de sí, os tenéis por su ídolo. ¡Ah!, que están los hombres en la escasez del invierno, pero la primavera viene. Temed que llegando todos a conoceros sembrarán y a proporción de su trabajo cogerán frutos en el verano. Entonces os darán sólo la estimación que sólo fuere razón o quizá será tal la abundancia de géneros que no se haga caso de vos y los hombres, a una voz, cantarán:

De los primores del hombre,
me inclino a que es mejor
estimar a cada cosa
según su justo valor.

FÁBULA NUEVA CON EL TÍTULO VIEJO DE PARÁBOLA

FRANCISCO GREGORIO DE SALAS¹

PASABA UN CAMINANTE POR LAS INMEDIACIONES de un colmenar. Y llevado de su golosina, probó a quitar la cubierta de una colmena. Pero saliendo una abeja le picó, irritada del daño que recibía. El caminante la maldijo, llenándola de improperios. Y el pobre insecto le dijo:

—Yo soy un ente desgraciado, pues no pensando jamás en otra cosa que en mezclar lo dulce de la miel con la utilidad de la cera, sin hacer mal a nadie, sino obligada a defenderme, me veo rodeada de enemigos, pues el oso, llevando en brazos el corcho de mi habitación, le arroja en el agua para ahogarme. El tejón le deshace con las uñas para perseguirme. El lagarto, con la boca abierta al pie de la pequeña ventana por donde salgo a buscar las primeras materias para mis labores, me traga impunemente, haciendo lo mismo el pintado pájaro llamado abejaruco cuando me encuentra volando. Y tú, llevado de tu golosina, vienes a incomodarme en los senos de mi pequeña habitación y te quejas ahora, maldiciéndome, porque defiendo los derechos de mi propiedad.

Convencido el delincuente de las poderosas quejas de la abeja, exclamó diciendo:

—Tú tienes mil razones. Y ahora conozco que igualmente que tú pudieran quejarse, con justicia, muchos buenos autores de los que escriben para el *Diario*.

1 Anónimo, “Fábula nueva con el título viejo de parábola”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 24 de febrero de 1815), t. V, núm. 55, pp. 3-4. Se indica: “S.” Véase Francisco Gregorio de Salas, *Parábolas morales, políticas, literarias y de otras varias clases* (Madrid: Imp. de Villalpando, 1803), pp. 120-121.

FÁBULA. LA BURRA MAL ENSEÑADA

ANÓNIMO¹

UN CIERTO AMIGO MÍO

tenía una borrica
que dio a luz, felizmente,
otra burra chiquita.

Ya se ve, es cosa clara
que la recién nacida
nunca como su madre
en lo grande sería.

Como la vio su dueño
juguetona y mansita,
intentó el enseñarla
graciosas monaditas.

La enseñó, con efecto,
a bailar seguidillas,
a correr con dos pies
y alargar la manita.

Hacía el ejercicio
y muerta se fingía,
y de los perros finos
las destrezas sabía.

1 Anónimo, "Fábula. La burra mal enseñada", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 26 de febrero de 1815), t. V, núm. 57, pp. 3-4. Se indica: "M. V. F. Q." Véase *Diario de Madrid* (Madrid, Imp. de Hilario Santos, 1792), núm. 113, pp. 461-462. Francisco Aguilar Piñal, *Índice de las poesías publicadas en los periódicos españoles del siglo XVIII* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1981), p. 272.

En esto, la tal burra
a palmos ya crecía
y ya servirse de ella
su buen amo quería.

Intentó, pues, cargarla
con trigo cierto día,
mas mi burra la carga
con grande maña huía.

En vez de estarse quieta
mil monadas hacía
y cansó, finalmente,
del dueño la porfía.

Conociendo, pues, éste
que de nada servía
la borrica en su casa,
venderla quiso un día.

Se fue, pues, a un mercado,
que en cierta villa había,
y en él la burra a todos
con gracias divertía.

Toditos se admiraban
de las cosas que hacía,
mas de todos ninguno
comprársela quería.

Volvió, pues, a su casa
con su linda burrita
el dueño y ya su yerro,
aunque tarde, veía.

¿Os reís porque acaso
juzgáis ser tontería
enseñar a una burra
tan grandes monerías?

Pues sabed, amiguitos,
que hay madres de familia
que dan una crianza
semejante a sus hijas.

Temo no las suceda
lo que al de la burrita.
Por tanto, les aviso
con esta fabulita.

[DIÁLOGO]

ANÓNIMO¹

SEÑOR DIARISTA, HE VISTO CON LA MAYOR COMPLACENCIA el rasgo que insertó ud. en el diario de 25 del corriente,² en apología del estado eclesiástico. En su corroboración, remito a ud. ese diálogo, que se halla en una Cena de La Habana, publicada en tiempo, ¿eh?, ya ud. me entiende. Pero vea qué razones tan enérgicas. El autor se lo sopló de una *Apología del instituto de los jesuitas*, hecha por el gran Cérutti,³ jesuita francés. Pero siendo el agua clara, amigo mío, importa poco que venga del monte o de la fuente. Leamos.

Un blasón que ennoblece sin tamaño a cuantos se precian de hijos de algún orden religioso es el resultado de una conversación que observé la otra noche. Es el caso que asistiendo a un enfermo de bastante gravedad –le ministraba lo que el físico había ordenado– percibía una voz algo desentonada. Concluyo mi operación. Y al salir del aposento del enfermo, veo un cadete sacudiéndose duros palos sobre las piernas. Inquiero si es loco.

–No señor –me respondió una criada de la casa–. Es moda ahora tocarse a menudo con un junquito en las botas, moviendo las borlas que de ellas cuelgan.

–Pero ¿con quién pelea?

–Con nadie –me repuso–. Es una conversación con un fraile.

-
- 1 Anónimo, “[Diálogo]”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 27 de febrero de 1815), t. V, núm. 58, pp. 1-3. “Acaba el diálogo”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 28 de febrero de 1815), t. V, núm. 59, pp. 1-3. Se indica: “z. m.” El título original es “Remitido”.
 - 2 Anónimo, “Artículo comunicado”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 25 de febrero de 1815), t. V, núm. 56, pp. 1-3. Nota agregada.
 - 3 Joseph-Antoine-Joachim Cérutti, *Apología del instituto de los jesuitas* (Lausanne: Imp. de Francisco Grasset, 1764). Nota agregada.

Me acerco. Calla el cadete. Y hablaba de esta manera el fraile.

FRAILE. Cualquiera república, cualquiera monarquía, cualquier imperio es un agregado de varios establecimientos, fundados unos por el acaso, otros por la prudencia y todos consagrados al bien común. Los que ha visto la España en su seno pueden dividirse en dos clases: en establecimientos políticos y en establecimientos eclesiásticos. Los primeros contribuyen al bien del Estado, especialmente; los segundos, al bien de la religión. Cuando ninguno de ellos hubiera llegado hasta ahora al grado de perfección que se había propuesto, como tenga lo bueno puede contentarse de no haber logrado lo mejor. Y ¿habrá quien dude que se halla esto bueno en las fundaciones religiosas?

CADETE. Del centro de la nación, dicen que sale una voz que parece condenarlos a todos como perjudiciales a la felicidad del género humano.

FRAILE. Yo no ignoro que muchos desearían que a cada cenobita se mirase como a un desertor de la patria. ¡Injusta pretensión, por cierto! Los nudos que nos atan a la sociedad civil están asidos, es verdad, a la naturaleza, que ha impreso en nuestros corazones el instituto patricio y social; a la educación, que nos ha comunicado luces, inspirado virtudes, para convertirlas en utilidad de nuestros semejantes; a las leyes, que reclaman a favor del Estado la recompensa de lo que el Estado hace por nosotros; a la religión, finalmente, que a un tiempo se propone la unión del hombre con Dios y la de los hombres entre sí. Mas si el impulso de la naturaleza me arrastra lejos del tumulto de los pueblos y del torbellino de los negocios; si los maestros de mi educación aprueban mi inclinación y me permiten seguirla; si las leyes consienten en mi divorcio con el siglo; si la religión me abre un asilo en su seno, ¿quién osará impedirme la entrada?, ¿quién oponerse a mi elección?, ¿quién hacer violencia a mi libertad en un gobierno justo, y especialmente en el reino católico de España?

CADETE. Como no ha tanto tiempo que yo leí unos papeles, que al parecer convencían, firmándose nada menos que *El patriota americano*, y

apoyando cuanto decía en la doctrina de un célebre autor, me había parecido darle ascenso.

FRAILE. Garantes sospechosos, citas infieles, hechos apócrifos, cavilaciones malignas son la substancia de esos libelos disparados contra los regulares. Añada ud. un estilo fiero y rajante, una declamación rápida e hinchada, el espíritu de p..., con máscara de celo, la jerigonza del patriotismo, mezclado con el lenguaje de la rebelión, unas veces el puñal de la sátira, escondido bajo la capa de la moderación, otras el veneno de la calumnia, sazonado con el veneno de la lisonja, en todo el interés de la filosofía nueva, con el velo de la religión. No era menester tanto para engañar en un siglo en que la virtud ya sólo está en la apariencia, en que la paradoja pasa por verdad, la ignorancia se erige en censor, el vicio en reforma y el masonismo en oráculo. Mas si estos libelos han embelesado al público preocupado, también han indignado al público imparcial, cuyo partido debe ud. seguir. ¿No ha leído ud. el *Fraile*?

CADETE. No he leído, sino muy pocos números, porque me gustan los sofismas y un nervio en la locución, que parezca superioridad. Bien es verdad que el *Fraile* no se muerde la lengua.

FRAILE. Es muy común que en toda disputa en que preside el espíritu de p... haya sofismas, muchas injurias y tropel de presunciones. El sofisma combate con el sofisma, la injuria rebate la injuria. Así hay presunciones en pro y en contra. A esto se ciñen casi todas las dificultades y soluciones. Pero el *Fraile*, en lo que ha emprendido, se empeña por otros motivos. Es del partido de la razón y así se vale de otros medios. Combate a los sofismas con pruebas, rebate las injurias con hechos y a las citas infieles de algunos autores opone las más fidedignas de autores clásicos y de la más probada fe.

CADETE. Pero padre, no hay sofisma ninguno en lo que se dice acerca de no ser Jesucristo el fundador de los institutos.

FRAILE. Señor, todas las fundaciones religiosas traen su origen de la fundación del cristianismo. Su primer fundador es Jesucristo, que en su evangelio puso los fundamentos de la perfección religiosa, formó el modelo

y encomendó la práctica. En cada página, nos habla este libro divino de los rigores de la penitencia, de la abnegación propia y de las renunciaciones de las vanidades del mundo. Persuadidos algunos hombres de la doctrina del legislador de los cristianos, movidos de su ejemplo y resueltos a practicar sus consejos, trazaron, a su imitación, el plan de una vida consagrada a la soledad, a la oración, a la mortificación, a todos los sacrificios, a todas las virtudes.

CADETE. Según eso, padre, no habrá tanta multiplicidad de órdenes religiosas, ni tanta variedad de institutos.

FRAILE. Señor, esa variedad de institutos ha sido efecto de las diferentes necesidades, de la variedad de genios de los fundadores. Porque la santidad no destruye el carácter, cíñese a perfeccionarle. Siempre se conserva el mismo espíritu, pero no se aplica al mismo objeto. Cualquiera conoce en la fundación de los cartujos el amor al retiro y recogimiento, que era la pasión dominante de San Bruno. La humildad que presidía a todas las acciones de San Francisco presidieron también a la institución de su orden. Sto. Domingo comunicó a sus discípulos, con su regla, su celo a la fe y sus talentos para la predicación. Y así de los demás fundadores. Cada uno en su instituto ha dejado la imagen de su alma.

CADETE. Yo quería decir, padre, que al parecer algunos institutos son contrarios a las leyes civiles, en boca del patriota.

FRAILE. Señor, el instituto de una sociedad religiosa es una recopilación de máximas generales, propias para formar su espíritu, y de leyes particulares, para reglar su conducta. El objeto de esta institución es añadir a las obligaciones de hombre, de ciudadano, y aun de cristiano, otras que, aunque subordinadas a las primeras, sean, en algún modo, independientes. Supone las virtudes morales, las civiles y las cristianas, y aspira a establecer las religiosas, pues como no hay virtud, por singular que se suponga, que no esté unida con las otras virtudes, como lo que ordena al hombre religioso puede influir en el cristiano, en el repúblico y aun en el moral, para que un instituto esté libre de toda reprehensión e impugnación debe juntar tres suertes de aprobaciones: la de los particulares que se

sujetan a él, la de la Iglesia y la de los soberanos. Los particulares deben juzgar si en las leyes religiosas hay cosa contraria a la ley natural; la Iglesia, si la hay contraria a las leyes evangélicas; los soberanos, si la hay contraria a las leyes civiles. Los rugidos de la sátira en la boca de un contrario vencido o que ha amenazado de serlo son –decía juiciosamente un gran rey– juntamente el lenguaje del despecho y la expresión del aprecio. No disputarán los regulares a los magistrados puestos por el soberano el derecho de examinar si sus institutos son conformes a las leyes civiles, pero sí contestarán, a cualquiera que sea, el derecho de calumniarles, con pretexto de reforma.

CADETE. Padre, he oído muy gustoso a ud. Mañana continuaremos, que es la mitad de la noche y voy a acompañar hasta su casa a estas señoritas.

FRAILE. Dios le acompañe.

CÉLEBRE BATALLA ENTRE UN MONO Y UN PERRO DE TOROS

ANÓNIMO¹

UN CARNICERO, DUEÑO DE UN PERRO, APOSTÓ tres guineas contra una con el de un mono a que su perro, en seis minutos, se lo despedazaba, aun permitiéndole un palo de una tercia de largo para su defensa. Admitido el desafío, se juntaron más de cien personas en el acto. Las apuestas eran de ocho, nueve y diez a una a favor del perro, no habiendo casi quien se atreviera a confiar en el mono.

El dueño de éste, sacando de su faltriquera un tolete y poniéndoselo en la mano, le dijo:

—Ea, Jack, anda listo: cuidado con el perro.

El carnicero gritó dejasen libre al mono, y soltando, al mismo tiempo, el perro. Corrió éste para el mono con la fiereza de un tigre.

El mono con admirable agilidad saltó sobre el horcón de un pasadizo y dejándose caer sobre el perro le afirmó los dientes en el pescuezo. Con la mano izquierda, se afianzó de una oreja, para precaverse de que no lo mordiese. Y en esta situación inesperada, menudeó tantos toletazos sobre la cabeza del perro que le obligó a gritar desaforadamente. En menos de nada, le deshizo la cabeza. Y dejándole en tierra, sin aliento, se paseó triunfante sobre el campo de su victoria.

Este mono era de un tamaño regular.

1 Anónimo, “Célebre batalla entre un mono y un perro de toros”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 8 de marzo de 1815), t. V, núm. 67, p. 1. Se indica: “Traducido”. Véase “The monkey and the bull dog”, en *The Sporting Magazine* (London, printed for the proprietors, may of 1799), vol. XIV, p. 102.

FÁBULA

ANÓNIMO¹

EL VALENTÓN FRASQUITO CAMINABA
con Juan, su compañero.
Llevaban en gran riesgo su dinero
porque el camino estaba
poblado de ladrones,
de rigor tan cruel y extraordinario
que era caso forzoso y necesario
no perdonar siquiera mil doblones.

Iba mi Juan temblando,
viendo en peligro su dinero y bienes.
–¿Por qué –dijo Frasquito– temor tienes?
–Porque veo que están amenazando
mis pesetas ahora, total ruina.
¿Pues no ves, desgraciado,
de qué peligros y ansias rodeado
por aquí se camina?
¿Está segura nuestra vida acaso?
Nada está libre en este sitio, nada.
Le habita sólo la impiedad malvada.
Y en fin, es un peligro cada paso.
Frasquito entonces exclamó: –¡Medroso!
Llevo buen compañero, a vida mía.
Dime, cobarde, qué ladrón sería

1 Anónimo, “Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 14 de marzo de 1815), t. V, núm. 73, pp. 3-4. Se indica: “J. M. de C.”

tan audaz que buscase su afrentoso
y desgraciado fin? Amigo, nada...
Ningún hombre malvado
libre está, en este mundo desdichado,
del acerado filo de mi espada.

Un bandolero, entonces, frente a frente
los amenaza y pide su dinero.
Dijo el valiente: –Pies, ¿para qué os quiero?
Y al otro abandonó, bonitamente.

Mucho valor ostenta,
fuera de riesgo, cierto amigo mío,
pero acabóse su valor y brío
si el peligro menor se le presenta.

FABULILLA

ANÓNIMO¹

COMO LAS PERDICES
son tan agraciadas
con aquel piquito
de color de grana,
su pintada pluma,
la mucha elegancia
del hermoso pecho
y toda la gracia
de aquellas patitas
tan recoloradas,
un lorito mío
se huyó de la jaula
y fuese tras ellas
por esas montañas.
Presentóse el mozo
con toda la gala
de sus coloridos

1 Anónimo, "Fabulilla", en *Diario de México* Imp. de D. José María de Benavente (México, 19 de marzo de 1815), T. V, núm. 78, p. 4. Se indica: "J. de A." Véase "El lorito. Fábula", en *El regañón general o tribunal catoniano de literatura, educación y costumbres* (Madrid, Imp. de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 14 de septiembre de 1803), núm. 31, pp. 246-247. "Fábula. El lorito", en E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1806), t. X, pp. 281-283. "Consejo que Bertoldo le da al rey para su gobierno en cuanto a mujeres", en *Nueva historia de la vida del rústico Bertoldo, Bertoldino su hijo y Cacaseno su nieto* (Madrid: Antigua Imp. Universal, s/f), pp. 17-18. "El lorito", en *El mosaico mexicano. Colección de amenidades curiosas e instructivas* (México, Imp. de Ignacio Cumplido, 1841), t. vi, p. 417. "El lorito", en Santiago Talavera Cuesta, *La fábula esópica en España en el siglo XVIII* (Cuenca: Eds. de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007), pp. 474-476.

y ellas, muy pagadas
de su bizarría,
le cogen y halagan
con grandes caricias
y finezas raras.
Una le pedía,
para hacerse galas,
plumas amarillas;
otras, coloradas;
otras quieren verdes.
Y él, por agradecerlas,
fue tan boquirrubio
que en pocas semanas
quedó desplumado,
sin que le dejaran
más de los cañones,
y aún esto de gracia.
Cuando le pararon
tan de mala data,
huyéronle todas,
y tornó a la jaula
lleno de ignominia.
Inquiero la causa
de su desventura.
Y el que nada calla,
me lo dijo todo.
Y al ver su ignorancia,
le dije: –Lorito,
dale al cielo gracias
porque esas perdices
no eran cortesanas,
que si has tropezado

con éstas, que andan
por la plaza vieja,
ellas te dejaran
tan descañonado
que no pelecharas.

PARÁBOLA

FRANCISCO GREGORIO DE SALAS¹

HARTO YA DE MATAR Y COMER PÁJAROS, encontró un gavián una perdiz y le dijo:

–Tengo que tratar contigo un negocio interesante y algo largo.

La perdiz le respondió que para ello estaban allí mal situados, porque era un paraje frecuentado de los cazadores y estaban los dos en mucho riesgo.

–Tú lo estarás –dijo el gavián–, pues tu carne regalada es envidiada por ellos, pero la mía, como no se come, me deja siempre seguro.

Llegó de repente un cazador y los dos huyeron por diferentes rumbo. Pero éste, en vez de tirar a la perdiz, tiró al gavián, que mal herido en una ala cayó al instante en el suelo. Cogióle el cazador y el pobre herido le dijo:

–¿Por qué has dejado la regalada perdiz y me has tirado a mí, que no puedo servirte de nada?

Y el cazador le respondió:

–Porque yo soy un hombre de bien y siempre que puedo prefiero el bien público al mío particular. Pues en tu muerte, hago un bien general a todos, aniquilando un ladrón y destructor de la caza, y en dejar a la perdiz, sólo pierdo un bocado regalado para mi cena.

1 Anónimo, “Parábola”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 30 de marzo de 1815), t. V, núm. 89, pp. 3-4. Se indica: “S.” Véase Francisco Gregorio de Salas, *Parábolas morales, políticas literarias y de otras varias clases* (Madrid: Imp. de Villalpando, 1803), pp. 109-110.

CARTA A UN ENAMORADO

FRANCISCO PALACIOS¹

QUERIDO AMIGO, RECIBÍ TU CARTA con las mayores expresiones de júbilo, mas luego que vi su contenido la tristeza sobrecogió mi corazón de tal manera que creí exhalar el último suspiro. ¡Ay, amigo!, si me hubieras noticiado en este día las cosas más terribles y trágicas, como la infausta desolación de mi familia, la muerte de mi cara esposa, la pérdida absoluta de mis bienes, nada conmovería tanto a mi verdadera amistad como el que me digas en la tuya que una pasión, a la que no has podido resistirte, ha obligado a tributar tu afecto a extraño objeto, constituyéndote por esto infeliz feudatario de Cupido. No puedo contener las lágrimas al considerarte en situación tan lamentable. Ya se me representa tu imagen, blanco infelice de los agudos dardos de ese vendado dios; ya te advierto pisar, atrevido, el templo de las pasiones, ofreciéndole a amor, en holocausto, tu voluntad rendida, convencido tu entendimiento y eterna memoria, con tal que reduzca a tu afecto esa mentida deidad que se ha presentado a tu ofuscada fantasía; ya admiro que el que era señor de sí mismo, que el que tenía avasalladas sus pasiones a las leyes de la razón eterna, faltando a éstas, y olvidándose de lo que era, no duda, falso, sacrificar en inmundos altares religión, honor, esposa, bienes, hijos y todo, que todo es nada como se castiga lo que ansiosamente se anhela. ¿Qué es esto, caro amigo? ¿No eres tú, por ventura, aquel que, en otro tiempo, se jactaba gozoso en vivir libre de la jurisdicción del Dios niño? ¿Se han borrado, acaso, de tu grande alma aquellas generosas ideas en las que constituías tu verdadera

1 Anónimo, "Carta a un enamorado", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 5 de abril de 1815), t. V, núm. 95, pp. 1-4. "Acaba la carta al enamorado", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 6 de abril de 1815), t. V, núm. 96, pp. 1-4. Se indica: "F. Cioslapa."

felicidad? ¿No te afligirá eternamente la imagen de una esposa ofendida? ¿Los lastimosos ecos de su llanto no ascenderán hasta el Empíreo clamando una justa venganza contra tu infame proceder? ¿Tus inocentes hijos no serán otros tantos testigos que, a presencia del Dios de las venganzas, te delaten reo de crímenes tan vergonzosos? Sí, acabarás tu vida entre mortales ansias, dejando a la posteridad una memoria infelice y un recuerdo lúgubre de tu vida fanática y viciosa. Sacude, en fin, ese pesado yugo que sólo impone amor a aquellas viles almas que, sin conocimiento, se arrojan ciegas al proceloso mar de su inconstancia. Despierta ya de ese mortal letargo que empieza a entorpecerte los sentidos. Cuando está la planta tierna y delicada, entonces es cuando el oficioso y diestro labrador, si la advierte inclinada a una u otra parte, con muy fáciles medios, impuestos por su diligencia, la dirige y le enseña a seguir el recto camino de sus semejantes. Tierna planta es tu pasión, amigo mío. Muy fáciles medios te propone tu no vulgar capacidad; tu industria bien te da a conocer la declinación lamentable de tu corazón... Pues ahora es tiempo en que, con facilidad, puedes dirigirlo a su natural propensión. Sofoca en sus primeros pasos las venenosas hidras de tus pensamientos; no abrigues en tu pecho un pequeño gusano, que, aunque ahora te parecen suaves y deliciosas sus mociones, al calor de tu consentimiento reengendrarás una venenosa serpiente, que, despedazándote las entrañas, te conducirá, furiosa, hasta el último precipicio. Atiende, mira, reflexiona lo que es un amor puro, sincero, desinteresado, respecto de su contrario, interesado, falaz e impuro. Y conociendo la belleza encantadora de aquél, repugnarás al punto la mentida y falsa brillantez de este otro. Pero ¡ay, amigo!, a necio me condeno en pedirte hagas reflexiones juiciosas cuando, a mi pesar, advierto en las negras cláusulas de tu carta que está tu pensamiento cual mísero, zozobante, bejel en medio de las ondas, que juguete del viento ya lo sube furioso hasta las estrellas, ya le baja precipitado hasta el abismo, ya le patenta horrorosos peñascos, para que a su horrible choque perezca y a su horrorosa fuerza zumban las vergas, cruja la gavia. Todo es espanto, horror, miedo y evidentes señales de su

irremediable naufragio. Tal te considero. Y arrepentido de mi empeño, sólo te ruego que me oigas, por tu vida.

Amor, ¡qué palabra tan tierna, tan suave, tan dulce! Amor, ¡qué palabra tan deliciosa, a la que hermosea, con extremo, la necesidad de su existencia y un mutuo afecto! ¿Qué mayor satisfacción podrá tener el corazón humano que reproducir finezas tiernas a aquel objeto del cual recibe una dulce y virtuosa correspondencia? Si los trabajos le sobrevienen, tiene quien le consuele; si la enfermedad la asalta, ¡con qué ansia, con qué solicitud, con cuánto empeño la atribulada esposa inquiere, busca, solicita, los más ejecutivos y prontos lenitivos para su amado! Lloro, se confunde, se abandona a sí misma por facilitar el alivio a su querido esposo. ¡Ah!, no se puede dar en la naturaleza cosa más bella que un verdadero y desinteresado amor.

Necesario, sí. Quitad el amor del mundo y todo se destruye, todo se acaba. Él es el nervio de la religión, pues el amarnos mutuamente es su basa fundamental. Por él, permanece indemne la patria, pues sin sus leyes una incesante guerra nos conduciría a un total exterminio. Por él... Mas es vano intento el referirte la necesidad de su existencia, si tienes a la vista las consecuencias espantosas de su falta. ¿A qué extremos no están expuestos los que se aborrecen? Vuelve la cara y no verás en éstos más que venganzas, iras, enconos dirigidos contra el objeto de su indignación. De aquí provienen los robos, las muertes, los escándalos, los... En una palabra, la ruina total del universo.

Mutuo. Esta es la más hermosa prerrogativa del amor. Representate en tu imaginación el más atroz delito; será más disculpable y menos vergonzoso que el enorme y feo crimen de la ingratitud. Ingrato, ¡ah! dicterio horroroso, capaz de confundir al corazón más vil, a la alma más pequeña. Recompensar un favor por un agravio es una profunda virtud en el que la ejerce, mas no agradecer esta recompensa aquel que recibe el favor es la maldad más execrable. Una mutua correspondencia, proveniente de un amor sincero y honesto, será sólo la que nos constituya felices.

Este es, a mi ver, querido amigo, el hermoso retrato del verdadero amor; este el más delicioso, dulce, entretenimiento del hombre; este aquel escondido tesoro que se deja hallar sólo de aquel que, con sano juicio y reflexión madura, conoce solamente en lo que consiste su belleza, despreciando con ánimo constante aquel amor servil que, adornándose de mentidas exterioridades, sólo es, en su principio, interesado, falaz, impuro, y raíz fundamental de la que dimanen las acciones más crueles, los hechos más indignos. Te lo haré ver con claridad si por un rato me prestas tu atención.

La mayor heroicidad del corazón humano es el amar sin esperar la justa recompensa. Esta es acción muy noble y digna de inmortales laureles. Respóndeme ahora, caro amigo, ¿es este, por ventura, el laudable carácter de tu amor?, ¿es este, vuelvo a decir, el glorioso fin al que con ansia se dirigen nuestros desinteresados afectos? ¡Oh lamentable situación de la humana naturaleza, oh mísera condición de los mortales! ¡Que sólo la pasión vil del interés haya de ser, por lo común, el móvil de nuestras acciones! Todos amamos, sí, todos ofrecemos incienso al ídolo de nuestro culto, mas sólo con la mira de obligarlo con nuestros rendimientos a que, igualmente, nos retribuya adoraciones. ¿Pues qué otra cosa es esto, sino halagar nuestro interés, procurando tal vez con falsas sumisiones aprisionar afectos, para pábulo de nuestra vanidad y soberbia? Ama un hombre una belleza con qué ansia; ¡con qué solicitud, con qué anhelo no comienza a valerse de los más sutiles medios para contrastar su entereza! En nada repara: malas noches, peores días, penosísimos ratos –poco importa–; sacrifica la hacienda, el honor, la salud. Todo es nada. El caso es conseguir lo que ansiosamente se anhela, si, por desgracia, encuentra resistencia en el objeto a quien dirige sus deseos. ¡Santo Dios!, aquí es donde redobla sus esfuerzos; aquí es donde no duda cometer las acciones más viles, los hechos más indignos; aquí donde, enajenándose de sí mismo, confuso, vacilante, sin sentido, nada hace, nada ejecuta, nada emprende que no se dirija a la consecución de su fin. ¿Quién, a vista de esta pintura, no creerá que este hombre idólatra, ciego de este objeto, lo

ama verdaderamente? Pues créeme, amigo, todo este desasosiego, toda esta ansia, todo este infatigable desvelo se dirige sólo a saciar su interés y su soberbia. Míralo claramente: los medios le salen vanos, las diligencias importunas, el fuego de sus suspiros no ha sido suficiente a rendir la inexpugnable fuerza a que aspiraba. Acabóse el amor, resfrióse la voluntad, la ira se apodera de su corazón y prorrumpe en afrentas lo que había expresado en carinos. ¿Estás convencido de que las adoraciones y el culto eran dirigidos a su propio interés y no al objeto por quien se expresaba apasionado? Pero quiere que con la solicitud ansiosa de su anhelo consiga se le rinda el objeto por quien tanto anhelaba. ¿Qué fines, prescindiendo de su interés, te parece se propuso conseguido su intento? Fines perversos, fines malvados, fines opuestos a la sencillez de la virtud. Todo lo ha conseguido. ¿Y qué es lo que produce en su corazón la posesión deseada? Ira, repugnancia, aborrecimiento y deseo positivo de apartar de su vista aquel objeto que ya se le presenta más horroroso que la misma muerte. ¿Qué se hizo aquella ansia?, ¿qué aquel afán?, ¿dónde está aquella zozobra y el apeteer con tanto ahínco tan deseados afectos? ¡Ay amigo, todo lo borró la posesión! ¿Y esto de qué provino? De una mal entendida idea de amor, de un amor falso, de un amor impuro.

Este es, y no otro, el trato que da amor a los infelices feudatarios de su imperio. Les representa bienes, triunfos, tranquilidad, mas luego que los mira engolfados en su abismo, volteándoles, traidor, la espalda, los deja perecer entre lamentos. ¿Y cuáles son, preguntarás, los poderosos medios con los que causa tanto daño? Óyelo atentamente. La más aguda y poderosa flecha del carcaj de Cupido es la belleza. Por esta vana sombra, incapaz de perfección en esta vida, andan solícitos los hombres, no perdonando, si fuere necesario, acción alguna, por bárbara que sea, con tal que se dirija a su consecución, sin juzgar, insensatos, la débil engañosa fuerza que tiene amor para rendirnos, valiéndose de la belleza, siendo ésta tierna, delicada, flor que al leve soplo de un Fabonio suave desaparece. ¡Empavesada nave que surcando las ondas con favorable viento, ya en lo interior del seno, agitada de tempestad furiosa, naufraga

infelizmente! ¡Hermosa perspectiva que mintiéndonos lejos y distancias cuando vamos a estrecharnos con su beldad sólo encontramos polvo y nada, pues en el extremo último de la vida, en aquel instante de verdad y de horror, verás desaparecer, con violencia, todo ese verdor lozano que te admira y toda esa vana pompa que te ciega! Entonces, conociendo su engaño, la tristeza despedazará tu corazón, viendo que a tú pesar traidora parca desvanece. Vuelvo a decir: confundido en ti mismo, no estarás lejos de perderte. Pues ahora es tiempo, amigo, de no experimentarlo a tanta costa. Vuelve la cara a tu querida esposa; restitúyete afectos que le ha robado, injusto, objeto menos digno; estrecha en tu paterno pecho a tus amados hijos y advierte, con dolor, que van a ser inocentes víctimas de la desgracia por tu divagación escandalosa y mal ejemplo. Tú eres el único apoyo que éstos tienen sobre la tierra. La mediocridad de tus bienes no te permite dejarlos después de tus días en abundancia. Un corazón bien formado, una radicada virtud y una bella crianza es lo único con que puedes enriquecerlos. Pero si por tu extraño proceder te desentiendes de esta obligación justa, mañana verá el mundo a estos infelices inocentes huérfanos, sin amparo y tal vez, ¡qué dolor!, mendigando el sustento necesario a su subsistencia.

Más te dijera si mi llanto no borrara los caracteres que te escribo. No permita el Todopoderoso sea tu error tenaz el que verifique mi funesto presagio. Rayo abrasador sean mis voces: que consuman tu corazón en el fuego de la verdad, ínterin el mío suspende el llanto en que se anega. A Dios, amigo.

FÁBULA

ANÓNIMO¹

PASEÁBASE UN GRAN MASTÍN,
muy lleno de presunción.
El aspecto era gallardo,
pero ninguno el valor.

Salió al paso un cachorrillo
y a un gruñido que éste dio
aquel grande mastinazo
al punto se sorprendió.

Lo huele el animalillo
y como capón lo halló
alza la pata y lo mea
y la espalda le volvió.

Lo mismo sucede a muchos
eruditos fanfarrones,
que, siendo en todo locuaces,
en la instrucción son capones.

1 Anónimo, “Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 10 de abril de 1815), t. V, núm. 100, p. 4. Se indica: “J. Y. A.”

FÁBULA. UN PESCADOR Y UNOS PECES

ANÓNIMO¹

ECHÓ SU RED AL RÍO
un pescador, muy cierto
de coger muchos peces,
porque abundaba de ellos
el río. Allí paróse,
para observar atento.
Reconoció un pez grande,
muy recatado y viejo,
de aquellos que se llaman
retóricos expertos,
la lombriz codiciosa,
pero advirtió bien luego
aquel lazo engañoso
y así se huyó ligero.
De allí a otro poco, vino
un pez que estaba viendo
el sabroso pedazo.
Y ya, ya iba presto
a cogerlo y tomarlo,
ansioso de comerlo,
cuando ve el lazo astuto
y también se fue, habiendo

1 Anónimo, “Fábula. Un pescador y unos peces”, en *Diario de México*, Imp. de D. José María de Benavente, 3 de mayo de 1815), t. V, núm. 123, p. 4. Se indica: “J. M. y v.” Véase “Fábula de un pescador y unos peces”, en Francisco Aguilar Piñal, *Índice de las poesías publicadas en los periódicos españoles del siglo XVIII* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1981), p. 98.

al pescador burlado.

Al fin, un pequeñuelo

pez, sin advertirlo,

quedó cogido y preso

al tomar la comida.

El pescador, contento,

mató al pez al instante.

Y él, estando muriendo,

dijo aquestas palabras,

con grande desconsuelo:

—¡Ay de mí, miserable!,

que así es como me veo,

sólo porque he querido

regalar a mi cuerpo.

De la malvada gula,

el apetito ciego

¡a cuántos ocasiona

mil daños por su exceso!

[ANÉCDOTA]

ANÓNIMO¹

EL DOMINGO 25 DE SEPTIEMBRE PRÓXIMO PASADO, hacia las once de la mañana, dos amigos míos me detuvieron en la calle de Magdalena, y casi en frente de la casa del marqués de Perales. A poca distancia de nosotros, había unas gallinas, con su gallo, que estaban tomando el sol.

Mientras estábamos hablando, viene corriendo un soldado y, sin repararlo, tropieza con una gallina. Y las demás se alborotaron. El gallo, irritado de lo que este militar hubiese perturbado a su *serrallito*, corre detrás de él, se tira varias veces a este perturbador, picándole ya en el pantalón, ya en la casaca, y le persigue hasta la fuente de Relatores. El soldado, sin hacer caso, siguió su camino hasta que el gallo, que se hacía cada vez más insolente a causa de la indiferencia o desprecio de aquel militar,

1 Anónimo, “[Anécdota]”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 4 de mayo de 1815), T. V. núm. 124, pp. 1-2. Se indica: “L. F. D.” Véase “Artículo comunicado”, en *El Procurador General del Rey y de la Nación* (Madrid: Francisco Martínez Dávila, impresor de cámara de s. m., 17 de octubre de 1814), núm. 139, pp. 1131-1132. Antecede a la fábula esta solicitud: “Señor Procurador General del Rey y de la Nación, muy señor mío y amigo, bien sabe ud. el refrán que dice *cada loco con su tema*. Pues la mía, de algún tiempo a esta parte, es de empeñar a ud. a que inserte en su apreciable periódico algún cuento, chiste o anécdota graciosa. Sin embargo de que ud. trate de unas materias graves, serias, útiles, y aun necesarias en estos tiempos, me parece que, de cuando en cuando, debería ud. –como se lo tengo dicho ya en otra ocasión– procurar el divertir a sus apasionados y demás lectores. Por lo mismo, tengo que contar a ud. un paso muy gracioso y bastante reciente, poniendo por testigos a los varios sujetos que presenciaron, como yo, el hecho que voy a referir a ud.” Después de concluida la fábula, toma nuevamente la palabra el solicitante: “Un chistoso que presenciaba, así como otros muchos, aquel combate singular, dijo:

Vaya que el gallo es insolente. Aunque fuera liberal, no sería más temeroso en querer proseguir una lucha tan desigual. Lástima es que no se encuentre aquí algún periodista nuevo para recoger esta anécdota. Ya tendría con qué divertir a sus subcritores...

Yo, que no soy periodista, ni Dios que lo crio, la recogí, señor Procurador, para comunicársela a ud., a fin de que, si lo tiene a bien, la inserte en su periódico. Interin, mande ud. a su apasionado L. F. D.”

se encaró a su enemigo, haciendo ademán de querer tirarse a sus ojos. Entonces, el soldado le da un bien puntapié, le tira en alto y se mete por la calle de los Remedios. El gallo, aunque bien escarmentado, creyó haber conseguido una victoria señalada, pues se echó a cacarear y fue a reunirse con sus gallinas.

CHICHARRONADA

ANÓNIMO¹

PAMPIROLADA O SOPLAMOCO en elogio de las valentías del toro Chicharrón.

¡Qué tal señor diarista! Voto a Cristo,
que ni los diablos en el mundo han visto
toro más arrogante y excelente,
más feroz, más soberbio y más valiente
que el toro Chicharrón, cuya fiereza
sólo pudo caber en la cabeza
de cuatro caporales atontados
que, por nuestros grandísimos pecados
o por industria de los tablajeros,
para chicharronear nuestros dineros,
tener un día de risa
y que empeñaran muchos la camisa,
lo ponderaban todos de tal suerte
que en la punta de un cuerno iba la muerte.
Todos nos aturdimos
y a la plaza de toros concurrimos,
con necedad extraña,
creyendo verdaderamente una patraña.
Con veinte mil trabajos, bien se advierte,

1 Anónimo, "Chicharronada", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 5 de mayo de 1815), t. V, núm. 125, pp. 1-4. Se indica: "J. m. v." Véase "Fábula. El toro y el hombre", en E. B. D. B. V. D. B., *Correo de las damas o poliantea instructiva, curiosa y agradable* (Madrid, Imp. de Manuel Ximénez Carreño, 1804), t. I, pp. 16-18.

dimos por el asiento un peso fuerte,
y eso no en delantero,
sino por un segundo o un trasero,
que para ver al toro firme y tieso
sacábamos tres varas de pescuezo.
Y los que por su dicha no lograron
asiento, por afuera se agolparon
para ver, por lo menos, arrastrado
al toro Chicharrón, tan afamado.
Volvamos al asunto. Ya sentados,
sudando a mares, todos apiñados,
sufriendo con paciencia
lo que no sufrirían por penitencia,
empiezan a marchar los militares,
tocando contradanzas singulares,
que esto se entiende y pasa,
sin errar cuentas, por partir la plaza.
Entraron los toreros,
en caballos de palo los piqueros,
los de a pata terciadas sus capitas
y presidiendo a todos las mulitas.
Acabada toda esa pantomima,
hecha cierta señal con la bocina,
se jugaron tres toros que ni aprecio
hizo el público y vieron con desprecio,
no obstante que el primero
vale a tres chicharrones todo entero.
Salió en cuarto lugar, no es barbarismo,
el *proto-toro* del chicharronismo,
tan hermoso y tan bien aderezado
como si fuera novia en el estrado.
Y cuando se esperaba

que de un bote la plaza desarmaba,
que no dejaba chulo
a quien no arrebatara por el culo,
que caballo no hubiera
que no despanzurrara su ira fiera,
ni jinete en la silla
a quien no le quebrara una costilla,
que los espectadores
fueran víctimas, al fin, de sus rigores,
para que no dejara
títire a vida y todo lo acabara,
destruyendo feroz y prontamente
cuanto tenía en la plaza de presente,
de futuro y pasado,
sin reservar de su valor osado
tablados y toreros,
espectadores, tropa y tablajeros,
porque de su bravura
no se había de escapar ni una criatura,
vimos, no sin asombro,
que fue saliendo el toro hecho un cohombro,
con tanta mansedumbre, a lo que infero,
que lejos de ser fiera era un cordero.
Salió muy paso a paso
y luego echó a correr sin embarazo,
ni querer hacer cara
a torador alguno. Cosa es clara:
que el público, aburrido y engañado,
a la cola, gritó, desesperado
de ver que su fiereza y gallardía
se convirtió en solemne cobardía.
Esta sí fue parola

que a todos nos quemó muy bien la bola,
dejándonos perdidos y empeñados,
sin diversión y bien chicharroneados,
fritos en los calderos
de los bolsillos de los tablajeros,
pues del toro de Atengo
sacaron de provecho el tengo, tengo.
Pero ¿qué hemos de hacer? Ya no hay remedio,
ni nos han de volver siquiera un medio.
Lo pagado, pagado.
Y aquel que lo pagó por atontado
sírvale de escarmiento
y no vuelva a pagar bien el asiento.
Si piden ocho reales,
ofrezca dos, y no los dé cabales,
pues tales chicharrones
podrán dejar a todos sin calzones.
Haga de estas noticias poco aprecio,
para que no lo tengan por un necio.

[DISPUTA ENTRE TONCHITA Y PACA]

ANÓNIMO¹

SEÑOR DIARISTA, HA CORRIDO HOY –el sábado 10– la voz de que, por convención de los comerciantes, se ha tratado de abrir las tiendas los días festivos de una cruz, cosa que en 300 años no se había visto en esta capital. Casualmente, llegó a mí esta noticia en visita de unas primas mías. Y en aquel momento, llegaba una pirraquilla, tal cual *quotidie* de un cajerito que, por fuerza, debía ser comprendido en el acuartelamiento *mercantil* del expresado convenio. Luego que dicha señorita se impuso de la novedad fue tanto lo que se electrizó que no pudo menos que desarrollar su preciosa lengua y engolfarse en un mar de tempestades, que descargó contra los que promovieron semejante concierto, y que ella suponía ser los más codiciosos y avariciosos que calienta Apolo, y que, designándolos, señaló uno que abre hasta el día de Corpus.

Se armó tal conferencia entre dicha pirraca, llamada Tonchita, y Paca, una de mis primas, que ya no me las entendía yo de polvo. Voy a copiarle a ud., aunque sea en extracto, lo más substancial de su conferencia.

TONCHITA. ¡Pues estamos frescos ahora con que se abra el comercio los días de fiesta de una cruz! Y mire ud. cuándo se va a comenzar esta novedad extraordinaria: puntualitamente, el día de mi santo, cuando yo esperaba que mi marido me acompañase y que... ¡Voto a chápiro! ¿Y quién habrá inventado esa rareza? Será tal vez aquel don N., que hasta los días de primera clase abre. Y ¿para qué? Para hacer fideos de la mugre que se saca de la frente y bolitas de mocos pasados, que está sacando continuamente en

1 Anónimo, “[Disputa entre Tonchita y Paca]”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 13 de junio de 1815), t. V, núm. 164, pp. 1-4. Se indica: “Garrapate.” El título original es “Artículo de hoy”.

medio de su ociosidad, porque ¿quién le ha de comprar nada en día de fiesta? Sobre todo, a mí me han aguado mi funcioncilla y esto me ha incomodado sobremanera. Reniego de Judas.

Y tiró el abanico, torció el hociquito y nos echó una mirada centellante a todos los oyentes.

PACA —así que se serenó—. Después de todo, Tonchita, yo no veo en esa determinación otro mal que el que a ti te resulta por el día de tu santo, que no te acompaña tu marido. Pero pensando en razón, es mucho bien el que resulta al público, porque abriéndose los talleres de los artesanos y todas las oficinas públicas ¿por qué no se ha de abrir el comercio, de donde se surten los artesanos de sus primeras materias y entregan sus manufacturas para habilitarse y continuar sus trabajos?

TONCHITA. Poco a poco, mi Paquita. Si te metes a política, es necesario que variemos de tono, porque yo, aunque me ves electrizada por una que parece bagatela no te parezca, sé muy bien dónde me aprieta el zapato. Sé mirar por el interés de mi casa y de mi marido. Y sabría preferir en nuestro caso la utilidad que le resultaría de abrir estos días de una cruz al gusto momentáneo de pasar mi día en su compañía. Pero no hay nada de eso, Paquita mía. Hay muchas compensaciones mutuas en esta conducta. ¿Qué son 18 días en un año? ¿Qué puede perderse de no vender en estos 18 días de una cruz cuando a los más de los cajeros se les sumen ya las quijadas de tenerlas en prensa casi toda la semana de días de trabajo, que no venden ni real y medio, como le ha sucedido a mi marido repetidísimas ocasiones? ¿Qué es, pues, lo que van a negociar con abrir los días de fiesta?

PACA. No seas ponderativa, mi Tonchita, que sí venden bien. Por eso, buscan el vender más en los días festivos.

TONCHITA. Te engañas, Paca. Una de las razones que dan los que lo solicitan es que están atrasados. Pues, señora mía, el comerciante que está atrasado es porque no vende. Si no vende, es en los días de trabajo; y si no vende en los días de trabajo, ¿cómo ha de vender en los días de fiesta? Y si sólo

está atrasado porque no abre los días de una cruz, ¿qué son dieciocho días en un año para atrasar a un comerciante que sólo vende lo que necesitan los compradores y que si éstos no lo hallan cuando está cerrado, vuelven otro día, que está abierto? Los artesanos que usan de primeras materias tienen muy bien cuidado de habilitarse las vísperas de los días cruzados, así como los borrachos llenan muy bien sus botellas las vísperas de los días de fiesta, porque saben que no abren por la mañana las tabernas.

PACA. Tú sabes mucho, Tonchita. Me parece ya que las tempestades que disparabas al principio no carecían de fundamento más superior al que aparentabas, pero mira, supuesto que ni pierden ni ganan, es mejor que estén en su cajón, encerraditos, que no que anden en aventuras los días festivos, que tal vez les cuestan más que lo que ganan en todo el año.

TONCHITA. Si esa fuera razón, y no rebuzno de los amos avarientos y desconfiados, mi Paquita, que abran hasta los domingos y fiestas de guardar, en que están expuestos a los mismos accidentes y otros que yo me sé. Pero sábetе que, en vez de esos extravíos, los días de media fiesta los comerciantes de buena conciencia no están ociosos; salen a sus visitas especulativas, a sus cobranzas, a sus propuestas, reclamos, contratos, &c., &c., &c., que no pueden hacer ni los días de trabajo, por estar cuidando del mostrador, ni los días de fiesta grande, porque no les es lícito. Conque así, no lo dudes, Paquita, esa determinación, o convención, o lo que sea, no ha provenido de otra cosa que de un espíritu de codicia de algunos pocos, que se han fascinado a sí mismos, sin saber la que se pescan y sin considerar que resulta más mal que bien, porque la misa y... Más vale que dejemos esta cuestión, que puede ser cohete de los que se sueltan sin son ni tron. Mi marido no me ha dicho nada de esta novedad. Veamos y creamos. Yo, por mi parte, me he de esforzar para que mi marido no abra su cajón en los días festivos, suceda lo que sucediere: no quiero que incurra en la nota de avariento y mal calculista...

Otras cosillas dijeron estas señoritas, señor diarista, pero yo no digo más que lo dicho, dicho. Agur y mandar a su servidor.

RASGO DE EDUCACIÓN

ANÓNIMO¹

SEÑOR DIARISTA, AMIGO MÍO, entre las muchas angustias que, en la dilatada ausencia de mi familia, fatigaban mi espíritu, ninguna lo tiranizaba con más crueldad que la consideración de que mis tiernos hijos se hubiesen educado por aquel orden de condescendencia que caracteriza a las madres, cuya equivocada ternura produce efectos muy contrarios a los que la razón inspira. Contaba, para que fuese menos grave mi desgracia, con que el único varón que tengo fuese de los menores, a quien me sería fácil conducir por recto camino, dándole una educación cuidadosa. Pero cuanta fue mi sorpresa viendo el despejo con que respetuosa, atenta y cariñosa, me recibió mi hija mayor, que sólo cuenta trece años; no es posible referirla, porque no hay voces adecuadas para pintarla. Sucedió a este grato recibimiento que, con la nueva de mi llegada, viniesen varios amigos a visitarme y algunas señoras a cumplimentar mi familia. En todos estos cumplidos hacia ella, el principal papel, mas por tan diferente y debido orden que afable para con todos, observaba moderación con aquéllos y con éstas una franqueza medida al mérito y clases respectivas. Con este antecedente, se iban disipando, por grados, mis temores, viendo que mi hija estaba dotada de aquellas cualidades que hacen brillar a las de su sexo en la sociedad; y que si estaba destituida de otros conocimientos, sería no tan difícil radicarla en ellos como si fuese preciso formarla en un todo. Las consideraciones que siempre he guardado a mi mujer me obligaban a estar en la clase de un mero observador, sin exigir otra instrucción que la que la casualidad me

1 Anónimo, "Rasgo de educación", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María Benavente, 19 de junio de 1815), t. V, núm. 170, pp. 1-4. "Acaba el rasgo de educación", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 20 de junio de 1815), t. V, núm. 171, pp. 1-3. Se indica: "J. P. J. H."

presentase, porque me parecía ofenderla siempre que la diese a entender la más ligera presunción de descuido, mucho más teniendo tan a la vista el desengaño. A pocos días, se presentó una ocurrencia, que parece la proporcionó el cielo para mi absoluta satisfacción. Este fue el caso.

Un primo hermano de mi niña, que cuenta poca más edad que ella, a quien sus padres procuran instruir principalmente en las máximas del honor, tiene desde pequeño, a su lado, un negrito, con la idea de que entonces sirviese a su entretenimiento y después fuese, como es, el criado inmediato a su persona. No tiene otro ejercicio que complacerle, siendo a ello compelido por dichos sus padres.

Un efecto de travesura ocasionó le mandase mofar a un pobre que pasaba por la puerta de mi casa, donde se hallaba él, hasta el extremo de prevenirle le arrancase el vestido que llevaba roto. Sin duda, esperaba divertirse con las producciones que el tal pobre vertía cuando era insultado por los muchachos. El negrito, bien porque conociese lo desordenado del precepto o por temor a su principal amo, no quiso en manera alguna hacerlo. Y el niño, acostumbrado a hacerse obedecer, no reparó en cosa alguna y con un palo le lastimó de un modo impropio a sus fuerzas.

Cuando me disponía a salir de mi cuarto, penetrado de los lamentos de aquel infeliz, advertí que mi hija, puesta delante de él, le decía:

—¿Qué te ha hecho ese miserable para ofenderle en tanto grado?

Entonces el criado, viendo que su amo guardaba silencio, le dijo:

—Señorita, no tiene el niño otro motivo para haberme maltratado que haberme resistido a hacer una maldad a un pobre.

Y le refirió en qué términos.

Creí, por supuesto, que aquello se hubiese concluido y me reservaba hacer a dicho niño las correspondientes advertencias, pero como hubiese dicho a mi hija que su esclavo debió hacer lo que le había mandado, tomó la palabra y, sin alterar su semblante ni voz, se le explicó en substancia de este modo.

—Si yo hubiera educádome en Persia, acaso te lisonjería, como lo hacía de ordinario aquel senado con su soberano, por medio de esta frase: “Señor,

si os agrada, es justo.” Pero otros sentimientos son los que ocupan mi corazón. Y según ellos, te aseguro que no hay potestad, sea de la clase que fuere, que pueda regir bien sus súbditos no observando la justicia, ni que dejará de ser infeliz aquel que no la tomare por regla de sus operaciones. La mayor parte de las virtudes sólo tiene consideraciones particulares, pero las de la justicia son generales y, por supuesto, de transcendencia ilimitada. Ella mira al hombre en sí, le considera comparándole con los demás de lejanas provincias y reinos, con tan antiguo ejercicio y remoto término cuanto que empezó con el mundo y no acabará sino con él.

—Cualquiera que la viole debe ser mirado con el carácter no de un transgresor simple, sino de un monstruo, enemigo de la sociedad. ¿Con qué justicia te crees autorizado para maltratar a tu siervo por un delito que sólo obedeciéndote habría cometido? Constituido tú en el miserable estado de ese mendigo, a quien pretendías exasperar, y cuyo papel no será extraño representes algún día, ¿te sería grato servir de pábulo a la indiscreta y extravagante diversión de los muchachos o de los insensatos, que no distinguen la suerte de los afligidos para tributar gracias al Hacedor supremo por la ventajosa situación que ha querido concederles? Advierte que la guarda de justicia es la base fundamental de la felicidad del hombre, en general y particular. Puede suceder que el nombre de justicia te sea desconocido, mas no lo será el de honor. Y esto me basta para convencerte, porque honrado y justo son una misma cosa. Ningún honor tiene el que a la justicia se contraría, porque ella le prescribe las reglas. Y tú, que de honrado precias, lejos de castigar a tu criado debiste premiarle, porque su resistencia sirvió de impedimento a que violases la justicia y, por supuesto, manchases tu honor, por esta vez...

—Calla —le replicó con alguna indignación—. No me fatigues más, que estoy cansado de oír tantas majaderías. ¿Qué tiene que ver mi honor con esas pequeñeces? En tantas ocasiones que me he divertido con otros, y aun con ese mismo pobre, sin hacerle otro daño que el de picarle un poco la paciencia, ¿has visto u oído decir que alguno me haya faltado o presumes que yo lo hubiere permitido?

Mi querida hija, un poco exaltada por entonces, pero sin pérdida de su moderación, le dijo, también en substancia:

—Primo mío, ¡cuán lejos estás de conocer lo que es honor! Según te explicas, sólo estimas como tal aquella altanería que reside en las almas bajas. Este amor propio, de que generalmente están poseídos los humanos corazones, no es honor. Por el contrario, se opone mucho a él. El amor a la virtud, la aversión a todo lo que pueda ceder en daño del prójimo, la honestidad en acciones y palabras, y tributar a cada cual lo que le corresponde, es lo que constituye el verdadero honor. Los que proceden de diverso modo no son honrados; sí unos orgullosos a quienes los sensatos y pródigos desprecian, con sobrada razón. Estima por cierto que la potestad que tienes sobre ese esclavo le hará prestarte obsequios, pero sábetelo que ese mismo te abominará y en ninguna ocasión podrás contar con su buen afecto, porque los fundados resentimientos labran demasiado, y con más eficacia, en el corazón de aquellos que no han estudiado el arte de abandonar sus venganzas. Cuida de dominar en la voluntad de tus súbditos, más bien que sobre sus personas. ¿Quién podrá mirarte con más ternura que yo? ¿Qué motivos no me ligan a contemporizar contigo? Y si estos vínculos no ofuscan mi entendimiento para conocer tu injusticia, ¿con cuánta mayor razón se persuadirán de ella los extraños? El honor del hombre consiste en la opinión. No descanses jamás en el poder que te atribuye la autoridad, porque, aunque no habrá quien te pida razón de tus operaciones, como por ejemplo en el presente caso, tu esclavo te tendrá por un injusto, como te tengo yo, y te considerarían cuantos de él tuviesen noticia. Las personas sujetas a veces no tienen libertad para quejarse, mas ¿qué importa que a tus oídos no lleguen sus clamores si ellas viven resentidas y cuantos te miran conocen tus defectos y te tienen por un inicuo? Dispensa, amado primo, si me he excedido, por un efecto del buen deseo que me acompaña. Y puesto que te canso, me retiro.

A todo esto estaba yo, considéreme ud., cubierto de asombro y lleno de complacencia, dando gracias a Dios porque se había dignado tener la bon-

dad de darme una hija tan bien dispuesta a recibir las sabias y cristianas doctrinas de su madre. Y aunque, enajenado de gozo, ansiaba estrecharla entre mis brazos, para premio de su excelente modo de pensar, disimulé haber comprendido aquella sesión, ensayándome para conversar con ella algunos ratos, cuyas materias, pareciéndome útiles, comunicaré a ud. ¡Oh, si en los presentes días fuese común este modo de raciocinar, cuánta sería la felicidad del género humano! Pero ya que no podemos remediarlo, a lo menos compadezcámonos.

Creo que habré sido algo molesto, pero ud. sabe que todos los padres deliran cuando presumen en sus hijos algún mérito, que, regularmente, lo hace mayor la misma pasión. Quisiera no haberla tenido, para que fuese real y efectivo el que distinguiera a mi hija. La imparcialidad del voto de ud. es la que me obliga a solicitar un desengaño. Y la buena amistad con que me distingue, ha sido la causa de darle esta molestia, asegurándole el buen lugar que ocupa en la estimación de su afectísimo, Q. B. L. M.

Zamanast y enero 14 de 1815

CANTO EN LA DEDICACIÓN DE UN TEMPLO, COMPUESTO POR UN NIÑO DE 17 AÑOS

ANÓNIMO¹

GRAN DIOS OMNIPOTENTE, UN SOPLO SÓLO DE TU BOCA sacó de la nada cuanto existe. Por un simple acto de tu voluntad, se formaron los innumerables mundos que ocupan las regiones etéreas y ese firmamento en el que brillan constelaciones sin número no es más que una débil imagen de tu gloria.

Mandaste que resplandeciese el sol y de repente se vio la tierra llena de su majestad. La pompa precede y sigue su curso, corre por los espacios como un gigante soberbio y su resplandor triunfante alegra y vivifica a toda la naturaleza. Pero los torrentes de luz que viertes sin cesar sobre el universo perjudicarían a sus tiernas producciones; sus vivos y penetrantes fuegos secarían las vastas campiñas, agotando los ríos inmensos, si tu bondad, ¡oh, gran Dios!, no hubiese al mismo tiempo mandado a las nubes que, de tiempo en tiempo, arrojasen abundantes lluvias para temperar su ardor.

¿Y qué son estas maravillas si se comparan con tu poder? Todo lo creado no es más que un punto a tu presencia y menos que una ligera exhalación delante del astro del día. Si los ángeles mismos confiesan su insuficiencia para celebrar dignamente lo sublime de tus obras, ¿cómo podrá el hombre, ese nada animado, ese ente frágil, ese yo, cómo las podrá publicar? ¡Cuán grandes, majestuosas e incomprensibles son! ¿Con

1 Anónimo, "Canto en la dedicación de un templo, compuesto por un niño de 17 años", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 22 de junio de 1815), t. V, núm. 173, pp. 2-4. Se indica: "Traducido." Véase "Traducción de un cántico compuesto en hebreo para la dedicación de la sinagoga de Luneville, por M. Bink, judío de Metz, de edad de 17 años", en *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 28 de julio de 1787), núm. 12, pp. 87-89.

qué pueden compararse, a no ser con tus atributos? Tu bondad es la que cuida del elefante y la que nutre al gusano, por la que crece el cedro del Líbano y el menor de los vegetales. ¿Qué serían si por un sólo momento, por un sólo instante, retrajeses tus divinos socorros? ¡Ah!, serían nada.

¡Mas cuán vano es todo sin la inmortalidad! Pero el hombre, ese fantasma orgulloso, será partícipe de este don. A esta herencia le llamas en la cadena de los entes que criaste. Aunque todo él es carnal, sin embargo, sus facultades intelectuales le dirigen y con ellas reconoce su dignidad.

Un conjunto material encubre una llama divina. Y si ésta se conserva en su pureza, desde los brazos de la muerte la verdad la vuelve a conducir al que la creó y allí, separada del polvo, brilla con todo su resplandor. Ante su trono, ¡oh gran Dios!, se inclinan ejércitos de serafines y todos los cuerpos celestes forman los más armoniosos conciertos para celebrar tu gloria inmortal. Sin embargo de todo esto, permitiste al hombre que te alabase, que te dirigiese sus ruegos, los que si salen de un corazón puro te dignas escuchar benignamente.

Hubo un tiempo en que Israel, tranquilo en su ciudad, te ofrecía sus votos en aquel templo magnífico construido por el hijo de David, tu servidor. En aquel lugar consagrado a tu nombre, la posteridad de Aarón quemaba el más puro incienso sobre tus santos altares. Mas ahora que las iniquidades de nuestros padres nos alejaron de él, en lugar de inciensos recibes la ofrenda de nuestros corazones, eres propicio a nuestros homenajes y oyes con misericordia las súplicas de tu pueblo. Ya vosotros, ¡oh mis hermanos!, ya habéis cumplido una dulce y piadosa obligación, ya acabáis de erigir un santuario al Eterno y habéis fijado el lugar en que debemos adorarlo en lo sucesivo. Hoy es el primer día en que os postráis en él la primera vez. Haced que resuenen los sentimientos que os inspira este día tan feliz. Dadle las más vivas gracias y venid a reforzar mi voz con vuestra armonía.

Se destruyó Jerusalén y se derribó su templo. ¡Oh Dios tan terrible como justo, aun en tus castigos se reconocen los efectos de tu clemencia! Sí, pues nos haces vivir bajo las leyes del mejor de los monarcas. A éste

lo has comunicado un rayo de tu soberano poder, a su mano has confiado los rayos y en su corazón has puesto la semilla de las virtudes. Su mano victoriosa establece la paz más allá de los mares, quiebra el yugo de un pueblo en otro hemisferio y le da su libertad. La bandera francesa navega como dueña en las líquidas llanuras. Castries dirige mil velas sobre el océano y las hace llevar las órdenes de su rey a las regiones más remotas. Las cualidades eminentes de este fiel ministro resplandecen en la frente del joven guerrero, su digno hijo. A la cabeza de sus brillantes y bélicas falanges contra los enemigos de la patria, es como un torrente rápido que arrastra y destruye las masas más enormes. Y dentro de nuestros muros, la dulzura y la beneficencia caracterizan sus acciones...

Protege y dirige, ¡oh Dios eterno!, su trono, como diriges al sol, y colma de gracias a toda la casa real. Haz sean sus días, y los de su augusta compañera, llenos de las más tiernas delicias. Arroja de ellos todos los males que afligen a los hombres a fin de que crezcan como crece un olivo a quien la naturaleza no sujetó a las calamidades de los elementos.

Repetid vuestros cánticos, oh vosotros que sois mis hermanos, y dirigidlos al honor del Altísimo. Despierta, oh Dios, tus antiguas bondades en favor de Sión y demuéststrate sensible a nuestras fervorosas oraciones, pues tú eres sólo nuestro Dios y el que repartes la salvación a los mortales.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

EL RASGO SIGUIENTE PODRÍA SUMINISTRAR EL ASUNTO de una historia cuyo título fuese *La moderna Lucrecia*.

Cuando el duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia, pasó a los Países Bajos para socorrer a los confederados, sucedió que, habiendo descansado con el resto de su ejército en la villa de Becourt, uno de sus capitanes, llamado Pont, estuvo alojado en casa de un labrador muy rico, que se llamaba Juan Miller, y que tenía tres hijas, siendo la mayor la que gobernaba la casa. Manifestóse inclinada a su huésped y nada dejó por hacer para serle agradable, de lo que resultó que el oficial, muy en breve, se enamoró de ella. Habiéndose éste resuelto a satisfacer su pasión lo más pronto que le fuese posible, convidó a cenar al padre y a la hija. Y estando a la mitad de la cena, pidió la mano, sonriéndose a su hermosa convidada. El padre, a quien no faltaba talento, comprendió su intención y lo rehusó con política, pretextando la desigualdad de condiciones. Enfurecido el capitán, echó al buen hombre de su cuarto y detuvo a la joven, que se hallaba dispuesta a seguirle. Después de lo cual, no contento con haberla violentado, la entregó a la brutalidad de algunos subalternos que se hallaban con él para facilitarle su empresa, y que la obligaron, perdida y desolada, a que se sentase con ellos a la mesa. Aunque no tenía más que diecisiete años, sin embargo su juicio ya estaba formado y se hallaba con más conocimiento del que se encuentra regularmente en las de su edad. Sabiendo que las lágrimas serían inútiles para vengarse de aquellos miserables, disi-

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 5 de julio de 1815), t. VI, núm. 5, pp. 3-4. Véase *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, 23 de agosto de 1787), núm. 23, pp. 174-176.

muló su resentimiento e hizo como que oía con placer sus insolencias. Pero habiéndose el capitán vuelto hacia uno de sus camaradas, que le había dirigido la palabra, tomó un cuchillo y con él le pasó el corazón. Hecho esto, derribó la mesa y, mientras que la vil canalla se apresuraba en socorrer a su jefe, se fue corriendo hacia su padre, le informó de lo que acababa de pasar y le suplicó huyese con sus dos hermanas, añadiendo que, por lo que a ella miraba, la vida la era insufrible para que propusiese medios de conservarla. En efecto, aguardó a los malvados, quienes la condujeron al pie de un árbol, la amarraron y la dieron la muerte. Así clamaba a sus verdugos esta joven heroína poco antes de expirar:

—¡Matadme bárbaros! Después de los ultrajes que he recibido de vosotros, la muerte es el mayor favor que me podéis dispensar. El cielo, que ha lavado mi honor en la sangre de vuestro amo, no sufrirá que esta última atrocidad quede sin castigo.

El tiempo verificó su profecía. Los labradores de la vecindad se enfurecieron contra Pont, tomaron las armas para acabar con todos los asesinos. Y como en estas ocasiones rara vez se consulta la justicia, ni siquiera un francés pudo libertarse de ser víctima de la maldad que habían cometido.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

VIAJANDO DOS LITERATOS hacia Birmingham:

—¡No es dolorosísimo —dijo el uno— que un solo poema en que me elogian no se venda!

—Mucho más lo es —respondió su compañero de viaje— que se hayan vendido tan bien dos obritas en que me hacen pedazos, poniéndome a los pies los caballos.

1 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 19 de julio de 1815), t. VI, núm. 19, pp. 3-4. Véase *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 9 de julio de 1787), núm. 4, p. 25. D. Juan Martínez Villergas y D. Ramón Latorres, *El tesoro de los chistes* (Madrid: La Ilustración, Sociedad Tipográfica-Literaria Universal, 1847), p. 212.

ANÉCDOTA

ANÓNIMO¹

EN UNA DE LAS VISITAS QUE FEDERICO II, EL REY DE PRUSIA, hizo de incógnito a sus soldados, sucedió que una tarde encontró a uno que parecía había bebido algo más de lo regular. Llegóse a él con bastante familiaridad y le preguntó cómo, con tan corta paga, se hallaba en disposición de tener francachelas tan copiosas.

—Créame ud., camarada —añadió—, yo tengo la misma paga que ud. y con todo esto nada puedo ahorrar para la taberna. Y dígame ud., ¿cómo lo hace?

—Me parece que ud. es un gran demonio —respondió el soldado, apretándole la mano—. ¿Y por qué se lo tengo que ocultar? Hoy, por ejemplo, he hecho una expresión a un antiguo camarada. ¿No sería muy duro que, de cuando en cuando, no pudiera un hombre echar cuatro brindis en compañía de un amigo? Como la paga nunca lo permite, he recurrido hoy a mi antiguo expediente.

—¿Qué expediente? —preguntó el rey.

—Bueno... —respondió el soldado—, empeño algunos de mis efectos, de que sé no necesitaré en algunos días, y después, con un poco de abstinencia, se adquiere con qué recobrarlos. Esta mañana recurrí a la hoja de mi sable.

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 20 de julio de 1815), t. vi, núm. 20, pp. 3-4. Véase Anónimo, "Anécdota curiosa entre Federico II, rey de Prusia, y uno de sus soldados", en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 28 de diciembre de 1812), t. I, núm. 10, pp. 38-39. "Anécdota curiosa entre Federico II, rey de Prusia, ya difunto, y uno de sus soldados", en *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 26 de julio de 1787), núm. 11, pp. 79-80. "Federico II y uno de sus soldados", en *Semanario pintoresco español* (Madrid, Oficinas y estudio tipográfico del *Semanario pintoresco español* y *La Ilustración*, 17 de agosto de 1851), núm. 33, p. 264.

Yo sé que no tendré más revista antes de una semana, por lo que no la necesitare.

Federico le tomó bien las señas y después le dio gracias y se despidió de él. El día siguiente dio orden a sus tropas, sin que nadie lo pensase, para que se juntasen. Pasó el monarca revista y encontró a su camarada de la tarde anterior e hizole salir de las filas con el soldado que estaba a su derecha. Mandóles se despojasen.

—Ahora —dijo el que quería sorprender—, saca tu sable y corta la cabeza a este miserable.

Quiérese excusar. Suplica al rey no le mande gemir toda su vida por haber muerto a un hombre de bien, con quien sirve hace quince años, pero el rey queda inflexible.

—Pues bien, señor —dijo el soldado—, supuesto que nada mueve a vm. quiero rogar a Dios haga un milagro por mí, convirtiendo mi sable en un pedazo de madera.

Pronunció estas palabras con la más afectada devoción y fingió la mayor sorpresa cuando, habiendo sacado su sable, vio sus deseos cumplidos. El monarca admiró su destreza y no contento con sólo perdonarle le dio una recompensa.

RASGO FILOSÓFICO. LA BOLSA O EL BIEN Y EL MAL

ANÓNIMO¹

LAS COSAS MEJORES SE CONVIERTEN EN MALAS en las manos de los que, por su prevaricación y malignidad, no saben usar de ellas para su bien. De modo que puede decirse que el uso o abuso de las cosas son, precisamente, las fuentes del bien y el mal. El hombre virtuoso, con usos prudentes y sabios, procura el bien en cuanto emprende, pero el malvado todo lo envenena con sus excesos y desórdenes. Veamos un ejemplo.

Buri, joven pobre y sin más capital que sus brazos para trabajar, amaba tiernamente a Isaura, hija de un leñador que subsistía también con bastante miseria. Su hija en este estado de pobreza se hacía tanto más interesante cuanto que era conocida por la muchacha más virtuosa y modesta de su pueblo.

Buri, que la quería tanto como la respetaba, determinó abandonar el ejercicio de leñador por abrazar otro más lucrativo y juntar su capitalito para casarse con Isaura y sacarla de la miseria a ella y a su padre, que ya le faltaban las fuerzas para trabajar. Mientras sentado sobre el tronco de un árbol, que acababa de cortar, estaba pensando, apoyado sobre su hacha, en los medios de hacer su fortuna, se presentó un militar y le propuso engancharlo para la marina, dándole 200 pesetas. Buri las acepta en una bolsa y ve en esta suma un principio de su fortuna. Concibe esperanzas de hacer un comercio en las islas y venir a ofrecer sus ganan-

1 Anónimo, "Rasgo filosófico. La bolsa o el bien y el mal", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 29 de julio de 1815), t. vi, núm. 29, pp. 1-4. "Acaba rasgo filosófico...", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 30 de julio de 1815), t. vi, núm. 30, pp. 1-2.

cias, algún día, a los pies de su amada y unirse con ella. Resuelve, pues, partir al instante.

Por no afligir a la inocente Isaura con una despedida dolorosa, parte sin avisarla y sólo ocurre al juez del pueblo para dejarle la bolsa con la cantidad de su enganche, suplicándole socorra a Isaura y a su padre en caso de que les falte alguna cosa. La intención de este joven virtuoso y el uso que hace de aquella bolsa son, sin duda, de los más laudables y han producido una acción buena. Pero la bolsa ha pasado a otras manos. Veamos qué uso se hace de ella y si se cumplen las miras de Buri.

Luego que éste marchó, creyó su comisionado que no volvería jamás y resolvió hacer de la bolsa un uso conforme a su corazón. Fue a buscar a Isaura, a quien antes meditaba seducir, y no hallándola en casa, porque había llevado la comida a su padre, que trabajaba en un bosque inmediato, fue corriendo a buscarla. Y la encontró en un lugar apartado y sinuoso y la presenta la bolsa que contenía las 200 pesetas, guardándose de decir que Buri se la había dejado para socorrerla.

—Esta suma es tuya, preciosa Isaura —la dijo—, si conformas tu voluntad con mis deseos ardientes...

Isaura, asustada por el sitio en que le hacía una proposición tan insolente, tiró la bolsa que se le presentaba y salvó el bosque, llamando en su socorro y dando los mayores gritos. Rodolfo, que así se llamaba el juez, trastornado con los gritos y temiendo que le sorprendiesen en su crimen, huyó, dejando la bolsa allí tirada.

He aquí qué efecto tan contrario produjo la bolsa que la virtud había cedido al socorro de la indigencia. Buri, satisfecho con la dulce satisfacción de su alma, y Rodolfo, lleno de remordimientos y cubierto de oprobio. Pero vamos a buscar la bolsa. Ésta permaneció tirada en el campo por muchos días, sin que nadie la viese, hasta que Jacinto, pobre ciego que mendigaba su sustento, pasó por allí. Y tropezando con el palo, sonaron las pesetas, cuyo ruido llamó vivamente la atención del ciego. Se agachó para buscar por el suelo lo que había oído sonar. Y encontrándose con una bolsa llena de oro y plata, se sentó muy alborozado en el suelo y se

puso a contar con los dedos el número de piezas que contenía la bolsa. Como vio que era considerable, lejos de alegrarse con tan buen hallazgo –puesto que nada tenía y pedía de puerta en puerta el pan que había de comer–, se puso a llorar la suerte del desgraciado que había hecho tan gran pérdida. Y volviendo a meter el dinero en la bolsa, dijo en voz alta, que pudo oírle un hombre que le estaba observando hacía un rato:

–Vamos corriendo a la ciudad, haré poner en el diario este hallazgo y sabré quién es el desgraciado que ha perdido esta bolsa. Si su dueño es bastante rico y me paga el hallazgo, quedaré muy contento; si por el contrario, es pobre, si en esta bolsa está todo su haber, no puede darme nada, estaré también contento por haberle restituido sus bienes. Sí, yo quiero morir de hambre, lleno de probidad, más bien que gozar de todas las conveniencias de la vida perseguido de los remordimientos que traen consigo la falta de delicadeza y la infidelidad.

¡Oh alma heroica la de Jacinto! ¡Virtud rara en los de su condición...! Pero sigamos a la bolsa en manos del ciego.

Como todo lo que dijo Jacinto fue en voz alta, el hombre que dijimos le atisbaba a corta distancia, oyendo que acababa de encontrar la bolsa y que deseaba saber quién era su dueño, para restituírsela, se fingió ser él el dueño. Al efecto, se metió apresurado en el camino que guiaba al ciego a la ciudad y, tomando la delantera, a corta distancia revolvió para encontrarse con el ciego, llorando y lamentándose. Al llegar al ciego, redoblaba el bribón sus gemidos, que, desde luego, conmovieron al inocente. Y le preguntó la causa de sus lamentos.

–¿Qué he de tener, buen hombre? –le contestó–. Una desgracia que tú no podrás remediar. Eres tan pobre como yo, aunque poco ha me tenía por rico.

–¡Cómo! Decidme, vuestra desgracia no acaso...

Bribón. Ojalá, hermano, pero vos sois ciego, según entiendo.

Ciego. Lo soy, en efecto, pero no me quejo de la Providencia divina que me ha puesto así. Dios permite los males para sacar bienes.

Bribón. Así será, hermano, pero mi mal es irremediable. Si vos sois ciego, no es posible que podáis haber hallado lo que yo he perdido.

Ciego. Puede que sí. ¿Qué es lo que buscáis?

Bribón. ¿Qué busco? ¡Ah...!, lo que ahora mismo acabo de perder: una bolsa llena de oro y plata. Puntualmente, iba a pagar con ella una hacienda que acabo de comprar. ¡Ay, miserable de mí! ¡Cargado de familia! Y...

Ciego. Que no os lamentéis, os vuelvo a decir. Enjugad vuestras lágrimas. Yo he encontrado vuestra bolsa. Aquí la tenéis.

Inmediatamente, aquel bellaco pilló la bolsa y escapó, sin dar ni una blanca al pobre ciego.

¿Quién no verá en estos sucesos una mezcla de bienes y males causados por un mismo objeto? ¡Oh dinero, tú eres la piedra de toque de nuestras inclinaciones buenas o malas...! Pero el seguir la bolsa en manos de un pícaro que corre por los bosques para no ser sorprendido es ya cosa muy cansada y difícil. Lo cierto de su historia es que, al cabo de algunos años, enredaban unos muchachos en una arboleda cercana al pueblo de la virtuosa Isaura y en un árbol hueco se encontraron varios envoltorios de ropa y alhajas que allí había escondidos. Los chicuelos cargaron con todo y lo llevaron a su casa, causando admiración a sus padres al ver tantas cosas que sólo unos ladrones pudieron haber escondido en el hueco de un árbol de los bosques. Inmediatamente, comenzaron a examinar los efectos, por si conocían alguna alhaja y restituirla a sus dueños. ¡Cuál fue su sorpresa al ver que en nuestra consabida bolsa, que rodaba entre las alhajas, hallaron un billete de Buri para Isaura, en el que le pedía perdón por no haberse despedido, le manifestaba su proyecto y le suplicaba no dejase jamás de amarle y que aceptase las 200 pesetas que contenía la bolsa que iba a entregar a Rodolfo para que se la guardase y la socorriese en sus urgencias!

Sorprendidos los escrutadores, llamaron a Isaura, que ignorando aun el paradero de su amado Buri, y que después de su ausencia apenas conservaba fuerzas para sustentar a su padre, cayó casi desmayada al oír

tan feliz noticia. Entonces conoció toda la gravedad de la infamia de la conducta que tuvo con ella Rodolfo un año antes, cuando le propuso la bolsa con condiciones tan vergonzosas y sin decirle, ni entonces ni después, qué se había hecho el hombre a quien lloraba tan amargamente desde aquel tiempo y de quien sólo él podía darle noticias. Horrorizada de tanta infamia, dijo alta y públicamente la escandalosa conducta que tuvo con ella el pérfido Rodolfo, que, desde luego, fue castigado como merecía. Pues aunque así no hubiera sido, él no se hubiera escapado de la vista del Todopoderoso, porque la prosperidad del malo nos sirve siempre de prueba de que existe un Dios que venga la virtud de los males que sufre en la tierra.

LOS PASEOS DE LA VERDAD

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI¹

A IMITACIÓN DE LOS QUE EL DOCTOR VILLARROEL HIZO ENTRE
SUEÑOS CON EL FANTASMA DE DON FRANCISCO QUEVEDO

Luego que, para descansar de las fatigas que me afligen entre día, me recojo de noche, por ver si duermo, suelo muchas veces no encontrar ni este inocente alivio, porque cuando reposa la familia y se señorea de mi pobre casa aquel silencio que tanto apetece el dormido, cuanto repugna el desvelado, se vienen paso a paso y se introducen en mi fantasía las imágenes del casero, del acreedor, de la cocinera, del zapatero y otras visitas tan impolíticas y necias como éstas, siendo entremeses de sus incómodas conversaciones otros títeres de peor o igual calaña, que bailan

1 José Joaquín Fernández de Lizardi, "Los paseos de la Verdad", en *Alacena de Frioleras* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 3 de agosto de 1815), núm. xviii. "Continuación de los paseos de la Verdad", en *Alacena de Frioleras* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 23 de agosto de 1815), núm. xix. "Continuación de los paseos de la Verdad", en *Alacena de Frioleras* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de agosto de 1815), núm. xx. "Continuación de los paseos de la Verdad", en *Alacena de frioleras* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 29 de agosto de 1815), núm. xxi. "La crítica de los muertos", en *Alacena de Frioleras* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de noviembre de 1815), núm. xxii. *Obras. iv. Periódicos*. Alacena de Frioleras/Cajoncitos de la Alacena/Las Sombras de Heráclito y Demócrito/El Conductor Eléctrico, adver. de María del Carmen Millán, recopil., ed., notas y pres. de María Rosa Palazón (México: UNAM, 1970), pp. 103-122. *El Pensador Mexicano*, est. prel., sel. y notas de Agustín Yáñez (México: UNAM, 1962), pp. 65-105. Quizá el origen de "Los paseos de la Verdad" pueda ser un texto similar publicado en el *Correo de Madrid (o de los ciegos)*, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 1 de diciembre de 1790), t. viii, núm. 410, pp. 61-63. "Continúa el asunto comenzado en el número anterior", en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 8 de diciembre de 1790), t. viii, núm. 411, pp. 67-69. "Segunda visita con Cervantes", en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 5 de enero de 1791), t. viii, núm. 415, pp. 100-102. "Concluye la segunda visita", en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 12 de enero de 1791), t. viii, núm. 416, pp. 108-109.

alrededor de mi cabeza con un compás el más desagradable. Tales son una camisa hecha tiras, un túnico agujerado, una silla rota y otra sarta de muebles despilfarrados, que piden unos su relevo, otros su retiro y todos sus inválidos, alegando por tantas bocas los méritos que tienen contraídos con sus dilatados servicios. A esta música tan desentonada, hacen el bajo setecientas ochenta y cuatro mil pulgas y pulgos que bailan alegremente sobre mi triste cuerpo, sin olvidarse ninguno de estos malditos insectos de aforar la poca sangre que no se ha podrido, introduciéndome, para este efecto, sus envenenados aguijones por el cuello, brazos, espaldas y por cuantas partes hallan proporción, que por todas partes la hallan estas malditas sabandijas.

Considere, ahora, el lector ¿quién será capaz de dormir con estas visitas, con estos títeres, ni con estos danzantes aforadores? Pero es la fortuna que algunas noches es el sueño tan bueno –ya se ve, como que me coge en deseo– que, embargándome el cerebro al punto que me acuesto, me quedo hecho un tronco, sin sentir en aquel dulce tiempo pulgas ni pulgos y sin acordarme de caseros, cobradores, trapos, necesidades, pobre-rías, ni de cosa alguna de esta vida.

Una de estas felices noches me pareció que tiraban suavemente de la colcha y que yo, despertando al movimiento, me incorporaba en la cama. Y apenas abrí los ojos, cuando se me presentó a la vista una mujer de lo más lindo del mundo, vestida con tanta sencillez como decencia. Yo quedé sorprendido con tal visita, pero ella me calmó aquella turbación diciéndome:

–¿Qué, no me conoces? Mírame con cuidado y acuérdate que soy tu amiga vieja.

Yo entonces la vi con reflexión y la respondí:

–Señora, perdonad mi sorpresa porque no os había conocido, pero ya sé que sois la Verdad, mi muy amada, cuyas inspiraciones he seguido en mis escritos. Y me acuerdo que otra vez habéis tenido la bondad de dejaros ver de mí y aun me habéis obligado a acompañaros a la prisión

y residencia que hicisteis –ya como diez meses– de dos espectros formidables.²

–Me alegro que te acuerdes –me respondió–, porque estoy segura que abandonarás todo temor y te resolverás a acompañarme otra vez a unos paseos que quiero hacer contigo.

–Sí, señora –la dije–, os acompañaré de buena gana, ya porque os amo y he de amar toda mi vida y ya porque conozco lo útiles que me son vuestras visitas.

–Pues bien, vístete –me dijo–, que quiero que salgamos ahora mismo, para que no se pierda tiempo.

Mientras me vestía, le pregunté:

–¿Señora, y dónde vamos?

–Vamos –me dijo– a sorprender a los hombres, a cogerlos, como dicen, con la masa en las manos, esto es, a verlos cometiendo sus delitos, a reprenderlos yo misma y a darte a ti estas saludables lecciones, tanto para que te aproveches cuanto para que las comuniques a tus hermanos por medio de tu pluma, para que se enmienden.

–Señora –le dije–, mucho os agradezco vuestras buenas intenciones, pero temo que serán infructuosas, porque yo y los demás hombres, mis compañeros, somos muy necios y muy mal inclinados, pues por más que hagáis y que digáis no os creemos; y si os creemos, no os hacemos caso; y así, que vos me doctrinéis a mí y que yo comunique a los demás vuestras doctrinas me parece en vano, y lo mismo que escribir en la agua y predicar en desierto.

2 Alude a mi papel número 13, del último tomo de *El Pensador Mexicano*, titulado “Causas formadas a la Muerte y al Diablo por la Verdad, etcétera”. Véase José Joaquín Fernández de Lizardi, “*Ridentem dicere verum ¿quid vetat?*”, en *El Pensador Mexicano* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de noviembre de 1814), núm. 13, pp. 103-122. *Obras. III - Periódicos*. *El Pensador Mexicano*, adver. de María del Carmen Millán, pres. de Jacobo Chencinsky, recop., ed. y notas de María Rosa Palazón y Jacobo Chencinsky (México: UNAM, 1968), pp. 463-475. *El Pensador Mexicano*, est. prel., sel. y notas de Agustín Yáñez (México: UNAM, 1962), pp. 45-64. Alfredo Pavón, *Al final, recuento I. Orígenes del cuento mexicano: 1814-1837* (México: UAM-I/BUAP, 2004), pp. 305-353. Nota agregada.

—Eso ya lo sé yo —me dijo—, pero no obstante, yo cumpliré con mi obligación y vosotros, en caso de despreciar mis avisos, tendréis mayores cargos de qué responder ante el tribunal de la divina justicia en el último día de vuestra vida. Ven.

Azoréme con una verdad tan espantosa como cierta y la dije, tratando ya de excusarme a acompañarla:

—Señora, ¿cómo podré yo escribir vuestras doctrinas cuando éstas deben ser opuestas a los vicios que notemos en los paseos que tratáis hacer? Es necesario ridiculizar los mismos vicios en común.

—Eso es lo que quiero —me dijo.

—Pero, señora, eso es sátira y la sátira creo que desacredita a quien la escribe, porque lo hace pasar por un truhan entremetido, mordaz y murmurador —le dije.

A lo que me contestó:

—La sátira, no señalando personas ni con sus nombres ni con unas señas individuales, lejos de probar una alma baja, ni un corazón corrompido, manifiesta todo lo contrario, esto es, un entendimiento no vulgar y un alma noble. Lo primero porque prueba que el que la escribe sabe distinguir la virtud del vicio. Y esto no lo hacen los talentos someros. Lo segundo porque escribiéndolas únicamente con el fin de poner en ridículo los vicios, para que se detesten y abandonen y logren los mortales por este medio su felicidad verdadera, prueba, en el que así lo haga, un deseo del bien de sus semejantes y una intención de serles útiles de la manera que pueda, lo que es propio y peculiar de un alma generosa que, rompiendo las barreras de las antiguas preocupaciones, procura que sus coetáneos sean ya menos ignorantes que sus antepasados o ya menos perjudiciales que otros a la sociedad en que viven, por medio de la reforma de sus costumbres. Y esto te digo otra vez que no se queda para las almas comunes.

—Todo esto está muy bien —le dije—, pero si en este mundo de mi tierra luego dicen que uno es de mal genio, que es hipócrita, que escribe con mala intención y con el fin de señalar personas.

—Mira —me contestó la Verdad—, no hay mejor fiscal en lo moral que la conciencia propia, porque ésta nunca adula y rara vez se equivoca en su opinión. Ordinariamente es mi correo y por su medio le hablo yo a los hombres sin cesar. Y así, cuando tu conciencia no te acuse de crimen cuando escribas, riéte de las críticas de tus lectores y hazles tanto aprecio como el que hace la luna a los perros que le ladran. Continúa tu camino sin parar y advierte que Dios y los buenos agradecerán tus afanes. Sábetelo que los que piensan que toda sátira es retrato suyo están complicados infaliblemente en los mismos vicios que ridiculizan y como les viene el vestido se lo ponen luego luego. Se advierten, entonces, ridículos y feos a la vista de los hombres de bien y claman que el autor los retrató, cuando tal vez ni los conoce. Son como aquellos que ven todas las cosas verdes porque tienen anteojos verdes. Así ellos, como están plagados de todos o de muchos vicios, se creen originales de las sátiras que los rebaten y se persuaden que fue estudio del autor lo que no ha sido sino efecto de su depravada malicia. Pero los que así juzgan son, a más de viciosos, ignorantes. Hasta hoy se han equivocado los nombres de *sátira* y de *libelo*, siendo así que la primera sólo trata de ridiculizar el vicio para corregir la persona y el segundo trata de manifestar el vicio para odiar o ridiculizar la persona, señalándola. El que esto haga hará muy mal, y no será satírico, sino libelista, y por lo mismo digno de la reprobación de los sensatos. Mas no escribiendo así, y teniendo cuidado de observar el *parcere personis, dicere de vitiis*³ de Marcial, cualquier autor será apreciable entre los virtuosos y sabios.

—La sátira tuvo su cuna en la Grecia; de allí pasó a Roma; y de aquí se extendió por todas partes. Persio, Juvenal y Horacio fueron los príncipes antiguos de la sátira. Después, cada nación ilustrada ha tenido los suyos. Y sin salir de la casa, tenemos primorosos satíricos en España, tales como Quevedo, Cervantes, Villegas, Torres, Santos, Iriarte, Feijoo, Gil Blas —o el autor de esta novela—, Amato y otros muchos que han merecido el aprecio de los doctos. Conque mira tú si deberán los satíricos cargar

3 “abstenerse de las personas y hablar de los vicios.” Nota agregada.

con las notas de maledicentes y retratistas que les achacan los zoylos viciosos.

—Fuera de estas recomendaciones, tiene la sátira esta obra, que es muy particular y no has advertido. El hombre naturalmente, esto es, según la propensión de su naturaleza corrompida —y entre paréntesis, este trabajo debe tener todo escritor de este tiempo: explicar y desmenuzar su sentido para que no se lo interpreten maliciosa o ignorantemente—, vuelvo a decir que el hombre por naturaleza es más fácilmente llevado por mal que por bien. De aquí es que mejor se docilita por medio de la sátira dura que por el suave consejo, con tal que no entienda que aquélla se le dirige a él mismo, porque entonces se obstina. Lee la sátira con gusto y le sabe lo picante cuando se persuade que es contra los demás y no contra él. Pero si se examina con cuidado, advierte que también él es tan ridículo como los que ha visto pintados y entonces, más por no parecer ridículo a los hombres que por adaptar una virtud, enmienda un vicio y se refrena. ¡Efecto admirable de la sátira!, que mil veces no lo logran los mejores libros ni los sermones morales.

—Conque, así, no temas: escribe sátiras, raja a los vicios de medio a medio, sin señalar personas, que aquí tienes a mí, que te defenderé y, si fuere preciso, te dictaré una apología de la sátira.

Durante esta conversación, me vestí y salimos a la calle. Inmediatamente, me dio la Verdad un cintillo y me dijo:

—Ponte este anillo y anda con la confianza de que serás invisible a los ojos de todo el mundo. Y con este auxilio, te introducirás en todas partes, con la seguridad de no ser visto.

Púseme mi anillo y nos fuimos calle arriba, esto es, a la derecha de mi casa. Y lo primero que vimos fue un sereno o guarda nocturna de la ciudad que, con un vaso de aguardiente en la mano, estaba con unos cuatro o cinco amigos, de estos que llaman de la *chiche pelada*, tratando, en buena conversación, de ir a asaltar la casa del teniente coronel don Facundo Tobías —que se hallaba en campaña—, para robarla. En efecto, ajustaron sus condiciones; pusieron la escalera del sereno en el balcón; escalaron

la casa; hicieron su robo; y partieron a prorrata con el sereno, que se había quedado, entre tanto, de vigilancia.

—Ves —me dijo la Verdad—, este es el modo con que cumplen con su obligación muchos de estos serenos, solapadores de las mayores infamias. De suerte que en ellos no se verifica hacer del ladrón fiel, sino hacer que los que sin ser serenos fueran fieles. Luego que se hallan con el farol en la mano, se vuelven ladrones. Ahora verás lo que sucede.

Se alborotó la casa robada. Dieron voces; se juntaron varios serenos; corrió la noticia; llegó el cabo y comenzó a hacerle cargos al sereno alcahuete. Y éste, dándole un empujón a la Verdad, que estaba junto a mí, juró, rejuró, por toda la corte del cielo, se anatematizó y se maldijo más que Judas asegurando que estaba inocente, que no sabía cómo había sido tal desgracia, que sin duda sería mientras él había ido a atizar un farol que se apagaba. *Los demonios carguen con mi alma*, decía, *si yo sé de tal cosa. Fui a encender el farol; y en esto cumplí con mi obligación. Pero mal rayo me parta si yo vi tal cosa: quién hizo esta infamia.*

Con estas y otras imprecaciones semejantes, la casa se quedó robada; los ladrones riendo; él con su propina; el cabo satisfecho; los dolientes llorando; la mentira con triunfo; y la Verdad oculta y desairada. Pero antes de antes de apartarnos de allí, me dijo la Verdad:

—Así suceden mil cosas en el mundo: se engaña a los jueces y superiores; se fabrica la trampa, el dolo y la iniquidad a su vista —sin poderla remediar—; se perpetran las mayores infamias a la sombra misma de la justicia; triunfa la mentira; y a mí me ultrajan. Sólo un consuelo me queda y es que yo, con mis silenciosas voces, atormento el corazón de los perversos y no pueden dejar de conocer su maldad en fuerza de mis gritos.

Fuéronse los serenos a sus respectivos destinos, sintiendo los buenos la desgracia y sintiendo los malos que no cupiera en ellos la malhabida parte del robo que, suponían, había tocado a su compañero. Los dueños de la casa robada se retiraron tristes y perdidos; el cabo se fue creyendo muy inocente al sereno solapador de tal maldad; y éste se quedó contento con su ganancia y ciertamente muy *sereno*. Mas no le duró mucho

esta serenidad de espíritu porque la Verdad se le acercó al oído, sin que él la viera, y le dijo:

—Tú eres un pícaro, más ladrón que los que han hecho el robo y más necio, pues a ti te ha tocado menos interés y cargas con toda culpa. Pues si hubieses cumplido con tu obligación, ellos jamás robaran. A ti te paga la ciudad para que cuides, no para que entregues las casas de los vecinos, ni para que las facilites a los pícaros ladrones. Tú te quedas impune a los ojos del mundo, pero no a los de Dios, que te ha visto. Tú, mañana triunfarás, con cuatro reales que te han tocado. Pero si no los restituyes, y restituyes todo el robo que se ha hecho por tu causa —lo que es casi imposible—, te llevarán los diablos. Y aunque te confieses, será muy dudosa tu salvación.

Quedóse el sereno muy confundido. Y me dijo la Verdad:

—Ya con esto tiene este miserable bastante carcoma, que lo atormentará toda la vida. Vámonos.

Sin saber cómo, ni cómo no, eran ya las ocho de la mañana. Y nos fuimos andando mano a mano. Llegamos a la calle Ancha. Y avistando la casa de un comerciante rico, me dijo mi compañera:

—Entra, que este es el primer paseo que hemos de hacer. Aquí vive un comerciante rico, pero egoísta como él solo, y como tú lo vas a ver.

En efecto, entramos —sin ser vistos— hasta su gabinete, donde estaba el tal hombre en ropón y chinelas, esperando al peluquero, sin más compañía que su escribiente, a quien dijo:

—¿Ha visto usted los papeles públicos que han traído hoy y están sobre la mesa?

—Sí, señor —respondió el escribiente.

—Pues bien —dijo él—, ¿de qué trata la *Gaceta*?

—Señor, trae las noticias de que Napoleón se escapó de la isla de Elba, donde lo había confinado el inglés; y ha sido tal su astucia y la actividad de sus pérfidos aliados que habiendo salido de la isla con un puñado de hombres, en una escuadrilla miserable, dentro de poco se ha hecho un ejército de respeto, de suerte que ya en el día se halla en París, habiendo tenido que salir huyendo de este monstruo Luis XVIII. Pero las potencias, interesadas

en conservar la tranquilidad de la Europa, han rejurado su exterminio y han organizado para el efecto un formidable ejército de combinación, compuesto de un millón de combatientes, con lo que se espera que dentro de breve tiempo darán cuenta de Napoleón y sus secuaces.

—Hombre, ¿para qué habla usted tanto? —dijo el rico—. ¿Qué cuidado se me da a mí de que Napoleón se salga o se quede en Elba? ¿Qué tengo con que domine o no domine a la Europa? ¿Qué beneficio me resulta de que lo maten o lo dejen vivo? Ni qué me interesa, por fin, el equilibrio soñado que pretenden las potencias beligerantes, cuando, haya que no haya Napoleón, jamás faltarán entre ellas la guerra ni la división, como ha faltado desde el principio del mundo, pues siempre que los potentados sean hombres han de tener pasiones y, teniendo pasiones, han de sobrar envidias y desuniones entre los gabinetes, las que no pueden producir sino guerras y más guerras eternamente. Y así, todas esas noticias me importan tres caracoles. ¿Qué trae el *Diario*?

—Un cuento de no sé qué autor, de una muchacha que mató a un oficial que hospedó su padre en la casa y la violó contra su voluntad, pero...⁴

—Basta —dijo el rico—, ¿qué tengo yo con que violen a fuerza a todas las doncellas del mundo? Mientras no suceda igual desgracia a mi hija, todas las demás que se rasquen con sus uñas. ¿Qué otra cosa?

—Un acta de fidelidad a nuestro soberano, de la ciudad de Toluca. Esto lo trae la *Gaceta* de hoy.

—Pues no la diga usted, que todas esas son hipocresías y faramallas de por fuerza. Si mañana exigen los rebeldes iguales actas, las darán con la misma franqueza, porque cuesta poco escribir un pliego de papel. Fuera de que ¿a mí qué me interesa que en esta lucha sucumban los insurgentes al gobierno o éste a los insurgentes, ni que en América mande Fernando VII, la junta revolucionaria o Perico el de los palotes? Nada me importa, seguramente: lo mismo tiene que me muerda perro que perra.

4 Anónimo, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 5 de julio de 1815), t. VI, núm. 5, pp. 3-4. Nota agregada.

Al fin me ha de mandar alguno. Lo que me importa es que me dejen hacer mi negocio, quieto y sosegado, y que no me perjudiquen, que lo demás lo tengo por friolera. ¿Qué más?

—Una orden superior para que los pudientes se franqueen a un préstamo, por las urgencias del Estado, asegurando el rédito de los capitales.

—Pare usted, hombre, eso sí me importa. ¿Conque, después que trabajamos, hemos de prestar nuestro dinero, atenedos a un rédito miserable? ¿Pues con diez mil pesos que yo dé en empréstitos no podré lucrar al cabo del año dos o tres mil? ¿Pues qué necesidad tengo de invertirlos en favorecer al gobierno por el débil interés de quinientos? Que busque el gobierno otros arbitrios y no nos incomode.

—Pero, señor, todos están apurados y no se hallan.

—Pues más apurado estoy yo, que tengo que pagar mis libranzas y cubrir mis créditos.

—Es que estos arbitrios los exige la corona, la tranquilidad del reino y los mismos intereses de los ricos.

—Todos esos son chismes. La Corona que conquiste otro reino, si pierde éste. El reino que se tranquilice cuando quiera o se lo lleve el diablo. Y los ricos que entierren su dinero y cuide cada cual sus intereses como pudiere, que yo veré lo que hago en cualquier caso.

—Es que, como buenos vasallos, debemos todos contribuir a las mejoras del Estado, no sólo con nuestros haberes, sino hasta con la última gota de nuestra sangre.

—Pues es, señor hablador, que si vuelve usted a replicarme sobre esto le estrellaré el tintero en la cabeza, por patarato y entremetido. Siga usted dándome cuenta del contenido de los papeles que le pregunté, sin meterse a darme lecciones ni consejos. ¿Qué dice el *Noticioso*?

—Avisa quién fue el jefe de día, quién dio la guardia del hospital, qué números sacaron los premios principales de lotería, qué comedia fue ayer...

—Basta, basta, todas esas son noticias que nada me importan. ¿Qué dice la *Alacena de Frioleras*?

—Trae una alegoría de un sueño en que su autor hizo unos paseos con la Verdad, explica la utilidad de la sátira, la distingue del libelo, y trae un cuentecillo con el que prueba que hay serenos que ayudan a los robos de la ciudad, especialmente de noche y a la luz de sus faroles.

—El autor de ese papelucho ¿no es el mismo Pensador Mexicano?

—Sí, señor.

—¡Valiente tuno: un pelado, ocioso y hablantín! Días ha que debía comer casabe en el morro de La Habana. No hay autorcillo más tonto, ni papeles más insulsos y desinteresados que los suyos. ¿Qué partes de la gaceta copia el *Noticioso*?

—El primero es de una derrota que dio el señor Iturbide, en Huasca, a los insurgentes, en que les mató diez hombres, con la pérdida de uno suyo.

—Son once. ¿Y qué tengo yo con que mueran once mil, sean insurgentes o soldados del rey? Que se los lleve al diablo a todos. ¿Qué cuidado se me da? Nada me importa, ni la vida, ni la salvación de todo el mundo, pero ni la de mi padre. Como no me maten a mí, lo demás es patarata. ¿Qué más dice?

—Dice que el diez y nueve del presente, esto es, la semana pasada, entraron los insurgentes en la hacienda de Campo Verde y mataron al administrador y a seis vaqueros.

—¡Voto a los diablos!, que es mía esa hacienda. Pero ¿qué no hicieron otro daño? Porque si sólo hicieron esas muertes, no me da cuidado. ¿Quién les mandó no saber defenderse? A más de que de algún mal habían de morir mis dependientes: no eran eternos. Me hacen falta, pero al fin me servían por el dinero. Murieron en su oficio. Eran hombres de bien, pero por el dinero todo se halla. Buscaremos otros. ¿No hay más que eso?

—Sí, señor; saquearon la hacienda; se llevaron quince mil pesos que iba a remitir a usted el administrador; quemaron todas las trojes de trigo; y se llevaron el ganado.

—Cállese usted, hombre, que eso sí me ha llegado al alma. ¡Voto a los demonios! ¡Malhayan los insurgentes! Ladrones, viles, infames, asesinos. ¿Qué hace este gobierno que no los aniquila? ¿Para qué son los

cañones y las bayonetas? Perezca todo el reino y toda España en tropas, pero acábase con esta maldita raza.

—Sí —decía el egoísta—, con tal que se acabe la raza de estos perros insurgentes, traidores, herejes y rebelados, más que perezca medio mundo. Yo bien conozco lo difícil que es, por no decir imposible, que se salve el soldado vicioso y relajado, que muere en campaña enredado entre un millón de vicios, y agitado de la ira, la venganza y demás tropa de pasiones; sin embargo, Dios es misericordioso y, pensando con piedad, debemos creer que puede ser que se salven algunos. Pero aun si yo supiera con evidencia, por medio de un ángel, que cuantos soldados mueren en la guerra se condenaban, no se me daría un cuarto por la condenación de todo el mundo con tal que despacharan a los apretados infiernos a cuanto perro insurgente anda en esos campos.

—¿No es bravo dolor que después que uno ha sudado y ha trabajado lo que no es decible, para hacerse de un caudalito, venga un pícaro insurgente acaudillando una flota de zaragates ladrones y con sus manos limpias dejen a uno pereciendo de la noche a la mañana? Y este gobierno ¿qué hace? ¿Para qué mantiene tanto soldado flojo? ¿Para qué tiene maestranzas? ¿Para qué fusiles y cañones? ¿Para qué hay fierro en Vizcaya y tanta mina de plomo en el reino? ¿Para qué son las salitreras, la villa del carbón y los depósitos sulfúreos que se esconden en las entrañas de la tierra si no para hacer millones de cañones, fusiles, pólvora y balas, para aniquilar de una vez a los enemigos de nuestros caudales? ¿Le falta gente al gobierno? Bastantes vagos viven entre nosotros. Y si se esconden o se acaban, échese mano de los paisanos honrados, de los muchachos, de los colegiales, frailes y clérigos, que en caso de necesidad todos los bienes son comunes. ¿Falta dinero? Échese el gobierno sobre los caudales de los ricos, sobre las fundaciones pías, sobre los santos lugares, sobre la redención de cautivos y sobre la plata de los templos. ¿Qué le hace que las custodias y los cálices sean de estaño u hoja de lata? No será la primera vez que se ha visto depositado el sacramento en tales vasos y aun en cestillas de mimbres. Últimamente, como a mí no

me lleguen, atropéllese lo más sagrado, perezca el mundo, que mientras yo no perezca nada hay perdido.

—Señor —dijo el escribiente—, me parece que el superior y paternal gobierno que nos rige tiene otras consideraciones, más prudentes y legales. Sabe muy bien hasta dónde llega su autoridad, pero trata de combinar la quietud del reino economizando la sangre y caudales de los súbditos, y ésta es la causa de que pida suplicando lo que pudiera tomar por fuerza. El gobierno vela sobre la conservación general, pero en esta conservación ningunos más interesados que los ricos, como que tienen más que perder. De manera que yo leo sin susto las gacetas, porque no tengo nada que me lleven los insurgentes, y sin susto también los vería entrar en México, en una hipótesis imaginada, porque a mí, como no soy visible, no me habían de buscar. Y aunque me encontraran, nada me habían de quitar, porque nada tengo que me quiten. Ustedes, los ricos, los que atesoran y entierran, sí se habían de ver prietos en este caso. Y así ustedes, como que —con relación a las monedas— son los más interesados, son los primeros que deben auxiliar al gobierno con sus haberes, ya porque más vale perderla sencilla, que no doble, ya porque la guerra se hace con plata, según Montesquieu, y si el gobierno no la tiene, y ustedes se la esconden, él hará lo que pueda y hasta donde pueda, pero no puede hacer milagros. La tropa come, viste, se consume y se releva. Y todas estas diligencias se hacen con plata. Y así, si usted y los ricos quieren que se exterminen los insurgentes y que queden seguras sus haciendas, minas y almacenes, aflojen la plata, pues sin plata nada se hace. Pero querer que el gobierno acabe con los insurgentes, que se los lleve el diablo, que se sacrifiquen las tropas, que a ustedes no les toquen en un pelo y que las talegas se estén vírgenes en los cofres, es una poca consideración.

—¿Ya acabó usted, señor Trapalmejas? —dijo el rico—, pues yo, grandísimo bellaco, desatento y atrevido, no le he pedido consejo. Mi deseo es muy justo, es muy santo, y el más practicado en todo el mundo, y es sobre mi quietud y mi reposo y mi dinero. Como esto se asegure, no tengo por malo desear la perdición de todo el mundo, porque todo el

mundo no vale más que Yo. Sí, bergante, ¿no ha oído decir que *primum miquis, secundum miquis, tertium miquis, quartum miquis y todo miquis*? ¿Pues qué se espanta por lo que digo? ¿Qué se azora? ¿Qué se escandaliza? ¿Ve hacer otra cosa a la mayor parte de los hombres que engrandecerse los unos sobre las ruinas de los otros? ¿Ve más que desear la muerte el hijo al padre, la mujer al marido, el subalterno al jefe y el inferior al superior, para lograr la herencia, el dote, el mando o el empleo? ¿Ve, por esos mundos, otra cosa que embustes, cábalas, intrigas y mentiras, para conseguir el destino, la renta, el gusto y el oropel de la veneración? ¿No ha visto difamar el amigo al amigo, el hijo al padre, la mujer al marido, el criado al amo, el súbdito al superior y el vasallo al rey, para lograr el ascenso, el puesto, el ministerio o la corona? ¿Tan de nuevo le coge que todos hacemos a un ladito la honra, el buen nombre, la quietud, nuestras mujeres, nuestras hijas y nuestras mismas almas, cuando tratamos de nuestras conveniencias y mejoras? En tantos años que tiene de edad el pícaro bribón, ¿no ha visto prostituirse una doncella por un túnico o por menos? ¿No ha visto ser infiel una casada por un ridículo interés? ¿No ha visto vender una ley a un abogado? ¿No ha visto falsear un instrumento a un escribano por diez onzas? ¿No ha visto hacer un sacrilegio por un peso? ¿No ha visto levantar un testimonio y echar un juramento falso por tres o cuatro? ¿No ha visto casar una hija contra su voluntad por una dote? ¿No ha visto a un marido encornecer por un destino? ¿Y no ha visto treinta mil cosas de estas que todos los días hacen los hombres por sus fines particulares? Pues sí las ha visto, pícaro, indecente, malcriado; sí sabe que esto es lo que todos hacen, por lo común, y que ninguno está libre de hacerlo –porque esto de héroes que atiendan al bien general, más que al suyo propio, son cuentos de viejas, pues si los hubo, ya no los hay, y si los hay, apenas se conocen. ¿Cómo tiene la osadía de reprocharme mi dictamen en mis bigotes? ¿Cómo se escandaliza de mi modo de pensar? Sí, yo no entiendo de chismes: piérdase todo, como yo no me pierda; acábase el mundo, como yo no me acabe. Y siéntalo la religión como no lo padezcan mis talegas.

–Yo nací solo y sólo he de vivir para mí. La vida de los hombres me importa un pito. Su conservación y sus alivios nada me interesan. La quietud del Estado me es indiferente. La tranquilidad del reino me parece bicoca. La corona del rey la veo como la de un arbolito de fuego que me divierte, pero no me quema. Y las miserias de los pobres me son entremeses y sainetes que me deleitan. Mi plata, pícaro, mi plata es lo que me importa, lo que me divierte, interesa y enajena. Mi quietud, mi gozo y mi alegría es el centro todo a donde yo dirijo mis miras y mis conatos. *Y mi yo, mi yo, y mi sola conveniencia.* Es mi padre, mi madre, mi amigo, mi hombre, mi honor, mi religión y mi Dios. Todo perezca, como yo me conserve; todo se entristezca y se anuble, como yo me alegre y me serene; y todo, en fin, se aniquile y perezca, que yo lo veré padecer y aniquilarse con sosiego, como mi corazón no sienta la más mínima violencia. ¡Oh, si yo, si yo solo tuviera mi mundo aparte! ¡Oh, si pudiera hacer que fuera el centro de las adoraciones de los hombres o el ídolo a quien sacrificaran sus intereses y respetos...!

–Calla, blasfemo –le dijo a ese tiempo la Verdad, por boca del escribiente, con tal enojo y entusiasmo que dio con él en una silla, aturdido, y a mí poco me faltó para no morirme del susto, porque la voz de la Verdad en ese tiempo tronó como el estallido del rayo.

–Calla –le dijo–, blasfemo, ¿quién como Dios? Todavía para demonio te faltan prendas. Bien sé que tus compañeros los egoístas se explican de la manera que tú, pues aseguran lo mismo en sus corazones, por más que no lo digan con la boca. Como dice el santo rey David: *Dixit insipiens in corde suo, non este Deus.*⁵ Sí, los necios, los impíos, los obstinados –que todo esto es el verdaderamente egoísta– aseguran en sus corazones, y con sus opiniones confirman, su infando sentir de que no hay Dios, porque se creen o, a lo menos, se quieren hacer otros dioses. Ellos desearan ser el centro de las adoraciones del universo, como tú, pero ellos y tú perecerán por la eternidad. Sí, tú con ellos, y ellos contigo, se condenarán

5 “El necio dijo en su corazón: Tú no eres Dios.” Nota agregada.

infaliblemente, porque no tenéis caridad, estáis obstinados y, por lo mismo, estáis incapaces de tenerla. Y el que no tiene caridad es un precito y un precito es un condenado. Clama a Dios, enmiéndate, enmiéndose contigo todos los egoístas despiadados. Y si no, *in peccato vestro moriemini*.⁶ El infierno os espera con tanta boca.

—Vámonos —me dijo la Verdad—, o ¿quieres escuchar más a este impío?
—¡Ay!, no, señora —la dije lleno de susto—. Vámonos.

Salimos de aquella casa, que ya me hedía a azufre y alquitrán. Y en el camino, le dije a mi respetable compañera:

—Ciertamente, señora, que me parece sueño lo que he visto. A no estar seguro de que me acompaña la Verdad, diría que este pasaje era ficción de una fantasía acalorada, que era un embeleco, un embuste y la más calumniantemente mentira.

—¿Cómo es posible, diría yo, que nuestra religión abrigue en su seno unos monstruos semejantes? ¿Ni cómo la naturaleza no arroja lejos de sí unos misántropos tan horrorosos? Yo no dudo que hay egoístas en el mundo, pero no me cabe en el juicio que los haya del calibre de éste.

—Así me explicara, señora, a no haber venido en vuestra misma compañía.

—Pues considerando lo difícil que te sería creer muchas cosas si te dirigieras tú solo, he querido mostrártelas yo en persona —me dijo la Verdad—, tomando este cuerpo fantástico que ves, pues bien sabes que yo soy un ente metafísico que no existo, sino en el entendimiento de los hombres y en sus acciones bien ordenadas. Sabes también que no tengo boca ni palabras, pero les hablo en alta voz con mis suaves inspiraciones y con mis interiores reclamos. Mas hoy he querido tomar esta apariencia, para hacerme más penetrable a tu corta capacidad; he querido ser tu mentor, para enseñarte cómo te debes conducir en este mundo asqueroso; y por fin, me he tomado el trabajo de acompañarte y llevarte a lo

6 “muere en tu pecado.” Nota agregada.

más secreto de las casas, para que conozcas a los hombres a sus solas, pues entonces es cuando ellos desenvuelven todo su corazón con confianza; entonces es cuando se explican sin recelo de ser motejados de los otros hombres; y entonces, por último, es cuando, desnudándose la capa de la hipocresía con que se disimulan en la sociedad, se manifiestan tales cuales son y no como quieren y afectan parecer.

—Para estudiar al hombre, no lo has de solicitar en las calles, en los paseos, en los templos, ni en las visitas, porque en todas esas partes estudian ellos el modo de solapar los vicios que tienen y aparentar las virtudes de que carecen.

—Es imposible conocer a fondo el carácter de un hombre de mediana malicia en lo público, porque posee con superioridad el arte de engañar al mundo entero y lo practica con destreza. Es un lobo, en lo privado, y parece, en lo público, un cordero; es, en su interior, un avaro y parece, entre los demás, un Alejandro; es un ladrón, un impío y un hereje, en lo oculto, y, en lo descubierto, parece un arreglado, un santo y un católico.

—Te dije que estos títeres los juega bien el hombre de *mediana malicia*, porque el de una malicia refinada, aunque tiene los mismos alcances y usa los mismos artificios cuando le convienen, sin embargo, como no aprecia ni aun las apariencias de la virtud, le es fastidioso vestirse el saco de la hipocresía y, echándose, como dicen, con las petacas, sólo trata de satisfacer sus pasiones, sin temor de que lo tengan por inicuo, y así se arroja a cometer los mayores crímenes a cara descubierta. Por manera que el medianamente pícaro se contiene, a lo menos en lo público, porque dice “¿Qué dirán si me ven que hago esto o lo otro?” Y el pícaro rematado no se contiene ni disimula porque dice “¿Qué conquen digan? ¿En qué puede topar? ¿Qué se me da?” Y por esta razón, son más temibles los malos obstinados y procaces que los ocultos e hipócritas, aunque tal vez éstos son más nocivos a los demás hombres, pues, como no descubren su ponzoña, envenenan a cualquiera, sin que se pueda defender. Y por esto dice el proloquio anti-guo que es más dañoso el amigo fingido que el enemigo declarado. Te pondré un ejemplo, para que me acabes de comprender. Un ladrón ratero hace

mil hurtillos, pero sin pasar a incendiario o asesino, o porque teme a la justicia, o porque aún no sabe ninguno que es ladrón y quiere conservar el crédito que tiene de hombre de bien. Este es un pícaro de mediana malicia y éste no se deja conocer en lo público. Pero hay otro ladrón, más desalmado, que se quita la máscara, se arroja a los caminos, roba públicamente, mata, asesina, estupra y hace cuantas fechorías puede, sin temor de Dios, ni de los hombres, y sin estimar su opinión ni buen nombre de una blanca. Éste es un pícaro de solemnidad, porque no sólo no trata de aparentar virtud, sino que hace gala del mismo vicio. Y a éste no se necesita más que verlo para conocer su corazón, pero también, en lo general, es menos nocivo que el otro, porque de él te podrás excusar o defender y de aquél no, porque no lo conoces.

—Acuérdate que te he dicho que te acompañaré y llevaré a lo más secreto de las casas, para que conozcas a los hombres a sus solas, para que estudies su corazón de cerca y no creas que son lo que parecen en lo público. Y esta advertencia es porque te he visto muy escandalizado y algo incrédulo con el pasaje del egoísta. Pero recapacita en que andas con la Verdad y ella misma te asegura que es verdad.

—Haz de cuenta que entramos en su corazón y que allí leíste los sentimientos infames que te han llenado de escándalo. Y de esta clase de gentes, cree que hay muchos en el mundo. Y casi todas las desgracias que aquejan a los míseros mortales no tienen otro origen que el egoísmo, que quiere decir: *el amor propio desordenado*.

—Este y otros egoístas de su ralea, que andan en México y en todas partes como los átomos en el aire, seguro está que en lo público se explican de la manera que lo oíste en lo privado, porque todos abominan el egoísmo a bandera tendida. Ellos, unos con otros, lo analizan, lo desprecian y lo detestan; se quejan mutuamente de sus funestas resultas; confiesan que es el fomes de las guerras, de las sediciones, de los tratos falsos, de las intrigas, de las calumnias, de la depresión del mérito, de la exaltación de la iniquidad, del robo, de la herejía y de cuanto crimen se comete; ellos hacen que se azoran y se escandalizan de estas cosas; mur-

muran los unos de los otros en su ausencia; creen que todos son egoístas, menos ellos. Y por último, aun conociendo que lo son, exclaman: “¡Qué pícaro es Fulano! ¡Qué indigno! ¡Qué egoísta! Dios me libre de semejante vicio. Primero me muera que solicitar mi bien a costa de otros miserables. ¡Jesús me ampare! Y antes deje de existir que yo vea con indiferencia las desgracias de mis semejantes, etcétera.” Pero todo esto es con la boca, que en el corazón queda otra cosa. Y advierte que nadie es más hipócrita que el egoísta, porque, como se ama tanto, apetece, con más ansia que ninguno, la honra y la veneración que se debe de justicia a los verdaderamente buenos y sensibles. De lo que se puede concluir que los egoístas son pícaros de mediana malicia y, por lo mismo, más perjudiciales.

En estas pláticas, nos fuimos yendo hacia el Portal de los Mercaderes. Y cuando menos pensé, ya estábamos en el puesto de la *Gaceta*.

—Aquí —me dijo la Verdad—, haremos una pausa o descanso del paseo, porque no te faltará qué aprender en este sitio, que es el topadero de los sabios, de los juiciosos, presumidos, ignorantes y charlatanes. Aquí puedes estudiar algunos caracteres de los hombres que no saben disimular y aprender a distinguir la verdadera virtud y sabiduría del orgullo y de la necedad, apreciando, como debes, a los buenos y abominando de los malos.

En efecto, llegaron allí varios frailes, clérigos, militares, paisanos decentes y medio decentes. Lo célebre era que los que pagaban *efectá* los papeles públicos ni los leían allí, ni se quedaban por todo aquello, pero los coqueros que iban a leer de balde, que eran hartitos, todavía por el precio no les gustaban, porque los criticaban y los mordían a su gusto. Entre tantos, llegó uno preguntando por la *barata del Pensador*. Dijéronle que no la había y él mostró sentirlo, pues encarándose a un curru-cacho, que estaba de postema en la alacena, le dijo:

—¡Qué lástima que no halle yo ese papel! Lo leí en casa de un amigo y me ha gustado mucho, porque está muy gracioso y moral. Bien que a mí me gustan todas las producciones de este autor, porque cuanto escribe lo escribe con cierta sal que nos divierte. De cuando en cuando, salpica sus papeles de alguna erudición; tienen mucha moral; satiriza los vicios con

tino; y sobre todo, no se le puede negar la fluidez y facilidad del estilo con que, sin cansar al sabio, se hace agradable y perceptible al más rudo.

A lo que nuestro caballero contestó:

—Amigo, en gustos se gastan géneros. Y si no hubiera malos gustos, no se gastara lo anteado ni las porquerías del Pensador, pues yo por tales tengo todos sus mamarrachos. No he visto en mi vida papeles más insulsos. Nada dice que no esté dicho. Y fuera de esto, su estilo es un estilo de bodegón. Metáforas, alegorías, tropos, bellezas, flores de elegancia, ni las conoce. Erudición selecta ni la ha visto. Noticias exquisitas no las tiene. Términos castizos, exóticos y retumbantes ni los sabe. Sólo nos emboca moralidades añejas, sátiras frías y cuentos de cocina. Y esto con una cantinela monótona y nevada. Lo único que tiene es lo que más enfada: y es aquel estilo faceto, truhan y chocarrero con que, sin tener sal, quiere las más veces arrancar la risa a sus miserables lectores. Es verdad que el año de 1812 escribió tal cual papelucho con alguna energía, pero hoy está que ni él ni su sombra. De un semipolítico arrojado, se nos ha vuelto un gracioso sin gracia, un erudito sin libros, un predicador sin virtud, un satírico sin crítica y un hablador sin substancia. Yo, a lo menos, detesto sus papasales. No, no gastaré ni medio ni mi real para concurrir a mantener su ociosidad, ni a prolongar su manía de escritor insulso y despreciable, ni menos perderé el tiempo en leer sus insulsas producciones. Bástame saber que es un tonto de marca, escritor famélico y hablador por naturaleza.

Consideren, mis lectores, qué tal me quedaría yo al escuchar mis honras tan bien ponderadas por la boca de mi charlatán panegirista, a quien mi apasionado, que era un frailecito chiquitín y hartó sabio, sólo le dijo:

—Amigo, *quot capita, tot sententia*.⁷ A mí me gusta todo lo del Pensador. Será pasión, pero usted ¿no ha leído más que los papeles que escribió el año de doce?

7 “tantas cabezas, tantas frases.” Nota agregada.

–No, señor –contestó mi hombre–, y ni aun todos, sino sólo hasta el número 9.

–¡Oh, amigo! –dijo el religioso–, pues no es mucho que se yerre en el derecho cuando del hecho no se tiene noticia.

–Es –dijo mi rival– que los que han leído todos todos sus papeles me dicen lo mismo y yo difiero a su juicio.

–Pues yo, señor –dijo el fraile–, jamás difiero al parecer ajeno, pues éste lo dicta la amistad, la envidia o el encono. Y así, no escrupulizo en no esclavizar mi entendimiento al parecer de un amigo, porque aprecio más el desengaño que la amistad. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*⁸ Adiós, señores –dijo mi defensor. Y se mudó, quedándose mi rival rajando de mí y del fraile.

–Yo me quedé bien incómodo, porque a nadie le place que lo vituperen en su cara, ni que le afeen sus producciones. La Verdad me conoció el café que me había dado aquel ignorante presumido y me dijo:

–No seas tonto, no te alteres. Este es el riesgo a que se expone todo autor. Y es un riesgo no sólo inevitable, sino infalible. Unos aprecian una obra y otros la detestan. Unos la entienden, otros no. Unos la alaban, otros la condenan. Y no hay obra ninguna, por nueva, por erudita, por elocuente, ni por santa que sea, que carezca de partidarios y enemigos. El error, el encono, la envidia y otras pasiones influyen siempre en desacreditar las obras más curiosas y limadas. ¿Quieres poema más fogoso que la *Ilíada* de Homero? ¿Quieres poema más trabajado y metódico que la *Eneida* de Virgilio? ¿Has visto elocuencia, fluidez y persuasiva mayor que en las obras selectas de Cicerón? Y por último, ¿quieres obra más erudita, más veraz, más interesante, ni más santa, que el libro de los cristianos? Pues todas ellas han tenido sus rivales, sus momos y zoilos, que les han roído los zancajos. ¿Conque, qué tienes tú, pobre infeliz, que mosquearte de las murmuraciones de los que no te quieren, o no te leen,

8 “Platón es mi amigo, pero más amiga es la verdad.” Nota agregada.

o no te entienden, o te envidian? Porque la envidia se extiende al poco y al mucho mérito.

—Pero, señora, lo que siento es —le dije— que éste que me ha murmurado es un vano hablador, un erudito a la violeta, un charlatán con casaca y un necio que no es capaz, no digo de sostener conmigo una disputa literaria bajo la pobre capa que me veis, pero ni de señalar en mis obras los defectos que las supone.

—Estás electrizado —me dijo la Verdad—. Esas expresiones son hijas de la presunción. Eres un pobre ignorante; no sabes nada, ni eres capaz de disputar con aire de cosa alguna. Serénate y conócete, que en esto sólo harás mucho. Pero aun cuando fueras como uno de los que se llaman sabios —porque ni uno solo hay de esta clase en cualquiera facultad—, no tenías por qué enojarte por las maldiciones de los necios, pues está en el orden que éstos sean los más mordaces, vanos y envidiosos.

En esto, llegó al *puesto* un hombre como de treinta y siete a treinta y ocho años de edad, con una levita azul bastante traída y todo el resto del vestido igual, en la decencia, a la dichosa levita. Su genio era afable y cortesano, pero sus facciones harto duras, pues su semblante manifestaba su hipocondría en lo moreno. Su compás de cara era elíptico o largucho, sus ojos negros, tristes y un poco desiguales en simetría, su barba poca, sus dientes menos, su nariz regular y todo él un verdadero retrato de mí mismo.

Me quedé suspenso, notando aquella mi parecida figura y creyendo que yo, sin ser santo, sabía bilocarme. De este éxtasis, me sacó la Verdad, diciéndome:

—¿Has conocido a los que han venido a este sitio?

—A lo más conozco —le dije—, o por sus nombres, o de vista.

—¿Y a éste, que acaba de llegar, lo conoces?

—No, señora, aunque estoy notando que se parece mucho a mí.

—Esa es una de vuestras mayores desgracias —me dijo la Verdad—: conocer a todos, menos a sí mismos. De aquí es que conocéis los vicios de los otros, pero no los vuestros. Vosotros, los míseros mortales, sois

unos constantes reformadores del mundo, unos fiscales celosísimos unos de otros y unos predicadores fervorosos de los defectos ajenos. A nadie le faltan crímenes que notar en sus semejantes. De a legua los distingue. Y aun es vuestra perspicacia tan maldita y tan escrupulosa para los otros que las acciones más indiferentes, y aun las virtudes, os parecen vicios e hipocresías; pero para vosotros sois indulgentísimos y más que regularmente prudentes. Os amáis demasiado. Y por eso, o bien os consideráis impecables, o si vuestros delitos son tales que no se puedan ocultar a vuestras conciencias, los disculpáis con el mayor cariño, deseando que se adviertan en miniatura. Todo este desorden proviene de que ni os conocéis, ni trabajáis por conoceros, como tú no te conoces en ese fantasma que ves, que no es otro que tú mismo.

—¿Es posible, señora, que yo soy uno y dos? ¡Esto es un prodigio!

—No es —dijo la Verdad— sino una cosa muy corriente. Cada uno de vosotros es uno y dos. Uno en lo físico, dos en lo moral. Te explicaré con más claridad este fenómeno. El hombre, considerado en cuanto animal, es un individuo de la especie humana, que vale tanto como decir que es un hombre, pero considerado como animal racional, ya es dos hombres en uno: el material y el espiritual. De esta división, resultan aquellas dos leyes que san Pablo sentía en sí mismo y que todos vosotros sentís: la del *espíritu* y la de la *carne*. Por la primera, es un hombre pronto al bien; por la segunda, es un hombre inclinado al mal. Y por esto, advertís en vosotros tantas variedades interiores que os traen confusos y os hacen inconfesables, no sólo a los demás, sino a vosotros propios. Unas veces os advertís sensibles, otras duros. Unas veraces, otras embusteros. Unas espirituales, otras terrenas. Y unas, en fin, hacéis el mal con serenidad y otras os avergonzáis de haberlo hecho. Pero esto lo entenderás mejor después que escuches a esa mitad de tu esencia. Oye.

Aquella figura que se me parecía tanto, tomando los papeles del *puesto* en su mano, dijo:

—¿Qué trae el *Diario*? Trozos de copias, anuncios de robos, cosas que se venden, de la vacuna. Vaya, vaya, esto no sirve. A ver el *Noticioso*. Otro

que mejor baila. ¡Qué demonios de copiadores! ¿Qué no podrán discurrir sus editores alguna cosita original y ser autores alguna vez? ¿Cómo han de tener aceptación sus periódicos? Es preciso que ni se costeen. Yo, gracias a Dios, cuando no gano, no pierdo en mi *Alacena*. Ya se ve, escribo *frioleras*, pero las discurro, no las copio. Buenas o malas, son producciones mías, originales. Y me cuestan algún trabajo. Pero estos señores, que quieren tener dinero de mama, sentados, sin poner nada de su parte, sino sólo el trabajo de copiar, cosa que la puede hacer un indio carbonero, ¿cómo han de vender? Yo aseguro que si los tiempos no estuvieran tan malos, y si hubiera exportación de garitas afuera por todo el reino, había yo de hacer mi negocio con mis papeles, por más que se llamen *frioleras*.

—El *Diarista* y el *Noticioso* no se enmiendan con toda la rociada que les eché el otro día. Siempre copian, y más copian, por más que uno les diga. Es menester volver a sonarles el cuerito.

No acabó de pronunciar esta palabra mi fantasma cuando se unió conmigo y se me metió para dentro, de suerte que yo creí que había acabado de hablar yo mismo todo lo que él dijo.

Entonces, la Verdad, volviéndose hacia mí, me habló de esta manera:

—¿Ya ves cómo esa imagen eras tú mismo? ¿Piensas de otro modo? ¿Te has explicado de otra suerte? No lo podrás negar, siempre que te acompañe la Verdad, como ahora. Pues saca el fruto que debes de esta lección, concóctate a ti mismo y advierte el fondo de soberbia que incluyen tus sentimientos. Tú has reprochado, en lo verbal y con la pluma, el método de aquellos periodistas, creyendo que tú debes tener la preferencia sobre ellos porque eres autor, pero no conoces que esta preferencia a que aspiras es un efecto de tu desordenado amor propio y sin advertir que, por más que escribas, jamás escribirás cosa tuya, ni dejarás de ser un copiadador miserable, ya que no de las palabras, de las ideas de los demás que han escrito primero que tú, porque *nil sub sole novum*.⁹ Nada se puede decir que no esté dicho. Tú no hallas sino defectos en los otros papeles. Y en los tuyos te

9 “nada nuevo bajo el sol.” Nota agregada.

parece que no hay sino primores o, a lo menos, te persuades a que los trabajas con cuidado y que no tienen defectos notables. Pero te quiero hacer ver uno garrafal, entre muchos, para que veas cuán precipitado escribes y cuán necio eres, pues incurres en unos descuidos tan groseros. Mira, aquí, en esta misma alacena está el número III de la tuya, en que hablan *Mariquita y Serafina*.¹⁰ En la primera plana, pregunta Mariquita a Serafina “que de dónde viene” y ésta responde “que de los toros”. Siguen su conversación y, al despedirse, dice Mariquita: “Vámonos, van a dar las once y tenemos que ir al Parián.” Pregunto ahora: ¿de qué toros venían éstas? ¿De los de la tarde? No, porque no habían sido. ¿De los de por la mañana? Tampoco, porque éstos son a las once y no habían dado. Conque ¿de qué toros venían? ¿Ya ves en qué yerros tan crasos incurres? Pues ¿cómo piensas que escribes algo bueno? ¿Cómo buscas disculpas para la poca venta de tus papeles, alegando la pobreza del tiempo y la obstrucción de los caminos, sin conocer que la verdadera obstrucción está en el poco mérito que tienen y sin conceder igual disculpa al *Diario y Noticioso*?

—Fuera de esto, ¿quién te ha constituido fiscal de los periódicos? ¿Qué te va o qué te viene de que el público gaste, bien o mal, su medio o su real? ¿Eres tú su papá del público o a ti te viene a pedir los medicillos que invierte en esas cosas? Conque es preciso que adviertas que, aun cuando tu crítica no la excite alguna oculta envidia, no puedes dejar de ser tenido por un entremetido. De todo cuanto te he dicho, debes sacar por fruto el conocerte a ti mismo. *Nosce te ipsum*¹¹ era la gran máxima de Diógenes.

Yo estaba fruncido con semejante represión, viendo que no podía negar la chusma de verdades que me había refregado en mi cara la Verdad, pero ésta me dijo:

10 José Joaquín Fernández de Lizardi, “Sobre la diversión de toros”, en *Alacena de frioleras* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 4 de mayo de 1815), núm. II. *Obras. IV - Periódicos*. Alacena de Frioleras / Cajoncitos de la Alacena/ Las sombras de Heráclito y Demócrito / El Conductor Eléctrico, adver. de María del Carmen Millán, recopil., ed., notas y pres. de María Rosa Palazón (México: UNAM, 1970), pp. 103-122. Nota agregada.

11 “Conócete a ti mismo.” Nota agregada.

—Serénate: yo reprendo a los hombres para su enmienda, no para su confusión. Tú y yo somos amigos, pero la justicia debe comenzar por casa.

En esto, llegó platicando con otros, vestido de ceremonia, el egoísta blasfemo que habíamos oído por la mañana, pero afectando tanta sensibilidad y dolor por sus dependientes muertos que, por no escucharlo, nos retiramos de allí.

¡Válgame Dios, y por cuántas partes me anduvo trayendo la Verdad en este tiempo! ¡Qué tierras vi, qué usos noté, qué corruptelas advertí y de cuántas cosas me desengañé con su compañía!

No hay duda: yo vi cosas admirables y cosas horribles. No hubo casa donde no entrara, convento, colegio, cuartel ni corporación que no viera. Conocí a los hombres en los rincones de sus casas, los oí discurrir a sus solas y poco me faltó para no imponerme del mecanismo con que piensan. Y a excepción de pocos, los más de ellos me hostigaron y me escandalizaron gravemente.

Cuando yo leía en David “que todo hombre era embustero, que no había quien obrara bien”, etcétera, me azoraban y veneraba las palabras de un rey inspirado por Dios, pero no podía concebir literalmente cómo pudiera estar el mundo tan generalmente depravado. Mas luego que me acompañé con la Verdad y me hizo conocer a los hombres según son, y no según lo que aparentan, no pude menos que creer, a puño cerrado, al santo profeta. Y un día, comunicándole a la Verdad mi pensamiento, la dije:

—Admirado estoy, señora, de la general corrupción del género humano. Entre cada ciento —y me parece que me excedo—, apenas hallamos un hombre completamente bueno —en lo que cabe en esta vida miserable—, porque el que no es jugador, es borracho; el que no es borracho, es lascivo; el que no es lascivo, es ladrón; el que no es ladrón, es deslenguado, o embustero, o calumniador; el que no es esto o aquello, es cruel; el que no es cruel, es irreligioso; el que no es irreligioso, es usurero; el que no es usurero, es impío; en fin, el que no tiene un vicio, tiene mil, y el que no tiene mil, tiene alguno. Y como para ser mala una cosa basta con que tenga algún defecto, así como para que sea buena necesita serlo completamente, según

aquello de *bonum ex tota sua parte, malum quocumque defectu*,¹² se asegura bastantemente mi opinión, esto es, que todos los hombres están dados a Barrabás, según son de falsos y malvados.

—Así es —dijo la Verdad—, con la excepción debida que apuntaste. Mas has de advertir que este mal general o, por mejor decir, comunísimo, no es de ahora, ha sido lo mismo desde el principio del mundo, en todos tiempos y en todas las naciones, porque los hombres son frágiles y corrompidos por la naturaleza viciada. Y de ahí se sigue que están siempre dispuestos al mal y lo cometen a cada instante, siendo un milagro de la gracia el que se abstengan de cometerlo.

—Lo que a mí me da más cólera —dije— es ver cómo se valen de los nombres de la verdad, justicia, integridad y demás virtudes para solapar sus crímenes. El ladrón dice que la necesidad de cumplir con sus obligaciones lo incita al robo. El usurero, que por hacer bien presta a usura. El embustero dice que miente en obsequio de la paz. El vengativo dice que su rencor es castigo de la maldad. El soberbio dice que es íntegro. El libertino, que es corriente. El avaro, que es económico. El pródigo, que es liberal. Y así todos. Pero ahora que sé tanto, y que me los habéis hecho conocer por unos hipócritas, yo los acusaré a la faz del mundo; yo daré sus señas para que no se fíen de ellos; y yo los pondré a la media naranja, con mi pluma.

—No hagas tal por ahora —me dijo la Verdad—, porque si dices todo lo malo que ves y adviertes en estos tiempos, te harás fastidioso y te conciliarás mil enemigos. Hablo de ciertos vicios, que son tan públicos que, por más que disimules a sus profesores, ellos solos los declaran de a legua.

—Pues qué se ha de hacer, señora: respetaremos los delitos y omitiremos su crítica por miedo de los delincuentes.

—A lo menos —dijo la Verdad—, tú bien puedes omitirla, ya porque hay tiempos de callar y ya porque no todo lo que se sabe se puede decir siempre.

12 “el bien en todas sus partes, el mal en cualquier deficiencia.” Nota agregada.

En estas pláticas íbamos entretenidos por la calle del Reloj, cuando le dije a la Verdad:

–Señora, estamos en vísperas de finados. El portal y plaza están llenos de concurrencia y, supuesto que vamos de paseo, en esos lugares tendremos muchos objetos en quienes ejercitar, cuando no la crítica pública, a lo menos la privada, para mi particular enseñanza.

–Tú eres un hipócrita, como tus compañeros, los mortales de quienes tanto te escandalizas –me dijo mi mentora–. Lo que solicitas no son lecciones morales, sino diversiones de portales. Mas por ahora no las disfrutarás, porque te tengo de llevar esta noche a otra parte, donde te diviertas más y saques más provecho, sin duda alguna.

Decir esto y hallarnos en la puerta de un camposanto, todo fue uno.

–Entra –me dijo mi conductora con una voz tan imperiosa que no osé desobedecerla.

Entramos a aquel lugar triste y sombrío. Y yo, todo sobrecogido de pavor y erizándoseme el pelo a cada ruido de las hojas de los árboles, rezaba sudarios y responsorios sin cesar, temblando a la manera que tiembla un atarantado. La Verdad conoció mi temor y me dijo:

–No temas. Alienta, que estando yo a tu lado nadie te dañará en lo más mínimo. Esta es mi casa y mi principal morada, porque la casa de la muerte es el asiento de la verdad: cuantos en el mundo me desprecian, aquí me respetan y reconocen.

En esto, escuché una voz que se mecía de los aires y gritaba:

–Levantaos, muertos, que hoy tenéis asueto.

Y al momento, vi que se levantaban los trozos de tierra que cubrían unos, otros en frezadas y algunos en petates. Y dividiéndose en corrillos, se pusieron a charlar amigablemente por aquellos recintos del espanto.

Si no me da la mano la Verdad, voy al suelo con semejante visión, y más cuando, casi junto a nosotros, se sentaron dos amortajados y un enfrazado a platicar muy despacio. Pero la Verdad me dijo:

—No temas. Atiende lo que dicen estos esqueletos y verás qué errado es vuestro refrán que asegura que *hombre muerto no habla*, pues, en efecto, los muertos hablan y muy bien. Óyelos.

Ya se deja entender que tanto por la poca luz de la noche, cuanto por el mucho miedo que yo tenía, no procuraba informarme de las caras de los señores muertos, pues apartaba la vista de ellos lo mejor que podía. Pero no pude hacer otro tanto con el oído, porque lo tuve pendiente de su conversación y conocí que dos de ellos eran viejos y el tercero era mocetón. Asimismo, supe sus nombres. Él, un viejo, se llamaba don Tristán; el otro, don Profundo; y el mozo, Miguel. Pondré en diálogo su tertulia, para excusar a los lectores el fastidio que causa la repetición de *dijo fulano, respondió mengano, contestó citano*, etcétera.

DIÁLOGO DE TRES MUERTOS

DON PROFUNDO: Tiempo hace, amigo Tristán, que no logramos salir a explayarnos un poco sobre la tierra.

DON TRISTÁN: Es verdad, don Profundo. Desde que murieron los célebres Quevedo y Villarroel, que nos sacaban de la huesa a cada nonada, se han olvidado de nosotros los hombres y sólo nos dan estos asuetos por campanada de vacante, dejándonos todo el año pudrir en los sepulcros, como unos perros.

DON PROFUNDO: Qué hemos de hacer, si somos como santos de palo cuando pasan sus fiestas, que los arrinconan y envuelven y ya no se acuerdan de ellos hasta el año siguiente.

DON TRISTÁN: No era así cuando vivíamos con ellos. ¡Qué amistades! ¡Qué visitas! ¡Qué obsequios! ¡Qué rendimientos! ¡Y qué cumplidos no me hacían a cada instante!

DON PROFUNDO: Esas eran adulaciones porque tenía usted dinero. Lo mismo me pasaba a mí, pero como cuando morimos les dejamos nuestros bienes a los hombres, queramos o no queramos, de ahí es que ellos ya no se acuerdan de nosotros, porque donde cesa la causa cesa el efecto. La causa o el muelle que movía sus amistades y sus lisonjas hacia noso-

tros era nuestro oro y nuestra plata, encerrados en nuestras arcas y distante de sus manos, pero como cuando morimos entró nuestro tesoro en su poder, se acabó el estímulo de su codicia y, de consiguiente, el origen de sus artificiosas adulaciones y faramallas.

DON TRISTÁN: Esa es una verdad, pero lo peor es que la venimos a conocer muy tarde... ¿Mas quién es este pillito que se nos ha enterciado en la conversación?

DON PROFUNDO: No lo conozco.

MIGUEL: ¿Tan desfigurado estoy, señores, que no me conocéis? ¡Válgate Dios!, lo que es ser pobre. Hasta en la sepultura se desconocen y confunden. Ya se ve, como que entran sin nombre, sin aparato y sin ruido, como vosotros los ricos. Pero día vendrá en que se olviden estas distinciones.

DON TRISTÁN: No se incomode, amigo, que ya para nosotros llegó ese día y aquí todos somos muertos sin distinción alguna. Pero está a medio des pellejarse y aún no se le acaba de mondar la calavera. Advertimos que es un muerto fresco y de noche no lo podemos conocer. Díganos, pues, quién es y sáquenos de dudas, para que continuemos platicando.

MIGUEL: Yo me llamo Miguel, que serví a usted de portero muchos años en el mundo.

DON TRISTÁN: Es verdad, "Miguelillo", es verdad. Ya te conozco. Dame un abrazo. ¿Y qué tanto ha que andas por acá?

MIGUEL: No ha ocho días.

DON TRISTÁN: ¿Y por qué no tienes mortaja?

MIGUEL: Porque luego que me enfermé en la casa donde estaba sirviendo, me despacharon al hospital. Y allí morí. Y me tiraron envuelto en un petate. Antes, por fortuna, estaba esta frazada vieja junto a mí, en la sepultura. Y me la cobijé para salir acá fuera, que hace algún frío.

DON TRISTÁN: ¡Qué ingratitud de amos! ¿Conque mientras fuiste útil en esa casa te mantuvieron en ella y en cuanto te enfermaste te abandonaron y te echaron al hospital?

MIGUEL: Así fue y así es en todas partes. Esto no es nuevo: antes fue dicha que me admitieran en el hospital, que si no, mayores son mis trabajos, pues mi pobre mujer no alcanza ni para comer con sus criaturas.

DON TRISTÁN: El que una mala acción sea común entre los hombres no la justifica. Es una ingratitud imponderable que, después de servirse de un buen criado todo el año, apenas se enferma en su servicio, luego luego lo arrojan a la calle, justamente cuando más necesita de la caridad y gratitud de sus amos. ¿Y por qué te enfermaste?

MIGUEL: Porque una noche que anduvo mi amo de baile en baile con la señorita, en coche, me cayeron encima dos o tres aguaceros que, junto con la desvelada, me acarrearón un tabardillo que en siete días las lié.

DON TRISTÁN: ¿Qué dice usted compañero? ¿No son éstas bribonadas y picardías? Tratar con tan poca caridad a los criados cuando sanos y arrojarlos de casa aun cuando se enferman por su causa.

DON PROFUNDO: No se pueden sufrir las iniquidades de los hombres. ¿Y quién era ese caballero a quién servías?

MIGUEL: Un tal don Policarpo de no sé qué. Él tiene un apellido arrevesado, pero es quién sabe qué, que tiene su casaca con colorados y vive en la calle de los Donceles, número 54.

DON TRISTÁN: ¿Es posible? Pues yo conozco a ese sujeto. Fue muy mi amigo. Por señas que tiene sus pestañas negras y sus labios colorados.

MIGUEL: Es el mismito, señor, sí, es el propio. Las señas son singulares y no mienten.

DON TRISTÁN: ¿Y con quién se casó ese caballero?

MIGUEL: Con doña Julia Garzopeta.

DON TRISTÁN: No me lo digas, hombre, no me lo digas.

MIGUEL: ¿Por qué, señor?

DON TRISTÁN: Porque me das una pesadumbre, pues esa ingrata era mi mujer y ese pícaro era mi amigo. Ella decía que me amaba mucho y que jamás se casaría con otro. Y él me juraba su amistad y que nunca me olvidaría, por lo cual yo lo dejé de albacea. Y vea usted lo que pensaron esos perros. Pero dime, hombre, ¿me sintió mucho mi mujer?

MIGUEL: Yo, señor, pienso que no, porque todavía estaba usted caliente en la cama y ya la señorita andaba retozando, a escondidas de las visitas, con mi amo don Policarpo.

DON TRISTÁN: ¡Mire qué bribona! Conque ¿ese tamal ya estaba calentándose antes de que yo muriera?

MIGUEL: En eso, no hay duda. A lo que me parece, antes de ajustar el entierro fueron a conchabar el casamiento.

DON TRISTÁN: Si sería, si sería, sobre que son unos pícaros ambos. Pero más pícaros aquellos que se afanan y se exponen a padecer en estos países lo que Dios sabe para adquirir caudales que dejarles a semejantes ingratos.

DON PROFUNDO: No se aflija, compañero, ¿qué hemos de hacer? Dime, Miguel, ¿todavía son los hombres tan locos como siempre?

MIGUEL: Cada día están más rematados. En eso, no hay novedad.

DON PROFUNDO: ¡Ah!, si supieran lo que por acá se pasa, no serían tan locos y atronados. Ya yo y el compañero no nos la podemos acabar con el purgatorio. No tenemos otro consuelo que esperar que cumplan nuestras mandas los albaceas, que restituyan conforme nuestros comunicados y que los fieles hagan bien por nosotros para salir de penas.

MIGUEL: La esperanza no me parece mala en uno u otro caso, pero en lo común, señor, es esperanza vana, porque los más albaceas son unos ladrones declarados.

DON PROFUNDO: Esos serán otros, pero no el mío, que era un hombre muy arreglado y habrá cumplido y estará cumpliendo mi testamento prolijamente.

MIGUEL: ¿No fue su albacea de usted don Santiago Cabañuelas?

DON PROFUNDO: El mismo. Y ya ves que es un hombre de bien a toda prueba.

MIGUEL: Y tanto que ya los niños andan en cueros y atenedos a la caridad de la casa patriótica, donde los puso como huérfanos después que tiró el caudal de usted, que no tardó dos años en la maniobra.

DON PROFUNDO: ¡Hombre! Miguel, ¿me engañas? ¿Qué dices?

MIGUEL: Los muertos ya no mentimos. Haga usted cuenta que ha visto lo que digo. Los niños andan huérfanos y descarriados, los acreedores quedaron sin pagarse, las mandas sin cumplirse, las limosnas no se han dado, las misas no se han dicho, el caudal se disipó como el humo del cigarro y el albacea anda pereciendo, aguardando, por horas, que se lo acabe de llevar el diablo... No llore usted, señor. Esas lágrimas son excusadas. Esto mismo o peor acaece a los más de los ricos, sus compañeros. Contraen deudas y no las pagan cuando viven, ni dan una limosna, ni se mandan decir una misa, y luego se vienen al sepulcro muy satisfechos en que lo hará todo el albacea, como si los albaceas no fueran hombres, y tan codiciosos como el que más. Cuánto mejor no fuera que hicieran en vida sus testamentos y los fueran cumpliendo por su mano, pues ya se sabe que *a lo tuyo tú y no hay otro como tú*.

DON PROFUNDO: Dices muy bien, Miguelillo. Mas ya esos consejos son útiles sólo para los vivos, pues nosotros los muertos, y de mi clase, apenas tenemos el remoto consuelo de esperar los sufragios de los fieles. Y me explico así porque si nuestros herederos, nuestros albaceas y aquellos a quienes dejamos qué comer no se acuerdan de nosotros, ¿qué harán los extraños que apenas nos conocen? Sin embargo, son nuestros hermanos y siquiera en estos días, que el calendario acuerda el 2 de noviembre y la santa iglesia hace nuestra conmemoración, es muy regular que se dediquen a encomendarnos a Dios.

MIGUEL: Así debía ser, pero los más sólo tratan de divertirse estos días a nuestra costa. ¿Qué, ya no se acuerda usted de sus tiempos, cuando paseaba con la señora en el portal en tales días? Pues ahora es lo mismo y un poco peor, pues se pone un bonito campamento en la plaza, de mesitas de dulces, frutas y otras golosinas; se ilumina de noche; y allí se pasean los fieles y hasta se baila...

DON TRISTÁN: Tú nos vuelves locos, Miguel. ¿Hasta se baila?

MIGUEL: Sí, señores, hasta se baila.

DON TRISTÁN: ¿Y qué, será por vía de sufragio?

MIGUEL: Yo no lo sé, pero se hizo así el año pasado. Por señas, que les cayó un aguacero a las niñas, que quedaron los zapatitos de raso inservibles.

DON TRISTÁN: Calla, Miguel, calla por la Virgen, que más nos atormentas con esas noticias. ¡Qué ingratos son los hombres!

DON PROFUNDO: ¿Ahora estamos en eso? La ingratitud de los vivos es la causa de que los muertos o sus almas se detengan en las mansiones del horror, sin acabar de llegar a su destino. Vámonos, que hasta respirar el aire que ellos respiran pienso que nos ha de perjudicar.

DON TRISTÁN: Dice usted muy bien. Vámonos, Miguelillo, a nuestros perpetuos agujeros, hasta el último día de los tiempos, mientras que la fuente de la piedad se compadece de nuestros espíritus y hace que, purificados de sus imperfecciones, *requiescant in pace*.¹³

MIGUEL: Amén. Y esa es la mejor confianza y la más segura, porque atenerse a los hombres, en su mayor parte, es echar guindas a la tarasca. Vámonos.

Con esto desaparecieron los platícones en un momento, substituyendo su lugar una caterva de muertos que, en número como de treinta a cuarenta, pasaron por delante de mí, hechos una bola, afianzados unos con otros, con las mortajas remangadas, dándose terribles canillazos y partiéndose las calaveras a golpes.

Parecióme aquel grupo ridículo, a las pendencias de las indias del volador, y más cuando, al compás de la ruidera que formaban las osamentas, sólo se oía decir: él lo será, no sino él, y más ladrón es él que yo, y si robó poco fue porque no le quedó más, y otros insultos semejantes, hasta que, disparándose sobre ellos un diablo feo y narigudo, con un látigo en la mano, comenzó a azurrarles los esqueletos con mucha furia, diciéndoles:

—Afuera, ladronazos malditos, afuera o adentro de vuestros sótanos, sinvergüenzas, dejaos de golpear, que nosotros los demonios desempeñaremos mejor esa comisión, atormentando vuestros espíritus y cuerpos mientras dure la eternidad.

13 “descansen en paz.” Nota agregada.

Así, a cuartazos y amenazas, acabó aquel diablo con el pleito y los litigantes se zamparon bajo de la tierra, dejando en su superficie una porción de papeles que, según vi por uno que cayó a mis pies, eran testamentos, codicilos, legados, escrituras, autos, inventarios, etcétera.

Luego que pasó aquella escena, me dijo la Verdad:

—Todos esos pobres condenados, que has visto reñir sobre quién era más ladrón, fueron en el mundo albaceas, curadores *ad bona*¹⁴ y *ad litem*,¹⁵ tutores, apoderados, varones de confianza y semejantes sujetos que, con diversos nombres, manejaron los caudales ajenos. Y todos ellos se han condenado porque sólo fueron *tenedores de bienes*, esto es, porque, abusando de la confianza de sus poderdantes, malversaron sus haberes y no los restituyeron nunca. Y por eso, se tratan de ladrones, como que no fueron otra cosa. Mas ya aquí no hay más que ver, vámonos.

Al ir yo a salir de aquel cementerio, o lo que era, no advertí en una sepultura que estaba abierta y caí en ella, siendo tal el susto que llevé — como si no tuviéramos todos la sepultura bajo nuestros pies— que, al estremecimiento de mi cuerpo, desperté de tan provechosa pesadilla.

14 “de bienes.” Nota agregada.

15 “para los efectos del juicio.” Nota agregada.

BIBLIOTECA

ANÓNIMO¹

EN UNA OCASIÓN, ENTRÉ EN LA DE UN MILORD, en donde encontré a una criada de Milady con una rica servilleta adamascada en la mano y tomando uno a uno los libros para sacudirles el polvo –lo que ejecutaba con tanta delicadeza como si fuesen de cristal–; y después, los colocaba en su lugar. Me suplicó le perdonase el que no dejara su ocupación –que concluiría pronto–, porque los libros estaban tan descuidados que no podían conservarse de aquel modo.

A la verdad que la vista de este brillante espectáculo me sorprendió. Las tablas de los estantes estaban puestas con tanto arreglo que en las más bajas cabían tomos de a folio y las demás iban disminuyendo las distancias, de modo que en la más alta sólo cabían los en doceavo.

Todos los libros que estaban en una tabla eran perfectamente iguales y no se diferenciaban, sino en los lomos de las pastas. Casi todos tenían sus rótulos, pero puestos con colores diferentes. Las cubiertas de algunos eran encarnadas; muy pocos las tenían negras; las demás eran azules, verdes, amarillas. Y de distancia en distancia, se encontraba uno encuadrado en pergamino tan blanco como la nieve, con su letrero negro para mayor contraste.

Al principio, me detuve a cierta distancia, para contemplar mejor aquella hermosa perspectiva, pero después la curiosidad me obligó a entrar en examen más individual. Tuve el gusto de encontrarme con los mejores autores antiguos y modernos y hojeé algunos. Mientras que estaba meditando en una obra filosófica, entró Milord. Parecióme que venía disgustado, lo

1 Anónimo, “Biblioteca”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 25 de agosto de 1815), t. vi, núm. 56, pp. 1-3. Se indica: “L. de v. soc.). Véase P. D. J. B. D. v., *Lecciones de virtudes sociales* (Madrid: Repullés, 1807), t. I, pp. 53-58.

que atribuí a alguna incomodidad que habría tenido. Y como la buena crianza exigía que yo prefiriese su conversación a mi lectura, dejé ésta con disgusto y al libro en su lugar. En la alegría que le noté al instante que hice esto, conocí que su inquietud provenía de haberme visto con el libro abierto, teniendo un polvo de tabaco en la mano. Me dijo se alegraba mucho de encontrarme, porque si no no hubiera sabido qué hacerse. Contesté a su atención, diciéndole que con tan buenas obras no se podía estar sin diversión.

—Sí —me respondió—, la colección que he formado de ellas no es mala, pero en lo que yo me ocupo en el día es en estudiar el carácter de los hombres, pues cuando salí a viajar ya había concluido mis estudios. No es ud. el primero a quien ha gustado mi biblioteca. Y muchos me aseguran que tengo mucho gusto para adquirir libros.

Enseguida, me enseñó un *Pastor Fido*, con pasta verde, adornada de hojas de mirto; un tomo del *Tillotson*, con negra, y pequeñas mitras y báculos dorados en el lomo; y los *Comentarios de César*, con encarnada y oro. Después, me hizo algunas reflexiones sobre la utilidad de sus observaciones en el tiempo de sus viajes y me confesó que la idea de encuadernar los libros de aquel modo la había tomado por consejo de un abate francés.

Concluido esto, nos sentamos a la mesa. Milord pidió el agua para el té y me suplicó le diese uno de los libros que estaban puestos uno sobre otro en la tabla que tenía a mi espalda, lo que fui a verificar. Y queriendo tomar el que estaba encima, noté que estaban pegados unos a otros. Milord se rio de mi chasco, diciéndome que aquella era la caja de té y que no era yo el primer engañado. Me puse a mirarla con cuidado y vi que el primero servía de tapa, pero con las charnelas y agujero de la llave ocultos con tanto arte que no se veían fácilmente a la primera ojeada. Al mismo tiempo que observaba esto, reparé con gran sentimiento mío que estos fingidos libros tenían un rótulo que decía *Obras de Pope*. ¡Pobre Pope! ¡Con cuánta razón se hubiera enfadado si hubiese visto que bajo el nombre de sus obras se tenía una caja de té! Viéndome Milord muy atento a los letreros, me dio la razón por qué los había mandado poner.

—¿Qué quería ud. que hiciese? —me dijo—. El crédito de mi biblioteca exigía que yo tuviese las obras de este poeta, pero me faltaba lugar para colocarlas y no era mi ánimo desarreglar mis libros. De modo que para salir del apuro me pareció que era lo mismo comprar la edición en casa del ebanista que del librero.

Aparenté ser de la opinión de Milord, sin querer decir lo que en mi interior pensaba. En este intermedio, entró su banquero. Y después de haber oído a Milord dos o tres chanzas sobre los libros de éste, que los prefería a los de la mejor biblioteca, los dejé que trataran sus negocios y me despedí, haciendo mis serias reflexiones sobre la utilidad de la mayor parte de las bibliotecas y de la sabiduría de sus dueños. Mucho mejor sería que en lugar de tener, por lujo, una biblioteca, en que se gasta mucho y nadie se aprovecha de ella, pues sus dueños no prestan un libro, cada uno tuviese, a lo menos, aquellas obras elementales de su profesión y las leyese una y muchas veces, pues este sería el medio seguro de desterrar la ignorancia, que por nuestra desgracia es tan general.

INVOCACIÓN A LA LUNA, A IMITACIÓN DE OSSIAN

ANÓNIMO¹

HIJA DE LOS ASTROS, ¡CUÁN BELLA me pareces! ¡Oh luna, mundo brillante, tú, que representando tu faz encantadora dulcemente agitas mi corazón y le arrancas todas sus penas mortales! ¡Oh, y cuánto me complace la dulzura que viertes sobre todos los entes que te contemplan! Llena de atractivos te paseas, conduces tu carro majestuoso y en las oscuras regiones del oriente sigue tus pasos, llena de incertidumbre, la estrella matutina. Las espesas nubes, oprimidas unas con otras, balancean sobre sí y sus negros flancos, iluminados con tu presencia majestuosa, despidiendo repentinamente mil rayos, llenan de luz todos los imperios. Nada se te puede igualar. Reina de las noches, que tantos rayos despidas desde tu trono, al presentarte a las estrellas, vacilando, muchas huyen, se esconden de vergüenza y pierden aquel fuego que reflectando en ellas presentaba mil soles en los espacios. Pero ¿a dónde te ocultas cuando la espesa y negra sombra cubre tu carro y los nobles caballos que de él tiran? ¿Vives acaso como Ossian cuando acabas tu carrera o duermes tristemente en la noche de las tumbas? Ya no veo a tus lados aquellas hermanas tiernas que a tus placeres unían su inocente contento. ¿Qué mano las arrojó de las celestiales alturas? ¡Ah!, víctima de sus penas, sin duda, huyes muchas veces para ocultar en ángulos tenebrosos tus gemidos y lamentos amargos. Dime, oh luz soberana, ¿vendrá acaso el momento en que nuestra vista afanada correrá todas las regiones del viento para contemplar tu belleza y se cansará en vano? Si llega este momento, todos esos astros que eclipsaste parecerán

1 Anónimo, "Invocación a la luna, a imitación de Ossian", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 16 de septiembre de 1815), t. VI, núm. 78, pp. 3-4. Se indica: "M. Casimiro Varon." Véase *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 12 de julio de 1787), pp. 37-38.

más brillantes que jamás y se afanarán en celebrar tu inesperada caída. Mas aún sigues tu carrera con la luz que antes tenías. Hija de los astros, ven, sal de tu palacio. Y vosotros, oh vientos, romped sin tardanza las espesas nubes cuya sombra me priva con violencia de su vista. ¡Ah!, ya la veo brillar en los campos y platear las humildes cabañas de los pastores. ¡Cómo agita el océano sus verdes olas a la claridad de sus rayos, que vuelven a visitarlas! Ahora me pareces mucho más bella, reina de las noches; ahora reanimas más que nunca mis cantos. Y vuelvo a saludarte, ¡oh diosa inmortal!

RASGO MORAL. IMBECILIDAD DEL HOMBRE Y SABIDURÍA DE LA DIVINA PROVIDENCIA

SAMUEL JOHNSON¹

LAS DOLENCIAS DEL ÁNIMO OCURREN CON MÁS FRECUENCIA de lo que creen los observadores superficiales. No hay hombre alguno en quien la imaginación no predomine, algunas veces, a la razón. Y semejante esclavitud de la mente es un género de locura temporaria. El que se deleita en la silenciosa especulación frecuentemente suelta la rienda a visiones aéreas y se explaya en los ilimitados campos de lo futuro, lisonjeando sus deseos con gozos imposibles y confiriendo a su presunción un dominio inasequible. A veces, preocupa la atención algún raro conjunto o serie de ideas. El espíritu, esté o no cansado, va siempre a parar al objeto favorito y el dominio de la imaginación se hace despótico. Entonces, las ilusiones parecen realidades; las opiniones falsas ofuscan o entorpecen el entendimiento; y la vida se pasa en sueños de placer o miseria.

Un astrónomo egipcio, que había consumido cuarenta años en observar con infatigable desvelo el movimiento y apariciones de los cuerpos celestes, aprehendió se hallaba revestido del poder de regular los tiempos y variar las estaciones. Creía que el sol obedecía sus mandatos y que pasaba de un trópico a otro por su dirección; que las nubes brotaban a su voz de los montes meridionales; que las inundaciones del Nilo se gobernaban por su voluntad; que mitigaba el excesivo ardor de la estrella cani-

1 Anónimo, "Rasgo moral. Imbecilidad del hombre y sabiduría de la divina providencia", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 23 de septiembre de 1815), t. vi, núm. 85, pp. 1-2. Véase Samuel Johnson, *El príncipe de Abisinia*, trad. de Inés Joyes y Blake (Madrid: Imp. de Sancha, 1798), pp. 141-150. *Instrucciones de un padre a sus hijos*, trad. de Don Joseph Manuel Antolines, ed. de Don Christoval Manuel de Palacio y Viana (Madrid: Imp. de Alfonso López, 1786), pp. 83-88.

cular; que limitaba o contenía las tempestades equinocciales; y que dispersaba las lluvias y la serenidad a las varias naciones de la tierra.

Tal poder, aunque imaginario, era demasiado para la debilidad de un hombre. Y el astrónomo se hallaba sumergido en el océano de un oficio cuyo desempeño le fatigaba mucho cumplirlo con justicia, imparcialidad y benevolencia universal. Los discordes clamores de diferentes regiones y climas y los opuestos requisitos de los varios frutos de la tierra en un mismo distrito embarazaban su ánimo con incesante cuidado, suspensión y perplejidad. Si permitía a las nubes derramar sus tesoros en los sedientos desiertos de la Arabia, impetuosos torrentes trastornaban los fértiles valles o llanuras de Bassora. Y cuando enviaba una borrasca para borrar el pestilencial samiel,² que causaba muertes y desolación, naufragaba en el Golfo de Ormo una flota cargada de las más ricas mercaderías. Los ardientes rayos del sol, en tanto que maduraban la dulce uva de Esmirna, destruían la cosecha de granos y abrasaban los pastos de los campos. El filósofo creyó podría, quizá, remediar estos males mudando el eje de la tierra y variando la eclíptica del sol. Pero halló ser imposible una mudanza de posición con que el mundo mejorase. Y temía el daño que podría ocasionar a distantes y desconocidas partes del sistema solar. Oprimido de congoja, pidió, de veras, al supremo motor del universo le eximiera de la penosa preeminencia con que había honrádole.

—Padre de la luz —exclamó—, sólo vuestra omnipotente mano y ojos que todo lo ven pueden contrastar al poderoso imperio de este globo. Las varias operaciones de la naturaleza exceden mi limitada comprensión y ya echo de ver, con reverencia y humildad, que para dispensar el bien y el mal en todas estas varias combinaciones que constituyen el armonioso sistema en que consiste el bien general nada menos se requiere que una sabiduría infalible, una inviolable rectitud y un poder soberano.

2 El samiel es un vapor repentino a que están expuestos los caminantes en los desiertos de Arabia, en los meses de junio, julio y agosto. Causa muerte repentina a todo hombre o bestia que acierte a estar en su camino. Esta pestífera niebla pasa prontamente y sin extenderse mucho, antes bien va, en cierto modo, en forma de arroyos o corrientes no muy anchos.

La deidad atendió con lástima a una súplica nacida de un corazón sincero y rendido. En el engaño del astrónomo, vio y se apiadó de la flaqueza de la naturaleza humana. Y corroborando su arrepentimiento y convicción de sus yerros, le curó misericordiosamente de aquella locura que padecía.

FÁBULA

ANÓNIMO¹

LOS LOBOS PADRES

a sus hijuelos

les traen la caza

viva a su lecho;

les dan lecciones

en este tiempo

que andar no pueden

de carniceros.

Ellos se enredan

con un cordero;

dan dentelladas,

las más al vuelo;

y al fin y al cabo,

tiene el buen viejo

que tomar cartas

en su pellejo.

Llega y lo coge

por el pescuezo

y mira al hijo

como diciendo:

Por este lado,

mueren más presto.

1 Anónimo, "Fábula", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 29 de septiembre de 1815), t. VI, núm. 91, pp. 3-4.

No te apiades.

Duro con ellos.

Al otro día,
hacen lo mismo.
Y cuando salen,
son ya maestros.

Luego, de grandes
—¡cómo me alegro!—,
ríñen y el mozo
al viejo ha muerto.

¿Quién le hizo el daño?
Él a sí mismo,
con su enseñanza
y mal ejemplo.

Pues los ancianos
construyan esto
y no se quejen
de los modernos.

ANÉCDOTA

PLUTARCO¹

LA VUELTA DE CINEO A TARENTO FUE SEGUIDA del arribo de los embajadores que los romanos enviaban a Pirro para tratar del canje o rescate de los prisioneros. Del número de estos embajadores era Fabricio, de quien, según dijo Cineo a Pirro, hacían mucho aprecio los romanos, mirándolo como a un hombre de bien y gran capitán, más que, sin embargo, era sumamente pobre. Pirro lo recibió muy distinguidamente, colmándole de honores, y le instó a recibir la cantidad de oro que le ofreció, no para obligarlo a alguna acción indigna de él y su carácter, sino como un simple presente, que debía ser el gaje de su amistad y hospitalidad. Habiendo Fabricio rehusado sus ofertas, no le habló más por entonces. Pero queriendo al día siguiente sorprehenderle con un espectáculo admirable, como Fabricio nunca había visto elefantes, ordenó al capitán de ellos armase el más grande, llevándolo de este modo al lugar donde acostumbraba hablar con Fabricio, y que lo tuviese allí, oculto tras una tapicería, para hacerlo parecer de repente, cuando se lo mandase. Esto hecho, y dada la señal, corrióse la cortina, apareciendo de golpe este enorme animal, elevando su trompa sobre la cabeza del embajador y dando un grito horrible y espantoso. Volvió el rostro Fabricio y, sin dar el menor indicio de sorpresa o temor, dijo, sonriendo, a Pirro:

—Señor, ni vuestro oro me sedujo ayer, ni vuestro elefante me estremeció hoy...

1 Anónimo, "Anécdota", en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de D. José María de Benavente, 27 de octubre de 1815), t. vi, núm. 119, pp. 1-3. Véase Plutarco, *Las vidas paralelas*, trad. de D. Antonio Ranz Romanillos (París: Librería de A. Mézin, 1847), t. II, pp. 208-209.

Admirando Pirro la grandeza de alma de este hombre, y encantado de la rectitud de sus costumbres, deseó con más ardor la amistad y alianza con su ciudad, en vez de continuar la guerra. Y llamándolo en particular, le conjuró para que, después de negociar un honroso tratado entre él y Roma, quisiese venir a establecerse en su corte, donde sería el primero de sus amigos y capitanes. Fabricio le contestó:

—Señor, sin duda no reflexionáis en lo que me pedís, pues esto no os sería ventajoso ni útil, porque los que actualmente os honran y admiran, si me llegasen a conocer una vez, me amarían más por su rey que a vos mismo.

Pirro no se incomodó por esta respuesta, ni la escuchó como tirano. Al contrario, confió a sus amigos la magnanimidad de este romano y sólo de él hizo cargo de los prisioneros, a fin de que, caso que el senado no viniese en acordarle la paz, se los devolviesen, después de haber abrazado a sus parientes y amigos y celebrado las fiestas saturnales.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

I. MUCHOS QUIEREN SER DEVOTOS, pero nadie quiere ser humilde.

II. El trabajo del cuerpo liberta de las penas del ánimo y es el que hace a los pobres felices.

III. Las verdaderas mortificaciones son las secretas. La vanidad hace llevaderas las otras.

IV. La humildad es el altar sobre que quiere Dios se le ofrezcan los sacrificios.

V. Bastan pocas cosas para hacer feliz al sabio. A un necio nada le satisface. Esta es la razón por qué casi todos los hombres son miserables.

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 28 de octubre de 1815), t. VI, núm. 120, p. 4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. de la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cádiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 255, 209, 295, 255, 361. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (París: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 169-170. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 275, 276.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

I. MENOS NOS ATORMENTAMOS POR SER FELICES que por hacer creer que lo somos.

II. Más fácil es apagar el primer deseo que satisfacer todos los que le siguen.

III. La sabiduría es para el alma lo que la salud para el cuerpo.

IV. A los grandes de la tierra, como no pueden dar la salud del cuerpo ni el reposo del ánimo, siempre se les compran muy caros los bienes que pueden hacer.

V. Antes de desear con ardor una cosa, conviene examinar cuál es la felicidad del que la posee.

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 30 de octubre de 1815), t. VI, núm. 122, p. 4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. de la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cádiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 222, 182, 361, 241, 182. *Reflexiones o sentencias y máximas morales de M. el Duque de Rochefoucauld*, traducidas del francés al castellano por Don Narciso y Zereza (París: Casa de Masson e hijos, 1824), pp. 170-171. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 276, 277.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. UN VERDADERO AMIGO ES EL MAYOR DE TODOS los bienes y el que menos se procura adquirir.

2. Los amantes no advierten los defectos de sus amadas hasta después de acabado su encanto.

3. La prudencia y el amor no pueden hallarse juntos. A medida que el amor crece la prudencia se disminuye.

4. A veces es agradable a un marido tener una mujer celosa, pues logra así oír hablar siempre de lo que ama.

5. ¡Cuán digna de compasión es una mujer virtuosa y enamorada!

6. El hombre cuerdo cuida bien de no empeñarse sino en lo que ha de conseguir.

7. Más necesario es estudiar los hombres que los libros.

8. La dicha o la desgracia siguen, por lo común, a los que tienen más de una o de otra.

9. El acento y el carácter del país donde se ha nacido permanece en el espíritu y en el corazón como en el lenguaje.

10. Una mujer honesta es un tesoro escondido. El que le ha encontrado hace muy bien en no jactarse de ello.

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 3 de noviembre de 1815), t. vi, núm. 126, pp. 3-4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. de la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cádiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 107, 344, 383, 299, 362, 251, 224, 69, 299. *Reflexiones o sentencias y máximas morales de M. el Duque de Rochefoucauld*, traducidas del francés al castellano por Don Narciso y Zereza (París: Casa de Masson e hijos, 1824), pp. 171-173. *Réflexions ou sentences et maximes morales*. (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 277, 278.

GENEROSIDAD Y HEROÍSMO

LOUIS DE SACY¹

LOS DORIOS DECLARARON LA GUERRA A CODRO, último rey de Atenas. Para asegurarse del éxito, ocurrieron al oráculo, que les respondió serían victoriosos si no mataban al rey de Atenas. Fundados en esta respuesta, dieron orden a todos sus soldados de respetar los días del príncipe, dándoles tales señas de su persona que no pudiesen equivocarlo. Codro burló su vigilancia. Disfrazóse de paisano y con el pretexto de vender cualquier cosa logró introducirse en el campo enemigo, donde trabó pendencia con un soldado que le quitó la vida. Sabido esto por los dorios, se retiraron sin pelear y de este modo se libertó Atenas del peligro que la amenazaba.

1 Anónimo, “Generosidad y heroísmo”, en *Diario de México*, trad. de Juan María Lacunza (México, Imp. de D. José María de Benavente, 9 de noviembre de 1815, t. VI, núm. 132, p. 1. Se indica: “El Auxiliar.” Véase Louis de Sacy, *Traité de L’Amitié* (Paris: Chez la Veuve de Claude Barbin, 1704), pp. 165-166. *El filósofo moral. Tratado de la amistad. Escrito por Monsieur Sacy en lengua francesa*, trad. del P. M. Gabriel Galindo (Madrid: Oficina de Antonio Marín, 1767), p. 153.

CARTA DE UNA SEÑORITA SOBRE LOS PASEOS DE LA PLAZA EL DÍA DE FINADOS

ANÓNIMO¹

AMABLE PAQUITA, TE HAS PERDIDO DE UNOS DÍAS de finados de los más divertidos que se pueden pasar en México y que han hecho desaparecer aquel pernicioso laberinto de alfeñiqueras que amurallaban el portal en tiempos de antaño, dando lugar a los pisaverdes a que nos perudiesen el respeto al abrigo de la confusión y estrechez de los portales.

No, mi dulce amiga, en el día se ha substituido a estos un cuadro artificial en la gran plaza de armas, que formaba cuatro salones concéntricos cubiertos con la vela que sirve para las procesiones públicas. Su extensión tenía bastante capacidad para la muchedumbre que concurrió y seguramente valía por cuatro portales, en cuyas circunferencias se colocaron las mesitas de alfeñiques y otras vendimias que se usan. En las circunferencias concéntricas, se dispusieron hasta tres hileras de canapés y sillas para las señoras y caballeros que quisieran ocuparlos dando el estipendio de una peseta por todo el día. La iluminación interior de los salones, que me daban idea de los jardines encantados que nos pintan los noveleros y romancistas, era de las más brillantes y suntuosas que pedía el caso, y en uno de los ángulos, que se entapizó de damasco y circunvaló con un barandal para disponer asientos proporcionados a los señores virreyes, era aún más lucida la iluminación.

De este cuadro concéntrico al gran círculo que forma la plaza, se colocaron también una multitud de luminarias flotantes, que pendían de unos pies de gallo de cuartones colocados con mucha simetría, en térmi-

1 Anónimo, "Carta de una señorita sobre los paseos de la plaza el día de finados", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 10 de noviembre de 1815), t. vi, núm. 133, pp. 1-3. Se indica: "J. M."

nos de que iluminaba a lo interior de los salones y los escaños del balaustado de la plaza que ocupaba una multitud inmensa hasta las banquetas inferiores.

El centro de toda la plaza, donde se ve la célebre estatua ecuestre que tanto honra a su artífice, se hallaba también iluminado en la misma forma, haciendo el todo un objeto de lo más sorprendente y vistoso con las músicas militares que se alternaban. Pero el alma de todo esto, querida mía, su complemento y su brillantez, no consistía precisamente en estas hermosas y bien ideadas combinaciones, sino en la concurrencia tan lucida y tan animada que enchía aquellos grandes cuadros en una ordenada confusión, porque, en efecto, ya se veía un cordón de señoritas y caballeros paseando por los salones, y cuya marcialidad, aseo, hermosura y aún magnificencia en los trajes derramaban la alegría por todos los ángulos, ya una serie de jóvenes ataviadas, que sentadas en los canapés de los lados formaban una línea encantadora en contraposición de las calaveritas, y chichiuitas, y perritos, y macetitas, y canastitos, y doguitos, y cajetitas, y jaleitas, y otras morondangas y chucherías que se ponen para excitar la golosina de estas seductoras noches en que tantos vivos concurren a hacer memoria de tantos muertos...

Puedo asegurar que de las cuatro partes de este vecindario sólo una dejó de concurrir a esta gran diversión. Tal es el entusiasmo que nos anima para tales sufragios, y que, después de todo, ¿a quién no ha de alborotar una concurrencia tan brillante, que sólo se ve cada año? ¿Cómo, pues, se habían de pactar los matrimonios, sino en estas vistas públicas en que se ven tantos tesoros escondidos, tantos serafines ocultos, tantas alhajas desenterradas... Ay amiga, ¡felices los que disfrutan de la sociedad con toda la franqueza y esplendor que permite una moderada libertad! Yo, querida mía, me he retirado de toda concurrencia y apenas disfruto de estas diversiones comunes, y puramente de observadora, el momento que me permiten mis ocupaciones, que son bien grandes y pesadas. Ya estás impuesta. Bien que, si he de decir verdad, más divertida y más tranquila estoy desde que hago consistir mi felicidad en estos exámenes silenciosos de las cos-

tumbres y usos de las gentes del día que cuando me dejaba arrebatarse de las olas y huracanes del gran mundo. Algunas personas motejan esta conducta cuando me consideran en una edad tan risueña como la de veinte años, pero yo, que he procurado sacar fruto de las reflexiones ajenas, me río más justamente de mis censores y procuro pasarla del mejor modo posible, mucho más en unas circunstancias en que más tengo que temer que lo que tengo que esperar.

Tú, aunque sea en visión imaginativa, diviértete con esta pintura de nuestros aniversarios y entre tanto manda a tu afectísima amiga que te ama. J. M.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. CUANDO AMAMOS DEMASIADO, no es fácil conocer si dejan de amarnos.
2. No decimos mal de nosotros, sino para ser aplaudidos.
3. Las almas débiles se conmueven por cosas mínimas.
4. Hay ciertos defectos que en cierto punto y circunstancias agradan más que la misma perfección.
5. Siempre se nos hace largo el tiempo que estamos con los que nos incomodan.
6. Nunca es más difícil hablar bien que cuando nos avergonzamos de callar.
7. Siempre son perdonables los defectos cuando hay valor para confesarlos.
8. Damos consejos, pero no la prudencia de aprovecharse de ellos.
9. Nada es más natural ni más engañoso que creerse amados.
10. Más queremos ver a los que hemos hecho bien que a los que nos lo han hecho.
11. Más difícil es disimular los sentimientos que tenemos que fingir los que no tenemos.

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 15 de noviembre de 1815), t. VI, núm. 138, pp. 3-4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (París: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. De la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cádiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 107, 209, 177, 178, 158, 98, 136, 363, 98, 135, *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (París: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 174-176. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (París: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 279, 280, 281, 282.

12. Las amistades renovadas exigen más cuidado que las que nunca se han perdido.

13. Un hombre que de nadie gusta es más infeliz que el que a nadie agrada.

FÁBULA MORAL. LA PALOMA

ANÓNIMO¹

UNA SIMPLE PALOMA,
de la sed obligada,
vio acaso un espejuelo
de un hombre que cazaba.
A beber baja pronta,
creyendo que era agua.
El cazador astuto,
que atento la observaba,
tira y quita la vida
a la pobre cuitada.
Y vio su infausta muerte
antes que la acechanza.

Son todas las pasiones
espejuelos que engañan.
Y al que las sigue ciego,
le buscan su desgracia.

1 Anónimo, "Fábula moral. La paloma", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 26 de noviembre de 1815), t. VI, núm. 149, pp. 3-4. Véase Santiago Talavera Cuesta, *La fábula esópica en España en el siglo XVIII* (Cuenca: Eds. de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007), pp. 538-539.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. NO ES OTRA COSA LO QUE COMÚNMENTE reputamos por virtudes que un conjunto de acciones y de intereses diversos que aciertan a ordenar nuestra industria o nuestra fortuna. Así pues, no siempre son el valor y la castidad lo que hace valientes a los hombres y castas a las mujeres.

2. El mayor lisonjero de todos es el amor propio.

3. Por descubrimientos que se hayan hecho en el país del amor propio, quedan todavía en él muchas tierras incógnitas.

4. El hombre más hábil no lo es tanto como el amor propio.

5. Tanto depende de nosotros la duración de nuestras pasiones como la de nuestra vida.

6. Hace muchas veces la pasión un loco del más cuerdo y un cuerdo del más loco.

7. Aquellas grandes y brillantes acciones que deslumbran son juzgadas por los políticos como efectos necesarios de grandes combinaciones, siéndolo por lo común del humor y de las pasiones. Así pues, la guerra de Augusto y Antonio, que se atribuye a la ambición que tenían de hacerse señores del mundo, sería acaso un efecto de emulación y envidia.

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 27 de noviembre de 1815), t. vi, núm. 150, pp. 3-4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucault*, con notas históricas y políticas de Mr. De la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 382, 119, 124, 124, 326, 327, 72. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (París: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 1-3. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 11, 12, 13.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. LAS PASIONES SON LOS ÚNICOS ORADORES que siempre persuaden. Vienen a ser un arte de la naturaleza cuyas reglas son infalibles. Y mejor persuade el hombre más simple apasionado que el más elocuente no estándolo.

2. Tienen las pasiones una injusticia y un interés propio que hace peligroso el seguirlas y por el cual debemos desconfiar de ellas aun cuando parezcan más racionales.

3. Hay en el corazón humano una generación perpetua de pasiones; de suerte que la ruina de una es casi siempre el principio de otra.

4. Engendran frecuentemente las pasiones a sus contrarias. La avaricia produce a veces la prodigalidad y la prodigalidad a la avaricia; y somos de ordinario fuertes por debilidad y atrevidos por timidez.

5. Por más que trabajemos en ocultar nuestras pasiones con las apariencias de piedad y de honor nunca dejan de descubrirse al través de estos velos.

6. No son otra cosa todas las pasiones que los diversos grados de calor y frialdad de la sangre.

7. No sólo están los hombres sujetos a perder la memoria de los beneficios y de las injurias, sino que aborrecen también a los que los tienen obligados y dejan de aborrecer a los que los han ofendido. La aplicación

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 1 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 154, p. 4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. De la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 327, 327, 327, 328, 328, 330, 136, 295, 295. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (París: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 3-7. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 13, 14, 258, 15, 16.

a recompensar el bien y a vengarse del mal les parece una servidumbre a que les cuesta mucho trabajo someterse.

8. La moderación en la buena fortuna no es otra cosa que el temor de la vergüenza de que nos cubriría nuestro entonamiento o el de perder lo que poseemos.

9. Es la moderación un temor de caer en la ridiculez y desprecio que merecen los que se desvanecen con su felicidad. Es una vana ostentación de la fuerza de nuestro espíritu. En fin, la moderación de los hombres en su mayor elevación es un deseo de parecer más grandes que su fortuna.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. UN HOMBRE DE TALENTO se vería frecuentemente embarazado sin la compañía de los necios.

2. Blasonamos comúnmente de nuestra paciencia y tolerancia y no podemos sufrir sin inquietud una compañía desagradable.

3. Nunca se olvidan mejor las cosas que cuando nos llega a cansar el hablar de ellas.

4. Así como es carácter de los grandes ingenios decir mucho en pocas palabras, lo es también de los pequeños el don de hablar mucho sin decir nada.

5. Regularmente alabamos sólo por ser alabados.

6. Pocos hay tan diestros que sepan preferir el útil vituperio a la peligrosa alabanza.

7. Ni alabamos la virtud ni vituperamos el vicio, sino por interés.

1 Anónimo, “Máximas morales”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 21 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 174, pp. 2-3. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. De la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 205, 319, 247, 83, 267. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (París: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 50-53. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 42, 44, 264.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. FÁCILMENTE TRIUNFA LA FILOSOFÍA de los males pasados y futuros, pero los males presentes triunfan de la filosofía.

2. Pocos conocen a la muerte. No la sufrimos ordinariamente por resolución, sino por estupidez y por costumbre; y la mayor parte de los hombres muere porque no puede dejar de morir.

3. Mayores virtudes son necesarias para llevar la buena fortuna que la mala.

4. No pueden mirarse fijamente el sol ni la muerte.

5. Hacemos regularmente vanidad de las pasiones, aun de las más criminales, pero la envidia es una pasión cobarde y vergonzosa, que jamás osamos confesar.

6. Los celos son en algún modo justos y razonables pues se dirigen a conservar un bien que nos pertenece o creemos pertenecernos, pero la envidia es un furor que no puede sufrir el bien de los otros.

7. No nos acarrea tantas persecuciones y odios el mal que hacemos como nuestras buenas cualidades.

8. Todos culpan en otros lo que en ellos es culpable.

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 23 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 176, p. 4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. de la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 182, 399, 300, 383, 300, 200, 345. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (Paris: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 8-11. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 17, 18, 258.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. SI NO TUVIÉRAMOS DEFECTOS, no nos complaceríamos tanto en notar los de los otros.

2. Los celos se alimentan en las dudas y llegan a ser furor o se extinguen luego que pasamos de la duda a la evidencia.

3. El orgullo siempre se recompensa y no pierde nada aun cuando renuncia a la vanidad.

4. El orgullo, como cansado de sus artificios y de sus metamorfosis diferentes, después de haber representado todos los personajes de la comedia humana se manifiesta con un rostro natural y se descubre por la fiereza; de modo que, para hablar con propiedad, la fiereza es el resplandor y la declaración del orgullo.

1 Anónimo, “Máximas morales”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 29 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 182, p. 4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. De la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 175, 383, 319, 322. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (Paris: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 11-12. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 19, 258.

ANÉCDOTA. SOBRE LA GRATITUD Y LA PIEDAD

ANÓNIMO¹

—ARTABANES FUE UN HOMBRE A QUIEN UN SABIO poderoso y buen príncipe distinguió con particulares favores, mandando que para su residencia se le diera un magnífico palacio, circundado de deliciosos jardines. Participó éste de todas las abundancias y delicadezas de la mesa de su soberano; fue revestido de grande autoridad y admitido al honor del libre y frecuente trato de su benigno favorecedor. Pero Artabanes no reconoció el bien que gozaba; su corazón no se llenó de agradecimiento y respeto; huyó la compañía de su bienhechor y abusó de su bondad.

—Reniego de tal hombre —dijo Alexo, con generosa indignación.

—Tu propio retrato es el que acabo de hacer —replicó Eufonio—. El gran potentado, oh rey de cielo y tierra, te colocó en un mundo que está produciendo la mayor hermosura, orden y magnificencia; que abunda de toda especie de conveniencias, satisfacciones y felicidades. Te dotó de tales facultades corporales e intelectuales que te dan dominio sobre los peces del mar, aves del aire y bestias del campo. Te convidó a realzar tu naturaleza misma con el amor e imitación de sus divinas perfecciones. Y con todo, tus ojos han andado vagueando con brutal deseo, admirando sólo la hermosura del mundo, sin atender a la poderosa mano que tal formó. Has usado de todos los excesos de la naturaleza, sin tener un sólo impulso o movimiento interior de agradecimiento al soberano dispensador del bien y huido o excusado su gloriosa conversación, olvidando la presencia de aquel ser omnipotente que todo lo llena y existe *ab eterno*.

1 Anónimo, "Anécdota. Sobre la gratitud y la piedad", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 2 de enero de 1816), t. VII, núm. 2, p. 3. Véase "Gratitud y piedad", en *Instrucciones de un padre a sus hijos*, trad. de Don Joseph Manuel Antolines (Madrid: Imp. de Alfonso López, 1786), pp. 59-61.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. ALGUNOS INGRATOS SON MENOS CULPABLES de su ingratitud que los que les han hecho el beneficio.

2. Nos engañamos creyendo que el ingenio y el juicio son dos cosas diferentes. El juicio no es más que la extensión de las luces del ingenio, las cuales penetran hasta el fondo de las cosas, observan en ellas todo lo que merece notarse y perciben aun lo que parece imperceptible. Así pues, conviene quedemos de acuerdo en que la extensión de las luces del ingenio es la que produce todos los efectos atribuidos al juicio.

3. Cada cual habla bien de su corazón y nadie se atreve a hablar de su ingenio.

4. La cultura del ingenio consiste en pensar en cosas honestas y delicadas.

5. La agudeza del ingenio consiste en decir cosas placenteras de un modo agradable.

6. Sucede frecuentemente parecer perfectas las cosas a nuestro ingenio porque no es capaz de hacerlas con más perfección.

7. Siempre es el ingenio burlado por el corazón.

8. No todos los que conocen su ingenio conocen su corazón.

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 2 de enero de 1816), t. VII, núm. 2, pp. 3-4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. de la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 135, 204, 168, 205, 205, 168, 169, 252, 156. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (París: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 38-41. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 33, 34, 35.

9. Los hombres y los negocios tienen su punto de vista. Unos deben mirarse de cerca para juzgar bien de ellos y de otros no se puede juzgar tan bien si no se miran de lejos.

10. Para entender bien las cosas, es necesario saber su pormenor. Y como éste es casi infinito, son siempre superficiales e imperfectos nuestros conocimientos.

11. Disimular la coquetería es una coquetería refinada.

APÓLOGO. EL DRAGÓN Y LAS RAPOSAS

FRANÇOIS SALIGNAC DE LA MOTA FENELÓN¹

CIERTO DRAGÓN GUARDABA UN TESORO en una profunda caverna. Velaba de día y de noche por conservarlo. Dos raposas muy fraudulentas, embusteras y engañosas, al mismo tiempo que eran grandes ladronas en su ministerio, se internaron con él por medio de lisonjas y adulaciones. Hiciéronse sus confidentes. Pero ya se sabe que las gentes más complacedoras y lisonjeras, como también los que se muestran más diligentes y activos, no son los más seguros. Trataban de gran personaje al dragón, admiraban todas sus fantasías, eran siempre de su sentir y parecer, pero a la verdad ellas se burlaban del bobo fácil de engañar. Finalmente, un día que se durmió el dragón entre estas raposas le degollaron, apoderándose del tesoro. Consiguientemente, fue preciso partirlo entre ambas. Y este era un negocio muy difícil, porque dos malvados sólo se unen y concuerdan para ejecutar lo que es malo y para no hacer bien.

La una de ellas se puso a moralizar, diciendo:

—¿De qué nos servirá todo este dinero? Por cierto que un poco de caza nos convendría mucho más, porque el metal no se come y los doblones son de muy mala digestión o de ninguna, por mejor decir. Los hombres son unos locos en amar tanto estas falsas riquezas. No seamos nosotras tan insensatas y necias como ellos.

La otra zorra fingió hallarse movida y convencerse con estas reflexiones, asegurando que ella quería vivir como filósofa, al modo que Biante.

1 Anónimo, "Apólogo. El dragón y las raposas", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 4 de enero de 1816), t. VII, núm. 4, pp. 2-3. Se indica: "Q." Véase François Fenelón, *Fábulas compuestas para la educación de un príncipe*, trad. de v. A. M. Laynorvegui (Barcelona: Imp. de J. Cherta y Ca., 1830), pp. 50-52.

Llevando toda su hacienda a cuestras, cada una de las dos disimuló dejar el tesoro, pero recíprocamente se previnieron, una a otra, diversas acechanzas y se despedazaron entre sí.

La una de ellas, al tiempo de morir, dijo a la otra, la cual estaba igualmente herida:

—¿Qué intentabas tú hacer con ese despreciable dinero?

—Lo mismo que tú querías ejecutar —respondió la compañera.

Un hombre que pasaba por allí supo esta su funesta aventura y las tuvo por muy locas y necias.

—Tú no lo eres menos que nosotras —le respondió una de las zorras—, porque no podrás más que nosotras alimentarte de plata ni oro. Y con todo eso, te fatigas y quitas la vida por tenerlo. A lo menos, nuestra casta ha sido bien prudente en no poner en uso moneda alguna y no hay duda que lo que habéis introducido entre vosotros los hombres para la comodidad es lo que ocasiona vuestra desgracia, pues perdéis los verdaderos bienes por buscar con demasiada solicitud y ansia los imaginarios, aparentes y falsos, que nunca halláis en medida de vuestro deseo y os pueden inquietar el ánimo.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. NO PUEDE EL INGENIO REPRESENTAR por mucho tiempo el papel del corazón.

2. La juventud es inconstante en sus gustos por el ardor de la sangre y la vejez tenaz en los suyos.

3. La adulación es una moneda falsa que sólo tiene curso por nuestra vanidad.

4. No basta tener grandes cualidades; es necesario usarlas con economía.

5. Por brillante que sea una acción, no se debe calificar de grande, sino cuando sea resultado de una grande combinación.

1 Anónimo, "Máximas morales", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 4 de enero de 1816), t. VII, núm. 4, p. 4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. de la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 169, 272, 277, 345, 74. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (Paris: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 41-42 y 57-58. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 35, 476, 46, 47.

[FÁBULA]¹

ANÓNIMO²

ÉRANSE DOS MASTINES QUE SERVÍAN

a un labrador muy rico

y el cuidado de casa

entre uno y otro estaba repartido.

Sultán mientras el día

y por la noche Pinto

estaban en acecho

del travieso, ladrón o entremetido.

Sucedió un día que el amo

se llevara consigo

1 Esta fábula está inserta en una carta remitida al director del *Diario de México*. Este es el contenido de la misiva: “Señor diarista, causalmente llegó a mis manos el periódico de ud., del viernes 29 del pasado, en el que vi un papel que justamente declama contra la indolencia de los médicos y cirujanos. Yo, que soy del número de los últimos y estoy comprendido directamente en aquella invectiva, no dejé de irritarme algún tanto, considerando que el autor de dicho papel podía muy bien *despertar a las almas soñolientas* sin comprometer la reputación de ningún individuo. Pero después me serenó la convicción de mi propia conciencia y la sospecha de que aquel enardecimiento podía tal vez ser efecto de una caridad mal entendida.

Sin hacer, pues, mérito de su contenido, me hallaba en ánimo de no responder, porque, hablando a ud. ingenuamente, no sé manejar más de mis instrumentos quirúrgicos y la pluma cuando se me ofrece recetar, pero un amigo que se hallaba presente me advirtió que el silencio en esta ocasión podría redundar en perjuicio mío y que muchos, especialmente aquellos que sólo atienden al carácter de las personas que hablan para darles crédito, me calificarían por uno de aquellos *autómatas* y por una de aquellas *almas soñolientas* contra quienes se dirige el *despertador*. Con estas razones, me persuadió a vindicar mi honor y aun me sugirió esta fabulilla, que ud., señor diarista, insertará en su periódico, si le pareciere; y si no quedará muy tranquilo, pues, como he dicho, nada me importa la opinión cuando mi conciencia no me acusa.” Se refiere a Anónimo, “Remitido”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 29 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 182, pp. 2-4. Se indica: “M. P. L.” Nota agregada.

2 Anónimo, “Remitido”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 5 de enero de 1816), t. vii, núm. 5, pp. 1-3. Se indica: “José Tomás Guapillo”.

a uno de los dos perros,
teniendo que emprender un mal camino.
Sultán, que se quedaba
en la casa, al principio
creyó que era muy duro
velar también de noche, como Pinto,
mas como no podía
de otra manera el amo estar servido
tuvo que hacer el pobre
su doble centinela sin arbitrio.
Volvió por fin el amo
y en el instante mismo
que Sultán se vio libre
salió al campo con brincos y ladridos.
No sosegaba un punto,
murmuraba de Pinto
y refería orgulloso
el pasaje a otros perros, sus amigos.
Armó tal algazara
que en el campo vecino
se juntaron diversos animales
para indagar la causa del bullicio
y aun del murciélago hay quien asegure
que al escuchar tal ruido
en medio de la luz del claro día
salió curioso de su obscuro nido.
Una ligera liebre
les lleva pronto aviso
y de Sultán les cuenta
lo mismo que ya queda referido.
Empiezan los aplausos,
con desprecio de Pinto,

y unánimes aclaman
a Sultán por el perro más cumplido.
Pero una astuta zorra,
que sin hablar estaba en el corrillo,
por fin rompe el silencio
y así les dice, en términos sencillos:
–Sois unos mentecatos...
¿Qué más ha sucedido,
sino que desempeña
un perro de otro perro los oficios?
Lo mismo que acontece
cuando afanada brinco
las cercas y tejados
por atrapar la polla o el pollito.
Además, ¿por qué causa
vituperáis a Pinto,
si no se le ha probado
que fuera negligente en su servicio?
Y así, no nos perturbe
el reposo tranquilo
el uno, ni presuma
convencernos de que ha hecho algún prodigio,
y no haga caso el otro
de tan vanos ladridos,
si se mantiene siempre
exacto, fiel y en su deber cumplido.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. DEBE HABER CIERTA PROPORCIÓN entre las acciones y los designios si queremos sacar de ellas todas las ventajas que pueden producir.

2. El arte de saber emplear bien las mediocres cualidades es el que granjea la estimación y da, por lo común, más reputación que el verdadero mérito.

3. Hay infinitos modos de conducirse que parecen ridículos y cuyas ocultas razones son muy sabias y muy sólidas.

4. Más fácil es parecer digno del puesto que no se tiene que del que se ocupa.

5. Nuestro mérito nos granjea la estimación de los hombres de bien y nuestra estrella la del público.

1 Anónimo, “Máximas morales”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 5 de enero de 1816), t. VII, núm. 5, p. 4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. de la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 74, 289, 153, 195, 289. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (París: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 58-59. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 47, 48.

CUENTO

SEBASTIÁN RODRÍGUEZ DE VILLAVICIOSA¹

SOÑABA UN HOMBRE, UNA NOCHE,
que le venía gran suma
de doblones del Gran Cairo
y en una cabalgadura
soñó que iba a recibirlos.
Y al irlos a echar la uña,
viendo un montonazo de oro,
por apearse de la mula,
zas, se cayó de la cama
y sobre una piedra aguda
se abrió un gеме de cabeza
y vino a quedarse, en suma,
sin dineros y sin sueño,
descalabrado y a obscuras.

1 Anónimo, "Cuento," en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 8 de enero de 1816), t. VII, núm. 8, p. 4. Se indica: "Villaviciosa." Véase Sebastián Rodríguez de Villaviciosa, *Quinta parte de comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (Madrid: Pablo del Val, 1653), p. 355. *Comedias de Agustín Moreto. Obras escritas en colaboración*, ed. crítica de María del Pilar Chouza Calo (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2020), pp. 48-49. *Floresta cómica o colección de cuentos, fábulas, sentencias y descripciones de los graciosos de nuestras comedias* (Madrid: Imp. de Don Joseph Doblado, 1796), p. 81. Juan Martínez Villergas y Ramón Latorres, *El tesoro de los chistes* (Madrid: La Ilustración, Sociedad Tipográfica-Literaria Universal, 1847), p. 377.

CUENTO

FRANCISCO DE LEYVA RAMÍREZ DE ARELLANO¹

EN SEVILLA, UN LOCO HABÍA
de tema tan desigual
que una piedra de un quintal
al hombro siempre traía
y al perro de cualquier casta
que dormido podía ver
dejábasela caer,
con que quedaba hecho plasta.
Con un podenco afamado
de un sombrerero encontró,
a cuestras la ley le echó
y dejólo ajusticiado.
Indignado el sombrerero,
con un garrote salió
y dos mil palos le dio.
Y tras cada golpe fiero,
muchas veces repetía
¿que era podenco no viste,
loco infame? Fuese él triste
y luego, aunque un gozque vía,
mastín o perro mostrenco,
al irle la piedra a echar,

1 Anónimo, "Cuento", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 9 de enero de 1816), t. VII, núm. 9, p. 4. Se indica: "Leiva." Véase Francisco de Leyva Ramírez de Arellano, *No hay contra un padre razón* (Valencia: Imp. de Joseph y Thomas de Orga, 1775), pp. 24-25. "El loco y el podenco", en *El libro de los cuentos*, comp. de Rafael Boira (Madrid: Imp. de D. Miguel Arcas y Sánchez, 1862), t. I, pp. 193-194.

volviéndola a retirar

decía: –Guarda, es podenco.

APÓLOGO. LAS DOS RAPOSAS

FRANÇOIS SALIGNAC DE LA MOTA FENELÓN¹

DOS RAPOSAS ENTRARON DE NOCHE, por sorpresa y astucia, en un gallinero. En él, degollaron a los gallos, y a las gallinas, y a los pollos. Hecha esta carnicería, satisficieron y hartaron su hambre. La una, que era joven y ardiente, quería devorarlo todo, pero la otra, que era vieja y avarienta, intentaba guardar alguna provisión para en adelante. La raposa vieja decía:

—Hija mía, la experiencia me ha hecho prudente y sabia. He visto muchísimas cosas desde que estoy en el mundo. No nos comamos nuestro bien en un sólo día. Hemos logrado esta fortuna. Este es un tesoro que hemos hallado y así conviene conservarlo.

Pero la raposa joven respondió:

—Pues yo quiero comérmelo todo mientras estoy aquí y hartarme para ocho días, porque en cuanto a volver a este sitio, eso es chanza, y mañana será otro día, pues bien se deja conocer que el amo, por vengar la muerte de sus gallinas, nos acechará hasta que logre dárnosla a nosotras.

Precedida esta conversación, cada una tomó su partido. La raposa joven comió tanto que reventaba y apenas pudo ir a morir a su terreno. La vieja, que se tenía por más prudente y astuta en moderar sus apetitos, en vivir con economía, fue el día siguiente a reiterar su presa y fue muerta por el amo de las gallinas. Así, cada edad tiene sus defectos: los jóvenes son fogosos, violentos e insaciables en sus deleites y los viejos son incorregibles en su codicia.

1 Anónimo, “Apólogo. Las dos raposas”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 15 de enero de 1816), t. VII, núm. 15, pp. 3-4. Se indica: “T.” Véase François Fenelón, *Diálogos de los muertos antiguos y modernos*, trad. de D. Miguel Joseph Fernández (Madrid: Imp. de Don Antonio Muñoz del Valle, 1759), t. II, pp. 192-193.

APÓLOGO. EL LOBO Y EL CORDERO

FRANÇOIS SALIGNAC DE LA MOTA FENELÓN¹

UNOS CARNEROS ESTABAN EN SEGURIDAD en su redil. Los perros dormían y el pastor, recreándose a la sombra de un grande olmo, tocaba la flauta con otros pastores vecinos. En este tiempo, un lobo hambriento vino, por las hendiduras de la cerca y recinto donde estaba el ganado, a reconocer la disposición en que se hallaba el rebaño. Un cordero, falto de experiencia y que nunca había visto cosa alguna, se puso a conversar con él.

—¿Qué vienes a buscar aquí? —dijo al glotón, tragador voraz.

A que respondió éste:

—Lo que busco es la yerba tierna y florida. Ya sabes tú bien que no hay cosa más suave y dulce que pasear un prado verde, esmaltado de flores. Aquí logro lo uno y lo otro. ¿Pues qué más es menester? Has de saber que yo amo y gusto de la filosofía, la cual enseña a contentarse con poco y fácilmente.

—Luego, es cierto —dijo el cordero— que tú no comes la carne de los animalejos y que te basta un poco de yerba. Si ello es así, vivamos como hermanos y vamos a pacer juntos.

Diciendo esto, salió inmediatamente el cordero fuera del aprisco al prado, donde el sobrio y templado filósofo le hizo pedazos y se lo tragó. Así, nunca te fíes de hermosas palabras de gentes que se precian y se jactan de virtuosas. Forma concepto y juzga por sus procedimientos o sus obras y no por sus discursos y expresiones.

1 Anónimo, "Apólogo. El lobo y el cordero", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 16 de enero de 1816), t. VII, núm. 16, pp. 3-4. Véase François Fenelón, *Diálogos de los muertos antiguos y modernos*, trad. de D. Miguel Joseph Fernández (Madrid: Imp. de Don Antonio Muñoz del Valle, 1759), t. II, pp. 193-194.

PRAGMÁTICA, BANDO O QUIÉN SABE QUÉ MANDADO PUBLICAR POR LA RAZÓN, EL TIEMPO Y LA EXPERIENCIA

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI¹

NOS, EL TIEMPO, LA RAZÓN Y LA EXPERIENCIA, moderadores, a veces, de los mortales, etcétera, etcétera, etcétera

Hacemos saber a los dichos que aunque en otros siglos, más felices que el maldito en que vivimos, escribió el inmortal Quevedo la *Pragmática del Tiempo*, y también otra *Pragmática general y particular para todos sexos y cada uno estantes, habitantes y transeúntes en este tramposo valle del orbe*, fue dada a las prensas por don Francisco de Horta Aguilera, natural de Córdoba, de quien no muchos tendrán noticia, hemos visto, con el mayor dolor, el poco o ningún provecho que han hecho sus sanciones morales en los hombres, según lo cual nos deberíamos abandonar a su instrucción en todos tiempos, pues, a fuer de necios y malagradecidos, se han hecho indignos de nuestra benevolencia y enseñanza, pero, por cuanto la venganza no nos es permitida, y antes sí, cooperando por nuestra parte con los saludables designios del Criador, debemos, por segundo instrumento, hacer ver a los míseros mortales muchos de sus inveterados

1 José Joaquín Fernández de Lizardi, "Pragmática, bando, o quién sabe qué, mandado publicar por la Razón, el Tiempo y la Experiencia", en *Alacena de Frioleras* (México, Imp. de la calle de Santo Domingo y esquina de Tacuba, 19 de enero de 1816), núm. xxvii. "Concluye el bando de la Razón, el Tiempo y la Experiencia", en *Alacena de Frioleras* (México, Imp. de la calle de Santo Domingo y esquina de Tacuba, 29 de marzo de 1816), núm. xxviii. Véase *Obras. iv - Periódicos*. Alacena de Frioleras/Cajoncitos de la Alacena/Las Sombras de Heráclito y Demócrito/El Conductor Eléctrico, adver. de María del Carmen Millán, recopil., ed., notas y pres. de María Rosa Palazón (México: UNAM, 1970), pp. 161-166. "Concluye el bando de la Razón, el Tiempo y la Experiencia", en *Obras. iv - Periódicos*. Alacena de Frioleras/Cajoncitos de la Alacena/Las Sombras de Heráclito y Demócrito/El Conductor Eléctrico, adver. de María del Carmen Millán, recopil., ed., notas y pres. de María Rosa Palazón (México: UNAM, 1970), pp. 170-172.

extravíos, para que los detesten. Repetimos algunos muy útiles documentos en este nuestro edicto general, así por los fines indicados como porque, siendo estos aciagos días los más turbulentos en estos nuestros dominios septentrionales, están en ellos más desenfrenadas las pasiones y es muy hacedero que en cada siglo haya algún intérprete de nuestros mandamientos y de las penas que imponemos a los transgresores.

Por tanto, mandamos primeramente: que respecto a haberse hecho los *Dones* tan comunes, que ya no sirven para distinguir las alcurnias, sino para indicar el que viste chaqueta, se calza o tiene cuatro reales, de hoy en adelante nadie se atreva a tratar de tú, ni vos, ni menos de *señor Fulano* a ninguno que no tenga alguna de las tres circunstancias referidas de chaqueta, zapatos o dinero. Y de tal manera es nuestra voluntad que se observe este precepto que se ha de decir don cochero, don aguador, doña gallinera y doña frutera, como ya por algunos loablemente se practica en estos días.

Otro sí: mandamos y ordenamos que todos los caballeros cruzados, especialmente si lo son de las cuatro órdenes militares, de hoy en adelante anden en la calle con sus mantos capitulares, para que el común del pueblo no los confunda con los caballeros descruzados o desmantados, como vemos que lo hacen diariamente, tratando como caballeros hechos y derechos a cualquier hombre decente de ropa, sin meterse en más averiguaciones.

Item: por el mismo motivo, mandamos que todos los doctores, recibidos en cualquiera universidad, anden en sus respectivos distritos con sus borlas y capelos puestos, así para no confundirse con los que no se han borlado, aunque sean doctos, como para que estos adornos de Minerva desquiten, haciendo lucir a las personas, algo de lo que han costado en gajes, propinas, estudios y desvelos.

Item: mandamos que todo hombre casado que se haya dejado dominar de su mujer no tenga, de hoy en adelante, lugar en ningún empleo, destino, honra o corporación de los hombres, pues el que se sobaja al débil sexo femenino no es apto ni para gobernar una recua de burros. Y asi-

mismo, mandamos que a los tales, aunque lo pretendan, no se les dé cargo alguno de los que son peculiares a las mujeres, como coser, lavar, guisar, criar, etcétera, etcétera, pues es claro que el que siendo hombre hace un mal hombre, si quiere ser mujer hará un jumento. Y así, no debiéndose estos miserables reputar por hombres ni mujeres, ni estándoles bien los calzones ni las enaguas, ordenamos que de hoy en adelante se reputen por legítimos hermafroditas y no *manfloritas*, como dicen por ahí.

Item: por la razón antecedente, mandamos que la mujer que advierta que tiene un marido de badana, que se deja dominar de ella, no sólo lo enfrene y lo ensille, sino que lo enjalme, encabestre y espolee como mejor le pareciere, asegurada que, por lo que toca a nuestra jurisdicción, no se le seguirá ningún perjuicio; antes bien, en el remoto y no esperado caso de que el marido interponga ante nos alguna querella criminal por sólo esto será emplazado y degradado de la dignidad de hombre y marido públicamente, quitándole en el acto el sombrero, capa, levita y, antes que todo, los calzones; y en este estado, será entregado al brazo secular de los muchachos, para que dispongan de él a su talante.

Por el contrario, a la mujer demandada que, a pesar de la imbecilidad de su sexo y de la superioridad de su marido, ha sabido engallotarse sobre él, alzarse con el mando de la casa y ambas personas y avasallarlos enteramente, ordenamos que vestida a lo varón, con pantalones, peto, morrión, engarzetado y manto corto, caballera sobre un alazán del Betis o, a más no poder, sobre un retinto brioso de su tierra, con espada y bastón, sea paseada por las calles de la ciudad entre vivas y aclamaciones, para honor de su sexo y confusión del masculino, pues de la altanería de las mujeres nadie tiene la culpa, sino los hombres afeminados y cobardes, porque la mujer es naturalmente dócil, humilde y amable, y sólo trueca estas bellas cualidades en sus contrarias cuando el hombre, que es su cabeza, la gobierna o la dirige mal.

Otro sí: advertimos que no por éstos, nuestros mandamientos, que-remos, ni por pienso, que los maridos sean unos tiranos de sus mujeres, ni facultamos a éstas para que se levanten sobre aquéllos con el santo y

la limosna. Estamos muy lejos de semejante absurdo: esto será huir de Scyla y sumergirse en Caribdis. Cada uno debe contenerse en sus límites. El hombre ha de ser superior como padre y no señor como sarraceno y la mujer ha de ser compañera, sin propasarse a ser señora de su marido.

Item: mandamos: que ninguna hermosa pretendida se deje lisonjear, sino con los pesos mexicanos, aunque estamos entendidos de que las más lo hacen así, sin que se los manden.

Otro sí: ordenamos que los hombres no den a ciertas mujeres, sino flores, estrellas, luceros, alabastro, marfil, rubíes, rosas, jazmines, oro y perlas, pero en verso, porque esto de dar dinero cuesta mucho y no están los tiempos para eso.

Item: mandamos que a todo el que jurare mucho no se le crea nada, desconfiando de él, aun cuando se presuma que no miente, como también decretamos que a los desvergonzados y hazañeros no se les tenga el más mínimo miedo, cuando se ofrezca, pues no tienen corazón, sino lengua.

Item: mandamos que los señores jueces, aun cuando no sean togados, sean oidores, para cuyo desempeño necesitarán dos orejas: una para los ricos y otra para los pobres, teniendo cuidado que la que toque a éstos esté bien limpia de cerilla, porque, como su voz es lánguida, han menester la oreja del juez muy desembarazada, para penetrarse.

Otro sí: mandamos que los pobres que, a título de tales o de necios, molestan continuamente a los jueces con chismes y frioleras impertinentes, y muchas ocasiones sin justicia, no sean atendidos ni por los jueces indios, que suelen tener cuatro orejas, sino que éstos remitan sus demandas ante los maestros de escuela, maestras de amigas, celadores de la plaza del Volador y caseras de casas de vecindad, que les despacharán mejor, como personas acostumbradas a oír y deslindar esta clase de querellas.

Item: ordenamos que, así como los jueces han de tener dos orejas, los amigos no han de tener dos caras, para mostrar una en la fortuna favorable y otra en la adversa, sino siempre una cara, y ésta igual, so pena de ser tenidos por indignos de la amistad de ningún hombre de bien.

Item: mandamos: que los médicos, cirujanos y confesores que llamados de noche, con las precauciones que exige la seguridad de sus personas, y consiste en que quien llame y acompañe sea el guarda o sereño, no quisieren ir, sino que olvidados de su instituto dejen perecer a los pacientes por falta de sus auxilios materiales o espirituales, sean delatados ante sus respectivos superiores, quienes los castigarán según convenga, y después sean acusados al público en los periódicos del día siguiente, con relación del caso y noticia de su nombre, casa y ejercicio, para que todos conozcan y detesten a un asesino más de la especie humana, pues lo mismo mata al hombre el que lo priva positivamente de la vida que el que no se la conserva, pudiendo, y más en grave necesidad.

Item: mandamos que esa tropa de ciegos y ciegas que embarazan la entrada a los templos, en especial el de la Catedral, particularmente los domingos, mendigando la limosna y atormentando a cuantos los oyen con sus plegarias, sea conducida al estanco del tabaco, donde, por mal que trabajen, no dejarán dentro de pocos días de ganar su subsistencia de un modo más honroso y menos molesto a la República.

Otro sí: mandamos que los tullidos, cojos y mudos, como que tienen sus manos buenas, sean destinados al mismo ejercicio o enseñados a cardar, hilar, tejer, coser u cosa semejante, cuya labor no necesite de pies, sino de manos, haciéndoles ver a estos pobrecillos que serán menos infelices ganando por las suyas el alimento que no viviendo atendidos al socorro ajeno, que acaso defraudan al legítimamente necesitado.

Otro sí: que los ciegos y ciegas de que hablamos, que no hallen lugar en el estanco dicho, soliciten sus fiadores y, bajo la responsabilidad de éstos, los habiliten en los estanquillos con billetes, y los autores con sus papeles, siempre con preferencia a los que tienen su vista completa y pueden buscar el medio en otra cosa.² De cuya práctica, se seguirán infali-

2 Ya estoy pronto a dar el ejemplo; y aun deseara que este ramo de industria fuera privativo de los ciegos mendigos. Tenemos noticia de que en Cádiz, Madrid y otras partes así se practica, teniendo los ciegos otro compañero, que llaman capitán, el que les reparte los billetes y papeles, sin que otros puedan usar éstos.

blemente dos grandes bienes: el primero, que estos pobres tendrán en qué buscar la vida sin importunar al público; y el segundo, que se harán más útiles tantos muchachos flojos que andan azotando las calles todo el día con un pliego de billetes en la mano, sin saber si hay Dios, y ni acaso persinarse, atenedos al medicillo o al realillo que adquieran paseando y gritando sin cesar. Estos pobres, no teniendo este feo recurso de la ociosidad, tal vez irán a la escuela, se enseñarán a servir, aprenderán un oficio honrado y cuando grandes hallarán qué comer con más descanso, sin pesarles de haber cedido el lugar a los miserables ciegos, sus semejantes, que necesitan este débil arbitrio con más justicia que ellos y otros como ellos.³

Item: que por cuanto tenemos noticia, por personas fidedignas y timoratas, de que muchos tratantes en carnes defraudan el peso que ofrecen en sus tablitas, abusando en la ciega confianza del público, con grave perjuicio de los pobres, mandamos que todos estén alerta sobre estos robos. Y a los carniceros, a quienes se convenciere de ellos, condenamos a que se les corte de la carne más momia de su cuerpo lo bastante a reemplazar el peso que robaron, dejándolos después en quieta y pacífica posesión de su oficio; y si volvieren a robar, se les volverá a cercenar carne viva para reemplazar la muerta. De manera que, observando fielmente esta providencia, aseguramos que dentro de poco tiempo o se acabarán estos hurtos o se gastarán los ladrones.

Item: rogamos y encargamos a los señores censores no dilaten mucho las obras de los autores que se someten a su revisión, así por excusar a éstos los atrasos que se les siguen de la dilación como por estar mandada la más posible prontitud en su despacho, por decreto de marzo último, dado por el señor don Fernando VII —que Dios guarde—, teniendo dichos

3 No quieran decir los ciegos que, para esta diligencia, necesitan un lazarillo que los lleve de diestro, porque esta es una disculpa frívola; y si no, díganme ¿cuántos de ellos andan pidiendo limosna sin más auxilio que un bordón?, ¿y cuántos, también ciegos —a lo menos conozco dos—, andan solos, buscando su vida con billetes? Conque no hay disculpa. Fuera de que muchos y muchas, mientras van a pedir limosna, dejan en sus casas a sus muchachos solos... ¿y haciendo qué? ¿No fuera mejor traerlos consigo?

señores presente que hay papeles que son como los arbolillos de pólvora que hacen los coheteros, que, en no estando para el día y la hora de la fiesta, se quedan con ellos y pierden su trabajo; y hay otros que, en no saliendo a la luz del día que el público los espera, según los autores le previenen, pierden el crédito y ya después, aunque salgan, tienen poca aceptación y compradores.

Otro sí: mandamos a todos los impresores o cajistas que, de hoy en adelante, pongan más cuidado al tiempo de componer y corregir sus plan-tas, porque son muy garrafales sus yerros. Y lo peor es que hay personas que los imputan a los autores.⁴

Item: mandamos que con arreglo a lo ya mandado por el superior gobierno sobre que no se vendan licores en las tabernas y pulquerías los días festivos hasta las doce y media se observe dicho precepto en los cafés, pues nos han informado que lo menos que en tales casas se vende es café.⁵

Por cuanto ha llegado a nuestra noticia que en muchas tiendas de pulquería, donde prestan sobre prendas, con el lucro de un real en cada peso, suelen perderse éstas sin más que porque se pierden, sin tener sus dueños el más mínimo documento con que acreditar haberlas empeñado, ni acción a demandárselas al tendero en juicio, mandamos que, de hoy en adelante, ningún comerciante que preste públicamente sobre prendas lo haga sin sus respectivos boletos impresos, por los que conste el empeño, el plazo y cantidad, para que, con este documento, queden

4 En el *Diario* del 1 de este año, echándole la culpa al padre Alzate, se habla sobre el tiempo propio para sembrar alcaparrosa. El original diría alcaparras, pero un descuido tamaño sujetó a la siembra de un mineral.

5 Inicia después la conclusión del bando de la Razón, el Tiempo y la experiencia, incluyéndose una "Nota previa": "Días ha que debía haber visto la luz pública esta conclusión, pero sucedió que se deshizo el tribunal, porque el Tiempo y la Experiencia han tenido que hacer una gran viajata por el mundo, visitando a muchos que se quejan de que no tienen tiempo ni experiencia. La Razón no ha tenido que caminar, porque, aunque a muchos falta, nadie lo confiesa, antes todos dicen que tienen razón para cuanto quieren, por más que sea la más declarada injusticia. En fin, ya vueltos los dos personajes de su viaje han continuado y concluido su pragmática en esta forma." Nota agregada.

más asegurados los dueños de la ropa o alhajas empeñadas,⁶ so pena de que a los contraventores se les multará en cincuenta pesos por cada vez que se les justifique el desobedecimiento de esta orden, los que se aplicarán por tercias partes: una para el denunciante, otra para el juez y la tercera para la nuestra cámara.

Habiendo sido informados de que algunas veces suelen solicitar con ansia varios libros los forasteros que vienen a México y no los hallan porque ignoran dónde los hay, mandamos y ordenamos que la compañía volante de librereros, de hoy en adelante, anden con sus respectivas divisas, para que los conozcan y se hagan más útiles a la sociedad. Las divisas serán las siguientes: los capitanes, oficiales de plana mayor, hasta sargentos inclusive, traerán sus sombreros montados de pasta fina; los soldados rasos, de pergamino; y los inválidos, de papel.

Mandamos que a las mamilas de las mujeres se digan *tetas*, que es su nombre propio, y no pechos, como se han llamado hasta hoy, pues es claro que no tiene nadie tres pechos. Y si alguna señora se enojare por esta mutación de nombre, atribuyéndolo a falta de urbanidad, establecemos que nadie diga que destetó a su hijo, sino que lo despechó, lo que ciertamente acreditará a dichas madres de crueles, y más que Herodes.

Siendo tan repetidos los abusos que se han introducido en la administración del alquiler de los coches que llaman de providencia, no siendo el menos frecuente el que demanden los cocheros un tanto al que deja el coche, a más del flete que han pagado por el tiempo que los ocupan, ale-

6 Esta, que parece friolera, es un abuso de los que merecen corregirse; y se corregirán con una providencia como la presente. Sucede que en una casa pobre empeña la criada las prendas de ella donde se le antoja. Se sale de ella y, si es de mala fe, saca las prendas que puede y las vende. Ocurren después los dueños por ellas y se les dice que ya las sacó la criada, a la que no se le vuelve a dar palmada.

Esto es por lo que toca a la mala fe de los empeñadores. Por lo que respecta los tenderos, también saben algunos solaparse las predecillas que les gustan sin el menor escrúpulo. Y luego, en diciendo: no parece, no se empeñó acá, ya lo sacaron, etcétera, quedan muy bien. Así es que el cajero tiene arbitrio para obsequiar a la madama con la mejor mascada o tuniquito; el muchacho carbonero para espumar la sábana o lo que les hace más falta; y cuantos manejan la negociación, en siendo un poquito anchos de conciencia. Este es abuso cierto: los pobres exigen su remedio y éste es fácil, con tal que sea dictado por el superior a quien toca.

gando dichos cocheros que los administradores se los demandan por razón del tiempo que tardan en volver al sitio, lo que es un abuso intolerable, pues nadie debe pagar más tiempo que el que ocupa dichos muebles, y más dentro de la capital, ordenamos que ninguno pague tales demasías a los cocheros, aunque las cobren y aleguen que se las exigen los administradores. Y en el caso de que insistan, les pedirán les manifiesten la cartilla o reglamento de tales coches, pues, desde el tiempo de su invención, está mandado, para evitar estas disputas, que todo cochero las lleve consigo, para satisfacer al público. Aunque fuera mejor que dichos aranceles estuviesen fijados en las testeras de los coches, para excusar excesos y reclamos.

Y para que estas nuestras determinaciones tengan el más cabal y debido cumplimiento, mandamos: que sean publicadas por bando en esta capital y las demás villas y lugares de noreste.

Dado en nuestro palacio intelectual, en México, a 29 de marzo de 1816.

El Tiempo. La Razón. La Experiencia

CUENTO

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA¹

HABÍA UNA BUENA VIEJA
a quien llamaban la Maza,
por mal nombre, allá en mi aldea.
De ella, alcalde, al mismo tiempo,
cierto personaje era,
a quien el Perro llamaban
los muchachos de la escuela.
Dio la vieja, una mañana,
en seguirle con tal tema
que él la preguntó enfadado:
–¿Qué mandas, mujer? Mas ella,
turbada al ver que el alcalde
Perro se emperraba, cuerda
le dijo: –Que usted perdone
y por su maza me tenga.

1 Anónimo, "Cuento", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 25 de enero de 1816), t. VII, núm. 25, p. 4. Se indica: "Un Ingenio". Véase "Los empeños de un plumaje" de Pedro Calderón de la Barca, en *Comedias nuevas, escogidas de los mejores ingenios de España* (Madrid: Imp. de Melchor Sánchez, 1661), p. 122. *Floresta cómica o colección de cuentos, fábulas, sentencias y descripciones de los graciosos de nuestras comedias* (Madrid: Imp. de Don Joseph Doblado, 1796), t. xv, p. 37-38.

MÁXIMAS MORALES

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD¹

1. MÁS RECOMPENSA, POR LO REGULAR, EL MUNDO la apariencia del mérito que el mérito mismo.

2. Más opuesta es a la economía la avaricia que la liberalidad.

3. Menos crueles hace la ferocidad natural que el amor propio.

4. Por engañosa que sea la esperanza, sirve, a lo menos, de conducirnos al fin de la vida por un camino delicioso.

5. Siendo así que por pereza y timidez nos contenemos en los límites de nuestra obligación, se lleva la virtud ordinariamente todo el honor.

6. Difícil es juzgar si un proceder claro, sincero y honesto, es efecto de probidad o de simulación.

7. Lo que el mundo llama virtud es, por lo común, un fantasma formado por nuestras pasiones, a que se da un nombre honesto para hacer impunemente cuanto se quiera.

1 Anónimo, “Máximas morales”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 26 de enero de 1816), t. VII, núm. 26, p. 4. Véase François de La Rochefoucauld, *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: Chez Claude Barbin, 1678). *Reflexiones, sentencias y máximas morales de Mr. de la Rochefoucauld*, con notas históricas y políticas de Mr. de la Housaye, puesta en nuevo orden y traducidas del francés por D. Luis de Luque y Leiva (Cadiz: Imp. del traductor, 1784), pp. 290, 134, 128, 203, 342, 385. *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Don Narciso Álvaro y Zereza (París: Casa de Masson e Hijo, 1824), pp. 59-61. *Réflexions ou sentences et maximes morales* (Paris: P. Jannet, Libraire, 1853), pp. 48, 49, 265, 135.

SUEÑO

ANÓNIMO¹

SEÑOR DIARISTA, CON TODOS SUS PELOS Y LANAS voy a contar a ud. lo que me pasó la otra noche, antes y después que me dormí. Es el caso que siendo yo uno de los apasionados de Birjan me entretengo las más de las noches en ojear su libro de cuarenta, rematando su lectura con unos pasados por agua. La cosa comenzó por una friolera –como es de costumbre– y acabó por un *miserere* tan cruel que yo he quedado sin salud y tan maltratado que dudo mucho vivir ya en la sociedad.

A la una de la noche, me retiré a mi casa, con un humor tan negro que el andar y cenar me incomodaron en términos que quería me hiciesen pedazos las piedras que pisaba y se volviese veneno lo que me alimentaba. En este estado de desesperación, me fui a la cama, cavilando sobre la infeliz suerte que me esperaba con mi familia, sin puntero y sin arbitrios. Héteme aquí: ya me vuelvo a la izquierda, ya a la derecha, ya de frente y ya de espalda, sin poder formar en ala, en batalla, en columna, &c., ni siquiera hacer un cuarto de conversión. Y cuidado, señor diarista, que, como buen realista, aprendí yo todas las formaciones militares, por principios, con método y orden, de manera que nada, nada tengo que desear ni que aprender. Por último, púseme en pie, encendí vela y fui a mi mesa, buscando alivio a mi aflicción. Con lo primero que dí en ella, fue con el *Diario* de ud., que me puse a leer y ver si aprendía de memoria la topografía de México,² ya que no lo había conseguido al cabo de un mes

1 Anónimo, “Sueño”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 8 de febrero de 1816), t. VII, núm. 39, pp. 1-3. Se indica: “G. R.”

2 Anónimo, “Topografía de México”, en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 4 de diciembre de 1815), t. VI, núm. 157, pp. 2-4. “Sigue la topografía de México”, en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 5 de diciembre de 1815), t. VI, núm. 158, pp. 1-4. “Sigue la topografía de México”, en *Diario de México*

de repetición. Pero ¡qué asombro!, ¡qué horror me causaron aquellas grandes letras con que comienza, después del encabezamiento *Execución de justicia*,³ y a renglón seguido, ¡Gerónimo Remigio! Por mis desdichas

(México, Imp. de José María de Benavente, 6 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 159, pp. 2-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 7 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 160, pp. 3-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 8 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 161, pp. 3-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 10 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 163, pp. 3-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 11 de diciembre de 1815), t. vi, núm. 164, pp. 1-3. "Continúa la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 10 de enero de 1816), t. vii, núm. 10, pp. 2-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 11 de enero de 1816), t. vii, núm. 11, pp. 1-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 12 de enero de 1816), t. vii, núm. 12, pp. 1-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 13 de enero de 1816), t. vii, núm. 13, pp. 1-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 14 de enero de 1816), t. vii, núm. 14, pp. 1-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 15 de enero de 1816), t. vii, núm. 15, pp. 1-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 16 de enero de 1816), t. vii, núm. 16, pp. 1-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 17 de enero de 1816), t. vii, núm. 17, pp. 1-2. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 21 de enero de 1816), t. vii, núm. 21, pp. 2-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 22 de enero de 1816), t. vii, núm. 22, pp. 2-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 23 de enero de 1816), t. vii, núm. 23, pp. 1-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 24 de enero de 1816), t. vii, núm. 24, pp. 1-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 25 de enero de 1816), t. vii, núm. 25, pp. 1-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 26 de enero de 1816), t. vii, núm. 26, pp. 1-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 27 de enero de 1816), t. vii, núm. 27, pp. 1-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 28 de enero de 1816), t. vii, núm. 28, pp. 1-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 29 de enero de 1816), t. vii, núm. 29, pp. 1-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 30 de enero de 1816), t. vii, núm. 30, pp. 1-4. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 31 de enero de 1816), t. vii, núm. 31, pp. 1-3. "Sigue la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 1 de febrero de 1816), t. vii, núm. 32, pp. 2-3. "Acaba la topografía de México", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 2 de febrero de 1816), t. vii, núm. 33, pp. 1-2. Nota agregada.

- 3 Anónimo, "Ejecución de justicia", en *Diario de México* (México, Imp. de José María de Benavente, 31 de enero de 1816), t. vii, núm. 32, p. 1. Nota agregada.

negras, me llamo Gerónimo y mi apelativo comienza con R. Reparé en lo primero y en lo segundo no. No atendí a lo indio, cargador ni soltero, sino a lo demás, por ver si había alguna similitud entre los delitos de aquel infeliz y los míos, como lo había en el nombre, su segundo y mi apellido. En estas maquinaciones, pasé largo rato, hasta que cansado fui para la cama, donde me quedé dormido con el *Diario* en la mano, cuando allá entre sueños me voy viendo en medio de una larga y respetuosa procesión, sentado en un serón que tiraba con mucha pausa un macho rabón y desorejado, con mi buen *Diario* en las manos, un gran capiruso colorado encima de él, muy bien armado. A mis lados y los de la mula, una porción de cojos, tuertos y mancos, con sus sacos entre prieto colorados, como trinitarios o pobres del Santísimo. Más adelante, una porción de pobres del hospicio, con sus palos y unas tablas, arriba negras, con letras blancas, grandes y bien perceptibles, que yo leí en medio de mi sorpresa... La una decía vestir al desnudo... la otra... consolar al triste... la otra... enseñar al que no sabe... Y así las demás, que no pude ver porque iban con la espalda para mí e ir muerto de miedo. Yo todo era preguntar a aquellos venerables hermanos ¿qué es esto?, ¿dónde me llevan? Pero ellos, confusos, cabizbajos y con paso lento, caminaban adelante, hasta que llegamos al hospicio de San Nicolás, donde pararon un poco, por la gritería y alboroto de la gente, que me hizo ver para uno y otro lado lo que sucedía. Cuando, ¡ah señor diarista!, me voy viendo a mis lados dos fantasmas vestidas de negro: la una representaba un hombre seco, largo y medio bizco, joven; la otra a un viejo chico, narigón y de unos ojos airados, ambos, a dos, amenazando al populacho, que gritaba al primero nochebuena... nochebuena... plátano pasado... y el segundo, como si estos mudaran, jacha... jacha... Les pregunté:

—Señores, ¿qué es esto?, ¿dónde estoy?, ¿qué me sucede?

—¿Qué? —dijeron ellos—. Que va ud. a Mixcalco a ahorcar a ese *Diario*...

—¿A ahorcar al *Diario*, señores? —repliqué.

—Sí, a ahorcarlo —dijeron ellos.

—Señores, yo no soy verdugo, ni el *Diario* es capaz de ahorcarlo...

—Tampoco nosotros somos padres y lo vamos a auxiliar...

En estas preguntas y las otras respuestas, heme allí, en medio de plaza de Mixcalco, rodeado de tropas y una multitud de gentes, desde luego espectadoras, entre las cuales vi al Proyectista,⁴ al Flatoso, al Melancólico,⁵ a la Coquetilla,⁶ a la Clara de T.,⁷ al Incógnito, al Soñador, al Compasivo, a la Descocadilla, al Barueq,⁸ &c., &c., con otros muchos, que no pude retener en la memoria por el redoble de cajas y gritos del pregonero, que me despertaron. Y no hallé de todo este aparato más que el *Diario* pelado en mis manos.

¿Que fuera, señor diarista, y que esto le sucediera a su *Diario*?⁹ Yo no creo en agüeros, pero tengo un corazón muy noble y desde muchacho he oído decir a las viejas de mi tierra que, siendo éste así, anuncia en tiempo las desgracias que van a suceder a las cosas que se quieren. Yo amo mucho este papel, porque más tiene de bueno que de malo, y me es muy doloroso que muera, y que muera ahorcado, sin ser regicida, homicida ni parricida. Sólo lo veo ya en manos de la justicia y temo mucho sea su paradero aquél. Tome ud. las precauciones necesarias al libertarlo de semejante desgracia y mande a su servidor Q. B. S. M. G. R.

4 Véase El Proyectista en el anexo "Seudónimos, iniciales y anagramas de narradores mexicanos (1810-1816)". Nota agregada.

5 Véase El Melancólico en el anexo "Seudónimos, iniciales y anagramas de narradores mexicanos (1810-1816)". Nota agregada.

6 Se refiere a Carlos María de Bustamante Merecilla. Véase María del Carmen Ruiz Castañeda, "Mujer y literatura en la hemerografía: revistas literarias femeninas del siglo XIX", en *Fuentes humanísticas* (México, UAM-A, enero-junio de 1994), año 4, núm. 8, p. 81. Efrén Ortiz Domínguez, "Travestismo poético en el siglo XIX", en *ConNotas. Revista de crítica y teoría literarias* (Hermosillo, Universidad Autónoma de Sonora, 2003), vol. I, núm. 1, pp. 79-96. Nota agregada.

7 Se refiere al Tocayo de Clarita. Véase el anexo "Seudónimos, iniciales y anagramas de narradores mexicanos (1810-1816)". Nota agregada.

8 Véase Barueq en el anexo "Seudónimos, iniciales y anagramas de narradores mexicanos (1810-1816)". Nota agregada.

9 Si sus amigos lo desamparan, como hasta aquí, no dista mucho de un suceso tal como ud. lo ha soñado, pues, aunque su inocencia lo libre del suplicio, su miseria lo conducirá a una muerte repentina y tal vez se irá sin avisarnos a la región de las calaveras. La mortaja está prevenida, por lo que sucediere. D.

CUENTO

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA¹

CAUTIVÓ UN MORO A UN GANGOSO

y él, bien o mal, como pudo

se fingió en la nave mudo,

por no hacer dificultoso

su rescate. De manera

que cuando el moro le vio

defectuoso, le dio

muy barato. Estando fuera

del bajel moro, decía:

–No soy mudo, hablar no ignoro.

A quien, oyéndole el moro,

de esta suerte respondió:

–Tu fuiste gran mentecato

1 Anónimo, “Cuento”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 16 de febrero de 1816), t. vii, núm. 47, p. 4. Se indica: “C.” Véase Pedro Calderón de la Barca, “Los dos amantes del cielo”, en *Verdadera quinta parte de comedias de don Pedro Calderón de la Barca* (Madrid: Francisco Sanz, 1682), pp. 67-112. *Comedias del célebre poeta español Don Pedro Calderón de la Barca*, ed. de Don Juan Fernández de Apontes (Madrid: Oficina de la viuda de Don Manuel Fernández e Imp. de Supremo Consejo de la Inquisición, 1763), t. ix, p. 155. *Floresta cómica o colección de cuentos, fábulas, sentencias y descripciones de los graciosos de nuestras comedias* (Madrid: Imp. de Don Joseph Doblado, 1796), pp. 53-54. *Colección de trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos en verso y prosa* (Madrid: Imp. de Don León Amarita, 1821), t. ii, pp. 106-107. *Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca*, hecha e ilustrada por Don Juan Eugenio Hartzenbush (Madrid: Imp. de la Publicidad, a cargo de D. M. Rivadeneyra, 1849), t. iii, p. 247. *Poesías*, con anotaciones y un discurso por apéndice sobre los plagios que de antiguas comedias y novelas españolas cometió Le Sage al escribir *Gil Blas de Santillana* por Adolfo de Castro (Cádiz: Imp., librería y litografía de la Revista Médica, a cargo de Don Vicente Caruana, 1845), p. 82. *Cuentos de la Edad Media y del Siglo de Oro*, ed. de Jesús Maire Bobes (Madrid: Akal, 2006), p. 201. “El gangoso”, en *Fábulas y cuentos en verso*, sel., notas y glosario de María Goyri de Menéndez Pidal (Madrid: Instituto-Escuela, 1933), t. I, pp. 151-152.

en fingir aquí el callar,
porque si te oyera hablar
aun te diera más barato.

CUENTO

FRANCISCO DE LEYVA¹

TRES CIEGOS DE COMPAÑÍA,
en conversación honrada,
cada uno de su cegada
el achaque refería.
Dijo uno: –Un aire me dio,
estando cavando un día.
Dijo otro: –De una sangría,
un barbero me cegó.
Dijo el último: –Yo soy
ciego por vanos placeres,
pues por andar con mujeres
desenfrenado así estoy.
Y el del barbero, disgusto
mostrando aquí desigual,
dijo: –Eso sí, pese a tal,
que es cegar de lindo gusto.

1 Anónimo, "Cuento", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 27 de febrero de 1816), t. VII, núm. 58, p. 4. Se indica: "L." Véase Francisco de Leyva, "Cueva y castillo de amor", en *Comedias nuevas de los mejores ingenios de España* (Madrid: Antonio González de Reyes, 1678), parte cuarenta y tres, p. 25. *Cueva y castillo de amor* (Madrid: Casa de Antonio Sanz, 1745), s/p. *Floresta cómica o colección de cuentos, fábulas, sentencias y descripciones de los graciosos de nuestras comedias* (Madrid: Imp. de Don Joseph Doblado, 1796), pp. 4-5. *Nueva floresta española o cuentos y máximas morales muy instructivos y agradables*, ed. de Don Andrés Arnús y Pujol (Barcelona: Imp. de la Viuda e hijo de M. Texéro, enero de 1832), pp. 11-12.

CUENTO

JUAN DE MATOS FRAGOSO¹

TENÍA UNA SANTA VIEJA
en su compañía un nieto,
a quien grande amor tenía.
Sucedió que cierto deudo
murió, dejando a los dos
por únicos herederos
y que en los dos se partiesen
las alhajas por entero.
Quedóse de nones un
San Miguel de marfil bello,
con un demonio a los pies
de oro macizo. Y queriendo
repartir aquella alhaja
los albaceas, plañendo
dijo la vieja: –Señores,
yo con lo peor me contento.
Quede conmigo el demonio
y lleve el ángel mi nieto.

1 Anónimo, "Cuento", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 29 de febrero de 1816), t. VII, núm. 60, pp. 3-4. Se indica: "M. F." Véase Juan de Matos Fragoso, *La devoción del ángel de la guarda* (Sevilla: Imp. de Francisco de Leefdael, 1701), p. 7. "Moscón", en *Floresta cómica o colección de cuentos, fábulas, sentencias y descripciones de los graciosos de nuestras comedias* (Madrid: Imp. de Don Joseph Doblado, 1796), pp. 98-99. "La vieja heredera", en *Biblioteca selecta de la literatura española o modelos de elocuencia y poesía*, recop. de P. Mendibil y M. Silvela (Burdeos: Imp. de la Walle Joven y Sobrino, 1819), t. IV, pp. 312-313. Juan Martínez Villergas y Ramón Latorres, *El tesoro de los chistes* (Madrid: La Ilustración, Sociedad Tipográfica-Literaria Universal, 1847), pp. 371-372.

Así son todas, porque
no hay mujer, en estos tiempos,
que no deje el ángel pobre
y no elija el rico feo.

APÓLOGO. EL GATO Y LOS CONEJOS

FRANÇOIS SALIGNAC DE LA MOTA FENELÓN¹

UN GATO QUE HACÍA DEL MODESTO Y MODERADO en sus operaciones entró astutamente en un sitio donde había tan abundante cría de conejos que estaba todo poblado y lleno de ellos. Inmediatamente alborotada aquella república, sólo pensó cada uno en meterse a su madriguera. Pero como el recién venido, modesto, se estaba de centinela, observando los movimientos junto a un cado o vivar, los diputados de la concejal nación habían visto ya sus terribles uñas. Comparecieron en el sitio más estrecho de la entrada de dicho vivar para preguntarle qué era lo que pretendía. El gato, simulando, protestó, con una voz suave y dulce, que sólo quería estudiar las costumbres de aquella nación; que en calidad y carácter de filósofo iba a todas las regiones a fin de informarse, para su instrucción, de los usos y costumbres de cada especie de animales. Los diputados, procediendo como simples y crédulos, sin reflexionar, volviendo a decir a sus hermanos que aquel extranjero, tan venerable por su presencia, postura o talle, gesto y airoso aspecto, y por su majestuoso balandrán de marras, era un filósofo sobrio, moderado, desinteresado y pacífico, que sólo quería adquirir la sabiduría que iba a buscar de provincia en provincia; que venía de otros muchos sitios y lugares, donde había visto grandes maravillas; que todos tendrían complacencia en oírle; y en fin, que nada menos pensaba que pillar, hurtar ni disipar los conejos, pues como buen brahamán creía la metempsicosis o transmigración de las almas y así no comía de alimento alguno que tuviese vida. Esta hermosa expre-

1 Anónimo, "Apólogo. El gato y los conejos", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 6 de marzo de 1816), t. VII, núm. 66, pp. 2-4. Véase "Fábula XVIII. El gato y los conejos", en François Fenelón, *Diálogos de los muertos antiguos y modernos*, trad. de D. Miguel Joseph Fernández (Madrid: Imp. de Don Antonio Muñoz del Valle, 1759), t. segundo, pp. 194-196.

sión movió y persuadió mucho a la junta de los conejos, pero uno de ellos, que era viejo, astuto y doctor de la turba, les representó cuán sospechoso debía serles aquel grave y serio filósofo. Sin embargo, desatendido su parecer, procedieron a saludar al brahamán, el cual degolló a la primera salutación a siete u ocho de aquellas pobres gentes. Los demás recuperaron sus agujeros y madrigueras muy asustados y no menos avergonzados de su error. Entonces, el señor don Mitis volvió a la entrada y puerta del vivar, haciendo mil protestas y expresiones, con un tono lleno de afectuosa intimidad y estrechez, a fin de persuadir que había hecho aquellas muertes con total repugnancia, muy a pesar suyo, y únicamente por su urgentísima necesidad; que de allí en adelante viviría de comer otros animales y haría con los conejos una perpetua alianza y confederación amigable. Al oír estas expresiones, inmediatamente entraron todos los conejos en negociación con nuestro filósofo, pero siempre guardándose muy bien de ponerse a tiro y jurisdicción de sus uñas, de que estaban bastante escarmentados en las cabezas ajenas. La negociación duró y permaneció algún tiempo, mantenida con los insinuados pretextos, hasta que un conejo de los más ágiles y experimentados salió por detrás del vivar y fue a dar aviso del suceso a un pastor vecino, el cual gustaba y acostumbraba cazar con lazos a aquellos conejos nutridos con la frutilla del enebro. Irritado, pues, el pastor contra aquel gato exterminador de un pueblo que le era tan útil y provechoso acudió prontamente con su arco y flechas, alcanzó a ver al gato, que sólo estaba atento a su pieza, y le traspasó de un flechazo. Revolcándose en su propia sangre aquel infeliz perseguidor de los inocentes conejos, entre las agonías de la muerte, profirió estas que fueron las últimas palabras:

—Quien una vez ha engañado a otros, ya no puede ser creído de nadie. Ciertamente, es aborrecido y temido a un mismo tiempo, pero al fin es cogido y arruinado por sus propias astucias.

SOBRE LA NECESIDAD DE APRENDER OFICIO. DIÁLOGO ENTRE EL ANCIANO PALEMÓN Y EL NIÑO FÉLIX

VINCENT LOMBARD DE LANGRES¹

PALEMÓN. ¿DE QUÉ NACE ESE AIRE TRISTE y de enfado que nunca te he visto, hasta ahora, mi querido Félix?

Félix. No estoy enfadado.

Palemón. Háblame francamente: ¿te repugna esta palabra oficio?

Félix. No, pero, hablándoos sin rodeos, no creía que había nacido para aprender un oficio.

Palemón. ¿Y qué razones poderosas han podido hacerte creer que no has nacido para ejercer un oficio?

Félix. Porque presumo que mi padre tiene sobrados bienes para no permitirme tomar un estado tan bajo como el de carpintero.

Palemón. ¿Y quién te ha dicho que tu padre tiene muchos bienes? Seguramente que tu padre no te lo ha dicho.

Félix. Así lo creo. No estoy seguro.

Palemón. ¿Y a qué estado hubieras deseado que tu padre te hubiese dedicado? ¿Qué oficio te parece superior al de carpintero?

1 Anónimo, "Sobre la necesidad de aprender oficio. Diálogo entre el anciano Palemón y el niño Félix", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 7 de marzo de 1816), t. VII, núm. 67, pp. 1-4. "Sigue el diálogo sobre la necesidad de aprender oficio", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 8 de marzo de 1816), t. VII, núm. 68, pp. 1-3. "Historieta relativa al diálogo anterior, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 9 de marzo de 1816), t. VII, núm. 69, pp. 1-3. "Sigue la historieta relativa al diálogo sobre la necesidad de aprender oficio", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 9 de marzo de 1816), t. VII, núm. 69, pp. 1-3. "Acaba el artículo sobre la necesidad de aprender oficio", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 10 de marzo de 1816), t. VII, núm. 70, pp. 1-2. Véase "Le métier", en Vincent Lombard de Langres, *Oeuvres de Lombard de Langres* (La Haya: 1801), pp. 418-438.

Félix. El de músico, por ejemplo, el de relojero, pintor, comerciante y otros mil.

Palemón. Estos oficios te parecen superiores al de...

Félix. Carpintero, sombrerero, sastre, zapatero, &c., &c. De veras que hallo una gran diferencia entre un artista y un artesano.

Palemón. ¿Y en qué fundas esta diferencia?

Félix. En que me parece que se necesita mucho más ingenio y conocimientos para ser un buen artista que para ser un artesano y que la distinción establecida por el pueblo entre uno y otro señala en el mundo al primero una clase superior a la del segundo.

Palemón. Gusto de oírte discurrir con consecuencia, querido Félix, y la respuesta que acabas de darme me confirma más en la opinión que he formado de ti. Pero por juiciosa que sea tu respuesta, me resta que hacerte en este punto algunas observaciones juiciosas y que comprenderás fácilmente, por su sencillez.

Según tu modo de ver, preferirías un arte a un oficio porque el uno da en el mundo más consideración que el otro, ¿no es así?

Félix. Cierito.

Palemón. ¿Y el uno no da más consideración que el otro sino porque exige mayor número de conocimientos y más ingenio para ejercerlos?

Félix. Sí, señor, esto es lo que os he dicho.

Palemón. Muy bien, pero ya que comienzas a tener ideas exactas y a discurrir con precisión, y que te interesa mucho ayudarte a desenvolver la razón, raciocinemos, amado Félix, pero no respondas a mis preguntas hasta que las comprendas y sientas tú mismo la precisión de tus respuestas.

Félix. Aplicaré a ellas toda mi atención.

Palemón. ¿Un arte, en general, es más útil que un oficio?

Félix. No os entiendo.

Palemón. Voy a simplificar mis preguntas y hacértelas más comprensibles a tu alcance. ¿El músico, relojero y pintor de que me hablabas ahora son tan necesarios para la existencia del hombre y su conservación como el sombrerero, zapatero, sastre, &c., &c.?

Félix. Pienso que antes viviría uno sin reloj, sin cuadros y sin conciertos que sin vestidos, zapatos, sombrero y casa o cabaña para alojarse.

Palemón. Luego, los que hacen casas, zapatos y vestidos son más útiles que los que hacen relojes y dibujos.

Félix. Cierto.

Palemón. Y si la consideración que se da a los hombres se fundase sobre la utilidad real que sus talentos proporcionan a la sociedad, no hay duda en que los artesanos serían más estimados que los artistas.

Félix. Vuestra observación es justa, pero decidme ¿cómo es que lo útil merece entre los hombres menos consideración que lo superfluo? Por ejemplo, yo he visto en casa de Almanzor porcelanas y vasos magníficos que apreciaba él más que un sombrero.

Palemón. Amigo mío, pesemos bien todas nuestras palabras. La facilidad de hacerse con las cosas las hace bajar mucho de valor. Si Almanzor no tuviese más que un sombrero, que le fuese imposible tener otro, y se viese precisado a hacer un viaje con un sol abrasador, le parecería mucho más precioso un sombrero que un vaso de porcelana. Además de que no todos los hombres, como tú crees, aprecian más lo superfluo que lo útil. El arte y el oficio que son verdaderamente útiles son más apreciados en un pueblo nuevo y virtuoso que el arte de mero lujo. Y en una nación corrompida, las artes que tiran a satisfacer todas las pasiones tienen la preeminencia sobre las artes y oficios meramente útiles.

Estas digresiones no son perdidas, pero volvamos a nuestra conversación.

Las artes inventadas por el lujo no se mantienen ni florecen, sino en donde habitan el lujo y las pasiones. Y como él no reside común y necesariamente sino en las grandes ciudades, es evidente que las bellas artes son extranjeras y enteramente inútiles en las tres partes y media del mundo conocido. ¿Entiendes ahora lo que te digo?

Félix. Sí, señor, porque como en esta choza, por ejemplo, no hay gentes muy ricas, ni hay pasiones inútiles que satisfacer, ni necesidad de la música y pintura, no se conocen.

Las labores del campo, ocupando casi todos los momentos de estos inocentes habitantes, y no bastando el producto de su trabajo para su simple necesario, no piensan en superfluidades.

Palemón. Todo eso va bien, ¿pero no ves que con mi pregunta quería yo adelantases algo más?

Félix. No.

Palemón. ¿No estás convencido de que en las tres cuartas partes y media del mundo no se conocen las bellas artes ni hay necesidad de ellas?

Félix. Ahora lo veo, porque me lo hacéis ver.

Palemón. ¿Pero en el mundo entero hay un palmo de tierra, si está habitada, en que se puede pasar sin un hombre que sepa calzar, hacer un vestido, fabricar una choza?

Félix. ¡Ah!, ya os comprendo: con el conocimiento de un arte, puede uno morirse de hambre en las tres cuartas partes y media del mundo, en lugar de que con un oficio en ninguna parte puede faltar qué comer.

Palemón. Esto es precisamente lo que yo quería hacerte entender.

Félix. Muy bien, pero yo os diré que el hombre que posee perfectamente un arte, no vivirá en un pueblo, sino que fijará su morada en las grandes ciudades, en donde se aprecien sus talentos.

Palemón. ¡Ojalá no te veas jamás en el caso de experimentar que muchas veces es preciso huir de las grandes ciudades! Más créeme que hay en la vida mil circunstancias en que el hombre se ve obligado a huir de los grandes teatros.

Un comerciante, por ejemplo, cuyo estado preferías ahora poco al que se te destinaba, sufre un revés muy considerable: un navío que naufrague, una bancarrota que padezca, pierde todo su crédito y se arruina en términos de no quedarle con qué subsistir. ¿Piensas que este comerciante, en lugar de estar en una gran ciudad, expuesto a los insultos de los acreedores, al desprecio de los hombres que jamás respetan las desgracias, piensas, digo, que en lugar de solicitar el amparo de uno y otro para subsistir, no desearía más, mil veces, saber un oficio y establecerse en un pueblo en donde pudiese vivir sin deshonor, con el trabajo de sus

manos, que no verse expuesto en una gran ciudad a la risa pública? ¿Pien-
sas que un hombre perseguido en una gran ciudad, obligado a huir de
las crueles persecuciones a que estaría expuesto en un pueblo de mucha
gente, no querría más haber aprendido un oficio útil en todos tiempos y
lugares, y que aun le pusiera en estado de poder subsistir en un pueblo
desconocido?

Lo bueno que tiene un oficio es que no es necesario un siglo para
aprenderle; que puede uno ser comerciante y saber un oficio, ser magis-
trado y saber un oficio; que, como ves, es de un gran recurso, en lugar de
que para distinguirse en un arte y poder hacer de él su profesión es nece-
sario dedicarse a él enteramente; y aun la vida es comúnmente muy corta
para poseerle con perfección.

Por otra parte, amado Félix, el estado a que te se destina tiene tanto
de artista como de artesano; y aun mucho más del primero que del segundo.
Así que ánimo de todos modos y acuérdate de que el hombre que puede
ganar la vida con sus manos en donde quiera que pueda hallarse es más
feliz, más libre y más independiente que el que para subsistir está enca-
denado en los pueblos en donde reside el lujo.

Pero a propósito, ¿no has leído en el libro que te presté días pasados
la historia de un comerciante rico y de su criado?

Félix. Sí, y me acuerdo de ella.

Palemón. Cuéntamela. Hazme este gusto porque mi memoria me la recuerda
con mucha confusión.

Félix. Con mucho gusto.

Palemón. Pero evita en toda relación todas las digresiones inútiles. El
talento de contar consiste en cortar todo lo que parece extraño al asunto
de que se habla. Y cuando uno quiere hacer algunas reflexiones, deben ser
cortas y graciosas. ¿Te acordarás de esta lección? ¿Me das palabra de no
olvidarte de ella?

Félix. Os doy palabra y voy a procurar ponerla en práctica ahora mismo.

Palemón. Amado Félix, ten siempre esta docilidad con los ancianos, pues
te amarán y tu juventud se hallará bien con su experiencia.

HISTORIETA RELATIVA AL DIÁLOGO ANTERIOR

Un comerciante –dijo Félix–, que aún no se creía bastante rico, sin embargo de que tenía en Provenza grandes posesiones, hermosas casas en Marsella y sus almacenes llenos de géneros, se empeñó en ir él mismo a visitar una factoría que tenía muy distante, en que acababa de saber que se le había hecho una bancarrota de más de un millón. Como tenía muchos navíos armados a sus expensas, escogió el más cómodo y el más velero e hizo levantar anclas en un momento en que el viento más favorable y el cielo más sereno prometían la navegación más feliz y el viaje más agradable.

Al cabo de algunos días de navegación, y cuando todos los que van en un navío han tenido tiempo de verse y saber con quién se viaja, Valdek –este era el nombre del marsellés–, habiendo salido de la cámara para respirar el aire en la tilla, vio a Domingo, criado tan prudente como fiel, a quien en otro tiempo despidió de su casa porque, no queriendo este honrado criado recibir más órdenes que las de su amo, no quiso obedecer los caprichos de una criada que gobernaba imperiosamente el interior de la casa de Valdek.

Este último, duro e imperioso, como son generalmente todos los que han hecho fortuna rápida y todos los que se han hecho ricos en un día, hizo llamar al capitán del navío en que iba y le preguntó por qué entre los pasajeros que había recibido a bordo había admitido a un criado antiguo suyo, que debía saber había sido echado de su casa.

El capitán, que conocía el humor duro y fogoso de Valdek, le respondió con la mayor atención, pero Valdek supo contentarse tan poco que maltrató cruelmente al buen Domingo y tuvo la osadía de decirle que si se descuidaba un poco le haría arrojar al mar.

Al oír la tripulación tal amenaza, se figuró que Domingo era algún malhechor, pero éste, celoso de conservar la estimación que se había granjeado en su corto comercio, esperó con paciencia a que su amo hubiese hablado y le respondió delante de todos en estos términos.

—No es un crimen haber nacido pobre, pero sí lo es el que unos padres pobres obliguen a sus hijos a servir a los ricos o que estos mismos hijos, cuando han llegado a la edad del discernimiento, prefieran el corromperse en una antesala y hagan los oficios más viles antes que dedicarse al cultivo del campo o procurar ganar su vida con una honesta y prudente industria.

—El criado de un labrador, que trabaja con él en el cultivo de la tierra, es un hombre estimable, pero el criado de un rico, que no es útil a la sociedad, sino porque gasta sus rentas, es un hombre tan vil como despreciable.

—Esto lo conocí —continuó Domingo— así que tuve bastante experiencia para ver que yo era un ser como otro cualquiera y que la consideración de que se goza en el mundo dependía de la industria de cada uno y de las ocasiones que casi siempre nos hacen lo que somos.

—Estas reflexiones me resolvieron a dejar desde luego a Valdek, en cuyo servicio me hicieron entrar desde mi más tierna edad mis padres, que nacieron en la mayor miseria.

—No tardó en presentárseme la ocasión de poner en ejecución mi proyecto. Valdek tenía a la frente, no de su comercio, sino de su casa, una mujer a quien yo tenía mis razones para no estimarla y a la que estaba enteramente sometido.

—Esta mujer, que no era más que yo en la casa cuando la vi entrar en ella, que jamás me había mandado, quiso hacerlo y se vio autorizada para ello por Valdek. Yo le respondí como ella se merecía y no quise obedecerle.

—Se quejó a mi amo, que me mandó la obedeciese como a él mismo o que, de lo contrario, me fuese de su casa. Esto es lo que deseo —le dije yo—. Quizá jamás os hubiera dejado, porque os amo de veras, pero pues vos me presentáis esta ocasión, quiero aprovecharme de ella. A mí me parecía ya muy violento el hacer vuestra voluntad, sin tener que hacer la de gentes que ni se puede ni se debe respetar.

—Estas últimas palabras de tal modo llenaron de cólera a mi amo que salí de su casa sin haberme atrevido a volver a ella a pedir seis meses del salario, que aún se me deben y que no me los negará.

—Además, vedle aquí —continuó Domingo, señalando a Valdek—, él puede decir si he hablado la verdad y si he salido de su casa por otra razón.

Al pronunciar estas palabras, Valdek, que nada tenía que responder a lo que dijo Domingo, se contentó con amenazarle por señas y le arrojó con desprecio, sobre la silla, el dinero que le debía por los seis meses de su salario.

Domingo le tomó y preguntó a los marineros que se hallaban allí si les parecía bien el emplearle en beber algunas botellas del mejor vino que hubiese en el equipaje, porque él no necesitaba de aquel hallazgo para seguir su comercio, que había emprendido al salir de la casa de Valdek y le había salido muy bien.

Todos se declararon a favor de Domingo, pero sin embargo no habló una sola palabra contra su amo y se contentó con compadecerle y decir que si hubiera sabido que el navío era suyo, o que debía ir en él, hubiera esperado a que hubiese salido otro navío, por no hallarse a bordo con un hombre que tanto aborrecía.

El naufragio

Al cabo de tres meses de navegación, y cuando creían que se acercaba el dichoso día en que debía descubrirse la tierra deseada, se levantó una furiosa tempestad, que batió el navío por espacio de veinte y cuatro horas. Y habiéndole arrojado unos golpes terribles de aire a una playa desierta, fue llevado de una corriente rápida, que lo estrelló contra una costa no conocida.

Domingo, que había conservado todas sus fuerzas y cabeza en tan gran peligro, que había ayudado cuanto pudo a la maniobra y que más que todos había contribuido a cortar el mástil que aceleraba la ruina del navío, se tiró sobre el mástil cuando el navío se hundió, se ató a él con algunas cuerdas. Y se dejaba llevar de las aguas, cuando vio que Valdek perecía.

Con riesgo de que las aguas le sorbieran, Domingo dejó el mástil. Sin soltar la cuerda, le sostiene en su debilidad. Y después de algunas horas de una deshecha borrasca, se detuvo el mástil que los sostenía al pie de una roca que se introducía en el mar.

Domingo, que aún tenía parte de sus fuerzas, ayudó como pudo a Valdek para que ganase la orilla. Era ya demasiado haberse escapado de la muerte, pero ¿qué será de ellos?, ¿qué harán?, ¿en dónde estarán?, ¿y qué recurso pueden tener?

La isla salvaje

De cuánto recurso es la industria

La roca bajo la cual se hallaban Valdek y su antiguo criado —continuó Félix— conducía a una isla cubierta de bosques espesos, y en que sólo habitaban hombres salvajes. Domingo y Valdek echaron luego de ver que sus habitantes no eran feroces, pero tampoco humanos, porque, después de haber examinado bien a nuestros dos extranjeros, huyeron sin ofrecerles cosa alguna para satisfacer su hambre y sin responder a ninguna de las señas que les hizo Domingo.

No tenían estos habitantes más vestido que un ceñidor de juncos, ni otras cabañas que hoyos abiertos en la tierra y cubiertos de hojas. Su alimento eran los pájaros, caza que mataban y algunas frutas que cogían de los árboles, por los cuales trepaban con suma ligereza. No tenían otras armas que arcos toscamente trabajados y flechas de una madera muy dura, afiladas en una piedra o con guijarros cortantes.

Valdek tenía conocimientos, sabía muchas lenguas, sabía la aritmética y la álgebra; estaba muy versado en el curso de los cambios extranjeros; sabía los nombres de todas las factorías del nuevo mundo y la relación de todas las monedas de Europa. Domingo, al contrario, ignoraba todas estas cosas. Y esto le sirvió para salvar su vida y la de Valdek.

Domingo, que había conservado sobre sus espaldas la hacha con que cortó el mástil en el naufragio, se sirvió de ella para cortar árboles y hacerse una cabaña, cuya construcción, aunque sencillísima y muy tosca, admiró de tal modo a los salvajes que le miraron con el mayor respeto. Su veneración se aumentó mucho más cuando vieron a Domingo, que en lugar de subir trepando a los árboles hizo una escalera con que alcanzaba las frutas, y formó con ramas flexibles canastillos donde las colocaba y jaulas en que encerraba los pájaros a la entrada de su cabaña.

A porfía, llevaban a Domingo frutas y caza en cambio de sus cestas, jaulas y escaleras. Era estimado de todos los habitantes, a quienes enseñaba a construir cabañas cómodas, en lugar de que nadie hacía caso de Valdek, que se hubiera muerto de hambre con todos sus conocimientos, sino por la industria de Domingo, que se hizo un placer de olvidarse de las injurias y malos tratamientos de su antiguo amo y de salvarle, segunda vez, la vida, dándole alojamiento y manteniéndole en aquella isla salvaje hasta el momento en que un navío perdido en sus inmediaciones les proporcionó el medio de salir de ella.

—Y bien, amigo mío —dijo Palemón a Félix así que acabó su historia—, ¿qué notas en esta relación?

Félix. Que un oficio y un poco de industria jamás perjudican ni deben despreciarse.

Palemón. ¿Qué más notas análogo a las reflexiones que acabo de hacerte?

Félix. Que un artista hubiera sido inútil en aquel pueblo nuevo, que un artesano era mucho más necesario y que cuanto menos corrompido está un pueblo más sencillos son sus gustos y más conformes a la naturaleza.

Palemón. ¿Y no me dirás nada de la conducta de Domingo?

Félix. ¡Oh!, le amo mucho, sí. Quisiera más ser Domingo en la miseria que Valdek con todos sus tesoros.

Palemón. ¡Tal es el imperio de la virtud sobre los corazones! No —continuó Palemón—, jamás se deberían presentar a la juventud, sino imáge-

nes en que el vicio esté en oposición con la virtud. No hay un corazón tierno que no prefiera la estimación al desprecio y que en una edad más avanzada no obre conforme a las primeras impresiones que ha recibido.

CUENTO

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA¹

UN HOMBRE QUE ESTABA MALO,
viendo la grande fineza
con que lo asistía un amigo,
le dijo en voz lastimera:
–Plegue a Dios que me veáis
sano, amigo, y que yo os vea
morir a vos, para que
conozcáis, de mi asistencia,
lo agradecido que estoy
a la mucha piedad vuestra.

1 Anónimo, "Cuento", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 10 de marzo de 1816), T. VII, núm. 70. p. 4. Se indica: "C." Véase Pedro Calderón de la Barca, *Novena parte de comedias del célebre poeta don Pedro Calderón de la Barca* (Madrid: Francisco Sanz, 1691), p. 72. *Poesías de D. Pedro Calderón de la Barca*, ed. de Alfonso de Castro (Cádiz: Imp., Librería y Litografía de la Revista Médica, a cargo de Vicente Caruana, 1845), p. 54. Juan Martínez Villergas y Ramón Latorres, *El tesoro de los chistes* (Madrid: La Ilustración, Sociedad Tipográfica–Literaria Universal, 1847), p. 372. *Galas del ingenio. Cuentos, pensamientos y agudezas de los poetas dramáticos del Siglo de oro*, coleccionados y anotados por Eduardo Bustillo y Eduardo de Lustonó (Madrid: Librerías de A. de San Martín, 1880), pp. 163-164.

EL OTOÑO. PASTORAL INGLESA

ALEXANDER POPE¹

BAJO LA SOMBRA QUE FORMABAN las extendidas ramas de una majestuosa haya, Hilas y Egon cantaban sus campestres versos. En ellos, lloraba uno la infidelidad de su dama y el otro la ausencia de la suya. Parecía que los árboles de los bosques cercanos inclinaban sus erguidas cabezas para escuchar sus tristes acentos. ¡Oh!, vos, ninfas de Mantua, prestadme vuestras delicadas voces, inspiradme los versos de Hilas y de Egon. ¡Oh!, tú, a quien las nueve hermanas dotaron del genio de Plauto, de las gracias de Terencio y del fuego de Menandro; que nos instruyes con tus pensamientos, nos deleitas con tus sales, nos guías con la rectitud de tu juicio y nos arrebatas con el fuego de tu imaginación, dirige mi débil musa, aun no digna de imitarte. El hermoso Febo, cercano ya a los brazos de Thetis, brillaba con una luz serena y los globos de nubes que cubrían el cielo estaban pintados de una luz púrpura cuando el triste Hilas comenzó su lastimero canto y sus melodiosos gemidos.

—Volad suaves vientecillos y llevad mis suspiros a los oídos de Filis y haced que oiga mis tiernos cantares. Canto, ausente de ella, su infidelidad, como una tortolilla que se ve abandonada de su esposo. Los ecos sólo resuenan con mis tristes acentos. Viéndome lejos de mi Filis, cuento mis quejas a los cefirillos, pero sólo ellos me escuchan. No puedo moverla a lástima, ni hacer que no me abandone.

1 Anónimo, "El otoño. Pastoral inglesa", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 21 de marzo de 1816), t. VII, núm. 81, pp. 1-4. Véase Alexander Pope, "Autum. The third pastoral, or Hylas and Aegon", en *The Poetical Works of Alexander Pope*, ed. by Robert Carruthers (London: Nathaniel Cooke/Milford House, Strand, 1853), vol. II, pp. 113-116.

—Id vientecillos, llevad al menos mis suspiros. Desde que está ausente, los pájaros olvidan sus alegres gorjeos, los árboles nos rehúsan su sombra, los lirios inclinan su cabeza y se secan.

—¡Oh!, vosotras, flores que os marchitáis cuando la primavera os abandona, pájaros que cesáis de cantar cuando el verano os deja, árboles que os desnudáis de vuestras hojas cuando se aleja el otoño, decidme ¿la ausencia no es la muerte para los que aman?

—Id, suaves vientecillos; llevaos mis suspiros. Que los campos que retardan su venida se vuelvan estériles, que las flores se marchiten, que los árboles se sequen, que todo perezca, menos ella... ¡Pero qué es lo que digo! ¿A dónde me arrastra mi dolor? No, que reine una feliz primavera en los sitios que Filis habita, que nazcan las flores bajo sus pisadas, que las fragantes rosas adornen las nudosas encinas y que cada espina destile el líquido ámbar.

—Id, suaves vientecillos, llevadle mis suspiros y decidle que los pájaros dejarán sus cánticos de la tarde, los vientos cesarán de soplar, las ondeantes ramas de moverse y los arroyuelos su manso murmullo antes que yo de amarla. Su vista me agrada más que la fresca fuente al sediento pastor, que la deliciosa sombra al fatigado labrador, que el brillante resplandor del sol a las abejas.

—Id, suaves vientecillos, llevadle mis tristes suspiros. Vuelve, Filis, vuelve. ¿Qué cosa puede detenerte aún? Tu nombre resuena sin cesar a través de las oscuras cuevas y de las agudas rocas; y cada eco lo repite a las cavernas y a las montañas. Poderoso Dios del sueño, que favoreces a los amantes con sueños placenteros y adulas a veces los errores de mi espíritu, preséntame la imagen de mi Filis. ¡Pero qué es lo que veo! ¿Es ella? Ya viene, en fin, a calmar mis inquietudes, acábanse mis tristes quejas. Y vosotros, cefrillos, cesad de llevarle mis suspiros.

Egon canta después, mientras que los bosques de Windsor le escuchan y le admiran.

—Vosotras, musas, cantad lo que me habéis inspirado, resuenen mis tristes versos en las montañas. La ingratitud de la perjura Doris me causa

la muerte. Mis últimas palabras son para quejarme de ella. Canto mis penas andando pavoroso por entre estas montañas, que disminuyen de circuito a medida que se elevan y se ocultan entre las nubes, perdiendo de vista a los valles. Resonad, resonad montañas con mis tristes suspiros, mientras que el tardo buey, desfallecido del calor y de la fatiga, después de haber trabajado todo el día, vuelve cansado del campo, y en tanto que los torbellinos de humo que salen de las cercanas aldeas oscurecen el aire, y que las rápidas sombras van cubriendo los floridos valles. Pasábamos muchas veces todo un día bajo de estos empinados chopos, grababa en sus cortezas amorosos versos, mientras que ella adornaba sus ramas con guirnaldas de flores. Ya se marchitaron las guirnaldas, el tiempo ha borrado de estas cortezas los versos que había grabado. Así murió su amor, así acabaron todas mis esperanzas. Resonad, resonad montañas, con mis tristes suspiros.

—Ahora el brillante Arturo reanima los prados, los dorados frutos brillan entre las flexibles ramas, las fecundas viñas se hinchan de arroyos de vino y la roja amapola hermosa y pinta los bosques... Toda la naturaleza se muestra agradecida y recompensa con sus dones los trabajos del vigilante labrador. Sólo Doris es siempre ingrata. Resonad montañas, resonad con mis tristes suspiros. Los pastores me llaman y me dicen has abandonado tu ganado, los hambrientos lobos lo destrozan... ¿Pero de qué me servirá cuidar mi ganado si no me cuido a mí mismo? El Dios de los bosques viene movido de los tristes acentos de mi voz y me pregunta cuál es el mágico poder que se ha apoderado de mí y me causa tan acervo dolor. ¡Oh, qué miradas han lanzado sobre mí sus venenosos ojos! ¡Ah!, ¿qué ojos pueden moverme, sino los de la infiel Doris, o qué poder mágico puede haber, sino el del amor? Resonad, resonad montañas, no dejéis de resonar con mis gemidos.

—Puedo huir de los pastores, alejarme de mi ganado y de los floridos prados; huir a un desierto, dejarlo todo, menos a mi amor. Ya te conozco, pérfido Cupido, Dios del amor, tú eres más impetuoso y violento que el irritado océano, más cruel que los tigres en las arenas de Libia... Saliste de

las abrasadoras entrañas del Etna, fuiste engendrado por los furiosos huracanes y naciste del trueno. Resonad montañas, por la última vez, con mis dolorosos gemidos. ¡Oh vosotros bosques que tanto he amado, astro brillante del mundo, recibe mi triste despedida! Voy a poner fin a mis penas, arrojándome desde la cima de estas escarpadas rocas a los profundos valles y vosotras montañas que habéis sido las únicas sabedoras de mis suspiros ya no resonaréis más con mis tristes acentos.

CUENTO

ÁLVARO CUBILLO DE ARAGÓN¹

UN DOCTOR TENÍA UN CRIADO.

Y por descuido o desgracia,
o ambas cosas, sucedió
que le quitaron la capa.
Dio cuenta al doctor del hurto,
pensando que en él hallara
el remedio de aquel mal,
y él, espetado en su barba,
le dijo: –Sangraos. Y el criado
respondió: –¿Pues quien se sangre
convalece de los hurtos?
–Necio –le dijo–, en mi casa
hay más remedio. Sangraos,
y de la vena del arca,
porque así podréis comprar
una capa y muchas capas.

1 Anónimo, "Cuento", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 22 de marzo de 1816), t. VII, núm. 82, p. 4. Se indica: "C." Véase Álvaro Cubillo de Aragón, "Perderse por no perderse", en *Comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España. Octava parte* (Madrid: Imp. de Andrés García de la Iglesia, 1657), p. 198. *Perderse por no perderse* (Valencia: Imp. de Joseph y Thomàs de Orga, 1781). *Floresta cómica o colección de cuentos, fábulas, sentencias y descripciones de los graciosos de nuestras comedias* (Madrid: Imp. de Don Joseph Doblado, 1796), pp. 30-31. *Médicos y boticarios*, ed. de Manuel Gil de Oto, pról. de José María Cortezo (España: Ed. Maxtor, 2015), p. 67. Edición facsimilar.

DICHO FILOSÓFICO DE UN INDIIO MAZAGUAL

ANÓNIMO¹

TIENEN TAMBIÉN LOS INDIOS SU FILOSOFÍA y en prueba alegamos el caso siguiente, que sucedió en cierto día, mes y año, en una cierta ciudad.

Divertida miraba una señorita joven por el balcón de su casa y conversaba muy a su favor con un galán. Adornábanla mil flores y estaba revestida de todas las gracias, tanto que fue capaz de sorprender y llamar la atención de un indio que se paró algún rato a considerarla con aquella su apatía o llamémosla suma frialdad. El galán extrañó su suspensión; no pudo menos que decirle:

—¡Oh!, ¿te cuadra esa belleza?

—¡Ah!, ¡malhaya! —respondió el indio.

—Pues bien —repuso aquél suponiéndose su esposo—, ya yo estoy aburrido con ella; llévatela para tu pueblo, en buena hora, y que te haga buen provecho.

A esto, enderezando la palabra con la dama, le preguntó el indio con gran socarronería:

—¿Sabes moler?

—Quítate de aquí —dijo amostazado el supuesto marido—, lo que esta niña sabe es comer muchas gallinas y más si se las dan en sustancia.

—Pues no es bueno ese tu mujer —concluyó el indio—; mucho tacuatin en tu pueblo. El pobre gallina andar muy caro. Mijor aquel nuestro gente.

Y se fue mudando, dejando qué reír a los circunstantes.

1 Anónimo, "Dicho filosófico de un indio mazagual", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 25 de marzo de 1816), t. VII, núm. 85, p. 3. Se indica: "G. de G."

CUENTO

AGUSTÍN MORETO Y CABAÑA¹

UN VIZCAÍNO INSUFRIBLE
por una calle iba andando
y en una reja pasando
se dio un codazo terrible.
Enfurecido, aunque en vano,
volvió a la reja culpada
y le dio tan gran puñada
que se destrozó la mano.
Irritóse y a dos brazos
tomó, sacando la espada,
y allí, a pura cuchillada,
la hizo en la reja pedazos.
Partió diciendo a su modo:
—¿Manos rompes?, ¿quiebras codos?
Pues toma lo que has llevado.

1 Anónimo, "Cuento", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 27 de marzo de 1816), t. vii, núm. 87, p. 4. Se indica: "M." Agustín Moreto y Cabaña, "El caballero", en *Comedias escogidas de Don Agustín Moreto y Cabaña* (Madrid: Imp. de Ortega y Compañía, 1828), t. ii, p. 292. *La floresta andaluza. Periódico semanal de literatura y artes* (Sevilla, Álvarez y Compañía, Impresores y Editores, 21 de diciembre de 1843), t. I, primera serie, núm. 45, p. 236. *La Carcajada. Enciclopedia de gracias, sales, chistes, donaires y ocurrencias de los más célebres escritores antiguos* (Madrid, Imp. de la Sociedad Literaria, 1 de enero de 1844), t. I, núm. 7, p. 54. *Fábulas y cuentos en verso*, sel., notas y glosario de María Goyri de Menéndez Pidal (Madrid: Instituto-Escuela, 1933), pp. 119-120.

INTEMPERANCIA

ANÓNIMO¹

SIENDO CIRO NIÑO, Y ESTANDO EN LA CORTE de Cambises, su abuelo, se encargó un día de llevarle la copa a la mesa. Debía el oficial que servía para este ministerio probar la bebida antes de presentarla al rey. Ciro, sin hacer esta ceremonia, entregó la copa a su abuelo, con mucha gracia. El rey le avisó de su omisión, atribuyéndola a olvido.

—No lo fue —replicó Ciro—. Temí probarla, receloso de que en ella hubiese veneno, porque no hace mucho que en un banquete que v. m. dio noté que los señores de su corte después de beber se pusieron inquietos, pendenciosos y fuera de sí. Y aun v. m. parece se olvidó de que era rey.

1 Anónimo, “Intemperancia”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 29 de marzo de 1816), t. VII, núm. 89, pp. 3-4. Véase *A Father's Instructions to his Children* (London: Printed for J. Johnson, 1776), pp. 37-38. *Instrucciones de un padre a sus hijos*, trad. de Don Joseph Manuel Antolines (Madrid: Imp. de Alfonso López, 1786), p. 10.

CUENTO SOBRE HECHOS CIERTOS Y LASTIMOSOS

ANÓNIMO¹

LO QUE VOY A REFERIR SUCEDIÓ EN CIERTA CIUDAD. En los pueblos, no acontecen tales cosas porque en ellos los hombres lo son en efecto, bien al revés de lo que aparece en las grandes poblaciones. En éstas, por su desdicha, descubren comúnmente un espíritu minucioso, de bagatela o amujerado. Queriendo, no obstante, representar lo que no son, suplir la falta de realidad con las apariencias de ella, la resulta es aumentar su debilidad con las frívolas pequeñeces del otro sexo. Arrebatados de una falsa idea de grandeza, dieron en la manía de malrotar sus caudales en todo lo que fascina los ojos del vulgo y se quedaban como el gallo de Morón, sin pluma ni pelusa. El fruto de muchos años, afanes, trabajos, economías, devoraron en pocos meses el espíritu de representación. El efecto era una parálisis, de que no se restablecían jamás.

¡Cosa rara! El matrimonio los tornaba, en un momento, desdichados, debiendo hacerlos felices. La que buscaban consorte y compañera en su fortuna los precipitaba en su ruina. No eran ellas la causa, sino la flaqueza de sus maridos boquiabiertos.

De aquí se originaron males sin número. Escarmentados, los más, rehusaron casarse. Menos cobardes, algunos pocos, o más atolondrados, escrupulosos tal vez por las cosquillas de la carne, cerraban los ojos y caminaban adelante, sin pensar en el modo de prevenir su amenazada desdicha. Apenas casados, pataleaban, porque la gran casa, el correspondiente menaje, las perlas y brillantes de la esposa, el coro de criadas, costureras y chichiguas, se absorbían lo más bien parado de su haber.

1 Anónimo, "Cuento sobre hechos ciertos y lastimosos", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 3 de abril de 1816), t. VII, núm. 94, pp. 3-4. Se indica: "G. de G."

Uno de estos prosélitos de la necesidad, a quien no restaba por vender, y por falta de comprador, sino el aderezo de su consorte, noticioso que un comerciante tenía contratado casamiento, fue a visitarlo al instante...

–Amado mío –le dijo–, yo estimo a ud. sobremanera... Me intereso bastante en su felicidad para no celebrar el enlace que intenta. Su futura esposa es cosa fina y de gusto, como para ud. al fin. Considérola en el empeño y solicitud de una presea digna de la que va a ser dueña de su corazón. Sólo yo puedo servir a ud. en esta parte. Se la ofrezco y me despojo con gusto porque ud. lo tenga. A 12,000 pesos sube su valor. En 10,000 se la regalo y sentiría que no aceptase mi obsequio.

–Sí lo creo de su buen afecto –repuso el novio, que por fortuna en los días anteriores había hecho balance de su caudal y, prudente, trataba no caer en el abismo de los mentecatos.

Cuando con más cuidado echaba éste sus cuentas para arreglar su futura conducta al caudal de 20,000 pesos, que le resultaban buenos, sobrevino esta tentación, de que por dicha estaba muy distante. Acababa, asimismo, en aquella hora de leer, y no de reír, la fábula de la zorra descolada que, con mucha formalidad, intentó persuadir a sus hermanas lo útil que les sería a todas no tener cola, por mayor gracia, hermosura y conveniencia. Y trayendo a tiempo la respuesta con que rompió este notable acuerdo zorruno una de ellas, aprovechó la idea y dijo:

–Sí señor, no puedo menos de agradecer su voluntad, ¿pero gusta ud. también de verme a mí descolado?

–No entiendo la frase –dijo el buen amigo.

–Pues oiga ud. el cuento, que lo tengo a mano –añadió aquél.

Leyóle la fábula.² Conoció la burla, bajó las orejas y se fue con su presea, sin ganas de predicar otra vez su tontera, por más que a más de mucho consuelo, &c., &c.

2 Esopo, *Fábulas*, introd. general de Carlos García Gual, introdcs., trads. y notas de P. Bádenas de la Peña y J. López Facal (Madrid: Gredos, 1985), p. 50. *Fábulas de Esopo*, introd. general de Carlos García Gual, introdcs., trads. y notas de P. Bádenas de la Peña y J. López Facal (Madrid: Gredos, 1993), p. 36. Nota agregada.

LA PRIMAVERA Y LA MÚSICA

ANÓNIMO¹

LA PRIMAVERA, HIJO MÍO, ES LA MÁS HERMOSA de todas las estaciones. La naturaleza, que parecía haber expirado con los rigores del invierno, se reanima y cobra una nueva vida. Todos los seres que la componen están en un dulce movimiento. El suco en los vegetales y la sangre en los animales circula con más rapidez. Los árboles se adornan con nuevas galas y los prados se esmaltan con mil géneros de nuevas flores. Los arroyos, cuyas ondas parecían encadenadas y sujetas por los recios aquilones, rompen sus cadenas al acercarse los blandos cefirillos. Los pájaros cantan sus amores y hacen resonar los bosques con sus dulcísimos gorjeos.

Goza, hijo mío, de los placeres de esta hermosa estación. Deja entonces la pompa de las ciudades para habitar los deliciosos campos. Ellos han sido la primera morada del hombre. Se disfrutaban en ellos los placeres más puros, aunque menos brillantes que los que se gozan en las ciudades. Allí es donde el filósofo, después de haber contemplado la naturaleza, no puede dejar de admirar la grandeza de Dios en sus obras. Los prados y los bosques disipan la tristeza del corazón del hombre. ¿Hay un lugar más delicioso y en donde los sentidos puedan gozar más placeres? Todos disfrutaban de ellos: los ojos del hermoso verde, el olfato del delicioso perfume que exhalan las flores y el canto del ruiseñor deleita a un oído sensible.

Ceda tu alma, hijo mío, al imperio de la música. Que te arrebathe y eleve fuera de ti mismo. La música, a la semejanza de la poesía, pinta los

1 Anónimo, "La primavera y la música", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 17 de mayo de 1816), t. VII, núm. 138, p. 3. Se indica: "N. E."

objetos al espíritu. Expresa las diferentes pasiones. Tiene ciertos resortes secretos, ya para enternecernos, ya para encolerizarnos.

LOS REMORDIMIENTOS. ANÉCDOTA INGLESA

ANÓNIMO¹

POCAS VECES SUCEDE QUE EL CULPABLE se liberte del castigo que merece. El brazo vengador de la justicia divina lo persigue continuamente. Siente el remordimiento en el fondo de su corazón y este verdugo secreto le arrastra muchas veces a los pies de la justicia humana.

Firforth había nacido pobre y dedicándose a servir. Un rico mercader de joyas se vio obligado a hacer un viaje. Le tomó por su criado y le dio su maleta para que la llevase. Este mercader cometió la imprudencia de enseñar a su criado lo que contenía, que era una suma considerable de diamantes. Firforth sintió vivos deseos de hacerse dueño de aquellas riquezas, que le aseguraban una suerte afortunada. Su alma se dejó arrastrar del crimen y se negó a las insinuaciones de su propia conciencia. Pensó, pues, en asesinar a su amo y lo ejecutó en lo más retirado de un bosque que hallaron en el camino. Tomó al instante la maleta, huyó y fue a establecerse en una ciudad muy distante, en donde estaba, a su parecer, seguro de no ser descubierto.

Dueño ya de una fortuna considerable, la ocultó con ansia para disimular mejor el modo como la había adquirido y estar más libre de toda sospecha. Bajo esta idea, emprendió un comercio muy corto y supo manejarse en él con tanta astucia y prudencia que parecía que sus bienes se aumentaban todos los años por el feliz efecto de sus negociaciones. En fin, se hizo estimar de tal modo que todos miraban sus riquezas como el fruto de su industria o aplicación.

1 Anónimo, "Los remordimientos. Anécdota inglesa", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 22 de julio de 1816), t. VIII, núm. 22, pp. 2-4. Véase *El no sé qué por no sé quién*, "Al lector", trad. y ed. de Román Hernández (Madrid: Imp. de la Viuda de Hilario Santos, 1794), t. 1, tercera parte, pp. 443-447.

Firforth se aprovechó de la estimación que lograba. Se casó con una mujer honrada y virtuosa y logró a poco ser nombrado juez de aquella ciudad. Cumplió con las obligaciones de tal con la mayor exactitud, aumentando de este modo su reputación.

Un día que estaba en el tribunal con los demás jueces le presentaron un criado acusado de haber muerto a su amo. El crimen estaba probado y el culpable no lo negaba. Los demás jueces habían dado su voto y Firforth, que era el presidente, tenía que dar la sentencia. Entonces entró en una agitación extraordinaria. Se puso pálido y trémulo. En fin, se levantó precipitadamente de su asiento, bajó del tribunal, se puso al lado del reo, a quien tenía que sentenciar a muerte.

—Ved —dijo a los magistrados— un ejemplo terrible de la justicia celestial. Os presenta, después de treinta años que he pasado sin castigo, un hombre más digno de él que el reo que tenéis presente.

Los jueces quedaron sorprendidos y no sabían qué decir. Firforth confesó su crimen con todas sus circunstancias. Les explicó menudamente los medios que había empleado para ocultarlo.

—Hasta ahora, he procurado encubrirlo bajo la máscara de la virtud. Aguardaba que estaría eternamente oculto, pero al instante que he visto a este infeliz reo se ha pintado en mi imaginación mi crimen, tan horroroso cual es él. No he podido sentenciar a un infeliz menos culpable que yo. Me he estremecido, he bajado de un puesto que no soy digno de ocupar y pido se me dé el castigo que merezco. Magistrados a quienes mi compañía ha deshonorado tanto tiempo, yo me confieso culpable delante de Dios, que todo lo ve; delante de aquel Dios terrible, único testigo de mi culpa; y delante de este tribunal respetable, engañado por mi hipocresía; y os pido me sentenciéis con el justo rigor de las leyes.

Los jueces se estremecieron al oír esta declaración y procuraron salvarle, pero Firforth se atrevió a declamar contra sí propio y les hizo conocer los daños que se seguirían de perdonarle. Los jueces, convencidos de sus razones, firmaron, llorando, la sentencia y Firforth la sufrió con resignación.

[ANÉCDOTA]

JOSÉ IGNACIO PAZ¹

SEÑOR DIARISTA, SI EL ENFERMO PUPILO DE UD. —el *Diario*— no ha perdido el apetito, sin embargo del empacho que hace algunos años padece, haga ud. la tentativa de brindarle con el siguiente bocadito que, disfrazado en anécdota, le remite su afectísimo. *El Tocayo de Clarita*.

Una pobre mujer, y madre al mismo tiempo, que se veía perecer en compañía de su familia, tuvo la oportuna ocurrencia de que la mayor de tres hijas que tenía fuese instrumento del remedio.

Desde luego, no ignoraba que otras madres han prosperado por medio de sus hijas. Y ella, guiada de este ejemplo, adornó a la suya con ropas y alhajas alquiladas y la presentó en las calles de esta capital tan brillante en lujo y tan linda en lo demás que se llevaba las atenciones de todas las de su sexo y, por de contado, las del otro.

Tales eran los atractivos de esta bella criatura que a su primera salida al público se le presentó un sujeto piadoso, de los muchos que abundan en todas partes, y acercándose a la madre habló con ella en secreto. Y de esta conversación, resultó que el caballero, por sólo un efecto de su bondad, ofreciese a la niña un tanto mensual, capaz de cubrir sus necesidades interiores y exteriores, exigiendo únicamente la sencilla condición de que la señorita había de vivir en su compañía, para quitarla de los peligros a que estaba expuesta, pues él se había decidido, después de un detenido examen, a constituirse *el custodio de su honor*. Una propuesta tan ventajosa fue admitida al instante y se hizo la escritura de contrato

1 Anónimo, "[Anécdota]", en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 16 de septiembre de 1816), t. VIII, núm. 78, pp. 1-3. Se indica: "El Tocayo de Clarita." El título original es "Remitido."

ante un escribano, pariente de la niña desde Adán, en la casa de la madre, siendo testigos todos los tíos, tías, primos, primas, hermanos, hermanas, compadres, comadres, amigos, amigas, próximos, próximas, conocidos, conocidas, criados y criadas que tenían íntimas relaciones con esta honrada familia, quedando concertado entre la buena madre, cabeza de ella, y el caritativo protector el día en que la señorita debía serle entregada para *usque in aeternum*.² Pero por una casualidad de aquellas que no están escritas, o si lo están tienen ya tantos tachos y borrones que nadie las puede leer, sucedió que antes de cumplirse el plazo acordado para la entrega se presentó a la madre de la niña un nuevo postor, que ofreciendo más dinero quedó absoluto dueño de la alhaja.

Supo esta ocurrencia el primer interesado cuando ya no había remedio. Quiso escarmentar a la madre y a toda su casta, pero se contuvo por justas consideraciones. Y entre querer y no poder desahogarse a las claras, tomó la pluma y escribió el siguiente soneto, que dirigió a la madre de la consabida niña, que bien puede remitirse a otras muchas madres que se hallan en igual caso. Dice así:

Aquella ave, que llaman de rapiña,
preciada de rapaz y de altanera,
vagando los espacios de la esfera
enseña a su hija a que las garras tiña.

Así la madre que a su hijuela aliña,
sacándola a volar en la carrera,
por su influjo perverso a carnicera
queda enseñada la inocente niña.

Astrea divina, para que tan malas,
malditas madres, de que vemos sumas,
y de sus hijas las impuras galas
en el mundo aniquiles y consumas,

2 “hasta la eternidad.” Nota agregada.

ve a las hijas cortándoles las alas
y a las madres pegándoles las plumas.³

3 No soy autor de este soneto. Bueno o malo, me lo dio un amigo hace algunos años, asegurándome ser verdadero el pasaje que he referido. A.

CUENTO AÑEJO

JUAN MARÍA LACUNZA¹

UN CIEGO Y UN SORDO, UN DÍA,
en la boca del portal
que mira a la catedral,
charlaban en compañía.
Decía el ciego: –Es gran tormento
este, amigo, de no ver,
a cada paso caer,
dar tropezones sin cuento.
Soy de los niños burlado,
que se ríen de mis traspieses;
y aun de los viejos, a veces,
soy también atropellado.
Sin hablar del gran dolor
que es carecer de la luz,
y la más penosa cruz
que quiso darme el Señor.
Mas me consuela en tal pena
tener un oído increíble,
que a distancia indefinible
oigo todo lo que suena.
Como ahora, en este momento,
no veo la hormiga que corre
allá en lo alto de la torre,

1 Anónimo, “Cuento añejo”, en *Diario de México* (México, Imp. de D. José María de Benavente, 23 de diciembre de 1816), t. VIII, núm. 175, pp. 1-4. Se indica: “El Auxiliar J. M. L.”

pero sus pisadas siento.
Lleva pasos diligentes
y, sin duda, va comiendo,
pues desde aquí estoy oyendo
el rechinar de sus dientes.
El maldito sordo, que era,
como buen tal, malicioso,
esperó muy silencioso
a que el otro concluyera,
y en ánimo de empatarle
hipérbole tan crecido,
bien *apenas* lo hubo oído
se apresuró a contestarle:
–Es cierto, ventaja es mucha,
ya que nada ves, oír
tan bien que pudieras ir
de monjas a ser escucha.
De no pocas aflicciones
te habrá librado tu oído,
con el que habrás evadido
los *ruidosos* tropezones.
Y no sé cómo, teniendo
oreja tan singular,
no te has ido a presentar
al gobierno, pretendiendo
que entre las tropas te admita,
lo que haría inmediatamente,
que un oír tan eminente
es de importancia infinita.
Por la noche, en especial,
bastaba contigo solo
a anunciar, de polo a polo,

todo asalto y todo mal.
Bien que de mí, según creo,
decir pudiera otro tanto.
Yo soy sordo como un canto,
pero más que un lince veo.
Si tu habilidad es rara
en noche quieta y oscura,
de día yo, puesto en altura,
todo el orbe divisara.
Y en prueba de que no miento,
ni exagero en lo que digo,
la misma hormiga testigo
me sea, que trajiste a cuento.
Es color de chocolate,
sus alas tiene por señas,
que son blancas y pequeñas,
y muy bien aún no las bate.
Como tú oyes, va comiendo;
y es un grano de mostaza
que venció saliendo a caza;
y el mascar es el estruendo.
El ponderativo ciego,
que era también socarrón,
lo satírico y burlón
del sordo conoció luego.
Y riendo a todo reír:
–Bien –dijo– las has empatado.
Y en el vicio me has ganado
de ponderar y mentir.
Si cuantos mienten hallaran
quien como tú les saliera
a sus embustes, pudiera

que algún tanto se enmendaran,
que la burla y el desprecio,
más que el consejo y razones,
en algunas ocasiones
suelen enmendar al necio.

–Yo sé un remedio mejor
–dijo el sordo–, y es probado,
un garrote bien jugado
sobre el infame hablador,
que es muy grande grosería
mentirle a uno cara a cara.

Y el que impune la dejase,
cómplice en ella se haría.

De buen grado oyera yo
el fin de tan bello cuento,
mas un maldito jumento
herrado me atropelló.

De uno y otro no son malos
los medios, mas si el segundo
se adaptase, presto el mundo
se vendría a acabar a palos.

Con que es mejor, me parece,
tomar del ciego el sentir
y con risa y burla oír
al que miente y encarece.

ANEXOS

SEUDÓNIMOS, INICIALES Y ANAGRAMAS DE NARRADORES MEXICANOS (1810-1816)¹

- ALAZURE. José María Álvarez (pp. 26 y 46).
- ANFRISO. Mariano Barazábal (pp. 61 y 94-95).
- ANTIMIO. Anastasio María de Ochoa y Acuña (pp. 64 y 573).
- ANTOSALNIOGADO. Antonio Salgado (pp. 64 y 751).
- APLICADO, EL. Mariano Barazábal (pp. 65 y 94-95).
- APLICADO ANFRISO, EL. Mariano Barazábal (pp. 65 y 94-95).
- AUXILIAR, EL. Juan María Lacunza (pp. 82 y 432-433).
- AUXILIAR J. M. L., EL. Juan María Lacunza (pp. 82 y 432-433).
- BR. J. V. José Manuel Valdés (pp. 416 y 837).
- BARUEQ. Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera y Morales (pp. 102 y 756-757).
- BATILO. Juan María Lacunza (pp. 104 y 432-433).
- CAFETERO L. F. E., EL. Francisco Estrada (pp. 431 y 266-267).
- CANAZUL. Juan María Lacunza (pp. 154 y 432-433).
- CIOSLAPA. Francisco Palacios (pp. 270 y 601).
- CURIOSO, EL. Joaquín Conde (pp. 198 y 217).
- D. J. F. de L. José Joaquín Fernández de Lizardi (pp. 218 y 277-278).
- D. AGUSTÍN ZOQUIPA (ALIAS EL LIC. CONFITE). Agustín Zoquipa (pp. 199 y 899).

1 La fuente de información para los seudónimos, iniciales y anagramas de los narradores mexicanos del período 1810-1816 fue tomada de María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias. Usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México* (México: UNAM, 2000). Debido a ello, después de indicar el nombre del narrador sólo se dispondrá, entre paréntesis, las páginas que debe consultar quien así lo requiera. Véase, además, Juan. B. Iguínez, *Catálogo de seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos* (México: Librería de la vda. de Ch. Bouret, 1913). Juana Manrique de Lara y Guadalupe Monroy Baigen, *Seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos antiguos y modernos* (México: 1954). Cuando la información provenga de otra fuente, se indicará inmediatamente después del nombre del autor o en nota a pie de página.

- DELIO. José Victoriano Villaseñor (pp. 224 y 873).
- DURANGUEÑO L. F. E, EL. Francisco Estrada (pp. 144 y 266-267).
- ESCOBAR, PAZ DE. Pedro Cabezas (pp. 141 y 259).
- F. José Joaquín Fernández de Lizardi. Véase nota a pie de página número 562 del capítulo "Confabulario" de *La narrativa breve en México (1810-1816)*, t. I, p. 183.
- F. CIOSLAPA. Francisco Palacios (pp. 270 y 601).
- FILENO. Felipe de la Vega (pp. 285 y 855).
- INGLÉS. Juan María Lacunza (pp. 415-432-433).
- J. F. de L. José Joaquín Fernández de Lizardi (pp. 277-278).
- J. M. L. Juan María Lacunza (pp. 415-432-433).
- J. M. N. Manuel Martínez de Navarrete (pp. 271 y 495-496).
- J. M. R. C. José Mariano Rodríguez del Castillo (pp. 415 y 720).
- L. Juan María Lacunza (pp. 104 y 432-433).
- LACUNZA, J. M. Juan María Lacunza (pp. 415 y 432-433).
- LEAL DE GAVIE, P. F. José. Felipe de la Vega (pp. 440 y 855).
- MELANCÓLICO, EL. Carlos María de Bustamante Merecilla (pp. 134-136 y 509).
- MISÁNTROPO, EL. Francisco Estrada (pp. 266-267 y 526).
- MOSTAZA. José Mariano Rodríguez del Castillo (pp. 543-720).
- MOPSO. Agustín Pomposo Fernández de San Salvador y Montiel (pp. 278-279 y 536).
- OBSERVADOR, EL. Francisco de la Llave (pp. 451 y 571).
- PÁVEA, FLÉGILE. Felipe de la Vega (pp. 611 y 855).
- POMPOSO FERNÁNDEZ DE SANSALVADOR, AGUSTÍN. Agustín Fernández Pomposo de San Salvador y Montiel (pp. 278-279 y 536).
- PROYECTISTA, EL. Jacobo de Villaurrutia (pp. 567 y 874-877).
- QUEBRARA. Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera y Morales (pp. 663 y 756-757).
- QUIDAM. Francisco Palacios (pp. 601 y 665).
- R. C. José Ruiz Costa (pp. 672 y 740).
- T. de C., EL. José Ignacio Paz (pp. 618 y 810).

TÍO CARANDO. Ramón Quintana del Azebo (pp. 666-667 y 809).

TIRSIS. José Mariano Rodríguez del Castillo (pp. 720 y 810).

TOCAYO DE CLARITA, EL. José Ignacio Paz (pp. 618 y 810).

VIEJO ORODOET SEROLF TOCAN, EL. Teodoro Flores Canto (pp. 288 y 865).

FE DE ERRANCIAS

EN *LA NARRATIVA BREVE EN MÉXICO (1805-1810)*, precedente de *La narrativa breve en México (1810-1816)*, omitimos información sobre la errancia de muchas de las narraciones publicadas en el *Diario de México* y el *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* Fue un pecado por omisión pues, al darle cuerpo y savia a ese primer libro, gracias a Juan Enrique Jiménez Fuentes, excelente catador de historias, ya conocíamos, en gran parte, el itinerario de tales narraciones, itinerario que, ahora, si los duendes del azar no apuestan en contra nuestra, ponemos en escena, yendo del texto más antiguo al más reciente, manteniendo la nota hemerográfica consignada en *La narrativa breve en México (1805-1810)*. Quizá no pequemos esta vez por omisión, sino por exceso. Mas de algo hay que morirse. Que así sea.

ANÓNIMO, “[Estreno]”, en *Gaceta de México y noticias de Nueva España* (México, Editada por Juan Ignacio María de Castorena Ursúa y Goyeneche, junio de 1722), núm. 6, p. 1019. Véase *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII: Sección primera por el Dr. Nicolás León México. Sección primera. Segunda parte. A-z* (México: Sucesores de Francisco Díaz de León, 1905), vol. 2, pp. 1019.

ANÓNIMO, “Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 5 de noviembre de 1805), t. I, núm. 36, p. 141. Véase “Fábula III. El caballo en venta”, en Manuel Navarrete, *Entretenimientos poéticos* (México: Imp. de Valdés, 1823), t. II, p. 189.

ANÓNIMO, “Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 27 de noviembre de 1805), t. I, núm. 58,

p. 241. Véase “Fábula”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Ratos entretenidos o miscelánea útil y curiosa compuesta de varias piezas ya impresas* (México: Oficina de D. Alexandro Valdés, 1819), t. I, p. 171. “Epigramas”, en *Ensayo literario. Colección de composiciones sobre bellas artes, ciencias y artes* (Puebla, Impreso por Félix María Leiva, 1838), p. 121.

JACOBO DE VILLAURRUTIA LÓPEZ DE OSORIO, “Costumbres”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 12 de diciembre de 1805), t. I, núm. 73, pp. 320-321. Véase Cristóbal de Villalón, *El crotalón* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999). Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo XVI* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), p. 287.

ANÓNIMO, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 19 de abril de 1806), t. II, núm. 201, p. 436. Véase *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 28 de julio de 1787), núm. 12, p. 91. “Cuento XLVII”, en Juan de Timoneda, *El buen aviso y portacuentos*, re-issued by Rudolph Schevil (New York/Paris: Bibliotheca Hispanica, 1911), p. 37.

ANÓNIMO, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 20 de abril de 1806), t. II, núm. 202, p. 439. Véase “Anécdota”, en *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 23 de julio de 1787), núm. 10, p. 71.

ANÓNIMO, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 21 de abril de 1806), t. II, núm. 203, p. 445. Véase “Anécdota”, en *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 18 de agosto de 1787), núm. 21, pp. 157-158.

ANÓNIMO, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de abril de 1806), t. II, núm. 207, pp. 459-

461. Véase “París. Cogrif. Anécdota”, en *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 1 de noviembre de 1787), núm. 53, pp. 513-516. “Anécdota”, en *A New Practical and Easy Method of Learning the Spanish Language* (London: Fanz Thimm Publisher, 1853), pp. 126-128. “Anécdota”, en *A New Practical and Easy Method of Learning the Spanish Language* (New York: D. Appleton and Company, 1888), pp. 137-139.

ANÓNIMO, “Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 29 de abril de 1806), t. II, núm. 211, p. 479. Véase “Anécdota”, en *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de González, 6 de marzo de 1788), núm. 106, pp. 20-21.

ANÓNIMO, “Fábula”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 26 de mayo 1806), t. III, núm. 238, p. 105. “[En la esquina de una calle]”, en *Algunas fábulas de los arcades mexicanos*, rescate, ed. y pres. de Esther Martínez Luna (México: UNAM, 2018), p. 48.

ANÓNIMO, “Fábula del gusano y la zorra”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 21 de junio de 1806), t. III, núm. 264, p. 209. Véase José Joaquín Fernández de Lizardi, *Ratos entretenidos o miscelánea útil y curiosa compuesta de varias piezas ya impresas* (México: Oficina de D. Alexandro Valdés, 1819), t. I, p. 204.

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES, “Integridad heroica de Licurgo. Anécdota moral”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 1 de diciembre de 1806), t. IV, núm. 427, pp. 377-378. Véase Miguel de Santander, “Sermón XII. Del fin para que Dios nos crio”, en *Doctrinas y sermones para misión* (Madrid: Imp. de Collado, 1813), t. II, pp. 278-279.

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES, “Ejemplo heroico de amistad”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 5 de diciembre de 1806), t. IV,

núm. 431, pp. 392-394. Véase “Ejemplo de amistad”, en *Diario de las musas* (Madrid, Imp. de Hilario Santos Alonso, 9 de enero de 1791), núm. 40, pp. 165-166.

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES, “La sinceridad. Anécdota quinta”, en *Diario de México* (México, Imp. de la Calle de Santo Domingo/Imp. de la primera Calle de la Monterilla, 9 de noviembre de 1807), t. VII, núm. 771, pp. 308-310. Véase “Rasgo histórico. Retrato de Alexandro el Grande”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. Real, 24 de noviembre de 1786), t. I, núm. 14, pp. 53-54. “Continuación del retrato de Alexandro el Grande”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. Real, 28 de noviembre de 1786), t. I, núm. 15, pp. 57-58. “Continuación del retrato de Alexandro el Grande”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. Real, 1 de diciembre de 1786), t. I, núm. 16, pp. 61-62. “Continuación del retrato de Alexandro el Grande”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. Real, 5 de diciembre de 1786), t. I, núm. 17, p. 65. “Continuación del retrato de Alexandro el Grande”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. Real, 8 de diciembre de 1786), t. I, núm. 18, pp. 69-70. “Conclusión del retrato de Alexandro el Grande”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. Real, 12 de diciembre de 1786), t. I, núm. 19, p. 73.

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES, “La fortaleza. Anécdota sexta”, en *Diario de México* (México, Imp. de la Calle de Santo Domingo/Imp. de la primera Calle de la Monterilla, 16 de noviembre de 1807), t. VII, núm. 778, pp. 335-338. Véase “Lysimaco”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Joseph Herrera, 9 de junio de 1787), t. I, núm. 67, pp. 281-282.

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES, “La vana confianza. Anécdota séptima”, en *Diario de México* (México, Imp. de la Calle de Santo Domingo/Imp. de la primera Calle de

la Monterilla, 29 de diciembre de 1807), t. VII, núm. 821, pp. 307-310. Véase Juan de la Cueva, “Romance del rey Ciro, cómo, habiendo vencido a los asirios, le fue presentada la hermosa Panthea, reina de Sufa, y lo que sucedió más”, “Romance de Araspa, un soldado del rey Ciro, y cómo se enamoró de la reina Panthea y lo que le sucedió a ella”, en *Coro febeo de romances historiales* (Sevilla: Casa de Juan de León, 1587), pp. 158-160 y 225-230. “Rasgos sueltos de la historia de Cyro”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Joseph Herrera, 2 de junio de 1787), t. I, núm. 65, pp. 273-274. “Continuación de la historia de Cyro”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Joseph Herrera, 6 de junio de 1787), t. I, núm. 66, pp. 277-278. “Historia de Pantea y Abradates”, en *Correo de Sevilla* (Sevilla, Imp. de la viuda de Hidalgo y sobrino, 1 de octubre de 1803), t. 1, pp. 1-6. Juan de la Cueva, “Continencia de Ciro con Pantea, esposa de Abradates”, “Araspa, capitán de Ciro, intenta forzar a Pantea, a quien el rey puso bajo su amparo y guarda”, “Muere Abradata, esposo de Pantea, en defensa de Ciro” y “Pantea, viendo muerto a su esposo Abradata, se suicida en presencia de Ciro”, en *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al s. XVIII*, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por Agustín Durán (Madrid: Imp. de la Publicidad, a cargo de D. M. Rivadeneyra, 1945), t. I, pp. 329-332. “Pantea”, en *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres o compendio de la vida de todas las mujeres que han adquirido celebridad en las naciones antiguas y modernas desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, comp. y adver. del redactor de Vicente Diez Canseco (Madrid: Imp. de D. José Félix Palacios, 1848), t. III, pp. 280-282.

JUAN MARÍA WENCESLAO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y MORALES, “La gratitud desgraciada. Anécdota octava”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 25 de febrero de 1808), t. VIII, núm. 879, pp. 122-124. “Concluye la anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 26 de febrero de

1808), t. VIII, núm. 880, pp. 126-128. Véase Juan de la Cueva, “Romance del rey Ciro, cómo, habiendo vencido a los asirios, le fue presentada la hermosa Panthea, reina de Sufa, y lo que sucedió más”, “Romance de Araspa, un soldado del rey Ciro, y cómo se enamoró de la reina Panthea y lo que le sucedió a ella”, en *Coro febeo de romances historiales* (Sevilla: Casa de Juan de León, 1587), pp. 158-160 y 225-230. “Rasgos sueltos de la historia de Cyro”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Joseph Herrera, 2 de junio de 1787), t. I, núm. 65, pp. 273-274. “Continuación de la historia de Cyro”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Joseph Herrera, 6 de junio de 1787), t. I, núm. 66, pp. 277-278. “Historia de Pantea y Abradates”, en *Correo de Sevilla* (Sevilla, Imp. de la viuda de Hidalgo y sobrino, 1 de octubre de 1803), t. 1, pp. 1-6. Juan de la Cueva, “Continencia de Ciro con Pantea, esposa de Abradates”, “Araspa, capitán de Ciro, intenta forzar a Pantea, a quien el rey puso bajo su amparo y guarda”, “Muere Abradata, esposo de Pantea, en defensa de Ciro” y “Pantea, viendo muerto a su esposo Abradata, se suicida en presencia de Ciro”, en *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al s. XVIII*, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por Agustín Durán (Madrid: 1945), pp. 329-332. “Pantea”, en *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres o compendio de la vida de todas las mujeres que han adquirido celebridad en las naciones antiguas y modernas desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, comp. y adverb. del redactor de Vicente Diez Canseco (Madrid: Imp. de D. José Félix Palacios, 1848), t. III, pp. 280-282.

ANÓNIMO, “Cortés y Moctezuma. Diálogo”, en *Diario de México*. México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 24 de mayo de 1808. T. VIII, núm. 968, pp. 477-479. Véase “Dialogue vi. Fernand Cortez, Montezume”, en Bernard le Bovier de Fontenelle, *Nouveaux dialogues des morts* (Paris: Michel Brunet, 1711), t. 2, pp. 263-280. “Hernán Cortés y Moctezuma”, en Diego Barros Arana, *Manual de composición literaria*

(Santiago de Chile: Librería Central de A. Raymond, 1871), pp. 283-284.

ANÓNIMO, “Paseo de la mañana”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 7 de julio de 1808), t. ix, núm. 1012, p. 26. Véase “Paseo de la mañana”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 1-2.

ANÓNIMO, “Salida del alba”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 9 de julio de 1808), t. ix, núm. 1014, pp. 33-36. Véase “Salida del sol”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 2-8.

ANÓNIMO, “El rocío”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 15 de julio de 1808), t. ix, núm. 1020, pp. 58-59. Véase “El rocío”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 8-11.

ANÓNIMO, “Anécdota”, en *Diario de México*. México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 18 de julio de 1808), t. ix, núm. 1023, p. 72. Véase *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Joseph Herrera, 22 de agosto de 1787), t. I, núm. 88, pp. 385-386. “[Discreción de una muchacha]”, en *Antología del cuento español del siglo XVIII*, ed. de Marieta Cantos Casenave (Madrid: Cátedra, 2005), pp. 205-206.

ANÓNIMO, “Pintura de las pasiones”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de septiembre de 1808), t. ix, núm. 1085, pp. 333-334. Véase Antoine-Adrien Lamourette, *Les Délices de la religion, ou le Pouvoir de l'Évangile pour nous rendre heureux, par M. l'abbé Lamourette* (Paris: Mèrigot, 1788), pp. 115-118. *Las delicias de la religión cristiana o el poder del Evangelio para hacernos felices* (Madrid: Imp. de Repullés, 1816), pp. 127-131.

ANÓNIMO, “Anécdota oriental de un pleito que fue defendido por una y otra parte y sentenciado bajo el velo de la alegoría. Melenges de literatura oriental. Tomo I, folio 8”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe (Calle de la Monterilla), 3 de enero de 1809), t. X, núm. 1191, pp. 11-12. Véase Denis Dominique Carddone, *Mélanges de littérature orientale, traduits de différens manuscrits turcs, arabes et persans de la Bibliothèque du Roi* (Paris: Hérisant les fils, 1770), vol. 1, pp. 8-16. “Rasgo histórico”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 21 de julio de 1787), t. I, núm. 79, pp. 337-338. *Encyclopedia metódica. Diccionario de gramática y literatura* (Madrid: Imp. Antonio de Sancha, 1788), t. I, p. 237. “De la alegoría”, en *Diario de México* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 25 de diciembre de 1812), t. I, núm. 6, pp. 21-23. “Alegoría”, en *Almacén pintoresco o El Instructor* (Cádiz, Imp. de la viuda e hijo de Bosch, 1 de agosto de 1834), núm. 3, pp. 69-70. “Enxenplo de la mujer en cómo apartó al ynfante en el palacio e cómo, por lo que ella le dixo, olvidó lo que le castigara su maestro”, en *Versiones castellanas del Sendebear*, ed. y pról. de Ángel González Palencia (Madrid/Granada: Imp. de la Viuda de E. Maestre, 1946), pp. 5-18. “Cuento 1: Leo”, en *Sendebear o Libro de los engaños*, ed. digital de Rafael Herrera Guillén para la Biblioteca Saavedra Fajardo, pp. 14-16. “La huella del león”, en *Cuentos de la edad media*, ed. de José Antonio Pinel Martínez (Madrid: Castalia, 1999), pp. 39-41.

ANÓNIMO, “La mala educación. Cuento moral”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 6 de febrero de 1809), t. X, núm. 1225, pp. 149-150. Véase “La mala aya”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. XI, pp. 337-340.

ANÓNIMO, “Carta de un padre a esposa e hijos, escrita con ocasión de comparecer, junto con su suegro, su hermano mayor y dos de sus

cuñados, a un tribunal criminal de justicia”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 26 de febrero de 1809), t. X, núm. 1244, pp. 234-236. Véase D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. VI, pp. 184-191.

ANÓNIMO, “Fábula”, en *Diario de México*. México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de marzo de 1809), t. X, núm. 1256, pp. 281-283. Véase “El águila y la paloma, fábula moral en que se pinta la horrible perfidia de Napoleón con nuestro amado rey Fernando Séptimo”, en *Colección documental del Fraile* (Sevilla: Imp. de Manuel Muñoz Álvarez, 1808), vol. 23, p. 15. *El Aviso de la Habana*. La Habana, 6 de abril de 1809), t. I, núm. 42, pp. 165-167. Ana María Freire López, Índice bibliográfico de la colección documental del Fraile (Madrid: Ministerio de Defensa, 2008), p. 76. Ronald Fraser y otros, *La guerra de Napoleón en España*, ed. de Emilio la Parra López (San Vicente del Raspeig: Casa de Velázquez/Universidad de Alicante, 2010), pp. 256-257.

ANÓNIMO, “La cabaña de los niños. Cuento curioso que contiene varios principios de agricultura, economía rústica, mecánica, física, botánica, etc.”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 16 de marzo de 1809), t. I, núm. 16, pp. 125-128. “Continúa la cabaña de los niños”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 23 de marzo de 1809), t. I, núm. 17, pp. 133-136. “Concluye la cabaña de los niños”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de

Doña María Fernández de Jáuregui, 30 de marzo de 1809), t. I, núm. 18, pp. 142-144. Véase “La choza”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. iv, pp. 97-127. “Continuación de la choza”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. V, pp. 129-159. “Conclusión de la choza”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. vi, pp. 161-169.

ANÓNIMO, “La sensitiva”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 3 de abril de 1809), t. X, núm. 1280, p. 383. Véase “La sensitiva”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 44-45.

ANÓNIMO, “La delicadeza de las flores y la grosería de sus raíces, imagen de la resurrección”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 3 de abril de 1809), t. X, núm. 1280, pp. 383-386. Véase “La delicadeza de las flores y la grosería de sus raíces, imagen de la resurrección”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 46-51.

ANÓNIMO, “Paseo del mediodía”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 13 de abril de 1809), t. X, núm. 1290, pp. 425-426. “Paseo del mediodía”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 14 de abril de 1809), t. X, núm. 1291, pp. 427-428. Véase “Paseo del mediodía”, en James Harvey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román

Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 51-56.

ANÓNIMO, “León y el leñador. Parábola”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 13 de abril de 1809), t. I, núm. 20, pp. 158-160. “León y el leñador”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. III, pp. 65-69.

ANÓNIMO, “Paseo de la tarde”, en *Diario de México*. México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 14 de abril de 1809), t. X, núm. 1291, pp. 428-429. “Paseo de la tarde”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 15 de abril de 1809), t. X, núm. 1292, pp. 433-434. Véase “Paseo de la tarde”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 56-61.

ANÓNIMO, “Caída del sol”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de abril de 1809), t. X, núm. 1293, p. 437. Véase “Caída del sol”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 61-62.

ANÓNIMO, “El crepúsculo. Su utilidad”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de abril de 1809), t. X, núm. 1294, pp. 439-440. Véase “El crepúsculo. Su utilidad”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 63-66.

ANÓNIMO, “Ventajas de la soledad. Después presente a todo”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de abril de

1809), t. X, núm. 1294, pp. 440-441. “Ventajas de la soledad”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 18 de abril de 1809), t. X, núm. 1295, pp. 443-444. Véase “Ventajas de la soledad. Dios presente a todo”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 66-69.

ANÓNIMO, “Rapidez del tiempo: la pérdida loca y pródiga que se hace de él”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 18 de abril de 1809), t. X, núm. 1295, pp. 444-445. “Rapidez del tiempo”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de abril de 1809), t. X, núm. 1296, pp. 447-448. Véase “Rapidez del tiempo: la pérdida loca y pródiga que se hace de él” y “Profundo silencio de la naturaleza”, en James Hervey, en *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 69-72.

ANÓNIMO, “Las tinieblas”, en *Diario de México*. México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de abril de 1809), t. X, núm. 1296, pp. 448-449. Véase “Las tinieblas”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 75-78.

ANÓNIMO, “El sueño”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 19 de abril de 1809), t. X, núm. 1296, pp. 449-450. “El sueño”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 24 de abril de 1809), t. X, núm. 1301, p. 469. Véase “El sueño”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 78-80.

ANÓNIMO, “Los tres hijos. Parábola”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería,*

- comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 20 de abril de 1809), t. I, núm. 21, pp. 167-168. Véase “Los tres hijos”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. VIII, pp. 231-232. “Rendre le bien pour le mal”, en Pierre Blanchard, *Le trésor des enfants, divisé en trois parties: la morale, la vertu, la civilité* (Paris: Laplace, Sanchez et Cie, Libraires-Éditeurs, 1876), pp. 138-142. “Volver el bien por el mal”, en Pierre Blanchard, *El tesoro de los niños, obra útil para su cristiana y civil educación*, versión al castellano, corregida y aumentada, de Don Enrique Ataide y Portugal (Madrid: Imp. que fue de Fuentenebro, 1816), pp. 102-104.
- ANÓNIMO, “Soñar”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 24 de abril de 1809), t. X, núm. 1301, pp. 469-471. Véase “Soñar”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 80-85.
- ANÓNIMO, “Los espíritus”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de abril de 1809), t. X, núm. 1304, pp. 481-483. Véase “Los espíritus”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 85-89.
- ANÓNIMO, “Pájaro de la noche”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de abril de 1809), t. X, núm. 1304, p. 483. Véase “Pájaro de la noche”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 89-91.
- ANÓNIMO, “El ruiñeñor”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de abril de 1809), t. X, núm. 1304, pp. 483-484. Véase

- “El rruiseñor”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 91-92.
- ANÓNIMO, “Amor patriótico. Anécdota”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 3 de mayo de 1809), t. X, núm. 1310, pp. 507-508. Véase “Anécdota patriótica”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid: Imp. Real, 1787), t. I, p. 159.
- ANÓNIMO, “El niño y el gato”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 4 de mayo de 1809), t. I, núm. 23, p. 184. Véase D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1799), año segundo. *A New Spanish Reader, Consisting of Passages from the Most Approved Authors in Prose and Verse*, sel. y vocabulario de Mariano Velázquez de la Cadena (Nueva York/Filadelfia: D. Appleton & Co/Geo S. Appleton, 1849), pp. 43-44.
- ANÓNIMO, “Grandeza de Dios”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de mayo de 1809), t. X, núm. 1317, pp. 533-534. Véase “Grandeza de Dios”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 113-114.
- ANÓNIMO, “Las cosas terrenas son una nada”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 10 de mayo de 1809), t. X, núm. 1317, pp. 534-535. Véase “Las cosas terrenas son una nada”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 114-116.
- ANÓNIMO, “Redención”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 11 de mayo de 1809), t. X, núm. 1318, p. 537. Véase

“Redención”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 116-117.

ANÓNIMO, “Poder de Dios”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 11 de mayo de 1809), t. X, núm. 1318, pp. 537-538. Véase “Poder de Dios” y “A el Dios del universo solo, sabio y perfecto”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 117-120 y 121.

ANÓNIMO, “Diálogo curioso sobre la electricidad”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 11 de mayo de 1809), t. I, núm. 24, pp. 190-192. “Concluye el diálogo sobre la electricidad”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 18 de mayo de 1809), t. I, núm. 25, pp. 199-200. Véase “Mariana y Amadeo”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. XI, pp. 321-332.

ANÓNIMO, “Bondad de Dios”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 12 de mayo de 1809), t. X, núm. 1319, pp. 541-543. Véase “Bondad de Dios”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 121-126.

ANÓNIMO, “Pureza de Dios”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 13 de mayo de 1809), t. X, núm. 1320, pp. 545-546. Véase “Pureza de Dios”, en James Hervey, *Los paseos*, trad.

al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), p. 127.

ANÓNIMO, “Misericordia de Dios”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 13 de mayo de 1809), t. X, núm. 1320, pp. 546-547. Véase “Misericordia de Dios”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 127-129.

ANÓNIMO, “La misma mano que dirige a los astros sostiene al cristiano”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 13 de mayo de 1809), t. X, núm. 1320, p. 547. Véase “La misma mano que dirige a los astros sostiene al cristiano”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 129-131.

ANÓNIMO, “La seguridad del pacto eterno de Dios con el hombre está delineado de un modo emblemático en la seguridad de los cuerpos y en la perpetuidad de sus movimientos”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de mayo de 1809), t. X, núm. 1323, pp. 557-558. Véase “La seguridad del pacto eterno de Dios con el hombre está delineado de un modo emblemático en la seguridad de los cuerpos y en la perpetuidad de sus movimientos”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 131-132.

ANÓNIMO, “La oración”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de mayo de 1809), t. X, núm. 1323, pp. 558-559. Véase “La oración”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 132-135.

- ANÓNIMO, “Los astros, en su curso invariable, echan en cara al hombre su ingratitud y su inconstancia”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 16 de mayo de 1809), t. X, núm. 1323, pp. 559-560. “Los astros”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista, 17 de mayo de 1809), t. X, núm. 1324, p. 561. Véase “Los astros, en su curso invariable, echan en cara al hombre su ingratitud y su inconstancia”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 135-137.
- ANÓNIMO, Aparición sucesiva de las estrellas: emblema de una verdadera conversión”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de mayo de 1809), t. X, núm. 1324, pp. 561-562. Véase “Aparición sucesiva de las estrellas: emblema de una verdadera conversión”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 138-139.
- ANÓNIMO, “Utilidad de los astros”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de mayo de 1809), t. X, núm. 1324, pp. 562-564. Véase “Utilidad de los astros”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 139-143.
- ANÓNIMO, “Atracción, proyección”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 31 de mayo de 1809), t. X, núm. 1338, pp. 617-619. Véase “Atracción, proyección”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 143-147.
- ANÓNIMO, “Cadena de los seres”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista, 2 de junio de 1809), t. X, núm. 1340, pp. 627-628. Véase “Cadena de los seres”, en James Hervey, en *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri

(México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 147-149.

ANÓNIMO, “Presencia de Dios”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 8 de junio de 1809), t. X, núm. 1346, pp. 651-652. “Presencia de Dios”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 9 de junio de 1809), t. X, núm. 1347, p. 653. Véase “Presencia de Dios”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 149-152.

ANÓNIMO, “Laurita. Diálogo sobre el modo de aprender las lenguas”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 15 de junio de 1809), t. I, núm. 29, pp. 230-231. Véase “Laurita”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. I, pp. 28-31. “Diálogo”, en *A New Spanish Reader, Consisting of Passages from the Most Approved Authors in Prose and Verse*, sel. y vocabulario de Mariano Velázquez de la Cadena (Nueva York/Filadelfia: D. Appleton & Co/Geo S. Appleton, 1849), pp. 45-46.

ANÓNIMO, “El invierno”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 27 de junio de 1809), t. X, núm. 1365, p. 731. “El invierno”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 28 de junio de 1809), t. X, núm. 1366, pp. 734-736. “El invierno”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 29 de junio de 1809), t. X, núm. 1367, pp. 737-740. “El invierno”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 30 de junio de 1809), t. X, núm. 1368, pp. 741-744. “El invierno”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista

Arizpe, 1 de julio de 1809), t. XI, núm. 1369, pp. 746-747. Véase “El invierno”, en James Hervey, *Los paseos*, trad. al francés de Mr. Le-Torneur y al castellano del Dr. Román Leñoguri (México: Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 1811), pp. 152-173.

ANÓNIMO, “El pobre ciego. Anécdota”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 20 de julio de 1809), t. I, núm. 34, pp. 271-272. Véase en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. II, pp. 50-53.

ANÓNIMO, “Los nidos. Diálogo de historia natural sobre las costumbres de las aves”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 9 de noviembre de 1809), t. I, núm. 50, pp. 397-399. “Continuación del diálogo sobre historia natural”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 16 de noviembre de 1809), t. I, núm. 51, pp. 406-407. “Concluye el diálogo de historia natural”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 23 de noviembre de 1809), t. I, núm. 52, pp. 414-415. Véase D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *La Gazeta de los niños* (Madrid, Imp. de Sancha, 1799), año segundo. “Los nidos”, en *A New Spanish Reader, Consisting of Passages from the Most Approved Authors in Prose and Verse*, sel.

y vocabulario de Mariano Velázquez de la Cadena (Nueva York/Filadelfia: D. Appleton & Co/Geo S. Appleton, 1849), pp. 63-64.

ANÓNIMO, “Los caracteres”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Doña María Fernández de Jáuregui, 30 de noviembre de 1809), t. I, núm. 52, pp. 420-421. Véase D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *La Gazeta de los niños* (Madrid, Imp. de Sancha, 1799), año segundo. “Los caracteres”, en *A New Spanish Reader, Consisting of Passages from the Most Approved Authors in Prose and Verse*, sel. y vocabulario de Mariano Velázquez de la Cadena (Nueva York/Filadelfia: D. Appleton & Co/Geo S. Appleton, 1849), pp. 46-47.

ANÓNIMO, “Sócrates y Montaña”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 18 de enero de 1810), t. XII, núm. 1570, pp. 69-72. Véase “Diálogo entre Sócrates y Montaigne”, en *El Observador de la República Mexicana* (México, Imp. de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 5 de mayo de 1830), segunda época, núm. 10, pp. 346-350.

ANÓNIMO, “Fábula. El burro”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 26 de enero de 1810), t. XII, núm. 1578, p. 102. Véase “A hombres que pasan por sabios sin ser conocidos, hasta que imprimen sus obras”, en Francisco Gregorio de Salas, *Parábolas morales, políticas, literarias y de otras varias clases* (Madrid: Imp. de Villalpando, 1803), pp. 81-82. Santiago Talavera Cuesta, *La fábula esópica en España en el siglo XVIII* (Cuenca: Eds. de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007), p. 232.

ANÓNIMO, “Cuento oriental. El juez prudente”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 7 de febrero de 1810), t. XII, núm. 1590, pp. 149-150. Véase “El juez prudente. Cuento oriental”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid: Imp. de Josef Herrera, 9 de enero de 1787), t. I, núm. 27, p. 106. “El juez

prudente. Cuento oriental por Mr. Herder, traducido del alemán y sacado de una obra periódica”, en *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 23 de julio de 1787), pp. 76-77. “El juez astuto. Anécdota arábigo-española”, en Cándido María Trigueros, *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables* (Madrid: Viuda de López, 1804), t. II, pp. 79-90. “El juez prudente. Cuento oriental”, en *Antología del cuento español del siglo XVIII*, ed. de Marieta Cantos Casenave (Madrid: Cátedra, 2005), pp. 143-145.

ANÓNIMO, “Anécdota sobre el poder de la moral”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 22 de marzo de 1810), t. II, núm. 12, pp. 92-93. Véase “El poder moral. Apólogo”, en *Efemérides de España* (Madrid, Imp. de Caballero, 17 de agosto de 1804), t. III, núm. 230, p. 937. “Apologue”, en Hadin, *Histoire du jeu de cartes du grenadier Richard ou de jeu explication du cinquante deux cartes* (París: Imp. de J. P. Jacob, 1811), pp. 4-5.

ANÓNIMO, “Anécdota graciosa”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 27 de marzo de 1810), t. XII, núm. 1638, p. 343. Véase D. J. M. H., *La noche entretenida* (Madrid: Imp. de la viuda e hijo de Marin, 1789), p. 112.

ANÓNIMO, “Anécdota graciosa”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 27 de marzo de 1810), t. XII, núm. 1638, p. 343. D. J. M. H., *La noche entretenida* (Madrid: Imp. de la viuda e hijo de Marin, 1789), p. 112.

ANÓNIMO, “Otra”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 27 de marzo de 1810), t. XII, núm. 1638, p. 343. Véase Baldassare Castiglione, *El cortesano*, trad. de Boscán (Anvers: Casa de Philippo Nucio, 1574), p. 123. Melchor de Santa Cruz, *Floresta española de apotegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas de algunos españoles* (Bruselas: Casa de Huberto Anthonio Velpio,

1655), p. 52. D. J. M. H., *La noche entretenida* (Madrid: Imp. de la viuda e hijo de Marin, 1789), p. 112. “Cuento cxviii”, en Juan de Timoneda y Juan Aragonés, *El sobremesa – Cuentos y El libro de los enxemplos*, ed. de la Biblioteca La verdadera ciencia española (Barcelona: Dirección y Administración, 1885), p. 49. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo xvi* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), pp. 150 y 229.

MARÍA JACINTA HERRERA, “[El labrador y los cortesanos]”, en “Respuesta al Padrastro en la apología de los manojitos. Número 1632 del *Diario de México*”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 5 de abril de 1810), t. II, núm. 14, pp. 108-109. Véase Melchor de Santa Cruz, *Floresta española de apotegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas de algunos españoles* (Bruselas: Casa de Huberto Anthonio Velpio, 1655), pp. 277-278. “Cuento”, en *El mentor mexicano. Periódico semanario sobre la ilustración popular en las ciencias económicas, literatura y arte* (México: Imp. de Juan Bautista Arizpe, 28 de enero de 1811), t. I, núm. 4, p. 31. Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento español en los siglos de oro. I. El siglo xvi* (Murcia: Universidad de Murcia, 2002), p. 239.

ANÓNIMO, “Fábula. La ciudad amenazada de un sitio”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 18 de abril de 1810), t. XII, núm. 1660, pp. 430-431. Véase *Guía de forasteros: estanquillo literario* (México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1984).

ANÓNIMO, “Rasgo filosófico”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 23 de abril de 1810), t. XII, núm. 1665, pp. 451-452. Véase “Rasgo filosófico”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid: Imp. de Hilario Santos Alonso, 5 de mayo de 1787), t. I, núm. 56, p. 237. “Rasgo filosófico”, en Santiago Matthias

- O'Conway, *Rasgos históricos y morales sacados de autores célebres* (Philadelphia: Thomas and William Bradford, 1809), pp. 67-69.
- ANÓNIMO, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 23 de abril de 1810), t. XII, núm. 1665, p. 452. Véase Antonio de Guevara, *Aviso de Privados y Doctrina de Cortesanos* (Barcelona: Hieronymo Margarit, 1612), pp. 171.
- ANÓNIMO, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 4 de mayo de 1810), t. XII, núm. 1674, p. 496. Véase *Noches divertidas. Miscelánea curiosa útil y agradable* (Madrid: Imp. de la calle de Capellanes, 1803), t. IV, pp. 217-218.
- ANÓNIMO, "Anécdota", en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 6 de mayo de 1810), t. XII, núm. 1676, p. 504. Véase "Anécdota", en *Diario de las musas* (Madrid, Imp. de Hilario Santos Alonso, 1 de febrero de 1791), núm. 63, p. 260.
- ANÓNIMO, "Apólogo del labrador y su hijo", en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 17 de mayo de 1810), t. II, núm. 20, p. 157. Véase D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *La Gazeta de los niños* (Madrid, Imp. de Sancha, 1799), año segundo. *A New Spanish Reader, Consisting of Passages from the Most Approved Authors in Prose and Verse*, sel. y vocabulario de Mariano Velázquez de la Cadena (Nueva York/Filadelfia: D. Appleton & Co/Geo S. Appleton, 1849), p. 42.
- ANÓNIMO, "Diálogo sobre la cría de los gusanos de la seda y modo de hilar ésta", en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 31 de mayo de 1810), t. II, núm. 22, pp. 169-174. "Concluye el diálogo sobre la cría de los gusanos", en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales,*

artes, oficios, literatura, etc. (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 7 de junio de 1810), t. II, núm. 23, pp. 177-181. Véase “La seda”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. X, pp. 289-308.

ANÓNIMO, “Apólogo del viajero y las piedras”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 31 de mayo de 1810), t. II, núm. 22, p. 174. Véase “El viajero y las piedras”, en Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. IX, p. 282. “El viajero y las piedras”, en *A New Spanish Reader, Consisting of Passages from the Most Approved Authors in Prose and Verse*, sel. y vocabulario de Mariano Velázquez de la Cadena (Nueva York/Filadelfia: D. Appleton & Co/Geo S. Appleton, 1849), p. 38.

ANÓNIMO, “Apólogo del jugador de pelota”, en *Semanario Económico de México. Sobre noticias curiosas y eruditas de agricultura, medicina, minería, comercio y demás ciencias naturales, artes, oficios, literatura, etc.* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 7 de junio de 1810), t. II, núm. 23, p. 181. Véase “El jugador de pelota”, en D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles, *Gazeta de los niños o principios generales de moral, ciencias y artes, acomodados a la inteligencia de la primera edad* (Madrid, Imp. de Sancha, 1798), año primero, núm. VIII, p. 255.

ANÓNIMO, “Librería sin uso, y sólo para el aparato, árbol sin fruto que desacreditó a su dueño”, en *Diario de México* (México, Imp. de Don Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 8 de junio de 1810), t. XII, núm. 1710, p. 638. Véase *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gaceta, 1764), p. 75. *Deleyte*

de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres (Barcelona: Imp. de Antonio de Sastres, 1807), p. 64. *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres, escogidos nuevamente de obras de esta clase* (Barcelona: Imp. de Antonio de Sastres, 1807), t. I, pp. 94-95.

ANÓNIMO, “Remedio de los disturbios: el peligro de descubrirse los defectos propios”, en *Diario de México* (México, Imp. de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, 11 de junio de 1810), t. XII, núm. 1713, p. 650. Véase *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Oficina de Lorenzo Francisco Mojados, 1743), pp. 3-4. *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gaceta, 1764), pp. 3-4. “Del mismo César. Remedio de los disturbios: el peligro de descubrirse los defectos propios”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres* (Barcelona: Imp. de Antonio de Sastres, 1807), p. 4. “Del mismo César”, en *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres, escogidos nuevamente de obras de esta clase* (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), t. I, pp. 11-12.

ANÓNIMO, “Argüir contra la experiencia de los sentidos, pueril filosofía”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 2 de julio de 1810), t. XIII, núm. 1734, p. 8. Véase *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Oficina de Lorenzo Francisco Mojados, 1743), pp. 76-77. *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza* (Madrid: Imp. Real de la Gaceta, 1764), pp. 76-77. *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos graciosos de hombres célebres* (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), pp. 65-66. *Deleyte de la discreción y floresta española. Colección de chistes, agudezas, sentencias y dichos*

graciosos de hombres célebres, escogidos nuevamente de obras de esta clase (Barcelona: Oficina de Antonio Sastres, 1807), t. I, p. 97.

ANÓNIMO, “Agudezas, chistes y sentencias filosóficas”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 22 de agosto de 1810), t. XIII, núm. 1785, p. 212. Véase “Apotegma”, en *Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Madrid, Imp. de Josef Herrera, 18 de junio de 1788), t. III, núm. 173, p. 1007. *Revista contemporánea* (Madrid, Imp. de M. G. Hernández, agosto-septiembre de 1876), t. 5, p. 79. Fernando Martínez Pedrosa, “La mujer de su casa”, en *Cuentos íntimos* (Madrid: Imp. de Julián Peña Rubio, 1864), p. 126.

ANÓNIMO, “Oda compuesta a la sabiduría por una señorita”, en *Diario de México* (México, Imp. de Juan Bautista Arizpe, 1 de septiembre de 1810), t. XIII, núm. 1795, pp. 249-251. Véase Samuel Richardson, *Clarissa or the History of a Young Lady* (London: Imp. de J. y F. Rivington, W. Johnston, S. Crowder, T. Lowndes, W. Griffin, T. Becket, F. Newbery, T. Cadell, G. Robinson, R. Baldwin, W. Goldsmith, T. Evans y J. Knox, 1774), pp. 51-54. *Clarisse Harlowe*, trad. de M. Le Tourneur (Genève: Imp. de Paul Barde, 1785), t. II, pp. 153-156. *Clara Harlowe*, trad. del inglés al francés de Mr. Le Tourneur y del francés al castellano de D. Joseph Marcos Gutiérrez (Madrid: Imp. de Benito Cano, 1794), t. II, pp. 250-254.

ENCUENTROS

—¿CÓMO FUE TODO?

—Como siempre, Jiménez: el ángel de la guarda trabajando horas extras.

—¿No lo hizo solo, entonces?

—Jamás, Jiménez. Usted lo sabe.

—¿Se puede saber a quiénes desolló esta vez?

—Claro, Jiménez. Carlos Alberto García Cerdán, Hilda Teresa Marcel Quiñones, Leticia González, Leticia Medina Salazar, Norma Angélica Cuevas Velasco, Rosy Romero, Soledad Colorado Trujillo, Verónica Díez Ochoa y Teresa Vianney Sánchez Lara le cortaron las uñas a la vida diaria: informes, formatos, evidencias, nóminas, solicitudes, convocatorias, plan anual de actividades. Manuel de Jesús Escobar Díaz y Porfirio Castañeda Nevárez pulieron mi ignorancia ante las computadoras. Araceli Ramos Pérez, Estrella Enríquez Ortega, Kevin Maqueo Pérez y Rogelio Cerón Barranco tejieron derecho y revés de cada página del librito. Y Sara Luz Páez Vivanco... cómo decirle... fue la inteligencia, la serenidad, el alborozo de cada palabra invitada a conversar.

—Agradecerles no basta, ¿verdad?

—No, Jiménez: sólo el amor no basta.

Quizás una mancha luminosa de pericos, los pichos del atardecer, la mañana iluminada de los gallos, una tronante carcajada. O el agua del arroyo, los guijarros de mi tierra anaranjada, las nubes y los árboles a manos llenas. Sí, el jolgorio.

—Ya se me ocurrirá algo, Jiménez.

—¿Otro mamotreto?

–Puede ser. No digo que sí, no digo que no. Puede ser. Después de todo, Jiménez, son una tentación para la inteligencia y la fantasía los acervos de la Biblioteca Digital del Patrimonio Iberoamericano, Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid, Biblioteca Digital de la Región de Murcia, Biblioteca y Hemeroteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España, Biblioteca Nacional de Colombia, Biblioteca Nacional de Francia (Gallica), Biblioteca Virtual de Andalucía, Biblioteca Virtual de Prensa Histórica, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Colección Digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Harvard College Library, Hemeroteca Nacional Digital de México, New York Public Library, Princeton University, Programa Búsqueda de Libros de Google, Universidad Complutense, University of California, University of Wisconsin...

–También un castigo para el nalgatorio, ¿no cree?

–Se llenó usted la boca de verdad, Jiménez.

–No lo distraigo más: siga en la terquedad de saborear historias lejanas.

–Cómo no, Jiménez: por esas vereditas, se cruza palabra con infinidad de amigos. Es sueño de toda la vida.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA¹

- ALLEN, HEATHER J. Y OTROS. *A History of Mexican Literature*. Ed. de Ignacio M. Sánchez Prado, Anna M. Nogar, José Ramón Ruisánchez Serra. New York: Cambridge University Press, 2016.
- CASTERA, PEDRO Y OTROS. *El cuento mexicano en el siglo XIX. El cuento realista y naturalista: de la anatomía de lo real a las cuestiones palpitantes*. Pres., sel. y notas de Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González. Pres. de Vicente Quirarte. México: Ed. Esfinge/CONACULTA/INBA, 2013. T. III.
- COUDART, LAURENCE Y OTROS. *Dimensiones de la cultura literaria en México (1800-1850)*. Coord. De Esther Martínez Luna. Pres. de Enrique Luis Graue Wiechers y Mónica Quijano Velasco. México: UNAM, 2018.
- DÍAZ Y DE OVANDO, CLEMENTINA Y OTROS. *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*. Justificación de Fernando Curiel y Virginia Guedea. Introd. de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra. México: UNAM, 2005. Vol. I.
- GÓMEZ DE LA CORTINA, JOSÉ JUSTO Y OTROS. *El cuento mexicano en el siglo XIX. El cuento romántico: tema y variaciones*. Pres., sel. y notas de Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González. Pres. de Dulce María Adame González. México: Ed. Esfinge/CONACULTA/INBA, 2013. T. II.
- GUEDEA, VIRGINIA Y OTROS. *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Publicaciones periódicas y otros impresos*. Ed. de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra. Introd. de Laura Suárez de la Torre. México: UNAM, 2005. Vol. II.

1 Sólo se consigna aquí la bibliohemerografía no indicada en las notas a pie de página.

- DOMÍNGUEZ MICHAEL, CHRISTOPHER. *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2016.
- . *La literatura mexicana del siglo XIX*. México: El Colegio de México, 2019.
- MARTÍNEZ LUNA, ESTHER (Edit.). *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada 1805-2005*. Ciudad de México: UNAM, 2009.
- . *Estudio e índice onomástico del Diario de México. Primera época (1805-1812)*. Ciudad de México: UNAM, 2002.
- ORTEGA Y MEDINA, JUAN A. “Indigenismo e hispanismo en la conciencia historiográfica mexicana”, en Ruggiero Romano y otros, *Cultura e identidad nacional*. Comp. pref. e introd. de Roberto Blancarte. Ciudad de México: FCE/CNCA, 2007.
- PALAZÓN MAYORAL, MARÍA ROSA Y OTROS. *Doscientos años de narrativa mexicana. Siglo XIX*. Ed. y nota editorial de Rafael Olea Franco. Colaboración de Pamela Vicenteño Bravo. México: El Colegio de México, 2010.
- QUIRARTE, VICENTE Y OTROS. *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. Ed. y pról. de Rafael Olea Franco. México: El Colegio de México, 2001.
- RÍOS ZÚÑIGA, ROSALINA Y JUAN LEYVA (Coords.). *Voz popular, saberes no oficiales. Humor, protesta, disidencia y organización desde la escuela, la calle y los márgenes (México, siglo XIX)*. Ciudad de México: UNAM/Bonilla Artigas Editores, 2015.
- RODRÍGUEZ DEL CASTILLO, MARIANO Y OTROS. *El cuento mexicano en el siglo XIX. Los umbrales: de sueños, anécdotas, cuentos e idilios en prosa*. Pres., sel. y notas de Blanca Estela Treviño García, Dulce María Adame González y Alfredo Pavón. Pres. de Alfredo Pavón (México: Ed. Esfinge/CONACULTA/INBA, 2013. T. I.
- . *Chinches, pinacates y gatos: algunas fábulas de los árcades mexicanos*. Rescate, ed. y pres. de Esther Martínez Luna. Ciudad de México: UNAM, 2018.

- SABORIT, ANTONIO Y OTROS. *La literatura en los siglos XIX y XX*. Coord. de Antonio Saborit, Ignacio M. Sánchez Prado y Jorge Ortega. México: CNCA, 2013.
- SIERRA, JUSTO Y OTROS. *El cuento mexicano en el siglo XIX. Del cuento como arte: narrativa breve del modernismo*. Pres., sel. y notas de Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González. Pres. de Belem Clark de Lara. México: Ed. Esfinge/CONACULTA/INBA, 2013. T. IV.
- TERÁN ELIZONDO, MARÍA ISABEL. *Orígenes de la crítica literaria en México*. Zamora: El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma de Zacatecas, 2001.
- TODOROV, TZVETAN. *El espíritu de la Ilustración*. Trad. de Noemí Sobregués. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2014.
- VALENZUELA, JESÚS E. Y OTROS. *El cuento mexicano en el siglo XIX. Los espíritus hiperestasiados: el cuento modernista de tendencia decadente*. Pres., sel. y notas de Blanca Estela Treviño García y Dulce María Adame González. Pres. de Blanca Estela Treviño García. México: Ed. Esfinge/CONACULTA/INBA, 2013. T. V.

ÍNDICE

TOMO II

AL FINAL, RECuento

Sueño fúnebre, Anónimo	735
La defensa de las feas y su superioridad entre las bonitas. Discurso joco-académico pronunciado por el caballero de la triste figura en la tertulia de las chucurracas, Anónimo	739
Fábula. El zorro y el topo, José Mariano Rodríguez del Castillo	746
Cuentecito, Anónimo	748
Diálogo entre Mina y un general, Anónimo	749
Fábula. El gato y la paloma, Anónimo	751
Pérdidas curiosas, Anónimo	753
Cuentecito, Anónimo	754
Anécdota, Anónimo	755
Fábula, Pedro Cabezas	756
Anécdota, Anónimo	757
Ejemplo de integridad y desinterés en los puestos públicos, Plutarco	758
El recuerdo de Elinio, José Mariano Rodríguez del Castillo	760
Anécdota, Anónimo	764
Diálogo crítico moral, Anónimo	765
Fábula. El cisne y el cuervo, Antonio Salgado	773
Anécdota, Anónimo	774
Respuesta ridícula de necia pregunta, Anónimo	775
La esposa fiel, Anónimo	776
Anécdota, Anónimo	779
Anécdota, Anónimo	780
Celosos de la honra y desentendidos del gasto, Anónimo	782

Anécdota, Anónimo	786
Anécdota, Anónimo	787
Anécdota, Anónimo	788
Anécdota, Anónimo	789
Idea del amor, Anónimo	790
Fábula. Los zorros, Juan María Lacunza	792
Fábula. El piojo y las hormigas, Juan María Lacunza	794
Fábula. Cupido arando y los hombres, Mariano Barazábal	797
Los muebles de mi casita, José Ignacio Paz	798
Fábula. El mono presumido, Juan María Lacunza	802
Anécdota. Modelo para hacer justificaciones, Anónimo	803
Fábula, Anastasio María de Ochoa y Acuña	805
Fábula. El buey, el novillo y la ternera, o sea, la tauromaquia, Mariano Barazábal	807
Generosidad, heroísmo, José Mariano Rodríguez del Castillo	810
Fábula. El águila y otras aves, Mariano Barazábal	813
Fábula. Los dos gallos y el cerdo, Mariano Barazábal	816
Fábula. El torero y el toro, Anónimo	817
Educación. Diálogo entre uno de los editores y un amigo, Anónimo	819
A un amigo, José Mariano Rodríguez del Castillo	823
Anécdota digna de imitación, Francisco Mariano Nipho	825
Anécdota, Plutarco	826
Anécdota, Plutarco	829
La muela de oro. Anécdota, Bernard le Bovier de Fontenelle	830
Anécdota, Anónimo	831
Anécdota, Plutarco	832
Fábula. La vieja, la negrita y el tunante, Mariano Barazábal	833
Anécdota, Anónimo, François Marie Arouet de Voltaire	835
Anécdota, Plutarco	836
Las mulas habladoras. Fábula, Francisco Palacios	837
Anécdota, Plutarco	840

Carta a un amigo, Francisco Palacios	841
[Anécdota], Plutarco	843
Fábula 2ª. El negro y su amo, Mariano Barazábal	848
Anécdota, Anónimo	851
Anécdota, Plutarco	853
Al sueño, Anónimo	854
Fábula 3ª. Siguen el negrito y su amo, Mariano Barazábal	857
Fábula. El grillo crítico, José Mariano Rodríguez del Castillo	859
Dorila abandonada, Anónimo	860
Anécdota, Plutarco	863
Fábula 4ª. Concluyen el negro y su amo, Mariano Barazábal	866
Anécdota, Plutarco	868
Fábula. Los cuatro gatos y el panadero, Mariano Barazábal	869
Fábula. El tonto de la media leche, Mariano Barazábal	870
Anécdota, Plutarco	871
Fábula. Los dos cerdos, Mariano Barazábal	873
[Pilatos], Anónimo	874
Fábula. El médico doliente, Mariano Barazábal	875
Anécdota, Plutarco	876
Anécdota verdadera, Joaquín Conde	877
[Fábula. El aprendiz de herrero], Anónimo	878
Fábula, José Ruiz Costa	879
Fábula. El leproso y el pasajero, Mariano Barazábal	880
Fábula, José Ruiz Costa	881
Anécdota, Anónimo	884
Anécdota, Plutarco	885
Anécdota, Plutarco	886
Fábula. El loro y el mono. Soneto, Juan María Lacunza	887
Anécdota, Plutarco	888
Los viejos casados, José Manuel Martínez de Navarrete	889
Fábula. El zorrillo y la mona, Juan María Lacunza	891
Fábula. El presumido de los zapatos, Felipe de la Vega	893

Fábula. La mula trotona, Felipe de la Vega	894
Fábula, Anónimo	895
Anécdota, Jean-Pierre Claris de Florian	896
Cuentecillo pasajero, Agustín Zoquipa	897
Fabulilla, José Manuel Martínez de Navarrete	900
Diálogo en el café, Anónimo	901
Anécdota inglesa, Anónimo	903
Sano intellectui, paulum scire decet. Anécdota, Anónimo	905
Las dos escenas, Anónimo	907
Anécdota, Anónimo	910
Anécdota, Anónimo	911
Idilio. El retorno, Anónimo	912
Anécdota, Anónimo	915
Anécdota. La madre generosa, Anónimo	916
De la alegoría, Anónimo	920
Anécdota curiosa entre Federico II, rey de Prusia, y uno de sus soldados, Anónimo	923
Anécdota, Anónimo	925
Invocación al Ser Supremo en el día primero de este año, Anónimo	926
Anécdota china, Anónimo	929
Anécdota, Anónimo	934
Idilio. La virtud, Anónimo	936
Fábula. El caballo y el asno, Jean de La Fontaine	941
Sentencia, Anónimo	943
Sentencia, Anónimo	944
Sentencia, Anónimo	945
Curación extraordinaria de un poeta, Anónimo	946
La casaca y el gorro de dormir. Fábula, Anónimo	947
Gordas, flacas y obesas, Anónimo	949
Carta a un amigo recién casado sobre la conducta que debe observar con su mujer, Anónimo	953

Alegoría de Nonote sobre los que predicán la falsa filosofía, Claudio Adriano Nonote	958
Testamento singular, Anónimo	961
La Henriqueta. Anécdota inglesa, Anónimo	962
Anécdota, Anónimo	965
Anécdota de Carlomagno sobre el lujo, Anónimo	966
Sentencia, Anónimo	968
[Anécdota], José Cadalso	969
Anécdota sobre la beneficencia, Anónimo	971
Sentencia, Anónimo	974
Cuento. Vale más precaver los delitos que castigarlos, Anónimo	975
Anécdota, Anónimo	976
Sentencias, Anónimo	977
Las letanías campestres. Idilio, François-Auguste-René de Chateaubriand	978
Rasgo de amistad fraternal, Anónimo	981
Artículos que pueden servir de fe de erratas al <i>Diccionario razonado. Manual</i> , Anónimo	982
El que malas mañás ha tarde o nunca las perderá, Anónimo	984
Calabazas, Anónimo	985
El padre moribundo y sus hijos. Fábula, Anónimo	987
Hospitalidad, Anónimo	989
Anécdota moral, Anónimo	990
Rasgo de generosidad, Anónimo	992
Perdonar las injurias. Anécdota, Anónimo	993
Fábulas literarias. Introducción. Fábula primera. La zorra y el conejo, Juan María Lacunza	994
Fábula segunda. El herrero y el carpintero, Juan María Lacunza	996
En el fallecimiento de Ganicia. Canto de muerte, Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera y Morales	997
Fábula tercera. El lobo y el perro, Juan María Lacunza	999
La noche. Declamación de un pecador, Anónimo	1000

Fábula cuarta. El aprendiz de carpintero y el marchante, Juan María Lacunza	1002
Diálogo entre un cura y un labrador, Anónimo	1004
Anécdota graciosa, Anónimo	1007
Anécdota, Anónimo	1008
Anécdota, Modest Andreevích Korff	1010
Fábula quinta. El elefante y otros animales, Juan María Lacunza	1011
Cosa vieja que parece nueva. Enigma, Francisco Palacios	1013
Fábula, Anónimo	1014
Fábula sexta. Los cangrejos, Juan María Lacunza	1015
Conversión extraordinaria, Anónimo	1018
Teatro, Anónimo	1022
Fábula séptima. Los monos, Juan María Lacunza	1026
Fábula octava. El gusano presuntuoso, Juan María Lacunza [La vergonzosa], Anónimo	1028 1031
Fábula nona. El pato atrevido, Juan María Lacunza	1035
Visión poética, Louis-Sébastien Mercier	1037
Fábula décima. Los vientos, Juan María Lacunza	1038
El amor fraternal. Rasgo sensible, Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera y Morales	1040
El pájaro, Anónimo	1043
Soberbia de Alexandro, Louis-Sébastien Mercier	1046
Fábula undécima. El zángano y la zorra, Juan María Lacunza	1048
Fábula duodécima. La araña y la mosca, Juan María Lacunza	1049
Fábula decimotercera. Los monos engalanados, Juan María Lacunza	1052
Fábula decimocuarta. El león y otros animales, Juan María Lacunza	1055
Fábula decimoquinta. El tordo y otras aves, Juan María Lacunza	1058
Fábula decimosexta. El león tullido y el mono, Juan María Lacunza	1060

El asno filósofo, Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera y Morales	1062	
Fábula. El caballo, José Manuel Valdés	1065	
Fábula. El loro huido, Juan María Lacunza	1066	
Fábula. El raposo afortunado, Anónimo	1068	
Máximas y sentencias de diversos autores antiguos y modernos, Anónimo	1071	
Crítica, Anónimo	1073	
Fábula. El paisano y el mastín, Anónimo	1077	
Legislación. Diálogo entre Justiniano y Solón sobre el carácter que deben llevar las leyes para hacer felices a los pueblos y naciones, François Salignac de la Mota Fenelón	1079	
Fábula. El jinete y el caballo, José Manuel Valdés	1085	
El gato, Anónimo	1086	
Máximas de diversos autores antiguos y modernos, Anónimo		1088
Carta de B. F. a J. A. sobre los casamientos tempranos, Benjamín Franklin	1090	
Anécdota verdadera, Anónimo	1092	
Máximas de diversos autores antiguos y modernos, Anónimo		1095
Ejemplo de las tres gotas, Anónimo	1097	
Fábula. El perico hablador y el gavián, Anónimo	1102	
Fábula. Los dos muchachos, Anónimo	1104	
Anécdota, Anónimo	1107	
Rasgo de beneficencia, Anónimo	1108	
La coquetilla ilustrada, Anónimo	1110	
Anécdotas, Anónimo	1114	
Fábula. La cocinera y la galopina, Anónimo	1116	
El casamiento singular, Anónimo	1119	
Diálogo. Conferencia entre un árbol viejo y un mozo recién plantado en el paseo de la alameda, Anónimo	1120	
Carta de los árboles de la alameda, Anónimo	1123	
Barrigas públicas, Anónimo	1125	

[El camello y la loba], José María Álvarez	1127
Anécdota, Anónimo	1128
Albardas del pueblo, Anónimo	1130
Y va de cuento, ¡pero qué cuento, Carlos Beramendi	1134
Anécdota. De Benedicto XIV, Anónimo	1135
Carta de un oficial retirado a un joven que entró de cadete, Anónimo	1136
La amistad. Fábula moral, Anónimo	1142
[El perro aventurero], Anónimo	1146
El crimen, Jean-François de Saint-Lambert	1148
La esperanza. He aquí lo que dijo Aisher en los días de su vejez, Jean-François de Saint-Lambert	1150
La limosna, Anónimo	1152
<i>Ridentem dicere verum ¿quid vetat?</i> , José Joaquín Fernández de Lizardi	1154
Peligros que traen los placeres, Anónimo	1171
Al tiempo, Anónimo	1173
Generosidad de un esclavo, Anónimo	1176
La inocencia, Jean-François de Saint-Lambert	1177
La mentira, Anónimo	1178
Respuesta aguda de un amo a sus criados. Cuento, Anónimo	1179
El hombre verídico, Jean-François de Saint-Lambert	1180
El sueño, Jean-François de Saint-Lambert	1181
El buen ministro. Cuento, Jean-François de Saint-Lambert	1184
Anécdota oriental, Anónimo	1186
Parece epigrama, Anónimo	1188
A lo que parece epigrama, del diario de 17 del presente enero, otro que se le parece, Anónimo	1189
Apólogo, Anónimo	1190
Anécdotas relativas a Bonaparte, Anónimo	1191
Cuento, Cipriano Lope González	1192
Parábola, Francisco Gregorio de Salas	1195

[Cuento], Juan Huarte de san Juan	1196	
Parábola, Francisco Gregorio de Salas	1199	
Discurso contra el dinero, Anónimo	1200	
Fábula nueva con el título viejo de parábola, Francisco Gregorio de Salas	1203	
Fábula. La burra mal enseñada, Anónimo	1204	
[Diálogo], Anónimo	1207	
Célebre batalla entre un mono y un perro de toros, Anónimo	1212	
Fábula, Anónimo	1213	
Fabulilla, Anónimo	1215	
Parábola, Francisco Gregorio de Salas	1218	
Carta a un enamorado, Francisco Palacios	1219	
Fábula, Anónimo	1225	
Fábula. Un pescador y unos peces, Anónimo	1226	
[Anécdota], Anónimo	1228	
Chicharronada, Anónimo	1230	
[Disputa entre Tonchita y Paca], Anónimo	1234	
Rasgo de educación, Anónimo	1237	
Canto en la dedicación de un templo, compuesto por un niño de 17 años, Anónimo	1242	
Anécdota, Anónimo	1245	
Anécdota, Anónimo	1247	
Anécdota, Anónimo	1248	
Rasgo filosófico. La bolsa o el bien y el mal, Anónimo	1250	
Los paseos de la Verdad, José Joaquín Fernández de Lizardi	1255	
Biblioteca, Anónimo	1290	
Invocación a la luna, a imitación de Ossian, Anónimo	1293	
Rasgo moral. Imbecilidad del hombre y sabiduría de la divina providencia, Samuel Johnson	1295	
Fábula, Anónimo	1298	
Anécdota, Plutarco	1300	
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1302	

Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1303
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1304
Generosidad y heroísmo, Louis de Sacy	1305
Carta de una señorita sobre los paseos de la plaza el día de finados, Anónimo	1306
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1309
Fábula moral. La paloma, Anónimo	1311
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1312
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1313
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1315
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1316
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1317
Anécdota. Sobre la gratitud y la piedad, Anónimo	1318
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1319
Apólogo. El dragón y las raposas, François Salignac de la Mota Fenelón	1321
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1323
[Fábula], Anónimo	1324
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1327
Cuento, Sebastián Rodríguez de Villaviciosa	1328
Cuento, Francisco de Leyva Ramírez de Arellano	1329
Apólogo. Las dos raposas, François Salignac de la Mota Fenelón	1331
Apólogo. El lobo y el cordero, François Salignac de la Mota Fenelón	1332
Pragmática, bando, o quién sabe qué, mandado publicar por la Razón, el Tiempo y la Experiencia, José Joaquín Fernández de Lizardi	1333
Cuento, Pedro Calderón de la Barca	1342
Máximas morales, François de La Rochefoucauld	1343
Sueño, Anónimo	1344
Cuento, Pedro Calderón de la Barca	1348
Cuento, Francisco de Leyva	1350

Cuento, Juan de Matos Frago	1351
Apólogo. El gato y los conejos, François Salignac de la Mota Fenelón	1353
Sobre la necesidad de aprender oficio. Diálogo entre el anciano Palemón y el niño Félix, Vincent Lombard de Langres	1355
Cuento, Pedro Calderón de la Barca	1366
El otoño. Pastoral inglesa, Alexander Pope	1367
Cuento, Álvaro Cubillo de Aragón	1371
Dicho filosófico de un indio mazagual, Anónimo	1372
Cuento, Agustín Moreto y Cabaña	1373
Intemperancia, Anónimo	1374
Cuento sobre hechos ciertos y lastimosos, Anónimo	1375
La primavera y la música, Anónimo	1377
Los remordimientos. Anécdota inglesa, Anónimo	1379
[Anécdota], José Ignacio Paz	1381
Cuento ajeo, Juan María Lacunza	1384

ANEXOS 1389

Seudónimos, iniciales y anagramas de narradores mexicanos (1810-1816)	1391
Fe de errancias	1395
Encuentros	1421
Bibliohemerografía	1423

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Martín Gerardo Aguilar Sánchez,
LA NARRATIVA BREVE EN MÉXICO (1810-1816). TOMO II,
de Alfredo Pavón,
se terminó de producir en octubre de 2025.

En su composición se usaron tipos Minion Pro y Myriad Pro.
Cuidado de la edición: Kevin Maqueo Pérez, Sara Luz Páez Vivanco, Alfredo Pavón.
Maquetación: Porfirio Castañeda Nevárez.

Entre 1810 y 1816, la narrativa breve se ganaría, en las páginas del *Diario de México*, el *Semanario Económico de México*, *El Mentor Mexicano*, *El Pensador Mexicano*, *Las sombras de Heráclito y Demócrito* y *la Alacena de Frioleras*, el derecho a interpretar y representar la realidad histórica y natural de México. Para alcanzar dicha conquista, entreveró en el español peninsular el español mexicano, agregando, en contados textos, oraciones de la lengua náhuatl o palabras castellanizadas derivadas de ésta. Con este español híbrido, fundió historias reconociblemente mexicanas por sus personajes tipo y sus escenas costumbristas, por sus protagonistas indígenas o mestizos inmersos en los *locus amoenus* neoclásicos, por sus mujeres y hombres envueltos en románticas pasiones desmesuradas, transgresiones punibles y anacrónicos castigos. Así, los creadores decimonónicos primeros –entre ellos, los de la Arcadia Mexicana– no sólo inauguraron la tendencia nacional –el rescate y reformulación de lo nuestro, quizá aún sin aspiraciones por lo universal– de la narrativa breve de México –en diálogo innegable con una narrativa breve venida de las culturas árabe, oriental, africana y europea–, sino también le dieron a aquélla los primeros rasgos técnicos y temáticos originales de su identidad única e inalienable.

